Selena Millares

Al calor de tu nombre



PLAZA JANÉS

SELENA MILLARES

AL CALOR DE TU NOMBRE

PLAZA JANÉS

A este hombre que camina solo
por la inmensa soledad de la playa…

LUIS PIMENTEL

El sueño como un tesoro enterrado,
el dadivoso azar y la memoria,
que el hombre no mira sin vértigo.
Todo eso te fue dado, y también
el antiguo alimento de los héroes:
la falsía, la derrota, la humillación.

JORGE LUIS BORGES

La verdadera grandeza
se mide por el silencio.

JOSÉ ALMOINA

El antiguo alimento de los héroes

Ciudad de México
4 de mayo de 1960

Cinco disparos, y después, el vacío. Y esa sensación de estar sordo y ciego, y de caer en un pozo hueco y sin fondo. Cinco estallidos, cinco balas estrictas, inaplazables. Tan rápido todo, tan imprevisto, a pesar de haberlo esperado tanto tiempo. El estruendo resuena aún en su cerebro como un eco que le martillea por dentro. Y es como si los sonidos de la calle hubieran desaparecido y solo escuchara en su interior la sangre desbocada por las venas. Es un clamor sordo, incontenible, y siente que se derrumba. De pronto escucha también algo cerca, un rumor de voces, pero no puede abrir los ojos. No tiene fuerzas para abrirlos, para mover los párpados, los labios. Tras la sacudida eléctrica, esa quietud. Ese estar prisionero dentro de sí mismo. Siente por dentro su respiración. Y fuera, esa maraña de voces, jadeos, gente que corre. Un niño grita desaforado: ¡yo lo vi todo, yo lo vi todo! Y una voz masculina y ronca repite: ¡llamen a una ambulancia, se está desangrando! Él escucha ese ruido pero apenas puede distinguir las voces. El niño insiste, nervioso: dijo que fue Trujillo, eso dijo, y antes les dijo a ellos que lo dejaran en paz, que no les debía nada. Luego huyeron. Pero quiénes huyeron, le pregunta otra voz. Dos tipos, responde el niño. En un Chevrolet verde, le pasaron por encima, ¡yo lo vi todo!

Ahora suenan más voces, la gente se arremolina. ¡Ya llega la policía!, grita alguien. Y él sigue cayendo en un pozo muy hondo. Piensa en su familia, qué vida les ha dado. Siempre dando tumbos, siempre huyendo de un lugar para otro. Toda la vida huyendo, primero de España, luego de Francia, luego de Santo Domingo. Que

es como decir: primero de la guerra, luego de la locura, luego del infierno mismo. Hasta llegar a esa ciudad donde creía que podría empezar desde cero. Todo para que al final la muerte lo encuentre en mitad de esa calle, y lo deje ahí tirado como un perro. ¿O tal vez volverá a librarse de ella?

Hace tiempo que la siente cerca, a veces tiene ganas de que llegue de una vez. De dejar de esconderse, de descansar al fin. Siente un dolor agudo en el abdomen y también en las piernas. ¿Es eso morir? La última vez que intentaron matarlo le silbaron las balas muy cerca, pero apenas lograron rozarle la sien. Quizá era eso lo que querían entonces, amedrentarlo solamente, mortificarlo un poco más. Hacerle sentir el acecho de su jauría, su jadeo de fieras hambrientas. Pero esta vez ha sido distinto, siente que se está yendo, que ha llegado el momento que imaginó tantas veces de mil maneras. Una sensación de blandura lo empieza a embargar, y nota en la camisa la tibieza húmeda de su propia sangre. Las voces se desvanecen y no sabe si están dentro o fuera de su cabeza. Se da cuenta ahora de que ese Chevrolet verde es el mismo que rondaba por su calle los últimos días, lo vio más de una vez. Algo le decía que tenía que ver con su sentencia. Pero esta vez no reaccionó como las otras, cuando se mudaba a una nueva dirección, y dejaba de pisar las calles. Y se encerraba en la editorial sin salir ni a comer. A veces sin ir a dormir a casa, para que se cansaran de esperarlo. Porque todo tiene un límite. Y porque no era solo su vida la que estaba en juego.

De pronto se oye una sirena y más gritos: ¡al fin, ahí llega la ambulancia! Lo mueven despacio. Lo levantan. Lo llevan a alguna parte. Rápido, dice una voz imperiosa. Muy rápido. Hay que darse

prisa. Alguien habla de un interrogatorio. Eso será después, primero es el quirófano, dice la primera voz muy cerca de él. Luego, el rumor de un motor que mece su cuerpo. Un cuerpo que flota como el corcho en un mar desconocido.

Todos hablan en un bisbiseo, como si temieran alterar la paz de un muerto. Pero él no está muerto, y los siente muy cerca. Siente también manos que palpan y exploran su abdomen, su cabeza, sus brazos y piernas. Cinco balas a quemarropa, confirma una voz más grave que las otras. Hay que detener la hemorragia. Y la pierna izquierda está toda fracturada. Vamos de cabeza al quirófano, si queremos que se salve. Entonces lo cubren con mantas que lo confortan y su cerebro se vuelve a hundir en una nebulosa. Naiciña, ¿dónde estás? Ahora vuelve a ser aquel niño que temblaba de noche porque tenía frío por dentro. Frío desde que su padre murió y él se convirtió en un rapaz solitario que no quería jugar con otros niños. Para que no le preguntaran. Para que no lo señalaran porque era distinto. Ese pobre huérfano. El hijo de doña Ignacia. De la cubanita. Vuelve a sonar esa voz interior: padre, ¿podré verte ahora en tu mundo de sombra? Ella no me creyó cuando le dije que te despediste de mí después de morirte. Sonrió y no dijo nada. Pero sí que viniste a verme, claro que sí. Fue aquella primera noche. Mamá estaba triste y se había acostado vestida con toda su ropa negra. Solo se había quitado los zapatos. Y yo me tumbé a dormir a su lado para acompañarla. De pronto algo me despertó. Algo como un fogonazo de luz. Ella seguía dormida y yo me senté en la cama, contemplándola. Entonces te vi, padre. Estabas en el vano de la puerta, mirándonos. ¿Cómo podía ser? Ella me dijo que te habías ido al cielo. Pero estabas allí, frente a mí. Alto y corpulento como eras.

Con tu larga barba negra. Una figura de humo, traslúcida y silenciosa, que me hablaba. Pero no con sonidos, sino por dentro. Yo te oía dentro de mí. Tu voz resonaba en mi pecho, y me sentía feliz. Con una extraña felicidad que nunca he vuelto a sentir. Mamá me dijo que habías muerto, eso te dije sin mover los labios. Y tú sonreíste. Cuida a tu madre, dijiste en silencio, también sin mover los labios. Cuídamela. Y luego ya no estabas. Me quedé desvelado, quería que volvieras. Desesperadamente quería que volvieras. Aunque fuera un instante. Aunque fuera así, de esa manera inalcanzable. Como la niebla. Como un sueño. Pero ya no volviste nunca. Y yo me convertí en ese niño solitario que daba vueltas sin parar, buscando quién sabe qué. Solo me tranquilizaba eso, merodear por cualquier lugar. O dar vueltas por el adarve de la muralla contando una por una sus torres. Ochenta y cinco. Tardaba media hora exacta en dar la vuelta a toda la muralla y me decía: soy un reloj y mis piernas son mis agujas. Un reloj de ochenta y cinco minutos por hora y ochenta y cinco segundos por minuto. Tictaqueo por el adarve, de torre en torre. Tic-tac. Tic-tac. Un reloj enorme palpita dentro de mí como un segundo corazón. Acaricio esas piedras, las siento llenas de vida. Tienen mapas de musgo que dibuja islas y continentes. Quiero ver los países que hay más allá del horizonte y luego volver. Volver algún día a esa isla pequeña rodeada de una muralla y una marea verde. Nunca he visto el mar, y cuento las horas para que corra el tiempo. Tic-tac. Ochenta y cinco pulsaciones más de mi corazón de piedra. Allí hay también flores diminutas, moradas y amarillas. Me gustaría hacer un ramillete para llevarlas a tu tumba. O a mamá, para que sonría. Para que no se sienta tan sola. Flores de mis mapas imaginarios, para que sueñe.

Para que vuelva de pronto a San Juan de los Remedios, en la isla de Cuba, donde nació. Ella a veces la nombra. Sobre todo cuando llueve. Dice que se la recuerda el olor de la lluvia. El olor de la tierra húmeda. Allí llueve mucho en el tiempo de los ciclones, dice. Pero aquí llueve siempre. Llueve tanto. Llueve por dentro de mí también. Tic-tac. El ruido de la lluvia acompaña a mi reloj. Lo distrae con su goteo sordo y su barullo, mientras avisto los campanarios de todas las iglesias. Las campanas discuten con la lluvia porque las quiere amansar. Luego suenan soñolientas y me hacen perder el compás de mi patrulla diaria. Esa que sigo repitiendo toda mi vida. Porque dondequiera que voy sigo oyendo esas campanas. Ese tictaqueo, dondequiera que esté. No necesito reloj porque lo llevo dentro, un reloj de ochenta y cinco minutos. Y dentro de cada minuto, ochenta y cinco segundos que cuento para calmarme. Para no pensar. Un reloj glotón, con prisa por vivir y comerse los segundos. Por llegar rápido al porvenir.

Pero ¿por qué recorro ahora la ciudad donde nací? ¿Dónde estoy, naiciña, por qué no puedo abrir los ojos? La Rúa do Miño se estrecha y es ya una puerta de piedra que me lleva a la Rúa da Catedral. Hasta ahí todo es cuesta arriba. Y casas de piedra con escudos llenos de inscripciones antiguas. No sé qué me dicen y quiero saberlo. En los escudos hay leones, flores, palabras. Quiero entenderlas, quiero saber lo que dicen las piedras. En el capitel también hay una inscripción. Se ve la última cena, y a san Juan apoyado en el pecho de Cristo. Memorizo las palabras que no entiendo y que suenan como un encantamiento: *discipulus domine placide dans membra quieti dum cubat in cena celestia vidit amena*. Me gusta pasear por la catedral buscando palabras. Arriba están los

vitrales encendidos de sol como una hoguera. Como un regalo de luz, para que rían las piedras y los ángeles niños. Luego vuelvo a rondar la plaza de Santa María y la escalinata que da a la plaza Mayor. Y subo por San Pedro hasta la Casa de Correos, para ver en lo alto el reloj, y debajo esa figura de un cartero que se mueve solo. Un autómata enorme de gorra gris, con su carga de cartas y su corneta bruñida. Y luego meter las manos en esos buzones con forma de boca de león. Sobre todo el que dice *urxente e extranxeiro*.

Entonces regreso a la muralla, llovida de verde. Con esas costras blanquecinas y terrosas. Con su vida diminuta. Y en el aire el olor a leña. En la Rúa San Pedro vivió durante un tiempo la poeta Rosalía. Eso dice la gente. Y cuando paso por allí recuerdo sus versos: «Canta meniña, na beira da fonte…». Ahora quiero mover los labios, pero me doy cuenta de que no puedo. Intento gritar y tampoco puedo. Mi respiración se acelera. No puedo mover los párpados y noto que huele fuerte a medicamentos y a desinfectante. Alguien susurra en mi oído. Es la voz de Pilar. Siento su mano agarrando la mía, su calor. Cómo no reconocer esa temperatura tibia. Esa piel seca y suave. Ese perfume a lavanda. Reacciono como un resorte al oírla y de mi garganta sale un gemido. Logro apretar su mano, aunque no puedo hablar ni mirarla. Entonces su voz se quiebra, pero enseguida recupera algo de su fortaleza. De su templanza de siempre. No te preocupes, amor, te vas a curar, me dice. Te van a operar y te vas a curar. Volverás a casa, y entonces nos iremos de aquí. Muy lejos. A algún lugar tranquilo y seguro. Yo voy a estar a tu lado todo el tiempo. No te voy a dejar solo nunca. Su voz vibra, y sé que no cree del todo en sus palabras. Que me quiere animar, que tiene miedo. Pero quién sabe. Tal vez sí, tal vez suceda otro milagro,

¿por qué no? Como el milagro de haber llegado vivo hasta aquí después de tantos años huyendo. De vivir siete vidas y siete muertes. O el milagro de haberla encontrado aquel día tan lejano en Benavente, antes de la guerra. Y sentir que volvía a nacer en ese preciso momento. Como si todo mi pasado solo fuera un compás de espera para encontrarla. Ochenta y cinco veces mil y otras tantas. Todo para llegar a esos ojos y perderme allí para siempre.

El sueño como un tesoro enterrado

España
1929-1936

1

Lluvia en los cristales

Mientras avanza el autobús que lo lleva a su nuevo destino, Almoina piensa que Benavente suena bien como lugar donde vivir. Suena a buen-viento y a buena-ventura. A voz amiga, cordial, que te llama: vente. Como quien dice: vente a casa a almorzar con nosotros. Eso es lo que se dijo para animarse cuando le comunicaron su traslado. Pero no era más que otro destierro. Un nuevo apercibimiento, como lo llama el rígido lenguaje oficial. Tal vez allí podrá encontrar cierta paz, se dice, con la mirada perdida en el paisaje que se desliza por la ventana. Porque los últimos tiempos han sido turbulentos. En fin, ya tiene veintiséis años, y a todo hombre le llega en la vida un momento en que necesita detenerse un poco. Establecerse de alguna manera. El destino lo aleja otra vez de su gente, pero así es la condición del funcionario. O al menos la de alguien como él, que parece condenado a coleccionar faltas leves y graves. Y sanciones y multas sobre el sueldo. Tampoco está mal, se dice burlón. Dar tumbos de un lugar a otro es una manera de ver mundo. Siempre se aprende algo. Además, se acostumbró a la distancia desde niño, cuando lo internaron en el seminario. Eso fue al morir su padre, porque ya no había dinero para pagarle los estudios. Él lloró y

pataleó con rabia, pero a su madre le gustaba la idea. Siempre fue tan religiosa… Su padre nunca habría permitido que lo metieran allí. Pero ya no estaba con ellos y sus protestas no valieron de nada.

El autobús atraviesa una zona boscosa y sombría como un túnel. Almoina siente en los huesos el rumor sordo del motor, como si le vibrara por dentro. Y piensa ahora que aquel tiempo de encierro fue también como un túnel. Meses y años sin salir de aquellos muros. Sin ver a la familia ni a los amigos. Un túnel tan oscuro como las sotanas de aquellos curas. O como la ropa de luto riguroso que les hicieron vestir a sus hermanas y a él. Tres niños sepultados bajo aquel color funerario, solo interrumpido por las medallitas de plata que llevaban al cuello. Un túnel negro como aquellas noches de soledad. De llanto silencioso bajo las sábanas. De no poder dormir. De no acostumbrarse a estar allí, encerrado con los otros internos en aquel dormitorio inmenso y gélido. De entonces le viene su insomnio crónico. Y esa enfermedad que lo obliga a veces a hacer reposo. Tuberculosis latente, la llaman los médicos. Al menos le valió para librarse del servicio militar y de que lo mandaran a la guerra de África. También le valdrá algún día para engañar a sus verdugos y huir del encierro en una isla. Pero eso aún no lo puede ni imaginar.

En ese momento ve en el reflejo de la ventana cómo se le dibuja una sonrisa, mientras sigue pasando detrás un paisaje boscoso. Sí que fue una suerte librarse del servicio militar. Al fin y al cabo, él ya cumplió con la disciplina durante aquellos años castrenses. Durante todos aquellos días monótonos y sombríos, solo interrumpidos de tanto en tanto por las cartas de su madre. A ella le espantaba que

siguiera los pasos de su padre, el médico filantrópico que no cobraba a los pobres y que jamás pisaba una iglesia. Desde que él murió se había empeñado en encarrilarlo por la vía del orden. Quería un hijo devoto de tradiciones y sacristías. Y estaban condenados a no entenderse nunca. Lo único que él tenía claro entonces era que quería huir de aquel encierro de incienso y celibato. Tener amigas como cualquier muchacho. Y seguir estudiando. Pero solo era un seminarista pobre y nadie lo iba a ayudar. Fue entonces cuando decidió preparar oposiciones al cuerpo de Correos. ¿Por qué Correos?, le preguntó su madre. Él no lo sabía. Tal vez le inspiró aquel autómata que lo saludaba cada día desde el reloj en sus paseos.

Hace rato que está lloviznando y el paisaje se ha vuelto brumoso y oscuro. Los escasos viajeros del autobús parecen aletargados. Apenas hablan, y solo se siente el murmullo monótono del motor. Una sensación de intimidad embarga a Almoina, que apoya la frente en el cristal. Mientras, la lluvia se hace más densa y ruidosa. Y su mirada se vuelca otra vez en los recuerdos que le gotean por dentro. Como ese aguacero de noviembre. Entre esa cortina de agua le parece entrever ahora el malecón de La Coruña, su primer destino. Allí vio por primera vez el mar. Y se aplicó enseguida a convalidar sus cursos para poder estudiar Historia en la Universidad de Santiago, mientras seguía trabajando en Correos. Aunque eso también sería un camino espinoso. Porque antes el seminario podía otorgar a sus estudiantes el grado de bachiller, pero eso terminó justo cuando le tocaba a él convalidar lo suyo. Y ahora le exigían examinarse de Aritmética, de Química, de Geometría. Un verdadero desastre.

Almoina abre la ventanilla para que entre un poco de aire. Como si todos esos pensamientos le pesaran y lo estuvieran ahogando. Y piensa en el primer encuentro con aquellos pasillos. Con aquella multitud de estudiantes. Y aquel fervor en el viejo edificio de la Facultad de Letras. En medio de ese Santiago lluvioso y fantasmagórico, donde todo era piedra y alma. Y no por su catedral ni por el pulular de peregrinos. Era algo que flotaba en el aire, sobre todo de noche, por aquellas calles húmedas y ambarinas a la luz de las farolas. Algo que hacía que la ciudad le pareciera una mujer dormida en el fondo de un estanque.

Eres un romántico y un cursi, le diría Castedo ahora mismo con una mueca burlona. Almoina sonríe al recordar a su amigo. Pero la verdad es que eso nunca lo sintió en ningún otro lugar. Pensar en Santiago es volver a estar en A Estrela, la pensión de la Rúa da Caldeirería. Y ver allí la figura pequeña y regordeta de doña María, esa casera que no se metía en nada ni hacía preguntas. Se decía que era viuda de un anarquista y que sabía leer como nadie los posos del café. Aunque él la pensión la pisaba poco, enredado siempre con todas aquellas reuniones con los compañeros. Eran tiempos revueltos. Ese primer año de carrera coincidió con la declaración de estado de guerra por Primo de Rivera. Y con su viaje a Italia con Alfonso XIII para entrevistarse con Mussolini.

Tras la ventana se sucede ahora un paisaje cada vez más despoblado. Pero a él le parece ver en el cristal, como en una pantalla de cine, aquellas multitudes corriendo y gritando delante de la policía a caballo. Los miles de muertos de la guerra de África

habían inundado de malestar las calles. Y el colmo llegó cuando Primo desterró a Unamuno a Fuerteventura. Entonces las universidades se pusieron en pie de guerra. Luego vino la huelga general, cuando sacó aquel decreto que permitía a jesuitas y agustinos emitir títulos universitarios sin ningún control. Era la revuelta definitiva. Y la reacción fue áspera. Expulsaron a muchos estudiantes de sus facultades. Y hasta se cerraron las universidades una temporada.

Enseguida llegó también su doble destierro. El primero lo llevó a Villagarcía, y fue por enviar aquella carta a Madrid, a la Presidencia, quejándose de sus superiores. Porque le negaron el permiso que necesitaba para ir a un examen, aunque sí que se lo dieron a otro que lo pidió después que él. Al llegar a Villagarcía estaba tan furioso que escribió ese artículo sobre el despotismo por el que lo volvieron a condenar. Y eso que era bien sutil. O al menos eso le pareció en aquel momento. Pero enseguida recibió la notificación de traslado forzoso a Benavente. Y ahí está él, dándole vueltas a lo sucedido. En ese viejo autobús pintado de verde que parece no avanzar.

Almoina abre su cartera de cuero y revisa los papeles que estuvo preparando antes del viaje. Ahí lleva los contactos de compañeros que aún no conoce. Tiene el encargo de fundar en Benavente una agrupación socialista y una Casa del Pueblo. Y también una escuela para mayores. Por eso lleva en la maleta, además de algo de ropa, muchos libros. Entre ellos, por supuesto, los de Erasmo, que lo acompañan a todas partes como una superstición. El silencioso, el infatigable Erasmo. El humanista que quiso ganarles el pulso a los fanáticos. Aunque es verdad que no era más que un derrotado. Un hombre que nunca logró lo que buscaba. Y que se pasó la vida

huyendo. No tenía esa madera heroica de Courier, que pagó con la vida sus ideas. En fin, Erasmo era un monje solitario. Y él no tiene ni la más remota intención de serlo. Es más bien enamoradizo. Aunque la única amistad femenina que le ha durado es la de doña María. En todos esos años solo ha tenido novias fugaces que se cansaban rápido de esa especie de peregrino que era él. Insomne, pobretón y siempre abstraído en sus muchas tareas.

Cuando le habló a doña María de su traslado, ella apenas musitó: te echaré de menos, hijo. Él también echaría de menos a esa mujer regordeta que no paraba nunca. Y esa pensión que siempre olía a limpio, a café de pota y a bizcochos recién horneados. La mañana que fue a despedirse, ella acababa de llegar del mercado. Siempre se levantaba pronto, era de poco dormir. Decía que el silencio de la madrugada le daba sensación de soledad y necesitaba ocuparse. Ese día la sensación se le hizo más fuerte. Sabía que pronto se iría ese estudiante que de alguna manera había adoptado en A Estrela durante años. Ahora lo tenía frente a ella, desayunando por última vez. Y no se lo podía creer.

—Hijo, déjame que te lea el café antes de irte —dijo doña María para romper el silencio.

Almoina asintió y ella recogió su taza ya vacía y la volcó con cuidado. Luego la movió despacito. Entonces puso encima sus dos manos para darle calor y esperó un buen rato. Después le dio la vuelta y se quedó mirándola, ensimismada. Su sonrisa se desdibujó y dejó lugar a una expresión de extrañeza. Almoina la miraba con curiosidad.

—Dígame qué ve, doña María, que ya me está preocupando.

Ella hizo con la mano el ademán de que esperara, de que la dejase pensar. Y siguió observando esos arabescos que se ramificaban desde el fondo oscuro de la taza.

—Nunca he visto cosa igual —respondió.

—Pero, mujer, dígame qué ve.

Almoina la miraba ahora fijamente, un poco inquieto. Ella siguió dándole vueltas a la taza. Mirando y mirando.

—Pues aquí dice que tendrás siete vidas —sentenció.

—Como los gatos —la interrumpió él con una risa nerviosa.

—Sí, como los gatos.

—Y eso es bueno, ¿no?

—No lo sé —repuso ella pensativa.

Almoina se quedó un poco aturdido.

—Hay una cosa que no entiendo —dijo al fin—. Si voy a tener siete vidas, ¿cuántas muertes tendré? ¿Seis o siete muertes?

Ella sintió un escalofrío y se arrebujó en su chal.

—No hables así, hijo. Piensa que será bueno tener siete vidas. La vida es lo que importa, y nada más. Y ya sabes que lo primero es buscarte una buena moza y casarte. Que si no, te la busco yo —añadió con un guiño.

En ese momento, un rumor repentino despierta a Almoina de su ensoñación. Los viajeros se remueven y empiezan a levantarse. El autobús ya está recorriendo Benavente y enseguida alcanza la estación. Entonces el motor se detiene de golpe. Y él siente por un instante la pérdida de ese arrullo placentero. Se levanta despacio y nota el cuerpo agarrotado por la quietud. Y también el frío que entra por las puertas abiertas. Se pone el chaquetón y recoge su cartera, su maleta y su inseparable Olivetti. Después desciende a la calle y se

echa a andar en lo oscuro, hacia la fonda de la calle Herreros donde tiene reservada una habitación. Necesita darse una ducha. Comer algo. Dormir un poco. Al día siguiente tiene que presentarse temprano en la estafeta para tomar posesión de su nueva plaza.

2

Carita de liebre

La noche se le hace eterna, no logra pegar ojo. Cuando al fin suena el despertador se levanta entumecido, se viste despacio y se prepara un café negro en su infiernillo. Después son los pasos, aún de noche, hasta la plazuela de San Juan y la plaza Mayor, para luego seguir por la Rúa hasta la calle de Santo Domingo. Allí está su nueva oficina. Lo está esperando ya el administrador, Juan Quirós, un tipo distante y formal. Y también Carmen, la auxiliar, que es toda maquillaje y abalorios, pero parece amable. Tras los saludos de rigor, se instala en su escritorio. Tantos kilómetros recorridos y al final está siempre en el mismo sitio. Amarrado a una mesa del servicio de Correos. En fin, un oficio tranquilo y aburrido que al menos le permite charlar con los visitantes. Y tener las tardes libres para estudiar. La primera lugareña que entra por la puerta ya le está dando conversación antes de llegar al mostrador:

—Mire, joven, vengo solo a comprar un sello para esta carta. Usted es nuevo, ¿verdad?

—Sí, señora, soy de Lugo, llegué justo ayer.

—¡Jesús!, qué acento más cantarín. Bienvenido, hijo, y a seguir bien.

Hacia el final de la mañana aparece por la estafeta un tipo de unos treinta años, rubio y de ojos claros. A Almoina le llama la atención su aspecto beatífico. El hombre le entrega el resguardo para recoger un paquete: Audelino González es su nombre, según se lee ahí. Almoina se va al depósito a buscarlo y se lo trae enseguida.

—Pesa bastante —le dice al entregárselo.

—Lo siento, es que son libros —le comenta el hombre, con esa expresión extática que tiene—. Soy coleccionista de biblias.

Almoina lo mira sorprendido.

—¿Un bibliófilo? —le pregunta intrigado.

—Sí —contesta el visitante sin dejar de sonreír—. Colecciono libros antiguos. Me los mandan aquí porque vivo en un pueblo pequeño, Fuentes de Ropel.

—Yo también colecciono libros —le dice Almoina con cierta complicidad—. Si quiere, la próxima vez que venga salimos a tomar un café y me cuenta más cosas.

—Muy bien —responde el bibliófilo, iluminándose más aún.

Almoina sonríe complacido. Casi sin darse cuenta, acaba de hacer su primer amigo. Pero por la tarde vuelve el desasosiego. Esas flores azules de la pensión le resultan tan funerarias como la cara de Luciano, su casero. Cara de sepulturero, piensa cada vez que lo ve. Inventa cualquier motivo para huir de esas cuatro paredes. Y luego se queda merodeando durante horas por la ciudad. Construye un plano imaginario con esas calles y va situando en él las casas de huéspedes, los cafés y salones o la fábrica de chocolate. También el Corrillo de San Nicolás, donde se concentran los jornaleros a la espera de un trabajo. Está junto a la Rúa de Alfonso XIII, que todos llaman la Rúa, a secas. Cuando llega a la iglesia de Santa María del

Azogue sube la cuesta que va al castillo y desde allí avista el verdor de una extensa vega. Con los ojos inundados de ese verde baja zigzagueando por otro lado. Lo atrae el zureo ronco de una paloma torcaz que parece no haberse enterado aún de que llega el invierno: u-ú… u-ú… u-ú… Luego vuelve sobre sus pasos hasta la Rúa, y se detiene ante el Cinema.

Están poniendo una película de Dolores del Río. Y anuncian el estreno de *Cuatro hijos*, de John Ford. Decide ir a verla el siguiente domingo. Eso le ayudará a seguir deshilando la soledad, como le pasó en Villagarcía. Allí sacaba entradas para la sesión continua de los fines de semana y se tragaba todo lo que ponían. Era como una borrachera que le abotargaba el cerebro y le permitía olvidarse del hostal donde vivía. Y donde solía oír a través de la pared los encuentros de una de las inquilinas con sus clientes. Sobre todo los sábados. Gemidos lúbricos toda la noche. Gritos de placer fingido que la primera vez le provocaron una mezcla de curiosidad y excitación, pero que después se convirtieron en un verdadero fastidio.

A veces se hartaba y salía a caminar, y alguna vez se abandonaba él también al placer, aunque fuera solitario. Entonces pensaba en alguna de aquellas novias fugaces que conoció en Santiago y que nunca le presentó a sus amigos. Sobre todo en una de ellas, Mariña, de cuerpo anguloso y labios coralinos. Se obsesionó mucho tiempo con sus encuentros nocturnos en zaguanes recónditos. Era alta, y le parece estar viendo todavía aquel rostro a la altura del suyo. La boca entreabierta, los párpados cerrados, de pie contra aquella pared. La recordaba así, abandonada al placer, mientras las manos de él buscaban con ansia los senos grandes y firmes bajo su blusa. O

aquel pozo de humedad tibia que burbujeaba bajo su falda. Y las manos de ella exploraban también con ansia en su cremallera, para asir ese animal hambriento que despertaba a su encuentro.

Mientras se desmadejan esos recuerdos en su memoria, lo saca de su ensimismamiento una muchacha vestida de oscuro que pasa a su lado rápidamente y se aleja enseguida. La atención de Almoina se desvía hacia esos ojos que vislumbra un instante, pero ya no están. Solo ve ahora su espalda y unos tobillos finos que avanzan sobre el pavimento. Tobillos de jaca, piensa. Pero algo lo ha deslumbrado como un fogonazo y se le ha quedado en la retina. Algo como una ráfaga verde en esos ojos. Camina un poco hacia ella y luego se detiene. Qué vergüenza si se vuelve y lo descubre siguiéndola. Pero qué mujer tan bonita, piensa. ¿O no era bonita? En fin, ya no está. Pero hay algo más, un rastro de perfume en el aire. Olor a lavanda, se dice. Eso es. Lavanda. Pero ¿de dónde ha salido ella? ¿Y cómo ha desaparecido tan rápido? Ese olor a lavanda no se ha ido. O sí, claro que se ha ido también. Pero se le ha quedado dentro. En la nariz. En la cabeza.

Cuando vuelve a su cuarto decide concentrarse en sus asignaturas pendientes. Despliega sobre la mesa sus carpetas y apuntes, pero no tiene ánimo para nada. Entonces busca el número de Alfredo Rodríguez, ese contacto que le dieron en la última reunión federal. Debe ocuparse de la tarea que le encomendaron, eso lo distraerá. De Alfredo solo sabe que es maestro y que tiene una escuela en su casa. Arrima los libros y baja a pedirle a Luciano que le deje usar el teléfono. Luego marca ese número, y le responde una voz sosegada al otro lado del cable. Te esperaba, le dice después de las debidas presentaciones. Si quieres, paso a recogerte el sábado a las cinco.

Así te vienes a tomar café al Mercantil y allí te presento a los demás compañeros.

Almoina vuelve a su cuarto y se queda mirando por la ventana hacia el fondo de la calle. Ya tiene con qué ocuparse. Pero esa mujer ¿dónde vivirá? Tiene ganas de volver a verla. Se queda mucho rato con la nariz pegada al cristal, mientras ve pasar camiones y burros, y hombres con boina o con sombrero y bastón, y muchos bigotes. Bigotes por todas partes. Una moda que nunca le tentó, ni siquiera por probar. Prefiere ir rasurado. Como los británicos, le diría Castedo, burlón. Como los sacerdotes, le diría su madre, complacida. Luego retoma sus tareas y logra concentrarse un rato en sus papeles.

De pronto oye bullicio fuera y vuelve a arrimar la nariz a la ventana. Por el zaguán de enfrente ve salir ahora a un montón de niños, y con ellos está también una anciana de melena corta y muy blanca. ¿Será otra escuela? Muchas mujeres se van acercando a recoger a los pequeños. Ahora baja también al portal una muchacha con un bebé en brazos, envuelto en una manta. Tal vez está enfermo, se dice. Un momento, ¿no es ella otra vez? No puede distinguirla bien. Pero sí, parece la misma. Su corazón se acelera. Baja volando a la calle y luego se echa a andar despacio, como distraído. Entonces la mira de reojo. El mismo pelo negro. El mismo vestido oscuro. Los mismos ojos verdes. Y los mismos tobillos de jaca, inconfundibles. Entonces ¿vive enfrente? ¿Era así de sencillo encontrarla? Será cosa del destino, seguro, piensa. O no, qué tontería. Eso es un pueblo. Con nombre de ciudad, pero un pueblo donde todo está cerca. Cuidado, se dice, ya estás con tus manías y obsesiones. Pero, bueno, en algo hay que ocupar la cabeza.

Las tardes siguientes pasa mucho tiempo junto a la ventana, hasta la hora de salida de la escuelita. Entonces baja al zaguán y se queda atento a los niños y su algarabía. Cuando consigue que sus ojos se crucen con los de ella, le sonríe. Luego la saluda con el sombrero y se echa a andar. Como si fuera a alguna parte. Como si no hubiera salido solo para verla. Y reconoce esos síntomas, son los de siempre. Pero tal vez peor. Porque la tentación está a solo unos metros.

De momento lo único que tiene es una visión, pero con nombre propio. Y es que ya le ha sacado a Luciano el nombre de esas vecinas de enfrente. La maestra joven se llama Pilar, y su madre, Hilaria. La escuelita de párvulos la tienen en su propia casa. De pronto siente que algo ha cambiado en su vida. Ya no ve la ciudad como una campana sorda que lo cubre. Ahora están esas voces alegres de los críos cada tarde. Y está ella, toda luz. Mira que eres cursi, le diría otra vez Castedo, burlón. Pero sí, hay luz en esa piel tan blanca. Y en esos ojos casi transparentes, aunque tristes también, ¿por qué?

Carita de liebre. Así le habla cuando piensa en ella, encerrado en su cuarto de la pensión. Porque la obsesión no lo deja. Carita de liebre, lebriña. Por qué me llamas así, dirá ella tal vez. Porque sí, porque tienes esa cara menuda y esos ojos grandes. Ella entonces los bajará, quizá. Fidalguiña, le dice también. Tienes ese porte como de junco, y la gracia de un manojito de trigo al sol. Me han dicho que te apellidas Fidalgo, y que tu padre era talabartero y ciego. Será por eso que te hicieron con esos ojos. Para compensar los que a él le faltaban. ¿Cómo será tener un padre ciego? Ver el mundo con las manos. Y con los ojos de Hilaria y de Pilar. Almoina mira el calendario que tiene clavado en la pared. Y siente como si el tiempo

fuera un caracol cansado que no se mueve del sitio. Algún día tendré un empleo mejor, carita de liebre. Me pregunto si te gustará mi vida un poco ermitaña. Quiero pensar que sí, que tal vez eres un poco como yo. Hilaria me gusta también. Todas las maestras son la maestra. Esa que de niños nos descubría las palabras. Con su santa paciencia. Por eso también te quiero a ti, pitusa, que tienes el cuerpo menudo de una adolescente. Pero tengo que esperar un poco para atreverme a hablarte. Y solo con ese rato que te veo alguna vez en la calle ya tengo para estar contento muchos días. ¿Me querrás algún día, morenita? Mira que eres blanca como un mazapán navideño. Cómo me gustaría verte entera y desnuda, pero eso no te lo puedo decir. Seguro que el destino me trajo aquí para encontrarte, porque si no, ¿para qué? Tan lejos de todo. ¿Vendrás a ayudarnos? El poeta Carbajo te lo va a proponer, eso me ha dicho. Así te veré más, aunque te veo a veces en sueños. En realidad son pesadillas. Te esfumas cuando quiero acercarme. Y me despierto en medio de estas paredes, donde solo hay un armario, una mesa, una silla y una cama. Y la ventana. Qué ganas de tener mi propia casa, ya me pesa la edad sobre los hombros. Estoy cansado de este cuarto vacío. De hablar solo. De dar tumbos aquí y allá. Del despertador, que me avisa que hay que salir con este frío a darse una ducha al fondo del pasillo. Y después acomodarse la ropa y preparar en el infiernillo un café muy negro. Luego recorrer otra vez la plazuela de San Juan y seguir hacia la plaza Mayor. Y volver a tentar al tiempo. Llamarlo con mi reloj de sangre. Tic-tac, ochenta y cinco veces mil, mientras avanzo bajo los soportales. La mañana huele a tierra mojada y yo sigo dando vueltas y más vueltas. Alguien mira detrás de algún visillo. Pensarán que soy un loco. Cómo le dará

a este tipo por deambular tan temprano por las calles vacías, dirán. Pero yo sigo dando esos pasos sin rumbo. Sin saber adónde me llevan los días. Sin saber si será contigo o sin ti. O cómo seguiré girando en esta noria de mi reloj imaginario. Soy como esas agujas absurdas que avanzan por su ruta persiguiendo al tiempo, que huye veloz y tramposo, inextricable, mientras nos engatusa con su ritmo monótono. Tic-tac. Y nos retiene ante su caja de doce cifras, como imantados. Convencidos de que podemos atraparlo. Encerrarlo en esa cajita de música. Pero nos engaña siempre.

3

Revolución de abril

Se le está haciendo eterno el invierno, y también esos silencios que le atruenan por dentro. El de las convalidaciones que no llegan. El de la lejanía de su gente. El de la soledad de las madrugadas. Pero la idea de volver al periodismo empieza a animarlo. Y piensa ahora en todo lo que publicó en *El Progreso* y en *La Voz de Galicia*. Algunos de esos artículos salieron luego en Uruguay, y en Buenos Aires y La Habana. El que le publicaron más veces hablaba del Miño y de las leyendas de los celtas. Y de la forma de interrogación que tiene ese río. Así es Galicia, escribió allí. El lugar de la duda. De las preguntas. Donde nada es extremo, ni siquiera esa tristeza que en cada gallego es una forma de la melancolía. Por eso los labriegos responden preguntando. Y el Miño no es más que una pregunta en movimiento.

Cuando al fin se convocan elecciones, las tertulias del Mercantil se enardecen. Luego las continúa Almoina con Marcelo Carbajo en la taberna de siempre. Y se encuentra en ocasiones también con Audelino, que pasa de tanto en tanto por la estafeta con su Citroën negro. Él entonces deja sus tareas un rato y lo acompaña con su paquete de libros al Royal, para tomar café juntos y conversar.

—Bueno, ¿y qué hace alguien como usted perdido por esos pueblos? —le preguntó la primera vez que se vieron allí.

—Pues soy veterinario —le respondió Audelino con su sonrisa de niño—. Yo quería ser franciscano, pero mis padres no me dejaron. Ahora me dedico a los animales, como el santo, y además soy pastor evangélico. Eso tampoco les gustó. Ya no me hablan. Por fortuna, a mi mujer le parece bien. —La sonrisa de Audelino se ensanchó y sus ojos se achinaron hasta casi desaparecer.

—Audelino, le hicieron un favor al desanimarle de ser franciscano, ¿no? —le dijo Almoina con un guiño.

—Tal vez, pero no crea que mi vida ha sido fácil. En Lugo acabé con dos obispos pidiendo que me echaran. Además, la gente del campo se resiste a la ciencia. Para ellos todo se arregla con curanderos. Vaya y dígales que los animales necesitan vacunas. O que tiene que caparlos un cirujano para que no se acaben infectando y muriendo. El caso es que estoy aquí por traslado forzoso.

Almoina se quedó mirándolo con aire un poco melancólico.

—¿Sabe?, mi padre era médico —le respondió—. Y estaba obsesionado con las vacunas, igual que usted. Y con que les dieran a los niños la leche hervida, para que no se infectaran con las enfermedades del ganado. No se lo va a creer, pero yo también estoy aquí por traslado forzoso. A algunos no les gustó algo que publiqué. Así que tenemos bastantes cosas en común, si incluimos el vicio de los libros. Nos seguiremos viendo, ¿verdad?

—Claro que sí —respondió Audelino, con las dos rayitas de los ojos brillándole bajo las cejas.

Con el paso de los días, Almoina se decide al fin a volver a escribir. Y siente que el mundo se le ensancha cuando pulsa con los dos índices las teclas de su Olivetti. Dedica además mucho tiempo a la campaña de la Agrupación Socialista. Él no se presenta a las elecciones, pero recorre los pueblos con los compañeros. Y habla en los mítines con el mismo ardor que antes ponía en las arengas universitarias. Cuando le ceden el turno, su voz suena vibrante a través del micrófono.

—¡Vivimos en un país que duerme una siesta de siglos! —grita entonces—. ¡Un país estancado como una alberca! ¡Y mientras, el hambre asalta las casas humildes de las noches sin luz! ¡Y ya está bien! —repite en esos encuentros que lo llevan de un lugar a otro, con Manolo del Río y Alfredo, y con Pablo Salvador, que lo sigue como un gato a todas partes—. ¡Ya está bien de que la única salida sea emigrar a América! Porque aquí todas las tierras son de condes y duques. De marqueses y frailes. ¡Aunque nunca las hayan comprado! ¿Cuándo han comprado esas tierras? ¡La primera emergencia de este país es la reforma agraria!

La caravana avanza de pueblo en pueblo. Con ellos va también Vitaliano, que habla con palabras sencillas. Y Epifanio, que tiene esa voz gutural que se impone siempre. Mientras, Almoina sigue repitiendo su «ya basta» en Santa Cristina y Villabrázaro, en Barcial del Barco y en Santa Colomba de las Carabias, o en Manganeses de la Polvorosa.

—¡Ya está bien! Jornaleros y artesanos, maestros y campesinos, ¡trabajadores! ¡Ya está bien de sueldos de miseria! ¿Cómo no va a haber violencia? ¿Qué hacer cuando no tienes pan para darles a tus hijos? ¡Hay que conquistar el pan! ¡Hay que conquistar la tierra!

¡Hay que conquistar la esperanza! Ya está bien de que haya en este país más guardias civiles que maestros. ¡Y tiran a matar! ¡Siempre tiran a matar! ¡Ya está bien de tantos muertos, muertos todos los días! ¡Queremos la paz, y para que haya paz tiene que haber justicia!

Eso repite Almoina cada día, y su vida se concentra en esas tardes compartidas con los trabajadores, que responden con aplausos enardecidos y corean su nombre:

—¡¡Al-moi-na!! ¡¡Al-moi-na!! ¡¡Al-moi-na!!

Las noches las pasa en vela preparando discursos o leyendo. Y contemplando por la ventana el zaguán de enfrente. Dónde andarás, carita de liebre, piensa al acostarse y al despertar. Y también al dirigirse a la oficina cargado de hombros y con los ojos entrecerrados por el sueño. Juan y Carmen lo miran curiosos, y les produce cierto regocijo que ese forastero del que ya todos hablan sea uno más en esa minúscula oficina.

Los últimos mítines coinciden con las fiestas de la Veguilla. Y la gente que acude se mezcla con los que siguen la procesión de la Virgen. La música inunda las calles y los niños siguen alborozados a los gigantes y cabezudos. Y entre bailes y vinos se celebran también las elecciones del domingo. El resultado es rotundo y el lunes siguiente llega el runrún. Que se va el rey. ¿De verdad que se va? ¿No pasará lo mismo que cuando el pronunciamiento de Jaca? Entonces fusilaron a los capitanes Fermín Galán y Ángel García. Hay nervios, y miedo también.

El runrún sigue la noche del lunes, y el martes la gente se empieza a echar a la calle. Pero ¿se va de verdad el rey? ¿Dónde está la Guardia Civil? ¿Sanjurjo no va a hacer nada? Por la tarde

alguien cuenta que han izado la tricolor en el Palacio de Correos de la Cibeles. Que lo ha dicho la radio. Algunos se encaraman por los muros para cambiar los nombres de las calles. Y la Rúa se llama ahora calle Galán, aunque la siguen llamando la Rúa. Dos obreros agarran una escalera y suben hasta el escudo de piedra de la Encomienda. Rompen la corona a martillazos, y muchos aplauden y gritan: ¡viva la revolución de abril! Otros entran en el ayuntamiento, descuelgan las fotos del rey y hacen con ellas una hoguera en el patio. Hay quien tararea *La marsellesa.* Algo vibra en el aire, algo zumba por todas partes.

Pronto llega la amnistía para los cargos por causa política. Eso afecta a Almoina, que ve borrada de su expediente su colección de sanciones. Y que es al fin promocionado a oficial de Correos. Mientras, todo es un frenesí en la Casa del Pueblo, que está en la calle San Juan del Reloj. Ahora se llama calle Julián Besteiro, pero la gente la sigue llamando calle del Reloj. En sus salas y recovecos hay sitio para la reunión y la discusión, y también para charlar o jugar al dominó y a las cartas. La Escuela de Mujeres y la de Mayores están en marcha. Y se preparan los estatutos del Grupo Obrero Femenino. Los afiliados pasan ya de mil.

Pero más allá de esas novedades, pocas cosas cambian realmente. Eso se repite Almoina cada día, mientras trabaja en su escritorio de la estafeta, donde tiene que estampar la palabra «República» sobre cada sello con la efigie del rey. Además, ya arrecia esa crisis que llega desde Estados Unidos como una mancha de aceite que lo contamina todo. En otoño suben los precios del pan, y hay huelgas y enfrentamientos.

—¿Qué te pasa, Pepe, que andas con caras largas? —le pregunta Marcelo cuando se encuentran en la taberna.

—No sé, es que me parece como si estuviéramos en medio de una ficción. Los políticos siguen perdidos en su palabrería. Y en las calles siguen los tiroteos. Y la quema de iglesias. Lo único que ha cambiado son los nombres de las calles. El tiempo parece detenido, ¿no?

—Pues escribe sobre eso, coño, que ahora se puede —le dice Marcelo—. Anda, Pepe, anímate.

Mientras, en las escuelas de la Casa hay cada vez más alumnos, y también maestros voluntarios para dar esas clases. Y un día aparece allí la maestra de ojos color verde agua que Almoina esperaba hacía tanto.

—Tú eres el presidente, ¿verdad? —le pregunta mientras él siente que se le vacían de sangre las venas—. Marcelo me animó a venir, me dijo que hablara contigo. Además, creo que somos medio vecinos, ¿no?

Almoina percibe enseguida aquel perfume de lavanda de la primera vez y se queda totalmente aturdido.

—Pues… estamos preparando la Fiesta del Libro —balbucea, turbado—. Va a haber música y recitales… Podrías colaborar. Mañana he quedado con Marcelo en el Royal a las cinco, para organizar eso. Si quieres, te vienes tú también.

—Perfecto, allí estaré. —La expresión de Pilar es sobria, indescifrable para él.

Al día siguiente Almoina llega muy pronto a la cita y elige una mesa desde la que se ve la calle. Al rato aparece Marcelo con una carpeta bajo el brazo.

—Mira, Pepe, aquí están mis poemas, me has convencido —dice derramando sus papeles sobre la mesa—. Puedo recitar alguno si quieres.

Almoina los recoge y se pone a leer, aunque le cuesta concentrarse. Marcelo se remueve en la silla un poco nervioso, cruza los brazos y espera el veredicto.

—Pues algunos están muy bien —concluye Almoina, mientras mira de soslayo la entrada del café—. Pero qué trágico eres. ¡«La novia muerta»! ¡Y esos amantes que mueren abrazados!

—Joder, no te rías, son cosas de juventud. Yo sé de uno que es romántico también, aunque disimula —responde el poeta con una mueca burlona.

En ese momento llega Pilar, con su figura de junco y su mirada lánguida, y los dos enmudecen. Almoina la mira inquieto. Ella se sienta y se dirige a Marcelo.

—Oye, Carbajo, se podría volver a representar tu zarzuela, la otra vez gustó mucho.

—Por mí de acuerdo. Y tú, Pepe, ¿vas a recitar?

—No, que se me da fatal. Pero he traído un poema de Rosalía de Castro para que lo recite Pilar.

—Ah, no. A mí también se me da mal —dice ella un poco azorada —. Pero lo puede recitar mi madre, que está más que acostumbrada a estas cosas. ¿Dónde está el poema?

Mientras la escucha, Almoina ve pasar ante sus ojos una ráfaga de imágenes. Pilar en aquel primer roce fugaz en la calle, con ese mismo perfume que percibe ahora. Y luego todas esas tardes de espera, para verla un momento. Desde la ventana o en la calle. Y ahora está ahí, frente a él. Diciéndole eso, sencillamente: ¿dónde

está el poema? Y Marcelo acaba de farfullar una excusa y se ha levantado para ir a buscar no sé qué. Eso no es en absoluto casual, está convenido. Porque el día anterior se lo pidió casi con desesperación. En cuanto te haga una señal, déjanos solos, o no me lanzo nunca, le dijo. Joder, Pepe, ¿no es demasiado pronto?, le respondió su amigo un poco alarmado. Hombre, es solo un poema , contestó él. Tengo que recuperar el tiempo perdido.

Marcelo aceptó, y ahora se acaba de ir. Así que ha llegado al fin el momento que ha esperado tanto. La noche anterior la ha pasado dándole vueltas a sus libros, y también al armario. Necesitaba encontrar un poema que pudiera desarmarla. Y estuvo releyendo a Bécquer, a Gutierre de Cetina, a Rosalía. Luego llegó lo más absurdo, y es que se puso ante el espejo todas las camisas que tenía. Por fortuna no eran muchas. Esta no, que me queda muy justa. Esta tampoco, es muy oscura, y triste. ¿Cuál será su color favorito? La había visto siempre con colores de luto. Grises. Negros. Morados. ¿Qué hacer? Luego estaban los trajes: los dos que llevaba a trabajar y el de vestir. La habitación empezó a parecerse al cuarto de lavandería, con toda la ropa amontonada sobre los escasos muebles. Al final eligió una camisa de color vainilla, la chaqueta gris y una corbata clara. Lo que no podía disimular eran las ojeras. Y las entradas en la frente. Seguro que ella se fijaría en esa calvicie suya, pensó. Odiaba cada pelo que caía en el lavabo por las mañanas cuando se peinaba. Nunca le preocupó mucho su aspecto, pero ahora está obsesionado con esa caída de pelo.

—José, ¿dónde está el poema? —repite Pilar al verlo como abstraído.

—Aquí está —responde él, sacando el libro de Rosalía que lleva en un bolsillo de la chaqueta—. Si quieres te lo leo, a ver qué te parece. ¿Sabes gallego o te lo traduzco?

—Prueba, a ver si lo entiendo.

Almoina empieza a recitar despacio esos versos que ha leído mil veces en su cuarto:

Meniña, ti a máis hermosa
que a luz do sol alumbrara…

Levanta los ojos y la mira. ¿Vas entendiendo?, le pregunta. Creo que sí, dice ella. Pero mejor traduce. Entonces él sigue: «¿Quién eres, hada sin nombre, de tan lánguidas miradas, de sonrisa dolorida y de hermosura tan cándida?». Pilar lo mira ahora fijamente. Silenciosa. Enigmática. Bueno, le dice él, también puede traducirse cándida por blanca. ¿Quieres que siga? Es que te has quedado como triste. Bueno, dice ella, es que la poesía tiene eso, ¿no te pasa? Pero sigue, claro que sí. Él le hace un guiño y continúa ahora con algunos versos que hablan de la espuma del mar y del nácar de las conchas, hasta llegar al lugar que le interesa:

Mas seas de donde seas
tristísima pasionaria
por ti siento un amor puro
que poco a poco me mata.

Su voz vibra con un timbre distinto, y la mira ahora con temor. Y con esperanza. Pilar tiene los ojos bajos mientras escucha. Y los alza

para pedirle que los vuelva a leer, pero en gallego. Él se los repite hasta el final: «por ti sinto un amor puro que pouco a pouco me mata». Mejor así, dice ella, mirándolo a los ojos, sonriendo.

4

Las nuevas madrugadas

El tiempo, que antes transcurría tan lentamente, parece ahora volar para Almoina. Los días, las semanas y los meses se disuelven en una bruma donde solo Pilar es una figura nítida. Las discusiones y tareas en la Casa le resultan algo casi irreal, confundidas con esa niebla de tabaco que siempre inunda el local de la calle del Reloj. Y un día de octubre, a las diez de la mañana, llega la boda brevísima en el registro civil. Como testigos van Quirino Salvadores, que es diputado en las Cortes en ese momento, y Manolo del Río, que preside el partido en Benavente. No va Ignacia, la madre de Almoina, en señal de protesta por esa boda sin cura. Pero sí su hermana Maruxa. Lo celebran en el hotel Castellano con un desayuno seguido de licores y habanos. Luego los novios se van en coche a Galicia, donde los espera Ignacia con un sacerdote para hacer el último intento de que su hijo entre en razón.

Enseguida llega la nueva vida compartida, que no es muy distinta de la anterior. Las dos mujeres siguen ocupadas con la escuelita aunque la casa sea otra. Y Almoina se entrega en las madrugadas a las crónicas que le ha encargado Marcelo, y que ha titulado «Zaguán de Castilla». Para escribirlas se inspira en lo que le sigue contando la

gente en su recorrido por los pueblos, durante la nueva campaña electoral. Y esta vez decide dedicar su artículo a aquel labrantín que le habló de los encinares del conde. De ese conde que poseía un monte guardado por carabineros. Carga de papel la Olivetti y se queda mirando la ventana que tiene frente al escritorio. Apenas se siente el resplandor de las farolas bajo ese cielo sin luna. Entonces redacta su historia sobre un pueblo de campesinos sin tierras que labrar. Teclea al final: «los jornales desde que vino la República escasean como nunca. En todo el contorno no hay un patrono que la quiera, y lo que ellos dicen, cuanto más hambre haya, más pronto volverá el rey y será diputado el señorito».

Almoina se detiene y revisa la página. Le queda poco espacio, pero aún es suficiente para hablar de las inminentes elecciones. De poder cambiar las cosas. Luego envía el artículo a Marcelo desde la estafeta y lo llama para confirmar que lo ha recibido. Todo bien, Pepe, le responde él. Tus crónicas gustan. Pero tienes un lenguaje muy rebuscado, coño, no sé si la gente se entera bien de lo que dices. Sí que se enteran, responde Almoina, no te preocupes. Ya me han llegado insultos y amenazas a través de Alfredo, que me cuenta todo. Ah, pues entonces adelante, no he dicho nada.

El tiempo sigue avanzando como un río incandescente ese nuevo año de mil novecientos treinta y tres. Y los fines de semana, cuando Marcelo vuelve a Benavente, acaban los dos amigos en la taberna del Pelirrojo hablando siempre de lo mismo.

—Esto va a acabar mal, Marcelo —le dice Almoina—. Es pura *hibris.*

—Mira que eres complicado, Pepe —responde su amigo mientras enciende un cigarrillo—. ¿Qué es eso de la *hibris*?, no sé de qué

siglo vienes.

—Pues pura violencia desatada. Mira cómo crece el número de nazis. Ya verás qué pronto tenemos aquí lo mismo. Y deja de echarme el humo encima, carallo.

—No seas pesimista, coño, esto es distinto. —Marcelo se vuelve para echar el humo hacia un lado—. Estamos demasiado atrasados hasta en eso, ¿no lo ves?

—Pero qué dices, ¡estás ciego! Vives en tu fantasía de poeta. ¿Es que no ves que cada vez hay más gente armada? No hay más que caos y muertos por todas partes. Mira lo que pasó en Casas Viejas.

—Bueno, Pepe, está claro que lo que pasó allí fue culpa del capitán Rojas. Lo contó bien Sender en una crónica. Por cierto, lo hemos fichado para el periódico.

—¡Sender! —exclama Almoina sorprendido.

—Como lo oyes, Pepe. Su novia es de Zamora y nos ha hecho de mediadora. Así que entre sus artículos y los tuyos vamos a arrasar. Ya lo verás. —Marcelo se vuelve hacia el tabernero—. ¡Pelirrojo, otra de aceitunas y otra de vinos! Esto es lo que echo de menos allí, Pepe. Los amigos de Benavente y las aceitunas del Pelirrojo.

Las madrugadas se van haciendo cada día más largas para Almoina. Las teclas de la Olivetti no dejan de golpetear sobre el papel para contar lo que está pasando. Porque otro periódico le ha pedido también artículos, *La Voz del Trabajo*. Y ahora quiere escribir sobre los campesinos de Castilblanco. Se han levantado contra el cacique local y los está juzgando un tribunal militar. Coloca el papel en el rodillo y empieza a escribir, como siempre con los dos índices. Eso le da a su tarea una musiquilla familiar: tactac…, tactac…, tactac…

De pronto se detiene, porque se encuentra sobre la mesa un café humeante. Muy negro y con poco azúcar, como le gusta. Lo ha dejado Hilaria, pero él casi no se ha dado cuenta de que ha estado ahí. Sonríe para sus adentros al pensar en ella mientras le da vueltas a la cucharilla. Es como un duende que no para de hacer cosas. Pasa las tardes en su cuarto haciendo punto o ganchillo, oyendo la radio o preparando las tareas de la escuela con periódicos viejos. Con las fotos y las letras grandes compone escenas para la lectura. El resto lo convierte en pasta de papel para hacer flores, pajaritas y coronas de príncipe y princesa. Y con la misma habilidad aprovecha también el pan que sobra cada día. Lo bizcocha o lo fríe y lo sirve con un poco de mermelada. O prepara budines y torrijas que dejan toda la casa oliendo a canela y limón. Está acostumbrada a hacer cosas con las manos. A sacar de donde no hay. A multiplicar los panes y los peces. Pilar la ayuda en lo poco que ella se deja ayudar. Y pasa el resto del tiempo devorando novelas. Sobre todo novelas rusas, y también de Galdós. Eres la única mujer que lee a don Benito, le dice Almoina. Tanto como las defiende, y ellas ni caso. Las instrucciones ya sabemos de dónde vienen.

Pero ahora tiene que volver a su artículo. Hablar de espartaquismo podría funcionar, se dice. Del peligro de ceder a la provocación. De la lucha de Espartaco, el esclavo rebelde. Una lucha generosa pero estéril. Del desgaste que supone ceder a la impaciencia. Esa idea tal vez puede valer. Sí, decididamente, piensa mientras bebe el último sorbo de ese café. De pronto oye voces en la cocina. Le resulta extraño a esas horas tan tempranas. Acude allí con la taza vacía para dejarla en el fregadero y se encuentra a Pilar sentada en una

silla. Está muy pálida, con la cara apoyada en los azulejos de la pared.

—Lebriña, ¿qué te pasa? —le dice preocupado.

—No es nada, es que he estado vomitando.

—¿Te ha sentado algo mal?

Pilar esboza una sonrisa agridulce. Le parece increíble que aún no se haya dado cuenta de lo que le ocurre.

—¿Te has resfriado? ¿Tienes fiebre? ¿Te preparo una infusión?

Le toca la frente. No, no tiene fiebre. Se sienta frente a ella. En ese momento entra Hilaria en la cocina.

—Vaya, cónclave familiar. Hija, qué carita. ¿Mareos otra vez?

De pronto Almoina se cae del guindo y es él quien se queda blanco como el papel.

—Hijo, qué cara tienes, ¿te encuentras mal? ¿Te preparo una infusión? —Hilaria tampoco ha visto nunca enfermo a José.

—¿Es lo que estoy pensando, lagartija?

Pilar sonríe y asiente.

—Pero ¡Hilaria! ¿Cómo no me habéis dicho nada?

Ella pone cara de «eso no es cosa mía» y se encoge de hombros mientras se pone a tostar pan para el desayuno. Almoina ya ha recuperado el aliento y está eufórico.

—¡La casa, hay que cambiar los muebles! ¿Dónde vamos a meter al bebé? ¡Una cuna, necesitamos una cuna! ¿No?

—Hombre, ya tenemos cunas, si lo sabes —dice Pilar.

—Pero ¿has ido al médico? ¿Y qué nombre le vamos a poner? Si es niño, ¡ya tengo el nombre!

Hilaria se vuelve, curiosa.

—¿Qué nombre?

—¡Espartaco! —responde Almoina levantando los brazos.

Hilaria arruga el entrecejo.

—Hijo, eso es un poco raro, ¿no? Además, rima con pajarraco. Se van a meter con él los otros niños cuando vaya a la escuela. Tú no sabes cómo son los niños.

—No importa, Espartaco fue un gran hombre. Lideró una rebelión de esclavos. Ahora hay libertad para elegir los nombres que uno quiera. Me dejas, ¿verdad, bruxiña?

Pilar sonríe otra vez, un poco ausente. Sigue bastante pálida.

—A ver, a ver —dice Hilaria conciliadora—, lo bonito es que se haga lo que se ha hecho siempre. Si es niño, José, como su padre. Y si es niña, Pilar, como su madre.

—Bueno, Hilaria, claro que sí. Si es niño se llamará José. ¡José Espartaco!

5

Ese espíritu que arde

La campaña electoral ha comenzado y la comitiva de la Agrupación recorre ya los pueblos de Zamora. Son pueblos con alma y con esos nombres que suenan a tiempo, a rodar de agua y de siglos. Durante la ruta, Almoina bebe café y se distrae mirando el cielo por la ventanilla del coche. Siempre le gustó contemplar el movimiento de los pájaros, y hay muchos ahí. En sus primeros días en Benavente salía a pasear por las afueras para seguir los arabescos de los estorninos y el vuelo de los aguiluchos. O quedarse mirando a las avutardas, con esas alas entreveradas de verde y violeta y esas motas blancas como dibujadas a pincel. Le recordaban a su infancia, cuando en invierno llenaban la plaza Mayor y el parque de Rosalía.

De pronto unas palabras lo sacan de sus pensamientos: ¡Almoina, tu turno! Y casi sin darse cuenta ya está hablando frente a los labradores de Manganeses de la Polvorosa, donde visita el yacimiento de La Corona y El Pesadero. Y en Villabrázaro, en plena Ruta de la Plata. Palabras también en Santa Colomba de las Carabias, donde le sobrecoge la iglesia de San Juan Bautista y su artesonado mudéjar. Y en Belver de los Montes, con su castillo y su monasterio de San Salvador. O en Almaraz de Duero, con su ermita

de San Pelayo y su puente, que todos llaman de los Infiernos, por su altura. En Carbajales de Alba las trabajadoras le regalan bordados. Para las mujeres de tu familia, le dicen. Habla también en Maire de Castroponce, donde lo abuchean y tiene que irse. Piensa entonces en esa historia que le contó Audelino. Sobre la vez que lo recibieron con piedras en un pueblo. Al menos a él solo le lanzan gritos y silbidos.

La caravana avanza en dos coches con megafonía y banderolas. Y cuando llega la hora de tomar la palabra, los compañeros lo dejan a él para el final. Es que electrizas a la gente, le dice Alfredo. Almoina no lo escucha. Se mantiene reconcentrado. Pensativo. Observando. Hasta que oye esa frase que se repite cada vez: ¡Almoina, tu turno! Entonces se acerca al micrófono y empieza a hablar.

—¡Los sembradores de odio —exclama con voz vibrante— algún día tendrán que responder de su culpa ante la historia!

Su voz suena poderosa, como salida del fondo de sus vísceras.

—Pero ahora nos toca a nosotros, con nuestros votos, decidir quién manda. ¡Decidir si queremos que manden los que olvidaron sus promesas en cuanto ocuparon sus cargos! ¡Y, mientras, seguían los muertos en las calles! En Arnedo y Salvaleón. En Jeresa y Miajadas. En Calzada de Calatrava y La Solana. ¡Y en el Parlamento seguían los discursos!

La gente lo interrumpe con gritos y aplausos. Almoina bebe un poco de agua. Enseguida todos callan y él vuelve a hablar.

—Entonces ¿quién manda? ¿Dónde está el gobierno del pueblo, de la mayoría? ¡Es que mandan los de siempre! —Su voz se va enardeciendo como el metal en la fragua—. ¡Cambian los nombres, pero en el fondo todo sigue igual! ¡Y los obreros siguen paseando su

hambre por las calles, aunque la Constitución diga que esta es la república de los trabajadores! Por eso vamos ahora solos, sin coaliciones. Porque no podemos seguir confiando en partidos que no cumplen sus promesas. ¡El hambre no espera! ¡La muerte no espera! ¡Y quieren ahogar la revolución de abril! Porque accionistas y terratenientes siguen siendo los dueños de todo. ¡Son dueños de la tierra de provincias enteras! Y no soportan verse convertidos en una ínfima minoría de votos en el juego de la democracia. ¡Frente a una mayoría que vota leyes que recortan sus privilegios!

Los aplausos y gritos vuelven a interrumpir sus palabras:

—¡Vi-va Al-moi-na! ¡Viva nues-tro Bes-tei-ro!

Llega al fin el día de las elecciones. A la hora del desayuno, Pilar mira reconcentrada a José. Tienes cara de funeral, le dice. Espera al menos a que haya noticias para preocuparte. Es que está cantado lo que va a pasar, responde él. Con la Conjunción dividida y los terratenientes comprando votos. Y luego están los anarquistas con su guerra aparte contra el Estado burgués. Menudo país. Ella no responde. Todos saben cuáles son los pronósticos. Y se cumplen.

Ganan los radicales y la CEDA. Y la FAI convoca de inmediato una insurrección. Ningún grupo la apoya. Pero hay sabotaje de fábricas y quema de iglesias. Y decenas de muertos. Unas semanas después, Dollfuss aplasta la insurrección de Viena. Entonces la crispación se adueña de las calles. ¡Antes Viena que Berlín!, repiten las consignas obreras. Lerroux no tiene suficientes votos para formar gobierno. Y la idea de que incluya a Gil Robles incendia los ánimos de la oposición. Porque el Duce español ya dijo claro en Madrid que si el Parlamento no se somete lo harán desaparecer. El órdago está sobre la mesa: si la CEDA entra en el Gobierno, el país se levanta. Pero

nadie mueve ficha. Mientras, las discusiones en la Casa siguen hasta el amanecer. Esto se complica, dice Alfredo. Es el miedo a otra Revolución rusa. Qué miedo ni qué ocho cuartos, si aquí no hay armas, responde Vitaliano. Da igual, ¿quién puede parar esto ahora?

Acaba de empezar a llover. Almoina siente ese murmullo detrás de las ventanas y se remueve bajo la sábana con cuidado, para no despertar a Pilar. Hace tiempo que no dedica la madrugada a escribir. Pero tampoco puede dormir más de cuatro horas. Así que se levanta y se va hasta el sofá sin hacer ruido. El ventanal de la sala deja entrar la fosforescencia de la noche mezclada con la lluvia. Escuchar ese rumor lo ha calmado siempre. Y vuelve a pensar en esa propuesta de insurrección. Conoce la disciplina de partido, pero no va a escribir sobre eso. Los violentos necesitan violencia para justificar su nuevo orden, se dice, ¿vamos a caer en esa trampa? Se levanta del sofá y se va a su estudio. Se siente más calmado ahí, junto a los libros de Erasmo. Él también hablaba de contradicciones y quebrantos, y escribió: «El alma humana, ese espíritu que arde».

Todo bulle en su cabeza, y recuerda ahora aquella extraña calma de abril. Dejaron llegar la democracia así, sin más. Que fue como un decir: adelante, desahogaos un poco. Salid al patio de recreo un rato, mientras nos organizamos. Luego, ya os volveremos a encerrar. Eso debió de pensar Sanjurjo al proyectar su asonada, se dice. Luego la República fue generosa con él. ¿Era ejemplar la República? Candorosa, tal vez, como recién nacida que era. ¿Y qué pensar ahora? El país es una olla a presión a punto de estallar. «Antes Viena que Berlín», repite la gente. «¡Insurrección!», se oye por todas partes. Y ahí están las palabras de Pilar. Y esa mirada severa, nueva para él. José, ahora tienes un hijo. Y los avisos de Alfredo, con esos

ojos redondos, nobles, bovinos. Ten cuidado, Pepe. Cid y sus cortesanos no te pueden ver. Eres demasiado atrevido. Demasiado popular. Y encima forastero. Y, para colmo, nunca vienes a misa. Él le responde enseguida: porque soy cristiano, Alfredo, no voy a misa.

Aunque es muy temprano aún, decide prepararse un café. Esa rutina lo calma. Se acerca a la cocina de puntillas, cierra la puerta y prepara la cafetera. Ahí también se siente la lluvia. Cae con fuerza sobre el patio interior, donde desaguan además los canalones. Ese rumor, y el del café cuando ya borbotea, le hacen sentir más tranquilo. Alfredo tiene razón, debe tener cuidado de no hacerse notar. Cid vigila. Y si él se lo dice, por algo será. Alfredo conoce a mucha gente, y también sus murmuraciones. Cid es ministro ahora. Y él es solo un peón que depende de su Ministerio. Es verdad que toca hibernar. Así que debe seguir ocupado con su libro sobre arte. Mientras pone su poco de azúcar al café piensa en el vientre de Pilar. Luego vuelve al dormitorio con el tazón en la mano y se asoma a la puerta. Ella sigue dormida. La contempla en esa penumbra: el rostro ladeado sobre la almohada, el pelo suelto, el vientre hinchado. Dentro, ese acuario donde dormita un ser que no logra imaginar. Pilar presiente que será varón. Pero quién sabe.

Entonces entra al cuarto y se tumba otra vez a su lado. Está más sereno y empieza a animarse. Decide escribir un nuevo artículo. Un último artículo. Ya es casi Semana Santa. Recuerda los libros de Audelino, recién descubiertos. Y piensa en escribir sobre libros antiguos. Algo sesgado, indirecto. Piensa en aquel erasmista llamado Alfonso de Valdés. En su *Diálogo de Lactancio y un arcediano*, y su juicio contra un papado entregado a la riqueza y la guerra. Almoina

imagina en el techo de la alcoba el teclado de la Olivetti. No puede dejar de pensar, de soñar que escribe.

Los dedos se deslizan imaginariamente por las teclas. Luego revisa el texto en su cabeza. ¿Lo querrá publicar Marcelo? Sin erratas, por favor, Marcelo, le dirá. Una densa niebla le va envolviendo las ideas. Sin erratas, por favor. ¿Es que al final va a llegar el sueño, cuando ya no lo quiere? No debe dormirse ahora, aún debe escribir algo más en esa página. El papa ha recibido en audiencia al autor de la masacre de Viena. La prensa católica aplaude, mientras las procesiones siguen su ritmo hipnótico. Y ese tun…, tun…, tun… de las procesiones. Sin erratas, Marcelo. Por favor, sin erratas. Pero qué murmuras, José. Despierta, que es muy tarde, le dice la voz de Pilar. Que no llegas al trabajo hoy, amor. Almoina abre los ojos, mira alrededor. Ve la hora en el reloj. Da un salto. Tiene que salir sin ducharse ni desayunar. Solo faltaría que le pusieran una sanción por llegar tarde.

Marcelo sí que publica el artículo. Aunque es el último de ese año, que todavía reserva acontecimientos sombríos. También otros luminosos, como el que ocurre un sábado de abril, en mitad de la noche.

Pero ¿qué es esto, meniña? ¿Estás bien? Almoina palpa la sábana, se levanta deprisa y enciende la luz asustado. Pilar abre los ojos, palpa también. Todo está empapado debajo de su cuerpo, y hay alguna traza sanguinolenta. Palidece y llama: ¡mamá! Hilaria llega en un suspiro. Tranquila, hija, no es nada. Has roto aguas, eso es todo. Aún no hay que llamar a la matrona, tenemos que esperar a que te empiecen las contracciones. Pero ¿qué va a pasar, mamá? ¿Está en peligro el bebé? Pilar habla nerviosa, con un hilo de voz.

Y encima en domingo, balbucea Almoina, que está del color de las sábanas. ¿Quién encuentra hoy un médico? Que no os preocupéis, insiste Hilaria, con su sabiduría antigua. Ahora tenemos que esperar a que Pilar dilate. Anda, hija, relájate mientras yo limpio esto. Enseguida te traigo otro camisón. Y respira hondo y despacio. Pero ¿no llamamos a nadie?, pregunta Almoina con tono de desamparo. Más tarde, dice Hilaria, mientras saca del armario unas sábanas limpias.

Los minutos van pasando y todos se calman un poco. Luego ya son horas, y las contracciones empiezan a llegar. Pilar se queja y en su frente se dibuja un rictus de dolor. Ánimo, carita de liebre, que la matrona vendrá pronto. Cuando suena la campanilla, Almoina abre y se encuentra a una mujer madura, grandullona y sonriente. Soy Flora, dice casi sin mirarlo, mientras avanza hacia el dormitorio. El padre mejor que no nos distraiga, añade. Y cierra la puerta dejándolo fuera. Después se dirige con mimo a Pilar. Niña, ya sabes que tienes que empujar, le susurra, ayudándola a cambiar de postura. Ella sigue esforzándose, sofocada. Han pasado ya varias horas. No puedo más, musita. Tranquila, ya casi está, le dice la matrona.

En un rato más empieza a asomar la cabecita. Y enseguida sale el bebé, resbalando como un pez. Hilaria lo mira extasiada y sale a llamar a José. Mientras, Flora lo arropa con cuidado: mira, niña, un varón rubio y gordito. Pilar rompe a llorar al ver ese cuerpecillo, que está envuelto en una grasa blanca como de manteca. Almoina se acerca a mirarlo, sobrecogido. Dios existe, dice. Flora lo anima: cógelo un momento antes de bañarlo, anda. No, eso no, que es muy pequeño, parece de azúcar.

Luego la matrona se ocupa de limpiar el cuerpo de Pilar. Al poco rato baja la placenta y ella la extrae con cuidado. Pilar mira al niño embelesada. Como si no estuviera todo pringado de esa sustancia pegajosa y amarillenta, sobre todo la cabeza. Almoina se acerca un poco más y se recuesta junto a ella, mientras las otras dos mujeres siguen limpiando todo. Ya ves, pitusa, ¡llegó José Espartaco! Mañana mismo lo inscribo en el registro civil. Ella sigue llorando. ¿Y eso, meniña? ¿Por qué lloras, porque es calvito como yo? Entonces Pilar se ríe a la vez que llora y adopta una expresión grotesca.

6

Descúbrete, compañero

A partir de ese día, las rutinas cambian mucho en el piso alto sobre el Cinema, donde todo es ya un ritual de pañales y nuevos horarios. La noche se mezcla con el día, y el caos envuelve la casa y aleja un poco a sus habitantes de lo que ocurre fuera. Pero las calles siguen siendo un lugar peligroso. Y el país sigue en vilo. Ahora las reuniones de Almoina son clandestinas, y Pilar no puede evitar la inquietud. José, tienes un hijo, le repite. Y si te meten preso, ¿qué hacemos? Hay demasiada gente presa, dime qué hacemos si te encarcelan, insiste, eres un insensato y un cabezota. Está irritable, y él también le responde áspero: mujer, no puedo quedarme quieto. Acuérdate de lo que cuenta el Dante cuando llega con Virgilio al Infierno. Lo primero que se encuentra allí son los neutrales. No pueden entrar ni salir, porque no los quieren en ninguna parte. Son los indignos. El coro de los viles. De los cobardes. Menudo argumento, le dice ella, ya estás tú con tus libros, vives fuera de la realidad.

Almoina se remueve molesto. Pero mujer, si es por él, por su futuro. Tienes que entender eso. Además, debo decirte algo que no te va a gustar: me voy unos días fuera. Tengo que ver a mis

compañeros. A mis hermanos. Tenemos que hablar de cosas importantes. Toda Europa es un polvorín. Pilar se levanta, nerviosa, y se mueve por la habitación para calmarse. Eso es muy peligroso, protesta, ¿te has vuelto loco? No correré peligro, lagartija, responde él con un guiño. Además, Pablo me ha prometido que velará por vosotros mientras yo no esté. Venga, relájate. He pedido una licencia por la mala salud de mis pulmones. Y me la han dado. Así que voy a cambiar de aires. Pero solo unos días. A la vuelta, como siempre, no te contaré nada. Es mejor para ti.

Pilar lo mira ahora con su expresión más enigmática. Haz lo que quieras, le dice muy seria, en voz baja. Pero no esperes que te aplauda. Y si no me guardas la ausencia, no me lo cuentes. Ya tengo bastante tortura con mi imaginación. Almoina se ríe. Mujer, relájate, mira que eres celosilla. Ella no se inmuta y saca al niño de la cuna para darle el pecho. Meniña, insiste él, no te pongas así. ¿Qué te parece si vamos al cine mañana? Desde que nació Josito no lo pisamos. Están poniendo una de Gary Cooper, se titula *Una mujer para dos*. Una comedia. Buena pinta.

Pena que no sea de Cary Grant, dice Pilar, relajándose un poco y abriéndose la blusa. Tiene un hoyito en la barbilla igual que el tuyo. Almoina le hace una mueca de payaso y Pilar se vuelve hacia Hilaria. Mamá, ¿qué te parece cuidar a Josito mañana un par de horas? Bueno, mientras no sea a la hora de misa, responde Hilaria desde la cocina. Almoina se queda mirando al bebé. Se parece a mí, ¿no? Sigue igual de calvito que yo. Bueno, tiene una pelusita rubia, le ataja Pilar. Déjame un rato al calvorota, ahora que está despierto, dice entonces Almoina tomándolo en brazos.

Desde que Josito nació, todo es un remolino en su cabeza. Se plantea cosas en las que nunca pensó. Como la muerte. No es solo el miedo a que le pase algo al niño. Es miedo a que le pase algo a él. Quién se ocuparía de Josito entonces. Se acuerda de la profecía de doña María. Tendrás siete vidas, como los gatos. Ojalá no se equivocara y esas vidas fueran suficiente para ampararlo.

Las noches también han cambiado bastante en esa habitación donde ahora respiran tres. Almoina se asoma a la cuna y luego se mete entre las sábanas. Lebriña. Dime, amor. El calvito duerme. Ella murmura algo indescifrable. Los cuerpos se arriman, se acomodan sin ruido. ¿Bien así? Sí, olvídate del calvito. Las manos exploran en silencio, los dedos recorren vientres, nalgas, muslos, con la fruición de lo furtivo. Ya tenemos dos guardias civiles vigilando, pitusa, la canosa y el calvito, hay que tener cuidado. Pilar se ríe al fin. ¿Sabes con qué soñé ayer?, dice. Soñé que volábamos abrazados, como esos noviecitos de Chagall que vi en tu revista. ¿Entonces no peso, carita de liebre? No, no pesas. Sigue, no te pares. Pero despacito.

La presencia de Pablo Salvador en los altos del Cinema es habitual, desde que estuvo allí acomodando el cuarto de Josito. Conoce las mañas del oficio de albañil por su tío, aunque vive dedicado a la carpintería de Primitivo, que lo aprecia por su buen carácter. Y también porque necesita esa fuerza física que a él ya le falta. Primitivo tiene muchos años, y se le hace penoso cargar con los pesados tablones que necesita para su trabajo. Pablo, en cambio, los carga con la misma naturalidad con que cargaría a un recién nacido. La misma con que sostiene a veces en sus manos enormes el cuerpo diminuto de Josito.

Hilaria le suele hacer pequeños encargos, y luego lo premia con sus dulces y bizcochos. Él se deja querer, se siente ahí en familia. Y a ella también le gusta que esté cerca, por ese carácter noble, de perro fiel, que tiene. Mamá, ¿no mimas mucho a Pablo?, le dice Pilar un poco recelosa. Bueno, hija, es que es un hombre como debe ser, que José no sabe hacer nada. Pero ¡mamá!, protesta Pilar. Pues es la verdad, hija. Un hombre tiene que saber arreglar tuberías y enchufes. Y manejar serruchos y martillos, claro que sí.

Uno de esos días, Hilaria le pide a Pablo que vaya a reforzar una balda de la alacena, que está combada por el peso. Bueno, le responde él con su sonrisa simple. Pero si usted me hace alguna de esas torrijas tan ricas que me dio a probar en Semana Santa. Aunque no sea ya época de torrijas. Y al día siguiente, al salir de la carpintería, el muchacho coge su caja de herramientas y unas tablas y se dirige a esa casa que ya desde la escalera huele a canela y limón.

Cuando suena la campanilla, Pilar dice: ve tú, mamá, que llega el hombre de verdad. Hilaria sonríe por lo bajo y le abre. Pablo saluda y entra hasta la cocina, mientras las dos oyen la radio en la sala. Al terminar la tarea se lava bien las manos y se acerca a la cuna de Josito a mirarlo. Está guapo el calvito, dice. Pilar imagina entonces las conversaciones de Pablo con su maestro, como él lo llama. Y del que a veces parece una sombra. Mientras, Hilaria ya ha traído a la mesa un plato con torrijas y una servilleta. Él se sienta a comerlas despacito, con los dedos, y cuando se los chupa pone cara de niño.

A los pocos días Almoina está de regreso. Sigue abstraído y con semblante preocupado. Las horas que antes pasaba en la imprenta de Vitaliano o en la calle del Reloj las ocupa ahora en el Royal. En

interminables charlas con Marcelo, Alfredo y Manolo del Río. O con Audelino, en su biblioteca. Cuando está en casa, no se separa de la radio de Hilaria. No puede concentrarse en otra cosa. Y un día de primeros de octubre llega esa noticia tan esperada como temida. Lerroux ha cedido. Y ha entregado tres ministerios a la CEDA. Almoina se levanta del asiento de un salto. No puede ser, dice. ¡Otro Berlín! Esa es la chispa que enciende la hoguera. La que se va a armar.

Hilaria y Pilar también están sombrías. Saben bien cuál era la consigna. Y los presagios se cumplen. La protesta estalla por todo el país. Lerroux proclama el estado de guerra y el ejército sale a las calles. El gobernador civil de Zamora, que es de la CEDA, hace fijar por todas partes un bando que declara ilegal la huelga. Lo avala Cid. Su retrato aparece ese día en primera plana del *Heraldo*, con su mirada metálica y el rostro congestionado por la corbata que le ajusta la papada.

Aquí está tu amigo, le dice Pilar a Almoina cuando él llega a casa. Pues te cuento que han disuelto el ayuntamiento, responde él bastante alterado. Me acabo de enterar. Y ya han mandado a unos gestores. Alfredo los ha recibido con esa cortesía increíble que tiene. No sé cómo se ha podido contener.

La Guardia Civil patrulla las calles de Benavente. Se han oído tiroteos y hay muchos detenidos. Pilar pasa las horas en el dormitorio con Josito, arrullándolo para que no sienta esa tensión. Mientras, Hilaria y Almoina se mantienen junto a la radio, enmudecidos. La huelga decae en pocas horas, pero Asturias y Cataluña mantienen el pulso.

El país sigue sin aliento las noticias. Pronto Cataluña se rinde también. Pero Asturias se convierte en un polvorín durante dos semanas. Franco dirige la operación desde Madrid. Y envía allí las tropas marroquíes y la Legión Extranjera. Los insurrectos de Asturias eran los únicos que tenían armas: la dinamita de las minas y el alijo del Turquesa. Y el ejército está aplastándolos por tierra, mar y aire. Eso cuenta la radio.

A los pocos días de ese estallido suena la campanilla de la puerta. Y aparece Pablo Salvador con su caja de herramientas. Hilaria le ha pedido que revise el sumidero. En realidad es una excusa para saber si está bien y preguntarle por su familia, porque sabe que es de la cuenca minera. Pablo saluda serio al entrar. Menudo lío, ¿no?, murmura sin mirar a nadie. Y se va directamente al baño.

Todos siguen luego escuchando las noticias, que hablan de cómo las fuerzas del Gobierno reducen a los extremistas. Al rato Almoina se levanta y se acerca al baño, donde Pablo ha desatornillado la tapa del bote sifónico y está limpiándolo. Vaya, está lleno de pelos de Pilar, le dice. Se le cayó mucho durante el embarazo, pobrecilla.

Se queda apoyado en el vano de la puerta, contemplándolo mientras el muchacho sigue trabajando en silencio. Te miro para aprender a hacerlo yo, Pablo. Que dice mi suegra que no sé hacer nada. Y es verdad, añade Almoina, intentando ser amable. Él asiente con la cabeza y continúa muy serio su tarea. Luego levanta la vista para comprobar que el ventanillo está cerrado, y que no se puede oír nada desde fuera. Entonces se pone a tararear una canción: «Si alguna vez vas a Asturias», canta muy bajito, con el cigarrillo entre los labios, «descúbrete, compañero». Se queda callado un momento

y después sigue, ensimismado: «por la suerte que han corrido esos valientes mineros».

Qué cantas, Pablo, le dice Almoina en voz baja también. Pues eso, maestro, no se imagina usted lo que está pasando, responde el muchacho con voz casi inaudible. Acaba de llegar mi hermano con dos compañeros, huyendo de aquello. Y no sabe lo que cuentan. Están escondidos en casa de mi tío. Son cosas horribles, maestro. Pero no comento nada por las señoras.

A mí puedes decirme lo que quieras, Pablo, no te preocupes. Almoina se sienta en un taburete, muy cerca del muchacho. Él sigue en el suelo, que está todo mojado por el agua del sifón. Y con las herramientas ahí desperdigadas.

Pues lo que está pasando no lo sabe nadie, maestro, es que no se lo puede ni imaginar, es un infierno. Almoina asiente con el gesto. Ya, Pablo, dicen que están encarcelando a un montón de gente. No es eso, maestro, no, son cosas terribles. Que sí, insiste Almoina. Puedo imaginarlo. Este país no hay quien lo entienda. Fuimos capaces de llegar a la democracia sin derramar una gota de sangre, y ahora que la tenemos, sacamos la dinamita. Esto les da a algunos excusa suficiente para un golpe de Estado. Un pasito más y ya lo tenemos aquí.

Entonces Pablo lo mira contrariado. Maestro, usted no entiende. ¿No era usted quien hablaba de conquistar el pan? Es que había que hacer algo frente a la miseria. Eso es lo que dicen ellos, y a mí me parece que tienen razón. Volver a un gobierno como el de antes era perder la poca esperanza que había de conquistar el pan. Solo eso. No digo la tierra, que el minero no tiene tierra ni nada. Solo conquistar el pan.

Almoina lo escucha reconcentrado mientras mira cómo sus manos grandes y callosas manejan las herramientas. Ya lo sé, Pablo, dice al fin. Claro que entiendo la lucha minera. Y estoy de su lado. Solo dije que eso no era lo planeado. Maestro, es que todo está salido de madre. Mi hermano y sus compañeros se han salvado de chiripa. Y no sabemos qué va a pasar ni cómo ayudarlos. Ni cuándo ni cómo van a poder volver.

La voz de Pablo se quiebra ahora con un sollozo. Almoina le pone la mano en el hombro, y él se va calmando mientras sigue limpiando el sifón. Luego lo intenta ayudar a secar todo. Deje, maestro, que se va a manchar y ya me apaño yo solo. Pues lo que le decía, está prohibido que se hable de lo que está pasando. De las torturas. De los muertos. Y no sabe lo peor. Los moros y la Legión hacen cosas horribles. Eso no se puede contar. Qué mujer confiesa que la han deshonrado. Qué hombre cuenta que lo han desgraciado para siempre, ¡es que están castrando a los milicianos! Pablo se quiebra otra vez. Y hasta les cortan la cabeza a los muertos, añade con voz ronca. Todo para humillarlos más todavía.

El rostro de Almoina se contrae con un gesto amargo. Y los dos se quedan un rato en silencio. Pablo respira hondo y sigue: hay castigos para los que hablan, pero la gente no puede callarse. Y todo corre de boca en boca. Porque los moros siguen ahorcando y castrando. Y cortando manos y orejas y lenguas. Y cabezas. A veces a los mineros los entierran vivos, maestro, que yo lo sé. Que al desenterrarlos les encuentran la boca llena de tierra. Almoina asiente y le aprieta el hombro otra vez. Luego sale del baño, donde el muchacho vuelve a tararear en voz baja su canción: «Si alguna vez vas a Asturias, descúbrete, compañero…».

En las calles hay un silencio que suena a zumbido. A hueco. A granada que quiere estallar. La censura sobre lo que ocurre es absoluta. Pero se sabe que están ejecutando gente. Que las cárceles están atestadas. Y que ahora usan el convento de las Adoratrices para encerrar allí a los presos. Treinta mil son ya, dicen.

Al cabo de unos días vuelve a aparecer por la casa Pablo, con su caja de herramientas. Lo ha llamado Hilaria, porque ha cocinado algo para los huidos. Las visitas del muchacho no tienen nada de nuevo, y confía en que no despierte sospechas. Le ha preparado cocido de garbanzos en una fiambrera, y se lo ha guardado en una talega con una hogaza de pan.

Pablo pasa a la cocina y se queda mirándola, mientras ella mete también algo de fruta ahí. La fiambrera me la tienes que traer de vuelta, le dice, que no tengo más que esa. El muchacho lo guarda todo en su caja de herramientas y Almoina lo invita a tomar un poco de vino. Hilaria pone la botella y dos vasos sobre la mesa y corta unos trozos de queso. Yo me vuelvo a mis tareas, farfulla luego, y los deja solos.

Ya ves, Pablo, dice Almoina mientras sirve un poco de vino en cada vaso. A mi suegra la pone triste que hablemos de lo que está pasando. Dice que ya tiene bastante con la radio. Es toda corazón, responde el muchacho, después de beber un sorbo. ¿Cómo sigue tu hermano?, le pregunta entonces Almoina, mirándolo a los ojos. Pues no quiere salir de casa, maestro. Y no duerme. Está aterrado. Porque no están castigando solo a los milicianos, sino a sus familias también. Y teme por ellos. El miedo es un arma poderosa, responde Almoina con pesadumbre. Por algo eligieron para la campaña a

Franco. El General de Hielo. Y ahora nos ha traído aquí la guerra de África.

Los registros en las Casas del Pueblo de todo el país se multiplican. Y la quema de libros en las calles. Los enfrentamientos ya han cesado, pero siguen las detenciones por todas partes. Y están llamando a mucha gente a declarar. Si te llaman, miente, le dice Pilar a Almoina. Mejor callar, responde él. Los golpes en la puerta no se hacen esperar. Son imperiosos, y detrás se oyen gritos:

—¡Abran, abran a la Guardia Civil!

Pilar se acerca a la cuna y arrulla a Josito, que acaba de despertarse. Almoina abre y dos guardias saludan y le piden la identificación.

—Tiene que venir a declarar —dice el que lleva la voz cantante, poniéndole unas esposas, y él se queda sobrecogido, pero no se resiste—. Allí se las quitamos, no se preocupe. Es la norma.

Pilar ahoga un gemido. Y Josito se pone a llorar.

—Puedo despedirme, ¿verdad? —pregunta Almoina, con esa expresión severa, inescrutable, de los últimos días.

—Adelante, hombre, pero rápido.

Entonces se acerca hasta donde está Pilar con Josito y le da un beso en la frente al niño, que le tiende los brazos para que lo coja. Almoina se queda un momento indeciso y luego se vuelve a ella para darle un beso en la mejilla. En ese instante fugaz Pilar le dice algo al oído, en voz muy baja. Él no entiende bien lo que dice, pero lo adivina: miente, amor.

En el vehículo van más detenidos. Almoina conoce a algunos. Se intercambian miradas en silencio. Y cuando llegan al cuartel de policía lo encierran en un calabozo. Es solo un rato, le dicen mientras

le quitan las esposas. Solo hasta que sea llamado para la declaración.

Una hora después lo van a buscar dos guardias civiles, que le vuelven a poner las esposas y lo escoltan hasta la sala de armas. Allí, sobre la mesa, están dispersos muchos papeles y carpetas. Él reconoce algunas de ellas, son los archivos de la Agrupación Socialista. Un oficial con sardinetas en las mangas inspecciona minucioso ese material.

—Señor Almoina, aquí hay listas de afiliados —dice—. Circulares. Actas de reuniones. Tablas de cuentas de tesorería.

Lo hacen permanecer en pie, y él escucha con expresión ausente.

—También hay papeles que hablan de insurrección —añade el oficial, mirándolo fijamente—. Y cartas comprometedoras. ¿Qué puede decir, señor Almoina?

—Nada, señor, qué voy a decir yo.

El de los galones se dirige a los otros.

—¿Veis esta firma? Aquí dice «Paco, el Estuquista». ¿Sabéis quién es Paco, el Estuquista? Pues es Largo Caballero. El bolchevique ese. —Los otros asienten—. ¿Qué puede decir, señor Almoina? ¿Y qué hace un hombre como usted con esa gentuza?

—Qué voy a decir. Nada, señor —responde. Y piensa: como si pudieran hacer que el mundo se detenga. Los labios de Almoina se mueven ahora—: *Eppur si muove*.

—¿Qué dice, Almoina?

—Nada, señor, nada.

—Váyase, Almoina, de momento no hemos encontrado nada contra usted. Excepto las malas compañías.

—Gracias, señor.

Parece que Benavente sigue siendo una isla dentro de Zamora, se dice Almoina mientras regresa a casa. Seguramente en otros lugares de la región no abundan oficiales como ese, que ha hecho la vista gorda a su caso. Y a otros muchos. Pero dos días después algo vuelve a sobresaltarlo. Cuando llega a la oficina, Carmen se le acerca con un sobre en las manos. Un sobre oficial. Mira, ha llegado esto para ti, Pepe. Él lee el remite: Ministerio de Comunicaciones. El reino del cacique Cid, piensa. Tiene el corazón en un puño. Conoce bien esa sensación, y se espera cualquier cosa. No es la primera ni la segunda vez.

7

Mariposa y gato

Otra vez el tiempo como un túnel interminable. Así siente los días desde que está en ese encierro al aire libre llamado Alcaudete. Un encierro en un diminuto pueblo andaluz, a cientos de kilómetros de Benavente. Desde esa distancia todo le parece irreal. Y al recordar su pasado se contempla a sí mismo como si fuera otro. Ve a alguien llamado José Almoina que deambula por Lugo o Santiago, por Villagarcía o Benavente. Como si no fuera él quien vivió allí aquellos años. Y ha regresado la sensación de vaciamiento. De despojo. Aunque esa nueva soledad sea compartida. Mira ahora el camino de tierra que hay frente a su ventana, por donde cada mañana pasa muy temprano un pastor con su ganado. Más allá se atisban otras casas. Y detrás, unas colinas de olivares de estricta simetría. Le parecen dunas, con esas curvas suaves que las asemejan también al movimiento del mar.

Mientras, piensa en aquel día de octubre. Cuando llegó a su casa de la Rúa demudado y con aquella funesta notificación en la mano. Y recuerda el gesto y las palabras de Pilar al escuchar la noticia. ¿Cómo que desterrado a Alcaudete? Pero ¿dónde está Alcaudete? Ella lo esperaba con una noticia distinta. Y Almoina no sabía cómo

explicar aquello que ni él mismo era capaz de entender. Hablaban en voz baja, porque el niño dormía.

En Andalucía, murmuró él al fin con un hilo de voz. Como si se hubiera quedado sin saliva, doblegado por el sentimiento de rabia, de derrota. En Jaén, aclaró. ¿Hasta cuándo, José? No se sabe, respondió él. Le siguió un silencio largo. Hará mucho calor allí, añadió ella. Y encima con otro embarazo. ¿Cómo?, preguntó Almoina sobresaltado. ¿Seguro, meniña? Parece que sí, dijo Pilar, poniéndose las manos en el vientre. El acuario volvía a borbotear con otro corazón dentro. La vida se imponía.

Y ahí están todos ahora, después de un viaje de más de dos días. Primero fue el autobús de Benavente a Zamora. Y siete horas de tren hasta Madrid, donde hicieron noche en un hostal. Luego otras tantas horas a Jaén, donde volvieron a hacer noche, porque no había ningún autobús aquella tarde. Hasta que el día siguiente llegaron al fin los cuatro a su nueva casa de Alcaudete. En esa colina coronada por un castillo medieval que conserva aún su muralla y sus seis torres. Mirad, es de la Orden de Calatrava, dijo Almoina señalando por la ventanilla cuando estaban llegando. Hilaria no hizo mucho caso, atenta a los matorrales que iba viendo en esos campos. Qué bien, el tomillo y el romero no nos van a faltar en la cocina, observó con regocijo.

Almoina se acostumbró en pocos días a esa vida tranquila, donde parecía que los relojes iban más despacio. Rafael, su nuevo compañero de oficina, lo puso pronto al día de lo poco que sucedía allí. Y que se reducía a las tertulias de los sábados en la tienda de Juanito, el Francés. Que no es francés, le dijo enseguida, es que no pronuncia la erre y suena como si lo fuera. Además, Juanito habla

tan deprisa que de todas maneras no hay quien se entere de lo que quiere decir.

Él descubrió después que la tienda tampoco era exactamente una tienda. Era un garaje con estantes llenos de ultramarinos. Y con una barra donde el Francés servía un licor de café que hacía él mismo. Solía ir además Sebastián, el farmacéutico, que olía a química como su farmacia. Y Abelardo, el maestro, un muchacho muy joven. A veces también iba el pastor, Virgilio, al que Almoina veía cada mañana recorrer la calle con sus cabras bajo su ventana. Pasados los primeros momentos ya se las arregló para hacer pequeñas escapadas a Jaén. A Pilar no le contaba ningún detalle: mejor no preguntes, meniña, tú confía en mí, que sé cuidarme. Mejor que no sepas nada, nunca se sabe.

El día que llegaron a su nueva casa se encontraron que allí ya había un inquilino: un gato enorme al que bautizaron Canelo, y que husmeaba los rincones como recordando algo que ya no estaba allí. Hilaria empezó a dejarle su platito de leche junto a la fresquera y el gato volvía. Se iba quedando cada vez más tiempo hasta que se instaló definitivamente.

Cada domingo por la mañana, Almoina acompaña a las mujeres a la misa de Santa María la Mayor. Y se queda luego contemplando la iglesia y paseando por los alrededores. Lo más especial es la torre con el campanario. Y la casa consistorial, con su portada barroca. Pero lo que él prefiere es el castillo. A veces sube para recorrer su adarve y avistar esas geometrías de colores que componen colinas y

tejados. Todo está cerca en ese pueblo minúsculo, y puede volver al templo justo cuando las mujeres salen de misa con Josito.

La medida del tiempo la marca el vientre de Pilar, que sigue hinchándose. Y también las primeras palabras de Josito, casi tan ininteligibles como las de Juanito, el Francés. Sentado en su trona, contempla a Hilaria trajinando entre sus calderos. Y cuando lo sueltan por el suelo, se entretiene en hacer construcciones con vasos de peltre o con hortalizas, que después su abuela le quita cuidadosamente para irlas metiendo en una olla: te cambio esa patata por esta zanahoria.

Hilaria se sigue ocupando cada día de aprovechar el pan sobrante de mil maneras. Y acaba de descubrir el gazpacho y el ajoblanco. Le ha dado las recetas Aurelia, una muchacha a la que ha conocido en la iglesia. Y a la que muchas veces ve ir o venir con sus amigas, desde el balcón. Un día, Aurelia se les acerca a la salida de misa con unos saquitos de lavanda. Los he cosido yo misma, les dice. Perfuman mucho. Hilaria y Pilar se lo agradecen, y la animan a tomar un refresco después en casa. Bueno, solo un rato, responde ella. Que no quiero molestar.

Cuando suena la campanilla de la entrada, al final de la tarde, Hilaria está cortando tomates y cebollas. Se apresura a enjuagarse las manos y corre a la puerta, secándoselas en el delantal. Al abrir se encuentra el rostro pecoso de Aurelia, que lleva su melena negra recogida en una trenza y un ramito de lilas blancas que le entrega enseguida. Pasa, pasa, hija, le dice Hilaria con una sonrisa. Qué flores tan bonitas. Estaba preparando gazpacho, en un momento te sirvo una taza.

Mientras Hilaria pone las lilas en agua y termina su tarea, Aurelia la mira muy callada. Como si quisiera decir algo y no se atreviera. Entonces Josito deja de perseguir al gato y le tira de la falda, y ella enseguida lo toma en brazos. Qué bueno es Josito, dice. ¿Sabe? Nosotros no podemos tener niños. Bueno, no es mi marido, soy yo la que no puede tenerlos. Hilaria se vuelve a mirarla, sorprendida. Y cómo lo sabes, hija, con lo joven que eres. Eso aún no lo puedes saber.

Sí que lo sé, doña Hilaria. Es por haber sido aceitunera. Tengo una amiga que trabajó en una fábrica de pescado y no puede quedarse preñada por eso. Por tanta humedad como ha tenido cerca de la tripa. Le dijeron que tenía los ovarios podridos. Yo estoy segura de que me pasa lo mismo. Pero, mujer, la interrumpe Hilaria.

Que sí, seguro que sí, dice la muchacha. Yo he estado recogiendo aceituna muchos años, desde niña. Después de la vendimia, que era hasta septiembre. Luego era el verdeo, en otoño. Y ya en diciembre, la aceituna negra, la del aceite. No sabe lo duro que es recogerla entre el hielo, de noche todavía. Con ese frío. Con mi taleguita al cuello para ir guardándola ahí. Los hombres vareaban, y las *cogeoras* éramos nosotras. Hacíamos candela y ahí echábamos una piedra. Y luego nos la pasábamos de una a otra para agarrarla un rato y calentarnos las manos. Que si no, ni las sentías.

Hilaria la escucha atenta mientras le sirve ya su tazón de gazpacho. Toma, hija. Todo eso deberíamos recordarlo cuando tomamos este aceite tan bueno de aquí. En ese momento Josito vuelve al suelo a perseguir a Canelo, y Aurelia toma el tazón y lo prueba. Está muy rico, dice. Bueno, pues eso que le cuento fue de niña. Ya luego conseguí un buen trabajo sirviendo en una casa, con

unos señores sin hijos. Me querían mucho, y ya no pasaba hambre. Antes de eso, hasta me comía las peladuras de las patatas, fritas en aceite. Las recogíamos en las tabernas, eso nos lo regalaban. Vainas de chícharos también, a veces. Y están muy ricas, ¿eh?

La maestra le sonríe con un poco de tristeza y vuelve a ponerse con la cena. Los señores me llamaban Huesito, sigue Aurelia. Y Huesito me quedé. Al final conocí en las fiestas a mi marido y me casé. Y ahora sigo trabajando para ellos, pero no vivo allí. Y he heredado su maldición, no tener niños.

Ten paciencia, hija, le dice Hilaria un poco apenada. Lo de Huesito te cuadra bien todavía. Acábate el gazpacho, anda, que tienes que comer más. La joven bebe y se queda un rato en silencio. Luego se decide: Hilaria, yo lo que quisiera es preguntarle una cosa. Me dijo Virgilio, el pastor, que usted es maestra.

Bueno, la verdad es que ya estoy jubilada, responde la anciana. Pero sí, toda la vida trabajé de maestra, y hasta tuve una escuelita en casa. A la muchacha se le ilumina el rostro: ay, qué bonito debe de ser eso, saber leer y escribir. Yo nunca fui a la escuela, y mis amigas tampoco. Me refiero a Paca y Loles, esas chicas con las que usted me ve a veces. Usted no sabe lo triste que es no saber leer. Es como estar medio ciega. No entender ni el nombre de una calle ni los periódicos ni nada de nada. Pero ya estamos muy viejas para ir a la escuela.

Hilaria se queda desconcertada. A mí… no me importaría enseñaros, responde dubitativa. Lo que pasa es que no tengo aquí mis cosas. No sabría cómo hacer. Pero bueno, podemos probar. Tú déjame que piense un poco. Me tengo que inventar algo para las clases de lectura y dictado. José siempre tiene papel, así que solo

tenéis que traer vuestro lápiz, nada más. Un ratito cada día, sobre esta hora, será suficiente. Dentro de un par de meses ya sabréis leer y escribir, ya lo verás.

Ay, qué bien, doña Hilaria, dice la muchacha, radiante. Nosotras le pagaremos, por supuesto. Los sábados vendremos a hacerles la colada. Y los domingos, a planchar. Seguro que les viene bien, porque su hija ya está a punto de dar a luz. Hilaria sonríe. Bueno, ya vamos viendo, responde.

Desde ese día, vuelve a su costumbre de recoger los periódicos viejos que va desechando Almoina. Recorta frases o letras grandes y cómodas de leer. Y con ellas hace composiciones que pega en unas cuartillas con cola casera. Mamá, está bien lo de esas clases, pero ¿qué necesidad tienes de ocupar tanto tiempo con esas manualidades? Bueno, hija, cada cual se entretiene como puede, ¿no?

Las calles del pueblo son un remanso de paz, apenas alterado cada día por los cencerros del ganado de Virgilio. Otro sonido familiar es el de Antonio, un muchacho moreno que trae muy temprano en las alforjas de su burro el pan recién horneado. Todos se acercan a probar ese pan crujiente y tibio, y hasta Josito consigue su pedazo para rechupetearlo un rato.

—Cuando nos vayamos de aquí, cómo voy a echar de menos este pan tan bueno —dice Hilaria.

—A lo mejor por eso me gusta tanto cómo te queda aquí la leche migada, mamá. La niña va a salir bien gordita —responde Pilar.

Hilaria y José cruzan una mirada.

—¿La niña? —dice José—. ¿Te parece que será niña?

—¡Pilarcita entonces! —exclama Hilaria, que lo ve venir.

—¡O Pompeya! ¿No os gusta? —responde enseguida José.

—¿Pompeya? —repite Hilaria contrariada—. Pero, hombre, eso es muy raro.

—¡Pompeya Plotina! —responde él, mientras ella se lleva las manos a la cabeza—. La gran mujer que había detrás del emperador Trajano. Era andaluza, será un homenaje a esta tierra.

—Pero es que no hay ninguna santa que se llame Pompeya, hijo.

Pilar los escucha como quien oye llover.

—Me avisáis cuando lleguéis a un acuerdo —dice.

—Entonces, ¡Pilar Pompeya! —exclama Almoina—. Así estamos contentos los dos.

—Bueno, José, bueno, lo que tú quieras —responde Hilaria.

Con el calor del verano llega una novedad a las calles del pueblo: el camión de hielo. El repartidor aparca en mitad de la calzada, abre la compuerta y va rompiendo los bloques mientras los vecinos empiezan a acercarse. Los chiquillos lo rodean alborozados y recogen del suelo los trozos que caen para chuparlos. Algunos se tumban debajo del camión, para mojarse un poco con los hilos de agua que caen de la cámara. Y con el verano llega también ese nuevo miembro de la familia tan esperado. Una niña, sí. Rubia como Josito.

Esta vez no va una partera a casa, sino que se van todos a Jaén para que Pilar dé a luz en una clínica. Hilaria se queda esperando en un parque con Josito hasta que pasa todo. Luego se acercan los dos a conocer a la pequeña, que dormita en su cuna y hace burbujas de saliva con la lengua. Dile algo, le indica Hilaria. Josito la mira.

Cochina, le dice. Cochinota. Caca. Vaya, vaya, le dice la abuela. Ya aprenderás a quererla.

Pilar, Pilarcita, Pilarina… Así van llamando todos al nuevo bebé a lo largo de los días, hasta quedarse en Lina. Y Josito se va acostumbrando a esa muñeca que manotea en su cuna de balancín, pasadas las primeras semanas y los primeros celos. Mientras, Pilar se repone con los cuidados de su madre: reposo en cama, pan mojado en vino dulce y verduras con pichón. Pronto está levantada y trajinando por la casa, mientras los pequeños se entretienen en su mundo también pequeño. Al poco, ya vuelven madre e hija a la costumbre de bajar al mercadillo, que es en Alcaudete su única distracción. Y allí van conociendo a más gente. Gente buena, dicen a la hora del almuerzo, cuando le cuentan las historias de cada día a Almoina.

Él ha vuelto hace tiempo a sus encierros, para avanzar en su libro sobre los monumentos de Benavente. A veces Pilar lo intenta animar a dar algún paseo, pero él casi siempre prefiere seguir trabajando. No te enfades, pitusa, te avisé de que te casabas con el hombre más aburrido del mundo. Ella sonríe con un brillo travieso en los ojos. No me quejo, responde en un susurro antes de salir y cerrar la puerta.

Almoina está decidido a presentarse al concurso de la Feria del Libro y pasa muchas horas aislado en su cuarto. Aunque el calor le hace difícil la tarea. El calor y toda su tribu de insectos zumbando o arrastrándose. Eso incluye a las cucarachas que aparecen de cuando en cuando, lentas, como atontadas por esas temperaturas. Hilaria las agarra de las antenas y las suelta por la ventana. Mamá, ¿no puedes matarlas, como hace todo el mundo?, le dice su hija. ¿Y por

qué las voy a matar si no me han hecho nada?, responde Hilaria sin mirarla.

Mientras Pilar vive pendiente de Josito y Lina, y José sigue con sus papeles y sus reuniones secretas, Hilaria se ocupa de su improvisada escuela. Esa tarde ha estado preparando pan frito en aceite de oliva y lo ha servido con mermelada de ciruela hecha también por ella. Es la merienda para sus alumnas, que llegan puntuales con sus lápices y la sonrisa dibujada en el rostro.

—Hilaria, nos mima mucho —dice Loles al ver la merienda.

—Es que me aburro si estoy quieta —responde la maestra, que ya está disponiendo sobre la mesa de la cocina las hojas para empezar un dictado.

Pilar está dando de mamar a Lina en la otra habitación, y a la vez vigila a Josito, que está en el suelo haciendo construcciones con tacos de jabón. Cuando acaba la clase, las muchachas guardan los lápices y los papeles y se ponen a merendar.

—Muy rico este pan frito —dice Paca, que al sonreír enseña sus paletas separadas.

—Es que este aceite de aquí es buenísimo —responde Hilaria—. Y ahora que sé lo que cuesta hacerlo, más me gusta.

—Chicas, le he contado a la maestra cómo eran nuestros tiempos de *cogeoras* de aceituna, cuando niñas, ¿recordáis? —Aurelia habla con la boca llena de pan con mermelada.

—Eso no se olvida —dice Loles, que es flaca y nerviosa—. Yo vaciaba bellotas y me las ponía como dedales, para no romperme los dedos.

—Y yo. —Paca habla también con la boca llena—. Menudo frío se pasaba ahí. ¿Recordáis lo que nos cantaban los niños al vernos pasar?

Aurelia al oírla se pone a tararear:

Las cogeoras
del pío pío
tienen las naguas rotas
y el culo arrecío…

—Sí —dice Loles—. Nos lo cantaban a toda la cuadrilla. Y nos hacíamos rodilleras con trozos de neumático, para no sentir tanto frío.

—Nos poníamos aceite en los sabañones —añade Paca—. Y en las manos y en las orejas. Y aquella taleguita al cuello. Cómo dolían, los *jodíos* sabañones. Y qué susto me daba cuando al varear se me venía encima una culebra.

En ese momento entra en la habitación Canelo con una mariposa aplastada entre los dientes. Hilaria le da un grito:

—¡Pedazo de bestia! ¡En cuanto ves algo que vuela, hala, a cazarlo! ¡Qué te habrá hecho la pobre mariposa!

El gato la mira muy quieto. Luego le deja la mariposa a los pies y se va despacio, como ofendido.

—Y encima me la trae como si se sintiera orgulloso de su trofeo. —Hilaria recoge la mariposa y la deja en una maceta—. A veces trae hasta pájaros. Menudo bárbaro, este gato.

—Mamá, es el instinto, no te pongas así. —Pilar sigue la conversación desde el otro cuarto.

—Sí, el instinto —dice Loles con sorna—. Mi marido es igual.

—¿También caza bichos? —pregunta Hilaria.

—Bueno, según se mire. Más bien caza noviecillas. Como si yo no me fuera a enterar. Si es que aquí se sabe todo. Pero a mí me da igual. Que lo disfrute, el muy cabrón. De momento no tengo ganas de buscar otro marido. Total, un hombre es un hombre, y para lo que lo quiero me basta.

—Hija, ¿cómo hablas así de tu marido? —dice Hilaria preocupada —. Tú dile que quien va de flor en flor se queda con la peor.

—Si es que todos son iguales —le responde Paca—. El mío es lo mismo. Le doy tres gritos cuando me entero de que anda coqueteando por ahí. Él me responde que las otras son iglesias, pero yo soy su catedral. Me dan ganas de matarlo. Pero qué voy a hacer. Tengo tres opciones. Una, aguantarme. Otra, devolvérselo a su madre. Y otra, hacer lo mismo que él. Yo creo que voy a empezar a hacer lo mismo que él.

—Bueno, todos no son iguales —la corta Aurelia—. Mi marido no es así.

—Eso, de momento, mi niña —dice Paca burlona—. Luego llega un día en que empieza a darte excusas para salir por ahí. Que si para ver a un viejo amigo, que si para una reunión del sindicato. Y ya puedes estar segura de que está cazando mariposas, como Canelo.

Pilar interviene otra vez desde el otro cuarto.

—Mujer, qué pesimista. Aurelia tiene razón: todos no son iguales.

Su voz suena sombría, porque de pronto ha recordado las visitas a los amigos y las reuniones de trabajo de su marido. Y siente una punzada que le quema por dentro un instante.

Al contrario que Josito, Lina es tranquila y dormilona. Así que en las horas frescas de la madrugada Almoina se puede concentrar en la Olivetti. Ahora está dedicado a la última redacción de su borrador, y lo encabeza con el lema que ya tiene elegido para el concurso:

Como yunque sufro y callo
por el tiempo en que me hallo.

Como es de Fernando el Católico, poco podrán objetar los censores. Mientras ordena sus papeles, decide dedicar el primer capítulo a las dos iglesias principales. Primero la de Santa María del Azogue, que se encontró tan maltrecha a su llegada. Logró convencer al Ayuntamiento de que asumiera la restauración. Y su amigo Bernardo Giner le recomendó a un experto. El elegido fue el arquitecto Alejandro Ferrant, que al llegar descubrió algunas barbaridades cometidas en el templo. Porque algún incauto había condenado los ventanales bizantinos. Y algún otro más incauto aún había cubierto con pintura los murales. Tal vez porque ahí figuraba san Cristóbal junto a una pequeña sirena con los senos al aire.

El segundo apartado lo dedica a la iglesia de San Juan del Mercado. De la Orden del Temple, escribe. Mientras teclea con sus dos índices, sonríe pensando en cómo le gusta recordar fantasmas del pasado. Recordar, que antiguamente significaba despertar, se dice. Y dibuja en su memoria a los apóstoles en los capiteles. Y en el testero la Adoración de los Reyes Magos, con su san José durmiendo la siesta. Todas esas esculturas están ahora mutiladas por la acción de los siglos. Y por la de los rapaces, que las han convertido en blanco de sus pedradas.

Pilar le va leyendo a Hilaria esas páginas a medida que José las escribe. Lo hace mientras su madre cocina o cuando descansan los tres de sobremesa. Y ellas a veces las completan con sus propios recuerdos. El libro avanza poco a poco como avanza el calor del verano, y la atmósfera empieza a hacerse cada día más agobiante. Bendita distracción, piensa Almoina frente a la ventana abierta de par en par, oyendo la salmodia nocturna de los grillos.

Sigue luego con la iglesia de San Nicolás. Y con los monasterios y conventos. El más antiguo es el de San Bernardo. Recordar los documentos aportados por don Claudio Sánchez-Albornoz, anota al margen. Al día siguiente rebusca entre sus papeles. Luego teclea minuciosamente la cita latina, sonriendo para sus adentros. Cuando Pilar la lee en voz alta, lo mira disgustada. ¿Cómo se te ocurre citar en latín, José? Es una pedantería, ¿no? Nadie va a entender esto, yo desde luego no entiendo nada. Ni yo, dice Hilaria, que está recostada pero escucha con atención. Pues es que habla de dos monjas de vida licenciosa, dice Almoina con una sonrisa burlona. Así queda más discreto. Tú siempre igual, responde Pilar. Ya, qué le vamos a hacer, la culpa es del seminario. Salí con esa manía a todo aquello.

Pronto llega a la historia del convento de Santa Clara, fundado por la reina doña Violante. Y donde se hizo célebre una monja estudiosa llamada María Francisca. Sus padres querían casarla contra su voluntad, así que ella se escapó disfrazada de hombre al monasterio de Cabeza de Alba, donde entró como novicio. ¿Como novicio?, salta Hilaria incrédula. Sí, mamá, como novicio, responde Pilar, que sigue leyendo. Allí permaneció varios años sin ser descubierta. Hasta que tuvo que confesar su verdadera condición. Y la trasladaron a este

convento benaventano, donde acabó sus días. ¿Lo del disfraz es verdad, José?, pregunta Pilar. Es que resulta increíble. Ya ves, meniña, la vida es más fabulosa que las novelas.

El manuscrito se va convirtiendo en un entretenimiento que los tres comparten en esas tardes tórridas, mientras los pequeños duermen la siesta. Está salpimentado con mil anécdotas y aderezado con citas, versos y notas. Qué ganas me están entrando de volver a casa, dice Hilaria al llegar al final de esa lectura.

Cuando todo está listo y corregido, ella misma cose las dos copias, la original y la de papel carbón. Y Almoina se ocupa enseguida del envío por correo postal, para que llegue a tiempo de participar en el concurso. El caso es que hay suerte, y a los dos meses le notifican que ha ganado el premio. Que incluye además la edición. No sabe aún que pronto ese mismo libro arderá en improvisadas hogueras, junto con periódicos de los que hay que deshacerse. Porque el solo nombre de José Almoina, la posibilidad de un vínculo con él, es razón suficiente para entrar en prisión o hallar la muerte.

8

Un chaquetón de invierno

Acabar ese libro sobre Benavente no le resulta liberador a Almoina, sino todo lo contrario. Ya no tiene en qué ocuparse, y sigue desesperándose con su situación. Da largos paseos para calmarse y a veces baja a Jaén a ver a sus compañeros. O pasa la tarde en la tertulia de Juanito, el Francés, sobre todo desde finales de julio, porque el calor se empieza a hacer insoportable. Un día, al llegar de la oficina, se encuentra a Pilar tumbada boca abajo sobre las baldosas de la cocina, casi desnuda y con los brazos en cruz. Pero, mujer, le dice, ¿se puede saber qué te pasa? Me pasa que me muero de calor, responde ella sin moverse del suelo. Almoina se sienta en una silla y no deja de mirarla, preocupado. ¿Qué te parece si nos vamos unos días a Orense? Puedo pedir una licencia, a lo mejor hay suerte. Déjalo, José, es un gasto enorme. Y adónde vamos con dos niños tan pequeños.

Las noches son tórridas, y sin embargo Lina se duerme plácidamente después del baño de la tarde. Mientras Hilaria oye la radio, Pilar baña y acuesta a Josito. Una cosa buena tiene este clima, dice. Josito siempre andaba con catarros en Benavente y aquí está mejor de salud. Salió a mí, calvito y con los pulmones birriosos,

responde Almoina. No hables así del niño, hombre, protesta Pilar. Él se ríe y le da las buenas noches al pequeño, que está medio dormido ya. Boa noite, Espartaquiño, le dice, y le da un beso.

Después se va al baño, se desviste y se mete en la ducha. Al cabo de un momento, Pilar entra y se desnuda también. Están ya los dos dormidos, le dice, echando la llave. En un momento el agua está cubriendo sus cuerpos y los aísla de todo. Del calor, de las preocupaciones. Entonces ese rincón se va convirtiendo en un pequeño oasis de flores abiertas, turgentes, con hambre de vida. Y todo es ahora solo un movimiento ebrio, en pie bajo ese rumor de agua. Un vuelo nocturno, interior. Sobre la sangre. Más allá de la conciencia. Rumor de agua, borboteo de lluvia por los rincones más recónditos. Un viaje lento y rápido a un tiempo. Deseo de llegar al final, deseo de que no termine. El agua resbala por rostros y labios como el sudor o el rocío. Sonidos como de pisada en la lluvia, dentro de ella. Chapoteo en un pozo invisible, subterráneo, bajo esa cascada de agua. Un calor distinto, interior, se entrevera con ese frescor, y con una sensación de ingravidez, de abismo. No te detengas, sigue más, que nunca termine. La respiración acelerada, el pulso veloz, en esa carrera hacia ninguna parte. Ese vuelo nocturno, ciego. Ese oleaje por dentro. Hasta el embate final. Y luego el lecho, la calma, el letargo tibio. Fuera, las criaturas de la noche. Su ulular se funde con el sueño.

Aunque se van acostumbrando a esa vida monótona, la crisis que tuvo Almoina al nacer Josito ha regresado. Hace mucho que no tiene ánimo para escribir. Mientras, en la calle, la única agitación que

siente es la visita de las aceituneras, que vienen canturreando. Y el bullicio de los sábados en Jaén, cuando compra los periódicos de la semana para estar al tanto de lo que ocurre. Aunque para qué, se dice. Para ver a Gil Robles convertido en ministro de la Guerra, sin haber hecho siquiera el servicio militar. Situando a sus hombres. Pidiendo una España Imperialista Grande. Toca esperar con paciencia, piensa, como ese labrador que contempla su huerta en ese momento. De qué sirve recoger un racimo de uvas antes de que maduren. Hay que dejar que el tiempo también haga su tarea. Y así siguen pasando los meses.

Al menos tiene ese desahogo con los tertulianos de Juanito, el Francés. Y cuando llega allí esa tarde de noviembre, con los periódicos bajo el brazo, también ellos conocen ya el escándalo que recorre los mentideros de todo el país. El del robo del tesoro colonial. Nada más entrar a la tienda, Juanito le está poniendo sobre la mesa la copa de amontillado que Almoina suele tomar. Ahí *tiés*, le dice el tabernero con su media lengua. Y al sonreír deja a la vista sus encías despobladas. Los otros miran a Almoina con sed de noticias. Ese día está con ellos hasta el solitario Virgilio, que solo pasa a veces por allí.

—Cuéntanos lo que se dice en Jaén, Pepe, esto está que arde. —Sebastián lo mira desde las dos ranuras que son sus ojos bajo los párpados caídos—. Parecía que con lo del Straperlo ya teníamos bastante escándalo.

—Cuéntanos todo, mejor —dice el pastor—. Que yo ando con mis cabras y no me entero de nada.

Almoina está un poco abstraído y bebe un sorbo de su amontillado. Abelardo se adelanta.

—Ya te pongo yo en antecedentes, Virgilio. Resulta que este verano cesaron a un funcionario llamado Nombela. Y él se fue de cabeza a la prensa y contó lo que había pasado. Con pelos y señales. Un tipo íntegro.

—Pero ¿qué pasó? —insiste el pastor, intrigado.

—Pues que le dijeron que transfiriera varios millones del tesoro colonial a un amigo de Lerroux —dice Almoina al fin—. Casi nada. Nombela se negó. Y lo destituyeron.

—Sí, es que Nombela amenazó con contarlo todo —apostilla Abelardo—. Gil Robles hizo que se le abriera un expediente. Por desobediencia y por ser un agente de los comunistas. Siempre el mismo cuento. Como si los ciudadanos fuéramos niños de teta.

—Tampoco vamos a decir que los otros son santos —dice Sebastián.

Almoina pone el periódico sobre la barra y señala los titulares con el dedo.

—Mirad, han publicado el texto completo de la denuncia. Es una bomba. En fin, que ha estallado todo y el Gobierno dimite en pleno y convoca elecciones. Quién iba a decir que caerían así. Por pura podredumbre.

Sebastián se remueve incómodo.

—Yo hubiera preferido que siguieran los mismos, la verdad, por la estabilidad.

—A mí me interesan poco las elecciones —dice el pastor—. Aquí va a salir lo de siempre.

—¿Y qué es lo de siempre? —le pregunta Almoina.

—Pues lo que mandan los patronos, que pagan los votos, ya ve usted —responde Virgilio—. Por eso me gusta andar en los montes

con mis cabras, así no me entero de toda esa mierda.

—Algún día me llevas contigo, y así me enseñas esos caminos.

—A mandar —dice el pastor—. Mañana mismo si quiere.

Al llegar a casa, Almoina suelta el periódico sobre la mesa. Lo deja abierto por la página de esa noticia de Nombela, para que la lean las mujeres. Está nervioso y decide irse a dar uno de sus paseos entre los olivares. Hace días que siente que algo se está moviendo, y los compañeros de Jaén lo han animado a volver a escribir. Por ejemplo, sobre el caso Nombela. Pero no acaba de fiarse.

La noche está fría, y eso le calma el hervor que siente en el cráneo. Y también oír sus propios pasos sobre la tierra, con ese sonido crujiente y seco. Llega a casa un poco más tarde que de costumbre. Y al entrar no ve sobre la mesa los periódicos que dejó allí un par de horas antes, sino algunos recortes. Toma uno y lee:

¡Catarrosos! ¡Bronquíticos!
¡Asmáticos! ¡Enfisematosos!
JARABE PECTORAL RICHELET

¿Dónde están los periódicos que dejé aquí?, le pregunta a su suegra. Hilaria lo mira perpleja. ¿No eran para mí? Los recorté para mis clases de lectura. ¿Y lo que falta?, es que lo necesito para un artículo, dice él preocupado. En la basura, responde ella encogiéndose de hombros. Y ya pasó el carro y se llevó todo lo que había en el cubo.

Al día siguiente, Almoina se decide a dar ese paseo con Virgilio y se lo dice a Pilar. ¿Con Virgilio?, responde ella un poco agria. Bueno, pues llévate a Josito. Le vendrá bien ver animales y cansarse un poco, ¿no? Almoina se queda atónito. Puedes llevarlo colgado en la espalda, insiste ella, ya verás que le gusta. Yo no te puedo acompañar, por Lina, pero él sí. Te preparo algo de comida.

Hilaria la ve venir y se acerca a ellos. Hija, es verdad que es muy pequeño. Mejor que se vaya José solo. No, si a mí me parece bien llevarlo, en serio, repone Almoina. A ver esas provisiones. Mejor que no vaya, insiste Hilaria, preocupada. Que sí irá, mamá, dice Pilar, imperiosa.

Su madre se resigna y se mete en la cocina. Prepara en una talega dos biberones, y también galletas y algo de fruta para el niño. Y pan, embutido y una cantimplora de agua para el padre. Se lo lleva todo a José, que está asomado a la ventana esperando a Virgilio. Qué repentino interés por ese pastor, dice Pilar con retintín. Mujer, es un paseo, vuelvo pronto. Tú sabes que me gusta hablar con la gente. Demasiado te gusta la gente, responde ella.

Al cabo de un rato, la musiquilla de los cencerros ya anuncia a Virgilio, que llega con su vara, su perra y su zurrón de piel de cabra. Almoina baja a la calle con Josito colgado sobre el pecho y una bolsa cruzada con las provisiones. El pastor lo mira sorprendido.

—¿Viene con el niño? Qué bien, le va a gustar.

Los dos se echan a andar a través del pueblo y luego avanzan hacia los prados que suele frecuentar el pastor. Josito va monologando en su propio idioma y parece contento.

—Me gusta su nombre, Virgilio —dice entonces Almoina—. Es poco común. ¿Cómo fue que se lo pusieron?

—Ah, pues mi madre es portuguesa, y allí, en Portugal, parece que es muy corriente.

—*Mila, mila* —va diciendo Josito, que se asombra con todo. Con los pájaros, con las cabras que corretean alrededor o con una libélula que revolotea cerca.

Virgilio se ríe.

—A ver si el niño le sale pastor —dice—, no es mala profesión. Yo no he hecho otra cosa en mi vida. Ando con el ganado desde que era pequeño.

—¿Y no se aburría? —le interrumpe Almoina, mientras va sintiendo cómo se llenan sus pulmones del perfume de esos matorrales.

—Qué me iba a aburrir. Buscaba nidos de pájaros. Jugaba con los peces del estanque. Tocaba la flauta. O afinaba las cencerras. Cuando hay niebla es muy importante eso, porque no distingues a las cabras. Y yo me entretenía hablando con ellas. Con mis cabritas. No sabe usted el cariño que se les coge. Y lo mal que lo paso cuando una se me pierde o se me enferma. O se me muere. Por ejemplo, de parto. O cuando me las maltratan por entrar en los sembrados y ponerse a roer los árboles. Es que son unas golosas. En cuanto me despisto, zas, ya está una en dos patas mordisqueando las ramas de un ciruelo.

Ya van quedando lejos las casas del pueblo, y solo se oye el tintineo de los cencerros en esa mañana apacible de otoño. Josito sigue mirando todo con los ojos muy abiertos. ¡Agua!, dice en algún momento, y su padre le da de beber. Luego siguen andando. Al fin se detienen en un prado y Virgilio saca una botella de cristal llena de leche.

—Mira, Josito, vas a ver cómo se toman el biberón las cabritas.

El niño extiende los brazos creyendo que es para él, y Almoina saca las provisiones para distraerlo.

—Pero, bueno, Virgilio, ¿y la madre de este cabrito dónde está? —dice mientras le da al niño un biberón con manzanilla.

—Pues a este lo rechazó su madre, a veces pasa. Mira, Josito, mira cómo bebe.

El pastor ha tomado en brazos al animal, que es muy pequeño y chupa la leche mientras mueve el rabito muy rápido.

—*¡Mila, mila!* —grita Josito alborozado, señalándolo.

—A veces hay que dar biberón a las grandes también —sigue Virgilio—. Con infusiones de hierbas, cuando están malas de la tripa. Y a veces alguna primeriza se me esconde en el monte para parir, y tengo que mandar a la perra a buscarla. Ella se queda cuidándola hasta que acaba el parto y después la trae.

Almoina lo escucha absorto.

—Es increíble eso del instinto —dice.

—Sí, increíble —responde el pastor—. Lo hacen porque les nace dentro. No hay que enseñar a los perros a cuidar a las crías. Y no sabe lo importante que es esa ayuda. Porque a un cabrito descuidado lo pueden atacar los cuervos. Y eso sí que es una tragedia, amigo. Le comen la lengua para que no bale, y luego ya atacan. Es tremendo.

Almoina abraza a Josito.

—Menos mal que este todavía no se entera de lo que me está contando, Virgilio.

—Sí, qué edad tan bonita esa —dice el pastor—. Sin los problemas de los mayores.

Cuando llega el momento del almuerzo se sientan bajo un olivo, y Virgilio pone sobre una servilleta grande su pan y su chorizo y una bota de vino. Almoina saca también las provisiones que ha preparado Hilaria y le da a Josito su biberón con leche. El niño se lo bebe con ansia y luego se queda dormido en el regazo de su padre. Mientras, los hombres comen y conversan en medio de ese silencio.

—Me gusta su oficio más de lo que me imaginaba —dice Almoina —. Yo estaría encantado aquí con un libro en la mano, oyendo esos cencerros.

—Pues hoy me recojo temprano, don José —repone el pastor—, así que lo acompaño de vuelta. Que seguro que está deseando oír por la radio cómo sigue la cosa. Pero primero túmbese un rato a escuchar a los pájaros. Y otro día me vuelve a acompañar —añade levantándose para ir a ver a sus cabras.

La llegada de las elecciones ha sacado al país de su letargo. La gente se lleva la prensa de los quioscos como pan caliente. Y Almoina se vuelca otra vez con sus artículos. Luego los lleva a la Casa del Pueblo de Jaén, en la calle Fernando de los Ríos. Para su periódico, *Renovación*. Publícalos sin firmar, le dice Pilar, nerviosa. Que no hay que tentar al diablo. No te preocupes, pitusa, responde él. Todos firmamos con seudónimo, somos gatos escaldados.

Al principio le cuesta acomodarse a esa nueva situación. A que otra vez se pueda hablar del hambre o la corrupción. De los desahucios masivos de colonos de tierras y de los jornales de una peseta. O de los que envían amenazas de muerte a la Guardia Civil, firmándolas con nombres de sindicalistas que nunca firmaron nada.

Y también de los bulos incendiarios que lo revuelven todo. Y de la compra de votos en todas partes. Se sabe. Aurelia se ocupó de contárselo con detalle.

Don José, le dijo un día, que me dice doña Hilaria que le cuente lo de los votos, que le va a interesar. ¿Y qué es lo de los votos, Aurelia? Pues que aquí nos están dando a elegir, los señores, para que les votemos, dice ella con sencillez. Almoina la mira atento: ¿y se puede saber qué puedes elegir? Pues te dicen que si quieres ropa, o botas, o un chaquetón de invierno. A veces también ofrecen dinero, o aceite, o una fanega de legumbres. ¿Y tú qué piensas de eso?, pregunta Almoina. Pues yo no digo nada. Yo tengo para comer, pero otros no, así que hay que entender eso. En algunos pueblos mandan a los guardias civiles con la instrucción de lo que hay que votar, así que mejor que te den algo a que te amenacen y no te den nada, ¿no? Además hay miedo. Aquí en Alcaudete hay orden de arrancar la propaganda electoral de los otros. ¿Y quiénes son los otros, Aurelia? Pues los que no son los patronos. Aquí se vota lo que dicen los patronos.

Se acercan los comicios, y todos están expectantes junto a la radio de Juanito, el Francés. Van a ganar los de siempre, dice Abelardo. Está todo el pescado vendido. ¿Habéis leído la pastoral del obispo pidiendo rezar por la CEDA? Quia, dice Juanito, está esa *miegda* del *Stgapeglo* y Nombela. A callar, coño, que no se oye lo que dicen, replica Sebastián acercándose al aparato.

Cuando se conocen los resultados, hay gente que se echa a la calle gritando: ¡14 de abril! ¡16 de febrero! ¡Viva el Frente Popular! Y

pronto se oye la alocución de Azaña. Habla de sanar heridas. De amnistía. De restituir los ayuntamientos disueltos. Y de restaurar en sus destinos a los funcionarios desterrados.

La ansiada notificación tarda algunos días que a Almoina se le hacen eternos. Pero al fin llega, con un mensaje claro: cese en su plaza de Alcaudete y nuevo destino en Benavente. Pilar está exultante, pero no Hilaria, que se ha encariñado con el lugar. Y en especial con Aurelia. Ella hace mucho que ha aprendido a leer y escribir pero sigue yendo los fines de semana, sola o con Paca y Loles, para ayudar a las dos mujeres y jugar con los niños.

—Mamá, alegra esa cara, que volvemos a casa. Hay que organizar la mudanza.

—Hija, a mi edad no sienta bien tanto cambio, ¿adónde vamos ahora? Si ya no tenemos casa en Benavente.

—José, ¿has pensado ya en cómo haremos al llegar allí? —dice Pilar volviéndose a Almoina.

—Sí, le he puesto un telegrama a Audelino por si nos puede alojar mientras buscamos dónde vivir. Porque volvemos de inmediato. Y ha contestado a vuelta de correo con un SÍ con mayúsculas. Aunque voy a echar de menos a esta gente también. No sé cómo puedes estar tan contenta de que nos vayamos.

—Pues es que no quiero otro embarazo a cuarenta grados —le espeta Pilar sin más preámbulos.

Hilaria y José se miran atónitos. ¿Otro hijo? ¿Quién se lo esperaba? Los dos hablan a la vez. ¿Y ya sabes qué será? ¿Hija, seguro? ¿Apostamos el sexo del bebé? ¿Me dejaréis elegir el nombre?

—Voy a buscar un nombre bonito. Que nos guste a todos —dice entonces Almoina—. ¿Qué os parece Ulises si es niño, y si es niña, Helena? Con hache, como Helena de Troya.

Josito los escucha indiferente y sigue jugando con sus construcciones de tacos de jabón y vasos de peltre. Pero cuando ve que las mujeres empiezan a vaciar armarios se pone a llorar.

—Josito, nos vamos a otra casa más bonita —le dice su abuela.

Él sigue llorando y está de mal humor todo el tiempo.

—¿Canelo también va? —pregunta de pronto entre lágrimas.

—No, amor, Canelo no puede venir —le responde su madre.

Más llantos. Lina se contagia y se pone a llorar también. Hasta Hilaria se rebela.

—Vamos a ver, ¿por qué no nos podemos llevar a Canelo?

—Mamá, no me gusta que haya animales cerca de los bebés —repone Pilar, mientras Hilaria sale de la habitación en señal de protesta.

Al día siguiente, cuando llega José del trabajo, lo recibe Josito descalzo.

—¿Y esto? ¿No te vas a enfriar sin zapatos?

—Déjalo —dice Pilar—. Supongo que imagina que sin zapatos no lo dejaremos salir de casa.

—Pero si es muy pequeño para entender, mujer.

—De eso nada. Sí que entiende. Mucho.

Almoina lo alza en brazos.

—Alégrate, Josito, que nos van a hacer una fiesta de despedida en la tienda de Juanito. Irán todos. Su mujer, Carmela, y los de siempre: el maestro y el farmacéutico, y Virgilio y Rafael. Dicen que se lo digáis a vuestras amigas para que vengan también.

La mañana del último domingo que pasan en Alcaudete se reúnen todos en la tienda, y Aurelia no deja de llorar. Mujer, no te pongas así, te escribiremos, le dice Hilaria. Que sí, que ya se me pasa, responde la aceitunera, mientras saca de los bolsillos de su falda unos saquitos de lavanda. Tomad, para los armarios de los niños y los vuestros. Para que no me olvidéis. Y al decir esto se pone otra vez a llorar. Pero, hija, no llores más, vuelve a decirle Hilaria, que también se empieza a emocionar. ¿Cómo te vamos a olvidar? Pilar intenta calmar a Josito, que sigue sin zapatos y se quiere escapar. Y José lleva en brazos a Lina, que se empeña en sacarse los patucos como su hermano.

Poco a poco, los vinos logran relajar los ánimos de los mayores. Y el cansancio, el de los pequeños. Cuando llega la camioneta para cargar los enseres, todos los amigos ayudan. Luego se suben los cinco al carro de Juanito, que los lleva a la estación. Y Alcaudete se va haciendo cada vez más pequeño a los ojos de Almoina. Solo avista ya una estampa coronada por un castillo de la Orden de Calatrava, cuyo adarve ha recorrido muchas veces para recordar aquel otro, el de Lugo, que le sigue latiendo dentro como un reloj de ochenta y cinco segundos por minuto.

9

Las furias

Ya es de noche cuando llegan a la estación de Madrid, y al bajar al andén los sobrecoge el frío de febrero como una cuchillada. Enseguida se dirigen hacia su pensión, que está en el número 7 de la avenida Pi y Margall. Allí cenan algo y se alojan por doce pesetas en una habitación doble. Hilaria y Josito se quedan en una cama, y Pilar y José en la otra. Lina duerme en la maleta grande, donde su padre ha improvisado con ropa un colchón mullido. Y casi sin darse cuenta ya están de nuevo en el tren que los lleva a Zamora la mañana siguiente.

Cuando van llegando a la estación, avistan desde las ventanillas una multitud que grita agitando boinas, sombreros y pancartas. El runrún crece y crece según se aproximan. ¿Qué pasa?, pregunta Hilaria. Estos amigos, responde Almoina azorado. Seguro que es cosa de Marcelo. Pero ¿qué pasa?, insiste Pilar. El tren se sigue acercando, y ya se entienden los gritos. ¡¡Viva Almoina!! ¡¡Viva nuestro Besteiro!! Y los coros: ¡¡Bien-ve-ni-do-se-as!! ¡¡Bien-ve-ni-do-se-as!! Y ya se leen también las pancartas, con el mismo mensaje:

¡¡ALMOINA, BIENVENIDO A ZAMORA!! ¡¡BIENVENIDO A CASA!! ¡¡LA FEDERACIÓN DE SOCIEDADES OBRERAS TE DA LA BIENVENIDA!!

Al descender del vagón, Almoina pasa un buen rato saludando, y de pronto distingue a lo lejos la cara de ardilla de Audelino. Está sonriendo extático y espera allí paciente para llevarlos a casa. Cuando logran llegar hasta él, el veterinario extiende los brazos hacia Lina. Déjame cogerla un poco, le dice a Pilar, que mis hijos ya son grandes y echo de menos esa sensación de paz que te dan los bebés. Lina no protesta al verse en brazos de ese desconocido, que la maneja con la soltura que da la experiencia. Marcelo te manda un abrazo, Pepe, sigue entonces Audelino con su voz pausada. Fue él quien publicó en el periódico la hora de tu llegada, y aquí vinimos todos a celebrar.

Ya me lo imaginaba, responde Almoina mientras avanzan con las dos mujeres, los niños y las maletas hacia el Citroën de Audelino. Por cierto, leí tu fogoso artículo a favor del Frente Popular, estás que no te conozco ya. Voy aprendiendo cosas, le responde el veterinario con aire divertido, mientras entran ya en el auto. Cuando el coche arranca se oyen aún los gritos alegres de aquellos trabajadores que ahora despiden a Almoina:

—¡¡BIEN-VE-NI-DO-A-CA-SA!! ¡¡VIVA NUESTRO BESTEIRO!!

Audelino sigue con esa sonrisa suya que le convierte los ojos en dos rayitas bajo las cejas, como una doble alcancía. Y Almoina va callado, sobrecogido por la emoción. ¿Cómo es que has leído ese artículo de Audelino y no me lo has pasado, José?, murmura Pilar.

Bueno, es que con el barullo de la mudanza lo perdí de vista. Pero no sabes cómo se nos ha vuelto el amigo, responde él.

El coche avanza por la carretera durante la hora larga que los separa de Benavente. Los viajeros van distraídos, se sienten aún en aquel paisaje de colinas y olivares que tuvieron en la retina tanto tiempo. Finalmente Almoina rompe el silencio: aquí nuestro improvisado Cicerón se colocó un discurso inesperado, dice, mirando con curiosidad a Audelino. Lo que más me gustó es cómo hablabas del desahucio de esos miles de familias que trabajaban las tierras desde tiempos inmemoriales. Que guardaban allí los huesos de sus muertos. Y cómo esas tierras han sido devueltas a los grandes de España. Que las consiguieron con las leyes vandálicas de conquista medieval, ¿digo bien?

No te lo esperabas, ¿eh?, responde Audelino con su sonrisa de niño. Lo escribí pensando en ti. Te echábamos mucho de menos, Pepe, pero al fin te tenemos aquí.

Cuando llegan a Benavente, Audelino los lleva al piso que les ha encontrado en la Rúa, aunque no sobre el Cinema. Y Almoina se incorpora al día siguiente a su puesto y a sus tareas políticas. Porque ha sido nombrado compromisario para la elección del nuevo presidente de la República, con un aval de treinta y ocho mil votos, en la candidatura del Frente Popular. Alfredo vuelve a ser alcalde y el ayuntamiento se empeña otra vez en repartir parcelas a los jornaleros. Mientras, los debates y discusiones regresan a la Casa del Pueblo, donde Ildefonso sigue haciendo notar su distancia con el recién llegado.

—Ahí llega el señorito —dice con retintín cuando Almoina entra y lo reciben con aplausos.

Él mira a Marcelo, incómodo. ¿Yo qué le he hecho a este?, le susurra al oído. No le hagas caso, le responde su amigo. Pero la chispa se hace incendio unos días después, cuando Almoina apoya las protestas campesinas en Manganeses de la Polvorosa.

—¡Es que no se puede repartir la tierra así! —le interrumpe Ildefonso—. ¡Eso es anarquía! Hay que esperar a que se restituya la reforma agraria, ¿no te das cuenta?

—Entonces ¿que se aguanten el hambre quietecitos y calladitos? —le replica Almoina.

—Que se esperen un poco, galleguito, hay que hacer las cosas bien. Deberías escuchar a los que somos mayores y sabemos más. —Ildefonso le habla con desdén.

—¿Es que hace falta permiso escrito para todo? —responde Almoina irritado—. ¿Y el hambre qué? ¡Nos mata la burocracia, la vida no espera!

—¡Vaya con el padre espiritual! —Ildefonso empieza a perder los estribos—. ¿No será que tu ambición te nubla el marxismo? ¡Es que acabas de llegar y ya quieres ser el protagonista de todo, el héroe que vuelve del exilio! ¿Tú qué te has creído? A ver, ¿dónde estabas tú en la insurrección del año diecisiete? ¡Porque yo estaba con los trabajadores!

En la sala se hace un silencio tenso. Almoina le responde burlón:

—Hombre, yo estaba en el colegio ese año, ya te lo puedes imaginar.

Algunos se ríen, pero Ildefonso sigue agrio.

—¿Y ahora presumiendo de jovenzuelo, galleguito? Pues yo soy castellano y conozco el dicho. ¡Que el gallego que no da patada en vida la da en muerte, pero la da!

Está muy acalorado. Tiene la frente sudorosa y en las sienes le culebrean las venas hinchadas. Le habla casi gritando, levantándole el índice.

—¡Lo que ocurre es que aún hay clases, y tú tienes un buen sueldo y vives en la calle más aristocrática de Benavente! ¡Tu problema es que eres de esos que no encuentran hueco en los partidos burgueses y vienen a los partidos obreros a buscar gloria personal! ¡Te crees un santo redentor! ¡Notoriedad, eso es lo único que quieres!

Almoina lo escucha en silencio, desencajado.

—¿Qué cojones te pasa ahora? —le pregunta Ildefonso—. ¿Tanta labia y ahora te quedas callado? ¡Pues quien calla otorga, galleguito!

—Nuestros peores enemigos a veces no están enfrente, sino en casa —le responde Almoina al fin con tono amargo.

Mientras, la crispación sigue flotando en el aire como una enorme medusa viscosa y transparente. Y aunque llega la amnistía para los presos políticos, la escalada de tiroteos y muertes parece imparable. Cada vez hay más rumores de otra asonada, murmura Almoina en voz baja mientras escucha con Hilaria y Pilar las noticias.

La conspiración se sigue adivinando con el paso de los días. Se anuncia como en un coro griego. Un día dicen las noticias que en Aspariegos han asesinado a un obrero. Enseguida se convoca huelga general en toda Zamora, y en Benavente el mundo parece detenerse. Y llega julio. Un grupo de falangistas mata al teniente de la Guardia de Asalto José Castillo. Sus compañeros claman venganza. Y Calvo Sotelo es asesinado. Zumba el olor de la sangre y las furias se desatan. La insurrección estalla desde Canarias y

Marruecos, capitaneada por Franco. Otra vez el General de Hielo, dice Almoina sobrecogido al escuchar la noticia.

El Gobierno hace tiempo que conoce esos planes, pero confía en una derrota rápida de los facciosos. Ha decidido repetir la estrategia del año treinta y dos, cuando la intentona de Sanjurjo: esperar a que se manifiesten, y luego identificarlos y aplacarlos. Pero esta vez todo es diferente.

El amanecer de ese dieciocho de julio divide el pasado y el futuro con una zanja insalvable. Y todo se vuelve de pronto desconocido y siniestro. La radio da noticias confusas y contradictorias. Dice que la intentona ha fracasado, que solo ha tenido éxito en algunas provincias. Que el Gobierno está actuando con la máxima firmeza para someter a los rebeldes. Esa mañana de sábado, Hilaria y Pilar escuchan en los corros del mercado opiniones de todo tipo.

—No tienen nada que hacer —susurra una muchacha en la cola de la pescadería.

—Esto se veía venir, se respiraba en el aire —se oye la voz de Aquilina, la amiga de Hilaria, con la que suele coincidir allí.

—Pues yo digo que gracias a Dios, ya está bien de tanto caos —añade Vicenta, su hermana.

Más allá, un mozo que carga un carro de fruta interviene.

—La culpa es del Gobierno, por haber indultado a los traidores.

—Y por no dar armas al pueblo, coño —dice otro mozo que va con él.

—De eso nada, bienvenido el orden —replica una mujer vestida de negro que está a su lado—. Eso es lo que necesitamos. Orden.

Benavente es un hervidero de rumores y silencios. Los ánimos están sobrecogidos y expectantes, y todos viven atentos a las

noticias. En algunos lugares el Ejército se ha alineado con el Gobierno, y en otros se ha sumado a la rebelión. También hay quienes no acaban de definirse, pendientes de la deriva de los acontecimientos. La radio dice que Indalecio Prieto ha pedido a Asturias un refuerzo de diez mil hombres. Para proteger Madrid. Y que el coronel Aranda ha confirmado su lealtad ante el gobernador de allí. Es él quien organiza las dos columnas de mineros que acudirán a la capital con dinamita y fusiles.

Los voluntarios parten enfervorecidos de Oviedo a las siete de la tarde. De un lado van dos locomotoras arrastrando una docena de vagones. De otro, una veintena de vehículos, entre coches, camiones y autobuses. Todos atestados de milicianos. Comandan la comitiva representantes políticos y un teniente de asalto, y a su paso por Mieres se incorporan nuevos voluntarios.

En esas horas llega a Benavente un mensajero, que entrega a Almoina una instrucción precisa de su partido. Debe acudir al Gobierno Civil de León para solicitar refuerzos cuanto antes, porque en Zamora se ha decretado el estado de guerra. Le informa además de que su amigo Juan Lozano irá a Valladolid para alertar a los obreros ferroviarios y organizar allí la Resistencia. Almoina pasa la noche destruyendo papeles, con la idea de partir al día siguiente.

Mientras, los mineros llegan a León, y el general Bosch les entrega doscientos fusiles y tres ametralladoras. De allí siguen hacia Benavente, donde se detienen el domingo por la mañana a repostar. Los reciben los gritos de una muchedumbre enardecida: ¡¡Viva el tren de la esperanza!! Los mineros se concentran en la plaza del Ayuntamiento, y el alcalde, Alfredo, les ofrece su colaboración. Hay una espera tensa en la ciudad. Almoina y Marcelo se van a la plaza,

y en el Corrillo se encuentran con Epifanio, Manolo del Río, Vitaliano y Víctor Calvo. Y también con Audelino.

Las discusiones siguen en la plaza hasta muy entrada la noche. Pilar espera noticias asomada a la ventana, mientras Hilaria reza sentada en su sillón. Los mineros deciden finalmente hacer noche ahí y partir hacia Madrid al amanecer. Y Almoina echa a andar hacia su casa para preparar su partida a León.

En ese momento ve venir un auto que se detiene muy cerca con un sonoro frenazo. Acelera el paso para saber qué ocurre y ve bajarse de él al abogado Juan Pablo García. Está todo sofocado, por el calor y por los nervios. Las palabras se le atropellan y apenas puede hacerse entender: Aranda… Asturias… En Mieres… Vengo de Mieres, logra decir al fin. ¡Aranda nos ha traicionado! ¡Su lealtad era fingida! Luego toma resuello, mientras los mineros se arremolinan alrededor. Los rostros están crispados. ¡El muy hijo de puta se ha sumado a la sublevación!, grita entonces. ¡Se ha librado de los mineros mandándolos fuera! ¡Asturias ya es zona rebelde! La rabia recorre a la multitud en un instante, como una corriente eléctrica. ¡¡Volvemos a la patria!!, corean las voces. ¡¡Volvemos a Asturias!! ¡¡Nos han engañado!!

No hay más que discusiones por todas partes. A las cuatro de la madrugada llega la decisión final: regresar al norte. Desde la ventana Pilar ve venir a Almoina corriendo y se precipita a abrirle la puerta. Me voy, meniña, le dice él casi sin resuello al entrar. Me voy con ellos. ¿Cómo que te vas, José? ¿Cómo te vas a ir así, sin más, sin equipaje siquiera?, le pregunta ella con voz temblorosa. Tienes dos hijos pequeños, José, ¿entiendes? Bueno, tres hijos, insiste con

las dos manos sobre el vientre, muy pronunciado ya. No puedes irte, amor, que vaya otro.

Aquí estarás bien, le responde Almoina también nervioso, no tengas miedo. Todos os conocen y os respetan, a ti y a tu madre. Le acaricia el vientre, y ella llora y es ya incapaz de articular una palabra. No llores, meniña, esto pasará muy rápido, ya verás. Todos te cuidarán, aquí están nuestros amigos: Marcelo, Alfredo, Audelino, Pablo Salvador. Yo estaré de vuelta pronto. Tengo que ir a Astorga, igual que Juan tiene que ir a Valladolid, y otros compañeros están cumpliendo su parte también. Son instrucciones claras, nadie debe fallar. Las comunicaciones están rotas. O interceptadas. Y es la única manera que tenemos de informar. Es solo cuestión de horas, un par de días a lo sumo. Mientras, tú intenta destruir todos los papeles comprometidos que puedan quedar en mi estudio. Y si no volviera, prométeme que te vas a cuidar.

Pero ¿cómo me dices eso, José? ¿Cómo que si no vuelves? Pilar habla con un hilo de voz, casi rindiéndose ya, porque lo conoce y sabe que no va a convencerlo. Cálmate, le dice él, ahora muy serio. Si pasa algo y no vuelvo, estarás más segura sin mí. Será una manera de protegerte, y de proteger a nuestros hijos. En ese caso, no tengas duda de que mientras tenga vida, mi único pensamiento será volver a tu lado.

Pilar estalla en sollozos: a veces no te conozco, José, no sé cómo puedes tener esa sangre fría, le dice. Es el papel que me toca, responde él. Ten confianza. Volveré pronto. Ya verás. La besa y luego se acerca a abrazar a Hilaria, que le mete en el bolsillo algo de pan y embutido atado con una servilleta. Por si tienes hambre en el camino, hijo. Vuelve pronto, rezaré por ti todo el tiempo. Gracias,

mamá, responde Almoina, y cuídese usted también. Y a Pilar y a los niños. Hilaria tiene los ojos húmedos. Está también llorando. Pero sus lágrimas no logran resbalar por su rostro cuarteado por los años, y se quedan ahí como salpicaduras de lluvia. No me hagas caso, hijo, que las viejas nos volvemos sentimentales. Yo sé que todo irá bien.

En un momento, Almoina ya está bajando las escaleras para sumarse a la multitud enloquecida que hay fuera. Siente un desgarrón por dentro, pero sabe que ese encargo es importante. Y sabe además que él es el problema. Él es el forastero, y el elemento que llaman «peligroso». Y si se da el peor de los escenarios, allí solo quedarán dos maestras muy queridas en la ciudad y unos niños que no pueden preocupar a nadie. Eso se va diciendo mientras avanza esa madrugada por las calles atestadas de gente. El tiempo ha refrescado, y ahora piensa otra vez en Helena, ese pececillo escondido en el vientre de Pilar. Qué ganas de verla. Y qué poderosa la fuerza que dan los hijos. Las ganas de vivir y de luchar que transmiten esas criaturas tan pequeñas, que están ahí esperando su lugar en el porvenir. Un porvenir que en ese momento es solo oscuridad.

Cuando llega a la estación, el tren está ya saliendo hacia su punto de partida. Almoina, junto con Manolo del Río, se sube en el último momento rumbo al norte. Y se lo traga la noche.

El lunes amanece entre ruidos, gritos y marchas militares. Pilar no ha pegado ojo tras esa despedida precipitada que aún no se acaba de creer. Ni siquiera se ha cambiado de ropa desde que empezó

todo. Se asoma mucho al balcón para ver si al fin vuelve Almoina. Y repasa mentalmente lo ocurrido en las últimas horas.

Recuerda que pasados los primeros nervios entró al cuarto de José para cribar sus papeles, mientras Hilaria preparaba dos tazas de tila. Los libros parecen inofensivos, mamá, le dijo tras revisar la estantería. Mira. Historia. Arte. Literatura. Muchos sobre Galicia. Aunque quién sabe lo que pensarán esos animales. Aparta la prensa, le indicó Hilaria. Sobre todo las colecciones de *El Pueblo* y *La Mañana*, que es donde está su firma. Bueno, pero estos periódicos están en todas partes, mamá. Es prensa legal. Tú hazme caso y mira también la mesa, hija, a ver.

Pilar abrió la gaveta del escritorio y empezó a sacar papeles. Mamá, qué hacemos. Si quemamos todo esto en la cocina, se verá el humo. No sé, es de noche, respondió ella. Aunque va a oler, claro. Pilar arrugó la nariz. Tú eres la experta, mamá. Estás acostumbrada a convertir los papeles en otra cosa, piensa en algo. Claro, te creerás que voy a hacer pajaritas y corazones con eso, dijo Hilaria con sorna.

No tiene ninguna gracia, protestó Pilar. ¿Qué se te ocurre? Pues todo a la palangana, respondió su madre. El agua es más silenciosa que el fuego. Necesito cola, vinagre y harina. Mamá, nunca me has recriminado las actividades de José, dijo Pilar de pronto. Hija, es tu marido y basta.

Ahora Pilar no puede dejar de pensar en esas últimas horas, mientras observa tras los visillos. La calle se está llenando de camisas azules. Hilaria ha bajado para indagar un poco y al subir le cuenta que vienen de Valladolid, que ya está en manos de los rebeldes. Entonces Pilar piensa en Juan Lozano. Se supone que iba a

ir allí, a Valladolid, para alertar de lo que estaba pasando. ¿Qué habrá sido de él? Recuerda bien el día que José lo invitó a comer a casa en Alcaudete. Cuando las elecciones. Poco antes de volver a Benavente. Lo recuerda todo. La mesa puesta. El sol de invierno. La llegada del candidato al pueblo. Su charla después con las gentes de allí. Le parece estar viendo esa escena con un velo de luz blanca. Como una fantasmagoría. Pero también como algo hermoso y lejano. Y no se puede creer lo que está ocurriendo. ¿Qué habrá sido de José, que se fue al norte con la misma misión?

Siente un escalofrío y vuelve a asomarse al balcón. El sol suave de esas horas tempranas la deslumbra porque casi no ha dormido. Le duelen los ojos y apenas puede entreabrirlos. De pronto oye entre el barullo voces que la insultan. Y hay vecinas que la señalan. ¡Mírenla, ahí está la mujer del rojo! ¡Una maldita puta roja! Pilar entra bruscamente, con el corazón acelerado. Entonces oye a los camisas azules gritar desde la calle. ¡Cierren todas las ventanas! ¡Nada de mirones ni francotiradores! ¡Y dejen abiertas las puertas, que vamos a registrar las casas una por una!

Pilar corre las cortinas y se queda mirando a Hilaria, que tiene en brazos a Lina. La niña lloriquea nerviosa. Abrazado a su cadera está Josito, muy serio. Entonces se dirige a la puerta para abrirla, mientras su madre se sienta en el sofá con los dos pequeños. Los acaricia y respira hondo, simulando una mínima sonrisa. Luego saca el rosario del bolsillo de su bata y se pone a rezar en voz baja. Enseguida se oye gente corriendo por la escalera y aparecen en la puerta tres falangistas. En la calle siguen los gritos.

—Nos han dicho que aquí vive un tipo de cuidado, un tal José Almoina —dice con tono imperioso el primero que llega, que es muy

joven y atildado—. ¿Dónde está?

—¿Por qué lo buscan? Mi marido es un trabajador honrado. —Pilar habla con un hilo de voz, y mantiene las dos manos sobre la parte baja del vientre—. Y no está aquí, está en Astorga.

—¿Cómo que no está? —responde el camisa azul con altanería—. Eso lo veremos.

Luego se vuelve a los otros, muy jóvenes también, y les grita:

—¡Buscad bien!

Ellos se aprestan a recorrer las habitaciones. Abren puertas, arcones y armarios, y husmean por cada rincón.

—¡No hay nadie, Vicente! —grita el que tiene un bigote fino sobre el labio.

—¡Aquí está su despacho! —dice el otro, que es muy menudo.

—De verdad que no hay nadie más —musita Pilar.

—Un gallina, eso es tu marido, un cobarde, por eso se ha escapado. —El que los otros llaman Vicente habla remarcando mucho las sílabas—. ¿Y qué hace una mujer como tú con un tipejo como ese, a ver?

Pilar se sienta ahora en un sillón, desfallecida. Aún no ha desayunado y lleva muchas horas sin comer.

—¿No respondes nada, cabrona? ¿No te han enseñado educación? ¡Así son las rojas! ¡Igual que los burros! Me parece que te vamos a tener que llevar a ti en su lugar. —Vicente le agarra el pelo con fuerza, y ella emite un quejido—. Verás como aparece enseguida.

El niño suelta un grito y corre a abrazarse a las rodillas de su madre, que lo acaricia silenciosa.

—Hombre, déjala, mira la tripa que tiene —le dice el del bigote.

Pilar sigue mareada. Deben de ser los nervios, piensa. Tengo que controlarme. Como pierda a la niña, me muero yo también de la pena. Controlar. Serenarme. Respirar hondo. Acaricia ahora el pelo de Josito y le sonríe con una expresión grotesca de dolor y dulzura, mientras Lina sigue lloriqueando. Josito está serio y tiene los labios apretados. Mira con odio al jefe, que ha soltado el pelo de Pilar y se ha quedado un momento aturdido, sin saber qué hacer. Hilaria sigue rezando, ahora en voz más alta:

—Dios te salve María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres…

—Pues si nos la llevamos preñada, mejor —insiste Vicente—. Así habrá más posibilidades de que aparezca esa rata de Almoina. Aunque nunca se sabe. Estos son todos unos gallinas.

—Bueno, hombre, mejor volvemos cuando haya parido —responde el pequeño, con tono conciliador—. ¿De cuánto estás? —le pregunta a Pilar.

Ella sigue callada, sobrecogida. Vicente vuelve a agarrarla del pelo y Josito se pone a gritar como un poseso.

—¡Que me digas cuándo vas a parir, cojones!

—En septiembre —musita Pilar, intentando disimular el dolor y abrazando a Josito para que se calme.

—Venga, Vicente, que hay que cumplir la orden de registrarlo todo —dice entonces el del bigote—. A ver, zorra. Dinos dónde están las listas. Sabemos que hay listas con los nombres de los que quieren matar los rojos.

Pilar coge a Josito en brazos y se recuesta un poco en el respaldo del sillón.

—Miren lo que quieran. Están en su casa.

—Cuidadito con la ironía, ¿eh? —replica Vicente—. Y ahora quietitas las dos sin moverse hasta que acabemos.

Los tres camisas azules recorren deprisa las estancias. Abren cajones, armarios y roperos y vuelcan todo sobre el suelo. Luego patean la ropa y los enseres. Y los libros y papeles los van amontonando sobre unas sábanas.

—Todo esto nos lo llevamos —dice el del bigote—. Para revisarlo o para quemarlo, ya veremos.

—No me digan que van a llevarse también las sábanas. Que eran de mi madre —se queja Hilaria—. Y todos esos periódicos viejos, que me vienen tan bien como combustible. ¿No ven que son periódicos y revistas normales y corrientes?

—A callar, señora. Y a ver qué es esto —dice Vicente leyendo los títulos de los libros—. Historia de Galicia. Bah. Clásicos castellanos. Una mierda. ¡Ah! ¡Aquí hay algo en clave! «Stultitiae Laus», dice. Y unos símbolos sospechosos. ¡Mirad!

Los otros dos se acercan y observan la cubierta de un libro viejo donde figuran dos palabras: Μωρίας Εγκώμιον.

—Esto es ruso, clarito. ¡Ruso! ¡Es un rojo de mierda!

Pilar reconoce las tapas del libro de Erasmo.

—Eso está en griego. Es un libro de filosofía. Lo escribió un sacerdote.

—Claro, a mí me la vas a pegar. Te creerás que soy tonto, joder —le responde Vicente altanero—. Eso tienen los rojos, que se creen más listos que nadie.

Hilaria continúa con su rezo por lo bajo.

—Dios te salve, reina y madre de misericordia… A ti llamamos los desterrados hijos de Eva… en este valle de lágrimas…

—¡Nada de caprichos! —grita Vicente—. ¡Nos llevamos todo!

Del libro de Erasmo cae de pronto algo al suelo. El del bigote lo recoge y lee.

—Un carnet de la Agrupación Socialista de Benavente. ¿Y esto, qué nos dices de esto?

—Pues eso es un carnet legal —responde Pilar, otra vez muy nerviosa.

Cómo se me habrá pasado, piensa. No recordaba que José tenía la manía de usar el carnet como marcapáginas. Olvidó revisar los libros por dentro.

—¿Un carnet legal? Eso era antes —dice Vicente—. Ahora es ilegal. Nos lo llevamos. Y nos vamos ya, que tenemos mucho que hacer. Pero que sepáis que os estamos vigilando. Volveremos, no lo olvidéis.

Salen arrastrando dos montones de publicaciones y papeles envueltos en sábanas anudadas y dejan la puerta abierta de par en par. En las calles hay hogueras encendidas donde arden ya periódicos y libros. Y un extraño silencio lo invade todo. Un silencio reseco. Asfixiante. Roto a ratos por los gritos de los nuevos dueños del poder y la calle.

10

En las aguas del río

Pasan las horas y los días muy lentamente. Y de Almoina sigue sin saberse nada. Las comunicaciones son difíciles desde aquel sábado dieciocho de julio. Porque todo está vigilado. Benavente está tomada por milicias paramilitares, sobre todo por camisas azules. También hay requetés, con su camisa caqui y su gorra roja. Y algunos de Acción Popular, que llevan una borla roja en el gorro y brazaletes con la rojiverde de Zamora.

Las calles se han vuelto inhóspitas y peligrosas. Hilaria y Pilar solo las pisan ya para ir al mercado y a la farmacia. A veces es Pablo Salvador el que les hace la compra para que no tengan que salir, y también las visita Abigail, la mujer de Audelino. Pilar ya ha renunciado al paseo de cada tarde con Lina y Josito, porque siempre hay insultos para ella. Los cuchicheos se mezclan con las miradas de burla y de odio. Y con comentarios en voz muy alta para que oiga bien lo que dicen. ¡Mírala, ahí va la puta, la desvergonzada! Que ni se ha casado por la Iglesia ni ha bautizado a sus hijos. ¡Viviendo en pecado con el rojo! Por culpa de tantas como ella estamos así ahora. ¡Que se la lleven ya con las otras, que hay que limpiar la ciudad de basura!

—Mamá, ve tú al paseo con los niños —le dice Pilar a Hilaria la primera semana—. A ti te respetan. Yo no salgo más, que Josito se da cuenta de todo.

—Sí, hija. Pero a misa sí que tienes que venir conmigo el domingo, es bueno que te vean en la iglesia.

Pilar se queda un momento dudando.

—No sé, yo creo que allí es donde peor me miran, hasta tus amigas han dejado de saludarme.

—Por eso, hija, por eso. Tienes que venir para dejarlos callados. Siempre me has acompañado a misa, no vas a dejar de venir ahora.

Desde el primer momento, Hilaria se concentra en revisar las provisiones de la despensa. Ya durante los últimos meses ha estado almacenando latas de conserva, mantequilla y leche condensada. Mujer prevenida vale por dos, eso es lo que dice siempre. Porque nunca se sabe. La experiencia de los años enseña esas cosas: hay que estar preparada para los malos tiempos. Por eso tiene saquitos de legumbres, café y azúcar repartidos aquí y allá. Camuflados con espliego y lavanda en los armarios. Por fortuna los falangistas no les hicieron mucho caso. Pero le pesa no haber caído en la importancia del combustible. Y del aceite. Porque en las tiendas los precios se están disparando y los estantes se vacían. Todo el que puede se va haciendo con reservas.

También le preocupa el dinero. Madre e hija han compartido siempre todo y tienen una cuenta común en el banco y algunos ahorros en un calcetín. De los tiempos de la escuela. Pero esos fondos ya han menguado mucho. Además, Hilaria recibe un magro subsidio como maestra jubilada. No se sabe hasta cuándo. Pilar se

ha acercado al banco para intentar sacar dinero de la cuenta de su marido, pero no se lo han permitido.

—Mamá, tú eres la experta en multiplicar los panes y los peces —dice preocupada al volver a casa—. Habrá que hacer milagros mientras esperamos a José.

—Bueno, mujer, también podemos vender cosas. Mi máquina de coser, por ejemplo. Es una Singer, se venderá bien. Total, para coser y remendar me bastan una aguja y un hilo.

—Está bien, mamá, pero todavía es pronto para pensar en eso.

—El gramófono también se puede vender. Cantamos nosotras. —Hilaria se pone a tararear su canción favorita—: «Yo fui paje de un obispo y criado de un bedel…».

Pilar de pronto se echa a reír, nerviosa.

—Hija, también puedo cocinar pan y pasteles y venderlos.

—Pero qué dices, no nos los van a comprar.

—¿Cómo que no? ¿Y si les pinto con azúcar molido un simbolito de esos que llevan bordados en la camisa? A ver si se atreven a rechazar el yugo y las flechas.

—Mamá, no bromees con eso —responde Pilar contrariada.

—Bueno, tú ocúpate de los niños que yo me ocupo de lo demás.

—Nunca imaginé que iba a echar de menos Alcaudete, mamá. Y toda aquella ayuda de Aurelia y Loles. Eran como un huracán de alegría. ¿Te acuerdas de cómo cantaban siempre? Ellas tampoco necesitaban gramófono. —Pilar se pone a tararear:

Levántate, morenita
a la aceituna temprano
a darle los buenos días

al airecito solano…

—Cómo las echo de menos —responde Hilaria—. ¿Qué habrá sido de ellas?

—Hoy estoy tan melancólica que echo de menos hasta al gato Canelo.

—¡Canelo! —exclama Josito, que enseguida vuelve a su mutismo.

Está de mal humor casi todo el tiempo, y no entiende por qué su madre ya no sale de paseo con ellos. Ni por qué hay hogueras con libros y papeles por las calles. Y tampoco por qué ya no puede jugar con sus latas y jabones. Hilaria ha quitado todo de la vista, porque ha oído en la iglesia que están requisando víveres y productos de higiene para el frente de batalla.

—¿Y mis *jubetes*?

—Se dice juguetes, hijo —responde Pilar.

—¡Mis *jubetes*! —insiste Josito enfadado.

Hilaria se queda pensando.

—Di que sí, cariño, son tus *jubetes*. Ven conmigo —le dice—. Vamos a hacer unas marionetas con pasta de papel y trapos viejos. Hay que aprovechar que aún tenemos la Singer. Y les vamos a hacer un disfraz a tus *jubetes* para que puedas usarlos.

Josito la sigue, intrigado. Mientras, en la calle se siente el zumbido del silencio, y a veces carreras y gritos. Cuando se oye algún sonido en la escalera, Josito corre a la puerta y grita: ¡papá, papá! Su madre y su abuela se miran sin decir nada, estremecidas por la reacción del niño. Por su modo terco de recordar, que es su manera de protestar por la ausencia de su padre. Josito se queda expectante un rato, junto a la puerta. Hasta que se cansa, y luego vuelve a sus

cosas. Mientras, Pilar le va repitiendo: papá está de viaje, ya vendrá, ten paciencia. Josito frunce el ceño. Está sensible. Desconfiado. Nervioso. No se acostumbra a las sirenas y a los disparos. Ni al temblor de los cristales. Se asusta con todos esos ruidos y corre cada vez al regazo de Hilaria, que lo envuelve con la calma de sus brazos. Ahí se tranquiliza. Lina también se da cuenta de algunas cosas, aunque solo tiene un año. Ya no es aquella niña plácida y dormilona. Ahora se pasa las noches llorando.

A fines de julio siguen la confusión y el desconcierto. Y en algunos pueblos se convoca una huelga general. Los trabajadores se enfrentan con piedras a falangistas y guardias civiles en Villalpando y Muelas del Pan, y en Lubián, El Perdigón y Padornelo. En Fuentes de Ropel patrullan las calles con escopetas de caza. Y también en Sanabria, donde se concentran los obreros ferroviarios que trabajan en la línea entre Orense y Zamora. La mayoría es de las cuencas mineras de León y Asturias. Y es entonces cuando comienza en Zamora la caza del hombre por el hombre.

La consigna de los rebeldes es clara. Hay que sembrar un terror que paralice cualquier intento de resistencia. Como hay pocos radicales ahí, el nuevo objetivo son los socialdemócratas y republicanos. La tensión no puede cesar. De ella depende la victoria. Así que deben seguir los crímenes ejemplares. Y las cunetas sembradas de cadáveres. También llega la nueva esclavitud. Porque a los presos los obligan a trabajar en las vías de ferrocarril. Vigilados por tricornios y camisas azules. Y los que ponen reparos son eliminados.

Las mujeres afectas al levantamiento también colaboran. Ahí están las de la Sección Femenina. Y las margaritas de los requetés, con su boina roja y su borla amarilla. Las comandan sacerdotes que dan sermones políticos desde los púlpitos. Y se hace famoso el capellán Lucio Franco, que lleva camisa azul y pistolas sobre la sotana. Entre sus tareas está sonsacar información a las presas. Y dar el tiro de gracia a los fusilados cuando corresponde.

Hilaria y Pilar intentan mantener sus rutinas. Y rezan mucho. La cuna de Lina sigue en la alcoba de su madre. Y Josito duerme en el cuarto de Hilaria. Cada noche, en cuanto la habitación se queda a oscuras, el niño se encarama sobre la cama de su abuela. Porque solo se duerme abrazado a ella. Y porque por la noche se oyen ruidos de motores y gritos. Y a veces, disparos. Por las mañanas, cuando ella se levanta, él la sigue como un ratón. No se separa de su falda y tiene miedo a quedarse solo. También se acerca a menudo a ver cómo va todo con Lina y Pilar. O abraza el vientre de su madre, que sigue creciendo.

—¿Cómo está mi hombrecito? —le dice ella al verlo acercarse—. Anda, cuida un poco a tu hermana mientras me ocupo de la casa.

Él obedece, pero se cansa enseguida y acaba encontrando algo mejor que hacer.

—¡Abu, la merienda!

—Luego, Josito, que es muy pronto.

—Abu, estoy vacío.

Hilaria le prepara una infusión para engañarle el estomaguillo.

—Toma, un biberón de manzanilla con un poquito de azúcar —le dice.

El niño se entretiene un rato con esa bebida caliente y luego se queda mucho tiempo mirando por la ventana del balcón. ¿Cuándo vuelve papá?, dice a cada momento. Las horas pasan lentas para todos desde que Almoina desapareció, pero el cuidado de los críos entretiene a las dos mujeres. A veces se quedan escuchando la radio. Les resulta cansina esa propaganda militar que se emite todo el tiempo, entre marchas y misas. Pero es mejor estar al tanto. Eso piensa Pilar, mientras prepara la papilla Milfo para Lina. El médico le ha dicho que es lo mejor que puede darle. Aunque no sabe hasta cuándo podrán conseguirla.

—Mamá, ¿qué hacemos cuando se acabe esto?

—No es mamá, es abu, mamá eres tú —protesta Josito.

Acaba de entrar en la cocina para insistir en que quiere la merienda. Y se queda mirando con atención el paquete de alimento lacteado. En la etiqueta, dos niñas con lazos en el pelo se inclinan sobre una cuna para darle el biberón a una muñeca.

—Mira, es Lina —dice Josito.

—Sí, hijo, la de la cuna es igual que Lina.

—Mamá, quiero merendar, estoy vacío.

Hilaria le prepara ya su pan con chocolate y se lo da.

—Cómetelo despacito, cariño.

Josito se tranquiliza y vuelve a la habitación de Lina mientras merienda. Entonces Hilaria se dirige a su hija.

—No te preocupes si se acaban esos polvos. Cuando no teníamos inventos extranjeros, las madres sabíamos cómo alimentar a los hijos.

Pilar se queda un momento mirándola, con gesto preocupado.

—Ya me faltan pocas semanas para salir de cuentas, mamá. Ojalá vuelva a tiempo José. Bueno, o no, ojalá no vuelva. Ojalá esté bien, donde sea. Que no lo encuentren, por Dios.

—Seguro que está bien, hija. Las malas noticias corren muy rápido —dice Hilaria sombría—. Yo no te cuento lo que oigo para no preocuparte. De José no se sabe nada de nada. Pero de otros sí que hay malas noticias.

Pilar la mira consternada.

—Pero ¿qué es lo que sabes, mamá? —le pregunta nerviosa, en voz baja—. ¿Qué es lo que no me cuentas?

Hilaria se dirige a la radio y sube el volumen.

—De José no sé nada —repite, también en voz baja—. Pero parece que han detenido a muchos conocidos vuestros.

El rostro de Pilar se crispa. Se pone las manos bajo el vientre, en un movimiento reflejo.

—Mamá, cuéntamelo todo. No soy una niña pequeña. Si he resistido lo que ha pasado hasta ahora, no veo por qué me vienes con tanto misterio.

Hilaria se ha levantado otra vez y ha puesto agua a hervir.

—Voy a hacer unas infusiones de azahar. Es lo único que nos queda para los nervios. Ya se acabó la tila.

Pilar la mira fijamente.

—De acuerdo. Pero mientras, dime, me tienes en ascuas.

—Bueno, pues hay redadas nocturnas —susurra Hilaria—. Se han llevado a muchos de vuestros amigos. Y no se sabe dónde están. Dicen que tal vez en la cárcel de Zamora. No quería preocuparte, no estás para sustos. A Audelino no se lo han llevado. Ni a Pablo Salvador. Parece que contra ellos no hay nada. Aunque a Audelino le

saquearon la capilla y quemaron en la calle las biblias que encontraron dentro. Y se llevaron los bancos y el harmonio.

Pilar la mira ahora con esa expresión enigmática que tiene a veces, como de otro mundo. Hilaria continúa.

—Se han llevado a Marcelo Carbajo y al de la imprenta, Vitaliano. Y a sus ayudantes, Eutiquio y Villarino. Y también a mucha gente de la Casa del Pueblo. A Epifanio. A Ildefonso. Y a Venancio, el sereno, y a su hermano Cesáreo. Y a no sé cuánta gente más.

Pilar guarda silencio. Está desencajada, con la mirada perdida. Se sigue oyendo a los pequeños jugar en la otra habitación.

—Eso es lo que se sabe, Pilar, que los detuvieron. Nada más. —Hilaria respira hondo y baja la voz—. Pero es que aparecen cuerpos en las carreteras y en las cunetas. Yo no he visto ninguno, porque no ando por ahí. Pero otros sí que los han visto. Dicen que no quieren que nadie los entierre. Que son un ejemplo para que aprendan los rojos lo que les espera. Hay mucha gente escandalizada. Incluso de los suyos. Porque eso no es cristiano. Y también por ese hedor que hay. Todo está lleno de ratas últimamente. Ellos quieren que se vean los cadáveres, pero hay excepciones.

Pilar vuelve a mirarla fijamente.

—¿Qué quieres decir?

—Mejor que no lo sepas.

—Mamá, quiero saber. Ya tengo bastante con estar aquí encerrada. Me voy a volver loca. Por lo menos quiero saber lo que pasa ahí fuera. Tengo derecho.

Hilaria suspira.

—Bueno, se han llevado también a algunas mujeres. A la Pico de Oro. A Presentación Parra. A Visitación. ¿Te acuerdas de María Garea, la mujer de Venancio? ¿Los que vivían también en la calle del Reloj?

—Claro, mamá, cómo no me voy a acordar. Y me acabas de decir que él está detenido.

—Pues se los llevaron juntos, a Venancio y a ella. Parece que María tuvo tiempo de esconder a sus dos hijos debajo de una mesa camilla. Les dejó comida y les dijo que se estuvieran callados. Que no se movieran hasta que ellos volvieran. Los niños se quedaron ahí quietecitos, muertos de miedo, todo el día y toda la noche. ¿Lo puedes creer? Al día siguiente se enteró Cesáreo, el padre de Venancio. Se fue corriendo a la casa y allí estaban todavía escondidos.

A Pilar se le dibuja un rictus en la frente mientras escucha.

—Recuerdo perfectamente a los niños de María: Eduardo y Pepita. Son mayores que los míos, tendrán como cinco y siete años. Es increíble. ¿Era eso lo que me querías decir?

—Pues… —balbucea Hilaria—. ¿Sabes que a Cesáreo lo han echado del cuerpo de Policía? Por ser padre de dos rojos.

—No, no lo sabía. Aunque María no es su hija, es su nuera.

—Sí, pero es el padre de Patrocinio. —A Hilaria se le ensombrece el rostro al pronunciar ese nombre y se queda mirando a Pilar—. ¿La recuerdas?

—Sí, la bella Patrocinio. Así la llaman. Todos se enamoran de ella. Estaba con nosotras en el Grupo Obrero Femenino. Era tímida y silenciosa.

Hilaria se queda callada unos instantes.

—¿Y de verdad no has sabido nada de lo que pasó? —dice al fin—. Quiero decir, no sé, por Pablo Salvador o Abigail, que a veces vienen por aquí. Tal vez te han contado algo.

—No, no sé nada, suéltalo ya —responde Pilar contrariada.

Su madre se queda un momento mirando la tetera. Sirve las dos tazas y el azúcar también. Al final se decide a terminar, siempre en voz baja.

—Pues un grupo de hombres se la llevó de casa. Una jauría, parece. Al padre le dijeron que estaba detenida, y por más que gritó, no pudo hacer nada. Lo golpearon y lo dejaron allí tirado. Luego se la llevaron al monte.

—Malditos cerdos —musita Pilar.

—No acaba ahí la cosa, hija. Parece que después de deshonrarla, la mataron y la tiraron al Órbigo, a la altura de Santa Cristina. Al día siguiente un hombre vio flotando el cuerpo bastante más allá, en Villanueva de Carrizo, y lo sacó del agua. —Hilaria se detiene otra vez y respira hondo antes de seguir—. Al cuerpo le habían cortado los dos pechos. Tenía al descubierto las costillas. Ningún animal haría las barbaridades que ellos hacen.

Pilar aprieta los labios y se queda escuchando un momento a Lina y Josito, que siguen parloteando con su media lengua infantil, ajenos a esa conversación.

—Malditos sean mil veces —susurra—. Eso me recuerda las barbaridades que nos contaba Pablo sobre Asturias.

—Sí, hija. Al pobre infeliz que sacó el cadáver, para que la pudieran enterrar, lo fusilaron. Esta vez no querían testigos. Pero el rumor ya corre de pueblo en pueblo. Imagínate a ese padre. Se habrá vuelto loco.

Pilar ha dejado de revolver la papilla hace rato. Está como petrificada y tiene más pronunciado el rictus de la frente.

—Mamá, no sé qué me pasa, que ya no puedo llorar. No me salen las lágrimas.

—Pues eso, hija, para qué contarte más. Vivimos en el infierno.

—Pero ¿por qué la habrán mutilado esos degenerados? Eso es sadismo puro, ¿no?

—Trofeos, hija. Maldad. Esto es una cacería.

11

Campanadas

Todavía va alguna vez Abigail a visitarlas, con su sombrerito redondo y su sonrisa, triste ahora. Está más delgada, aunque sigue siendo una mujer corpulenta. Pablo Salvador también pasa a veces por la casa con cualquier excusa y su caja de herramientas. Como tiene ese carácter un poco simple, las milicias lo dejan moverse sin darle importancia. Pero todos intentan cuidar lo que dicen. Y cómo lo dicen.

Un día, durante la sobremesa, suena de pronto la campanilla. Pilar va enseguida a abrir y Abigail entra muy alterada. Se acaban de llevar a Audelino de casa, dice entre lágrimas. ¡Esposado!

Hilaria se santigua y suspira hondo. Pero ¿de qué lo culpan?, le pregunta Pilar con amargura. Ella se queda un momento en silencio, mirándola a los ojos, y traga saliva.

Quieren encontrar a tu marido, responde al fin. Le hicieron un montón de preguntas sobre él, están obsesionados con atraparlo a toda costa. Pilar palidece. Y recuerda aquella amenaza: volveremos por ti.

Aquí nos tienes, para lo que necesites, dice entonces Hilaria. ¿Cómo están tus hijos? Pues cómo van a estar, imagínate, musita

Abigail. Solo nos queda rezar. Rezar mucho. Por todos nosotros. Pilar se retira a su alcoba, nerviosa, y comprueba que Lina sigue dormida en su cuna. Eso le transmite cierta paz. ¿Dónde andará José? Desde aquel primer encuentro en el café Royal han compartido casi todos los días de la vida. El silencio es un idioma y también una casa, solía decir él. El silencio guarece. Las palabras son de todos, pero el silencio es nuestro. Sin embargo, a Pilar le gustaba escucharlo. Mira ahora la mesita de noche, tiene aún ahí el libro de Rosalía que le leyó la primera vez. Dentro, unas flores secas de lavanda. Las que le trajo aquel día del paseo con Josito y Virgilio. Lavanda para mi meiga, le dijo entonces. Recuerda todo como si fuera algo remoto que no ha de volver. Pero debe intentar animarse. Ese silencio de él es una buena señal. Hilaria siempre lo dice. Las malas noticias llegan enseguida. Que no regrese, por Dios. No ahora. No mientras estén esos lobos patrullando allá fuera.

El siguiente domingo, el último de agosto, suena la campanilla de la puerta a media tarde. Las dos mujeres reconocen el toque alegre de Pablo Salvador, que juega con ella como un niño. Clinclinclín…, clinclinclín…, clinclinclín… Hilaria sonríe. Ahí está Pablete, dice, y se dirige a la entrada.

Qué tal, hijo, se la oye decir. La voz de él suena firme y alta: aquí estoy, como habíamos quedado, para acabar de arreglar esa ventana. Pilar se queda en guardia. Sabe que la ventana ya está arreglada.

Pablo entra en la sala con una expresión enigmática, mientras Hilaria lo mira con preocupación. Él pasa entonces a hablar muy

bajito. Doña Pilar, traigo una noticia rara. No sé si es buena o mala. Cuenta, responde Pilar, nerviosa.

Pues vino a verme un hombre a mi casa, sigue Pablo. Me dijo que era un hermano del maestro. Pilar se estremece y se pone una mano en el pecho. Suéltalo rápido, Pablo, ¿le ha pasado algo a José?

No, no. Pablo hace un gesto con las dos manos extendidas. Tranquila, señora, no es eso. Hilaria los interrumpe: vamos a quitar la cortina, para que puedas empezar ya a trabajar, dice en voz muy alta.

Pablo comprende. Claro, doña Hilaria, responde también en voz alta. Coge su caja de herramientas, se asoma a la ventana, saca el metro, mide, o hace que mide, y vuelve a entrar. Bien, fin del teatro, susurra Pilar, acaba ya, que me estás matando de angustia.

Bueno, pues ese hombre sabía quién era yo y tenía un mensaje del maestro para doña Pilar. Ay, Jesús, dice Hilaria, mientras su hija se queda blanca como la pared. Se sienta en el sofá y apoya la cabeza en el respaldo. Hilaria corre a preparar un vaso de agua con un poco de azúcar. Señora, es una buena noticia, no se ponga nerviosa.

Pasan los segundos y Pilar va reaccionando. Pablo la mira preocupado, y ella le hace señal de que siga. Es un radiograma, dice él entonces, ha llegado desde Santander. Pero ¿por qué dijiste que era raro? Nos has dado un susto de muerte.

Bueno, es que parece que está en clave y no se entiende bien. Este hombre venía de Zamora. Llegó fingiendo que me iba a hacer un encargo para reparar algo en la casa de Marcelo. Me comentó que venía a ver cómo había quedado todo después de su detención.

De parte de la familia, que está destrozada. Eso me dio confianza. Y me dijo otra cosa. Aquí viene lo raro.

Por Dios santo, Pablo, suéltalo ya, le interrumpe Pilar, que sigue muy alterada. Él la mira con expresión de culpa. De acuerdo, responde. Pues dijo que un amigo radioaficionado recibió un radiograma desde Santander, diciendo que el maestro estaba bien. Y que lo debía memorizar. Pero yo de eso no soy capaz. Ya saben ustedes que tengo memoria de pez. Y me dijo también que él no debía venir aquí para no comprometerla. Que todo debe hacerse con cuidado.

Pero, hombre, entonces nos dejas sin ese mensaje, dice Pilar disgustada. ¿No lo memorizaste? Es que era incapaz de recordarlo bien, me puse frenético, responde el muchacho, disculpándose. Pero al final lo copié. Lo traigo escondido, por si acaso. Las dos mujeres lo miran expectantes. Pablo se quita una alpargata y luego el calcetín. Después mete la mano dentro y saca un papelito arrugado y un poco húmedo. A ver si se ha salvado algo, hijo, dice Hilaria con sorna. Mira que meterlo ahí, con lo que te sudan los pies. Los tres se ríen nerviosos, y las mujeres siguen atentas a sus movimientos. Pablo despliega el papelito y sonríe con complicidad. Antes no hubiera podido leerlo, dice sonriente. Ahora sí que sé.

En el papelito solo hay una línea. La ha copiado él mismo, a lápiz, con su letra temblorosa. Son solo nueve palabras, dice. Pero no se entiende lo que quiere decir, porque firma otro. Entonces lee despacio: «Pilar de… Almoina. Estoy bien… en Santander. Abrazo… Juan».

Pilar extiende la mano y atrapa el papel. Necesita verlo con sus ojos. ¿Quién es Juan?, pregunta. Hilaria se adelanta: está claro, te

protege. Pero ¿no será un error? ¿Por qué Juan? Por la cabeza de Pilar pasan algunas respuestas posibles. Juan, ese es el nombre del amigo Lozano, que cumplía como él esa misión informativa, pero en Valladolid. ¿Se habrán reunido los dos? Hija, lo que está claro es que no conoces a ningún Juan que te pueda escribir, dice Hilaria. Es él. Acuérdate, en Jaén hacía artículos anónimos o con seudónimo, por la censura.

De pronto Pilar empieza a sollozar. Sí, es seguro, está vivo, dice. Dobla el papel y cierra el puño sobre él. Pablo, esta es la carta de amor más bonita que he recibido en mi vida entera. No te lo devuelvo.

Pero, señora, me dijeron que lo destruyera. No, no lo destruyo. Está muy bien este mensaje. Si alguien lo viera, yo podría decir que es de un primo. Me está protegiendo, sí. Cuánta gente estará buscando a su familia al otro lado de ese muro que parte al país en dos. Me lo quedo, Pablo. Lo que usted diga, señora.

Hilaria le da un beso en la frente y él se pone colorado. Yo también quiero mucho al maestro, dice un poco aturdido, estoy contento. Pues voy a preparar café para celebrarlo, responde ella. De puchero, pero nos va a saber a gloria.

Gracias, Pablo, le dice Pilar al muchacho. Ya pueden tirar piedras a la ventana si quieren. Él está vivo, en Santander. Y ahora solo hay que esperar a que esto acabe.

Ojalá eso sea pronto, señora. Sí, Pablo, ojalá. ¿Sabe, doña Pilar? Ese hombre me dijo que en Zamora las calles también están tomadas por los facciosos, y que todo está lleno de espías. Ahora debería irme. Si me entero de algo más, le digo.

Pero acábate primero el café, protesta Hilaria. Y ten cuidado, por favor. Ustedes también, responde él, y luego se bebe de un trago el fondo de la taza. Hasta pronto, añade en voz alta, después de dar algunos martillazos en la contraventana. A ver si ya no les entra aire por ahí, que el otoño está al caer. Si me necesitan para lo que sea, me llaman.

Las agujas de los relojes parecen no avanzar. Y en la calle se mezclan los gritos, las marchas militares, las canciones de los rebeldes. Mientras, el vientre de Pilar sigue creciendo imperturbable. Y en septiembre llega Helena.

La madre pierde mucha sangre en el parto y el médico le indica que guarde reposo al menos una semana. Hilaria se desvive cuidándola, mientras atiende como puede la casa. Qué pena no poder conseguir una gallina para hacerte un caldito que te reanime. Encontrar carne, imposible. Y tú necesitas hierro, estás muy pálida.

Pilar pasa en la cama todo el tiempo, y su madre solo se aleja para ir a misa el domingo. Aprovecha ese momento para hablar con el cura, don Belarmino. Ya nació mi nieta, padre, le dice. Hay que bautizarla. Dinero no tenemos, pero le puedo pagar con cualquier favor que usted me pida.

Ande, ande, Hilaria, no se preocupe, le responde él. Tráigame esa niña pronto, ¿qué fecha le viene bien? En cuanto se mejore mi hija le digo, contesta Hilaria emocionada.

Al llegar a casa se lo cuenta a Pilar y ella se inquieta. A José no le va a gustar nada, dice. Pero es una protesta lánguida, casi inaudible, porque sabe que en realidad es la mejor decisión. Y porque no tiene

fuerzas para discutir. Hay que sobrevivir, le responde su madre. Ahora cumplir con los sacramentos es como un pasaporte. Como un certificado de buena conducta. Y no hay que arriesgarse. Yo la llevo a bautizar, no te preocupes. Tú descansa, insiste Hilaria, que se ha sentado a los pies de la cama.

Pilar de pronto reacciona. Eso sí que no, mamá. ¿Cómo no voy a ir al bautizo de mi propia hija? Hasta ahí podíamos llegar. Estoy harta de este encierro, me visto y me voy contigo.

Bueno, mujer, pero esperemos un poco. Y cuando llegue el día y el cura te pregunte el nombre de la niña, no le digas que es con hache por Homero. Dile solo Helena, que la hache no se ve cuando hablas, no vayas a estropearlo todo. Pilar sonríe. Claro, mamá.

Dos semanas después del parto, Pilar se empieza a sentir mejor. Avisa a don Belarmino de que vamos el sábado, le dice a Hilaria. Y cuando llega ese día, se arregla y se pone su mejor vestido. Está contenta. Tiene otra niña sana y hermosa. Todos están con salud. Y ese mensaje que guarda en el dobladillo de la cortina completa su sensación de bienestar. Se pone un poco de colonia de lavanda y luego se queda mirando el frasco. Aún tiene casi la mitad. Quién sabe cuándo podrá comprar otro. Pero hoy quiere perfumarse. Es el gran día de Helena.

Josito la ve ponerse los zapatos de tacón y se acerca a mirarla. ¡Mamá guapa!, dice, contemplándola, mientras Lina coge otro zapato y se lo pone de sombrero. Pilar se ríe. Hoy voy con vosotros al paseo, dice. Josito se pone a brincar de alegría. Nunca pensó Pilar que les iba a hacer tan felices ir juntos hasta la iglesia.

Hilaria pone a Lina en su coche y agarra a Josito de la mano. Tú ya caminas bien, así que vienes a pie, sé bueno. El niño sigue correteando y saltando. ¡A la calle!, grita, ¡paseo, paseo! Helena acaba de tomar el pecho y hace burbujas con la boca en su cuna. Enseguida llegan Pablo Salvador y Flora, que serán los padrinos. Ya sabes que siempre estoy para las buenas causas, dice la matrona con una gran sonrisa. Pablo se ha puesto el traje del domingo. Y Josito y Lina se le suben encima porque quieren jugar con él.

Cuando llegan a la iglesia, el cura está ya esperándolos. ¿Cuál es el nombre?, pregunta. Helena, contesta Pilar. Luego les consulta a los padrinos si están dispuestos a ayudar a educar al bebé en la fe. Sí, padre, responden los dos a un tiempo. Don Belarmino lee unas líneas de la Biblia, bendice el agua y la vierte tres veces sobre la cabeza de la niña: yo te bautizo, Helena, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

¡Yo también quiero!, grita Josito de pronto, celoso. El sacerdote se queda desconcertado, y mira a las dos mujeres. Qué hago, dice, el niño también se quiere bautizar. Pilar está aturdida, siente como si estuviera viviendo una vida que no es la suya. Mira a su madre, y las dos asienten enseguida con la cabeza. Se llama José, padre. ¿José a secas? Pues sí, dice Pilar, mientras Hilaria la mira de reojo, vigilando que no suelte lo de Espartaco. Entonces don Belarmino aúpa a Josito sobre la pila y le vierte también el agua: yo te bautizo, José, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Josito ríe mientras el agua le escurre por los pelos mojados y por la cara, y saca la lengua para chupar lo que le gotea. Pilar sonríe al verlo. Ahora los mirarán mejor, piensa. Tiene razón mamá. No cuesta nada cuidar las apariencias, lo importante es salir adelante. Qué

daño les puede hacer a estos niños un poco de agua bendita. Mira embelesada a los pequeños, que parecen asombrados con todo ese ritual. A continuación, don Belarmino alza a Lina. A ver tú, pequeña, ¿cómo te llamas? Se llama como su madre, dice enseguida Hilaria, y mira de reojo otra vez a Pilar, que sonríe y calla.

Entonces el sacerdote repite la operación: yo te bautizo, Pilar, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. La pequeña se toma peor el susto del agua y se pone a llorar. Es que es andaluza, dice la madre. Nació en Jaén, le gusta el calorcito, don Belarmino.

Pablo está un poco aturdido. Tres ahijados de un golpe, le dice por lo bajo a Flora. Después Hilaria saca del bolso un saquito de arroz y se lo da a don Belarmino. Padre, para los pobres. Gracias, Hilaria, responde él. Id en paz.

Al salir de la iglesia bajan por la Rúa para volver a casa. Son apenas unos minutos. Flora y Pablo van delante, con los mayores. Pilar va detrás, más despacio, junto a Hilaria y con Helena en brazos. Está exultante y quiere disfrutar cada segundo de ese paseo cortísimo. Es una tarde llena de luz y siente en el rostro ese sol suave de octubre. No recuerda cuál fue el último día que tuvo esa sensación. Se detiene un instante a contemplar a Helena, que ha vuelto a dormirse. Mira, mamá, ni se ha enterado de que le han mojado la cabecita. Hilaria sonríe. Ninguna de las dos se da cuenta de que en ese momento un grupo de hombres pasa a su lado, pero oyen claramente una voz.

—Mira, la mujer del rojo. Ya parió.

Ellas se vuelven sobrecogidas y ven a una cuadrilla de camisas azules. Aceleran el paso y en un momento llegan todos a casa. Allí toman agua de manzanilla y un poco de pan bizcochado con

mermelada de mora. Mi especialidad, dice Hilaria. Cuando se acabe, se acabó. Cualquiera sale a buscar moras por ahí en estos tiempos. Ni se te ocurra, responde Flora, mientras muerde una de esas rodajas de pan. A saber qué te encuentras por esos caminos.

Al día siguiente, en cuanto se levantan, las dos mujeres se ocupan del desayuno de los niños. Pilar amamanta a Helena, mientras Hilaria da a los otros dos una papilla de leche aguada con galletas. Después, aún en bata, ambas se sientan a desayunar un poco de café y pan solo. De pronto se oyen fuertes golpes en la puerta. Las dos mujeres se miran, estremecidas. Josito corre hacia allí: ¡papá, papá! Luego se oyen golpes más fuertes, como de patadas. El niño se calla y se queda como petrificado. Hilaria lo toma en volandas y se lo lleva a su habitación, que ahora comparte también con Lina. Aquí, quietecitos y callados, les dice en voz baja. Que tenemos una visita importante. Pilar, con Helena aún en brazos, se acerca ya a abrir y se encuentra a los mismos falangistas de aquella vez.

Venimos a llevarte con nosotros, dice el que los otros llamaban Vicente. Tienen que tomarte declaración. Pilar se queda lívida. Hilaria también está demudada. Pero cómo nos hacéis esto, responde. ¿No veis que mi hija acaba de dar a luz? No se preocupe, es solo una declaración. Son órdenes, insiste Vicente.

Pilar también interviene, con una voz casi inaudible: pero es que estoy amamantando a la niña, tiene solo días. No me puedo separar de ella, depende totalmente de mí. Pues llévala también, mujer, responde el falangista. No creo que tardemos más de un par de horas en volver a traerte aquí.

Hilaria y Pilar se miran otra vez, sin saber qué hacer. Los otros dos permanecen detrás. El del bigotito tiene los brazos en jarras, y al pequeño le cuelga un pitillo del labio. ¿Por qué no me lleváis a mí, que sé lo mismo que ella?, dice entonces Hilaria. Y más adelante, lleváis a Pilar. Ha perdido mucha sangre, el médico le ha indicado que se quede en cama todo el tiempo. Ayer salimos solo para bautizar a la pequeña.

¡No insista más, coño!, grita Vicente, impacientándose. ¡Nos la llevamos a ella, y basta! En el cuarto de Hilaria rompe a llorar Lina, y Josito se asoma a la puerta para ver lo que pasa. Luego se acerca y se abraza a la cadera de su madre. Pero ¿cómo te has salido del cuarto, Josito?, le pregunta su abuela. ¡Ya está bien de escenitas, cojones!, dice Vicente. Cinco minutos os damos.

Hilaria vuela a la cocina a preparar un par de biberones, mientras Pilar se va a su alcoba con Helena. Deja a la niña en la cuna, se viste rápidamente y abre el armario para escoger una manta y unos pañales. Josito se acerca y pregunta con voz quejumbrosa: mamá, ¿adónde vas? Me voy con estos señores a firmar unos papeles, hijo. Vengo enseguida, no te preocupes. Pilar tiene la voz temblorosa, no puede disimular los nervios. Entonces Josito empieza a llorar y los falangistas gritan. ¡Venga, deprisa, joder! ¡Estamos tardando mucho! ¡Menos teatro, coño, que es solo una declaración!

Las mujeres se abrazan. Cuídame a los niños, mamá, vuelvo pronto. Claro, hija, te espero a cenar. Hilaria habla con un hilo de voz. Piensa ahora en Marcelo, en Alfredo, en Audelino. En todos los que se han llevado y que aún no se sabe dónde están. No puede creerse lo que está pasando. Se queda como congelada ante la puerta abierta, mientras se escuchan los pasos de la cuadrilla

bajando por la escalera con Pilar y Helena. No tiene fuerzas para asomarse a la ventana.

Pronto se oye el ruido de un motor y de un vehículo que arranca. Luego ya siente los rumores que tiene más cerca. Porque Lina y Josito siguen llorando, por más que ellas han intentado mantener la calma. El teatro, sí. Para que no se den cuenta de lo que está pasando. Pero claro, cómo no se van a dar cuenta. Así que se va a su cuarto y se tumba sobre la cama. Los niños se le posan encima como dos mariposas, y ella se pone a tararear ese romance que a ellos les gusta: «madrugaba el conde Olinos, mañanita de San Juan… a dar agua a su caballo, a las orillas del mar…».

Pasa así un buen rato, hasta que ellos se tranquilizan. A ver, niños, dice entonces, tengo que preparar la comida. Venid a ayudarme, para que luego le contemos a mamá lo bien que os habéis portado. Ellos ya están más calmados y obedecen, dóciles. Mientras, las campanadas de la iglesia van marcando las horas, y ya dan las siete, las ocho, las nueve… Josito corre a la ventana de cuando en cuando y mira el lugar por donde le dijeron que se fue su padre. El mismo por el que ahora se ha ido su madre. Luego se sienta en el suelo y se queda ahí, muy quieto, a esperar.

12

Una muñeca de trapo y lana

En cuanto amanece, Hilaria se pone en marcha. No ha pegado ojo en toda la noche. Prepara el desayuno para los tres y luego se ducha y se viste. El espejo del baño le devuelve su imagen. Cuánto ha envejecido durante los últimos meses. En el rostro se le marcan los huesos de los pómulos como nunca antes, pero no es solo eso. Están esas ojeras negras. Y esas arrugas en las mejillas, como surcos labrados sobre la tierra seca por una estación sin lluvia. Entonces suspira. Cuánto suspiras últimamente, mamá, le diría Pilar si estuviera ahí cerca.

Hilaria baña y viste después a los pequeños y los acomoda juntos en el cochecito, aunque estén apretados. Para que no se cansen. Y se van todos rumbo al cuartel de Falange. No tiene ninguna intención de separarse de ellos. Son lo único que le queda en el mundo. Aunque andar por esas calles con los niños la inquieta. Su imaginación se ha vuelto sombría. En fin, lo importante ahora es encontrar a Pilar.

En la puerta del cuartel se encuentra con un joven alto y desgarbado que al verla la llama por su nombre: ¡doña Hilaria!, ¿se acuerda de mí? Claro que sí, hijo, estás igual que siempre, ¿cómo

está tu madre?, le responde ella, sorprendida ante ese rostro conocido. Le da rabia no recordar su nombre, pero él no parece notarlo. Bien, doña Hilaria, bien, todos bien, dentro de lo que hay. Yo sé a qué viene usted aquí, pero su hija ya no está. Se la han llevado. Créame que me pesa decirle esto, pero así están las cosas. Sé que la mandaron a la cárcel de Zamora. Supongo que la juzgarán.

Hilaria se santigua. Ay, Jesús, dice, pues allá voy. Tiene una fuerte opresión en el pecho, pero sabe que no puede desahogarse. Maestra, usted no puede ir allí, le dice el soldado. No se admiten visitas, es una tontería que vaya. Yo la entiendo, y no sabe cuánto lo siento, pero esas son las normas.

Ella reacciona muy seria: pero ¿cómo no me van a dejar verla, Ernesto, si soy su madre? De pronto ha recordado su nombre, le ha venido a los labios solo, así, sin darse cuenta. Ernesto, el más flacucho de la clase y el más tímido. No entiende qué está haciendo en ese cuartel. Salvar la vida, se supone.

Que no la dejan, maestra, insiste el muchacho, créame. Ni a usted ni a nadie. Y cuando la llama maestra, no puede evitar esa intimidad que da la infancia compartida. Y estar viendo ahí a aquella mujer que lo amparaba porque era pequeñito y los otros niños se reían de él. Enano, le decían, pequeñajo. Ella le ponía las manos en los hombros, y él no sabía cómo, pero lograba que lo dejaran en paz. Qué sabéis vosotros, decía, qué sabéis si no será el más alto de todos, y además todos somos iguales ante Dios. Maestra, voy a entrar otra vez, dice ahora. A ver si le dan un pase para que pueda viajar allí sin problema. Es lo único que puedo conseguir, con un poco de suerte. Espere un momento.

Hilaria asiente y él entra al cuartel. Ella se sienta en un banco de piedra que ve allí cerca, baja del coche a Josito para que corra un poco, y les da a los dos unos trozos de pan para que mordisqueen. Al cabo de unos veinte minutos aparece Ernesto con una cuartilla donde figuran unas líneas mecanografiadas, dos firmas y un sello. Aquí está, maestra, le deseo buena suerte. Ella toma el papel y se queda mirándolo un momento con tristeza. Malos tiempos estos, maestra, usted me entiende, hay que sobrevivir. O estoy aquí o estoy bajo tierra. Es verdad, dice ella, hay que sobrevivir. Gracias, hijo, que Dios te guarde.

Después regresa a casa haciendo rodar despacio el cochecito por las aceras. Intenta fingir calma y canturrea para que Lina deje de lloriquear:

Estaba el señor don Gato
sentadito en su tejado,
marramamiau miau miau,
sentadito en su tejado…

Josito la sigue con su media lengua:

… que si quiere ser casado
con una gatita parda,
marramamiau miau miau,
con una pinta en el rabo…

Los dos niños se van tranquilizando, y la abuela sigue cantando para calmarse ella también. El camino se le hace eterno, porque no

ve el momento de poner rumbo a Zamora. Cómo no van a dejar que visite a su hija y a su nieta. Cómo no van a dejar que Pilar vea a sus propios hijos. En qué mente cabe eso, en qué corazón. Luego se queda pensando en Helena, tan pequeñita. Es delicada como una cereza o una flor diminuta. Qué será de ella.

El viaje en autobús es largo, de casi dos horas. Por fortuna los niños van adormilados por el runrún del motor y no se quejan. Al llegar allí, Hilaria se encuentra la ciudad muy cambiada. Las calles están llenas de retratos de Hitler, José Antonio y Mussolini. Sus nombres también son distintos. Ahora se llaman Sanjurjo, Calvo Sotelo, Primo de Rivera. Y todo está lleno de falangistas. No sabe cómo llegar a la cárcel, y va preguntando a la gente. Resulta que está bastante céntrica y se puede ir a pie.

Por el camino piensa en el sinsentido de que una anciana tenga que hacer ese viaje con dos pequeños. Y en el sinsentido de haberse convertido en otra maldita. Porque al día siguiente de la detención de Pilar, cuando fue a la tienda de siempre a comprar leche para los niños, le dijeron que no había. Ella se quedó perpleja, porque estaba viendo dos latas de leche condensada colocadas en la estantería. Y solo le quedaba callar, llegar a casa, calentar agua y hacerse una infusión de azahar. Mientras aún le quedara azahar. Siempre estaba el recurso de llamar a Pablo, que a veces le hacía la compra, y con él no tenían tantos remilgos.

Cuando al fin llegan a la Prisión Provincial de Zamora, Hilaria muestra su salvoconducto y pregunta por Pilar. Quiere visitarla. Entonces el vigilante entra en la oficina, se demora y luego vuelve a su lado. Sí, su hija está aquí, pero no puede verla. No se admiten visitas a los presos, está prohibido. Hilaria hace una mueca de

cansancio. No esperaba otra cosa, en realidad. ¿Puedo dejarle algo, comida, a su nombre?, pregunta. Le he traído algunas cosas que va a necesitar. Tiene un bebé de pocos días, ¿comprende? El hombre se queda mirándola y mira también el cochecito. Puede dejar lo que quiera, dice. Pero no creo que se lo den.

Ella se queda sin saber qué hacer. Entonces saca una servilleta, mete dentro una hogaza de pan y una lata de leche condensada y lo ata todo con un nudo. Luego se quita el chal de lana que lleva sobre los hombros y envuelve con él ese hato, con más nudos. Aquí tiene, dice al fin. Yo tengo fe en la bondad de la gente, soldado. Y ya ve usted que solo es pan, leche y abrigo. Así que tengo la esperanza de que se lo haga llegar a mi hija. Lo dice con la voz vibrante. Sabe que su fuerza es poca y que debe aguantar. Sabe también que los niños la están mirando. Que están pendientes de ella. Y debe ser fuerte. Sonreír. Ser amable. Es la única manera de que pueda ocurrir algo. De conquistar un poco a ese soldado. No depende de mí, señora, pero lo intento, dice el guardia. Ahora debe usted irse.

Hilaria murmura una despedida y gira el cochecito para volver a la estación de autobuses. Siente una rara paz. Sabe que Pilar y Helena están ahí, detrás de esos muros. Es decir, que están vivas. En ese momento eso es bastante para serenarla, y solo queda rezar y esperar un milagro. Y cuidar a esos pequeños que ya son lo único que da sentido a sus días. Debe vender lo que sea para poder conseguir más leche, azúcar y harina. Reducir a escamas cada pastilla de jabón para que dure, porque hay que lavar muchos pañales. Saludar con el brazo en alto para que estén todos tranquilos. Para que no sospechen de ella. Vender al fin la Singer, eso dará para comer muchos días. Vender también el tresillo y la

mesa del salón. Así tendrán más espacio los niños para jugar. Hacerles biberones con infusiones calentitas, que eso engaña el hambre. Y vender el gramófono, porque queda la radio. Pero luego vender la radio también, porque ya no suena música apenas. Solo hay malas noticias que dicen ahora que los rebeldes han roto el cerco miliciano de Oviedo.

Así pasan los meses, y el frío va avanzando en las calles y también en las casas. Y llega Fin de Año y también el día de Reyes. Hilaria hace tiempo que tiene escondido en el armario algún juguete de los tiempos de la escuelita. Y ya les puede decir a sus nietos: esta noche van a venir los Reyes Magos, por la mañana veremos qué nos han traído. Lina no comprende, pero Josito sí, y está nervioso y contento.

Esa madrugada ella se levanta como un duende. Y prepara, en medio del salón vacío, aquel tren de madera con tres vagoncitos que guardaba para cuando él fuera mayor. Un tren que tiene una campanilla y muchos colores y que lo vuelve loco de alegría. Y para Lina está esa muñeca de trapo con pelo de lana amarilla y un vestido de flores rosadas. ¡No tiene dedos!, dice Josito al verla. Hilaria se ríe con la ocurrencia. ¡La muñeca no tiene dedos!, repite Josito. Pero Lina está feliz y la abraza. Y la pone sobre uno de los vagones para que su hermano la pasee por aquel salón que no es grande, pero para ellos es inmenso, porque son tan pequeños…

Y la memoria

Francia
1937-1939

13

Hombre que camina solo

La distancia es una herida larga que cosemos con palabras sin cesar. Para que no duela. Para no desangrarnos. Y qué otra cosa son los recuerdos, sino ese amasijo de palabras que hilamos y deshilamos sobre la herida. Eso va pensando Almoina mientras camina de noche a orillas del Nive, o por las avenidas que van a dar al Adour. Es en ese tejido de sílabas donde nos arrebujamos para guarecernos del frío. De la soledad también. Pero es un tejido áspero, espinoso como una zarza. Eso piensa mientras escucha el sonido de sus propios pasos, rítmicos y presurosos, en mitad de la noche. Avanzan sin cesar, hacia ninguna parte. Buscan el cansancio. El agotamiento que calme el nerviosismo. La impaciencia. La desesperación.

Ahí en Bayona, como antes en Santander, vuelve a ser aquel hombre que caminaba solo, interminablemente, en las madrugadas de otras ciudades. En la cadena de destierros que ahora lo empuja por esa ciudad extraña que dos ríos dividen en tres pedazos. Como España, se dice. Rota en tres pedazos por dos ríos de muertos. Solo que en Bayona hay puentes. Puede ir y venir tranquilamente entre la Grand Bayonne y la Petit Bayonne, y de ahí a Saint-Esprit. Pero el puente del regreso a casa está roto desde hace tiempo. Desde aquel

lunes de su partida, que quedó a sus espaldas como una puerta condenada sin previo aviso. Ya han pasado muchos meses. Un verano entero y todo el otoño, y casi todo el invierno. Y no puede dejar de pensar en la nebulosa de aquel día convulso. En aquella necesidad de creer que la situación estaba controlada. Que solo era una asonada más, como la del año treinta y dos. Cosa de horas. O de días.

Piensa ahora en aquella instrucción de ir a León, a informar de los sucesos de Zamora y a pedir ayuda. Sin saber aún que León ya estaba en manos de los rebeldes. Y recuerda el llanto y las quejas de Pilar. Nos veremos pronto, meniña, le decía él para animarla. Después fue el abrazo apretado, y enseguida el avance de aquel tren atestado de mineros enloquecidos de furia. Y sentir cómo luego se multiplicaba el horror de aquella pesadilla, porque iban de cabeza hacia una boca de lobo. Los esperaba la Guardia Civil comandada por el general Bosch, y los recibían con ametralladoras. Los mineros se defendieron como pudieron, con dinamita y fusiles, y muchos se replegaron a Villablino. Y allí estaba él, atrapado en esa encerrona.

Lo recuerda todo como el hundimiento en una ciénaga. Como la caída en un pozo sin fondo. Y de pronto, en Villablino, una súbita luz. El timbre de una voz familiar. La silueta del amigo que emergía de entre aquella multitud desordenada. Furiosa. Enfervorecida. Ahí estaba Alfredo Nistal, el jefe de Correos de Zamora. El compañero de tantos encuentros en las reuniones federales. Y en las otras, las secretas, también. El hermano Nistal. El mismo de siempre. Su figura delgada, quijotesca, y aquella frente ancha que llevaba una tormenta dentro. Y esa elegancia suya. Los lentes redondos de pasta. La eterna pajarita al cuello. El bigote bien acicalado, que en

las siguientes semanas dejaría paso a una barba canosa y selvática. Porque la columna minera regresó a Asturias pero no ellos, que con un puñado de compañeros se quedaron ocultos en esos montes para vigilar el paso. Le parece estar viendo aún la fronda sombría de aquellos hayedos y robledales. Y aquellos tejos altísimos, oscuros como ese río Nive que de pronto empieza a reverberar. Porque ya está amaneciendo, y sus aguas parpadean sembradas de luces. Y ese breve momento es como un pequeño milagro cotidiano.

Piensa mucho en aquellas semanas en la montaña. Y en su vida de vagabundos allí. Los recuerdos eran entonces lo único que le daba fuerzas para seguir adelante. Como le ocurre ahora. Los recuerdos de tantas pequeñas cosas. Los pasos torpes de Josito por el pasillo de casa. Y ese empeño en meter los dedos en los enchufes que lo sobresaltaba a cada momento. La calma de Lina cuando se le dormía en brazos, y él se quedaba embobado mirando esas pestañitas como los mínimos estambres de una flor. El arrastrar de pies de Hilaria, con sus zapatillas mullidas y sigilosas. Y los ojos de Pilar como dos luminarias que lo llenaban todo. Se empeña en recordarlos así, tal y como los dejó. En pensar que ese infierno es algo ajeno a ellos. Que entre las paredes de su casa, en la Rúa, los suyos vivirán en una especie de hibernación. A la espera de que esa guerra termine. Pero lo asaltan mil temores. Se cuentan cosas terribles. Y además, de qué vivirán cuando se les acaben los ahorros. Intenta no pensar en eso. Debe tranquilizarse. De momento ha salvado el pellejo. Aunque se siente culpable por eso mismo, por la buena estrella que le ha regalado esa rara sobrevida.

Mientras deambula por los alrededores del río escucha el parloteo de los pájaros en esas horas tranquilas del alba. Y su cabeza vuelve

a aquel peregrinar por los montes de León, como ánimas en un purgatorio. Toda aquella belleza selvática de robles y tejos, toda aquella umbría húmeda de valles y barrancos, de acebos y helechos, los resguardaban como un útero. Su única conexión con el mundo era aquel pastor de pocas palabras, Celestino, que de cuando en cuando les traía víveres y alguna noticia. Por él supieron que sus nombres estaban en busca y captura. Que todo eran ya delaciones y traiciones.

Recuerda también a menudo el día que apareció allí de pronto, con una camioneta, aquel anarquista que quería sumarse a ellos. Teófilo se llamaba, y el caso es que no iba solo. Había secuestrado a punta de fusil a las mujeres de algunos guardias civiles y también a sus hijos. Los llevaba en el vehículo, atados de pies y manos. ¡Aquí traigo rehenes para la causa!, gritó muy serio al bajarse. Nistal puso el grito en el cielo al ver a aquellos niños llorando junto a sus madres. Pero ¡hombre, qué has hecho!, le dijo, ¡te has pasado! ¿Cómo que me he pasado? ¿Y ellos no?, respondió Teófilo. Vete a tomar por culo, burguesito de los cojones. ¡Lo que me faltaba!

Aún no sabía Nistal que a Ausencia, su mujer, la habían detenido con cuatro de sus cinco hijas. Y que esos rehenes le iban a permitir recobrarlas. Teófilo se convirtió entonces en el héroe de la montaña. Quién nos iba a decir que te íbamos a deber tanto, le repetía luego Nistal. Hasta Almoina recuperó por un rato el humor. El colmo de un anarquista es llamarse Teófilo, le dijo. ¿Y por qué?, le contestó él, con su voz aguardentosa. Porque tu nombre significa en griego «el amigo de Dios», le respondió Almoina burlón. El hombre se quedó un poco perplejo. Pues así se llamaba mi padre. Y mi abuelo. Y el

padre de mi abuelo. Ellos son mis dioses, compañero, le respondió mientras limpiaba impasible su fusil.

Almoina se sienta en un banco de piedra frente al Nive. Y se queda mirando esas casas que ahora se reflejan en el agua, con la algarabía de colores de sus ventanas. Rojas y verdes sobre todo, pero también blancas, azules y turquesas. Le gusta Bayona, con esos edificios tatuados de tablas de madera. Y el verde esmeralda de sus ríos. Le recuerda esa mirada líquida que quiere volver a ver. Pero debe distraerse. No pensar en esa herida. En esa cárcava abierta en mitad del pecho. En todas esas preguntas y dudas que lo asaltan. Y piensa de nuevo en la buena fortuna que tuvo de salvar el pellejo en aquel tren minero. Y de encontrarse en Villablino con Nistal. Y con Juan Garrido, también del servicio de Correos de Zamora.

Durante aquellos días en la montaña, los tres se fueron convirtiendo poco a poco en desconocidos hasta para sí mismos. Ya eran solo unos vagabundos con los zapatos embarrados y la ropa sucia y polvorienta. Y con el forro interior de la chaqueta lleno de papeles de periódico, para que la humedad no les calara. No parecían muy distintos de los pastores que a veces se encontraban. Con la diferencia de que ellos no sabían defenderse allí.

En las noches sin fuego hablaban y hablaban, muy agrupados, para entretener las horas y burlar el frío. Y Nistal recordaba todo el tiempo sus días en la cárcel de Astorga, donde estuvo preso hasta la amnistía del año treinta y seis. La falta de tabaco lo tenía nervioso, y jugaba con ramitas que a veces se llevaba a la boca, como si fueran

cigarrillos. Hablaba compulsivamente, y Almoina se daba cuenta de que estaba tocado. Igual que él.

Su angustia y sus insomnios eran los mismos. Y también la tortura interior. El obsesivo revisar cada paso dado. Cada error cometido. Y esa ausencia dolorosa de la familia. Andaban siempre juntos, y también Juan, más silencioso. Se turnaban con aquel puñado de proscritos para vigilar los pasos de la cordillera. Pero desde que supo que a la familia de Nistal la apresaron para hacerlo volver, Almoina solo pensaba en salir de allí. Y en cuanto pudo se sumó con Juan a una comitiva de evacuados rumbo a Santander. Le llevó varios días y noches atravesar aquellos valles entre picos que parecían vértebras de roca viva. Pero lo arrastraba la obsesión de recuperar a los suyos.

14

Un cuarto con olor a mar

Cuando recuerda sus días en Santander se le atropellan las sensaciones en la memoria. De un lado, las tensiones que se encontró al llegar. Las sospechas. Las preguntas. La atmósfera crispada. De otro lado, su cuarto en la residencia de refugiados y su ventana al mar. En esa residencia se hospedaba también Juan Garrido. Y aquella muchacha vasca, Mirentxu, que solía sumarse al café de la tarde. Una estudiante de Filosofía a la que el golpe había sorprendido de veraneo en Asturias. Y que desde que la evacuaron trabajaba para *El Cantábrico* como tipógrafa.

Pronto llegó su reincorporación al trabajo, en el servicio de Correos de allí. Y la instrucción de presidir uno de los tribunales populares creados por Galarza, para prevenir casos como el asalto anarquista a la cárcel Modelo. Le fastidió aquel encargo. Y no hablaron de otra cosa en el café de la sobremesa, alrededor de aquel infiernillo lentísimo.

—Claro que quiero ayudar, pero ¿quién soy yo para juzgar a nadie?

—Pues a mí me parece buena idea ese invento de Galarza —dijo Mirentxu, que siempre andaba con un cigarrillo en la mano—. Esos

tribunales pueden acabar con las sacas de los que buscan venganza. Ya que no se puede contener la furia, al menos que la encarrilen por vías legales.

—Yo no creo que sirva para nada —la interrumpió Juan, escéptico —. La violencia es ya un incendio incontrolable.

—Bueno, yo creo que sí es útil, aunque no me guste participar. — Almoina servía ya el café en tres vasitos de peltre—. Galarza siempre fue listísimo, aunque como orador deja mucho que desear. Yo siempre preferí a Quirino.

—Sí, pero mira cómo dio en el clavo con todo, Pepe. ¿Te acuerdas de su querella contra Juan March por contrabando y corrupción? Estaba obsesionado con atraparlo. Lo persiguió sin descanso desde la Fiscalía, pero el tipo se libró. Y a Franco lo hizo vigilar, pero también se libró. Y míralos ahora. Franco invadiéndonos desde África, gracias a los dineritos de Juan March, ¿qué te parece?

—Que sí, que es verdad, Galarza es listísimo. Pero no tiene esa sabiduría natural que tiene Quirino —insistió Almoina.

—Pero ¿te refieres a Quirino Salvadores?

—Claro que me refiero a él. Fue mi padrino de boda, además. Cuánto daría por darle un abrazo ahora.

Juan lo miró consternado.

—Pero ¿no lo sabes?

—¿Qué es lo que no sé? ¿Que desapareció?

—Bueno, que se dice que…

Almoina se removió nervioso y se le quebró la voz.

—Se dicen muchas cosas, pero no hay ninguna prueba de que lo hayan matado, ¿no? También se habrá dicho de nosotros y aquí

estamos. Yo necesito vivir con esperanza, Juan. No puedo más con tantos muertos.

Mirentxu entornó sus ojos miopes tras los lentes finos y volvió al tema de la conversación.

—Los Gobiernos extranjeros cómo nos van a apoyar. Si somos una jaula de grillos, cada cual con su barullo. Cómo fiarse de nosotros, mira lo que pasó en Paracuellos.

—Es la excepción —dijo Juan.

—No, no es la excepción. Hay muchas venganzas, reyertas sin sentido. Tenemos que ser autocríticos.

—Tal vez nos merecemos lo que tenemos —terció Almoina, cabizbajo—. Somos un país de bárbaros. Y de quijotes.

—¡Eso es injusto! —lo interrumpió ella—. Y por suerte llegaron las Brigadas, porque Europa nos dejó a los pies de los caballos. ¡Frente a una invasión extranjera, que lo ha dicho bien clarito Azaña! Toda la maquinaria de nazis y fascistas contra un ejército en camisa y alpargatas. Y con algunas armas prehistóricas.

A medida que hablaba, Mirentxu se iba encendiendo.

—¡No quieren que peligren sus inversiones, les importa un carajo lo demás!

—Mujer, no me acostumbro a oírte decir tanto taco —le dijo Juan.

—¡No me salgas con otro tema! ¿Qué diablos se creen que harán con un imperio alemán? ¿Es que no ven la que se les viene encima? Se creerán los ingleses que el Führer les va a devolver sus minas de hierro y de piritas. Con un lacito rosa. ¡Pedazo de imbéciles!

Entre esas tertulias se habían ido los largos días del otoño. Entre ellas y las gestiones para solicitar la reagrupación familiar. Almoina se había presentado en el comité local de la Cruz Roja nada más llegar a Santander. Allí se entrevistó con la responsable del tema, Anne Marie, que hablaba bien español, con un delicado acento francés. Debía de tener unos cuarenta años. O eso pensó al verla por primera vez. Y también que era una mujer atractiva, con esa melena castaña, lisa y muy corta, y sin nada de maquillaje.

Lo primero es escribirles, le dijo en cuanto él le contó su caso. Aquí tiene el formulario, solo puede incluir un máximo de quince palabras. Nosotros lo mandamos a la central de Valencia, y ellos lo cursan hacia la zona nacional. El servicio es lento, tardará semanas. Una vez localizada su familia, podremos comenzar el proceso de reunificación. Su caso está entre los absolutamente prioritarios. Los niños son nuestra mayor preocupación, y usted tiene tres muy pequeños.

Almoina rellenó nervioso aquel impreso y se despidió con un apretón de manos. Ya solo quedaba armarse de paciencia. Y resistir en medio de aquella incertidumbre. Pero las semanas y los meses pasaban sin ninguna noticia. Mientras, alrededor todo era desesperación y furia por las bombas. Los heridos. Los muertos.

Él compaginaba cada día la rutina del trabajo y las colas del racionamiento, donde conseguía unos días arroz y otros malta o lentejas. Luego se eternizaba para prepararse algo en su cuarto. En ese infiernillo que tenía tan poca fuerza, porque apenas había corriente. Juan acabó yéndose a vivir con unos tíos suyos, pero Mirentxu lo solía acompañar. Es seguro que los vas a encontrar, le repetía para animarlo. Conozco otros casos. Yo solo tengo a mis

padres y lo tengo difícil. Pero tú lo conseguirás, seguro. La esperanza es la única medicina para esta enfermedad que se llama guerra.

Eran como dos náufragos solitarios que se encontraban en la misma playa, y acabaron pasando muchas horas juntos. Y compartiendo las noticias y los periódicos que ella traía de la redacción cada día. Se turnaban para leerlas en voz alta en ese cuarto frío que daba al puerto y que siempre olía a mar, tumbados sobre una colcha raída. Y a veces se quedaban ahí dormidos por el cansancio, muy cerca el uno del otro. Porque los cuerpos buscaban el calor que tanto faltaba en ese invierno gélido.

Ella siempre se quedaba dormida antes, y a él le gustaba verla allí. Oír esa respiración densa lo hacía sentir menos solo. Y le hacía gracia su mohín cuando se despertaba de pronto y se ponía en pie de un salto para volver a su cuarto. Agur, Joseba, le decía soñolienta antes de desaparecer. Agur, Miguelona, le respondía él. La llamaba así porque siempre andaba con algún libro de Miguel de Unamuno en el bolsillo. Un buen escritor, pero demasiado ambiguo, ¿no crees?, le decía Almoina para provocarla. A veces parece que defiende una cosa y su contraria, a mí me da dolor de cabeza. Ella se ponía furiosa. ¡Joseba, no entiendes nada! La realidad no se puede traducir en blanco y negro. Están los grises, ¡los matices! Ese es el lugar de la conciliación, y tú más que nadie deberías saberlo, ¿no eras erasmista? Miguelona, le respondía él entonces, riéndose: tienes el mismo geniecillo que tu maestro.

Ahora, mientras baraja esos recuerdos desde Bayona, piensa también en la llegada, al fin, de aquella carta de la Cruz Roja. Se la entregó el conserje al llegar a la residencia, y él subió emocionado a su cuarto para leerla con calma. Recuerda bien su nerviosismo al rasgar el sobre. Y luego, aquella puñalada brutal. Leyó y releyó aquellas líneas muchas veces, incrédulo. Se ha intentado iniciar el procedimiento, decía allí Anne Marie. Pero su esposa y su hija recién nacida están presas en la cárcel de Zamora. Así que de momento no es posible la reunificación. No se desanime. Sepa que hay un camino: el canje. Debe solicitarlo cuanto antes, es otro proceso distinto. Le animo mucho. Desde la Cruz Roja velamos por los niños de la guerra. Pilar y Helena están presas desde primeros de octubre. Incomunicadas. Le recomendamos que busque avales en el extranjero. Es algo que funciona. Los nacionales evitan la mala imagen ante el mundo. Deben reclamarlas desde el exterior. Busque nombres. No sabemos nada más.

Almoina se revolvió entonces como un animal herido. Sentía que la cabeza le quería estallar. Y cuando llegó Mirentxu se quedó sobrecogida al verlo. Le temblaban el cuerpo y los labios, y apenas se entendía su balbuceo. Lee, le dijo él al fin. Ella recorrió ensombrecida aquella carta. Joseba, puedes hacer como tu amigo Nistal, ¿no me contaste que consiguió un canje? Si él pudo, tú también. Almoina la escuchaba como ido, como si no entendiera sus palabras. Tenía los ojos húmedos. Los músculos de la cara contraídos. El entrecejo cruzado por un rictus repentino.

Sí, el canje, musitó al fin con un hilo de voz. Pero Nistal tenía al bendito Teófilo y su camioneta llena de rehenes. Pues busquemos esos avales que te piden, respondió Mirentxu. Almoina no parecía

escuchar y seguía hundido en un pozo oscuro. De pronto se echó a reír como un loco, y esa risa nerviosa resultaba grotesca en su rostro lloroso. Al menos me han confirmado que tengo una hija, dijo. Y que se llama Helena. Si es que está viva aún. La voz se le volvió a quebrar. Es que ni siquiera puedo saber si viven todavía, ¿entiendes? ¿Quién me puede garantizar nada?

La mañana avanza en Bayona y Almoina decide entrar en un bar a desayunar, porque empieza a sentirse desfallecido. Ahí sigue intentando ordenar sus ideas. Recordar todo otra vez. A veces tiene la sensación de que se está volviendo loco. Pero debe mantener la lucidez. Recordar cada detalle de ese tiempo sonámbulo, para completar así ese rompecabezas que ahora es un puro sinsentido.

Pronto tiene delante de él un café solo y un *croissant* reciente. Mira ese desayuno desganado, porque no se libra del nudo en el pecho. Y sigue sintiendo aquella actividad frenética en Santander como una nebulosa. O una alucinación, porque con tantas noches en blanco había perdido el sentido de la realidad y del tiempo. Solo recuerda ahora que los compañeros de allí se movilizaron para ayudarle. Que le consiguieron contactos. Y que entre ellos estaba Robert-Jean Longuet, un periodista parisino de mucha influencia y renombre. Almoina le escribió enseguida. Y él le respondió a vuelta de correo, sumándose a la causa. Pero Anne Marie decía que todo seguía difícil. Que los nacionales se resistían a liberar a Helena y Pilar. Que era como si hubiera una mano negra que estuviera bloqueando los trámites. Un nombre vino entonces a la mente de

Almoina. Cid, se dijo. Quién si no. Esas prisioneras eran su as en la manga. Su reclamo. Su trampa mortal para llegar hasta él.

Llevaba seis meses de distancia ya. Y solo tenía el goteo de palabras de la Cruz Roja. Mientras, había que sortear el vivir cotidiano en un Santander sitiado. La comida escaseaba por el bloqueo naval. Y los bombardeos sobre civiles eran constantes. La rabia entonces se volvió incontrolable. Y su trabajo en el tribunal se hizo más penoso que nunca. En especial el día que los milicianos mataron a los presos retenidos en un barco pesquero. Era la *hibris* desatada. Las mil furias de todas las guerras sedientas de sangre.

Pero no quiere pensar en eso. Solo hacer memoria del orden de los acontecimientos. Intentar comprender ese rompecabezas. Porque en esa nebulosa no recuerda cuándo llegó aquella notificación firmada por Álvarez del Vayo que lo destinaba a Francia. Se estaban reorganizando los consulados de allí. Estaban desbordados por el flujo de refugiados. Y buena parte de los diplomáticos y funcionarios se habían pasado al bando rebelde. Eso decía la carta. Se necesitaba personal cualificado y leal. Y él estaba entre los seleccionados.

Era una luz en medio de la noche. Y adivinaba detrás a su amigo Bernardo Giner. Su hermano Giner. Quién, si no, iba a conocerlo tanto como para hablar de su lealtad al Gobierno y su dominio de lenguas. Y proponer su nombre como cónsul en Burdeos. Eso le ayudaría sin duda a conseguir el canje y la reagrupación familiar. Aunque él no quería irse de Santander sin su familia. Tenía la sensación absurda de que si cruzaba la frontera sin ellos los perdería para siempre. Ahora Pilar era como una Eurídice enterrada en el peor de los infiernos. Tenía que sacarla de allí y no quería alejarse.

Pero sí, era como un milagro. Y no fue el único. Pronto llegó otro en la voz de Anne Marie, que lo citó un día de ese enero glacial para darle al fin una buena noticia. Siéntese y póngase cómodo, señor Almoina, le dijo sonriente. Cuando se encuentre con su esposa, por favor, escríbame para contármelo. Me hará muy feliz. Nos ha llevado casi cinco meses conseguir todo esto.

Almoina estaba aturdido por los nervios y los insomnios y le costaba concentrarse en sus palabras. Se había sentado sin quitarse la gabardina y estrujaba el sombrero entre sus manos. Póngase cómodo, señor Almoina, repitió ella. Tiene que firmarme unos cuantos papeles. Anne Marie hablaba despacio, con ese acento suave que tenía. Le inspiraba confianza, así que se fue relajando. De acuerdo, le respondió poniéndose en pie para quitarse la gabardina. Pero cuénteme todo.

Claro que sí, señor Almoina, le dijo ella con una sonrisa ancha. Pues le cuento que lo suyo está arreglado. Su familia será canjeada por otra de Valladolid. Viajarán todos a Bayona para la operación, los canjes se hacen siempre en territorio neutral.

Anne Marie iba desplegando en el escritorio las fichas de todos aquellos viajeros. Mire, de un lado están su mujer y su suegra, con los tres pequeños. Del otro está la familia de un tal Manuel Semprún, que está aquí, en Santander, retenida. ¿Sabe quién es él? Sí, claro, respondió Almoina enseguida. Hasta donde yo sé, era el jefe de Renovación Española en Valladolid.

En efecto. Ese es. Semprún está casado con Carmen Fernández-Laza, la dueña del palacio de Ontaneda en Cantabria. Cuando estalló el golpe, su hija Carmen estaba ahí pasando unos días con su tía y

con el marido y los dos niños de ella. Total: cinco personas. Fueron detenidos por un comando de milicianos.

Eso me suena un poco, la interrumpió Almoina. Sí, es común, respondió ella. El caso es que quieren pasarse a la zona nacional, claro. Ustedes también son cinco. Además, no hay ningún cargo contra nadie. Almoina hizo entonces un gesto con las manos y miró al cielo.

Ya, ya sé que todo es escandaloso, siguió Anne Marie. Y trágico. Pero hablo de razones legales. Y este es el planteamiento: José Almoina, nuevo cónsul de Burdeos, sin antecedentes ni cargos y con todos los documentos en regla, reclama formalmente desde Francia, con el apoyo de avales internacionales, a su esposa, sus tres niños y su madre política.

Su madre política, repitió Almoina como un eco. Qué bonito dirían eso los franceses. *Belle-mère.* Bella madre. *Oui, belle-mère,* respondió Anne Marie sonriendo, y luego siguió de nuevo en su castellano de suave acento francés: del otro lado, Manuel Semprún, exconcejal del Ayuntamiento de Valladolid y jefe regional de Renovación Española, sin antecedentes ni cargos y también con los avales pertinentes, reclama a su hija Carmen y a cuatro miembros de su familia política. La comitiva de la Cruz Roja saldrá para Bayona en el vapor Sil el veinticinco de febrero. Ya verá allí a cuántas familias hemos logrado ayudar. En el barco viajarán infinidad de niños. En su caso, el canje está previsto que sea en el Consulado de Cuba, en cuanto lleguen sus familiares a Bayona.

Almoina la escuchaba reconcentrado. Anne Marie, le dijo con preocupación, no me fío de esa gente. Nadie me ha garantizado que Pilar esté viva. ¿No podemos pedir una carta de su puño y letra

donde diga que ella y la niña están bien? Me parece razonable, señor Almoina. La pediremos, descuide, respondió ella tomando nota.

Los días que pasaron hasta la fecha señalada para el viaje se le hicieron eternos. Pero llegó al fin, y Almoina se presentó puntualmente en el puerto de Santander con su breve equipaje para embarcar en el Sil. Allí esperaban ya muchos viajeros, sobre todo mujeres con niños pequeños. Los acompañaban miembros de la Cruz Roja y también guardias de asalto vestidos de paisano.

Antes de zarpar, el sobrecargo leyó en voz alta la lista de pasajeros. Nombraba solo a los adultos, como si los niños, que eran multitud, fueran muñecos o fardos: María del Diestro, cinco niños… Filomena García, dos niños… Pilar Marín, seis niños… Jesusa Chacel, siete niños… Él entonces intentó imaginar el barco que desde algún puerto de la zona franquista llevaba la otra mitad de esas familias rotas. Al oír el nombre de los Fernández-Laza con dos niños se quedó mirándolos. Y se fijó igualmente en esa muchacha llamada Carmen Semprún. Tal vez ella también se fijó en él, pero no se dijeron nada.

La travesía duró varias horas. Hacía mucho frío en cubierta, aunque el hacinamiento ayudaba a soportarlo. Almoina miraba a esos niños y se distraía intentando contarlos mentalmente. Pero cuando llegaba a cuarenta o cincuenta tenía que volver a empezar, porque no paraban de moverse. Otras veces miraba hacia popa, hacia el enorme puerto de Santander. Él ya no estaría allí cuando

cayera en manos de la legión italiana, se dice mientras rememora todo en ese café de Bayona.

Recuerda también a Mirentxu, y esa complicidad suya que le alivió la soledad de esos meses. La última noche, en la despedida, apenas hablaron. Se dieron un abrazo estrecho y luego ella le rozó los labios con sus dedos finos. No me lo pongas difícil, le dijo él, un poco aturdido. Mirentxu se rio, mostrando sus paletas montadas, que le daban un aire travieso. Voy a echar de menos este cuarto y este olor a mar, añadió Almoina. Tus rizos también, Miguelona. Ella se rio otra vez. Joseba, ojalá volvamos a vernos, escríbeme cuando llegues. Pero no le hables a ella de mí, no va a entender. Y otra cosa. Para nuestra próxima vida, espérame soltero, ¿vale? Él le pellizcó la mejilla: bueno, pero no fumes tanto para entonces o acabarás conmigo.

Almoina deja unas monedas sobre la mesa y sale de la cafetería sin haber probado apenas su desayuno. Está como ido, y sus pasos lo siguen llevando sin rumbo por la ciudad con su tictaqueo incesante. Tac. Tac. Tac. Como un pálpito que le recuerda que está vivo. Que no es una fantasmagoría. Un alma en pena condenada a vagar por esas avenidas. A mirar una y mil veces el movimiento del río. ¿Qué está ocurriendo? ¿Por qué pasan las semanas sin noticias sobre el canje? Mientras espera, cumple tareas temporales en la Cámara de Comercio. Y cada día al salir se dirige al consulado cubano, en busca de alguna mínima información. Pero sigue sin saberse nada. Pilar continúa retenida, y él está cada día más desesperado. Ha llegado ya la primavera, con sus cielos turbulentos. Y el corazón se le anega

con mil preguntas. Se siente encerrado en un tiempo estancado y asfixiante. Y solo puede pensar en todo lo perdido. No cesa de llover, y solo tiene eso. Lluvia, soledad y una avenida vacía junto al río.

15

De nuevo abril

Es ya mediodía y Almoina se encuentra aún en su despacho, entre papeles, cuando suena el teléfono. Al otro lado de la línea se oye luminosa la voz del cónsul de Cuba: por fin buenas noticias, señor Almoina. El corazón le da un brinco y apenas logra balbucear: ¿ya? ¿Cómo…? Venga aquí y hablamos, responde la voz rasgada del cónsul.

Almoina agarra la gabardina y el sombrero y sale disparado de la Cámara de Comercio, que da a los muelles. Ya en la calle, se echa a correr como un loco hacia el consulado, el corazón al galope, sin apenas sentir la llovizna que lo está empapando entero. Porque lleva aún la gabardina y el sombrero en la mano, como si los segundos necesarios para detenerse a ponérselos fueran un derroche imperdonable en ese momento decisivo. Cuando llega a la legación cubana, mojado y jadeante, lo hacen pasar directamente al despacho del cónsul, que lo espera sonriente y fumando un puro.

—Siéntese, señor Almoina —le dice con la suavidad de su acento antillano—. Y respire, que está sin resuello.

—Cuéntemelo todo, por favor —musita él.

—De acuerdo, pero beba un poco de agua, hombre. —El cónsul le llena un vaso con una jarra que tiene sobre la mesa—. Su mujer y su hija Helena llegan el próximo sábado por la mañana. Por supuesto, con sus otros dos hijos y la abuela, como estaba acordado.

—¿Y eso es todo? —Almoina tiene hambre de noticias, necesita más detalles para poder creerse la buena nueva—. ¿Cómo vendrán? ¿Quién los va a recoger?

—Tranquilo, que todo está bajo control —responde el cónsul—. Pasarán a Francia en avión. Hay que evitar el peligro de los bombardeos a los trenes. El mismo sábado por la tarde, a las ocho, está previsto el canje en nuestra oficina. Habrá servicios de seguridad que escolten a los rehenes de ambas partes. Y representantes de la Cruz Roja Internacional. Después de las debidas diligencias y firmas, se procederá a la liberación de las dos familias por parte de los respectivos custodios. Usted no puede estar presente en el proceso, ni tampoco el señor Semprún. Pero no será largo, y puede esperar en otra sala de este consulado. Luego los llevaremos directamente a su casa. Seguro que los suyos estarán agotados después de un viaje tan largo.

Almoina siente su cerebro como si fuera de corcho y apenas se puede concentrar en lo que le están diciendo. La lluvia y las lágrimas se confunden en su rostro y no alcanza a articular palabra.

—No sé cómo agradecerle tanto —dice al fin.

—Al contrario, soy yo el agradecido por poder colaborar en esta causa. Créame. Es de los pocos momentos bonitos que pueden vivirse en medio de esta crisis.

Tras la despedida, Almoina vuelve a casa caminando muy despacio. De pronto siente un cansancio de siglos en todo el cuerpo.

Cómo alivia este orballo, piensa. Como si tuviera el corazón a flor de piel, quemando, y esa lluvia fina resbalara sobre él para calmarlo. Siempre pensó que cuando llegara la noticia se pondría a saltar de alegría. Y claro que está feliz. Pero ha pasado demasiado tiempo. Y la espera se ha convertido en una carcoma que hace que le duelan hasta los huesos. Así que esa rara felicidad se traduce en otra cosa. En una especie de embriaguez o sopor que le hace sentir muy pesados los párpados. Será el orballo, vuelve a decirse. Debe concentrarse, hay mucho que hacer. Tiene que acomodar la casa para que estén todos a gusto.

Su vida ha dado un vuelco, y ahora volverá a llenarse de voces familiares. ¿Lo reconocerán los niños después de tanto tiempo? ¿Y cómo será ver por primera vez a su hija de siete meses? De Pilar solo ha recibido aquella carta manuscrita que él pidió, donde le decía que se encontraba bien. Y que ya estaban fuera de la prisión ella y la niña. Era una carta anodina, obviamente escribía bajo vigilancia. Pero era su letra inconfundible, y su firma. Siente tantas ganas de verla como miedo de encontrarla devastada por lo ocurrido.

Cuando llega a casa, vuelve a hacer el mismo cálculo mental que ha hecho cada noche hasta ese día, organizando los dos dormitorios. Uno de ellos tiene dos camas, ahí pueden acomodarse Hilaria, Lina y Josito. El otro dormitorio es la alcoba principal. Tiene una cama grande y una cuna para Helena, se la ha prestado una empleada del consulado. Le ha llevado también sábanas y mantas, y ropa para el bebé. Cómo sois las mujeres, le dijo Almoina cuando vio aquello, todas lleváis una madre dentro.

La llovizna sigue cayendo, y le parece que esas horas que faltan se le van a hacer más largas que los últimos meses. Debe

mantenerse ocupado, y lo primero es salir de inmediato a comprar comida. Se quita la ropa mojada y abre el armario para buscar algo seco. Dentro hay unas pocas mudas, prendas de segunda mano que consiguió en Santander, porque de la montaña llegó con lo puesto. Se pone un jersey y un pantalón cómodo y sale a la calle haciendo una lista mental. Leche, lo primero. Y galletas. Ah, y chocolate. Es una de las especialidades de Bayona. Nunca lo ha probado, pero tiene fama de ser bueno. Y también el jamón. Es un día especial, hay que celebrar ese milagro del reencuentro. Comprará también una botella de vino. Y pan, por supuesto. Eso será suficiente para los primeros momentos.

Luego mira su reloj. Parece detenido, y Almoina se desespera. ¿Qué hacer? Hojea periódicos sin concentrarse en nada y después pone la radio en una emisora que dedica bastante espacio a la guerra de España. Al final se acuesta temprano, pero no puede pegar ojo en toda la noche. En cuanto dormita un poco, vuelven las pesadillas de esos días. Sueña que el avión está retenido. Que llegan los niños y la abuela, pero Pilar sigue de rehén. O que han tenido que cruzar a pie los Pirineos y se les ha perdido la pista. Se despierta sofocado. Mira el reloj de la mesita de noche y vuelve a cerrar los ojos. Tiene todos los miedos, también en la vigilia. Miedos absurdos. Miedo a morirse esa noche y no poder alcanzar ese momento que tanto ha soñado.

La mañana del sábado la pasa recorriendo nervioso las orillas del Nive. Escuchando una vez más el tictaqueo de sus pies. Tac. Tac. Tac. Jugando a que también ellos recorren el tiempo con ochenta y

cinco segundos por minuto, al ritmo de su reloj interior. Y un rato antes de la hora convenida se presenta en el consulado, adonde ya ha llegado la representante de Cruz Roja.

Poco después ve desde la ventana cómo llegan los dos vehículos. Primero, el que trae a la familia Semprún, que se queda estacionado con sus pasajeros dentro. El otro vehículo tarda más de media hora en aparecer, y también se queda estacionado. Esa ha sido la media hora más larga de toda su vida, se dice Almoina. El cónsul entra y sale de la habitación para ver cómo sigue. Él también está nervioso y no para de fumar. ¿Quiere un habano?, le pregunta. No, gracias, responde él, pensando que ya le gustaría poder fumar. Poder calmarse con algo en ese momento.

Lo intenta con sus paseos, y repite su tictaqueo de un lado a otro frente al ventanal. Tac. Tac. Tac. Finalmente, ve desde allí cómo un secretario hace entrar al consulado a la familia de Semprún. Y cómo luego vuelve a salir para acompañar a los que vienen en el segundo vehículo. Cuando abre la puerta de atrás, Almoina posa las manos y la frente sobre los cristales. Como si quisiera apurar al máximo esa distancia entre él y su familia. Del auto sale primero Hilaria, vestida de oscuro y con Lina de la mano. Luego se baja Josito. El corazón de Almoina late muy deprisa. Entonces el conductor desciende del auto, abre la otra puerta y le extiende la mano a Pilar, que sale con Helena en brazos, arrebujada en una manta. A la niña no puede verla desde arriba, y el corazón le late ya a todo galope. Le duele mucho la cabeza y está congestionado. Pero reprime las lágrimas, no quiere que los niños lo vean llorar.

Poco a poco todos van entrando al consulado con paso lento. Parecen entumecidos, tal vez por el cansancio del viaje. O por la

lluvia. Primero los llevan a la sala donde está Almoina, para los reconocimientos y firmas de rigor. En cuanto entran, Josito grita ¡papá! y corre a abrazarlo a la altura de la cadera. A Almoina le emociona ver que aún lo recuerda. Pone las manos sobre su cabecita, no se atreve a alzarlo. No quiere que sienta sus nervios, su temblor. No quiere que lo vea llorar, porque las lágrimas empiezan ya a brotar por más que intenta controlarlas.

Entonces busca con los ojos a Pilar, que lo mira fijamente, con una mirada que le resulta desconocida. Como si lo mirara desde el otro lado de la muerte. Tiene la intensidad de siempre, pero hay en ella una dureza que la hace distinta. Está muy delgada y tiene ojeras oscuras alrededor de los ojos. Ese contraste los hace parecer casi transparentes. Ella levanta un poco la manta que envuelve a la niña para que el padre pueda ver bien su carita. Helena está despierta y él comprueba que tiene los mismos ojos grandes de la madre. Mientras, Hilaria, que había tomado en brazos a Lina para tranquilizarla, la deja con cuidado en el suelo. La niña se abraza con timidez a la pierna de su abuela, extrañada ante toda esa gente. Almoina se fija en el rostro de su suegra. Tiene la mirada como perdida y aparenta veinte años más que la última vez que la vio.

Los papeleos y firmas son lentos. Todo debe hacerse con la máxima atención: la lectura de las condiciones, las firmas de los implicados. Los canjes son algo secreto pero frecuente esos días, eso le dice el cónsul. Una gestión casi rutinaria, en ese lugar neutral de la frontera. Aunque todo está cambiando. Porque los del bando rebelde empiezan a acusar a la Cruz Roja de espionaje y las cosas se están poniendo difíciles. Y en una hora más, casi sin creérselo, Almoina ya se encuentra en casa, contemplándolos a todos.

—Meniña meiga —le dice a Pilar, que sigue con Helena en brazos —, qué flaquita estás, ahora sí que pareces una lagartija. Si fueras una perdiz, no habría nada para comer. Helena, en cambio, está gordita.

—Sigo dándole el pecho. —Pilar sonríe al fin—. Y la naturaleza es sabia.

Vuelve a hacerse el silencio. A todos les faltan las palabras para ese momento que han esperado tanto. Están como vaciados. Como flotando en ese espacio que les resulta ajeno. Lina y Josito empiezan a explorar el apartamento y ya llenan el aire con sus voces cantarinas. Y el equipaje permanece amontonado junto a la puerta de entrada. Hilaria se sienta en un sillón y se queda contemplando la luz que entra por la ventana. Sigue como ida. Almoina la mira extrañado y no dice nada. Él y Pilar se sientan en el sofá.

—Déjame tener a Helena un rato, pitusa. —Almoina ya está tomando a la niña en brazos—. Y tú, quiero que me cuentes todo. Cuando prefieras, poco a poco, pero que me cuentes todo.

—Claro, pero no sabría ni por dónde empezar. Y no me apetece mucho recordar nada ahora.

—Bueno, ya vas improvisando. De momento hay que cenar, estaréis hambrientos.

Almoina le entrega a Helena con cuidado y se dirige a la cocina. Vuelve con platos, vasos y cubiertos. Al oír ruido, los pequeños dejan de trotar y se posan sobre el regazo de Hilaria, atentos a lo que pasa. Almoina dispone sobre la mesa el pan, el jamón, la leche y el vino. Y todos se sientan a comer.

—Ya ves que hemos traído poco equipaje. —Pilar va repartiendo el pan y el jamón en los platos, ensimismada, y su voz tiene una

mezcla de cansancio y templanza—. Mamá vendió muchas cosas. Y de lo tuyo no hemos podido traer casi nada.

—Lo único importante es que estáis aquí —le responde Almoina sin dejar de mirarla—. Habéis tardado dos meses más de lo previsto. Creí que me iba a volver loco.

—Sí, yo también estaba desesperada. Aquella carta que te escribí diciendo que estábamos ya en casa, preparándonos para partir, la hice obligada. Seguía en prisión. Parece que les fastidió bastante tener que soltarnos. —Pilar levanta los ojos ahora y dedica una mirada apenada a José—: Parece que estaban ocupados con su pequeña venganza. Publicaron una orden de incautación de bienes contra ti. Y se llevaron todo lo tuyo. Hasta la Olivetti.

—Malditos cerdos —dice Almoina.

—¡Cerdos! —repite Josito abstraído.

Pilar sonríe un momento.

—Cuando se acuesten los niños te cuento más. Ya sé que son pequeños, pero Josito comprende mucho.

—No soy pequeño —salta Josito mientras mordisquea su pan—. Soy mediano.

Sus padres se cruzan una mirada cómplice. Hilaria sigue sentada en el sofá, mirando la ventana.

—Hemos traído solo ropa y también algunas sábanas y mantas. Y unos pocos libros que se salvaron, incluyendo el de Rosalía. —Pilar esboza una sonrisa.

—De nuestros amigos no he tenido ninguna noticia. —Almoina la mira fijamente y ella respira hondo.

—Ya te imaginarás que tengo que contarte cosas tristes. Pero poco a poco.

Helena se pone a lloriquear en ese momento y su madre se desabotona la camisa para darle el pecho. Almoina las mira con curiosidad. Hilaria ya ha descubierto la radio y juega con los diales. Y Lina y Josito revolotean a su alrededor.

—Mamá está totalmente trastornada, ya la ves —dice Pilar en voz muy baja—. Casi no habla, y a ratos se pone a llorar. Josito la cuida y la acaricia, como si fuera una muñeca. Apenas sale a la calle, está desorientada, se pierde en cualquier sitio. No sé si va a recuperarse de esto.

Ahora Helena se ha quedado dormida y Pilar la deja en brazos de su padre. Luego se levanta y va hacia las maletas. Saca dos pijamitas y, mientras se los pone a los pequeños, Almoina se queda mirando al bebé.

—¿Y mi madre no os ayudó? ¿No la llamasteis?

Pilar se queda un momento en silencio.

—Prefiero no hablar de eso —dice al fin—. No, no quiso ayudar. Supongo que tenía miedo. O quién sabe. Por cierto, nos pidió que te dijéramos que tus amigos Ferreiro y Castedo estaban… donde tu padre. Dijo que tú entenderías. —Almoina la mira desencajado y ella añade—: Eso es solo el principio.

16

El hueco del silencio

Ya es muy de noche, y por las ventanas solo entra el resplandor de las farolas y el sonido fugaz de algún automóvil. Después de acostar a Helena en su cuna, Pilar se deja caer sobre la colcha.

—Nunca imaginé que te pudieran detener, meniña.

Ella se vuelve hacia él y le pone la mano en la mejilla un momento. Luego se queda pensativa, con la mirada perdida.

—Ya cuando vinieron por ti, me advirtieron que volverían. Y después de dar a luz, regresaron. Nos llevaron a las dos al cuartel de la Guardia Civil. Allí me interrogaron.

Pilar se queda un momento mirando al vacío.

—Me preguntaron que dónde te escondías. Que quiénes eran tus amigos. Qué cuáles eran vuestros planes. Que por qué no nos habíamos casado por la Iglesia. Que por qué eras amigo de protestantes. Después me metieron en una camioneta con más gente y me llevaron a los cuarteles del Gobierno Civil de Zamora. Allí me encerraron sin más explicaciones.

Ahora se endereza, busca el vaso de agua que hay sobre la mesita de noche y bebe un poco.

—Sigue, meniña, creo que estoy preparado para todo lo que me quieras contar. Viéndote aquí, segura bajo este techo, me siento capaz de resistir cualquier cosa. Pero solo confírmame que te han respetado. He oído muchas barbaridades.

Ella aprieta los labios.

—Sí, ya sé a qué te refieres. Y no, no me tocaron. Helena fue mi talismán, respetaban a las lactantes. Pero sí, te han informado bien. No solo había sacas para fusilar. Había verdaderos sádicos ahí dentro. Déjame ir poco a poco. Además, quiero darme una ducha. Vuelvo ahora, vigila a la niña.

—Pero si está dormida.

—Bueno, pero cuídala. Ya sé que estoy obsesionada. Pero es mucho lo que ha pasado la pobrecita.

Almoina se queda mirando a Helena, que duerme hace rato. Pilar vuelve enseguida con los otros dos.

—Dadle a papá el beso de buenas noches.

Josito se sube a la cama.

—Dormimos aquí todos, mamá —dice mientras Lina ya se está metiendo entre las sábanas.

—Hoy no, cariño, otro día, que no podemos dejar a abu solita.

Los niños se quedan un rato remoloneando y al final obedecen. Pilar se los lleva y entonces se mete en el baño. Luego regresa ya en camisón y se acomoda bajo la manta. Ahora habla más bajito, casi en un susurro. Están solo alumbrados por la lámpara de la mesita de noche.

—¿Por dónde íbamos?

—Me hablabas de tu llegada a prisión.

—Pues eso, Helena me salvó. Eso era lo que te decía. A las madres con bebés nos dejaban en paz. Por lo demás, no sé si estás preparado para lo que te pueda contar.

Almoina se remueve, nervioso.

—Ya te he dicho que lo estoy, de verdad. Yo también he sabido cosas terribles. Me tocó estar en los tribunales populares. Y hay barbarie de nuestro lado también. Eso es doloroso, pero hay que reconocerlo.

La expresión de Pilar se endurece.

—Bueno, fueron los otros los que empezaron la guerra. ¿Quién puede controlar eso después? Si te matan a un hijo, o te violan a tu mujer, te vuelves loco. Es que yo también he sabido mucho. No te imaginas cuánto.

—Meniña, quiero que me digas qué se sabe de nuestros amigos. Es muy difícil tener noticias del otro lado. Aunque de las matanzas se habla en todas partes.

Pilar se queda pensativa.

—Pues… cómo empezar —balbucea—. Era extraño ver encerrada en la cárcel a gente como nosotros, ¿sabes? Quiero decir, gente honesta. Y los delincuentes fuera, claro. Los falangistas se multiplicaban como la mala hierba, no sé de dónde salían tantos. Ahí estaban, asaltando y saqueando viviendas y almacenes. Granjas, también. Eso se sabía. Imagínate la rabia de aquellos trabajadores. Y de los propietarios. Lo robaban todo. Iban en manada, gritando consignas. ¡Viva España! ¡Una, grande, libre! ¡Todo para la santa cruzada! Robaban dinero, ganado, enseres. Lo que fuera. Se lo repartían como corsarios. Ellos, que tanto defendían la propiedad privada frente a la reforma agraria. Les robaban hasta a los muertos.

O mataban para robar, también. Y luego presumían. En los casinos y en las casas de putas. ¿Y sabes cómo lo sé? Porque también había putas encerradas en la cárcel. A veces llegaban por denuncias entre ellas. Por riñas o venganzas. Y a veces las denunciaban ellos mismos, después de pasar la noche con alguna. Para no pagar. Estaban en otra celda pero las veíamos en el patio. Nos contaban cómo ellos iban a los burdeles a celebrar sus correrías y a emborracharse. Cómo se reían de los muertos y decían que ya habían encontrado la solución al paro obrero. Y se reían a carcajadas. Cómo jugaban a torearlas. O les dejaban orejas cortadas sobre la mesa, como si fueran toreros que salen victoriosos de la plaza. A ellas las sacaban enseguida de prisión. Pero muchas volvían pronto. Y nos contaban otra vez cómo a esos bárbaros les excitaba la violencia. Les calentaba todo eso. Golpear mujeres, arrancarles la ropa, arrastrarlas, sentir su fuerza sobre ellas. Violarlas en grupo. Marcarles el cuerpo con navajas. Romperlas como si fueran muñecas y nada más. Y no tenían apuro en mezclar todo eso con su parafernalia de crucifijos y banderas. Ni en comulgar luego en misa tranquilamente. Se divertían matando. Y dime: ¿para eso tantos siglos de catolicismo? Yo no pienso volver a pisar una iglesia en mi vida.

Almoina mira de reojo el despertador. Son ya las dos de la madrugada.

—¿Por qué no te duermes un rato, meniña? —le dice, acariciándole un mechón de pelo suelto sobre la almohada.

—No podría, estoy desvelada. Duerme tú.

—Cómo voy a dormir. Solo quiero mirarte y escucharte. Espera, voy a buscar el vino. Eso nos va a ayudar a dormir. Además nos dará

calor, que la noche está fría.

Cuando él sale, Pilar se acerca a la cuna y roza con los labios la frente de Helena para tomarle la temperatura. Almoina regresa enseguida con la botella y dos vasos. Los sirve y se acomoda bajo la manta.

—Bebe un poco, carita de liebre. Ya verás como esto nos sienta bien. Y cuéntame más, necesito que me cuentes más. Tengo una sensación que no sé explicarte. Es como si me hubieran robado un trozo de vosotros. Por eso quiero que me cuentes cosas. Llenar ese vacío. Pero dime siempre la verdad.

—La verdad —repite ella—. La verdad es que el cuerpo humano es algo casi milagroso. Es increíble lo que puede resistir. Toda la fuerza está en la cabeza. Yo necesitaba creer que saldría de allí. Por los niños, por ti, por mamá. Y cada mañana me sorprendía de seguir viva en esas condiciones de hambre y de frío. Sin colchón, sin manta, sin nada. Al llegar a la cárcel me metieron en una celda con unas cuarenta detenidas. Ese mismo día me llamaron para interrogarme otra vez. Y al siguiente. Y al otro. Que dónde estaban los archivos. Que dónde estabas tú. Que cómo os comunicabais. Luego te insultaban, repetían que eras un cobarde por haberme abandonado.

—¿Y tú qué decías?

—Yo respondía con monosílabos. Y daba gracias al cielo porque si no te encontraban era que estabas bien. Pero ellos insistían. Y de los pescozones no nos librábamos ninguna. Más de una se quedó medio sorda por los golpes. Sé por Abigail que cuando fueron a detener a Audelino también lo volvieron loco con preguntas sobre tu paradero. Estaban obsesionados con atraparte.

Almoina la abraza por la cintura y esconde la cara en su costado.

—Sigue —murmura con voz ronca.

—Bueno, qué más decirte. Pasamos allí el otoño y el invierno. Seis meses durmiendo en el suelo. Con la niña pegada al pecho, dándole calor. Dándonos calor las dos. Al principio pensaba que se me moría. Tenía los labios azulados, y la cara y las manos moradas. Estaba como entumecida. Apenas se movía y yo sentía su cuerpecito muy frío. No sabía qué hacer, creía que me iba a volver loca. Cuando le daba el pecho, se reanimaba un poco. Pero yo cada vez tenía menos leche, eso me aterraba. Para los bebés nos daban cada día un cuenco con leche de cabra aguada y fría, y no teníamos con qué calentarla. Yo recogía un sorbito en la boca y lo retenía mucho rato ahí para entibiarla. Luego se lo pasaba a la boquita de Helena, como si fuera un pajarillo. El caso es que la niña fue reaccionando y se acomodó a esa vida. Las otras presas la bautizaron como Miss Prisión. Mírala, ¿verdad que es bonita?

Almoina le toma la mano y permanece en silencio. Solo quiere seguir escuchando. Y tiene la sensación de que a ella también le hace bien sacar todo eso de dentro. Se vuelve a incorporar y sirve más vino en un vaso. Se lo ofrece a Pilar, que toma un buen trago. Después bebe él un sorbo, lo deja en la mesita de noche y vuelve a abrazarse a la cintura de ella, bajo la manta. Entonces esboza una caricia sobre su cadera. Ella se remueve, incómoda.

—Dame un poco de tiempo, amor. Necesito tiempo para olvidar aquello.

—Claro que sí, meniña.

Se quedan un rato callados. Ninguno de los dos habla, pero tampoco pueden dormirse. Pilar se incorpora y bebe un trago largo

de vino que la hace toser. Carraspea un poco y luego se acaba lo que queda en el vaso. Respira hondo y se decide a continuar.

—José, mataron a casi toda nuestra gente. —La voz de Pilar es otra vez extraña, grave, ronca—. Los fueron a buscar uno a uno. Ahora puedo hablar de eso, porque ya no me quedan lágrimas.

Almoina la escucha rígido, en silencio. Ella baja los ojos y continúa.

—La lista es muy larga. Fusilaron a Epifanio. Y a Ildefonso. Y a Villarino, el tipógrafo. También a Vitaliano. Y al marido de Leonor, Maniega, el panadero. A ella no, porque tenía un bebé. Pero sí a María Garea y su marido, Venancio, el sereno. Mamá me contó que un cura amigo logró que los sacaran de la fosa común y les dieran una sepultura digna. Los cuerpos estaban abrazados. Los reconocieron por el vestido de lunares de ella.

Pilar de pronto se vuelve hacia José.

—¿Te acuerdas de que Vitaliano hizo la crónica de nuestra boda para *El Heraldo de Zamora*? ¿Y que ahí nombraba a todos nuestros invitados?

—Claro que me acuerdo, cómo no me voy a acordar. ¿Por qué lo dices?

—Pues porque casi todos están muertos o presos. Incluso Modesto, el empleado de la farmacia. Y el dueño, Emilio, que colaboraba con vosotros en *El Pueblo*. Y el otro tipógrafo, Eutiquio, que no sé si llegaba a los dieciocho años. Es como si esa crónica hubiera sido el guion, la lista negra de los asesinos.

Pilar se detiene un momento y traga saliva. Luego añade con un hilo de voz:

—También mataron a Marcelo Carbajo, el poeta.

Al oír ese nombre, Almoina aprieta los labios. Esconde la cabeza en la almohada y ahoga un llanto convulso.

—Llora, que te hará bien —le dice Pilar, acariciándole la espalda—. A mí ya no me queda ninguna lágrima, estoy seca como un desierto. De momento se han salvado solo Alfredo y Leonor, la Pico de Oro, que estaban todavía presos cuando me fui. Y Audelino, que estaba ya fuera, pero bajo vigilancia.

Los dos se quedan en silencio otra vez, escuchando los ruidos de la calle, y caen en una especie de duermevela. A ella cualquier sonido la sobresalta. Y también las pesadillas. Almoina a ratos solloza con la cara contra la almohada. Siente una extraña culpa por haberse salvado. La noche se le hace densa, de plomo. Y la luz de la mañana encuentra tres cuerpos enroscados bajo la manta: Helena en brazos de Pilar, y Pilar en brazos de Almoina. Fuera se escucha a Lina y Josito, que acaban entrando en la alcoba de sus padres y encaramándose a la cama también. Se siente el olor del café, y el ruido de las tazas y los cubiertos que ya está poniendo Hilaria sobre la mesa. Helena despierta y empieza a parlotear, y la vida se impone sobre todos esos recuerdos que trajo la noche.

—Tienes que escribirlo —le dice de pronto Almoina a Pilar—. Lo que me has contado, tienes que escribirlo. Hay que hacer saber al mundo lo que está pasando en España, meniña. Hay que denunciarlo a los cuatro vientos, porque de todo eso aquí no se sabe nada. Podrías hacer una declaración formal en el consulado, para que se difunda.

Pilar lo mira seria un momento.

—De acuerdo, pero aún me quedan cosas por contar —responde al fin.

—Bueno, voy a solicitar una cita en el consulado para tu declaración. Y también voy a preparar un artículo para *El Cantábrico* con tu historia. Colaboro con ellos hace tiempo. Tengo un contacto allí, una amiga que conocí en Santander. Y me ha confirmado que les interesa publicarlo.

—¿Una amiga?

Pilar lo mira inquisitiva, y Almoina desvía el tema.

—Dime si estás segura de hacer esa acusación pública. Es una responsabilidad para ti firmarla.

—Estoy decidida. Si me metieron presa sin haber hecho nada, de qué sirve tener cuidado por lo que pueda hacer.

Al día siguiente se presentan por la tarde en el consulado español. Los recibe Gloria, la secretaria, una mujer afable que los lleva al despacho del cónsul. Allí se instala ante una máquina de escribir y Pilar se sienta frente a ella. En un momento ya está hablando lenta, sosegadamente, para que Gloria pueda ir transcribiendo todo. Almoina y el cónsul se sientan detrás a escuchar.

El tiempo allí se me hacía eterno, comienza Pilar. Pero le encontré un sentido. Y era memorizar los nombres para poder contarlo. Creo que todas hacíamos lo mismo. Teníamos que ser capaces de hablar de los muertos, si lográbamos salir. Contarles a sus familias cualquier cosa que pudiera aliviarlas. Y creo que los peores momentos de mi estancia en la cárcel fueron las primeras noches, porque fue cuando mataron a la mayoría de nuestros amigos. Primero los encerraban en la celda de al lado, que era la capilla donde se decían las misas y también la sala de los interrogatorios. Nosotras oíamos todo

claramente. El ruido de los látigos. Los cuerpos contra las paredes. Los insultos de los carceleros. Los gritos de los condenados. La lista de los fusilados a lo largo de esos días es muy larga.

Ahora Pilar le pide a Gloria que la deje a ella teclear los nombres y apellidos, para no tener que andar deletreando. Luego vuelve a su asiento y sigue hablando: quisiera también recordar a mis compañeras de celda. Para que nadie las olvide. Empiezo por Herminia de San Lázaro, casada y muy joven. Estaba acusada de haber ayudado a echar al Duero la estatua del inquisidor Diego de Deza. Esto ocurrió hace años. El mismo día que la detuvieron se la llevaron al cementerio. También quiero recordar a dos hermanas adolescentes, Magdalena y Angelita Flechoso. Eran dos crías. Habían asistido al entierro de un amigo asesinado. Eso ocurrió hace mucho, antes de la guerra. Murieron abrazadas. Y al mes llegó la orden de ponerlas en libertad.

El cónsul fuma silencioso en su butaca, y Almoina se ha levantado y tiene el rostro pegado al cristal de la ventana. La declaración es como un zumbido que le va taladrando por dentro y le nubla los ojos y el pensamiento. Quiere que acabe ya. Que todo acabe ya. La declaración, la guerra, las malas noticias. A través de esa ventana ve un cielo turbio. Está a punto de romper a llover. El ambiente está plomizo, eléctrico. Siente así los ojos, la cabeza que quiere estallar.

Las palabras de Pilar siguen rodando en el aire durante mucho tiempo. Gloria aparta la máquina de escribir y coge un lápiz y un cuaderno. Se la ve cansada, pero no se detiene tampoco. Y ahora sigue transcribiendo taquigráficamente, para que no se le escape nada. Ya voy acabando, le dice Pilar.

A muchas madres, novias, esposas, hijas o hermanas de perseguidos las fusilaron cuando no conseguían atraparlos a ellos. Y hubo además casos de sadismo, sobre todo por parte de dos pistoleros. Eran asesinos a sueldo, cobraban por matar. Uno era Martín Mariscal, jefe de Falange y funcionario de Correos. Pilar se vuelve ahora y mira a Almoina. Lo conozco, musita él, asintiendo. Ella vuelve a mirar a Gloria y sigue: era el jefe de los verdugos. El otro era Segundo Viloria, un abogado bastante conocido en Zamora. Sacaba a las más jóvenes y bonitas para darles palizas y forzarlas. Disfrutaba con eso. Luego las devolvía a la celda. Llegaban lívidas y ensangrentadas. Y él volvía a buscarlas otro día. Y otro. Hasta que acababa con ellas y buscaba nuevos cuerpos. De esas víctimas no voy a dar los nombres, por no añadir una humillación pública a su dolor.

Pilar sigue hablando todavía mucho rato, mientras Gloria toma nota, concentrada. Antes de acabar, dice finalmente, quiero dar los nombres de otras dos mujeres asesinadas con las que tuve más relación. Una de ellas es Teresa Adán, la esposa de un periodista madrileño. Una mujer inteligente y culta, que sobrellevó todo con una serenidad admirable. La otra es Amparo Barayón, la mujer de Ramón J. Sender, el escritor. Pilar se vuelve de nuevo hacia Almoina, que asiente con un gesto grave. Con ella compartí muchas horas, sigue diciendo. Amparo no tenía ninguna duda de que estaba allí por culpa de su cuñado, que era jefe de los requetés. Le quitaron a su hija, Andreína, y la volvieron loca en los interrogatorios. Luego la mataron. Todo esto es solo una muestra de lo que pasó en Zamora. Lo que yo vi y escuché allí dentro durante casi siete meses. Lo que

vi fuera, al salir, no era mejor. Quiero que mi testimonio sirva para recordar a las víctimas y señalar a los culpables.

Cuando Pilar se detiene, se vuelve otra vez. Almoina tiene el rostro congestionado y los labios apretados. El cónsul sigue fumando, en silencio. La secretaria se compromete a hacerles llegar una versión en limpio de toda la declaración. Luego se despiden. Llaman a Hilaria para confirmar que todo está bien en casa y se van a almorzar a un café cercano, porque se ha hecho tarde.

Nunca me perdonaré la desgracia que te he traído, que os he traído a todos, dice Almoina cuando se sientan en una de las mesas. No hables así, José. Si te hubieras quedado, los dos estaríamos muertos, como Venancio y María Garea. Y nuestros hijos, en algún orfanato. Míralo así.

Al llegar a casa por la tarde y abrir la puerta, se encuentran a Hilaria sentada en el sofá, con Lina y Josito posados sobre ella. Y a Helena dormitando en su cuna. Hilaria tiene la mirada extraviada, y en la radio suena una canción melancólica de Tino Rossi: «*ecris-moi, ne m'abandonne pas… qu'il est lourd le silence…*». Pilar pasa al dormitorio y se deja caer sobre el colchón. Está muy seria. Te hará bien una siesta, le dice Almoina, que la mira con preocupación. ¿Qué te pasa, pitusa?

Pues es que pensé que me aliviaría sacarme todo eso de dentro, pero no, responde ella. Creo que nunca voy a poder librarme de aquellas voces. Los gritos, los pasos fuera, el ruido de aquellas llaves. Pero no quiero volver sobre eso. Siento como si el pasado

fuera un mundo carbonizado. Todavía quema. Y para qué volver, si ya no hay nada ahí más que ceniza.

A Pilar le empiezan a brotar al fin las lágrimas. Le caen en goterones lentos por los lados de la cara hacia el pelo derramado en la almohada. ¿Sabes?, cuando llovía, entraba la lluvia por las ventanas y se hacían charcos en el suelo. Me gustaba verla, era lo único limpio que había allí dentro. Y pensaba en ti. La lluvia siempre me recuerda a ti.

Almoina se acomoda junto a ella y le acaricia el vientre. No deberíamos traer más hijos a este mundo en llamas, meniña, habrá que tener cuidado. Sí, ya lo he pensado, responde Pilar. Sin embargo, los niños nos han salvado a las dos. A mamá y a mí. Esa es la verdad.

17

La ciudad de los mascarones

Josito lloró mucho al ver vaciarse la casa de Bayona, igual que le pasó en Alcaudete. Se agarró al cabecero de la cama y gritó que no, que no se iba. Lina lo miraba en silencio y se escondía entre las cuatro patas de una silla, muy quieta, como si allí fuera invisible. Su hermano se desgañitaba y soltaba gruesos lagrimones, le daba pánico hacer ese nuevo viaje. Abandonar esa calma recién conquistada. Helena al oírlo lloraba también, y Lina acabó imitándolos. Así que se hizo difícil abandonar el apartamento.

El llanto se va apaciguando durante las horas de tren, pero vuelve de noche, cuando llegan a su residencia bordelesa, en el número tres de la rue de Mandron. Allí está el consulado y también, en el piso alto, el apartamento que ocuparán hasta la llegada del nuevo cónsul. Josito no soporta que su madre o su padre desaparezcan ni siquiera para ir al baño. Teme que no regresen y anda como un gato pegado a las piernas de los mayores, controlando que no se vayan muy lejos.

Durante los primeros días, Almoina se intenta acomodar a esa oficina poco a poco, mientras se sitúa en la ciudad. El edificio está en pleno centro. Y la vivienda tiene tres ventanas a la calle que la

inundan de luz. Las oficinas ocupan toda la planta baja y su arquitectura interior es bastante caprichosa, casi no tiene dos paredes paralelas. En la entrada hay una especie de sala de espera con sillas, y en el fondo un ventanal que da a un patio de luces. Allí se eternizan improvisadas tertulias por las tardes, mientras llega un lento goteo de refugiados que vienen de la misma guerra y buscan amparo y papeles. A ambos lados de esa sala de espera hay dos oficinas de base pentagonal, con una ventana a la calle. La de la izquierda es la que le corresponde como cónsul, y tiene junto a ella un pequeño cuarto de baño y una sala grande para reuniones. En la oficina de la derecha trabaja el personal administrativo. Y a su lado hay un cuarto pequeño lleno de estanterías con los archivos del consulado.

Desde su llegada a Burdeos, Almoina ha recuperado la vieja costumbre de pasear solo. Cada tarde, para despejarse, cruza las seis o siete manzanas que lo llevan hasta los muelles, junto al Garona. Y desde allí recorre la ribera de ese río que tiene, como el Miño, forma de hoz. O de media luna. La ciudad de Montaigne y de Montesquieu, piensa al llegar. Quién iba a decirle que acabaría ahí, frente a esa arquitectura grandiosa, poblada de mascarones que parecen ángeles custodios. Y frente a ese puerto majestuoso. Un puerto extraño porque no huele a mar. Y que vive ensimismado entre el agua del río y el de esa lluvia que tapiza de verdín las piedras.

En sus paseos se empeña en dar toda la vuelta a la place de la Bourse y a la place des Quinconces. Busca cansarse, serenarse,

mientras oye aún por dentro las voces de los amigos perdidos. Camina durante horas. Y contempla esos tonos dorados de los balcones que roban luz al sol en medio de la lluvia. O el verde que resbala por las esculturas, las aceras y el zócalo de las casas, y también por los bancos y las estatuas. Burdeos es más hermosa que lo que nunca imaginó para la última morada de Goya, al que le parece ver de pronto ahí. En su propio destierro. Pintando guillotinas y soñando, como él, con volver.

Ahora que tiene todo lo que deseó durante esos meses, ocurre que se sigue sintiendo vacío y melancólico. Tal vez por esa lluvia interminable que golpea las ventanas de la oficina y de la casa. Él abre de par en par el balcón, para sentir cómo las gotas bajan de los canalones y tintinean en los charcos. Ese reverbero de agua y luz lo baña todo. Y también un gris envolvente que le recuerda a su tierra natal. Pero su mundo se limita ahora a ese modesto espacio de la rue de Mandron. Ahí, en el piso alto, está todo lo que le importa en la vida. Y mientras trabaja en la oficina le gusta sentir arriba los pasos y correteos que le recuerdan esas presencias.

Su nueva vida tiene también otros protagonistas. Son los refugiados que cada día visitan el consulado. No buscan solo una mínima ayuda económica o legalizar su situación. Necesitan también hablar su propio idioma en ese país extraño que los acoge. Encontrar afecto, compañía. Contar su historia al fondo de esa sala central del consulado, junto al ventanal, al borde de su luz. Con las sillas allí apelotonadas al más puro estilo patrio. Desordenado y próximo. Propiciando el abrazo. La intimidad. La palmada en la espalda. También la confidencia. El susurro. La lágrima.

Geneviève, la secretaria, les ha llevado una mesita con una jarra de agua y algunos vasos y ceniceros. Y también Hilaria les lleva a veces unos trozos de bizcocho recién horneado. Mamá, ya estás volviendo a ser tú, le dice Pilar. Necesitas estar pendiente de los demás. No sé si es bueno para ti, pero tienes un corazón como una plaza de toros.

Hilaria no le hace ni caso y sigue manejando sus instrumentos de cocina. Esa es la música que más le gusta. La de los platos, calderos y cucharas en danza hasta que nace una obra, la que sea, torrijas o galletas o mermeladas, para poder compartirlas con los otros. Y los tertulianos, sabedores de los secretos de ese rincón del ventanal, se quedan allí hasta que se cierra la oficina. Hablando. Escuchando. Consolando. Compartiendo.

Cada día, muy temprano, Almoina se encierra en su despacho a trabajar. Ya le han indicado desde el Ministerio de Estado cuál es la comisión oficial que se le encomienda. Consiste en poner orden en esos libros de contabilidad caóticos. Porque el cónsul saliente ha sido acusado de irregularidades en las cuentas de la delegación. Además, el goteo de refugiados pidiendo ayuda es constante. Y hay que estudiar cada caso, firmar órdenes de pago, levantar acta de todo.

En las últimas horas de la tarde, la luz que llega a la cristalera es más tenue, más íntima. Almoina trabaja entonces en el cuartito del archivo. Revuelve carpetas y legajos en busca de documentos para su informe. Ya se acerca el final de la jornada, pero siempre hay quienes se quedan ahí al lado, disfrutando de ese momento de conversación, de desahogo. Entre ellos están algunos visitantes,

además del personal del consulado, Geneviève y Antonio. También Pilar, que los ayuda en las excursiones por las farmacias, tiendas y mercados de Burdeos. En busca de los mejores precios para esos lotes de ropa o medicamentos que de tanto en tanto hay que conseguir. Ahora es ya muy tarde y solo van quedando algunas sombras y voces en ese rincón. Almoina las escucha mientras sigue ordenando el archivo.

—Ver tantos muertos y no tener ya lágrimas para llorarlos —se oye decir a una voz masculina—. Eso es la guerra. Quedarte como sordo y ciego, como un árbol hueco, cuando ves a una mujer que trae sábanas para contener heridas, porque no puede creerse que ese hombre tirado sobre un charco de sangre está muerto. Le limpia la cara y tú ves que no es un hombre, sino un muchacho, casi un niño. Que la posición de su cuerpo es la de alguien que duerme. Como si no fuera suya toda esa sangre. Y entonces te preguntas cómo coño hemos podido llegar a esto.

—No sé cuál fue nuestro pecado para merecer este castigo —dice un hombre muy viejo.

—Nos habíamos librado de la guerra del catorce, y todo se paga —responde una voz femenina.

—Y encima están esas enfermedades que trae la guerra —se oye ahora otra voz de mujer—. Porque yo he trabajado en hospitales y sé de qué hablo. Y he tenido que pasar los Pirineos a pie y no sabéis lo que he visto. Tifus, difteria, tuberculosis. Y el miedo en los huesos. Los nervios destrozados. Y tener metidas en los tímpanos las sirenas de las ambulancias. Y todo ese paisaje de heridos y mutilados. Y no encontrar otra cosa que esas canciones de guerra

para consolarte. Para animarte. Para imaginar que las cosas se van a arreglar. Para no pensar en el hambre y el frío.

—Yo también estuve ayudando en un hospital —dice entonces una muchacha muy joven—. Leía libros a los ciegos. O a los que tenían los ojos vendados. Y también ayudé cosiendo ropa para milicianos. Pero en cuanto pude, salí de allí. Dirán que soy una cobarde, pero yo no inventé esta guerra. Y no podía más con ese infierno.

—Ayer estuvo aquí un refugiado del Batallón Azaña —comenta luego la voz de Pilar—. Se llamaba Graciliano y había estado en el frente de Teruel. Se le habían congelado los pies por el frío y la nieve. Decía que se había subido a un camión de voluntarios solo por estar con sus amigos y sin idea de nada y que luego se convenció. Querían ser héroes. Era muy joven. Decía que todo el mundo necesita una razón para vivir y que él la había encontrado allí. Aunque hubiera perdido un pedazo de cada pie.

La pequeña tertulia se va convirtiendo en una costumbre cotidiana que también le da sentido al tiempo, mientras sigue el compás de las noticias de la guerra.

La misión de inspeccionar las cuentas del cónsul Fernández ya está cumplida. Pero Almoina se sigue encerrando en el cuarto del archivo para ordenar también ese caos. Ese rincón de legajos viejos le despierta al historiador que lleva dentro. Y llega un día en que Pilar tiene que ir a buscarlo porque no ha salido ni para cenar. Se lo encuentra rodeado de papeles polvorientos, y él ni siquiera levanta los ojos al sentirla ahí. Pero qué haces, José, le dice. Es tardísimo.

Él entonces la mira y sonríe con cara de alucinado. Es que no te puedes ni imaginar lo que he encontrado, meniña. ¡Un tesoro! Almoina habla exaltado. ¡La correspondencia sobre la peripecia de los huesos de Goya! ¡La exhumación de su cadáver! Cenad vosotros, que yo me quedo aquí.

Pero, hombre, qué prisa tienes, le responde Pilar, que está cansada de esperarlo. Él la mira implorante y ella decide irse para no estropearle el momento.

Al cabo de una hora vuelve a bajar, con un bocadillo y una manzana. Almoina sigue en el mismo lugar, bajo la bombilla encendida. Leyendo esos papeles y más calmado. Come algo, José, le dice.

Luego, mujer, que no quiero manchar el expediente. Tengo que conseguir una cámara para fotografiarlo entero. Quiero escribir sobre esto algún día, aquí está encerrado todo el misterio sobre la muerte de Goya.

Pues cuéntame algo a mí, José, que ya me está picando la curiosidad. Almoina se recuesta en el respaldo de la silla y la mira con los ojos brillantes, como extraviado. Bueno, pues no sabría cómo empezar. Pero todo parece un destino español. Goya vino huyendo de las persecuciones ordenadas por el rey y secundadas por sus apostólicos. Por aquel entonces mataron o encarcelaron a miles de españoles al grito de «vivan las *caenas*».

Pilar, que llevaba todo ese tiempo de pie, con el bocadillo y la manzana en la mano, toma una silla y se sienta, atenta a la historia. En fin, sigue Almoina, Goya muere y lo entierran en el cementerio de la Chartreuse. Y sus restos se quedan medio siglo olvidados allí. Hasta que llega nuestro personaje, ¡el cónsul Joaquín Pereyra! Él

descubre su tumba ruinosa. Y comienza una cruzada para que sus cenizas regresen a España con los debidos honores. En este expediente está toda la correspondencia sobre el caso. Es casi una novela. Las Cortes votaron a favor de la propuesta y entonces llegó la parte esperpéntica de la historia. No te lo vas a creer, pitusa: como no había dinero para el traslado, le pidieron al pobre Pereyra que se ocupara él de llevar la caja con los huesos en el tren. Imagínate. ¡Como si fuera una caja de nueces o de cerezas!

Almoina se ha levantado y se mueve por el pequeño cuarto gesticulando mucho. Está extasiado con el hallazgo. Mira esta carta, dice, tomando un papel de la mesa. Es lo más valioso del expediente. Aquí Pereyra da fe de la apertura de la tumba, cuando se encuentra con que hay dos cuerpos, pero ¡una sola cabeza! Y esa cabeza no es la de Goya. Te leo: «No habiéndose encontrado en la caja de madera traza alguna de que hubiese sido abierta, ni la mandíbula inferior, ni diente alguno, todo induce a creer que a Goya lo enterrarían decapitado, bien por un médico o por algún amador furibundo de notabilidades». Lo único que queda de su cabeza… ¡son los restos del gorro de dormir!

Pilar se echa a reír. Ya ves, dice él. Era la época de los sobornos a los guardianes de cementerios. Los científicos necesitaban cuerpos para sus experimentos. Anda, vámonos, le interrumpe ella. Que son las tres de la madrugada y vamos a soñar con decapitaciones. De acuerdo, meniña, pero me llevo la carpeta. No sea que entre una cosa y otra se vuelva a traspapelar otro medio siglo.

Almoina pasa muchos días acariciando esas cartas. Releyendo todas sus páginas. Revisando membretes y firmas. Y al recorrerlas le parece que él es el cónsul que está en aquel cementerio, en el año de mil ochocientos y pico. Comprobando con estupor que a aquellos huesos anchos, que un día sustentaron el cuerpo del genio, les faltaba el cráneo. Una pesadilla goyesca.

Está deseando compartir esos papeles con don Claudio, el historiador que conoció en ese consulado al poco de llegar, cuando acudió a renovar su pasaporte. Al ver su nombre y apellidos no se podía creer que fuera el sabio que él había leído tanto, en sus tiempos de estudiante en Santiago. Don Claudio venía huyendo de Lisboa, donde ya no podía seguir siendo embajador porque Salazar se puso del lado de los sublevados. Por fortuna le dieron trabajo en la Universidad de Burdeos. Y estaba instalado en Caudéran con su familia.

A Almoina le parecía mentira que el sabio estuviera allí, frente a él. Mirándolo a través de sus lentes gruesos, con esos ojos que vivían quemándose en los libros. A pesar del trajín de sus vidas, encontraron ratos para compartir comidas y sobremesas. Y para perderse en charlas interminables. Don Claudio le había regalado una copia de su manuscrito inédito sobre la caballería visigoda y los orígenes del feudalismo. Guárdalo, le dijo. Por si me pasa algo antes de publicarlo. Que nunca se sabe. En esos encuentros, en la rue de Mandron o en Caudéran, el tiempo parecía detenerse. Lograban olvidar por unas horas la gravedad del momento. Y ahora estaba deseando hablarle de su hallazgo goyesco.

El sabio le aseguró que se pasaría por el consulado al salir de sus clases. Y es ya casi la hora de cerrar cuando Geneviève asoma por la

puerta sus rizos pelirrojos para anunciarlo: don Claudio Sánchez-Albornoz ha llegado. Almoina sale disparado a recibirlo y se lo lleva enseguida a la sala de reuniones, que tiene una gran mesa donde puede desplegar sus papeles. Mire, don Claudio: la historia secreta de la exhumación de Goya. La odisea de sus pobres huesos. Y le va mostrando hoja por hoja todo el archivo. Las cartas de los políticos que trataban aquello como si fuera una piedra en el zapato. Y las del cónsul, que no se rendía.

Los dos se quedan después en silencio unos momentos. Amigo, quién sabe qué será de nosotros, dice el historiador. Tal vez acabemos como el pobre pintor, con los huesos desparramados en tierra extranjera.

No diga eso, don Claudio, le responde Almoina atribulado. Tiene que volver la cordura. No sé, Pepe, no sé. Demasiada ignorancia y demasiada ceguera. Nadie quiere otra guerra mundial. Pero ¿no se dan cuenta de que ya ha comenzado?

Durante esos meses, Pilar dedica los ratos perdidos a revisar la versión final de su folleto. Aunque le cuesta volver sobre esos recuerdos. No ha logrado librarse de las pesadillas nocturnas. Y también la siguen sobresaltando los pequeños sonidos cotidianos. El tintineo de unas llaves. Un grito cualquiera en la calle. Una cucharilla que revuelve el café de una taza. Y se desespera mirando el calendario, porque parece que el tiempo no avanza y que la guerra no va a acabar nunca.

Pero al fin llegan otras Navidades. Las segundas desde que estalló el conflicto. Entre todos improvisan un belén con figuras de cartón

recortado y pintado para entretener a los pequeños. Y en la Nochevieja, Almoina levanta su vaso de vino para brindar por el año que está a punto de nacer. Y por la esperanza.

—Yo no brindo —dice Pilar, que lleva unos días muy alterada.

—¿Cómo que no, pitusa?

—Es que no debo tomar alcohol. Por el embarazo —dice ella sin mirar a nadie.

Ni siquiera Hilaria se lo esperaba, y abre mucho los ojos enmudecida. Los niños no entienden bien lo que han oído. Y Almoina, tras un momento de perplejidad, se echa a reír nervioso y levanta otra vez el vaso para brindar por la noticia.

—¿Y qué dice la meiga, será niña o varón?

—Ni idea, aún no siento nada, solo las náuseas de siempre.

—Bueno, pues hay que buscar nombres. Josito, vas a tener un hermano, ¿cómo quieres que se llame?

El niño se queda un momento pensando.

—Canelo —dice.

—Vaya, vaya. Eso estaría bien para un gato, pero para un hermano no sé.

—¿Y Caramelo?

—Eso no, hombre, que parece nombre de perro. O de pájaro. Bueno, tenemos un José, una Pilar y una Helena. Yo creo que se podría llamar Ulises si es niño. Y si es niña, pues no sé, Andrómaca, por ejemplo.

—¿Andrómaca? —Hilaria reacciona como en los viejos tiempos—. Pero, hombre, una pobre niña con ese nombre.

—Abu, es una heroína clásica —dice Almoina.

—Pero ¿a qué suena Andrómaca? —dice Hilaria—. A urraca, a maníaca, a pajarraca. Hijo, piensa un poco más.

—Bueno, bueno, ya veremos, mamá, no se preocupe.

Es la buena noticia del año nuevo, y no hay otra. Pronto llegan el bombardeo italiano sobre Barcelona y la ocupación de Austria por el Ejército alemán. Con el paso de los meses llega también la nueva orden de traslado, firmada por el presidente Azaña y el ministro Álvarez del Vayo. En ella nombran a Almoina vicecónsul en Toulouse, donde estará a las órdenes de Nistal. Así que toca volver a hacer las maletas.

Mientras los roperos se van vaciando de sus pocas pertenencias, Josito llora otra vez como un desgraciado. Y vuelve a su vieja manía de quitarse los zapatos. Ahora además los tira al aire bien lejos cada vez que consiguen ponérselos, en señal de protesta. Pero nada evita que llegue el día de la partida. Y la familia, ayudada por Geneviève y Antonio, abandona su domicilio de la rue de Mandron con tres maletas y una talega de provisiones para el tren.

Durante el viaje, Hilaria va en un asiento con las dos niñas. Detrás van los padres con Josito, que al fin ha accedido a ponerse un zapato.

—Muy bien, Josito —dice Pilar.

—No soy Josito, soy Juan.

—¿Juan por qué?

—Porque sí.

Hilaria abre la talega de las provisiones y saca unas galletas para que los pequeños se entretengan, porque están todos mohínos. Josito no quiere galletas y sigue con su zapato en la mano. Entonces la abuela le empieza a canturrear:

Gasta la molinera lindas horquillas
y el pobre molinero, y el pobre molinero
sin zapatillas…

Lo mira de reojo y le sonríe. Luego sigue:

Gasta la molinera lindos zapatos
y el pobre molinero, y el pobre molinero
anda descalzo…

Josito se pone finalmente el otro zapato y va a sentarse con su abuela. Después, todos se quedan en silencio frente a ese nuevo paisaje que ya cruza veloz ante ellos. Pilar entrecierra los ojos, apoya la cabeza en la ventanilla y se abandona al sueño. Mientras, Almoina piensa en esa velocidad del tren y en la de sus propias vidas. Y en ese destino errante de quienes como ellos no están seguros en ninguna parte. Porque las noticias sobre el espionaje franquista en Francia son cada vez más inquietantes.

De momento, el pasado y el futuro son dos abismos. Y todo lo que le importa está en ese vagón de tren. Sabe que Toulouse será solo una escala más en una ruta incierta, pero al menos allí estará Nistal con su familia. No lo ha vuelto a ver desde que se despidieron en las montañas, pero se han comunicado a menudo. Sabe que él se quedó varios meses allí, y que después llegó la reunión con su mujer y sus hijas en Valencia, y su nombramiento como subsecretario del Ministerio de Estado. Sabe también que ese destino en Toulouse es un modo de exilio o castigo, porque sus diferencias con Largo Caballero lo han convertido en un hombre incómodo.

18

Los días robados

Cuando llegan a la estación de Toulouse, Nistal ya los está esperando en el andén con su infalible cigarro entre los dedos. Visto ahí, bien trajeado, con su pajarita y ese bigote tan cuidado, no parece tener nada que ver con aquel tipo desaliñado y barbudo que Almoina dejó en Villablino un par de años atrás.

—Bienvenido a la Ville Rose, querido Pepe —le dice al abrazarlo—. Te vas a sentir aquí como en casa, hay más españoles que franceses.

En pocos minutos están ya todos en la vivienda reservada al vicecónsul. Allí los espera Ausencia, que les ha surtido la despensa con lo indispensable para empezar a vivir. Los niños se dedican enseguida a explorar las habitaciones y a brincar sobre las camas recién hechas. Hilaria pasa a inspeccionar la cocina y Pilar se sienta, cansada.

—¿De cuánto estás? —le pregunta Ausencia.

—De ocho meses. Es mi especialidad, embarazarme parece una profecía de viaje. Lina nos llevó a Jaén. Helena, a Burdeos. Y Ulises, aquí.

—¿Ulises? —salta Almoina.

—Sí, estoy convencida de que es varón. Ya tenemos dos parejitas. Casi.

Ausencia la observa con cierta complicidad, las dos han vivido la experiencia de la cárcel y del canje. Y mira mucho a Helena, que a sus casi dos años no deja de corretear y revolverlo todo.

—Es preciosa. ¿No le quedó ninguna secuela de aquello?

—No sé —responde Pilar—, con los niños nunca se sabe. Está muy pegada a mí, pero, por lo demás, parece una niña normal. Es muy lista, aunque no arranca a hablar. Solo balbucea. Hay que tener paciencia.

—Yo tuve más suerte, aunque tal vez lo peor esté aún por venir —responde Ausencia.

Almoina se incorpora enseguida a sus tareas de oficina. Y los días empiezan a transcurrir como si el escenario no hubiera cambiado. Hay que atender al río de refugiados, y sobre todo seguir muy de cerca el servicio de espionaje. Pronto llega Ulises. Nace bien a pesar de la anemia de Pilar, que vuelve a necesitar mucho reposo.

Las rutinas se le hacen a Almoina más penosas esos días, porque no dejan de recalar en el consulado los brigadistas en retirada. Y llega a hacer cierta amistad con uno de ellos, Charles Murphy, que es de Oregón, aunque de origen irlandés. Tiene la cara llena de pecas y la barba y el pelo rojizos. Y se hace llamar Carlitos. A veces quedan cerca para tomar café y conversar, y Almoina está a gusto en esos encuentros. Lo distraen de la atmósfera desesperante de la oficina, donde todo tiene ya sabor a derrota. Carlitos en cambio no ha perdido el buen humor, ni ese romanticismo que lo ha llevado

hasta ahí. Es judío, y para él combatir en España es combatir contra Hitler.

—¿Sabe, don José? —le dice el primer día, con su vibrante acento inglés—, lo que a mí me emociona de los españoles es ese *quixotismo* que tienen. Porque esa locura les sale de dentro, ¿me entiende? No viene de la propaganda política. Aunque también es una locura la bronca permanente dentro del mismo bando —añade con un gesto de fastidio.

—Eso es lo que nos pierde, Carlitos —le responde Almoina, que se toma a pequeños sorbos su café solo.

—Don José, lo que yo no entiendo es cómo los franceses no hacen nada. Se les están viniendo encima los nazis y ellos siguen con el embargo. Con la frontera llena de ametralladoras y perros para controlar que no pase la ayuda. Lo mismo, Estados Unidos. Allí el apoyo a los republicanos es un clamor. Pero los católicos se oponen, porque el Vaticano apoya a Franco. Y Roosevelt no quiere problemas. Así es la cosa. Yo no puedo perdonar a mi país, porque está vendiendo bombas a los alemanes.

—Pero ¿eso cómo lo sabes, Carlitos?

—¿Que cómo lo sé? ¡Si salió en el *New York Times*! Así que no quiero volver.

Por ese hervidero humano que es Toulouse pululan un montón de periodistas curiosos y también espías que logran información a base de sobornos. Almoina evita la vida social, más allá de los encuentros con Carlitos, que va a casa a comer alguna vez, porque es como un gato callejero que busca cobijo. A los pequeños los encandila ese

grandullón con alma de niño, que se sienta con ellos en el suelo a jugar y les enseña canciones infantiles. Lina lo llama Tuinky, que es su versión de *Twinkle, Twinkle, Little Star*. Y Josito le pide cada vez que no se vaya y que le preste un rato esa gorra con su estrellita roja de tres puntas. Porque al ponérsela se siente un personaje de esa guerra de la que todos hablan y que a sus casi cinco años le suena grandiosa.

—Papá, de mayor quiero ser soldado, como Carlitos.

Almoina lo mira con tristeza.

—Bueno, ya se te pasará, hijo.

Ahora que su padre tiene más tiempo, los niños descubren que es un buen contador de historias. Así que se encaraman a su cama por la noche y se pegan a él como moscas para pedirle más cuentos. El truco de Almoina para captar su atención es convertirlos en protagonistas. Así nacen las aventuras de Josito Crusoe, perdido en una isla desierta. Y las de Lina Hood, que roba a los ricos para ayudar a los pobres. Y las de la bella Helena, dormida a causa de un hechizo maligno. Sobre el astuto Ulises y su caballo de Troya también cuenta historias, aunque el recién nacido aún no las comprenda.

Al final los pequeños se han ido acostumbrando a Toulouse, pero al principio les costó mucho. Lina no hacía más que esconderse debajo de las sillas, como en los primeros días de Burdeos. Y Josito se hacía pis otra vez en la cama y tenía terrores nocturnos. Ahora las cosas parecen haber vuelto a la normalidad. Cada día, cuando acaba su jornada, Almoina se va disparado a casa y al llegar los llama. ¿Dónde están mis renacuajos? Los pequeños se le cuelgan de la ropa y luego van todos juntos hasta la cuna de Ulises. Es la mascota

de la familia y son tantos niños que no hay mucho lugar para los celos. Y ya de noche, cuando todos duermen, llega ese momento privado en que los amantes se olvidan del mundo. Y sienten erizarse la piel ante el avance sigiloso de unos dedos, de una lengua entre los muslos. De un cuerpo entero que más allá del cansancio sigue buscando los días robados. Los días perdidos de aquellos largos meses. Solamente me olvido de la guerra cuando estoy contigo, carita de liebre, dice Almoina antes de dormirse.

Una mañana, hacia el final del verano, Nistal le dice a Almoina que necesita hablar con él. Que vaya a su despacho. Él acude enseguida y lo encuentra envuelto, como siempre, en la niebla espesa del humo de sus cigarrillos.

Pepe, hablamos muy poco últimamente, le dice el cónsul, pero quería comentarte una cuestión. Algunos líderes sindicales han venido a verme. Quieren que les demos una charla sobre España. Yo he aceptado, y te quería animar a que vengas conmigo. Almoina se queda pensativo.

No sé, Alfredo. Yo prefiero que me disculpes. Me siento más útil en casa, los críos me necesitan. Además, aún estoy preparando la versión francesa del folleto de Pilar. De acuerdo, no te preocupes, le responde Nistal un poco decepcionado. Ya te voy contando.

Lo cierto es que Almoina continúa bastante alterado. Y las pesadillas no se han ido. Por más que de día intenta olvidar, de noche sueña con trenes y con maletas que guardan niños y cadáveres. En esos sueños vuelve siempre Marcelo con los bolsillos llenos de poemas. Que no me fui, Pepe, le dice, que estoy escondido

en el sótano, esperando a que se vayan. Aunque no soporto el olor de la tierra mojada, eso me está matando. Y al abrir los ojos tiene la sensación, más que nunca, de que todo lo que lo rodea es una ficción. Esa casa, esa calle, son decorados sucesivos que ocultan algo que no puede ver. Un desierto de arena blanca lleno de cráneos abandonados.

A los pocos días, Nistal le vuelve a pedir que vaya a hablar con él. Esta vez lo recibe con una expresión sombría.

—Pepe, tengo una novedad que contarte. Nos vamos de Toulouse.

—¿Así, de repente? —responde Almoina un poco perplejo—. ¿Y eso por qué?

—Pues por algo que no me esperaba, la verdad. Las autoridades francesas han protestado ante nuestro Gobierno. Por mis conferencias, ya ves. Por lo visto les resulto un cónsul incómodo. Dicen que ya tienen bastantes problemas para añadir más leña al fuego.

—¿Y qué va a pasar ahora?

—Pues que mandarán aquí a otro equipo y a nosotros nos trasladan a París. Yo voy como cónsul general. Tú te quedas en la reserva, como secretario de la administración, mientras organizan tu traslado como vicecónsul a Marsella. De momento hay que hacer las maletas.

La noticia le cae a Almoina como un jarro de agua fría, a pesar de haber soñado muchas veces con pisar París por primera vez. Sabe que Toulouse es un avispero en ese momento, pero sabe también que la situación en París no es mejor. La ciudad está colapsada por el aluvión de refugiados españoles y también de judíos alemanes, revolucionarios italianos y aristócratas rusos. Sabe además que la

vida es allí mucho más costosa, y su sueldo es magro, cada vez más magro. Y cómo decírselo a los pequeños. En París tendrán que vivir hacinados en uno de esos hoteles que alquila el Gobierno para los refugiados. Y sabe que no son un lujo precisamente.

Decide animarse y tomarlo con buen humor. Lo importante es que están todos juntos, sanos y salvos. Y con esa idea llega a casa ese día. ¿Dónde está mi tropa? Los niños corren a darle su beso y luego van con él a ver a Ulises, mientras le dan el parte del día.

Ulises es un cagón, dice Josito, y siempre está escupiendo babas. Yo ayudé a bañarlo, dice Lina. Helena no dice nada. Mira recelosa al bebé y se abraza a la pierna de su padre, que la alza en brazos. Yo también, dice Lina. Él se sienta en la cama con las dos sobre las rodillas, y Josito decide subirse también encima. Quieren jugar y quieren sus historias. Él se hace el misterioso.

¡Tachán!, tengo una sorpresa, dice. ¿Dónde?, pregunta Lina metiendo las manitas en un bolsillo de su chaqueta. La sorpresa es… ¡que nos vamos de excursión! ¿Adónde?, pregunta Josito. Con los gritos ya se han acercado Pilar e Hilaria.

A una ciudad que está llena de parques para que los niños jueguen, dice Almoina. Y tiene un río enorme, con una isla dentro. Las dos mujeres se miran desconcertadas y no dicen nada, mientras él les hace señal de que luego hablarán.

¿Preparado, Josito Crusoe? ¡Sí!, dice Josito contento, ¿y dónde vamos a dormir? Oh, en un hotel donde nunca hemos estado los siete juntos. Va a ser divertido. Tendremos que preparar un poco de equipaje para esas vacaciones, así que manos a la obra. ¿Y podemos llevar los juguetes?, pregunta Lina. ¿Qué juguetes queréis llevar? Yo el camión que me regaló Ausencia, dice su hermano, y la gorra que

me regaló Carlitos. Bueno, bueno, nos lo llevaremos todo, claro que sí.

Esta vez, la preparación del viaje no va acompañada de ningún motín. Muy al contrario, los pequeños están ilusionados. Tenemos que llevar provisiones, abu, dice Almoina. Cosas ricas, tienes que preparar galletas y bizcochos para la excursión.

¿Y hay zoo en París?, dice Josito. Ah, pues no sé, habrá que investigar. ¿Y hay muchos niños? Pilar y José se miran. Han hablado a veces de esa anomalía: de que sus hijos nunca juegan con otros niños. Pasean lo justo por el parque más cercano y apenas tienen trato con los de su edad. Porque Pilar tiene miedo de todo. De los atentados y secuestros. De los chinches y los piojos. Y de las enfermedades que ha traído la guerra, con tanta miseria y hacinamiento.

La pena es que no tenemos amigos en París, dice ella. Sí tenemos, no te preocupes, responde Almoina. Van Nistal y los suyos. Y podremos conocer a aquel francés que nos ayudó tanto, Longuet. Además, es la situación perfecta para editar tu librito.

19

Un encuentro inesperado

El viaje en tren de Toulouse a París es muy largo. Supone cruzar el país de sur a norte durante seiscientos kilómetros. Pero esta vez los pequeños no protestan al ver vaciarse la casa mientras engordan las maletas. Carlitos los ayuda a cargar el equipaje hasta la estación.

—Siempre pensé que sería yo quien te acompañara a ti el día de tu partida —le dice Almoina.

—Ya ves, camarada —responde el brigadista—. Te voy a echar mucho de menos.

—¡Adiós, Tuinky! —le gritan los niños desde la ventanilla.

—¡Cuídate, Charly! —Las palabras de Pilar ya se hacen inaudibles con el tren en marcha.

Durante las primeras horas del trayecto, Almoina intenta mantener el espíritu de aventura para distraer a sus hijos. Hace planes y enreda las historias de Josito Crusoe, Lina Hood y Helena de Troya con andanzas imaginarias alrededor del Sena. Hilaria los entretiene con bocadillos, bizcochos y papillas, y Pilar está pendiente de Ulises. En Limoges hacen una escala para pasar la noche. Allí los deslumbra la apariencia catedralicia de la estación, con sus vidrieras y su campanario. En la pensión cenan con los Nistal, que viajan en otro

vagón del mismo tren. Y al día siguiente muy temprano salen rumbo a París, tras un breve desayuno de café con leche y *croissants* recién horneados.

Almoina intenta renovar sus relatos para mantener a los pequeños entretenidos, pero ellos ya están hartos de estar encerrados y no hay manera de tenerlos quietos. Josito es el más aventurero y se desliza por el pasillo para jugar con otros niños. O se escapa al vagón siguiente a buscar a las hijas de los Nistal. Lina, como siempre, lo imita, y Helena lloriquea, cansada de estar ahí. No llegan a París hasta la tarde. Y al salir de la inmensa estación de Orléans-Austerlitz caminan sobrecogidos hacia ese Sena que los recibe en pleno otoño, sembrado de hojas secas y reflejos de las primeras luces encendidas.

—¡Papá, vamos ahora a la isla! ¡A la isla! —grita Josito.

Almoina se detiene y suelta las maletas, extasiado ante ese atardecer de ocres y rojos que espejean en el río. Pilar se impacienta.

—Vámonos ya, que hay mucha humedad aquí, nos podemos enfriar.

Finalmente toman dos taxis y llegan a la residencia que tienen asignada, donde les aguardan dos habitaciones dobles con lavabo. El baño está fuera y las comidas se hacen en el comedor colectivo. Enseguida bajan a cenar, y Josito corre a curiosear porque hay muchos niños allí. Luego vuelve muy excitado.

—Mami, mañana voy a jugar con ellos a la pelota. Puedo, ¿verdad?

Pilar respira hondo y se limita a sonreírle.

Esa noche, al encerrarse en su cuarto con sus dos nietos mayores, Hilaria tiene una sensación extraña de desasosiego. Como si hubiera dado un salto en el tiempo y estuviera de nuevo en Benavente, sola, con Lina y Josito. Pilar y José se toman la estrechez con calma. Usan el lavabo para bañar a los más pequeños y luego vacían dos maletas para convertirlas en cunas. Al final Lina se empeña en quedarse con sus padres, así que solo Josito duerme con su abuela en la otra habitación. Por la noche ella enciende el infiernillo porque hace mucho frío. Un frío húmedo que cala los huesos. Y sigue con ese pálpito inquietante que no se quiere ir.

Almoina se incorpora enseguida a la sede del Ministerio de Estado, donde el movimiento de evacuados es mayor que nunca. Además, contacta con la editorial Archives Espagnoles para la edición del folleto de Pilar. Mientras, se ocupa de elegir la cubierta con la ayuda de otro de los refugiados, Joan Junyer. Deben trabajar deprisa, porque pronto tendrá que tomar posesión de su nuevo puesto en Marsella. Quiere que quede todo preparado antes de partir. Con un poco de suerte, le dice a Pilar, lo vemos editado antes de irnos.

A Robert Longuet lo llama a los pocos días de llegar, para agradecerle de viva voz lo que hizo por su familia. Y él los invita a todos a almorzar en su casa ese domingo. Pero el sábado Josito se levanta resfriado. No para de toser y estornudar y tiene algunas décimas de fiebre. Hilaria le prepara infusiones en el infiernillo, y Pilar retiene a los hermanos en el otro cuarto para que no se contagien. Almoina vuelve a llamar a Robert para avisar de que no podrán ir. Él le pide que vaya él al menos, porque Catherine ha planeado ese almuerzo con ilusión. Además, va a ir un invitado especial que quiere saludarlo. Así que quedan en eso.

Los Longuet viven en Châtenay-Malabry, cerca de París, y Robert se ha ofrecido a recogerlo en su coche a la salida del Ministerio. Cuando Almoina lo ve aparecer, piensa que es exactamente como lo imaginaba: elegante, cortés, con el rostro bien rasurado y el cabello peinado pulcramente hacia atrás. Toda su figura desprende cordialidad y bonhomía.

—No sé cómo agradecerle todo lo que hace por nosotros —le dice al estrecharle la mano—. Aquella carta suya fue crucial para conseguir el canje.

—No es nada —responde Robert—. Cómo no voy a ayudar. Siento vergüenza de mi país desde que le cerró la frontera a la República. Pero, como dice un amigo español, hay miedo a que la anarquía se extienda por Francia. Ese amigo es Navarro, el doctor Navarro. Vendrá también a cenar. Es el invitado especial del que le hablé. Por cierto, habla usted un francés perfecto, igual que él. Una suerte para mí, que no tengo don de lenguas precisamente. —Su rostro se ensancha ahora con una sonrisa fraterna.

Cuando llegan ambos a la casa, ya está puesta la mesa y hay en el aire un olor que abre el apetito.

—¿Le gusta el pato? —le pregunta Robert.

—Cómo no me va a gustar, menudo lujo —dice Almoina sorprendido—. Pero dígame, ¿cómo ha conseguido pato, con la situación que tenemos?

—Pues ha sido cosa de Catherine. Además, le sale muy bien. —Longuet señala a su mujer, que ha salido a recibirlos.

—Deja que opine él cuando lo pruebe —protesta ella—. La verdad es que encontrar los ingredientes de un buen guiso se hace difícil en

estos días. ¿Ha visto ya algo de París, José? Está todo lleno de extranjeros. Y de bicicletas, porque el combustible también escasea.

—Todavía no he tenido tiempo de ver nada. Vivo rodeado de españoles por todas partes, aunque el telón de fondo sea París.

—Qué pena que no trajera a sus hijos —interviene Robert—. A Caty le habría encantado que vinieran. Le encantan los niños.

—Pues tenemos cuatro ya.

Robert sonríe y se pone a descorchar una botella de vino.

—Ay, los españoles. Siempre blasfemando y mentando a Dios y luego cumplen como nadie con el mandato de multiplicarse sobre la tierra. Háble me del libro de su esposa. ¿Cómo lo van a titular?

—Bueno, será un folleto más bien. Hemos pensado en *Una joven madre en las prisiones de Franco.* Y tenemos permiso para reproducir en la cubierta un grabado de Picasso. Nos lo ha conseguido su amigo Junyer. No fue fácil elegir. Hemos seleccionado uno donde hay un cuerpo yerto de mujer en medio del campo, con la ropa hecha jirones. Puede sugerir infinidad de cosas.

—La verdad es que la realidad supera todo lo imaginable —dice Robert—. Mire lo que está pasando en Alemania. Todas esas sinagogas en llamas y esas casas destrozadas por una avalancha de odio y de furia. Y esos miles de judíos deportados. Nosotros estamos buscando la manera de irnos a Estados Unidos. Esto es un polvorín. Nadie está a salvo.

Al fin suena el timbre y Robert se levanta. Ahí está el doctor Navarro, dice, alejándose hacia la puerta. Almoina le pregunta a Catherine si es un médico quien viene, o un doctor en otra cosa, por ejemplo, en matemáticas. Ella se ríe. Sí, sí que es médico, dice. Ah, es que igual le pido algún consejo, le responde. Ya les dije que

tengo a mi hijo mayor pachucho, ha cogido el resfriado de cada invierno.

Cuando Almoina ve entrar a Navarro se queda de una pieza. Reconoce perfectamente esa figura corpulenta y el sombrero de ala corta, que ahora lleva en la mano. Y esa gabardina que ya Robert le está ayudando a quitarse para colgarla en el perchero. Reconoce también la sonrisa franca bajo los cristales de sus gafas. Aunque le llama la atención el color de sus ojos. No son castaños, como imaginaba al verlo en la distancia del Ministerio, sino azul oscuro. Sabe que es un hombre ubicuo. Y que se deja ver en los lugares más impensados. En el campo de batalla, sobre todo. Para visitar a los milicianos del frente y llevarles su famosa mezcla de café y coñac y conversar con ellos. Se le ve ojeroso y mucho más delgado. Almoina traga saliva.

—Un honor saludarlo, doctor Navarro —le dice con una sonrisa cómplice.

—¿Viene solo, Juan? —le pregunta Catherine.

—Sí, he tomado un taxi, no viene nadie conmigo.

Mientras cenan sigue la conversación sobre el libro de Pilar y Navarro se suma a la charla.

—Conozco su caso a través de Giner y Nistal —le dice a Almoina —. Y les agradecemos que publiquen ese relato tremendo. Quería decirle que en Londres está también la editorial United, le daré la dirección. No pertenece a ningún partido y está especializada en la guerra de España. Ya han sacado un libro sobre la intervención extranjera y algunos folletos. Hay uno titulado *How Mussolini provoked the Spanish Civil War*. Y otro sobre la reforma agraria. Es importante contar lo que está pasando, porque el gabinete de

prensa de los rebeldes no hace más que difundir bulos. Lo de Guernica nos lo atribuyeron a los republicanos. Lo retuercen todo, en especial cuando hablan del «oro de Moscú». ¿Qué va a hacer el Gobierno con el tesoro, dárselo a los golpistas? ¿Y dónde vamos a comprar armas para defender la legalidad, si los aliados nos las niegan y solo Rusia acepta venderlas? Y a regañadientes. Nadie quiere mezclarse en otra guerra.

Almoina y Robert lo escuchan atentos.

—Lo peor es que somos nuestro peor enemigo —responde Almoina—. De un lado están los que quieren que el mundo cambie, pero sin perturbaciones. El erasmismo utópico del licenciado Vidriera. Con miedo a romperse. Del otro, los de la mística de la violencia.

—Y que lo diga —dice Navarro—. En medio de la tragedia, cada cual va a lo suyo. Sindicalistas, trotskistas, secesionistas, caballeristas, libertarios… Una jaula de grillos. Y el país desangrándose.

Navarro tiene una manera envolvente de hablar. No pierde la serenidad, pero es rotundo en lo que dice.

—Que nadie me diga que esta guerra era inevitable. Todo ha sido una sucesión de errores desde el principio. A veces pienso que no puedo más. Pero cuando pongo a disposición el cargo, nadie me acepta la dimisión. Con lo bien que estaba yo organizando el campus de la Complutense. Eso sí que era una tarea bonita.

Ahora Navarro aparta su plato sin acabarlo. Luego saca un cigarrillo y hace un gesto a Catherine para que le dé fuego. Ella le alcanza un encendedor y abre un poco la ventana.

—Tendrá que llegar la hora de la autocrítica —dice mientras suelta una bocanada de humo—. ¿A quién se le ocurrió perdonar a los golpistas de la primera hora, los de la sanjurjada? ¿Y cómo gestionaron tan mal todo lo que pasó después? Porque una semana antes del levantamiento, Bernardo Giner ya le presentó a Casares la información completa de la trama. Las conversaciones habían sido intervenidas, todo se preparó en marzo, en el entorno de Gil Robles. ¿Y qué decide entonces el Gobierno? Detener al jefe de Falange y esperar. Como si no hubiéramos aprendido nada. Para mí lo peor es ver a esos niños muertos bajo las bombas, como muñecos de cera. Con esa mezcla de inocencia y horror en las caritas… No puedo con eso, ningún padre puede ver algo así sin…

Ahora se le quiebra la voz y da otra calada honda al cigarrillo. Los ojos enrojecidos y el rostro sin afeitar le dan un aspecto avejentado.

—No se está cuidando nada, doctor —le dice Catherine, que empieza a recoger los platos.

—Es que las cosas están mal, Caty. Está claro que vamos hacia otra gran guerra. Nosotros quedaríamos inmediatamente del lado de los aliados. Y Franco se quedaría entre la espada y la pared. Pero lo de los Sudetes lo ha trastornado todo. Quién se imaginaba el Acuerdo de Múnich. Después de sacrificar a España, sacrificar también a Checoslovaquia y cederle un pedazo a Hitler. Como si eso fuera a calmar su instinto de carnicero. Es una noticia pésima.

—Perdone que le interrumpa, Juan —le dice ella—. ¿Por qué no nos prepara el café a su manera? Con coñac y leche condensada y no sé qué más.

—Sí, a la manera de mi tierra. —Navarro sonríe y se va con ella a la cocina.

Al cabo de un rato regresan los dos con los cafés servidos en las tazas y se sientan en el tresillo que hay junto al comedor.

—¿Solo tres tazas? —pregunta Almoina.

—Yo no tomo, estoy fatal de la úlcera. Los nervios me están matando. —Navarro hurga en los bolsillos de su chaqueta y saca algunos sobres y frasquitos.

—Nitrito de amilo para la angina, quinidina para las arritmias, pero ¿dónde tengo el bicarbonato? Ah, aquí —dice, escogiendo un tubo de cristal con comprimidos y tapón de corcho. Lo deja sobre la mesa mientras se sirve agua, y Robert lee en voz alta sus letras azules.

—Digestiones difíciles y pirosis. ¿Qué es eso de pirosis?

—Una cosa muy molesta —responde Navarro—. Ardor de estómago. Todas las preocupaciones me van al estómago.

Entonces Catherine se vuelve a Almoina.

—¿No le iba a decir algo al doctor?

—Oh, no, no era nada, ahora no lo voy a estar molestando con minucias.

—Pero dígame, hombre, dígame —protesta Navarro.

—Bueno, que mi hijo no para de toser desde hace un par de días. Por si me da algún consejo.

—¿Cómo es la tos?

—Un poco perruna. Y tiene algo de fiebre.

—Pues llévelo cuanto antes al médico —dice Navarro, con el semblante ensombrecido—. Nunca he visto tantas enfermedades infecciosas como desde que empezó la guerra.

Almoina se queda preocupado.

—Gracias, en cuanto llegue a casa busco un médico. La verdad es que mi mujer es una maniática con los cuidados. Pero no es fácil

evitar ese aire viciado de los trenes y las residencias de refugiados. En fin.

—Ya, está todo en el aire. Mucha suerte, Almoina. —Navarro se levanta y Longuet va a buscarle el sombrero y la gabardina—. Me alegra haberlo visto fuera de las oficinas del Ministerio. Es más agradable. Yo me voy ya, que tengo mil cosas esperando.

—Gracias por todo, presidente —le dice Almoina con emoción, estrechándole la mano.

En un momento ya están los tres solos otra vez, como si no hubiera pasado por allí más que una sombra.

—Juan es buen amigo nuestro, viene con frecuencia a París —dice Robert—. Se inscribe en el hotel con ese apellido, Navarro, en lugar de Negrín. Así anda más tranquilo. Le gusta estar con la gente así, sin boato, sin escoltas. Me alegra que le haya gustado la sorpresa que le guardaba.

20

Durme meu neno

Esa noche Josito sigue tosiendo y estornudando. Además, le ha subido la fiebre. Hilaria no para de prepararle infusiones y leche caliente para reconfortarlo, pero el niño no quiere comer nada.

—Me duele al tragar. Y me duele la cabeza —dice con la voz ronca.

—Claro que te duele la cabeza, amor, por la fiebre. —Pilar intenta disimular su angustia—. A ver, cariño, abre la boca que te veamos.

Josito obedece, desganado.

—Mira, tienes la garganta toda inflamada. A lo mejor es una amigdalitis. O gripe, quién sabe.

Al día siguiente está más ronco y sigue con fiebre alta. Y al respirar le sale de la garganta un silbido. Almoina sigue haciendo llamadas y al fin consigue que se acerque a su cuarto el doctor Durand. El niño tiene la cara enrojecida y sudorosa, y los ojos muy brillantes. A ratos llora y se queja y a ratos se queda dormido. La tos se le ha vuelto más perruna y tiene la garganta llena de mucosas. No puede escupir ni tragar.

Cuando llega Durand y lo oye toser, se le ensombrece el rostro.

—Esto no pinta bien —dice—. Es difteria, claramente.

Los padres se miran nerviosos.

—Dios bendito —susurra Hilaria.

—Lo primero es aliviarlo para que pueda respirar. ¿Cuánto tiempo lleva así?

—Pues solo un par de días. —Pilar habla con un hilo de voz.

—La difteria es muy rápida. Y peligrosa, en los niños pequeños. Tiene que tomar cuanto antes un vomitivo. A ver si con las arcadas suelta un poco de esa placa que tiene en la garganta. Voy a ponerle una inyección. Pero si no mejora, llévenlo al hospital. Aquí les dejo la dirección. —Durand garabatea algo en un papel y lo deja sobre la mesa.

Durante la noche siguiente, Almoina y Pilar vigilan desvelados a los tres que duermen en su habitación, con miedo de que alguno se haya contagiado. De vez en cuando se asoman al otro cuarto, donde Hilaria pasa las horas dándole un purgante a Josito. Además, le pone paños fríos en la frente para bajarle la fiebre, mientras la inyección hace su efecto. El niño logra al fin vomitar y deshacerse de esa tenaza que tiene en la garganta. Por la mañana está mejor. Ha recuperado su color normal. Y aunque sigue tosiendo, ya vuelve a sonreír.

Todos se sienten aliviados, y Almoina se va a trabajar pensando ya en ese viaje a Marsella que los librará del frío y las multitudes de París. La Ciudad de la Luz se le ha hecho desde que llegó más bien oscura. Un nido de tensiones y problemas. Y sueña con ese refugio mediterráneo que imagina parecido a Toulouse, donde lograron pasar unos meses tranquilos. Pero por la noche el niño vuelve a empeorar y respira otra vez muy mal. Su voz es más ronca y la tez se le empieza a ver como azulada. Pilar permanece junto a las

pequeñas, cuidando de que no se acerquen al enfermo, y su abuela continúa con sus remedios caseros. Almoina va y viene entre los dos cuartos, cada vez más nervioso. Finalmente se pone una chaqueta sobre el pijama, envuelve a Josito en una manta y lo toma en brazos. Quédese aquí con Pilar, que la necesita, le dice a Hilaria. A Josito me lo llevo al hospital.

Sale disparado a la calle, toma el primer taxi y le da la dirección que le facilitó el médico. Al acariciarle la carita al niño nota que tiene el cuello inflamado y siente al tacto la dureza de algún ganglio. Su respiración es entrecortada y ruidosa, y da pena oírlo. Ánimo, Crusoe, le dice. Vas a ponerte bueno muy pronto, ya verás.

En el hospital no tardan en atenderlo y buscarle una habitación, después de completar sus datos en una ficha. Enseguida llega un médico con aspecto desmejorado y los ojos enrojecidos, como si llevara mucho tiempo sin dormir.

—Me llamo Claude Évrard —dice—. He visto que son ustedes españoles. Mi madre también era española.

Después examina al niño con semblante grave.

—Es difteria. Hay una verdadera epidemia este invierno. Es muy contagiosa.

—Tenemos tres hijos más —musita Almoina—. Pero hemos intentado que no estuvieran juntos. Estamos en una residencia llena de gente y sobre todo de niños. No debimos dejar que jugaran con ellos.

—Esto está en el aire, no se sienta culpable. Es una suerte que los hermanos estén bien. ¿No han tosido?

—No. Es que Josito ha estado en otra habitación, con la abuela. Siempre ha sido el más enfermizo. —Almoina se vuelve a su hijo—.

Ya verás qué pronto te pones bueno, Espartaquiño. Aquí te van a curar.

El niño lo mira con los ojos llorosos y de la nariz le baja una agüilla sanguinolenta. El médico le toca el cuello y la frente otra vez. Luego le pide que abra la boca. Entonces le introduce una paleta con gasa para limpiarle un poco la garganta y la saca pringada con una sustancia pegajosa, grisácea y de mal olor.

—Josito, voy a ponerte una inyección, pero no te va a doler nada. Eres un valiente, ¿verdad?

El niño mira a su padre, que hace un esfuerzo por sonreírle.

—Por supuesto, Josito es un valiente, con eso puede contar.

Al cabo de un rato, el pequeño parece más calmado. El médico le indica a la enfermera que se quede un momento y le pide al padre que salga con él.

—Ojalá haya suerte, pero no le aseguro nada. Esta enfermedad es brutal con los niños menores de cinco años.

Almoina palidece al oírlo.

—Josito cumplirá cinco en abril, falta poco ya, tiene casi cinco —dice, como para convencerse de que es imposible que su hijo entre en esa cuota.

—Bueno, puede irse a casa si quiere, aquí está bien cuidado. Si supera las próximas cuarenta y ocho horas, seguramente se salvará. Está en el momento crítico.

—¿Cómo que se salvará, doctor, cómo que se salvará? —Almoina tiene los nervios descompuestos—. ¿Es que puede morirse mi hijo? No me diga que puede morirse, usted no sabe todo lo que hemos pasado…

—Lo siento —dice el médico con dureza—. Cumplo con decirle la verdad. A la difteria la llaman también el ángel exterminador. Y el garrotillo. Quédese si quiere, pero cúbrase la nariz y la boca con un pañuelo o una mascarilla. Por seguridad.

Cuando logra calmarse un poco, Almoina vuelve a entrar en la habitación. El niño parece más tranquilo. La enfermera le está dando algo caliente con una cucharita y le pide que intente tragar.

—Hijo, voy a llamar por teléfono a mamá para decirle que estamos bien, ¿vale? Vuelvo enseguida.

Luego baja a la recepción del hospital dando zancadas por la escalera. Busca una cabina telefónica y tras una larga espera logra hablar con Pilar.

—Todo bajo control —le dice—. Me quedo aquí a acompañar a Josito toda la noche. Por favor, llama a la oficina mañana y explícales dónde estoy.

Ella siente su nerviosismo.

—Yo quiero ir al hospital también.

—Espera un poco, meniña, me relevas mañana si quieres.

Almoina regresa a la habitación y se sienta en una silla, con la mano del niño entre las suyas. Maldito destino, piensa. Maldita y perra mala suerte y maldita guerra. Al cabo de un rato nota la mano de su hijo ardiendo y le toca la frente. Le sigue subiendo la fiebre. Llama a la enfermera, que tarda un rato en llegar. Tenga paciencia, señor. Debe tener paciencia, le dice ella. Las horas pasan muy lentas, infinitamente lentas. Mientras, él le canta bajito: «Durme meu neno, durme… sen máis pranto… que o tempo de chorare… vai pasando».

A las cinco de la mañana siente al fin la respiración de Josito un poco más pausada. Eso lo tranquiliza. Entonces apoya la cabeza en los pies de la cama y se queda ahí dormido, con los brazos sobre las piernas del niño. Lo despiertan la luz del amanecer y un ruido de voces. Son el médico y Pilar, los dos van con mascarilla.

—Al final has venido —le dice a Pilar.

—Tú habrías hecho lo mismo, José. A mamá le pareció bien quedarse con los otros tres. Ella también quería venir, pero está claro que no podemos estar todos. No para de rezar.

Pilar está a los pies de la cama, mirando desconsolada a su hijo.

—Cariño, ya falta poco para que te pongas bueno, voy a buscarte la bandeja del desayuno —le dice a Josito.

El niño abre los ojos y asiente con el gesto.

—Me duele la cabeza, mamá —musita.

—No hables, que toses más, mi vida, ya te vas a curar, no te preocupes.

Sale precipitadamente de la habitación y Almoina la sigue. Ella se muerde los labios mientras busca algo, una enfermera o cualquier excusa que justifique esa salida precipitada para que su hijo no la vea llorar.

—Évrard me ha dicho que está grave. —Pilar habla entre sollozos —. Que la infección puede bajarle al corazón o a los riñones. Eso sería fatal. Amor, tú puedes imaginar cuánto maldije al destino por privarme de mi hijo todos esos meses que pasé en la cárcel. Siete meses sin saber nada de él ni de Lina. Y cuánto recé al cielo para que no les pasara nada a ninguno de los dos. Y si pudiera daría mi vida ahora mismo por la suya, pero no puedo, y es que se está muriendo, ¿no lo ves?, se está muriendo, yo sé que se está

muriendo y no puedo, no podemos hacer nada por él, y es solo un niño tan pequeño, solo tiene cuatro años, ¿no ves cómo sufre?

Está temblorosa y no deja de llorar, y Almoina la abraza en silencio.

—Tengo que calmarme —añade ella nerviosa—. Él nunca me ha visto llorar.

Detrás de la puerta se oye un nuevo acceso de tos y ella se quiebra otra vez.

—Meniña, ten fe, por lo que más quieras.

—Pero ¿qué hicimos mal, José?, dime qué hicimos mal… —Pilar habla con un hilo de voz.

—Es una epidemia, mujer. Dice el doctor que es un milagro que los otros estén bien. Debemos tener confianza, Josito está ahí y nos necesita ahora. Hay que tener esperanza.

Ella se zafa del abrazo, se vuelve a poner la mascarilla y entra al cuarto de nuevo. El estado de Josito es penoso, está muy débil. Tiene los ojos cerrados, como si no tuviera fuerza para abrirlos, y se está asfixiando. Évrard vuelve al cuarto con frecuencia durante el resto del día. Su rostro está cada vez más serio. Y esa misma noche, en medio de su insomnio, Pilar y José sienten cómo se les va esa vida a toda velocidad. El médico decide aplicarle al niño un sedante para que descanse, para que no sufra. Y poco a poco Josito se va apagando para siempre, entre el llanto incrédulo de sus padres, que se aferran a su cuerpo sin vida, y que él ya no puede oír.

Caballo de Troya

República Dominicana
1939-1947

21

Isla

Desde la cubierta del Flandre, y en mitad del Atlántico, esa noche que funde cielo y mar le parece la misma que se llevó para siempre a su hijo mayor. Ha pasado casi un año y sin embargo todo es ya la misma noche mercurial anegada de insomnio. Y todo es noche a esa hora sobre un barco que lleva dentro muchas noches. Qué otra cosa puede llevar consigo cada uno de los refugiados que partieron con él de Saint-Nazaire huyendo ya de dos guerras.

Apoyado en la borda, Almoina siente el aire frío de noviembre como un filo de navaja. Lo mismo que los recuerdos que se agolpan en su mente. Y piensa en el derrumbe de Pilar, con esa anemia crónica. Y en Hilaria, de nuevo trastornada, que se mueve como una sonámbula y nunca sabe ni dónde está. Piensa también en el desconcierto de los hijos, porque algo importante falla en la nueva vida. Lina no comprende: ¿dónde está Josito? En el cielo, le dice él. ¿Y cuándo vuelve? No va a volver, amor, pero está feliz, con los ángeles, responde Pilar. Pero ¿ya no nos quiere? Pilar llora y calla. Ahora Josito es un ángel también, le dice Hilaria. Y está siempre con nosotros, aunque no lo veas. Papá, ¿le podemos escribir una carta al cielo? Claro que sí, Lina, le escribiremos muchas cartas, responde él.

Y la vida se va acomodando, como puede acomodarse un cuerpo mutilado a vivir sin la parte que le falta. A sentir su ausencia durante todos los días de la vida. Maldita y perra suerte, dice Almoina en voz alta. Pero se da cuenta de que sus palabras no suenan, porque el viento de alta mar pesa más que ellas.

De momento solo espera encontrar pronto un trabajo en Ciudad Trujillo, adonde llegarán con tres maletas y unos pocos dólares en los bolsillos. Y que se dibuja luminosa en la imaginación, simplemente porque allí no hay guerra. Piensa otra vez en su familia, que ahora descansa en un camarote de ese barco atestado de peregrinos. Y en ese nuevo milagro que crece en el vientre de Pilar desde hace ocho meses. Una mujer jardín. Un jardín fértil, generoso. Un jardín que se rebela contra la guerra. Contra la muerte. Un jardín de luz, contra la noche. ¿Qué será, Pilar?, le preguntaba a veces. Aún no sé, respondía ella las primeras semanas. Hasta que un día dijo: será niña.

Desde que estalló la nueva guerra, eran muchos los que se desesperaban por salir de Francia antes de que llegaran los nazis. Y Almoina recuerda ahora a los Longuet, que lograron huir a Estados Unidos. Qué bien se portaron los dos, Robert y Catherine, durante aquellos días brutales. Se ocuparon de todos los gastos del entierro de Josito y de llevarle flores cuando ellos tuvieron que partir a Marsella. Piensa ahora en la tumba de su hijo en París. En su tierra húmeda y removida, aquel noviembre lluvioso. La rodeaba una pequeña valla que le daba el aspecto de una cuna. Y ahí descansaba ese cuerpo pequeño, dolorido, que ya no sufría. Que ya solo dormía para siempre.

Almoina respira en la cubierta del barco el aire de la madrugada. Y siente que ese frío se le escarcha por dentro al recordar sus últimos días en París. Trabajando desde las oficinas del SERE para la evacuación de tantos huidos. Cuando estalló la guerra en Europa, todo se precipitó. También ellos debían irse cuanto antes. Había espías nazis y franquistas por todas partes. Las opciones ya solo eran los campos de concentración franceses y alemanes, las cárceles españolas o el destierro. Y París era ya como una trampa de la que se hacía difícil escapar. Recuerda ahora aquella sensación de angustia, de embajada en embajada. Sus promesas y aplazamientos se resumían en un «vuelva usted mañana». Y cuando más negro lo veía todo, ocurrió lo imprevisto. En el número veintiuno de la avenue de Messine, donde se encontraba la embajada dominicana, se abría la puerta a la esperanza. Allí, misteriosamente, no se exigía nada. No se indagaba en los antecedentes personales y políticos de los refugiados ni se les pedían garantías económicas. Ni siquiera se les obligaba a abjurar de sus ideas y actividades o a dedicarse al oficio que se les encomendara.

Aún no sabía con quién estaba tratando cuando se encontró con el embajador, Virgilio Trujillo. No sabía tampoco hasta qué punto estaba ese hombre haciendo negocio con los exiliados, junto con ese otro diplomático con pinta de *latin lover*, Porfirio Rubirosa. Solo sabía que la República Dominicana acogería a los exiliados españoles y fue como ver los cielos abiertos. Así que ahí estaba toda su familia, al fin, embarcada hacia el Nuevo Mundo. Una familia como un árbol con una rama trunca y otra que nacía. Cuando le dio la noticia a Pilar, que ya estaba de muchos meses, añadió: ya tengo el nombre

de la niña. Se llamará Leticia, es decir, Laetitia, que significa alegría. Con ella llegará nuestra vida nueva.

El barco sigue avanzando en zigzag para despistar a los submarinos alemanes. Con el casco pintarrajeado de azules y celestes a modo de camuflaje y cañones en proa y popa. Es un hormiguero silencioso de casi trescientos pasajeros de rostros sombríos. Entre los viajeros hay periodistas, zapateros, industriales y maestros. También mecánicos, agricultores y un sinfín de profesionales más que esperan su hueco en esa tierra prometida. Como la costurera Micaela Adán, con la que Pilar hizo amistad enseguida. Le llamó la atención su apellido, igual al de aquella compañera de celda. Va además en el barco un amigo que Almoina conoció en las oficinas del SERE, el poeta Avellaneda, grandullón, patoso y bromista. Zascandilea por todas partes y al final se hace querer, aunque no siempre caiga bien su manía de hacerle chiste a todo o de ponerse a leer sus versos en cuanto tiene ocasión. Oír sus historias le ayuda a veces a pasar el tiempo, mientras el Flandre continúa su ruta enigmática.

Al fin el aire se empieza a hacer más cálido y pueden verse delfines y peces voladores. Cuando el capitán informa que ya navegan en el Caribe y que se ha detectado la presencia de submarinos nazis, los pasajeros se quedan sobrecogidos. Y se hace un silencio sepulcral en la nave durante mucho tiempo. Luego la breve escala en Saint Thomas parece devolverles el sentido de la realidad, perdido durante tantos días de navegación errática.

Después siguen su rumbo y, tras avistar las costas de Puerto Rico, se acercan al fin a la desembocadura del río Ozama.

Pronto el hormiguero humano que bullía en el barco empieza a vaciarse sobre el muelle. Y al pisar tierra se les hace más intenso ese calor húmedo que pega la ropa al cuerpo. Almoina siente que el sudor lo cubre entero, de la frente a los pies. Y otra sensación nueva es la tibieza de esa lluvia, que le resulta sedante y gozosa. Ya en el muelle, la Junta Pro-Refugiados les da la bienvenida y les reparte los impresos que tienen que rellenar. La dirige el periodista Elfidio Alonso, un exiliado de acento sureño que lleva tiempo en la República Dominicana. Y que les cuenta que el Gobierno necesita saber a qué oficios se pueden dedicar en la isla, para buscarles una ocupación allí.

Después de cumplir esos trámites, Almoina y los suyos se echan a andar hacia la Ciudad Colonial, en medio de la confusión y el griterío. Mirad qué gente tan bonita, les dice Pilar a los pequeños, asombrados ante esas figuras de cuerpo afinado y piel oscura. Son de caramelo, responde Lina, fascinada. Al cabo de un momento, tienen a su alrededor una nube de chiquillos empeñados en ayudar con el equipaje. Un chele, dame un chele, dicen todos. Uno de ellos empuja a otro para hacerse sitio. Aparta, pendejo, le dice. Él le devuelve el empujón y le grita: ¡pariguayo! Almoina sonríe ante esas palabras que no le resultan familiares.

La ayuda que ofrecen esos niños les vendría muy bien, pero no se pueden permitir dar propinas. Así que siguen andando solos por esas calles enfangadas, bajo la lluvia terca de ese sábado de noviembre.

Saben adónde van, porque Avellaneda les ha pasado la dirección de un hostal en la calle El Conde. La Casa Tatica. Él también se alojará allí, aunque de momento lo han perdido de vista entre la muchedumbre.

El tramo hasta la pensión no es largo, pero se les hace penoso. Almoina va cargado con las dos maletas grandes, y Pilar lleva a Helena de la mano y a Ulises sobre la cadera. Lina va de la mano de Hilaria, que carga la maleta pequeña y va comentando, como al descuido: hoy es el día de San Ernesto y de San Amaranto. Luego mira de reojo a José. ¿Qué tal Ernestina o Amaranta, para la niña? Que no, Hilaria, mejor Leticia, ¿no le gusta? Sí, bueno, era por dar una opinión, responde ella, que se divierte con ese tira y afloja.

Según avanzan, dos sensaciones nuevas se suman a la de esa humedad aplastante. Una son los ruidos desaforados. Cláxones. Radios. Gritos. Un frenesí colectivo lo inunda todo. La otra es el olor denso y dulzón que viene de las cocinas de esas casas. Y de los bares, aunque hay pocos. También de los carritos de fruta que se van encontrando. ¡Coco! ¡Lechosa!, pregonan sus dueños, intentando hacerse oír entre tanto alboroto. Pronto llegan a la pensión de Tatica, una mulata de unos cuarenta años que se balancea a la entrada en su mecedora.

¿Cómo puede haber tantas casas de madera, con esta lluvia?, le pregunta Almoina nada más saludarla. Pues es para que no fermenten con la humedad, responde Tatica, que lleva los labios pintados de un coral encendido y los frunce cuando habla. Su amigo Avellaneda ya está en su cuarto hace rato, añade. Anda un poco indispuesto. Me avisó de que ustedes venían también y les tengo reservada la habitación más grande.

Mientras ellos conversan, Pilar se deja caer sobre la primera butaca que encuentra, junto a un ventilador muy ruidoso. Lo ha pasado mal durante el viaje, por el miedo a que se le adelantara el parto. No habría sido el único caso. Tres días antes de atracar ya había nacido una niña en el buque. ¿Cuánto tiempo van a alojarse?, pregunta entonces Tatica. De momento no sabemos nada, responde Almoina, que está dándole vueltas a las palabras de Elfidio. Porque le dijo que la instrucción era enviar a la mayoría de los refugiados a las regiones agrícolas de la frontera. El caso es que no eran campesinos precisamente los que venían en el Flandre, y solo un grupo de anarquistas catalanes parecía dispuesto a ir allí.

Él puso en su cuestionario que había sido inspector de Correos en España y diplomático en Francia. Lo cual era cierto. También, que era licenciado en Historia. Lo cual era una verdad a medias. No te preocupes, le dijo Elfidio enseguida, con su ademán elegante y su acento isleño. Se necesita gente en la enseñanza. No te imaginas el analfabetismo que hay en este país. Y en la prensa también hace falta gente. Ahí hay trabajo seguro. Yo estudié Medicina, pero no acabé la carrera. Y nada más llegar me hicieron director del periódico *La Nación*. Así que imagínate.

Lo saca de esos pensamientos la voz de Tatica, que sigue hablando sin parar y ya le está entregando la llave de su cuarto. Allí todos se duchan, se ponen ropa seca y se tumban sobre las camas. Por la ventana abierta se sigue sintiendo la lluvia caer. ¿Y ahora qué hacemos?, pregunta entonces Pilar, a la que el embarazo tiene bastante irritable. Tengo una idea, dice Almoina. Mientras esperamos la respuesta del comité, puedo comprar algunas cosas y venderlas

por la calle. Lápices, cuadernos, plumas. He visto que se vende fruta por ahí. Yo venderé cosas también, seguro que algo consigo.

Pilar se queda un poco perpleja, pero no dice nada. Y en ese momento se oye la voz de Tatica: ¡a comer! Hay un olor exquisito en el aire, y en un momento ya están todos disfrutando un sancocho criollo. Cuando acaban, Hilaria le pide a la casera que le enseñe a preparar el casabe de yuca que acaban de probar, y Pilar se recuesta para reposar un poco. Mientras, Lina y Helena curiosean por los rincones y Ulises dormita en una cuna improvisada, como otras veces, en la maleta grande.

Dedican el resto del domingo a descansar y pasear. Y en cuanto llega el lunes, Almoina se echa a la calle para comprar útiles de escritorio y conocer un poco el lugar. Da algunas vueltas alrededor y localiza cerca dos papelerías, una en la calle Luperón y otra en la calle Mercedes. Allí venden un poco de todo, y finalmente se decide por comprar un puñado de lápices y bolígrafos. Luego se dedica a callejear en busca de posibles clientes.

Pronto descubre que lo que les importa a esos niños que pululan por las calles no es escribir, sino comer. Y que su alimento del día puede consistir solo en un poco de aguacate con pan. Esa miseria le sobrecoge, pero sigue andando, siempre por calles paralelas, para no perderse. Ve casas muy pobres, hechas de tablas y con techos de palma o de zinc. Y postes de teléfono que retoñan y alzan inesperadas ramitas con hojas verdes al cielo del trópico. Ve también algunas pulperías y muchos mendigos. Por todas partes hay niños y ancianos que piden algún chele.

Avanza más y ve colas de pedigüeños ante las casas acomodadas. Llevan en la mano un trozo de papel de periódico y esperan para

recibir las sobras del almuerzo. En los suburbios encuentra puestitos donde se puede comprar por medio chele un trozo de coco o de yuca, o de batata sancochada. Y descubre que las cerillas se cotizan mucho y se venden sueltas. Los céntimos son la unidad para comprar cosas pequeñas. Y es casi imposible conseguir leche o carne. De pronto se siente ridículo con sus lápices en los bolsillos y regresa a Casa Tatica preocupado.

No he conseguido nada, le dice a Pilar al entrar al cuarto. Mañana lo vuelvo a intentar. Ella lo mira tranquila. No te preocupes, responde, he estado pensando y tengo una idea mejor. Somos seis, no podemos seguir pagando una pensión mucho tiempo. Pero se me ocurre que podríamos tener nosotros nuestra propia pensión. Almoina la mira atónito. Eso es una locura, Pilar, no tenemos dinero. No importa, replica ella. Ya me he estado informando y creo que podemos intentarlo. Alquilar una casa vale veinte dólares. Si conseguimos una con tres habitaciones y subarrendamos dos, podremos pagar todo el alquiler y tener algo para salir adelante mientras aparece algo mejor. Mamá está dispuesta a ocuparse de la cocina. Ahora se trata de encontrar la casa.

Almoina se queda un poco aturdido, sin saber qué decir. Es cierto que todos esos refugiados que están llegando necesitan un lugar donde vivir. Y puede ser una manera de ayudarse mutuamente. Lo pensamos, dice al fin. Mañana salgo a vender lápices y a buscar casa. Puedo ir preguntándole a la gente y a la vez ir mirando por ahí los anuncios.

Al día siguiente, cuando se levanta, ya está Hilaria ayudando a Tatica con el café y aprendiendo a preparar mangú. ¿Y esto?, pregunta él. Puré de plátano verde con sal y aceite, dice la casera.

Muy rico. Es lo que desayunamos aquí. Ya sabrá que lo que más tenemos es banano. Bueno, y azúcar también. En Barahona, sobre todo. Algún día tienen que visitar un poquito el país, es lindo. Puerto Plata, Santiago, San Francisco de Macorís.

Tatica, deme consejo para buscar casa, la ataja Almoina, un poco impaciente. Que para el turismo ya habrá tiempo. Pues busque por aquí cerca, le responde ella, algo encontrará. Es un poco más caro pero también más seguro. Luego se vuelve a Pilar y los pequeños, que ya están entrando en el comedor: el mangú lo he preparado por los niños. Y de cariñito, chocolate de agua.

Ellos parecen contentos con ese desayuno pero se quejan de otra cosa. Están llenos de picaduras de mosquitos. Hay que acostumbrarse, les dice Tatica, así son las cosas aquí. Pilar se pone las manos sobre el vientre y respira hondo. José, quiero que nos instalemos cuanto antes, hay que darse prisa. No nos queda mucho dinero. Y salgo de cuentas dentro de pocos días.

A Avellaneda apenas lo han visto, porque lleva enfermo desde que llegó. Y Pilar tiembla de pensar en algún contagio. Mientras, Tatica los sigue envolviendo con su cháchara. Nuestras playas son muy bonitas, son playas vírgenes, dice. Tienen que ir algún día con los niños. Casi no hay olas, y no son peligrosas. El mar no golpea, sino que se derrama sobre la arena, ¿comprenden?

Esa tarde, Almoina se dedica a explorar los alrededores de El Conde. Ya se ha familiarizado con ese olor agradable que lo invade todo y con esas casitas de colores con balcones de madera. Primero recorre la calle entera, entre el parque Independencia y el parque Colón. Allí

se encuentra la catedral de Santa María. La primera de América, le ha insistido Tatica, vaya a verla, que es nuestro orgullo. Dentro están las cenizas de Colón, o eso dicen.

Es de verdad bonita, piensa Almoina. Pequeña, íntima, con sus dos puertas góticas y sus vidrieras rojas y amarillas. Parece de juguete. Después da vueltas sin ton ni son, buscando algún anuncio de alquiler y preguntando a la gente. Aunque no consigue nada. Al final ve un puestito de fruta y piensa en comprar algo para llevar a casa, pero no reconoce nada de lo que ve. Ayúdeme a elegir, por favor, le dice a la vendedora, una viejecita con el pelo totalmente blanco y la piel cuarteada por el sol.

Ella le da a probar una fruta marrón que por dentro es de color naranja. Se llama zapote y le sabe a flan. Luego le da otra, que se llama níspero pero es completamente distinta a los nísperos que él conoce. Por fuera es marrón también, y su pulpa tiene un sabor suave. ¿Y esta redondita?, pregunta. Esa no la puede probar cruda, le dice la anciana. Es jagua verde. Pero si la tuesta y la unta sobre la piel, no le picarán los mosquitos. Interesante, piensa Almoina. Pero no sabe si creerse todo eso. Luego ve que también hay coco. A los pequeños les encantaría.

Mire, le dice a la anciana, estoy vendiendo lápices y no consigo que nadie me compre ninguno. ¿Le parece si hacemos un trueque? Tengo tres niños, les gustará probar el coco. La vendedora arruga un poco la nariz. Los lápices no se comen, responde. Y no sé escribir. Pero, bueno, llévese algo y deme su lápiz. Alguna utilidad le veré. Almoina se queda contento, con la sensación de que al final ha logrado hacer algo útil, mientras la anciana le envuelve jagua y coco en papel de periódico.

¿Sabe si por aquí hay algún piso en alquiler?, le pregunta él entonces. La mujer niega con la cabeza, y él sigue deambulando por la Ciudad Colonial. Recorre las calles Arzobispo Meriño, Arzobispo Nouel y Padre Billini preguntando a la gente, pero no hay suerte. Luego decide alejarse del centro y se dirige al malecón, para poder orientarse mejor. Entonces avanza por la calle Pasteur, y allí se encuentra un cartel enorme donde se lee: «Dios y Trujillo». Siente un escalofrío. No es el primero que ve, hay otro en el parque Colón. Pero este es luminoso y resulta más llamativo.

Esas palabras se quedan después martilleándole el cerebro: Dios y Trujillo. ¿Tantos miles de kilómetros recorridos lo han llevado al punto de partida? En Europa apenas había logrado saber algo de ese país. Pero lo que va descubriendo le estremece. Visto desde París, Trujillo no era más que un personajillo grotesco que apareció alguna vez en fotos y caricaturas de prensa, con su uniforme empedrado de medallas y un sombrero lleno de plumas. Además, no había otra opción. Había que elegir entre la llegada inminente de Hitler o el país del personajillo emplumado. Un país que para la mayoría de esos refugiados era solo la antesala de algún destino final. Una puerta abierta cuando todas parecían cerradas. Ahora le empieza a parecer que aquel espejismo no era más que la entrada de una trampa rodeada de agua. Y tiene un presentimiento oscuro.

Sigue caminando mucho para calmar el desasosiego, pero no logra serenarse. ¿Qué hace callejeando por esa ciudad ruidosa y enloquecida, con unos lápices y unos trozos de coco y jagua en los bolsillos? Lo que necesita es encontrar un trabajo de verdad, cuanto antes.

Al llegar a la pensión se encuentra a Tatica como de costumbre, balanceándose en su mecedora. Tengo una buena noticia que darle, le dice muy risueña al verlo. Ya tienen ustedes casa. Almoina se echa a reír, nervioso. ¿Es broma? No, de verdad, responde ella sin dejar de hamacarse. No debería yo ser tan tonta de ayudar a perder unos clientes como ustedes. Pero conseguí el contacto de una casa disponible en la calle Palo Hincado. En el número cincuenta y ocho. Su esposa ha ido a verla. Está allí ahora mismo. Los niños están con la abuela en el parque Independencia.

¿Y se puede ir andando desde aquí?, pregunta Almoina un poco agitado. Sí, está cerca, le dice Tatica. Si sigue por Arzobispo Nouel, llega en diez minutos a Palo Hincado. Luego hay que bajar un poco hasta la Puerta de la Misericordia, que es un muro con un agujero. Allí mismo la va a encontrar. Almoina sale disparado y llega enseguida a ese muro imponente. Increíble ese resto majestuoso del renacentismo, se dice, deteniéndose un instante a contemplarlo. Después avanza hasta el lugar indicado y toca el timbre. Le abre Pilar, radiante.

Ya está arreglado, le dice. ¿Tan rápido? Sí, ven, ya verás. Hay tres dormitorios, así que podremos alquilar dos. Almoina frunce el entrecejo. Mujer, ¿estás segura? Sí, José, de momento seguiremos compartiendo alcoba con mamá y los niños. Él hace un mohín de disgusto. Pero pitusa, que somos casi siete. Ella se encoge de hombros con resignación. Entonces él le guiña el ojo con picardía. Ya se han acostumbrado a abrazarse muy de noche, cuando sienten la respiración pesada del sueño de los otros.

A los pocos días nace Leticia en el hospital Padre Billini. El nombre le cuadra a la perfección porque trae con ella, sí, la alegría. Aunque

hay que internarla en un centro de prácticas de puericultura. Allí le dan la comida, las medicinas y los pañales que en casa no se le pueden comprar. A sus hermanos también hay que internarlos en colegios para niños pobres, donde les dan de comer. Por lo demás, deciden educar a sus hijos en el olvido de la guerra. En el silencio alrededor de todo aquello. Por su seguridad. Cualquier información sobre ciertos temas puede ser peligrosa para ellos. Eso es al menos lo que indica el runrún que los rodea desde el primer momento.

A los pequeños les gusta el amontonamiento de los cuerpos en ese cuarto donde duerme toda la familia. Les da seguridad. También a Hilaria, que parece más calmada. Somos como los mosquitos, dice Lina, cabemos en cualquier sitio. Y la pensión se queda con ese nombre: la Casa del Mosquito. Al poco de instalarse se enteran de que los alemanes han hundido el Flandre a su regreso a Francia, muy cerca de Burdeos. Nueva sobrevida, piensa Almoina para sus adentros.

Los inquilinos de la pensión aparecen pronto, porque llegan más barcos de refugiados al puerto. Algunos de ellos recalan en Palo Hincado durante días o semanas. Del barco De la Salle llega el tipógrafo Antonio Olarte con su mujer, Elvira. Y del Cuba viene un muchacho que es boxeador, Manolo González. Después aparece Avellaneda, curado de las fiebres que lo han tenido en cama todo ese tiempo y casado con la joven que lo ha cuidado en Casa Tatica.

—Os presento a mi mujer, Josefina —les dice al llegar.

—¿Quieres decir que te has casado así, de repente, y ni siquiera nos has avisado? —le pregunta Pilar un poco ofendida.

—Bueno, el amor es así —responde él muy sonriente—. Nos casamos en el antiguo convento de los Dominicos, con anillos prestados. Y casados estamos.

Pronto Hilaria les recuerda que llegan las Navidades y que hay que montar un belén. Y agradece cualquier periódico o revista que le den para hacer figuritas. Todos ayudan, y los pequeños se arremolinan alrededor de esas manos, que ya modelan un montón de pastores y animalitos, además de los Reyes Magos con sus camellos.

—No les pongas zapatos a los pastores, abu —dice de pronto Lina —. No quiero que se vayan. Ni que nos vayamos de aquí. No quiero que nos vayamos nunca más.

—Bueno. Les quitamos los zapatos.

—Haz una abeja —dice Helena.

—¿Una oveja?

—Una abejita. Peluda.

—Claro —dice paciente Hilaria, mientras Ulises mete los dedos en la pasta para hacer pelotitas con ella.

El goteo de nuevos inquilinos no cesa y las cosas parecen empezar a funcionar. Y como en aquella cristalera del consulado de Burdeos, las paredes se van bebiendo las historias que todos esos nómadas cuentan sentados sobre maletas, cajas y baúles, porque muchos muebles no hay.

Mientras, Avellaneda ha tenido tiempo de saludar a cuanto español llega a la ciudad. Suelen reunirse en el bar del vasco Benito Paliza, instalado en un portal de cochera, en el parque Colón. Almoina lo acompaña a veces, y allí conoce a muchos de ellos. Algunos llevan

tiempo ya en la isla, como la pedagoga Guillermina Medrano o el abogado Alfredo Pereña. Otros llegan después, como Alfredo Matilla o Vicente Llorens, que encuentran enseguida trabajo en la Universidad de Santo Domingo.

Almoina también encuentra su hueco ahí, como profesor de Geografía en la Escuela Diplomática. Lo avala el ingeniero José de los Ríos, que ha llegado antes que él, como Bernardo Giner. Aunque Bernardo dura muy poco. Pasa de ser nombrado arquitecto municipal a salir desterrado, porque a su hija se le ocurrió enamorarse de un opositor de Trujillo, un tal Alfonseca. También se van en esos primeros meses Julián Grimau, Joan Junyer y Juan Chabás. Pero se quedan otros, como Pepe Vela Zanetti o Eugenio Granell. Y hay refugiados que se animan a instalar negocios, como los hermanos Escofet, que llegan en el barco De la Salle. Y que montan una librería en una casa de madera y zinc, en Arzobispo Mariño. Al poco tiempo es ya un lugar de referencia. Con ellos trabaja también Mirentxu, que logró llegar a París con ayuda de Nistal, como Avellaneda. Y que luego consiguió con los demás el visado para Dominicana.

—Esta es la ciudad de los prodigios —le dice Almoina al descubrirla en la librería Escofet, subida a una escalera y ordenando una estantería.

Ella no lo escucha, concentrada como está en su tarea.

—Es mejor que te bajes de ahí, Miguelona —añade él en voz más alta—. Mira que eres toda piernas y estos dominicanos se van a marear al verte.

Mirentxu entonces lo ve y le dedica su sonrisa de paletas montadas, un poco azorada.

—¡Joseba!… Tú… siempre igual de burlón —balbucea.

—Que no, que es verdad. ¿En qué barco has venido?

—En el De la Salle, como los Escofet, allí los conocí.

—¿Y dónde te hospedas? —le pregunta él curioso—. Nosotros tenemos una pensión. Si quieres, te aviso cuando quede una habitación libre.

—No… No te preocupes, tengo alquilado un cuarto —responde ella volviéndose a sus libros—. Ya nos cruzaremos por ahí. Cuando quieras, quedamos en el Paliza. Así nos tomamos un cafecito y hablamos.

Una buena mañana, a los pocos meses de trabajar Almoina en la Escuela Diplomática, se presenta un bedel a la salida de su clase. Don Julio Ortega, el rector, quiere que vaya a su despacho, le dice muy serio, sin más explicaciones. Almoina siente un estremecimiento. Vuelve a pensar en aquel cartel, «Dios y Trujillo», y se echa a andar presuroso hacia el rectorado. Qué pinta de sepulturero tiene ese bedel, piensa también. Con esos ojos tristes y esas comisuras de los labios caídas. Y esa manera que tiene de abrir la puerta al final de las clases y decir con voz gutural: La hoooora. Con razón lo llaman los estudiantes el Muerte. Cualquier cosa que le viniera a decir le iba a parecer un mal presagio. Pero ¿qué puede querer el rector? Sabe que caer en desgracia y ser despedido sin previo aviso es algo que ocurre con demasiada facilidad en ese país.

Intenta tranquilizarse y respirar hondo. Y aprieta el paso para dirigirse a la oficina de Ortega. Mientras, repasa mentalmente sus clases y sus comentarios en los pasillos. Siempre ha tenido cuidado.

Máxima discreción. ¿Habrá levantado alguna sospecha? Solo le faltaba empezar a recibir sanciones. Si es que no lo llama por algo peor. Llega a la puerta del rector con el corazón en un puño y se la encuentra abierta. Entonces se asoma para pedir permiso y entrar.

—Pase, pase, profesor Almoina, tengo noticias —le dice Ortega al verlo.

—A su disposición, don Julio —responde él con un hilo de voz. Está rígido, aunque la sonrisa del rector lo calma un poco.

—Hay buenas referencias sobre usted —añade Ortega—. De sus alumnos y también de sus colegas.

Almoina no sabe si debe relajarse o esperar una cuchillada, así que sigue alerta.

—Dicen que tiene usted un conocimiento histórico abrumador —sigue Ortega—. Y nosotros necesitamos que alguien se ocupe de la asignatura de Historia Antigua en la Facultad de Letras. Y también de Lengua y Literatura. Si acepta, le aumentaremos el sueldo y haremos lo posible para que le encajen los horarios. Empezaría inmediatamente. Dígame que acepta, por favor.

Almoina se echa a reír, nervioso, y el rector lo mira un poco ofendido.

—Perdone, doctor Ortega —dice enseguida, recuperando la compostura—. No me esperaba algo así, es un honor. Claro que acepto, encantado —responde con alivio.

22

La Condesita

A pesar de sus reticencias, a veces Avellaneda logra arrastrar a Almoina a las tertulias del café Paliza. Allí los refugiados siguen enfrascados en discutir obsesivamente los mismos temas, como el pacto entre Stalin y Hitler del último agosto. Sus cuerpos están ahí, pero su cabeza sigue aún en la guerra. Pasan el tiempo recordando aquellos días y también sus noches alumbradas por velas. O con aquellas lámparas de luz azulada, encendidas con aceite de motor o queroseno. Y animadas por las canciones de los milicianos. A Almoina no le gustan esas reuniones. Lo obligan a recordar cosas que han quedado lejos y que necesita empezar a olvidar. Las colas del racionamiento. El café de achicoria. El pan negro. También el llanto de los niños. El estruendo de las bombas. Las ambulancias que iban y venían. Las camillas con trapos empapados en sangre y restos humanos. Las calles devastadas. El ruido. La furia. El zumbido. Y siempre aquellos farolitos azules que daban a esos recuerdos un resplandor espectral.

Ese día, al llegar, se encuentran en una mesa a Llorens y Mirentxu echando chispas sobre una conferencia que vienen de escuchar.

—Pero qué os pasa —dice Almoina.

—Nada, ese de ahí fuera —señala Mirentxu.

En el exterior del Paliza, un joven muy delgado, con entradas en la frente y bigote fino, fuma un cigarrillo mientras conversa con alguien que está de espaldas.

—Se llama Jesús —sigue Mirentxu—. Jesús Galíndez. Y dice que es vasco. Vasquito del Manzanares, diría yo. Que nació en Madrid y no sabe una palabra de euskera. Nos acaba de colocar una charla soporífera en el Ateneo.

—No hables así, mujer, que es amigo mío —replica Avellaneda enseguida—. Y tiene abuelos vascos.

—Es que tú eres amigo de todo el mundo, pero ese tipo es insufrible —dice Llorens—. No sabéis de la que os habéis librado. Nos ha contado un cuento sobre el edén que es su patria, poblada por gudaris de leyenda. Es que no se puede ser más infantil.

—Eso es, infantil. Que me han dicho que todavía lee tebeos. —Mirentxu sonríe burlona.

—Bueno, ya vale, coño, que os va a oír y es muy sensible —dice Avellaneda—. Él es así, pero es buena gente. Ha tenido una vida difícil. No tiene madre, y se lleva fatal con su padre. Yo lo conocí en Madrid, en la guerra. Salvó a un montón de curas y monjas, acreditándolos como milicianos vascos. Eso sí, luego no se podía llamar a filas a esos milicianos, ¡no fuera que se pasaran al enemigo!

Avellaneda suelta una sonora carcajada y Mirentxu insiste:

—Es que es un tipo rarísimo. Y un roñoso. Hasta cuenta los cigarros que se fuma, lo tiene todo medido. ¿Quién es el otro?

—El otro es Alfredo Matilla —responde Avellaneda—. Su padre fue profesor de Galíndez en la Universidad Central. Los Matilla lo han

acogido en su casa, llegó después que ellos. Viven ahí cerca, en Arzobispo Meriño.

Mirentxu lo mira pensativa.

—Eso también es muy raro —dice—. ¿Y cómo llegó aquí Galíndez? Es que no vino con ninguno de nosotros en los barcos del Gobierno.

—Yo conozco a Matilla también —la interrumpe Almoina—. Es compañero mío en la Escuela Diplomática. Me ha pedido que lo ayude a recomendar a Galíndez para que lo contraten en la escuela. Por supuesto, lo haré, se necesita gente allí dentro. Aunque yo aún no lo conozco personalmente.

En ese momento entran los dos aludidos al Paliza y el camarero se acerca para tomarles nota. Ellos le piden dos cafés y una copa de ron. Luego Matilla se dirige a Almoina.

—Pepe, me alegra poderte presentar a Jesús.

—Encantado. —Almoina le tiende la mano.

—Por fin le puedo dar las gracias, amigo —dice Galíndez, estrechándosela.

—No hay de qué, entre españoles tenemos que ayudarnos.

—Yo no soy español, soy vasco —responde Galíndez muy serio—. Vasco y católico, esas son mis banderas.

—Ah. Bueno, lo mismo da. Lo intentaremos de todas maneras —dice Almoina, mientras Llorens y Mirentxu intercambian un gesto burlón.

A lo largo de la tarde van llegando más españoles, como Pereña, o Guillermina con su marido. También Granell, que fuma como un carretero. Y se van sucediendo los cafés, los cigarros y los vasos de ron. El aire del local es ya una densa nube blanca y el ambiente es

cordial y relajado. Mirentxu aprovecha el momento para preguntarle a Galíndez sobre esa duda que tiene.

—Oye, Jesús, ¿tú cómo has llegado a la República Dominicana?

—Bueno, vine desde España con escala en Estados Unidos. Mi padre me pagó el billete. No me apetecía ir a México, la verdad, casi todos han ido allí. Yo prefería un lugar más pequeño. Con espacio para poder hacer mi camino como escritor.

Avellaneda interviene enseguida.

—¡Bien! Eso no me lo habías contado. ¿Y qué escribes? ¿Poesía, como yo? Pereña también es escritor. Hace teatro.

Pereña se remueve incómodo y se sonroja un poco.

—Hombre, solo soy un aficionado.

—Yo nunca he publicado nada, pero me gustaría ser novelista algún día —dice Galíndez.

—Eso está bien. Estamos en el país de las oportunidades. Mira a este. —Llorens señala a Granell—. Era violinista y ahora es pintor. Aquí, cada loco con su tema.

—Sin faltar, ¿eh? —dice Granell—. No te olvides de que estoy en la Sinfónica de Santo Domingo. Pero sí, prefiero la pintura. Y la poesía. Ya veréis, estamos preparando una revista cojonuda. Se va a llamar *La poesía sorprendida.*

—Pues vaya título —dice Avellaneda, que se vuelve de nuevo a Galíndez—. Oye, Jesús, yo también estoy dirigiendo una revista literaria. Se llama *Hogar*. Por si quieres colaborar. Me la cedió la dueña, que se fue de aquí por lo mismo que todos los que se van.

—Cuida esa lengua, gordinflón —le dice Almoina enseguida.

—Pero si no digo nada. Bueno, pues eso, me quedé con la revista y me asocié con un impresor arruinado que tenía cortada la luz por

impago. Ahora ya tenemos luz y todo va marchando. Almoina y Matilla también colaboran. Y Mirentxu, que es nuestra experta tipógrafa. Publicamos cosas de Lorca, Machado, Unamuno…

—Unamuno, el más grande —le interrumpe Mirentxu, y recita—: «A un pueblo de arrieros, lechuzos y tahúres y logreros… dicta lecciones de Caballería».

—Entre medias encontrarás algún retrato de Trujillo —sigue Avellaneda—. Ya sabes, lo normal. No es culpa mía.

—¡Que no seas bocazas, poeta! —le espeta Almoina, contrariado —. Eres como el trombón de los refugiados.

—Vale, coño, vale. Pues eso, que estás invitado, Jesús.

Los tertulianos conversan en el Paliza hasta muy tarde, con los ánimos encendidos por el ron caribeño. Y esa noche, mientras intenta conciliar el sueño, Almoina piensa que sí, que es cierto que esa puede ser la tierra de las oportunidades. Aunque sueñe cada día con regresar a España, como la mayoría. Pero perder el pasado tiene también sus ventajas, se dice. Él se ha librado de todas aquellas trabas burocráticas que le impedían dedicarse al oficio de historiador. Y además ha logrado retomar los lazos que le unen con su otra familia, la de la Fraternidad del Gran Arquitecto del Universo. Su familia masónica, que es legal ahí. Y esa es la otra novedad en su vida: su afiliación a la logia Libertad, a la que empieza a acudir regularmente, cada dos semanas. Echaba de menos esas tenidas rituales, con su entorno de columnas y altares. Y ese mundo de símbolos, que van más allá del atuendo de guantes blancos y mandiles alegóricos usados por una tradición de siglos. O de triángulos, compases y escuadras para representar los tres pilares de la armonía: verdad, belleza y justicia. Porque esos encuentros son

sobre todo un viaje interior de conocimiento y transformación a través del diálogo. De juegos de preguntas y respuestas. Un aprendizaje ético e intelectual para la tolerancia, la humildad, la filantropía. Y cuando sale a la calle tras la cadena de unión final, donde todos se dan la mano al unísono en un movimiento armónico y colectivo, se siente lleno de fuerza, de confianza, de luz.

Con sus hermanos dominicanos se comunica con la mayor discreción. Porque muchos son miembros de la Resistencia. Como Bustamante, ese militar retirado que le ha conseguido además el contacto de una casa de confianza adonde mudarse. Pronto están instalados en el segundo piso de un edificio de principios de siglo y con balcones a la calle El Conde, con entrada por la calle Espaillat. Esta vez es Helena la que le pone nombre: La Condesita. Su dueño es también un hermano masón, Bernardo. Tiene en la planta baja una tienda de abarrotes y un negocio de importación y exportación. Y él vive con su familia en la primera planta.

La Condesita no es grande pero sí luminosa. Y la vida de los Almoina parece irse normalizando. El calor húmedo y sofocante es lo único a lo que no logran acostumbrarse, en especial Pilar. Se levanta varias veces cada noche para comprobar que los niños están bien y secarles el sudor con una toalla. Para que no se resfríen. Le preocupa sobre todo Helena, que tiene facilidad para enfermarse de cualquier cosa. Además, a sus cuatro años, sigue con su balbuceo. No te preocupes, la tranquiliza José. ¿No ves lo lista que es? Ya aprenderá a hablar. Pero Pilar piensa que tal vez Helena sigue impresionada por lo que oía en aquella celda. Y por su hábito allí de cubrirle la boca para que no la oyeran llorar. Para que no se hiciera notar. Para que no se la volviera a quitar aquella carcelera, como

hizo una vez, diciéndole: mala madre, no sabes ni cuidarla, trae que ya te enseño yo.

Ulises también es reservado y tímido, y duerme en la habitación de su abuela. La mayor, Lina, anda siempre alrededor de su padre como un gato, y le gusta sentarse en un rincón de su estudio con algún cuento sobre las rodillas. Y la pequeña Leticia pasa de brazo en brazo y es el juguete de la familia. El mundo de esos niños ha cambiado mucho, pero vuelven para ellos los cuentos compartidos. De Josito Crusoe no se habla, porque duele. Pero aún está Lina Hood. Y las historias de la bella Helena, la amada de Paris. Y de Ulises, el inventor del caballo de Troya. Para Leticia queda el papel de la ingeniosa Pulgarcita. Ella aún no puede entender la historia, pero sus hermanos sí.

—Yo… no quiero ser la novia de Paris —dice Helena atropellándose —. Quiero ser la mala… La mala Circe.

—Ah, muy bien, Helena Circe. Pero ¿por qué te gusta tanto?

—Porque… Porque es fuerte. Y porque hace magia.

A los problemas de Almoina para dormir se une ahora el calor del trópico. Y suele subir a la azotea después de cenar para refrescarse y pasar un rato. Desde que descubrió que al lado vive Vicente Llorens, las tertulias allá arriba se han ido haciendo costumbre. ¡Aquí tengo los libros que me encargaste!, le grita a Vicente en cuanto lo ve aparecer esa noche. Los conseguí donde los Escofet esta mañana. Voy cada vez que puedo, necesito reconstruir mi biblioteca.

Pues a ver si te vienes un día a los encuentros en casa de Julio, el rector, le responde él acercándose. Tiene una biblioteca que es como para ponerte de rodillas delante, añade. Almoina se encoge de hombros. Ya, ya me han dicho, pero tengo poco tiempo. Oye, qué

bien se está aquí a estas horas, con este aire tan fresco. Uno puede olvidarse de todo lo malo. Al menos por un rato, dice respirando hondo.

Sí, por un rato, le replica Llorens en voz muy baja. Pero yo quiero irme cuanto antes, Pepe. Este ambiente enrarecido no me gusta nada. Dicen que pasan cosas. Que secuestran gente. A mí también me gustaría salir de aquí, le responde Almoina, también en un susurro. Ir a Argentina, por ejemplo. Pero lo tenemos difícil con cuatro niños tan pequeños. La última, de meses. Hay que ahorrar primero, aquí tienen pan y escuela, no podemos hacerles pasar hambre y peligro otra vez. Pilar no quiere ni oír hablar de más viajes ahora. Además, su madre no está bien, pero mejor callar, le indica con el índice en los labios. Llorens hace un gesto de contrariedad y cambia de tema enseguida. Bueno, me ha hablado Julio de tus nuevas clases en la universidad. Tienes mucha suerte. Llegas así, por arte de birlibirloque, a donde a otros nos ha costado mucho llegar. No te quejarás, ¿no?

Almoina se remueve, un poco incómodo. Hombre, Vicente, esto no es precisamente Harvard. Esa facultad la acaban de inventar, como quien dice. Ya sabes que el nivel es bajísimo. Pero sí que estoy contento. En un par de años creo que habremos ahorrado para irnos. A Argentina, eso es lo que me gustaría.

En ese momento se oye el motor de un coche que avanza a toda velocidad y un frenazo. Luego, golpes y gritos. Los dos profesores se miran, se agachan a un tiempo y reptan hacia las respectivas escaleras. Almoina ve a Pilar en el rellano, asomada a la puerta, y la figura menuda de Bernardo subiendo a oscuras, con una vela. Sabía que estabas arriba, aquí dentro se siente todo, le dice con un tono

casi inaudible. Venía a buscarte. Sssshhh. Hay que hablar bajito. Ni luz ni ruido, es lo mejor. Siéntate conmigo en este escalón hasta que pase un rato.

Bernardo le hace una señal de tranquilidad a Pilar, que vuelve a entrar en casa. Después apaga la vela. Ellos dos se quedan ahí sentados, a oscuras y muy juntos, porque los escalones son estrechos. No ver, no oír, no hablar. Esa es la consigna para sobrevivir en el reino de su excelencia, dice Bernardo en voz muy baja mientras retuerce con gesto nervioso la punta de su bigote. Luego permanecen un rato en silencio.

Cuando todo parece ya en calma, Almoina le habla también bajito a Bernardo. Oye, ya sé que no contarnos muchos detalles es una manera de cuidarnos. Pero ya llevo tiempo en la isla y necesito saber más, ¿entiendes? Ha llegado el momento de que me digas qué demonios pasa de verdad. Aparte de lo obvio, claro. Bernardo se queda en silencio y Almoina insiste. Venga, hombre. Por favor.

Pues lo que ocurre lo sabe todo el mundo pero no se puede decir, responde al fin Bernardo. Aquí cualquiera puede ser un espía. Hay que desconfiar sobre todo de camareros, limpiabotas, mendigos y taxistas. Y de las empleadas de hogar. Y por supuesto de las prostitutas. Almoina sofoca la risa. Perdona, se me ha escapado, dice. Con mi vida de cartujo, me parece que no trato con ninguno de esos grupos, en especial el de las meretrices.

Qué fino eres, carajo, le responde Bernardo, sofocando también la risa, que en su caso es cavernosa, como su voz de ronero. Bueno, de todas maneras ya sabes lo que pasa. Ustedes, los españoles y los judíos refugiados, son los intocables. Se les trata de lo mejorcito,

porque son la coartada del Jefe ante el mundo. Por suerte para ustedes, claro.

Eso tampoco lo entiendo, dice Almoina. Todo son dificultades para los exiliados en cualquier parte, y aquí se nos trata como a dioses. Por supuesto, dentro de las condiciones de la isla. Y salvando que se nos hace desfilar en los homenajes al Jefe y firmar manifiestos de adhesión al régimen. Se queda pensando y añade: y pagar cuotas obligatorias para el partido único. Pero se nos trata bien. Todos vamos consiguiendo trabajo y hasta podemos tener nuestras revistas y periódicos. Publicar nuestros artículos. Reunirnos, en fin. Es una cosa de locos. Trujillo sabe cómo pensamos los que venimos de España. Venimos huyendo de uno como él. Y por cierto, ¿no le molesta que lo llamen Jefe, como rebajándolo?

Al contrario, le encanta, responde Bernardo, siempre jugando con su bigote. Le suena como Führer y como Duce. A ustedes los está usando, ya te lo dije. Son para él la prueba ante el mundo de que esto es una supuesta democracia. Y de que él es un filántropo, además. Aunque el país sea un campo de concentración y él su verdugo.

Almoina sigue decidido a sacarle más información, aprovechando ese momento de intimidad. Bueno, dice, yo solo sé que en la conferencia de Evian, cuando Roosevelt pidió acogida para los que huían del nazismo, Trujillo se ofreció a recibir a cien mil. Lo cual suena a bravata, con lo pequeño que es el país. Y lo increíble es que nos hayan aceptado a los españoles también. Aunque sí, huimos del nazismo, claro.

Todo está estudiado, responde Bernardo, al que su voz ronca le hace penoso hablar bajo. En Pittsburgh hicieron doctor *honoris*

causa a ese cretino precisamente por esa supuesta decisión filantrópica. Y él es capaz de matar a alguien por conseguir otra chapita para su colección. Por eso lo llamamos así, Chapitas. Adora tener medallas, títulos y menciones. Los colecciona como un niño pequeño. Pero olvídate de la filantropía. Todo son intereses.

Bueno, de eso sé bastante, le ataja Almoina, que sigue tirando del hilo de esas informaciones. Aquellos tipos de la embajada en París, Virgilio Trujillo y Porfirio Rubirosa, se quedaban con el dinero del SERE. Y como veían a la gente desesperada, acabaron recogiendo todo tipo de alhajas. Un abuso absoluto, pero la gente daba cualquier cosa por escapar de allí. Ya te puedes imaginar.

Virgilio y Rubirosa, menudos tipos, dice Bernardo con un gesto de repugnancia. No sabes con quién tratabas. Virgilio es un ladrón. Y el otro, un asesino a sueldo. ¿En la embajada? La voz de Almoina ha vuelto a subir de volumen y enseguida se tapa la boca. Bernardo también hace el esfuerzo de bajar la voz hasta un tono casi inaudible.

Claro, qué mejor lugar para ellos, responde. Con pasaporte diplomático. Impunes siempre. El Jefe es un genio en este tipo de cosas. Es tan osado que resulta inverosímil, ¿no? Nadie creería que a sus matones los hace embajadores con sueldos de lujo. Así los protege. Y tienen más poder y libertad que nadie. Rubirosa, además, es un famoso *playboy.* Se codea con las mujeres más bellas y exquisitas. Con aristócratas y actrices famosas. En París era la gran sensación en las fiestas de la alta sociedad. Parece que lo tiene todo, el tipo, dice Almoina con sorna.

Bueno, ese pendejo tiene al menos algo importante, apunta Bernardo. Dizque su secreto con las mujeres es que tiene un

miembro enorme. Descomunal. Por lo visto, las vuelve locas con su desmesura caribeña. Ahora se echan a reír los dos por lo bajo. Seguro que además le da bien a la mamajuana, añade Bernardo. Dizque en los restaurantes parisinos ya llamaban «rubirosas» a esos pimenteros grandes que usan allí. Los dos vuelven a sofocar la risa. Hay que decir que la corte de vuestro Jefe es más entretenida que la de nuestro Caudillo, siempre rodeado de curas y de incienso, dice Almoina burlón.

Pilar se asoma de nuevo por una rendija de la puerta para ver que todo está bien, y José le indica con la mano que bajará más tarde. Ahora que ha conseguido enterarse de algunas cosas no quiere por nada interrumpir la conversación. Verás, sigue Bernardo. Volviendo a lo de antes, el Jefe es un personaje bien complejo. Bueno, eso es lo que tiene, complejos. Es un mulato de origen humilde y sin educación ninguna. Y con una abuela haitiana, además. Se formó con los marines, cuando invadieron la isla entera. O sea, Haití y Dominicana. Yo creo que ellos le grabaron a fuego el desprecio a los negros. Así que ahí lo tienes, un mulato que quiere ser blanco. Le fascina todo lo que tenga que ver con Europa y con la piel clara. Tiene una fortuna tremenda, pero no puede comprar lo que le falta: cultura, elegancia, qué sé yo. Ustedes son como dioses para él. No soporta el color de su piel, y hasta se maquilla para parecer lo que no es.

Almoina mira a Bernardo, sorprendido, y él se adelanta a sus palabras. Sí, ya sé que aquí la mayoría somos de piel oscura. Y no te imaginas el racismo que hay. Sobre todo hacia los vecinos haitianos, que son más oscuros que nosotros. De ahí vino la famosa matanza

que ordenó Trujillo contra ellos. Luego se dedicó a acoger a refugiados como ustedes, para lavarse la culpa frente al mundo.

Eso tampoco nos lo ha contado nadie, dice Almoina muy serio. No quieras saberlo, amigo, responde Bernardo. Cuéntamelo, por favor, que a París no llegó nada, insiste Almoina. Solo se sabía que ese tarado estuvo por allí de viaje diplomático y que llevaba un sombrero con plumas. Ni siquiera sabíamos que a Santo Domingo la habían bautizado como Ciudad Trujillo. Yo evito nombrarla así si puedo, me repugna ese nombre.

Bueno, aquí todo ocurre en la sombra, Pepe. Pero claro que hay cosas que no se pueden esconder. Dizque fueron decenas de miles los asesinados. El río se volvió rojo por los cuerpos que llevaba. Imagínate. Los mataron a cuchillo. Para que pareciera una revuelta y no obra del ejército. De su ejército. La llaman la matanza de Perejil, porque así era como identificaban a los haitianos. Les hacían pronunciar esa palabra, porque ellos la pronuncian a la francesa, claro. Y enseguida se delataban.

Almoina se remueve en el escalón y Bernardo continúa. Dizque los sacaban de todas partes: de las plantaciones, de los escondites. Los ponían en fila, con las manos atadas, y les iban cortando la cabeza a uno detrás de otro. El caso es que aquello duró mucho. Duró semanas. No se salvaba nadie. Y convirtieron el río en un camposanto. Luego empezaron a dejarlos por ahí, abandonados por cualquier parte. Prohibían enterrarlos. Para dar ejemplo. Para inmovilizar a la población, por el miedo. Eso me suena, responde Almoina sobrecogido. Otro discípulo del Führer.

Dizque la cosa fue por puro despecho, sigue Bernardo. Porque le salió mal su plan de invasión. Chapitas tenía la frontera llena de

militares de paisano listos para cruzar al otro lado, ponerse un uniforme haitiano y simular una invasión a nuestro país. Eso para justificar que luego Trujillo contraatacara y ocupara Haití. Es su sueño imperial. Sí, de discípulo del Führer. Es su ídolo. Tiene una imaginación teatral también. Le gustan las grandes actuaciones. Todo aquí es teatro. Y él es el protagonista siempre. El galán de la película.

Pilar vuelve a asomarse y esta vez no cierra la puerta. José le hace señales para que se acerque. Siguen hablando en susurros. Todos duermen ya, musita Pilar. Bueno, menos mamá. Pero ya sabes que duerme poco. Se ha quedado helada al oír esos disparos y está nerviosa. El asunto es que a los niños les dijimos que eran voladores y ya están acostados. Me vuelvo a casa, no tardes.

Bernardo enciende de nuevo la vela y se va escaleras abajo con un gesto de despedida. Espera, quiero que me sigas contando. Mejor no, Pepe. Por cierto, Bustamante nos ha invitado a pasar algún domingo en el ranchito que tiene a las afueras. En plan familiar. Pues nosotros encantados, responde Almoina. Buenas noches, Bernardo, dice ya a la oscuridad y el silencio de la escalera.

Cuando Almoina llega a casa, todo está apagado. Cuéntame, le dice Pilar, que ya se ha metido entre las sábanas. Habéis estado hablando un montón de tiempo. Almoina se ha quitado la camisa y está sentado en el borde de la cama, quitándose los zapatos. Pues te cuento que quiero comprar una radio para nuestro dormitorio, meniña. ¿Y de eso habéis hablado?, dice ella. Ya tenemos la de mamá. No, responde Almoina, yo quiero una radio para nosotros. Aquí oyen hasta las piedras, ¿comprendes? He visto una oferta de Radioplayer Philips en esta calle. Tiene buena pinta. ¿Te parece

bien? Pilar no dice nada. Solo dibuja en su espalda con el dedo índice una sílaba: sí.

23

Lombriz, canica y maní

Uno, dos, tres, cuatro: Pilar baja al parque Independencia cada tarde con los niños para que correteen un rato y pasa el tiempo contándolos mentalmente para controlarlos. Uno…, dos…, tres…, cuatro. Ahí están ya, mezclados con los amigos del colegio y del barrio. Muy bien que corran y suden un rato, se dice. Que se cansen, para que luego caigan rendidos por la noche. Además, están felices. Con esa inocencia, ese no saber nada de lo poco que le va contando José por las noches, cuando nadie puede oírlos. Porque de eso no se puede hablar en ningún sitio. Ellos solo saben que los tres mayores nacieron en Europa y que ahora están ahí, disfrutando de esa isla llena de luz. Y de esas playas donde pueden remojarse a gusto y aprender a nadar. Que no todo son los deberes del colegio.

José ha vuelto a sus desapariciones con esos hermanos suyos. Los busca dondequiera que va, pero ella desconfía. A ver, José, cómo sabes que no te van a traicionar. Por qué confías tanto en ellos. Porque son mis hermanos, responde él. Por eso confío, ellos están en lo mismo que yo, se la juegan igual que yo. Pero cuéntame más, José. No, no te cuento más. Es que nunca me cuentas nada. Pues por eso, para que no tengas problemas. Ya te cuento mucho. Son mi

familia desde que estuve en Santiago, allí los descubrí a ellos y a ti. Mentirosillo, le dice ella, cómo que a mí, no me hables de las otras. Pero si te vi en los charcos de aquellas calles una noche, mujer. Claro, estarías borracho. Y se ríen los dos. Él siempre logra cambiar de tema, pero ella vuelve otra vez a preguntar: dime más de esos hermanos tuyos, amor. Pues no puedo, pitusa, porque la regla número uno es hacer el bien, y la segunda es guardar silencio, así que te hago bien no contándote nada, y mato dos pájaros de un tiro. Y vuelven a reírse. Así me gusta, lebriña, que te rías. Y sí que te vi en el verdín de aquellas piedras. Te adiviné antes de conocerte, eso sí lo puedes creer. Y que luego me caí en esos ojos como una mosca en la sopa, también.

Eso va pensando Pilar, que se sienta ahora en el banco de siempre y se concentra en tener bajo control a sus cuatro hijos. Aunque no es fácil, porque se dispersan en cualquier dirección, y ella pasa el tiempo contándolos. Uno, Ulises, el más distraído. Ya tiene cuatro años y busca a otros niños para jugar a la pelota con ellos. O se queda mirando cómo los mayores disparan sus canicas de colores. Dos y tres, Helena y Lina, siempre van juntas. Juegan más allá con otras niñas a la comba o a las muñecas, son las más tranquilas. Y ahí junto a ella está Leticia, la cuatro, que ya tiene dos años y se empeña en explorarlo todo. Además, es muy cariñosa y se va de la mano con cualquiera que venga a hacerle un arrumaco. Hilaria baja con ellos muchas veces, aunque otras aprovecha para descansar del trasiego del día. La única salida que no perdona es la misa del domingo. Ella la acompaña con los críos y con José. Y luego se quedan por allí paseando hasta que Hilaria sale de la iglesia. Micaela Adán, la costurera, suele bajar también al parque con sus dos hijos,

que son un poco mayores que los suyos y dan menos sustos. Y ahí está con ella, contándole sus cosas.

Mientras su amiga le habla, Pilar sigue con las pupilas en danza por el parque: uno, dos, tres, cuatro. Leticia está ahora en brazos de una amiga de Micaela, que acaba de llegar. Qué manía tienen los mayores de coger a los niños en brazos, se dice. Quién sabe la cantidad de microbios y enfermedades que les van pasando. Por eso, en cuanto suba los meterá a todos en la bañera. A darles jabón de la cabeza a los pies, que nunca se sabe. Ahora está la número cuatro sentada en la tierra observando una lombriz, ¿por qué a las madres les da la naturaleza solamente dos ojos? Uno en cada dedo de la mano, eso debería tener. Un apoyo de diez ojos extra para mirar a todas partes a la vez. Ulises ya está alrededor de los niños mayores, encandilado con los colores de las canicas. Y Leticia se acerca a la lombriz, asombrada ante ese cuerpecito blando y oscuro. Se acerca todavía más, hechizada por el movimiento de ese ser minúsculo. Y ella la está viendo venir, como si le leyera el pensamiento. Seguro que quiere tragarse ese pedacito de chocolate. Le parece de pronto oír la voz de Hilaria: mujer, déjalos jugar. Que descubran el mundo, que están en la edad de curiosear. Deja que aprendan de sus errores, no seas tan protectora, tan maniática. Y es verdad. Además, la pobre Leticia no ha hecho nada, solo está mirando la lombriz. Ahora seguro que pasa una mariposa o una paloma y se va detrás, con esos pasitos cortos que siempre acaban por estrellarla contra el suelo. Por eso su padre la llama pardaliña, por ese andar gracioso de gorrión. Y luego vienen los lagrimones.

Micaela le sigue hablando. Habla y habla sin parar, pero ella no se concentra en sus palabras. No puede concentrarse en eso ni en

nada. No tiene cabeza ninguna desde que esos cuatro niños dependen de ella. Ahora mira hacia donde juegan la número dos y la número tres, pero no están. El corazón le da un vuelco. Hay muchas niñas ahí todavía, pero no están Helena y Lina. Se pone de pie, nerviosa. Ahora vuelvo, le dice a Micaela. Es que no veo a las mayores, cuídame a los pequeños. Micaela asiente y sigue atenta al parque, mientras ella empieza a acelerar sus pasos. Por la cabeza ya le pasa de todo y el corazón le late con fuerza, ¿cómo pueden desaparecer de repente dos niñas? Nada a la vista. Se echa a andar por la calle El Conde, hay mucha gente y bullicio allí. Una radio quiere sonar más alta que las otras con esos merengues pegadizos. Y las bocinas hacen sonar su coro desordenado. Todo es ruido en el hormiguero desbocado de esa ciudad frenética. Gente y más gente, pero ¿y las niñas? El calor es sofocante, siempre es sofocante en esa isla. Pero ahora siente un sudor frío que le cubre el cuerpo y la frente. Lleva mucho rato buscándolas, y nada. ¿O tal vez no ha sido tanto tiempo?

Se le hace eterno ese momento, ¿qué está pasando? Seguramente se han alejado un poco por cualquier distracción y se han perdido al querer regresar. Algún policía las habrá visto y se las habrá llevado a la comisaría para desde allí telefonear a casa. O para dar parte del incidente. Así que debería estar tranquila. Pero ¿cómo estarán Ulises y Leticia? Micaela los estará cuidando bien mientras ella regresa, pero ¿y si no? Esa maldita lombriz estará ya en la barriga de la pequeña. Y ella con esos ojos de asombro se habrá puesto a llorar al regañarla Micaela, seguro. Pero dónde diablos están Helena y Lina, Dios mío, no puede ser que se las haya tragado la tierra. Los pies la llevan a toda velocidad de acá para allá, aunque siempre está

alrededor del mismo lugar. No pueden haberse alejado tanto así como así. En esa ciudad todo el mundo se conoce, estarán seguras en alguna comisaría. O tal vez en casa de alguien, pero ¿de quién? No os fieis de nadie, eso les dice siempre. Que sí, mamá, qué pesada, responden ellas. Maldita sea, ¿dónde están? Vislumbra a lo lejos el parque y el vestido rosa de Teresa. Allí están uno y cuatro seguros con ella. Si hubiera algún problema, el vestido rosa de Teresa se habría movido hacia algún lado, pero sigue sentada, vigilando. De ella sí se fía. Pero no de los demás. Lina y Helena son tan pequeñas y tan bonitas, ¿y si se han subido al coche de algún desaprensivo que las ha invitado a lo que sea? Ellas, con toda su inocencia, habrán dicho que sí, tranquilamente. ¿Están perdidas, niñas? ¡Las llevo a casa! Eso les habrá dicho alguno con ese acento tan cantarín que tienen ahí. Cualquier embaucador se las puede haber llevado. ¿Será que eso de los secuestros es más real de lo que ella nunca pensó?

Pilar se sigue alejando por la calle El Conde, pero no lo bastante como para perder de vista el vestido rosa. Esto es una pesadilla, qué dirá José cuando lo sepa. Que tanta manía no me ha servido para nada, se dice. Y las niñas siguen sin aparecer. Virgen santa, ayúdame por lo que más quieras. Y justo hoy mamá no se animó a venir al parque. Tenía que ser hoy. Ella me habría ayudado a vigilar mejor, menudo río de gente hay aquí. ¿Cómo harán las madres dominicanas para controlar a sus niñas entre tanto barullo?

A ver, Pilar, serénate y piensa en frío, se dice otra vez. Opciones. Primera, están perdidas por aquí cerca y las voy a encontrar en un momento. Segunda, están acompañadas. Y en ese caso, dos opciones. Primera, acompañadas por alguien que las ayude a

regresar al parque o a casa. Por ejemplo la policía. O segunda, acompañadas por algún desaprensivo. Se detiene de pronto. ¿Y no hay desaprensivos entre la policía? No hay que fiarse tampoco de ellos. Y menos aquí, con las cosas tan raras que se cuentan sobre raptos y desapariciones. Sigue caminando deprisa. Ya no puede pensar. Le arde la cabeza, ¿cuánto tiempo ha pasado? Dios, ayúdame. Dos niñas perdidas en esta ciudad de locos. En este país de locos. ¿Qué les habrá ocurrido? Piensa de pronto en un accidente, esa es otra opción. ¿Y si alguien las ha atropellado? Pero no, habría sentido algún tumulto. No pueden estar tan lejos. ¿Por qué se han alejado? ¿Persiguiendo qué? ¿Y si sí que las han atropellado y están en un hospital? La imagen de Josito la asalta de repente. Pilar, tranquila, deja de llorar, se dice ahora. ¿Cómo te pones a llorar, no era que ya no sabías? La gente la mira, le pregunta. Señora, qué le pasa, ¿está usted bien? Mis niñas, no las veo, se me han perdido, responde ella con un hilo de voz. ¿Dónde?, le preguntan, ¿hace mucho? Ella mira el reloj, que no parece avanzar, y en ese momento ve salir de la tienda de Altagracia a Lina y Helena con un cucurucho grande de maní.

Entonces se echa a correr y las abraza entre lágrimas. Ellas no entienden y se quedan sobrecogidas: mamá, qué te pasa. ¿Cómo no me avisáis, hijas?, hay que avisar cuando uno se va lejos. Mami, es que hicimos una colecta para comprar maní para todas. Pero estábamos aquí al lado. Las niñas lloran también, se sienten culpables. Pero a la vez tienen una sensación reconfortante. Porque su madre ha llorado por ellas, y nunca antes la vieron llorar por ellas. Siempre se la ve tan entera, tan segura. Pero hoy ha llorado. No volverá a ocurrir, le dicen. Y bajan las tres abrazadas por El

Conde hacia el parque. Entonces Pilar vuelve a poner los ojos en el vestido rosa de Micaela. Porque la número cuatro y el número uno son demasiado pequeños, y a ellos no los puede ver desde ahí. Estarán como siempre por el suelo. O mezclados con los otros niños del parque. El vestido rosa de Micaela es su faro, su estrella de Belén en ese momento. Y allí está, fulgurante como una bandera. Y a medida que se acerca ve que los tiene a los dos con ella. Leticia ahora está en su cochecito, y Ulises en sus rodillas. Vaya, ahora se han vuelto modosos. Con la guerra que dan, piensa, feliz de tenerlos ya a los cuatro bajo control. Tiene que aprender a serenarse. Es verdad que es una maniática. Si lo dicen todos, por algo será. Eres un manojito de nervios, le dice José cada día. Tienes que comer más, estás demasiado delgada, tienes que ponerte fuerte de una vez. Y no será porque no le hace sus buenos caldos Hilaria. Pero hay algo dentro que es como una angustia que no la deja, desde que murió Josito. Cómo se le ha podido ocurrir tanta tontería, las niñas estaban ahí mismo comprando golosinas. Y los pequeños jugando frente a ella. Ya van llegando las tres al parque. Y Helena y Lina se sueltan para regresar al grupo de las niñas mayores, a compartir el maní.

Qué cara traes, le dice Micaela cuando llega a su lado. Es que me puse histérica porque no las veía. Pero estaban ahí mismo, comprando golosinas en la tienda de Altagracia. Todo era cosa de mi imaginación, me sobresalto con nada. Y mientras los peques portándose bien, ¿no? Pilar mira a Ulises, que está muy serio y le extiende los brazos. ¿Qué te pasa, bichito, me has echado de menos? Él se le abraza al pecho y se queda ahí muy quieto. ¿Y a este que le pasa?, le pregunta a Teresa. Nada, dice ella con cara de

resignación. Todo bajo control. Pero qué ha pasado. Pues algo cómico, dice Teresa. Te vas a reír. Pilar sonríe: a ver, dime, que los niños son siempre imprevisibles. Pues que se tragó una canica. A Pilar se le va la sonrisa, y Ulises se arrebuja contra ella. ¿Qué me dices? Pues eso, que se la encontró en el suelo y se ve que le vio pinta de caramelo. Yo solo sé que de pronto los niños gritaron mucho, y corrí porque lo veía con una cara que ya te imaginas. Lo agarré por los pies y lo zarandeé como si fuera una campana. A grandes males, grandes remedios. Enseguida escupió la canica, la tenía atravesada en la garganta. No te preocupes que los niños tienen siete vidas. Ya, dice Pilar, eso de las siete vidas me suena.

Se queda así, sentada, en silencio, abrazada a Ulises, mientras Micaela no para de hablar. La tarde empieza a refrescar y Pilar se da cuenta de que ya no está escuchando. Sigue atenta de nuevo a dos y tres y al hilo de sus pensamientos. Baja los ojos y de pronto recuerda la lombriz. La costurera es habladora y no se ha dado cuenta de que nadie la escucha. Ulises está tranquilo también y Leticia se ha quedado adormilada. Micaela, le dice Pilar, ¿qué pasó con la lombriz? Su amiga la mira extrañada. ¿Qué lombriz? Pilar sonríe. Nada, nada, olvídalo.

24

Zumbido

Los meses vuelan y ya se acercan otra vez las Navidades. La gran noticia del nuevo curso es que Guillermina pone en marcha su Instituto Escuela. Los amigos ayudan, sobre todo Granell y Pepe Vela, que se ocupan de los guiñoles y decorados de su teatro. Y Avellaneda sigue trabajando en su revista, con la que Almoina colabora a menudo. Mirentxu pasa las mañanas en la librería de los Escofet y por las tardes trabaja también en la imprenta, que siempre está inundada de humo de tabaco y de papeles desparramados por las mesas y por el suelo. Una bombilla desnuda colgada del techo es toda la iluminación allí. Y la música la pone Avellaneda, que se pasa el día canturreando aquellos tangos que aprendió durante los dos años que pasó en Argentina, tras la crisis del 34.

Mientras ella cuela café esa tarde, se oye el zumbido de la moto de Galíndez y el poeta se queda callado, atento a la puerta. En cuanto su amigo asoma, lo saluda con su vozarrón de cazallero.

—¡Jesús, me alegra verte por aquí! Siempre me haces recordar los buenos tiempos, cuando nos veíamos en la cervecería Baviera de Madrid, ¿te acuerdas? Anda, tómate un cafecito con nosotros y déjame que te lea algo.

Mirentxu saca otra taza y empieza a servir el café. Galíndez enciende un cigarrillo y le da también fuego a ella, que enciende el suyo. Luego se deja el cigarrillo colgado del labio y se pone azúcar en la taza, mientras Avellaneda saca de un armario tres vasos muy pequeños y sirve en ellos un poco de ron.

—Claro que me acuerdo de la Baviera —dice entonces Galíndez, dando una calada honda al cigarro—. Y de La Rinconada, aquella taberna vasca de la calle Montera. Tú tampoco has cambiado, Avellaneda. Sigues erre que erre con tus poemas. Yo de momento no puedo escribir, que lo primero es ganarse el pan.

—Oye, no te quejes —le replica el poeta con retintín, echándose el vasito de ron en el café—. Que con los Matilla vives invitado y el alquiler te lo ahorras, que lo sé yo.

—Bueno, hombre —le responde Galíndez, imitándole el gesto y vaciando su ron en la taza—. Pero de todas maneras no paro. Las clases en la escuela dan para poco. A mí lo que me hace ilusión es dar clases en la universidad, pero está difícil entrar ahí. No sabes la ojeriza que me tienen algunos. —Mientras habla abre la cartera y deja sobre la mesa las páginas que le ha traído para publicar—. En fin, ahí tienes el artículo que te he preparado, y conste que te agradezco la invitación, ¿eh?

Avellaneda recoge esos papeles y lo mira paternal, mientras le da un sorbo a su carajillo.

—¿Y por qué no les dices a Almoina y Llorens que te recomienden otra vez? O si quieres se lo digo yo, de tu parte.

Galíndez se remueve con expresión acre.

—Son ellos los que te digo que no me pueden ver —responde, incómodo—. Ya se lo he pedido y no me hacen ni caso, van a lo

suyo. Me hacen el vacío con todo descaro. Tienen su puesto y no quieren competencia, eso es lo que les pasa.

Mirentxu al escucharlo sale de su mutismo:

—Pues no será tan fácil conseguir algo así, hombre.

Galíndez se queda un momento en silencio, como ensimismado.

—Es que además con Almoina estoy más que cabreado —añade luego con sequedad—. Le ha suspendido a mi amiga Rosa el examen de ingreso en la escuela. Una cacicada. Le he pedido que la apruebe y el tipo dice que no puede. ¿Os parece normal? ¿No decía él que aquí estamos para ayudarnos?

—Pues no podrá —lo interrumpe Mirentxu un poco rígida, soltando una bocanada de humo.

—¿Cómo no va a poder? —responde él, apretando sus labios finos, que casi desaparecen bajo su bigote—. Está contra mí, está claro.

—Venga, hombre, no te pongas así —dice entonces Avellaneda, conciliador—. Ya verás que la cosa se acaba arreglando. ¿Qué te parece si vamos luego a tomarnos otro roncito al Ariete y hablamos un poco de todo? ¡Como en los viejos tiempos! Así te leo lo último que he escrito.

—Pues es que no tengo tiempo para nada, Avellaneda —lo ataja enseguida Galíndez, que se bebe con prisa lo que le queda en la taza—. Estoy trabajando como loco con una idea buenísima que he tenido. Veréis: voy a las clases de los otros profesores, tomo los apuntes, hago copias y luego los vendo. Diez cheles la página. ¡Negocio redondo!

Avellaneda suelta una de sus sonoras carcajadas.

—Menudo buscavidas estás hecho, Jesús —le dice.

De pronto se oye ruido en la puerta y entra en el local Almoina, con su cartera en la mano y aire distraído. Su presencia allí por las tardes es frecuente, para llevar o traer artículos y pruebas de la revista. También para comentar asuntos clandestinos con esos dos amigos, que comparten con él su fraternidad secreta desde hace mucho. Siempre es bien recibido, pero en ese momento se hace un silencio incómodo.

—Hablando del rey de Roma… —dice por lo bajo Galíndez.

Mirentxu apaga su cigarro, como hace siempre al ver a Almoina, y abre un ventanillo para ventilar el local. A él le cambia la expresión al descubrir ahí a Galíndez y saluda con frialdad.

—Bo día —dice, y luego pincha con el dedo la barriga de Avellaneda, para quitar hierro a la situación—. Estás hecho un gordinflón, poeta, cómo se ve que ya no pasas hambre.

Avellaneda sonríe y saca otro vasito para él.

—Aquí te traigo mi artículo del mes —añade Almoina—. Esta vez, sobre Cervantes y el silencio.

Galíndez hace entonces amago de irse. Avellaneda le interpone su cuerpo grandullón para retenerlo, con los brazos abiertos, y se dirige a Almoina en tono conciliador.

—Oye, Pepe, aquí nos estaba hablando Jesús de las ganas que tiene de trabajar en la universidad, seguro que tú…

Galíndez lo interrumpe enseguida.

—Déjalo, coño, ni lo intentes. ¿No te he dicho que este me la tiene jurada?

Almoina lo mira de frente, tenso.

—Eso son fantasías tuyas, Jesús —le dice también agrio—. Es que parece que quieres que el mundo gire a tu alrededor. Hasta Matilla

está cabreado contigo, porque haces siempre lo que te da la gana.

Galíndez le hace un gesto de desdén con la mano. Mirentxu y Avellaneda se miran inquietos y la tirantez se puede casi tocar en el aire.

—Lo del negocio de los apuntes no le ha gustado a nadie, ¿sabes? —continúa Almoina—. ¿Te parece serio meter la nariz en las clases sin pedir permiso a los profesores? ¿Con qué derecho andas tú vendiendo esos apuntes de las clases de otros? Con lo formales que son aquí, ¿es que no lo ves? Te buscas la ruina tú solito.

Galíndez entonces se remueve y se le encara, amenazándolo con el índice.

—A mí no me vengas con cuentos, Pepe —le dice, levantando la voz—, que lo tuyo es manía personal. ¿Por qué suspendiste a Rosa? A ver, dilo clarito, es por pura manía que me tienes. ¡No lo puedes disimular! ¡Suspendiste a Rosa porque es mi amiga! ¿No decías que teníamos que ayudarnos? ¡Pues yo te pedí que la ayudaras, y ni puto caso!

—¡Es que las cosas no funcionan así, hombre! —le responde irritado Almoina, al que le sobresale ahora una vena en la sien—. Rosa suspendió porque hizo un examen pésimo y porque no sabe casi ni escribir. Y yo no soy quién para cambiarle la nota. ¿Es que no te das cuenta? ¡No nos puedes poner a todos a bailar a tu son!

Galíndez también está acalorado. Tiene la cara enrojecida y le grita con voz chillona.

—¡A mí no me vengas a sermonear con tu arrogancia, pedazo de cabrón! ¡Que se te ha subido el puesto a la cabeza! Como a ti te va bien, a los demás que nos zurzan. Y encima quieres humillarme delante de mis amigos. Pero la verdad es que me tienes manía

porque pienso distinto que tú. Eso es lo que te pasa, que lo sé yo. ¡Y a Llorens, lo mismo!

A medida que habla, se va acercando a Almoina. De pronto le empuja el hombro con rabia y él le agarra fuerte la muñeca. Está rígido y muy pálido, y la vena de la sien parece que le va a estallar. Avellaneda se abalanza sobre ellos y sujeta por los hombros a Jesús, y Mirentxu se interpone entre los dos, nerviosa también.

—Calma, señores, calma —les dice con un hilo de voz.

—¡Eres un cabronazo, Pepe, eso es lo que eres! —grita Galíndez, intentando zafarse de los brazos de Avellaneda—. ¡Suéltame, coño, que me largo de aquí!

—Muy bien, ¡lárgate y déjanos tranquilos de una vez! —le espeta Almoina aún agitado, mientras él se zafa al fin y se pone a recoger sus cosas—. Tú solito te retratas, Jesús. Luego querrás que nos apetezca trabajar con alguien como tú. ¡Un niño mimado que hace lo que le da la gana, eso es lo que eres! ¡A veces toca aprender algunas cosas!

Galíndez sale precipitadamente, dejando la puerta abierta, y enseguida se oye el ruido de moscardón de su motocicleta alejándose. Dentro del local, todos se quedan como paralizados. Entonces Mirentxu se adelanta y cierra la puerta. Los tres permanecen en silencio un rato.

—Mira que es raro Galíndez —murmura ella—. Joseba, no te ofrezco café, que ya estás bastante nervioso. Pero tómate un trago de ron.

Almoina niega con la cabeza y se sienta en una silla. Luego se sirve un vaso de agua, cabizbajo, y se lo bebe poco a poco.

—Siento haber perdido el control. Pero es que este hombre me saca de quicio.

—Lo que no entiendo es por qué la tenéis tomada con él —dice entonces Avellaneda, serio también.

Mirentxu salta con voz aún nerviosa.

—Pues es que anda siempre por ahí haciendo las cosas más extrañas. ¿Es que no te das cuenta? Desde luego, no parece un profesor. Ni parece tener tiempo para estudiar. Más bien parece un periodista, metiendo la nariz en todo y apuntándolo en su libretita. Dice que son ideas para futuras novelas. Pero el personaje de su novela es él, ¿no? Está en todas las tertulias del Paliza. Se mezcla también con los estudiantes, con la historia de sus famosos apuntes. Y anda luego con Rosa y sus clientes y negocios. ¿De dónde habrá sacado dinero para comprarse esa motocicleta? A mí me da mala espina, la verdad.

—Vale, ya está bien, joder, que no es para tanto —la interrumpe Avellaneda—. Es una moto de segunda mano, que me lo ha dicho.

Mirentxu lo mira pensativa.

—Sí, pero incluso así es un lujo —responde—. Estamos todos con una mano delante y otra detrás y él presumiendo de moto. Y todas las tardes está en el café Hollywood, como si no tuviera nada que hacer. Es raro.

Almoina interviene al fin en la conversación:

—La verdad es que sí que es extraño. Va muy sobrado siempre y es el único de los refugiados que no guarda las formas que nos exigen. Hasta se salta la orden de ir a los desfiles.

—¡Lo que pasa es que es muy joven! —dice Avellaneda.

—Eso sí, ya os he dicho que lee tebeos todavía —tercia Mirentxu —. Eso es lo que les compra a los Escofet. Tebeos. Que lo veo yo. Además, es un mediocre y le tiene mucha envidia a Joseba.

—No digas eso —la corta Almoina, severo.

—Que sí —insiste ella—. Y manía, desde aquel día que en el Paliza te metiste con su beatería.

Avellaneda se queda mirando a Almoina con curiosidad.

—Eso no me lo has contado, Pepe, ¿qué pasó?

—Prefiero no recordarlo, gordinflón —responde él con gesto cansado—. Ya tenemos bastante por hoy.

Mirentxu vuelve a intervenir:

—Te lo cuento yo, poeta. Fue algo breve pero muy tenso. Jesús estuvo contando otra vez cómo salvó a curas y monjas en la guerra. Y Joseba le preguntó si no le importaban los demás. Los que no eran católicos o nacionalistas como él. Si los otros eran menos para él, vaya. Si no había que salvarlos a todos por igual. Si no éramos todos iguales a los ojos de Dios. Es que Jesús es un beatón de tomo y lomo. Y la discusión fue casi peor que la de hoy.

Avellaneda da un último sorbo a su taza.

—Bueno —dice después—, pero es verdad que Llorens le tiene ojeriza.

—Hombre, normal —responde Almoina—, por esas cosas que dice de la superioridad de la raza vasca. Es que no lo soporta. ¿Cómo lo va a recomendar? ¿Para tener que aguantarlo todos los días allí? Eso sería masoquismo.

—Ah, y eso que Llorens no se ha enterado de lo último que anda contando Galíndez —dice Mirentxu con aire misterioso.

—¿Qué? —responden los dos al unísono.

—Pues que Duarte, el fundador de la República Dominicana, era de origen vasco. Y que los vascos llegaron aquí antes que Colón.

—Oh —dice Almoina burlón.

—Vale, dejadlo ya, coño —se queja Avellaneda—. Yo lo defiendo. Y Pepe Vela también lo quiere mucho. Es un buen muchacho, a pesar de todo.

25

Temporada de aguaceros

Ya han llegado las lluvias, con su desplome de agua densa y ruidosa sobre calles y azoteas. Pilar siente ese rumor refrescante y piensa en las sábanas que están tendidas arriba, pero no sube. Es la hora de la siesta y está recostada en la cama, junto a su madre, escuchando canciones de la radio. El ritmo frenético de la ciudad parece amansado por esa humedad que huele a mar y a monte al mismo tiempo. Y la respiración sosegada de Hilaria delata que se ha quedado dormida. Pilar disfruta de ese rato de paz, con los hijos en el colegio y José en sus clases. Y le parece extraño haber encontrado al fin calma en un lugar como ese. Qué será de esos cuatro pequeños, se pregunta, mirando el retrato donde figuran junto a José, ahí en la mesita de noche de Hilaria. Niños que crecen felices, con pan y escuela, y que no saben nada de nada, ni deben saberlo nunca. Hay que seguir adelante. Trabajar, ahorrar y esperar a que llegue el momento de salir del laberinto. Muchos refugiados se han ido ya de la isla. Pero ellos no pueden arriesgarse a que esos pequeños vuelvan a pasar penurias. Lina no parece recordar nada de España, excepto que perdió a su hermano mayor. Pero eso es porque ellos lo nombran y porque tienen allí la otra foto que mandó

la abuela Ignacia. Esa foto de Benavente, de cuando era muy chiquito. Helena no sabe que estuvo viviendo en la cárcel de Zamora. Nunca se lo han contado. Eso ningún niño lo podría entender. Ulises es francés y Leticia, dominicana. Y viven en esa inocencia que tienen los niños.

Fuera sigue golpeteando esa cortina de lluvia sin descanso. Gruesos goterones van lavando las calles y las casas. Y a ella le parece que dulcifican un poco sus recuerdos. Respira hondo. Ya le falta menos para cumplir los cuarenta. Y se siente como si tuviera un siglo sobre los hombros. Qué rápido pasa el tiempo. Cómo se quedaron atrás la juventud y la ilusión, y ahora todo es trabajar cada día para que nada falte en esa casa con tanta gente. La ropa siempre tiene que estar muy limpia y bien planchada, que hay que tener buena presencia, aunque haya pocas mudas y se usen siempre las mismas prendas. Lo importante es eso, que todo esté lustroso, impecable. La ropa se la hace Micaela, a precio de amiga. Y así van aguantando.

José parece tranquilo, aunque sigue desapareciendo a veces para ir a sus reuniones. ¿No tengo que sospechar nada?, le preguntó la última noche, medio en broma, medio en serio, en la alcoba. Pero si me tienes aquí siempre, respondió él. Amor, es que tienes hermanos en todas partes. Bueno, ya te he dicho que aquí somos legales, Pilar. En América no es como en España. Muchos hermanos fueron héroes de la independencia, ¿sabes? Pero no entiendo, José, ¿cómo es que Trujillo lo permite? Bueno, mujer, son encuentros para hablar de temas más bien filosóficos. Aunque también andamos en otras cosas. Con mucho cuidado. Y no me hagas más preguntas, concluye él un poco incómodo. Es que me tratas como si fuera una niña,

responde ella un poco agria. Es por ti, pitusa, no es bueno que sepas cosas. Pero ¿cómo puedes tener esa sangre fría y estarte siempre arriesgando tanto? Pues porque no quiero acabar en el infierno de Dante. ¿Recuerdas? Los indiferentes y los neutrales estaban allí pidiendo entrar. El coro de los viles. Y no los querían ni en el infierno. Pero olvídate de todo eso. Anda, ven aquí, mimosa, le dijo colando los dedos por debajo de su camisón. Tú sabes que solo me olvido de los problemas cuando estoy dentro de ti.

La lluvia no cesa de caer y el agua corre ya por las calles, donde todo es un caos ahora. Pilar se vuelve hacia Hilaria, que se ha levantado y está en su sillón mirando la ventana. Qué será lo que pasa por esa cabecita suya, piensa. Quién sabe si también su madre tiene pesadillas todavía, después de aquellos días y noches que siente tan cerca y tan lejos al mismo tiempo. Sin embargo, parece feliz, perdida en su mundo. No le gusta salir, y pasa el tiempo sentada en ese sillón, junto a la radio. Observando la luz que se filtra por los cristales. Los insectos le producen un raro encantamiento. Se queda como hechizada viendo una araña colgada de su hilo. Estirando y recogiendo sus patas. Tejiendo su red de filamentos traslúcidos. Lo mismo para esos mosquitos enormes que hay en la isla. O las cucarachas.

Los niños la miran perplejos. Mamá, ¿por qué las cucarachas no aparecen de día?, pregunta Lina. Pues porque son fotófobas, hija. La luz les hace daño. Por eso esas señoritas salen por la noche, salta de pronto Hilaria. Como las fulanas, que salen por la noche también, añade. Pilar la mira sorprendida. Son esas ocurrencias que tiene a veces su madre, cuando se le pierde la cabeza. Entonces sigue con la explicación: se quedan ciegas con la luz, Lina, ¿comprendes? Sí,

mamá, pero ¿por qué la abuela se queda luego buscando, hasta que encuentra otra y la suelta también por la ventana? Pues porque siempre van por parejas. Como los guardias civiles, salta otra vez Hilaria. ¿Como quién? Nada, hija, es una broma de tu abuela, no le hagas caso.

Lina y Helena tienen ya esa edad en que quieren saberlo todo. Y Pilar recuerda ahora aquel día que también llovía tanto. Era domingo, muy de mañana. La lluvia los despertó con su rumor suave y su olor de aire limpio. Imaginaban a las tres niñas durmiendo en su cuarto y a Hilaria en el suyo con Ulises. Y en una ráfaga de tiempo ese olor los llevó a aquellas primeras noches en Galicia, en su luna de miel. ¿Te acuerdas?, dijo José. La lluvia detrás de la ventana y tu cuerpo llovidito por dentro. Aquel camisón de seda blanca era lo más provocador de la tierra. ¿Lo tienes todavía, pitusa? ¿Qué cosa? El camisón de la noche de bodas. Nunca te lo he vuelto a ver. Sí que lo tengo, pero pensé que no te gustaba, siempre me lo quitabas antes de verlo. Que te crees tú eso, dijo él. Póntelo ahora, que llueve como entonces.

Ella se lo puso, y esta vez no se lo quitó. La acarició mucho sobre la tela, antes de apartarla. Después sus dedos recorrieron las leves estrías dibujadas en sus senos y en su vientre. Esas huellas que dejaron ahí los hijos. Luego las manos bajaron a los muslos y los cuerpos se acercaron, olvidados del mundo, o casi. ¿Está echada la llave, meniña? Sí, está echada. ¿Y está puesto el calcetín sobre la cerradura? Mira que se ve todo. Que sí, anda, enciende la radio. Ponte encima, le pidió él. Los dos cuerpos estaban ya ensimismados y bañados de sudor, y entonces se oyó una voz infantil que decía: no se ve nada, mira tú. Ellos se detuvieron, perplejos. Es la voz de Lina,

¿no?, susurró Pilar. Entonces se oyó otra voz: yo tampoco veo nada, creo que están oyendo la radio. Bendito calcetín, dijo Almoina sofocando la risa. Y bendita radio, repuso ella.

Las vacaciones escolares llegan por fin y los Almoina lo celebran con una excursión al ranchito de Bustamante. La otra vez que fueron, los pequeños disfrutaron como locos entre las ovejas, las gallinas y los conejos. Y no paraban de pedir volver allí. Ahora van en la camioneta de Bernardo, y Avellaneda se ha sumado también. La finca está vallada y vigilada por algunos trabajadores, así que Pilar está tranquila y deja que los pequeños correteen. Luego, en la sobremesa, las mujeres se llevan a los niños dentro de la casa para que duerman la siesta, mientras los hombres terminan el café y comparten una botella de ron y unos habanos.

—¿Ponemos música en la radio? —pregunta Bernardo, que no deja de mirar alrededor.

—Bueno, pero cuidado que no sea zumbona —dice Almoina—, porque a veces es peor que el vino malo. Lo digo por el dolor de cabeza que da.

—No, mejor paseamos por la finca —replica Bustamante, con ese tono imperativo que le queda de sus tiempos de alto mando del Ejército—. Hay allí cerca un manantial y se está fresquito, vengan conmigo.

—Vale, y por el camino os cuento lo que me pasó este lunes. —A Avellaneda se le ve ya impaciente por contar una de sus historias.

—Adelante, gordinflón —responde Almoina, mientras ya todos se echan a andar hacia el manantial.

—Pues resulta que estaba yo en el parque Colón y me quedé observando el dichoso cartel ese que hay allí. Ya sabéis, el luminoso que dice «Dios y Trujillo». Entonces se me acercó un tipo que me estaba mirando. Yo sentía sus ojos en el cogote hacía rato. ¿No os ha pasado? A veces uno siente que tiene dos pupilas clavadas detrás. Pues bueno, el tipo va y me dice bajito: yo estoy harto de ver ese cartel ahí, ¿qué le parece si le disparamos? Tengo una pistola pero no tengo puntería. ¿Me ayuda usted? Imaginaos qué escena.

—¿Y tú que hiciste? —pregunta Bernardo, inquieto.

—Pues ¿qué iba a hacer? No le dije ni que sí ni que no. Le dije que el cartel hablaba de Dios y que cómo iba a disparar contra Dios. Todo esto para ver qué decía el tipo. Entonces dijo: ¿y a Trujillo? Fijaos cómo es esta gente. En medio de la plaza, va y me pregunta eso. Como si yo fuera idiota. Le contesté: menos todavía. ¿Cómo voy a disparar al Benefactor? ¿Al hombre que nos ha salvado con su generosidad, acogiéndonos a todos en esta tierra bendita?

—Estuviste rápido. —Bernardo intercambia una mirada furtiva con Bustamante.

—Y tanto que sí. Acto seguido el tipo se mete la mano en el bolsillo y me muestra su placa. ¡Era policía! Suena a chiste pero fue tal cual.

—Ah, eso es Caribe puro —dice Bustamante sonriendo, y la blancura de sus dientes parece replicar la de su pelo blanquísimo—. Aquí todo se cuenta. Todo se sabe. Esa es nuestra perdición. Raro el que es capaz de guardar un secreto. Y has vuelto a nacer.

—Ya será menos, coño. —Avellaneda suelta una risita nerviosa.

—Que te crees tú eso —replica Bernardo, bajando mucho la voz—. Aquí se mata solo por hablar mal de Chapitas. También por llamarlo Chapitas, aunque se lo ha ganado con ese empedrado de medallas que lleva encima. Tiene hasta la más alta distinción del Vaticano, la Orden de San Gregorio Magno.

—No me extraña —lo interrumpe Almoina—. Pero ¿cómo la consiguió?

—Pues fácil, llenando de billetes los bolsillos. Y, a cambio, desde los púlpitos le han llovido las bendiciones.

—Bueno, eso a nosotros nos suena, ¿verdad, gordinflón? —Almoina dedica a Avellaneda una mirada cómplice.

—Me imagino —interviene Bustamante—. Por cierto, también tiene la Orden de Caballero de Malta y de San Juan de Jerusalén. La consiguió sobornando a un conde italiano arruinado. Y a la ceremonia vino hasta un Borbón vestido de requeté. El conde iba con las galas de Camarero Pontificio. Y nuestro Generalísimo, con su uniforme de catorce kilos, sus medallas y sus plumas. Es que todo lo que sea teatro le encanta.

—Es lo que te decía, Pepe —sigue ahora Bernardo, bajando la voz —. El Jefe es un tipo acomplejado y tiene esas dos caras: es Jekyll y Hyde. Todo lo que sea elegancia y educación lo pone a su servicio. O tiene los días contados. Mira, te doy un ejemplo clarito, lo de Virgilio Martínez. Esto pasó hace mucho, pero podía haber sido ayer. Los pistoleros del Jefe andaban por todas partes. Sobre todo el famoso Packard de la 42, sus matones de élite. Untaban el coche con sangre de toro para amedrentar a la gente, imagínate. Un día fueron a casa de Virgilio, que no había cometido más delito que ser un hombre prestigioso, de clase alta. Lo mataron y lo despedazaron a golpe de

machete. A él y a su mujer, que estaba embarazada. Para dejar claro dónde estaba el poder. Eso se cuenta y no se cree, ¿no?

Los dos españoles se miran sobrecogidos.

—Nosotros estamos deseando largarnos desde el primer momento —dice Avellaneda.

—Harán bien en irse. —La voz de Bustamante es templada, serena —. Les ayudaremos en lo que podamos. Pero no es fácil salir de esta ratonera.

—De todos modos, lo de los asesinatos es un tema aparte —susurra Bernardo—. Porque hay muchas maneras de matar. De hambre. De tristeza. De desesperación también se mata. Luego está ese tema de la teatralidad. Aquí a la gente no la asesinan, sino que la suicidan. O la infartan. O la accidentan en una carretera.

—O la matan de vergüenza y oprobio —dice Bustamante, también en voz muy baja y cruzando una mirada con Bernardo—. Y es que es un degenerado. De eso se habla menos, pero sus lacayos le consiguen cada semana su puñado de niñas. Y dizque con los años le gustan también los niños.

Almoina ha dado un respingo.

—No habléis así, que tengo cuatro hijos. Me están dando ganas de irme mañana mismo.

—No te va a ser fácil irte, Pepe, el país es una trampa perfecta. —Bernardo juguetea con la punta de su bigote—. Además, estás a su servicio. Trujillo se empeña en captar los mejores cerebros. Y luego no acepta dimisiones. Bueno, todo esto es para que estén informados. Cuando llegue el momento los ayudaremos. Pero es mejor que no nos veamos más fuera de las tenidas en el templo. Y allí también hay que tener cuidado, porque hay infiltrados.

Cuando llegan a casa esa noche, Almoina no le cuenta a Pilar nada de lo que ha oído. ¿Qué te parece si nos vamos ya de la isla?, le dice al apagar la luz. ¿Cómo que ya?, responde ella sorprendida. Los niños son muy pequeños y mamá ya tiene pocas fuerzas, ese no era el pacto. Pero pitusa, Buenos Aires o México suenan bien, ¿no? Hay muchos españoles allí. Ella sigue desconcertada: no sé qué decirte, José, a los pequeños se los ve tan felices. Esperemos al menos a que acabe la guerra como habíamos acordado. ¿Qué mosca te ha picado de repente? Él se queda callado unos segundos. No es nada, no te preocupes, dice al fin. Es que llevo fatal este calor de aquí.

Desde entonces Almoina redobla su ritmo de trabajo. Si ahorran un poco, podrán adelantar ese viaje. Además de las clases en la Escuela Diplomática y en la universidad, le ocupan mucho tiempo sus artículos, que no se pagan mal. Y encuentra un hueco por las noches para volver a sus investigaciones. Está preparando un libro sobre la biblioteca erasmista de Diego Méndez y quiere dedicarse pronto al expediente sobre los huesos de Goya. Los días vuelan entre tantas tareas. Pero no logra librarse de las pesadillas. Porque Bernardo le ha seguido contando cosas allá arriba, en lo alto de la escalera. En ese sitio que ellos llaman el palomar. Le ha hablado del campo de Nigua y de la Fortaleza Ozama. De las tenacillas para arrancar las uñas. De las descargas eléctricas en los genitales. De los tiburones que se alimentan con carne humana junto al matadero. También de los que mueren por oscuros maleficios, encargados a brujos haitianos.

—Todo eso no es más que superchería —le interrumpe Almoina al oírlo.

—De eso nada —responde su amigo—. Esos brujos son muy poderosos. Y su arma más temible es el terror.

—Pero tú no creerás en esas historias de zombis que se cuentan, ¿no?

—Claro que creo —dice Bernardo muy serio—. Es que son verdaderas, Pepe. Los zombis existen, aunque no como todo el mundo piensa.

Almoina lo mira atónito, mientras su amigo continúa hablando:

—Los brujos son capaces de drogar a sus víctimas para que aparenten estar sin vida, y cuando sus familiares las ven así, muertas, les hacen sus funerales y las entierran. Ellos enseguida roban los cadáveres, que no lo son, claro, y los convierten en esclavos. Manteniéndolos drogados, por supuesto. Todo eso lo consiguen con drogas.

¿Qué te ha dicho Bernardo allá arriba con tanto cuchicheo?, le pregunta después Pilar, cuando se meten entre las sábanas. Ah, nada, es que estoy pensando en que nos mudemos a otra casa, por tener más seguridad, dice él abrazándola. Una casa con jardín y con rejas. Para que los niños no tengan que ir al parque ni a ningún sitio. Ella asiente y apaga la luz. Al cabo de un momento José vuelve a hablar. Oye, meniña. ¿Qué pasa ahora? Tengo una idea. Dime. Si me pongo muy gordo, ¿me seguirás queriendo? Pilar se echa a reír. Tú y tus ocurrencias, ¿qué estás tramando? ¿Inflarte como un globo y salir volando? Él la mira con una repentina gravedad. Sí, responde. Lo que estoy tramando es la manera de salir de aquí.

Pilar se endereza y se sienta en la cama, nerviosa. Enciende la radio. A ver, me suena que me vas a contar la historia de Ulises y Polifemo. No me asustes con tus locuras. Escucha, meniña, va en serio, dice él. Ya una vez estuve mucho tiempo de baja, antes de conocerte, por un principio de tuberculosis. ¿Recuerdas que te conté eso? Ella asiente. Luego me libré de ir a la guerra por esa tuberculosis latente. Tengo el documento que me dieron cuando estábamos en Marsella. Cuando me tuve que hacer una revisión médica para confirmar que era inútil para ir al frente. ¿Recuerdas eso también? Sí, José, pero no entiendo.

Pues es que tengo el pulmón dañado para siempre, las radiografías acusan eso. Así que puedo, digamos, demostrar que la padezco. Y creo que sabría fingir la enfermedad y convencer a quien sea de que necesito aire seco y reposo. Eso sería un motivo justificado para salir de la isla. Lo demás lo iría viendo. Intento no contarte nada comprometido. Pero en esto me tienes que ayudar.

Ella lo escucha pensativa, sin acabar de creérselo. ¿Y para eso tienes que engordar, José? Sí, para aparentar salud y luego adelgazar de un golpe. Ya, dice ella, ponerte cadavérico. Lo notarían todos. Exacto, meniña. Hay que prepararlo bien. Por eso quisiera empezar pensando en la mudanza de los libros. Esa parte te la explico otro día.

Bueno, responde Pilar, en lo de las comidas te puedo ayudar. Te haremos tus guisos favoritos. Pan, patatas, dulces, eso necesito, la ataja él. Mamá se va a extrañar. Comentará que, a la vejez, viruelas. Y que tanta azúcar no es buena para la salud. Aunque te consentirá, como hace siempre.

Pero bueno, carita de liebre, no me has respondido a lo más importante, ¿me querrás cuando sea un gordinflón? Ah, no sé, probaremos a ver. Igual sí, si no se te borra ese hoyito de la barbilla con todos esos kilos.

26

Laberinto

Uno de esos días, mientras Almoina trabaja en su despacho de la escuela, lo llama la secretaria del departamento. Al teléfono, le dice. Él se acerca enseguida y escucha a través del auricular una voz femenina: don José, aquí la secretaria de don Arturo Despradel, el canciller de Relaciones Exteriores. Don Arturo quiere hablar con usted, ahora mismo se lo paso.

De acuerdo, responde él, intentando disimular su sobresalto. Conoce un poco al canciller, pero ¿qué puede querer de repente? Entonces oye su voz a través del aparato. Sus palabras suenan nítidas y neutras a un tiempo: buenos días, profesor, el señor presidente me ha dicho que desea hablar con usted. Si no tiene inconveniente, lo recojo dentro de unos minutos con el carro oficial y lo acompaño a la casa presidencial.

Almoina se estremece y un escalofrío le recorre todo el cuerpo. Ningún problema, responde al fin con un hilo de voz. Ahora mismo bajo. Su cuerpo sigue como paralizado, mientras las ideas se atropellan en su cerebro. ¿Qué puede haber ocurrido para que el Jefe quiera hablar con él personalmente? Intenta recordar su actividad de esos últimos días. Sus conversaciones comprometidas

con Bernardo y Bustamante, y con Avellaneda y Mirentxu. Y también sus encuentros en la logia. Siempre ha sido discreto y reservado. O eso cree. ¿Qué habrá pasado para que lo llame Chapitas así, con esa precipitación? Sale a la calle y espera en pie, con el corazón acelerado.

En un momento, el auto de Despradel se detiene ya frente a él. El chófer sale enseguida para abrirle la puerta de los asientos traseros, donde espera el canciller, que lo saluda con un apretón de manos. Almoina se acomoda a su lado, enmudecido. Mientras el vehículo avanza, don Arturo le da un poco de conversación. No te inquietes, Pepe, el Jefe parecía de buen humor cuando me llamó. Seguramente te va a dar alguna buena noticia, aunque nunca se sabe, claro.

Almoina vuelve a sentir un escalofrío. No sabe qué decir y se queda mirando el paisaje que rueda veloz por la ventana. Lleva dos años en el país, soñando con la huida. Y hasta ese momento la figura del presidente no era más que una imagen reproducida hasta la saciedad por todas partes. Una especie de tótem. De dios maligno. Una amenaza invisible que acechaba desde cualquier rincón. Y ahora lo están llevando a su presencia por alguna oscura razón, pero ¿cuál?

Apenas puede concentrarse en los comentarios triviales que le va haciendo Despradel, mientras el vehículo se desliza desde la avenida Washington hacia Independencia. Y en un momento ya están llegando a la mansión presidencial, que está frente al malecón y el mar. Almoina ha entrevisto muchas veces ese edificio majestuoso entre los árboles y las palmeras que lo rodean. Y sabe por Bernardo que el Jefe se lo expropió a una familia de abolengo. Siente que le arde la cabeza y tiene un mal presentimiento. ¿Qué diablos querrá

de él? Nunca imaginó tener que enfrentarse a ese fantoche personalmente.

Ya se han detenido y de nuevo el chófer se baja para abrirle la puerta. Almoina se despide de Despradel, que le desea suerte y regresa a su oficina en el mismo auto. Luego un guardia de seguridad le chequea el cuerpo minuciosamente y lo acompaña al interior, donde todo parece funcionar con disciplina militar. Dos sirvientes con uniformes muy pulcros lo hacen pasar después a través de unos corredores con ventanales enormes. Desde allí puede atisbar el patio interior y el juego de amarillos y azules de sus baldosas. Finalmente llega a la biblioteca, que tiene abiertas de par en par sus puertas de madera labrada. Entonces los dos sirvientes se despiden con una reverencia. Y lo dejan ante ese umbral que debe ahora cruzar para encontrarse al fin, en carne y hueso, a ese personaje de opereta. Ese que tantas fotos muestran como el Benefactor de la Patria. El Excelentísimo Doctor Don Rafael Leónidas Trujillo. Doctor, aunque jamás haya estudiado nada. El Generalísimo de todos los Ejércitos. El Restaurador de la Independencia. El Gran Protector de la Universidad de Santo Domingo… Aún no sabe cómo es que todavía no le ha puesto su nombre a la universidad, acostumbrado como está a meter su pezuña en todas partes. A pringar con sus huellas cada rincón del país. A hacer lo mismo que las alimañas: sembrar de orina su territorio. Embadurnarlo con sus olores y excreciones, de la misma manera que ha inundado esa estancia con un intenso olor a perfume francés que se siente desde fuera.

Almoina sonríe pensando en esa imagen de un gato callejero meando sobre sus dominios. Respira hondo y se decide a entrar en

ese recinto amueblado al modo antiguo y con las paredes tapizadas de volúmenes. Trujillo está frente a él, sentado en una butaca de piel, con la mirada fija en un libro que tiene en la mano. Almoina enseguida se da cuenta de dos cosas: Trujillo no lee, sino que hace que lee, y los libros de la pared son puro decorado. Es decir, libros de lomos elegantes y tan nuevos que se nota que apenas han sido manejados. Si es que han sido abiertos alguna vez. Ya está más tranquilo. No puede sentir sino desdén ante ese payaso, pero no debe relajarse. Es un payaso peligroso. Ahí está al fin, ante él, el famoso mal actor, al que todos aplauden porque es el dueño del teatro y de las vidas. Él también le aplaudirá, faltaría más. Le dirá a todo que sí, como se hace con los locos. Luego ya se verá.

Permanece en pie, ante él, durante un buen rato. Sabe que está a prueba. Que cada movimiento o palabra serán estudiados minuciosamente. Y cumple su papel en la farsa. Si esas son las reglas, jugará con ellas. Mantiene los ojos bajos. Pero eso no le impide conservar en la retina la imagen del presidente con la mirada fija en el libro que mantiene entre sus manos. Hay algo desconcertante en él, algo que no puede percibirse en las fotos de los periódicos.

De pronto se da cuenta de lo que pasa. Sus manos no son del mismo color que su rostro. Son muy oscuras, o su rostro mucho más claro. Pero de un color artificial. Sin duda, lleva un maquillaje muy bien aplicado. Seguramente por alguien profesional. Polvos Lady Esther, le dijo un día Bernardo, que también es mulato. Pero de los buenos, añadió el amigo. Mulato de los buenos, dice siempre con orgullo, no como ese pendejo. Y lo que Almoina tiene ahora delante es el rostro de un actor caracterizado para su papel de fingidor. Su

pelo liso y acicalado debe de ser obra también de algún profesional empleado en ese gran teatro. En cualquier caso, la blancura del rostro hace que esas manos parezcan enfundadas en guantes oscuros. Y tal vez ese olor a perfume que llena la estancia viene de esa cosmética. De los polvos y la brillantina, todo mezclado con alguna colonia fuerte. Eso es lo que pasa por su cabeza mientras se mantiene en silencio, en pie, esperando a que el pequeño dios se dé por enterado de su presencia.

Por fin Trujillo alza los ojos y lo mira de arriba abajo con altanería y descaro. Su rostro resulta inescrutable y su mirada le produce sensaciones confusas. Porque contra lo que hubiera imaginado, esos ojos tienen algo de femenino. Algo de juguetón. El Jefe no lo invita a sentarse, sino que se levanta y se pone a pasear por la habitación con pasos rítmicos. Marciales. Haciéndose contemplar y contemplando él también, de arriba abajo, a su invitado.

—Así que usted es el famoso José Almoina —le dice con voz atiplada y una sonrisa que deja al descubierto una perfecta dentadura postiza.

—Excelencia —responde Almoina con una inclinación leve, elegante, siguiéndole el juego.

A Trujillo se le ve regocijado con esa actitud sumisa de su invitado y frunce los labios con afectación.

—¿Ya sabe usted para qué lo he llamado?

—La verdad es que no, excelencia, pero me siento muy honrado por el honor de conocerlo.

—Pues creo que le voy a dar una buena noticia. —La voz del Jefe suena siempre aflautada, y sus modales siguen siendo teatrales—. He preguntado cuál sería el mejor tutor para los estudios del

heredero, y me han dado su nombre. Así que quiero que dirija los estudios de Ramfis. Como puede imaginar, es un asunto muy importante. Un asunto de Estado.

Almoina se queda desencajado al oírlo, pero intenta disimular ese nuevo sobresalto. Siente que está metido en una ratonera y no ve cómo salir de ella. Piensa por un momento en aquello que le contó Bustamante sobre Henríquez Ureña. Trujillo lo nombró intendente de Enseñanza, pero luego se dedicó a poner y quitar profesores para garantizar la afección al régimen. Y entonces el sabio mandó a su mujer y sus hijas a París, pidió licencia para visitarlas y nunca volvió.

—Excelencia —balbucea—, yo no merezco ese honor, honestamente se lo digo.

—Yo creo que sí que lo merece. —Trujillo le muestra ahora una sonrisa de conejo—. Según mis informes, es usted nuestro mejor profesor. Con diferencia. ¡Si es que hasta sus enemigos lo elogian!

—¿Mis enemigos? —dice Almoina aún confuso, con los ojos bajos.

Trujillo suelta entonces una carcajada, y él recuerda las advertencias de Bernardo. Sabe que negarse a sus caprichos es muy peligroso. ¿Qué hacer? El Jefe, mientras, sigue hablando.

—He pedido informes y me han asegurado que usted es un gran erudito. Que tiene una cultura histórica deslumbrante. Y que habla a la perfección varios idiomas. Incluyendo el latín. ¿Es eso cierto?

—Exageran muchísimo, señor. —El corazón le late deprisa pero intenta modular la voz, controlar la situación.

Trujillo se ríe divertido.

—También me han asegurado que es usted muy modesto. ¿Qué responde a eso?

—Que no merezco ese honor, señor.

—Eso lo decido yo, y mis informes son de buena tinta. —El Jefe saca un papelito de su bolsillo y lee en alta voz—: «Culto, brillante, trabajador y hogareño, apenas se le ve en los cafés y en las tertulias de sus compatriotas». Como ve, lo sé todo.

Ahora mira al profesor con gesto cómplice y amenazador a un tiempo. Por una ráfaga de segundo, sus ojos pasan de la indolencia a la frialdad del metal. Y él ve de pronto el filo de navaja que separa a Jekyll de Hyde.

—Me gusta mi trabajo, señor. —Almoina esboza una semisonrisa.

—Entonces acepta, ¿verdad? Será aquí, en casa. Con la supervisión de mi mujer, María, la prestante dama. Yo también estaré por aquí cuando pueda, por supuesto.

Almoina recuerda bien la trampa que le tendió aquel policía a Avellaneda en el parque con el cartel «Dios y Trujillo», y responde:

—Señor, será un honor inmenso ser el profesor de Ramfis.

Trujillo sonríe complacido.

—Por supuesto, le pagaremos bien, faltaría más —dice con esa voz atiplada que tiene—. No se arrepentirá de haber aceptado.

Almoina sabe ya de la legendaria generosidad de su anfitrión. Una generosidad que premia a sus esbirros con el fruto de sus robos. Y sabe también de su codicia patológica. Así que le dedica unas palabras que hace rato tiene preparadas.

—Excelencia, el privilegio de servir a quien nos ha dado amparo y trabajo a los refugiados es ya un premio que ni siquiera merezco. No le cobraré las clases. Con mi sueldo en la escuela y en la universidad ya me llega para vivir dignamente.

Trujillo se queda perplejo y, al mismo tiempo, encantado con la respuesta. Sonríe como iluminado.

—Pero yo quiero pagarle para que esté contento y para que dé lo mejor de sí mismo —responde al fin.

—Daré lo mejor de mí, señor, puede estar seguro. Tómelo como un gesto de afecto y reconocimiento a su ilustre persona, a la que tanto debo.

Mientras va hablando, Almoina intenta imitar los parlamentos teatrales de don Quijote, sus palabras arcaizantes y ridículas para glorificar los tiempos de las cruzadas. Eso es lo que al Jefe le gusta, la retórica y el oropel. Piensa también en Pilar, que pondrá el grito en el cielo con eso de que trabaje gratis. Pero él sabe que con esa baza lo ha cautivado. Necesita ganárselo, conquistar su confianza, para luego poder llevar a cabo sus planes de huida. Juega con ventaja, porque sabe mucho sobre él. Y ya le contó Bernardo que el Jefe solo confía en ese secretario que siempre lo acompaña, Manuel de Moya. Esa especie de galán o quién sabe qué. Porque dicen que es la única persona que no le pide nada y que nunca ha antepuesto el interés material al afecto que le tiene.

Trujillo frunce los labios otra vez, satisfecho. Las clases serán aquí en la biblioteca, dice. Con las puertas abiertas. Almoina asiente con el gesto. Entonces el señor presidente hace sonar una campanilla. De inmediato entra un criado con librea. Que venga enseguida la prestante dama, le ordena. El criado sale con paso rápido y él sigue contoneándose por la habitación como un pavo real.

Mientras, Almoina piensa que no va a conocer a la primera dama, sino a reconocerla. Su imagen está en todas partes, con la rotundidad de sus kilos y condecoraciones. Incluida la Orden del Mérito Juan Pablo Duarte, nada menos. De Ramfis solo sabe que tiene el título de general de brigada, que lo han criado con pistolas

de verdad y que lo acompaña siempre una corte de militares a su servicio. También, que es un adolescente extraño y difícil. Lo típico en los niños mimados de las familias ricas, se dice.

María Martínez entra al fin a la biblioteca, muy sonriente y acalorada. Todo lo que tiene el Jefe de enigmático y teatral lo tiene ella de ruidosa espontaneidad. Almoina se da cuenta al verla de que está embarazada de muchos meses.

—Encantada, señor Almoina. Somos casi compatriotas. Yo soy de ascendencia andaluza, aquí me llaman la Españolita.

—Yo también soy de ascendencia española —replica Trujillo enseguida—. Y por eso queremos que sea un español el que dé clases a Ramfis. Todo lo mejor de este país viene de España. No tenemos nada que ver con nuestros vecinos de Haití, un país de negros y de bárbaros.

Almoina mantiene su semisonrisa en medio de esa escena irreal que Pilar no va a creerse fácilmente, acostumbrada como está a sus bromas.

—María, el doctor Almoina ha aceptado nuestra propuesta.

—Excelencia, no soy doctor —dice Almoina.

—No importa, yo lo hago a usted doctor. Cursaré la orden del nombramiento mañana mismo. El tutor de mi hijo merece el más alto rango. Ahora me tengo que ir.

Trujillo desaparece por la puerta. Y Almoina no sabe si reír o llorar en medio de ese vodevil. María sigue hablando y mueve mucho las manos, como si llevara castañuelas. Y él ya solo ve el brillo de sus dientes manchados de carmín y el barniz rojo de su laca de uñas. Empieza a marearse.

—Pero ¿cómo es que nadie ha ofrecido nada a nuestro invitado? —pregunta ella con afectación—. ¿Un café, una copa, señor Almoina?

—No, gracias. No fumo ni bebo, señora. Cuido mi salud.

—Bueno, eso está bien. Pues yo quería hablar con usted antes de que comenzara las clases. Avisarle de que Ramfis es un niño nervioso y delicado. Hay que tener mucho tacto con él. Acaba de estar unos meses en una escuela en Nueva York, para perfeccionar su inglés. Pero hemos preferido que regresara porque no se acomodaba allí.

—Ya se hará fuerte, María, es muy joven aún.

Ella lo mira con coquetería cuando la llama por su nombre.

—Perdón, debí decir señora —dice Almoina enseguida.

—No, si me encanta, no soporto los protocolos. Bueno, pues eso, que Ramfis es muy sensible y sugestionable. Siempre anda resfriado o con gastritis. Es muy enfermizo y todo viene de la difteria que sufrió siendo muy niño. Casi se nos muere. No se imagina el calvario que pasamos, pero al final se salvó, ya ve usted.

Almoina se queda de pronto demudado. María continúa hablando de la enfermedad, de la fiebre, de la asfixia, de la angustia de no poder hacer nada por él, de su hijo al borde de la muerte. Los ojos de Almoina están de pronto húmedos, llorosos. Por un instante ha dejado de estar ahí y ha vuelto a aquella habitación de hospital en París, donde vivió en carne propia lo que está escuchando en ese momento.

—Almoina, está usted afectado —dice María conmovida.

—Lo siento —responde Almoina, y aprieta los labios, incómodo.

Piensa entonces que tal vez le gustará dar esas clases a Ramfis. Un niño sensible que no quiere el destino que le han preparado. Que no quiere vivir rodeado de militares. Que quiere estar con otros niños. Tal vez podrá ayudar a que sea un buen hombre, por qué no. Muchos hijos reaccionan contra sus padres y buscan ser todo lo opuesto.

Al cabo de unos minutos se despide ya de la Españolita y un auto oficial lo lleva de nuevo a la escuela, donde sigue con la misma sensación de irrealidad. Como si nada de eso hubiera ocurrido. Pero la pesadilla es real. Y nada queda ya de la relativa tranquilidad con la que vivía apenas unas horas antes.

En la alcoba de Almoina suena esa noche música de boleros. Hilaria la oye al ir al baño, y sonríe. Pero la escena que hay dentro no es precisamente romántica.

—Esto no me gusta nada. Pero nada de nada. —Pilar está espantada con la noticia—. ¿Has hablado con Bernardo?

—Sí, he hablado con él antes de venir, en el palomar.

—¿Y qué dice?

—Pues que para la Resistencia será valiosa toda la información que pueda darles de lo que ocurre dentro de palacio.

—Lo que me faltaba. Ahora vas a jugar a los espías. Eres un insensato, José, te estoy viendo venir. Tú y tus ideales. ¿No ves que es una trampa? ¿No me hablabas de salir de aquí?

—¿Y qué te parecería si el hijo del Jefe resultara un tipo cabal que hiciera que su padre cambiara?

—Tú y tus ensoñaciones. Eres un puro quijote. Esto es ridículo. Además, te vas a ganar la envidia de los trujillistas y el odio de los que no lo son. Al menos te pagará bien por esas clases, eso compensará un poco el mal trago.

—No me va a pagar nada.

—¿Nada? ¿Cómo que nada? —El rostro de Pilar se crispa—. ¡Es el colmo!

—No quiero cobrar. No quiero deberle nada. Además, creo que con eso me gano mucho de su confianza. Y esa confianza me hará falta para poder huir de su vigilancia. Para que podamos escaparnos de aquí.

—Va a resultar que encima estás contento con lo que ha pasado.

—No, no estoy contento, mujer. No soporto esta sensación de encerrona. Y solo pienso en la manera de salir de aquí. Ya hablaremos de eso en otro momento. Sube un poco más la radio, anda. Ya sabes cuál es el único lugar donde me gusta que me encierren, carita de liebre.

Pilar apaga la radio y lo mira con desasosiego.

—Tú todo lo arreglas igual, José. Pero la vida no es un juego de soldaditos y espías. La vida es una cosa muy seria. Estoy cansada de tanto disparate. Y ahora mismo no me queda humor para nada —dice mientras apaga la lámpara de la mesita de noche y se acomoda para dormir, dándole la espalda.

27

El derecho a la locura

Cuando organiza esas nuevas clases, Almoina se reserva las asignaturas de Arte, Historia, Filosofía y Literatura. Para el resto, Ramfis irá a la Escuela Diplomática y a la universidad, donde él le elegirá materias y profesores. Como le anunció el Jefe, cada mañana temprano viene a recogerlo un coche oficial, un viejo Ford que lo lleva a la casa presidencial. El chófer, Luis, es un viejecito bastante charlatán. Pilar sale a saludarlo y a veces lo invita a tomar café, porque suele llegar antes de tiempo. Él no para de hablar, les hace gracias a los pequeños y se guarda contento la fruta en conserva que alguna vez le regala Hilaria para que se la lleve a casa.

—No sé cómo agradecerles, que Dios se lo pague —dice Luis.

—Somos nosotros los agradecidos. A Dios y a Trujillo —responde Pilar con cautela.

—Sí, al Jefe le debo mucho yo también. Fíjese qué empleo tengo. Yo, que me he pasado la vida tumbando caña y ya no sirvo para nada. Que vengo de un bohío de yaguas paradas y que solo comía plátanos sancochados. Y míreme ahora, con mi uniforme, conduciendo un carro del Jefe. La lealtad tiene su premio.

Pilar lo cuida porque le parece un buen hombre. Y porque sabe que es pobre. Pero también porque en esa ciudad las paredes oyen y los chóferes espían. Y no tiene ninguna duda sobre las obligaciones que Luis tendrá con el Jefe. Ella tiene ya asumida su parte en el plan. Y la cumple con su habitual mezcla de eficacia y resignación, hasta que ve al fin a Almoina saludar a Luis y salir rumbo a la Estancia Ramfis.

Dar clases al heredero tiene su lado amable, meniña, le dice él después, de noche. Por la biblioteca y por las vistas a esa arboleda y al mar. Además, Ramfis es un muchacho inteligente. Y se ve que está a gusto en las clases. O más a gusto que con su corte de militares.

Eso es lo que piensa Almoina desde el primer momento. Aunque le incomoda la presencia de María. Porque al principio es fugaz, para vigilar lo que hace. Pero luego es permanente. Al final resulta que tiene dos alumnos, sin contar con las repentinas apariciones del Jefe para escuchar y controlarlo todo. Se nota que los dos se sienten cómodos ahí. Y él se da cuenta de que poco a poco va pasando a formar parte de la familia. A ser invitado a los almuerzos, reuniones y cumpleaños. Incluso con políticos y militares. O a compartir los domingos en el hipódromo, donde los caballos del Jefe, por supuesto, siempre ganan las carreras.

María se ausenta de las clases durante unos días para dar a luz a Radamés. Pero pronto está allí de nuevo, pendiente de sus palabras. Mientras, él le va contando todo a Bernardo: los hábitos de la familia, las rutinas del Jefe, sus confidencias, los nombres de los cortesanos, sus chismorreos y desahogos a espaldas del tirano. También empieza a planear la mudanza. Debe alejarse de Bernardo

para evitar sospechas. Avellaneda será su enlace con la Resistencia. Es lo más seguro.

—No te olvides de lo que te he contado —le dice Bernardo en el palomar—. Son lo que son. No te fíes de nada.

—Ya lo sé, pero debo cumplir mi papel. Tengo que pasar allí muchas horas.

—Y encima sin cobrar nada —le interrumpe Pilar, que acaba de subir con la palangana de la ropa y se ha sumado a la plática de los amigos.

—Bienvenida —dice Bernardo.

—Es que hablar me relaja un poco, a veces me parece que me voy a volver loca con todo esto.

—Está un poco celosa por si me enamoro de la prestante dama —se burla Almoina.

—Sí, la prestante dama —dice Bernardo—. Quién lo iba a decir. Una chica de alterne de La Habana, convertida en primera dama y primera empresaria de este país. Y siguiendo clases de filosofía. Pobre patria mía.

—Pero empresaria de qué —lo ataja Pilar.

—Bueno, tiene muchas empresas. La Caribean Motors. La Ferretería Read. Y es la dueña del impuesto sobre el pan. Cobra veinticinco cheles por cada kilo de harina que se usa en las panaderías. Eso, entre otras cosas. Es lista. Esa familia se reparte todo el país.

—Con esa pintilla de galán que tienes, cariño, a ver si vas a caer en las redes de esa mujer —le dice Pilar a José.

Él estalla en una carcajada.

—Seguro que sí. Moriré aplastado por sus kilos de amor. O por el furor vengativo de su marido.

—Bueno, ten cuidado. —Bernardo le habla muy serio—. El Jefe no es solo ese papá que babea de orgullo con las gracias de su hijo. Acuérdate de su lado Hyde y de su debilidad por niñas y efebos.

Pilar se ha puesto nerviosa y se levanta, sobrecogida.

—Bernardo, no hables así delante de ella —dice Almoina contrariado—. En fin, por eso me quiero ir cuanto antes. Tenemos cuatro niños, ya lo sabes.

—Claro —responde Bernardo—. Son pequeños todavía, pero el peligro está ahí. Ya te he dicho otras veces que es un depredador. Manuel de Moya y Julio Vega se ocupan de conseguirle sus víctimas. Guajiras del campo, muchachitos de la universidad.

—José —lo interrumpe Pilar—, deberíamos mudarnos ya a una casa con jardín y rejas, como decías. Así los niños no tendrán que salir al parque.

—Por supuesto, Lebriña. Lo de la mudanza es importante por dos razones. La primera es la seguridad de todos, la de nuestra familia y la de Bernardo. Y la segunda, salvar la biblioteca. Si la dejamos aquí, camuflada en cajas de mercaderías, Bernardo me la podrá enviar más adelante al extranjero. No estoy dispuesto a perderla otra vez. Me ha costado mucho rehacerla. Todos esos libros me hacen falta para mis clases y artículos.

—Descuida, eso está hecho. —Bernardo le guiña un ojo.

—Mudarnos a una casa mejor dará la sensación de que estamos felices aquí —continúa Almoina—. De que no sentimos esto como algo provisional. De que hacemos planes de futuro en la isla. Luego la huida tendrá tres fases. Primero, simularé mi tuberculosis con

oportunos ataques de tos y pañuelos manchados de sangre. Todos saben que Trujillo es un hipocondríaco y les tiene pavor a las enfermedades. Así que se lo tomará en serio y no me querrá cerca. Después hablaré de irme temporalmente a México para operarme. Todo está ya arreglado para conseguir certificados médicos que lo recomienden. Mi familia se quedará aquí al principio. Eso le dará confianza a Trujillo. Y me dejará marchar, espero. Luego los míos irán a México para hacerme una visita puntual y casi sin equipaje. Solo con lo indispensable. Porque se supone que me someterán a una operación a vida o muerte. Dejaremos aquí la casa con nuestras cosas. Nadie se va a imaginar que abandonamos todo para siempre. Y mientras, mis libros viajarán a México en esas cajas.

—¿Y Bernardo no corre peligro? —pregunta Pilar, inquieta—. Es que hablas como si nada pudiera salir mal.

—Ellos me tienen por un leal al régimen —dice Bernardo—. Yo, de hecho, informo sobre ustedes. Son las reglas del juego. Ellos son dobles, nosotros también.

Pilar se queda estupefacta.

—Ah. ¿Y qué les dices de nosotros?

—Pues que de momento no hay nada sospechoso. Pero que los niños hacen mucho ruido y es una lata vivir cerca de ellos. Y que la máquina de escribir de Almoina y la radio de Hilaria son muy ruidosas también. Que estoy deseando que se vayan. Debo parecer distante, no amistoso.

—Pilar, no preguntes más —dice Almoina con voz severa, y ella recoge la palangana y se va.

Las Navidades se acercan de nuevo y el resto de la familia vive ajeno a esos asuntos. Los niños han pedido a Hilaria que vuelva a montar el belén y entre todos pintan con purpurina ramas y hojas secas para decorarlo. Los pastores y los Reyes de la Navidad anterior siguen intactos. Lo mismo la Virgen, san José y el niño Jesús. Y siguen todos tan descalzos como la última vez que los vieron. Abu, haz más animalitos, dice Leticia, fascinada con esas figuras coloreadas. Hilaria hace mucho que está perdiendo su memoria, aunque sus manos sí que recuerdan. Todavía puede hacer caballitos y gatos con la pasta de papel. O cocinar sus guisos de siempre. Abu, dice Helena, cuéntanos un cuento. Hilaria sonríe y se queda mirando la ventana con tristeza. Bucea en sus recuerdos pero le fallan las palabras, y también esos hilos invisibles que van de una a otra para tejer sus sentidos. Se encoge de hombros y hace un gesto absurdo, como de niña pillada en falta. Papi, cuenta tú, dice Lina. Pero él está amodorrado en el sofá y dice que más tarde. Mami, dice entonces Ulises, cuéntanos tú algún cuento.

Pilar suspira. Siempre fue su madre la que contaba historias, pero ahora le toca relevarla. Y lo suyo no son los cuentos infantiles. A ella lo que le gusta son esas novelas rusas muy largas, que le dan la sensación de emborracharse de palabras y olvidarse de todo lo demás. Una historia… de brujas, propone Helena. ¡Sí!, dice Ulises. Bueno, bueno, hijos, allá va. Gógol me perdone. ¿Sabéis el cuento de la Navidad de Dikanka? ¡No!, dicen todos. Ah, pues veréis. Érase una vez…

Esas palabras mágicas enmudecen a los niños, que se agrupan en silencio alrededor, sentados en el suelo. Hilaria baja la radio y se queda atenta también. Y Pilar piensa que ahora empieza a tener en

realidad cinco hijos. Érase una vez, repite. En una lejana aldea llamada Dikanka, se acercaba la Nochebuena y todos los habitantes se iban recogiendo en sus casas para preparar la cena. Mientras anochecía, nadie vio que una bruja salía volando por una chimenea. Se quedó flotando en el cielo con su falda acampanada y luego se dedicó a apagar una por una cada estrella que encontraba. Al cabo de un rato, de esa chimenea salió también volando un diablito que quiso copiar a la bruja y se guardó la luna en un saco.

¿Por qué, por qué?, preguntan a la vez Ulises y Leticia. Ah, para que no hubiera luz y no se vieran sus diabluras, dice Pilar. Y para jugar con la bruja, que es su novia. El caso es que ese es el día que ha elegido el hijo de la bruja, el herrero Vakula, para declarar su amor a Oksana, la muchacha más bonita del lugar. Pero cuando Vakula le pide su mano, ella le responde que solo se casará con él si le trae los zapatitos de la zarina como regalo de bodas. Al oírla, el buen herrero se da cuenta de que se burla de él. ¿Quién puede conseguir algo tan difícil? Así que solo desea morirse, y vagabundea por el pueblo despidiéndose de todos porque piensa arrojarse al río.

Ahora Hilaria apaga la radio y se aproxima para sentarse cerca de Pilar y los niños. Almoina ha salido de su modorra y está atento también. Me pido ser el herrero, dice Ulises. Yo la bruja, dice Helena. Bueno, bueno, que sigo, dice Pilar. Entonces el diablito vuelve a bajar por la chimenea y se encuentra a Vakula, que le cuenta sus pesares. Y le ofrece concederle cualquier deseo a cambio de su alma. ¡Vaya con ese cuento, mujer, con tanta superstición!, se queja Almoina. ¡Calla, papá!, gritan todos. ¡Sssshhh!

Pilar sonríe resignada y continúa: entonces el diablito se mete en su bolsillo y los dos salen volando por los cielos hacia el palacio

imperial de San Petersburgo. Y cuando llegan, todo está cubierto de nieve. ¿Cómo es la nieve, mamá?, pregunta Ulises. Siempre estás interrumpiendo, dice Lina. La nieve es como el helado de limón, cariño. Blanca y fría. Y cruje cuando la pisas. Suena como los bizcochos y galletas que hace la abuela.

Mami…, algún día volveremos a España y… veremos la nieve, ¿verdad?, dice Helena. Sí, amor, responde Pilar, que de pronto se ha quedado ensimismada. ¿Y cómo acaba todo?, pregunta Leticia, perdida entre tantas palabras. Pues Vakula consiguió el regalo para su novia y se casó con ella. Y fueron felices y comieron perdices. Y ahora a merendar, añade Pilar, que de pronto ha viajado en el tiempo a su propia infancia y a aquellos paisajes nevados que añora hace tanto y que no sabe si algún día podrá volver a ver.

Ramfis anda en su nube de adolescente enamoradizo y lo único que le interesa en sus clases es la poesía de tema romántico. Almoina intenta complacerlo y lo entretiene con la historia de amor imposible de Dante por Beatriz, porque a los otros temas no les hace ni caso. Le lee también los versos estremecidos de Cavalcanti: «Voi che per li occhi mi pasaste'l core… e destaste la mente che dormia…». Y le traduce enseguida lo que sigue, porque sabe que eso es lo que él le está pidiendo, poemas para sus novias: «Mirad esta angustiosa vida mía… cómo la destruye, suspirando, Amor».

María suspira también, y Ramfis pide más. Entonces Almoina pasa a leerles poemas de otros maestros del Dolce Stil Novo, como Guido Guinizelli, y les recita su «Fuego de amor en noble pecho prende». Sus dos alumnos, madre e hijo, se entusiasman, así que continúa

con esos versos: «Señora, amor me impulsa… a que contaros deba… que estoy enamorado…». Mira de reojo a Ramfis, que toma buena nota. Seguro que le va a venir bien para sus conquistas, piensa el maestro. Y vuelve luego con Dante otra vez y esa *Divina comedia* que habla de política y también de amor. Porque el poeta escribe su obra maestra para reencontrarse con Beatriz, les dice, con su amor perdido, con esa mujer que la muerte le arrebató. Y María y Ramfis suspiran de nuevo, y, en medio de esas emociones, Almoina les habla además del amor de don Quijote por Dulcinea, y de ahí va encarrilando la clase hacia la idea cervantina que le interesa comentar ese día: que cada cual es hijo de sus obras. Mira de reojo otra vez a Ramfis, porque sabe que no le gusta que se dirijan a él directamente. Es tímido y apocado, así que habla del legado del humanismo mirando a la ventana, también para evitar cruzarse con los gestos coquetos y procaces de María. Los méritos personales son los únicos que pueden otorgar la nobleza a un hombre, dice, nunca los heredados por la sangre. De ahí que los nuevos gobernantes se rodearan de sabios y escritores y cultivaran el mecenazgo.

Ramfis se queda pensativo y pregunta: entonces, profesor, yo debería hacer lo mismo, ¿no? O sea, merecer las cosas por mi esfuerzo y no por ser hijo de mi padre, ¿verdad? María lo mira enternecida. Sí, hijo, ¿ves?, claro que sí. Almoina le sonríe también, y Ramfis insiste: a mí me hicieron general por ser hijo de mi padre, y no me gusta. No me gusta estar rodeado de militares y que metan la nariz en todo lo que hago. Así que ya no quiero ser general.

Pues díselo a tu padre, hijito, responde María, transportada al Renacimiento. Cuando Trujillo se entera, se queda también encantado con la noticia de que su hijo renuncie al título de general.

Porque ahora vive en el sueño de que es un Lorenzo de Médici, rodeado de sabios y fomentando el arte. Se deja llevar por las palabras fogosas de Almoina cuando defiende el ideal humanista. Y pronto toda la prensa dominicana está publicando una carta pública de Ramfis en la que pide al Gobierno la derogación de ese nombramiento.

Mientras continúa sus clases en la universidad, en la Escuela Diplomática y en la Estancia, Almoina sigue avanzando con su libro sobre la biblioteca de Diego Méndez, el escribano mayor de Colón. Y le cuenta también a Ramfis cómo aquel aventurero llegó a La Española al servicio de su hijo, Diego Colón. Y que llevaba con él sus libros, entre los que figuraban algunos de Erasmo.

Imaginemos el momento de la revolución erasmista en España, dice Almoina con voz vibrante. Es la corriente de pensamiento más fuerte. La del utopismo y la espiritualidad crítica. Una tercera vía frente a la virulenta reforma de Lutero y el inmovilismo tradicional. Almoina se detiene un momento y pierde la mirada en la ventana. Mientras sus alumnos anotan lo que ha comentado, una ráfaga de memoria lo transporta de pronto a su país. Y repite: el utopismo y su espiritualidad crítica, entre la violencia y el inmovilismo. Ese fue el problema de España, dice. Que el reformismo utopista sucumbió entre esos dos frentes que nos llevaron al desastre.

En ese momento mira a sus alumnos y María deja caer las pestañas con todo su rímel, inclinándose hacia delante con expresión de asombro. Como si no supiera que ahora mismo la generosidad de su escote está dejando ver sus pechos casi al completo. Y empieza a

juguetear con el pequeño crucifijo que le cuelga entre ellos. En fin…, dice Almoina, turbado y titubeante. De pronto se sobrepone. Lo que quiero decir es que estos pensamientos nos ayudan a entender el mundo de hoy. No son antiguallas, ¿entiende, Ramfis? La historia es un espejo, todo se repite. Pero sigamos con Erasmo. Sus ediciones tenían un enorme éxito, y el *Enchiridion Militis Christiani*, es decir, el manual del caballero cristiano, sacudía el pensamiento y la literatura del Renacimiento. Era un libro que buscaba el regreso a la esencia del cristianismo. Lejos de supersticiones y rituales como las procesiones, las reliquias o los exvotos. Centrado en el interior del ser humano y en el modelo de Cristo.

Profesor, qué clase tan bonita, dice María cuando él acaba, mientras llama con la campanilla al criado. Quédese a tomar un cafecito conmigo. Ay, doctor, cómo aprendo, si es que esto es lo que a mí me gusta. Todo lo que usted nos cuenta, luego lo voy leyendo. Esos libros me apasionan. Los tengo en la mesita de noche, no sabe usted lo feliz que soy en clase.

Almoina sonríe a la dama mientras recoge sus libros. Y piensa en lo que le ha contado Bernardo sobre su pasado. En los burdeles de La Habana. En sus negocios turbios. Piensa también en el plan de huida de ese laberinto endiablado. Y sobre todo en la seguridad de su familia. Sabe que debe ganarse la confianza de esa mujer. Que en realidad es la espía que Trujillo le ha colocado en las clases. Lo que no debe saber ninguno de ellos es que es él quien los está espiando. Que hace mucho que la mosca se ha convertido en araña. Y que está grabando mentalmente cada detalle para transmitirlo después a

la Resistencia. Sobre todo durante los almuerzos. Cuando el coñac le suelta la lengua al Jefe, que en ese momento precisamente está entrando con su paso rítmico y su contoneo.

Oye, Rafael, le dice María, ¿no te parece que nuestro doctor tiene cierto parecido con tu querido Moya? El Jefe mira a Almoina con una sonrisa teatral. Y él piensa: lo que me faltaba. Porque se da cuenta de todo ese juego perverso de la prestante dama, con la que sigue conversando en los siguientes cafés de las siguientes clases.

Doctor, qué contentos estamos con usted, repite siempre ella, es que es tan sabio. Me paso las noches en vela, pensando en esas ideas que usted nos descubre. Y leyendo mucho, ya se puede imaginar. Y entonces se sube un poco el borde del vestido, así como al descuido. Para que sea más visible ese canal oscuro entre sus muslos sudorosos. A mí me gusta la gente como usted, los españoles son tan fieles… Qué suerte tiene su esposa, doctor. Y ya se inclina para mostrar el otro canalillo, que se pronuncia al juntar los brazos sobre los senos.

Entonces Almoina aprieta los labios y maldice su destino. Ese tener que sonreír cada día en medio de esa telaraña. Y someterse a los caprichos de sus anfitriones. Pero el fin justifica los medios, se dice. En otra circunstancia ella le resultaría patética. Con esa cara de luna llena bañada de maquillaje y ese cuerpo de botijo. Mira que eres burlón, le diría ahora Pilar si oyera sus pensamientos. El fin justifica los medios, se repite, mientras ordena un poco sus papeles para disimular su turbación.

Ella sonríe triunfante porque eso es lo que busca: vencer los muros invisibles que él levanta alrededor, para poder abordarlo a su antojo. Almoina la escucha sin prestar mucha atención a lo que dice.

Mira de refilón al Jefe, que sentado al fondo pone cara de misterio. Y piensa en esa enfermedad tropical que él ha tenido en días recientes y que se llama Ronda. Seguro que él sabe algo de lo que le ha pasado. No en vano controla cada mínimo movimiento que hay en la ciudad.

Todo empezó en la Escuela Diplomática, que Almoina continúa alternando con las visitas a la Estancia Ramfis. La atmósfera de la escuela le resulta como un soplo de aire limpio en medio de ese sinsentido. Allí se encuentra consigo mismo. Con el que quiere ser y no con el que es en ese momento: un esclavo sometido a los caprichos y humillaciones del Jefe. Además, suele tener una buena relación con sus discípulos. Disfruta con los debates que surgen en el aula y también en la cafetería o en el despacho. Aquel día, cuando una de sus alumnas entró en su oficina para entregarle un ensayo sobre derechos humanos, no se imaginaba que iba a comenzar con ella una conversación difícil de terminar. Ronda era una muchacha observadora y silenciosa, que acudía puntualmente a clase y se tomaba en serio la asignatura. Sus rasgos le llamaron siempre la atención. La piel de color caramelo. Las caderas muy finas. Los fémures largos como de cierva.

¿Puedo pasar?, dijo Ronda desde fuera. Él le contestó con el gesto: adelante. Ella entonces entró, cerró la puerta con cuidado y echó el pasador. Eso a él le molestó. Pero ya sabía que a veces los alumnos venían con confidencias personales y lo trataban como a un confesor. Luego ella avanzó hasta su mesa con esas páginas en la mano. Lo siento, profesor, le dijo, me demoré porque me gusta tanto

que no quería terminarlo. Almoina le sonrió y sintió en ese momento su olor envolvente. Un olor selvático, exasperado, que lo turbaba. Sintió también cómo bajo su blusa fina se movían dos aves libres al compás de su paso. Y se vio aún más turbado cuando ella se inclinó mucho para darle ese ensayo y ofrecerle a la vista el interior del escote. Se sintió incómodo, porque no era como María, de la que podía desentenderse con facilidad. No pudo evitar mirar esos ojos febriles y ese cuerpo con la misma osadía con que ella lo miraba a él, mientras se acercaba aún más. Sintió enseguida el latigazo del deseo y se quedó como paralizado. Quiso formular alguna excusa, una queja, pero no se le ocurrió nada. Estaba ofuscado. Ella se estaba ofreciendo y él debía rechazarla, pero ¿en nombre de qué? No se sentía dueño de sí. ¿Sería aquello una trampa del Jefe para ponerlo a prueba?

Profesor, me gusta usted tanto que no puedo concentrarme en estudiar. Eso es lo que quería decirle, no pude acabar la tarea. Su voz era grave y melosa a un tiempo, y lo que ocurrió a continuación parecía inevitable. Ronda, sabes que esto no puede ocurrir, balbuceó él al fin. Ella olía muy fuerte ahora. El olor de su perfume se hacía más intenso, y el cuerpo de él decía otra cosa distinta a sus palabras. Se rendía, sumiso, y se mantenía sentado, mirándola extático. No dijo nada cuando ella repitió que la puerta estaba bien cerrada. Ni cuando ya se sentaba a horcajadas sobre él, con la falda cubriendo esa mano que ya abría imperiosa su cremallera, porque hacía rato que sentía aquel animal erguido que pugnaba por entrar en ese cuerpo. Intentó pensar y no podía. Eso era el trópico y las leyes eran otras. Y ahora mismo solo sentía un goce brutal mientras

hundía los labios en ese escote para sentir esa fruta sedosa que se movía rítmica, como esas caderas que ya asía con sus manos.

El derecho a la locura, pensó después, cuando ya se derramaba fuera de ese cuerpo. Ese debería ser uno de los derechos esenciales del hombre. El derecho a la locura. Todo tuvo la velocidad de dos cuerpos hambrientos. Y al cabo de un rato ya estaban ambos sosegados, sentados frente a frente. Mirándose sudorosos, con esa sonrisa blanda de los que acaban de gozarse. El derecho a la locura, le dijo entonces en voz alta, recuperando el aplomo. Sería un buen tema de debate.

Ella había vuelto a su habitual reserva. Como si ese cuerpo suyo no se correspondiera con su cerebro. Con su carácter silencioso. Almoina pensó de nuevo que eso podía ser una trampa del Viejo. ¿Se la habría mandado para espiarlo? Era muy probable, pero no se sentía amenazado. Sus secretos estaban a salvo en su cerebro. Aunque no le gustaría que Pilar se enterara de lo ocurrido. Ella siempre se hacía la celosa pero nunca indagaba en su vida. Tal vez era su manera sabia de quererlo. O de no arriesgarse a saber lo que no quería saber. Quién sabe.

Entonces se levantó y descorrió el pestillo, mientras le hablaba como si aquello no hubiera sucedido. Y conversaron un rato sobre esas páginas que ella le había entregado. Y sobre la controversia entre el tradicional «derechos del hombre» y la nueva expresión «derechos humanos». Que las mujeres también contamos, dijo Ronda. De pronto Almoina sintió cómo ella volvía a mirarlo como un animal salvaje. Ronda, me estás buscando la ruina, le dijo. Ya tengo veinticinco años, respondió ella con altivez. Él se sintió incómodo otra vez. Llevaba una vida tan tediosa que había vivido ese

momento como un regalo del azar. Algo que por un instante le hizo olvidar el asco que se daba a sí mismo cada día, al presentarse en aquella biblioteca inundada de los perfumes franceses que usaba la Sagrada Familia, como la llamaba de guasa. Pero se sentía imantado como un metal hacia ese cuerpo cobrizo y terso que al día siguiente sí acarició impetuoso en un cuarto de hotel. Ahora ya sabía cuánto almíbar guardaba ella dentro. Y necesitaba volver a entrar en ese cuerpo que le hacía descubrir una parte de sí mismo que no conocía. Era la del deseo imposible de calmar, ni siquiera luego, al verterse en esos labios que le regalaban un goce nuevo para él. Ronda, esto es una locura y no puede seguir, le dijo finalmente en esa habitación inundada por el olor de sus cuerpos, aunque sí que siguió un poco más.

28

In via peccatorum

Entre los libros de Diego Méndez no está el *Enchiridion* de Erasmo, dice ese día Almoina en la biblioteca de la Estancia Ramfis, ante los ojos atentos de sus discípulos. Pero sí están otros cuatro libros suyos, lo sabemos por su testamento. Está el *Arte de bien morir*, que por su descripción seguramente es la edición de Burgos de mil quinientos treinta y cinco. Y su *Sermón* en romance. Luego lee: «*Beatus vir, qui non abiit in consilio impiorum, et in via peccatorum non stetit*». María suspira, porque la emociona oírlo recitar en latín. Ay, qué bonito, doctor, dice en un susurro. Mientras, Ramfis escucha también muy atento, porque esas ideas son más entretenidas que el mundo de militares y criados en que vive.

Almoina traduce: «Bienaventurado el varón que no anduvo en consejos de impíos ni estuvo en camino de pecadores». María vuelve a suspirar, y también Ramfis, y ambos se sienten caballeros cristianos. Adoro a Erasmo, dice ella, ya le digo que duermo con sus libros en la mesita de noche. Venga cuando quiera a mi cuarto para verlos, le dice arrobada. Solo me faltaba eso, piensa el sabio, mientras sonríe con cortesía.

Un rato más tarde entra Trujillo en la sala y se queda escuchando. Almoina lo mira de reojo y continúa su clase, encarrilándola hacia donde le interesa: es increíble que entre los libros del conquistador estuviera ese llamado al amor y la tolerancia que es la *Querela Pacis*. Es decir, el lamento de la paz. Y eso habla del deseo de aquellos hidalgos y religiosos de crear en Santo Domingo una Atenas y fundar la primera universidad de América.

Mientras diserta vuelve a mirar de reojo al Viejo y ve cómo se va emocionando y hasta se le ponen los ojos acuosos. Ya sabe de esa sensibilidad suya, de esa capacidad para soltar lágrimas ante una ópera o un acontecimiento conmovedor. Es su lado Jekyll. Aunque su lado Hyde sea capaz de romperle el cráneo a un sacerdote por llevarle la contraria, como pasó una vez. Y él ha dicho esas últimas palabras con intención, porque está él ahí, escuchando lo que él quiere que escuche.

Muy bien, muy bien, dice el Jefe, que aplaude como si estuviera en un teatro. Muy bien. Eso tenemos que ser, una Atenas del Nuevo Mundo. Me encanta, repite con regocijo. Acabo de decidirlo: ya tenemos la primera universidad de América, así que quiero que sea también la más importante. Ambiciosa. ¡Grandiosa! Me tiene que ayudar en eso, Almoina, ya hablaremos. Él escucha, sonríe cortés y calla.

María, por su parte, lleva tiempo entregada a la lectura de santa Teresa y Séneca, con raros ataques de misticismo. Ha decidido ser también una alumna aplicada y, al igual que Ramfis, cumple con las tareas de redactar sus comentarios. Pero a diferencia de él, siente que las musas la acompañan. Mire, doctor, ¿qué le parecen mis pensamientos? Paso las noches en vela con estas reflexiones. No sé

por qué he perdido el tiempo de mi vida, si a mí lo que me gusta es esto, escribir, como Erasmo y Séneca. Así me entretengo, dice haciendo aletear las pestañas. Porque Rafael me tiene siempre tan sola, ya sabe cómo son los hombres aquí.

Almoina la ha ido encauzando hacia esas lecturas espirituales para que ocupe su tiempo y lo deje tranquilo. Y para que deje de suspirarle y de invitarlo a su alcoba. Mientras, se pregunta si todo eso es espontáneo o si es una de las trampas de su retorcido esposo. Y se pregunta otra vez también si Ronda ha sido una prueba que el Viejo le ha puesto en el camino. Todos saben cómo usa a las prostitutas en esa ciudad. Para pagar favores. Para abochornar públicamente a los desafectos. Para espiar a los sospechosos. Pero lo que tiene claro es que esa enfermedad tropical ya está curada. Su vida es demasiado complicada como para enredarla aún más. Hay mucho en juego y se impone el lado más frío de su cerebro. Ronda le hizo recordar por unos días aquellos tiempos suyos de estudiante en que se sentía libre para casi todo. Y extrañamente no le hacía sentir culpable, sino viejo. Un cuarentón encerrado en una vida miserable.

Cuando él le dijo que había que dejarlo para siempre, ella se quejó: ¿por qué, españolito, porque estás casado? Los matrimonios largos se convierten en incesto, ¿no crees? No puedo darte nada, la atajó él. Ya me das lo que quiero, protestó ella. Sí, me tienes de juguete, rio Almoina. De medicina, dijo ella, me calmas los nervios. Ronda siempre lograba desconcertarlo. Pero ahora ya ha pasado al olvido, y no la echa de menos. Aunque quizá sí.

Los meses y las clases avanzan, y Pilar está cada día más áspera y contrariada. Te estás metiendo en una boca de lobo, le dice. En

realidad, no le preocupa solo la encerrona de los Trujillo. También está inquieta por ese olor nuevo que ha encontrado en su cuerpo a veces y esa sonrisa ebria que le ha descubierto en algún momento. Lo conoce lo bastante bien como para saber que están pasando muchas cosas, y está angustiada.

No sé cómo puedes tener esa paciencia, esa calma, esos nervios de acero, José. Deberíamos irnos de aquí cuanto antes, ¿no tenías tanta prisa? Todo tiene su tiempo, le responde él. ¿De qué le vale a un hortelano recoger la fruta antes de que esté madura? Todo se arruinaría. Además, las informaciones que consigo sobre Trujillo son importantes para la Resistencia. Sus conversaciones privadas, sus amistades, sus costumbres, sus horarios. Pilar se remueve, malhumorada. Mujer, no me va a pasar nada malo, yo noto que el Jefe me aprecia. Me trata como a Moya, que es la persona que más quiere.

Eso es lo que me preocupa, le interrumpe Pilar. Ese triángulo raro que hacéis tú y los Trujillo. O sea, la María haciéndote ojitos, invitándote a su alcoba, haciéndote su confidente. Y el Jefe, que ve en ti a otro Moya, otro galán de cine a su servicio. Estás muy raro, no sé qué está pasando, y no me gusta nada. ¿Por qué tengo que creerte? Es que no sé ya con quién me he casado, José.

Almoina la ve venir y se muerde el labio. Mujer, no seas loca, le responde, qué galán ni qué ocho cuartos. Pues está claro cómo te pareces a Moya, dice Pilar muy seria. Los dos estáis cortados por el mismo patrón: elegantes, educados, el pelo alisado con brillantina, los ojos grandes y ese hoyito idéntico en la barbilla. Almoina suelta una carcajada. Pitusa, pero qué estás diciendo, estás como una

cabra. Cómo sois las mujeres, y qué hoyito tiene Moya, es que no te entiendo.

Bueno, dice ella, no como tú y Cary Grant, pero sí, algo de hoyito sí que tiene aquí en la barbilla. Y vamos a acabar mal. Y que no tengas nada con la María me lo tengo que creer, pero no pondría la mano en el fuego. Como que no te conozco, y ella es una experta en hacerles tilín a los hombres. Por conseguir lo que quieres eres capaz de cualquier cosa. Hasta de ser un Mata Hari. Lo dice todo muy seria, mirándolo fijamente, estudiando sus reacciones.

Almoina suelta una risa nerviosa y luego se le ensombrece el semblante. Estás paranoica, Pilar. ¿Por qué no confías de una vez en mí? Por algo le presto a María libros de Séneca y santa Teresa, está hecha una santurrona. Además, están mis hermanos, ellos nos ayudarán a escapar. Aunque mientras tanto hay que soportar a ese desgraciado. Tú no te imaginas lo turbio que puede llegar a ser y lo sucio que me hace sentir. Ni tampoco las ganas desesperadas que tengo de que nos larguemos de aquí. De dejar de sentir cerca su veneno de serpiente. Y ese teatro diabólico que maneja cada día. Un teatro donde los muertos son muchos y son reales. Ojalá le caigan encima las siete plagas y desaparezca de este mundo de una vez.

Almoina ha dicho esas palabras con una expresión severa y enigmática. Pilar lo mira sobrecogida. Nunca te he oído hablar así, José. Pues es que ningún mal imaginable puede llegar a la altura de lo que se merece esa víbora, mujer. Y créeme que lo que hago tiene sentido. Yo mismo no lo hubiera imaginado si no lo viera cada día de cerca. Si no me contaran tantas cosas sus cortesanos, en los pasillos, en el jardín, en los rincones. Porque la mayoría lo odia. Es que saca lo peor del fondo de la gente. Y el único desahogo de

tantas humillaciones es cuchichear por lo bajo. El único alivio frente a sus gritos, sus caprichos, sus abusos. Y mi asombro no termina nunca, no sabes hasta dónde puede llegar ese hombre, es un verdadero demonio. En cuanto salga de aquí pienso contarlo todo. Denunciarlo todo.

Ella se sobresalta y se lleva la mano al pecho. Eso es peligroso, le dice. No lo voy a firmar, responde él, pero lo haré, seguro. Es lo único que me consuela cada día. Me lo digo por lo bajo: a cada cerdo le llega su sanmartín. José, me estás dando miedo. Pues es que nunca imaginé que la abyección pudiera llegar a los extremos de esa bestia inmunda. Míralo de otra manera. Cuando salimos de España le pedí a la vida la oportunidad de hacer algo para merecer la sobrevida que conservábamos mientras otros la perdían. Y tengo que cumplir esa promesa.

Casi sin darse cuenta va concluyendo el segundo año de las clases a Ramfis. Y hace tiempo que Almoina es uno más en la familia Trujillo. Sus cuatro hijos van a los cumpleaños de los hijos del Jefe. Y juegan en la Estancia Ramfis con los hijos de sus amigos. Mientras, él sigue atesorando información en su memoria. Y su tripa va creciendo. Se le ve rozagante. No solo Hilaria y Pilar se ocupan de que coma bien. También María Martínez, que se desvive por complacerlo.

—Me mima usted demasiado —protesta él durante una sobremesa.

—Claro que sí, porque lo merece —responde ella dulzona—. Ay, qué suerte tiene su mujer. Me encantan los españoles, tan gentiles, y no como los hombres de aquí, que son todos unos frescos.

Trujillo tercia en la conversación.

—Lo que se pierden —dice con retintín—. Un macho tiene que ser siempre un macho. ¡Y tiene que demostrarlo! Un gallo debe tener sus gallinas, eso es lo natural. Y no lo de los españoles, que van a todas partes con su mujer colgada del brazo como si fuera un paraguas. Para que se vea bien que ya está ocupado, como si fuera un taxi.

—No, es al revés, es el hombre el que sujeta el brazo de la mujer, eso es lo elegante. Es que no te enteras de nada, Rafael. Yo sí, que me informo bien.

El pequeño Radamés ya da sus primeros pasos entre esos muebles ostentosos. Y está empezando a hablar. Cuando le preguntan cómo se llama, él responde: ¡Ramdel! A Almoina le hace gracia y no puede evitar el comentario:

—Ramdel, como el *vagabond* de Maupassant.

—¿Y quién es ese *vagabond*, profesor? Cuente, cuente. —Trujillo frunce los labios y lo mira atento.

—Pues es un carpintero que está desesperado por el hambre. Y acaba cometiendo pequeños delitos para que lo lleven preso, porque en la cárcel le dan de comer.

—Oh, qué historia tan bonita y tan triste —dice María, dejando caer los párpados con todo su rímel.

—Pues así lo voy a llamar, mi *vagabond.* —Trujillo está encantado con ese barniz de cultura que se va untando desde que conoce a Almoina. Hace mucho que él también sigue sus clases, a su manera, y se siente cautivado por el profesor.

Al fin se ha publicado el libro sobre Diego Méndez en la imprenta universitaria. Y cuando Almoina se entera de que el mismísimo Marcel Bataillon le ha dedicado una reseña, se siente feliz como un

niño en el día de Reyes. Mientras, Trujillo continúa su control, sus exigencias, sus intrusiones en la biblioteca.

—Almoina, todo eso de la literatura y la filosofía me gusta, pero al heredero hay que hablarle también de los grandes hombres de la política.

—Sí, excelencia. Yo creo que Ramfis debería conocer *El príncipe* de Maquiavelo.

—Eso me suena muy bien, Almoina, pero que muy bien —dice Trujillo, que cada vez que entra inunda la estancia con su olor espeso a colonia y cosméticos.

Poco a poco el Jefe se va dejando envolver. La araña se sigue transformando en mosca y la mosca en araña. Y María continúa con sus ataques místicos. Ahora lleva un crucifijo enorme sobre el pecho y ya no se pinta las uñas, porque quiere parecerse a santa Teresa.

Durante esas comidas, Trujillo muestra interés sobre todo por los chismes y amoríos de sus cortesanos. Y en la sobremesa, cuando se toma sus copas de Carlos I, empieza a soltársele la lengua.

—Tome una copa conmigo, Almoina. Verá qué bueno es, reserva especial. Mire, me lo envían desde España, incluso lleva mi nombre en la etiqueta. No me diga que se lo va a perder.

—Es que me sienta mal, excelencia —responde Almoina con una sonrisa elegante.

—Déjalo, Rafael, ¿no ves que no bebe? —dice maternal María—, ya podrías aprender de él.

—Tú cállate, que esto no es cosa tuya, pendeja. Almoina, ya puedes empezar a llamarme Jefe y a tratarme de tú, que ya estamos en confianza.

—De verdad que no puedo, excelencia. Pero le voy a contar la costumbre nuestra con el coñac. La copa hay que acariciarla un rato, darle calor con las manos.

—Ah, eso me gusta, tratarlo como a una mujer —ríe Trujillo.

—Qué sabrás tú de tratar a una mujer —replica María—, si es que no tienes ni idea.

Almoina hace como que no ha oído y sigue hablando.

—Hay que calentarla hasta que el coñac llora.

—Cómo que llora, Almoina, cómo que llora el coñac. Bueno, las mujeres se mojan bien cuando uno las manosea, eso me encanta, meterles los dedos para notar cómo salivan. —Trujillo ya está un poco borracho y suelta una carcajada.

Almoina sigue haciendo como que no ha oído.

—Hay que calentar la copa unos minutos, hasta que al moverla se vea cómo corren las lágrimas por las paredes. Eso es por el alcohol, claro. Los franceses las llaman piernas. Es el espíritu sensual de los franceses. Los españoles las llaman lágrimas. El espíritu nacional es trágico, ya saben. Entonces el sabor y el aroma es mucho más intenso.

Trujillo hace un mohín chaplinesco con los labios y empieza a mover la copa con cierta coquetería. Se sabe observado por todos esos comensales que lo acompañan.

—Miren, las lágrimas. ¡Las veo ya! Me gusta esa costumbre europea. El problema es que ahora beber coñac me va a dar más ganas de singar. —El Jefe suelta otra carcajada.

—Ay, por favor, Rafael, qué vulgaridad —dice María, llevándose la mano al crucifijo, mientras él le pellizca las carnes.

Sus cortesanos ríen y le aplauden.

—Si es que es un gallo usted, no hay otro más macho —dice uno de ellos levantando su copa, y los demás lo imitan.

Él vuelve a fruncir los labios y bebe otra vez. Y poco a poco se sigue dejando envolver por ese profesor que le dedica todo el tiempo que él le pide y que no quiere nada a cambio.

29

Falsa amistad

Cada mañana, al abrir los ojos, Almoina piensa que tal vez ese será el último día de la guerra mundial. Y que el armisticio hará posible el regreso. Mientras, compagina sus clases con un nuevo libro sobre los rumbos heterodoxos de México. Y con los preparativos de su huida. Han sido tres años de larga paciencia planeando el momento de la partida.

Vamos a terminar hoy con las clases sobre Erasmo, le dice ese día a Ramfis, que está en lo más revuelto de la adolescencia. Ha llegado bañado de perfume Lanvin y anda más distraído que nunca, pensando tal vez en esas muchachas que el Viejo le hace servir para complacerlo. Para convertirlo en un gallo como él. María sí que escucha atenta, mientras el Jefe merodea alrededor y aparece cuando se le antoja.

Erasmo, sigue Almoina, que llegó a esta isla entre los libros de Diego Méndez, como he contado. Fernando Colón también lo tuvo en su biblioteca, para la que compró una formidable edición de Froben de mil quinientos diecinueve. ¿Dólares?, pregunta María. ¿Cómo?, responde Almoina perplejo. ¿Lo compró en dólares?, dice María. Almoina aún no se ha acostumbrado a las ocurrencias de la

prestante dama. Ah, no, responde. El precio no sé cuál sería. Alto, imagino.

Entre los libros de Méndez, continúa Almoina, no está el *Elogio de la locura*. Y sin embargo es el más moderno de cuantos escribió el maestro de Róterdam. Ese les va a gustar más que ninguno. Lo convirtió en el ídolo de los intelectuales y nobles de la época. Sin ese libro, tal vez no existiría el *Quijote*. Es divertido y audaz y no deja títere con cabeza. Pero ¡es la voz de una loca la que habla! Así que hay que perdonarle que llame sátrapas a los papas, codiciosos a los obispos y abyectos a los cortesanos. Y cuando dice esto, Almoina mira de reojo a sus alumnos y vuelve sus ojos hacia la ventana. Porque ya se sabe que los locos, los niños y los borrachos no saben lo que dicen. ¡Ay, claro que sí!, exclama María. En fin, una sátira deslumbrante, sigue el maestro sin mirarla. El libro que habría escrito el astuto Ulises si hubiera sido pensador. Un verdadero caballo de Troya.

María sigue entusiasmada con sus descubrimientos, y a los pocos días, cuando se va a Nueva York por negocios, le pide a Almoina consejo para buscar allí los libros de Erasmo. Esos que le gustaban a Fernando Colón, dice. Él le responde que los puede encontrar en la New York Public Library, en una exposición que hay en la Quinta Avenida. Lo ha leído en la prensa. No debe perdérsela.

La Española desaparece una temporada. Y un día, a su regreso, Almoina se encuentra al llegar a la biblioteca un paquete muy grande sobre su mesa. Es un regalo, le dice ella con un mohín travieso. Y los regalos no se rechazan, ¿verdad? Almoina se queda

sorprendido y empieza a abrirlo, vacilante. Porque no puede ser, piensa. No puede ser que esta loca haya traído lo que parece que ha traído. Pero sí. Ya asoman los lomos de esos libros centenarios. Sus dedos tiemblan por la emoción, se mueven torpes y no obedecen. No puede ser, dice ahora con un hilo de voz, mientras lee los títulos de esa *Opera omnia*, ordenada por el propio Erasmo en nueve tomos. Y los va recorriendo uno a uno con sus ojos. Cuestiones filológicas. Proverbios. Correspondencia. Cuestiones morales. Instrucción religiosa. Traducción latina del Nuevo Testamento… Pero María, dice, ¿no fue a ver la exposición que le recomendé? Sí, responde ella muy ufana. Claro que fui, me encantó. Es una biblioteca privada, así que lo compré. ¿Cómo que lo compró, María?, pregunta Almoina, estupefacto. Pues eso, me lo vendieron por mil quinientos dólares. Más o menos el precio que decías que valía. No es tan caro, te lo mereces. Tómalo como una muestra de cariño. No te ofendes, ¿verdad?

Almoina está turbado. Es que esto no puede ser para mí, balbucea, vale varias veces mi sueldo en la escuela. Tardaría meses en pagarlo, es una pieza de museo, estoy abrumado. Oh, los regalos no se devuelven, dice María, divertida y feliz de comprobar hasta qué punto ha acertado con su compra. Pero la *Opera omnia* de Erasmo, la edición príncipe de Froben, insiste Almoina leyendo ahora sin creérselo aún: Basilea, mil quinientos treinta y ocho. Es el regalo más hermoso que he tenido en toda mi vida. ¿De verdad que es para mí? Que sí, tranquilo, ¿no lo ves?

Al cabo de un rato, Almoina comienza ya su clase del día y su voz suena vibrante después de esa impresión. Bien, dice, hoy vamos a hablar de un gran amigo de Erasmo. De Tomás Moro y su *Utopía*.

Ramfis y María lo escuchan, y también el Viejo, que acaba de llegar y se sienta al fondo. ¿Qué es una utopía?, pregunta. Ramfis responde: un sueño imposible. Bien, Ramfis, así es como lo vemos hoy. Una utopía es un mundo soñado. Pero en griego utopía significa otra cosa. Almoina se vuelve a la pequeña pizarra que usa en sus clases y escribe dos palabras griegas: οὐ y τόπος. Y al lado escribe otras dos: *no lugar*. Luego se gira y dice: utopía es simplemente un lugar que no existe. Tomás Moro escribe su utopía para imaginar un lugar ideal. Y lo sitúa en una isla. ¿Por qué creéis que lo sitúa en una isla? María se aventura enseguida. ¿Porque es un lugar pequeño? ¿Así, como la nuestra? Almoina la mira sin saber qué decir. Bueno, tal vez es algo a tener en cuenta. Pero ¿qué más se les ocurre? Ramfis se aventura también: dice papá que nuestro país debería ocupar toda la isla, porque Haití nos pertenece, pero por un pacto histórico lo perdimos. Trujillo frunce los labios desde su butaca, feliz con lo que está escuchando.

Interesante, dice Almoina, otra vez desconcertado. Pero volvamos a Tomás Moro. Él quiere imaginar un mundo ideal y elige una isla. La idea de isla se relaciona en la tradición con la forma de la circunferencia, que es a su vez una representación de la perfección divina. Como las flores. Y ambas son arquetipos del alma. La utopía se convirtió pronto en símbolo de las sociedades secretas. Ocultistas, masones, místicos. Justamente como homenaje a su amigo Moro escribió Erasmo su *Elogio de la locura*, también titulado *Moria*, que significa locura y suena como Moro, ¿me siguen? Los discípulos asienten con la cabeza.

Porque soñó con una república de la inteligencia y un regreso al cristianismo original, continúa Almoina. Pero ahora volvamos a Moro.

Su isla es un mundo aparte que busca un ideal de perfección. Donde no hay nobles ociosos. ¡Muy bien!, lo interrumpe Trujillo. ¡Que eso es lo que les pasa a las familias de alcurnia y postín, que todo lo heredaron! No como yo, que lo que tengo lo he conseguido trabajando, carajo. Almoina pone cara de póquer. Claro, excelencia, dice antes de seguir.

Bien, pues en Utopía todos trabajan y dedican a sus labores solo seis horas diarias. El resto lo dedican al estudio, el ajedrez y la felicidad. Para ellos el oro no es importante, y lo usan solo para elaborar bacinillas y orinales. Hay libertad de culto, pero la mayoría cree en una divinidad eterna que gobierna el mundo más por afecto que por poder. Creen además que el alma no muere con los cuerpos y que los muertos conviven con los vivos. Y sus sacerdotes se casan y no existe la codicia. En fin, ¿qué les parece?

—Me gusta esa utopía —dice Ramfis.

—Es un gran libro, aunque su autor fue un tipo desafortunado.

—¿Qué le pasó? —pregunta María.

—Ah, pues no se llevaba muy bien con el rey. Acabó decapitado. —Cuando Almoina dice esto, siente un escalofrío supersticioso.

—Qué horror.

—Había cosas peores. Su amigo, el obispo Fisher, fue condenado a ser ahorcado, y, para más inri, desentrañado.

—Qué barbaridad —dice María, con la mano sobre el crucifijo.

—Sí, pura barbarie —responde Almoina, mirando de reojo a Trujillo, que mantiene la más enigmática de las expresiones.

Esas clases en la Estancia Ramfis tuvieron cierto encanto al principio, cuando el joven discípulo era todo inocencia y asombro. Luego María se convirtió en punto fijo allí y discutía sobre aquellos temas con toda la fuerza de su cerebro de pez. Un día decidió de pronto que quería ser escritora, y Almoina hizo de tripas corazón. La complicidad de la primera dama le resultaba un apoyo útil en ese mundo turbulento de los cortesanos. Y cuando ella le mostró la obra de teatro que había escrito, se ocupó de corregirla y de proponerle un título elocuente: *Falsa amistad.* Porque ahí María atacaba el romance de una buena amiga suya con el Jefe. Y así él señalaba además su relación de falsa amistad con ella. La dama se creció con aquella obra que en realidad no había escrito y hasta fue llevada a escena. Y la gente no interpretó las iniciales del título como él esperaba, sino como «Fue Almoina».

Pero la Españolita no se conformó con esa publicación. Decidió seguir cultivando su vocación recién descubierta y hacerse filósofa, así que con las notas de las clases se puso a escribir otro libro. Él le recomendó que lo titulara *Meditaciones morales*, que llevaba las iniciales de María Martínez. Y le iba pasando lecturas y citas que ella iba copiando. Mire, María, esto de Eça de Queirós sobre la caridad. Y le leía: «Que cada uno ceda la mitad de su pan al que tiene hambre y la mitad de su manto al que tiene frío». Oh, me gusta tanto, mi amor, no te importa que te llame mi amor, ¿verdad?, es que así hablamos aquí. Ay, qué suerte tiene Pilar con un marido como tú. No como el mío, ya tú sabrás. Siempre por ahí con tantas niñas. Y con ese Moya, que es un pervertido. A ese no lo dejo ni entrar aquí, solo faltaría.

Así va naciendo ese libro sobre la amistad, la moral y la nobleza, con citas y poemas que la prestante dama va recopilando durante las clases. Aquí le dejo a Lactancio, María. ¡Jesús, qué nombre!, dice ella, suena a asunto de vacas. Y se ríe como una loca. Él también sonríe para sus adentros y le lee un pasaje que dice que «tres son los afectos que hacen a los hombres precipitarse a todos los crímenes: la ira, la avaricia, la liviandad». Y luego le lee a Séneca, y a Juan Luis Vives en su *Tratado del alma*, y también a san Pablo. Y María entra en una nube mística y se lleva todo a su alcoba para soñar allí, entre sábanas, con su virtuoso maestro.

30

Otra vuelta de tuerca

Ese día de verano, tras el tercer coñac de la sobremesa, a Trujillo se le ve feliz y relajado. Ramfis está en el jardín con sus amigos y su padre lo contempla orgulloso.

—Ya tiene diecisiete años, algún día será el presidente —dice mientras manosea su copa de coñac.

—Claro, excelencia —responde Almoina.

—Por eso son muy importantes esas clases tuyas. Lo de ese Tomás Moro me gustó, pero tienes que hablarle también de otros grandes. Para que él tome ejemplo, siempre te lo digo. De Napoleón, por ejemplo.

—¿Y de Lorenzo de Médici, excelencia?

—Bueno, pero ojo, de los de hoy también. Como Roosevelt y Churchill. Roosevelt es amigo mío, ya tú sabes. Y hay que reconocerle a Hitler que es un hombre muy listo, ¿no te parece?

—Por supuesto, excelencia —responde Almoina—. Listísimo.

—El que no me gusta nada es Franco. Un gordinflón, un pendejo. Hitler le hizo todo el trabajo. ¿Acaso habría ganado la guerra si no hubiera tenido a Hitler?

—Totalmente de acuerdo, excelencia.

—Un pendejo, eso es, qué carajo. Además, me copia, ¿no crees? Que si Generalísimo. Que si Caudillo por la gracia de Dios. Que si Ferrol del Caudillo. ¿No te parece que se copia de mi Ciudad Trujillo?

Almoina lo escucha atónito. Asiente con el gesto y no puede evitar sonreírle. Él insiste, tras un trago largo de su coñac.

—Está claro que me copia, hace mucho que me doy cuenta. Que si el primer vencedor en el mundo contra el bolchevismo. Menudo pendejo, qué se habrá creído —repite con su voz chillona, que se hace más estridente cuanto más bebe.

Luego se queda otra vez mirando a Ramfis, que ahora pasea a caballo frente a ellos.

—Oye, me gustó mucho eso de la isla como símbolo de perfección. Por eso quiero la isla entera, eso sería lo mejor para mi país. Algún día lo conseguiré. Y me gustó todo lo que dijiste sobre la Utopía de ese Tomás Moro. Lo que no me gusta es que lo tuviera que decir un moro, yo solo me fío de los católicos. Pero que sepas que yo también te escucho, españolito. Te lo voy a demostrar. Ven, ven —le dice con una sonrisa pícara—, ven para que veas lo que he encargado.

Se levanta y Almoina lo sigue, extrañado, a través de los pasillos. Hasta que llegan a una puerta que da a los baños privados de la familia Trujillo, junto a los dormitorios.

—Ven, entra aquí —repite el Viejo.

Almoina se queda indeciso, no comprende. ¿El Jefe lo está invitando a entrar en un cuarto de baño con él?

—Pero ¡entra, carajo!

Almoina está un poco azorado. Finalmente avanza hacia el interior.

—*Voilà!* —exclama entonces el Jefe muy sonriente con su francés criollo.

El maestro se encuentra ante sus ojos un reluciente retrete totalmente dorado. No sabe qué decir.

—¿Qué te parece? ¡Es de oro macizo! ¿Te acuerdas de que en *Utopía* las bacinillas eran de oro? ¡Pues para mi utopía quiero lo mejor!

Almoina mantiene su media sonrisa. La otra media le resbala por dentro en una carcajada contenida que reserva para mejor momento. Cuando se lo diga a Avellaneda va a estar riéndose un mes entero, se dice. Trujillo vuelve a salir y le tira del brazo hacia el pasillo para regresar al comedor.

—Pero ven, que te quiero comentar algo importante. —Entonces baja la voz—. Tiene que ver con Haití. Ya sabrás que hace unos años tuvimos un problemita diplomático con ellos.

—Sí, excelencia, algo he oído.

—¿Qué has oído? —dice el Jefe de pronto, con una expresión enigmática recién salida de su lado Hyde.

—Pues eso, excelencia, que no siempre hay buenas relaciones diplomáticas con Haití —responde imperturbable Almoina.

El Jefe se vuelve a amansar.

—Sí, eso es. Pues bien, tú con esa buena maña que tienes para escribir, me vas a hacer un librito sobre el tema. Un informe oficial. Algo así, objetivo. La crisis se resolvió con un poco de dinero, que es lo que lo arregla todo. —Suelta una carcajada desde sus perfectos dientes postizos—. Eso último no lo digas, claro.

El maestro se queda un momento paralizado.

—¿Quiere… que le escriba un libro? —logra balbucear al fin—. Bueno, estoy ahora con tantas cosas, excelencia. No me queda tiempo para nada. El trabajo me lleva todo el día, usted lo sabe bien.

—Pero esto es un trabajo oficial, hombre, como profesor de la escuela que eres. Ni siquiera tienes que firmarlo, me vendrá muy bien para el cuerpo diplomático. Lo necesito urgentemente.

Almoina suspira. Como todo, es urgente. Y, como siempre, sabe que no se puede negar. Eso significaría pasar de inmediato a la categoría de enemigo. De traidor. De pendejo y degenerado. Y él necesita que el Viejo confíe en él para poder cumplir su plan de huida.

—De acuerdo, excelencia, cuente conmigo —dice al fin, con una leve inclinación del gesto.

Sabe que es una prueba. Todo son pruebas, una tras otra. El Jefe lo observa. Lo mide. Le pone cebos para estudiarlo. Lo exprime. Le chupa la sangre cada día. Quiere su lealtad y su cerebro. Es obsesivo y cada día quiere más.

—No hagas mucho caso de lo que te digan, lo que ocurrió tenía que ocurrir. Tenemos ahí al lado un país de caníbales.

—¿Caníbales? —repite Almoina, sorprendido por el comentario.

—Sí, españolito, todavía hay canibalismo en Haití, no sabes las cosas que pasan en la frontera, pero eso no se puede contar. Aunque es normal, es un país de muertos de hambre. Por eso vienen a quitarnos el pan a nosotros. Pero Haití es un país de caníbales. Y de brujos. —Cuando dice esto, Trujillo le pone misterio—. Y ya sabes lo que hacen con los muertos, el vudú y todo eso. Es algo repugnante. Aunque esos brujos son útiles para algunas cosas. Tienen mucho poder. Tengo algunos a mi servicio. —Habla ahora

divertido, bajando la voz, más aflautada cuanto más bebe—. Y no solo para conseguirme pócimas de esas para singar bien.

El Viejo ríe a carcajadas y Almoina lo mira con reserva, porque sabe que cuando bebe se le va la cabeza.

—No sé nada de eso, excelencia.

—Ay, qué inocente eres. Tú y tu mujercita. Aquí las cosas no son como en España. Un macho tiene que tener muchas mujeres, ya te lo dije. Eso hay que cuidarlo bien o se lo comen a uno. Y no sabes cómo es la sangre de chivo. Te deja nuevo. Pero no sangre porque sí. No, es cómo la consiguen. —Baja otra vez la voz—. La ceremonia la vi solo una vez, pero eso fue antes de aquello. De la crisis diplomática, quiero decir.

Almoina no sabe cómo reaccionar y se limita a seguirle la corriente.

—Cuénteme, excelencia.

—Pues aparean a un chivo con una adolescente virgen —dice con un mohín lascivo, mientras Almoina se remueve y se arrepiente de haberle dado pie a contarlo—. Es una ceremonia larga, todo con bailes y tambores, algo trepidante. A ellos dos los emborrachan con ron y les dan no sé qué hierbas. Y se la pasan bailando y tomando brebajes y manoseándolos. Y cuando ya están bien calientes ves que sueltan al animal para que la monte. Entonces la virgen y el chivo singan como locos, y cuando el macho se viene, el *papaloi* le descarga el machete en el cogote y esa sangre, amigo, esa sangre es milagrosa.

El relato se le hace interminable a Almoina, que lo escucha con fastidio. Es ya el largo monólogo de un viejo borracho al que le gusta escucharse y sentirse escuchado.

—Las pócimas y los talismanes de esos brujos son también buenos para defenderse de los enemigos, ¿sabes? Mira esto. —El Viejo se abre la camisa para que vea una bolsita que tiene colgada al cuello—. No te imaginas todo lo que hay dentro. Sangre de toro sagrado, cenizas, medallas, balas, qué se yo cuántas cosas usan para prepararlo, pero ¡funciona! Esto es lo que a mí me protege, ¿sabes? Porque hay mucho cabrón por ahí que quiere acabar conmigo. Pero conmigo no puede ni el mismísimo diablo.

El Viejo se sirve otra copa y la mueve un poco entre las manos.

—Almoina, eso que me decías de calentar el coñac está bien, aunque aquí con el calor yo creo que no hace falta. —Se ríe y toma directamente un trago largo—. Pero de qué estaba hablando. Ah, sí. Un país de enfermos, eso es Haití. De sífilis, de malaria, de tuberculosis. Eso me espanta, que me contagien esas jodidas enfermedades. Nos tienen el país lleno de tísicos. Y todo viene de Haití, de esa cloaca. Ahí al lado los tenemos. Un peligro para nosotros, que somos civilizados y europeos. Toda esa mierda va con ellos, con los negros. Por eso quiero que vengan blancos, para que se mezclen con nuestra gente, para que esos negros no nos cambien el color de la piel. Es que esas enfermedades son muy contagiosas, y contra eso no pueden mis brujos. Yo ya tuve ántrax, ¿sabes? Mira.

Trujillo se aparta ahora el cuello de la camisa y Almoina puede ver una cicatriz bastante fea que hay ahí. Entonces pone cara de asombro.

—Estuve grave —dice el Viejo, y el profesor ve por primera vez cómo el miedo se dibuja en su rostro—. Me salvé de milagro, desde entonces tengo mucho cuidado. Porque yo soy un militar y sé pelear. Pero con las enfermedades uno no es nadie, ahí no hay pistolas que

valgan. Así que tú haz un libro diplomático y no hables de eso. Algo elegante, eso es lo que quiero. Sobre la frontera de la República Dominicana con Haití. Algo así, amistoso. Fraterno, pero hablando bien de mí, claro. Con una carta mía sobre el derecho de mi pueblo para defenderse. Por supuesto, la escribes tú.

Almoina asiente otra vez con el gesto. Muy bien, un libro sobre Haití. Debe creerse su papel, eso es lo que necesita para ser un buen espía. Y Trujillo lo suelta todo cuando se siente en familia y se toma un coñac de más. Se pone muy gallito y habla de cualquier barbaridad como si fuera lo más normal del mundo. Por ejemplo, de cómo pone a disposición de los submarinos nazis la bahía de Samaná, a pesar de haberse alineado públicamente con los aliados. O de cómo consigue de ellos muchas armas a cambio de combustible y víveres. Esas armas que ya no le quieren vender los Estados Unidos. O de cómo entrega pasaporte dominicano a los espías del Eje para que puedan moverse a sus anchas. Como si no fueran a descubrir pronto a un alemán que quiere hacerse pasar por caribeño.

El Viejo se siente cómodo cuando habla de eso entre los suyos. Y él está ahí para escucharlo, como uno más de sus pocos confidentes. El más fiel, discreto y eficaz de todos. Aunque esa entrega lo tiene cada día más aislado. Más cautivo de los caprichos del Jefe. Exhausto de tanto como lo hace trabajar. Apenas pisa su casa si no es para dormir. A veces piensa que no va a poder soportar más ese mundo viscoso de la Estancia Ramfis. Pero ya se siente el final de la guerra, y eso lo llena de esperanza. Eso y algunas noticias, como la que le contó Mirentxu la última vez que estuvo en la imprenta. Tres mil guerrilleros cruzaron los Pirineos, le dijo. Por el valle de Arán. La

operación del maquis fracasó, pero Franco se ha puesto muy nervioso.

¿Y cómo sabes todo eso?, le preguntó él, sorprendido. Por las noticias que traen los barcos, Joseba. Es que tú vives en la luna, pero aquí llega todo. Las cosas van a cambiar pronto, insiste fogosa, jugando con su cigarrillo apagado entre los dedos. Ojalá, le dice Almoina, mirándola con curiosidad. Porque hace tiempo que ella ya no es aquella estudiante con cara de niña que conoció en Santander. Ahora se la ve distinta. Hermosa. Su rostro está afinado, y ha dejado de vestir con pantalones y monos de trabajo. Ahora usa faldas y vestidos. Y también un pintalabios de un rosa muy suave que contrasta con su piel, tostada por el sol del trópico.

Mujer, qué bonita te estás poniendo, le dice. Será que me preparo para encontrarte en mi próxima vida, responde ella burlona. Pero mientras aprovecho para fumar cuando no te veo. Y se ríe moviendo sus rizos rubios, más largos ahora. Siguen conversando mucho allí, o en la librería de Escofet. En un idioma en clave que han inventado poco a poco. Porque Mirentxu hace tiempo que se ha implicado hasta el tuétano con la Resistencia. Y él a veces le desliza en el bolsillo algún papelito con información importante, como la caída en desgracia de algún opositor. Para que alerte a los compañeros y que se pueda preparar su salida del país. Todo en secreto y en silencio.

Después de despedirse ese día, él sale de allí pensando en lo del valle de Arán. Y en lo nervioso que está también Trujillo ante la inminente derrota del Eje. Porque ahora que parece cercana la caída de Hitler todo son turbulencias en el Caribe. Los amigos del Jefe van cayendo. Y él está inquieto. A Batista le ha sucedido el doctor Grau,

un profesor de la Universidad de La Habana. A Ubico, el reformista Arévalo. Y el Viejo está cada vez más solo.

Cuando llega la derrota anunciada de Alemania, Trujillo ve caer también a Medina Angarita en Venezuela. Le sucede su odiado Rómulo Betancourt. Y es entonces cuando en la República Dominicana las cosas empiezan a moverse. En San Pedro de Macorís y La Romana los trabajadores de los ingenios azucareros se han puesto en huelga. Y el Viejo pasa cada vez más tiempo en la biblioteca, sentado en su sillón, escuchando las clases de Almoina. Observando de reojo. Y rumiando quién sabe qué ocurrencias.

—Muy bien el libro sobre Haití —le dice al terminar una de sus clases—. Tienes unas cualidades excelentes para la diplomacia. Se te ve la experiencia. Ahora hay que cambiar el discurso, tenemos que ser así, como tú, elegantes. Diplomáticos. Eso es.

—Gracias, excelencia.

—Que sepas que he decidido nombrarte secretario de Relaciones Exteriores —le espeta entonces Trujillo, clavándole sus pupilas de acero, en espera de su reacción.

Una corriente eléctrica le sacude el cráneo a Almoina en ese instante. El Viejo ha dicho que ha decidido nombrarlo. O sea, no es una consulta. Como siempre, decide él y todos acatan. Mal rayo lo parta, maldito y mil veces maldito, se dice. Eso altera de nuevo sus planes. Sabe que una vez más no puede negarse. Y que el precio de un no es la inmediata caída en desgracia. Todo muy sutil. Muy despacito. La pérdida del empleo. El acorralamiento. Luego la prisión. Y el hostigamiento a su familia. Lo ha visto demasiadas veces. Pero por encima de todo le preocupa otra cosa. Más que esa claustrofobia, más que esa imposibilidad de huir, le preocupan en

este momento sus hijas. Porque Lina y Helena están en esa edad que despierta los apetitos del viejo macho cabrío.

—¿No dices nada, Almoina?

—Es que me ha emocionado, excelencia, me ha dejado sin palabras. —Almoina no puede disimular la conmoción que le ha producido el encargo, aunque no por las razones que cree el Viejo—. Sería un honor inmenso trabajar tan cerca de usted. Pero es que yo creo que no merezco ese puesto, excelencia.

—Sí que lo mereces, y te voy a decir por qué —responde él muy serio—. Tú sabes que confío en pocas personas. En Moya, porque es fiel y discreto. En Balaguer, porque es fiel y culto. Tú eres las tres cosas: eres fiel, culto y discreto. Y trabajador. Necesito a alguien que me lleve como Dios manda toda la información, carajo. Que este es un país de pendejos y hay que trabajar para levantarlo. Menos mal que me desvelo yo por todos. Y necesito también a alguien que me haga buenos discursos. Y sobre todo que no se vaya de la lengua, que es la enfermedad más contagiosa del Caribe. Además hablas idiomas, así que me harás tú los resúmenes de prensa internacional cada día. Tu oficina estará junto a la mía. Necesito eficacia. Orden. Disciplina. Todo tiene que funcionar puntualmente. Como un reloj.

—Pero excelencia —balbucea Almoina, aún con el rostro desencajado—, es que me daría pena perder el contacto con mis estudiantes.

—Bueno, no te preocupes, te dejaré que sigas además con tus clases. Si te queda tiempo, claro.

El Viejo da unas palmadas y aparece enseguida un criado.

—Rápido —le dice—. Traiga una botella de champán Lanson. De la cosecha del veintiocho. Y dos copas. Tenemos que brindar. Y

conversar mucho.

31

El noveno círculo

¿Cómo que secretario personal de Trujillo? Pilar está muy alterada esa noche, pero se esfuerza en hablar en voz baja. De pronto se queda callada, pensativa, mientras se oye en la radio un bolero de moda: «Quiero tenerte muy cerca, mirarme en tus ojos, verte junto a mí… Piensa que tal vez mañana yo ya estaré lejos, muy lejos de ti». ¿Y qué hacemos ahora, José?, dice luego. Su voz suena desolada, y Almoina permanece en silencio. Ese día ha llegado a casa más serio que nunca y apenas ha hablado en toda la cena. Hasta Hilaria se dio cuenta y le preguntó qué le pasaba. Estoy cansado, respondió él con sequedad. Y Pilar acaba de saber el verdadero motivo.

¿Y nuestros planes?, le pregunta, melancólica. Él sigue callado, mientras en la radio suena ahora un merengue que le canta al general: «Y seguiré a caballo… Eso dijo el general… Porque siguiendo a caballo… sigue y salva a la nación…». Dime al menos si seguimos con el plan de huida, José. Él asiente con un monosílabo. Pero cuéntame algo, insiste Pilar, es que me desesperas con tu silencio.

Almoina no suelta prenda y ella se entrega ya al monólogo. Pero cómo se le ocurre esa locura al Viejo, es lo que yo te digo, está prendado de ti, José. Te tiene atrapado y no te va a soltar nunca. A nadie le hace tantos honores. Que si catedrático numerario. Que si nacionalidad privilegiada. Y qué es eso de querer condecorarte con medallas. Todos los enamorados llenan de regalos a la persona que quieren para conquistar su corazón.

Almoina hace entonces el gesto de taparle la boca. Mujer, no seas loca, susurra. Ya bastante tenemos con él. Anda, tranquilízate. Y no es una medalla lo que me ha ofrecido, es la Cruz de Duarte. Claro que es grotesco, pero las cosas van por otro lado. Pues explícamelo, dice Pilar con un brillo inquisitivo en los ojos. Por muy útil que le resultes y por mucho que pudieras haber cambiado desde que huiste de Franco, tienes un pasado. Eres quien eres y él lo sabe muy bien. ¿O acaso has cambiado de verdad y soy yo la equivocada? ¿Quién eres, José?

Él respira hondo y sube más el sonido de la radio, donde se empieza a oír otra canción: «Mujer, si puedes tú con Dios hablar…». Justamente eso es lo que le interesa en este momento, dice al fin. Nuestro pasado. Pero ¿por qué?, lo interrumpe Pilar, impacientándose. ¡Necesito que me lo expliques de una vez!

Pues a los refugiados nos usa para lavar su imagen, Pilar. Poner en su gabinete a un republicano español le da una imagen antifranquista. Es decir, antifascista. Lo pone del lado de los aliados. De los vencedores frente al Eje. Y él sabe que estoy en sus manos. Nos podría repatriar a todos si quisiera, ¿entiendes? Imagínate si caemos en las cárceles españolas ahora. De eso no se habla, pero todos lo sabemos. Por otra parte, él quiere que me ocupe de los

asuntos de cultura y de la ampliación del campus de la universidad. Es un trabajo bonito, ¿no? Y también hay otra cosa. Algo desconcertante. Dice que quiere democratizar el país y que lo ayude con eso. Por mi experiencia política en la República.

Pilar suspira. Es una sanguijuela, musita, no te creas nada. Solo quiere un esclavo. Mírate, reventado de tanto trabajar para él. Envejecido. Agotado. Te tiene tan exprimido que no tienes tiempo ni de darles el beso de buenas noches a tus hijos. No nos vamos a librar nunca de él, José. Y tengo miedo.

Almoina la contempla mientras ella habla y se da cuenta de que está más delgada que nunca. Que no, pitusa, le responde. Empiezo pronto la dieta para mi gran actuación de tísico. Pero ojo, de ese plan no se puede hablar. Ni siquiera con rodeos. Igual que de la epidemia de tuberculosis en la isla tampoco se puede hablar. Me han contado que un periodista que publicó algo sobre el incremento de tísicos apareció muerto al día siguiente. Esto es un paraíso perfecto, ya sabes. La utopía del Caribe. Prométeme que a cambio tú vas a engordar. Estás en los huesos, le dice palpándole la cadera, y ella se zafa, hosca. Aunque mejor así, añade con gesto de fastidio. Que ya sabes que al Viejo le gusta ocuparle la mujer a sus cortesanos. Y a él le gustan gorditas, así no corres peligro.

Los dos se quedan en silencio. Entonces se empieza a oír otra vez el merengue del general y Pilar hace ademán de cambiar el dial. Déjalo, susurra Almoina sujetándole la mano. Alguien puede notar desde fuera que en esta casa no queremos oír esa mierda.

Ella no se calma y sigue haciéndole preguntas, nerviosa. ¿Y qué vas a hacer con las comidas oficiales? Me refiero a esas comidas pantagruélicas que tienes que compartir con el Viejo. Pues no sé,

mujer, responde él con gesto fatigado. Diré que no sé qué me pasa. Que el cansancio. Que el calor. Que estoy inapetente. Eso también son síntomas de un enfermo. Pero tengo que esperar un poco, para que no sospeche. Unos meses nada más. Lo que sí es importante es buscar ya una casa nueva. Dejarle la biblioteca a Bernardo para que en su momento me la pueda enviar a México y largarnos de aquí. Parecerá que quiero vivir mejor, en una buena casa, ahora que voy a tener un puesto importante.

Encima te van a llover los odios y envidias de todos, replica ella levantando la voz sin darse cuenta y bajándola de inmediato. Pues mejor, responde Almoina, esforzándose también por hablar bajo. Eso es bueno para que él me crea. El sacrificio de quedarme solo, de renunciar a mis amigos por él. De todas maneras, ya todos me hacen el vacío. Los dominicanos me ven como un intruso. Y para los españoles soy un traidor. Sobre todo, desde que me negué a firmar el manifiesto de apoyo a la Junta Española de Liberación. En fin, tengo a mis hermanos. Y además no tengo opción. No puedo negarme. Pero tal vez valga la pena, meniña. Tal vez el Viejo realmente quiera democratizar el país aunque sea por necesidad, ¿no te parece? Algunos lo ven posible.

Pilar no lo tiene claro y está a cada minuto más nerviosa. ¿Y si nos persigue en México? En México nos ayudarán, mujer, eso está hablado. Ella lo mira incrédula. Que sí, mujer, que es un Gobierno enemigo de Trujillo. Además, solo una vez logró actuar fuera de la isla, cuando mató a Bencosme en Nueva York. Y de eso hace infinidad de años. Por cierto, dicen que lo hizo matar Rubirosa, aquel galán tan simpático que vimos en la embajada dominicana de París.

Ella suspira otra vez. ¿Por qué suspiras, pitusa? ¿No te habrá embrujado como a todas sus amigas? Dicen que es irresistible con las mujeres, por su encanto descomunal. Almoina sonríe y le acaricia un mechón de pelo. Qué tontería, dice ella. Suspiro porque sé que las cosas pueden salir mal, eso me da pánico. Y también suspiro porque tengo que encontrar tiempo para ponerme a buscar casa y ya mamá no me puede ayudar.

Almoina no le dice nada más y, como siempre, se guarda las noticias que más puedan alterarla. No le cuenta cómo el Viejo, el último diciembre, en la fiesta de cumpleaños de Radamés, se quedó mirando a Lina fijamente. ¿Cuántos años tiene tu hija mayor, Almoina? Está muy linda, tan rubia, tan buena moza, le dijo.

Va a hacer once en junio, respondió él mirando a Lina orgulloso. De pronto sintió el brillo lascivo en los ojos del Viejo y el corazón le dio un vuelco. Desde ese momento solo piensa en poner punto final a la aventura dominicana.

Avellaneda y Fina han avisado de que irán ese día a despedirse, porque se mudan a México. Mirentxu se va con ellos. Pilar los invita a los tres a almorzar, pero Mirentxu se excusa, está absorbida por los preparativos del viaje.

—José tampoco podrá estar con nosotros —dice Pilar al abrirles la puerta—. Pero os quedáis a comer igual, que hemos hecho una fabada en honor de Avellaneda, ya sabemos que le encanta.

—¿Fabada en el trópico? —pregunta Fina atónita—. ¿Con este calor?

—Que sí, mujer, tú calla, ya verás qué buena —le dice Avellaneda muy contento.

Los invitados entran en esa Condesita que ya no verán más. Y tienen buen cuidado de no hacer comentarios indebidos. Son las normas que aprendieron desde el primer día, en ese breve tratado de supervivencia que les recitó Elfidio entonces. Además, están ahí los chavales escuchando. Y ya se sabe que los niños con su inocencia lo repiten todo.

—Qué pena que os vayáis —dice Lina.

—No te preocupes, hija, ellos tienen un buen trabajo en México —le explica Pilar—. Nosotros en cambio no tenemos ninguna intención de irnos. Estamos contentos aquí. ¿Dónde vamos a estar mejor?

Fina carraspea y Avellaneda le da un codazo.

—La verdad es que estamos felices con la idea de vivir en México —dice él entonces—. Además, todos nuestros amigos se están yendo. Galíndez se va también de la isla, pero a Nueva York. Eso me vendrá bien para los contactos allí.

Fina se vuelve ahora a los niños.

—Bueno, si os portáis bien, un día os llevaremos a México. ¿Os gustaría?

—No mucho —dice Helena—. Nuestros amigos… están aquí.

Pilar y Fina intercambian una mirada furtiva.

—Pero, bueno, una visita rápida sí. Cortita —dice Lina.

—Cortita, sí —la ataja Pilar—. Que aquí se está muy bien. Además, ahora vuestro padre está entusiasmado con un nuevo encargo. Tiene que asesorar para la creación de una gran ciudad universitaria. Y para la reforma de la enseñanza. Trujillo lo trata como si fuera de la familia. Estamos muy agradecidos.

La obsesión casi neurótica del Viejo por la puntualidad es bien conocida de todos, así que Almoina siempre llega a su puesto de trabajo antes de tiempo. Y se encuentra que el generalísimo ya está allí, rondando por los despachos con su taconeo y dando órdenes con su histeria habitual. Las nuevas tareas que le ha encargado son abrumadoras y él intenta abordarlas con buen ritmo. Pero cada día tiene más trabajo y eso le desespera. Muy bien, Almoina, muy bien, le repite el Jefe. Eso es lo que necesito, que hay demasiados pariguayos aquí.

Tener a ese hombre en el cogote, vigilando y mandando, soltando sus salidas de tono y con ese perfume mareante, le resulta cada día más insoportable. Pero se da cuenta del valor que tienen las nuevas informaciones que va conociendo. Y eso le va dando sentido a todo. Lo primero que hace cada mañana es leer la prensa extranjera, esa que no puede conseguir nadie en el país. Y convertirla en píldoras para ese hombre que se cansa si lee dos páginas seguidas. Y que solo se interesa por lo que le afecta a él. A medida que conquista la confianza del Viejo, va accediendo a más documentos, como su correspondencia, que le toca responder puntualmente. Y también los informes del espionaje. Porque todas las llamadas de teléfono son intervenidas y todo el correo es interceptado. Hay un verdadero ejército de funcionarios ocupado en esas tareas de inteligencia.

Es entonces cuando va confirmando lo que le ha contado Bernardo. Y descubre mucho más, que él retiene en su memoria privilegiada, donde nadie puede husmear. O lo anota en las páginas del libro de Rosalía al llegar a casa, porque los poemas tienen a los lados bastante margen para escribir. ¿Para qué quieres ahora limones, José?, le preguntó Pilar antes de ver cómo, en silencio,

exprimía la fruta y mojaba en el zumo la punta de la pluma. Ya sabes, mujer, esto solo se ve si lo acercas al fuego, es tinta invisible, se limitó a responder él, mientras iba anotando ahí los datos de los negocios de Trujillo dentro y fuera del país. Los nombres de sus testaferros. Las cantidades cobradas. La lista de los sobornados. Los detalles de sus planes imperiales en el Caribe.

También está lo que le van desvelando poco a poco los otros cortesanos. Porque casi sin darse cuenta ha llegado al noveno círculo de ese infierno dantesco. Al corazón del reino de Satán. Y su discreción hace que los que trabajan en palacio le cuenten los más variados chismes sobre el Jefe. Es un degenerado, le dice uno, Moya le deja su casa para que desvirgue ahí a las guajiritas que le consigue, el muy cabrón. Hoy no da audiencia, le cuenta otro. Está encerrado con sus brujos haitianos.

Todos obedecen porque saben que Nigua, la Fortaleza y los tiburones son la alternativa. Y en ese gabinete está también Julio Vega, al que Bernardo achacaba tareas de celestineo para el Jefe. Además, se cruza a veces por esos pasillos con algún conocido de la Escuela Diplomática que acude a alguna gestión. O con Galíndez, que ocupa un puesto en la Secretaría de Trabajo y le dedica palabras desdeñosas. Vendido, le farfulla al oído al pasar a su lado. Comemierda, lameculos, le dice otro día. Luego sigue de largo, y Almoina le corresponde con un silencio incómodo. Parece que está cumpliendo bien su papel, se dice, porque todos creen ya que se ha vuelto trujillista. Y no puede evitar sentirse sucio. Y miserable.

—Muy bien tus resúmenes —le dice un día el Jefe al entrar en su despacho—. Justo lo que necesito, Almoina.

Él le responde con una cita pedante, porque sabe que eso le embelesa.

—Señor, como dice Saavedra Fajardo, lo que se escribe a príncipes ha de ser breve, que es precioso su tiempo y peca contra lo público quien en vano lo entretiene.

El Viejo sonríe complacido.

—Eso, a ver si aprenden los otros. Por cierto, a partir de mañana compartirás el despacho con un viejo amigo mío, el poeta Bazil. Verás que es un tipo interesante. Fue amigo de Rubén Darío. Casi nada.

Almoina asiente con el gesto y continúa enfrascado en la montaña de papeles de su escritorio, mientras el Jefe sale taconeando y seguido por su densa estela de perfume. Luego se queda pensando en esa condición doble que tiene. En su lado Jekyll y su lado Hyde. Porque puede ser el bárbaro, el carnicero, el que no podría jamás contar sus crímenes, de tantos como son. Y también el ignorante, el simple, el que se queda patéticamente subyugado ante eso que le falta. Educación. Elegancia. Cultura. ¿Qué sabrá el Viejo de Rubén Darío? ¿Y quién será ese tal Bazil? Piensa entonces en Luis, el chófer que lo lleva cada día al trabajo. Está seguro de que es un chivato, como todos los chóferes.

—Almoina, ¿qué te parece la idea? —La voz del Viejo lo saca de sus pensamientos—. ¿No me dices nada? Bazil no te molestará, ya verás.

—¿Un poeta aquí, excelencia?

—Bueno, Bazil fue diplomático en Río de Janeiro. Y estuvo también en La Habana trabajando para nosotros.

Almoina imagina que tendrá ahí a otro zombi de Trujillo. Esclavizado, explotado. Manejado como una marioneta de su guiñol. Un hombre que tendrá las antenas atentas por si pesca cualquier gesto o comentario sospechoso. Ningún problema. Él también sabe jugar al póquer.

—Escribió hace años un libro de mucho interés sobre mí. —La voz aflautada del Viejo lo vuelve a sacar de su nube de trabajo—. Se titulaba *Santo Domingo y su jefe.* Claro, fue antes de que el pueblo decidiera hacerme ese homenaje inmerecido de bautizar esto como «Ciudad Trujillo». —Ahora frunce los labios.

—Ah, sí, conozco el libro, muy interesante —dice Almoina, que recuerda esa conferencia encuadernada, con la foto de Trujillo en la cubierta. Porque se ha ocupado de estudiar bien todo lo relativo al Jefe. Y ahora solo desea volver a quedarse solo y avanzar con sus tareas.

Pasa el día contando las horas y los minutos que le faltan para volver de noche a casa, aunque ya los niños duerman. Las mujeres sí que lo esperan despiertas para acompañarlo en su cena, que empieza a ser muy frugal, y sobre todo con mucho vinagre. Como las heroínas románticas, se dice, mientras se come esas ensaladas de un sabor tan ácido que le producen dolor de estómago y hasta náuseas. Pilar lo mira con preocupación, porque lo ve tomar vinagre hasta en el desayuno. José, ten cuidado, te estás pasando.

Él no le hace caso, necesita que su representación sea creíble, y sabe que el vinagre lo va a ayudar a alcanzar esa palidez que busca. Y a estar muy delgado, aunque sea a costa de destrozarle el estómago. En esos días se da cuenta de que Hilaria está cada día más ausente, porque en otro tiempo le habría dicho también que

aquello era malo para la salud. Sin embargo, parece no enterarse de nada. Está siempre abstraída, encerrada en sus manías. Una vez, al llegar, se la encontró sentada frente a un frasco con un abejorro que se movía dentro, como hechizada.

—¿Y ese miura, Hilaria? ¿Qué hace ahí encerrado?

—Estoy esperando a que se atonte, para soltarlo —respondió ella, absorta.

32

El santo bebedor

Al día siguiente, al entrar en su nuevo despacho, Almoina siente un olor espeso y enrarecido. Es el olor del aliento de un bebedor. Y ahí está Bazil, que se presenta de inmediato.

—Encantado de saludarlo, doctor Almoina. —El poeta se inclina en una pronunciada reverencia. Sus modales son de un aristocratismo afectado, como si viniera del siglo XIX.

—Bueno, no soy doctor en realidad —dice Almoina incómodo—. El placer es mío, poeta, es usted bienvenido aquí.

—Trátame de tú, muchacho, que si no me haces sentir muy viejo.

—Oh, no podría. Además, me ha contado el Jefe que ha sido usted amigo de Rubén Darío. Y que compartió con él la bohemia de La Habana. Estoy impresionado. Algún día me tiene que hablar de todo eso.

—Ah, sí, Rubén. A los dos nos ha perdido lo mismo, la botella. —Saca una petaca del bolsillo de la chaqueta y le da un sorbito, luego baja la voz—. Y los dos hemos tenido que servir a nuestros dueños para poder comer.

Se le ve borracho, a pesar de lo temprano que es. Y cuando le guiña un ojo lo deja desconcertado. ¿Un amigo de Trujillo criticando

al Viejo? Entonces recuerda la experiencia de Avellaneda con un policía frente a aquel cartel luminoso. Sutil, el Viejo. Le ha dejado ahí a ese tipo para ponerlo a prueba una vez más.

—Yo nunca he estado en Cuba, pero ya me gustaría. —Almoina no se da por aludido ante la trampa.

Con los días se va acostumbrando a la presencia de Bazil en ese gabinete. Le cae bien, es como un pajarillo silvestre aterido de frío. Llega siempre exquisitamente vestido y rasurado, y su elegancia contrasta con sus ojos acuosos, como nublados de alcohol y de tristeza. Y con unas cejas muy pobladas que no parecen suyas y que le dan algo de selvático a su mirada. Lo acompaña ese olor que impregna todo lo suyo. Su respiración. Su ropa. Su entorno. ¿Se ha vuelto un maniático de los olores? Tal vez la culpa es de ese calor pegajoso que hace ahí, porque potencia ese hedor y lo hace nauseabundo.

Entre las visitas del Jefe y las largas charlas que le dedica el poeta, Almoina empieza a desesperarse. No le da tiempo de nada. Finalmente decide ir más temprano a la oficina y avanzar tarea antes de que llegue Bazil, que no deja de beber en su presencia.

—No se lo digas a nadie, Pepe —le dice con un guiño.

Almoina sonríe y calla. Él le da otro sorbito a su petaca de ron y poco a poco se le van encendiendo las mejillas.

—Bazil, he leído su libro sobre el Jefe —le dice un día Almoina, por darle conversación.

El poeta lo mira con tristeza.

—Hijo, yo me voy a morir pronto. Pero tú eres joven, aprovecha tu vida. Yo te veo en los ojos que eres un hombre bueno. No hagas como yo, que he sido débil. Como mi amigo Rubén. Él también tuvo

que cantarle a uno como el nuestro. A Estrada Cabrera, ese carnicero. Para sobrevivir. En ese libro digo que el Jefe es misterioso. Y que insinúa una sonrisa que pocas veces da por entero. A él le encantó que lo llamara misterioso. Quién sabe dónde aprendió a sonreír así. Yo creo que copia a la Mona Lisa.

Bazil se ríe con un crujido de pájaro. Después, continúa su desvarío.

—Y esos ojos del Jefe son como dos anzuelos buscando una presa donde clavarse. —Bazil habla arrastrando la lengua y vocaliza con dificultad—. Eso escribí ahí. Y que es un hombre de temperamento melancólico y hermético. ¿A qué te suena eso, Pepe?

Almoina alza los ojos de su trabajo como al descuido.

—¿La melancolía? Ah, pues no sé, a Durero. Me hace pensar en el grabado de Durero, claro.

—No, hombre. ¡La melancolía es la bilis de los poseídos por el diablo! Eso es. La enfermedad de los endemoniados. Y la enfermedad de Saturno. El que devoró a sus hijos. ¿No lo ves?

La lengua se le traba cada vez más a Bazil. Siempre está cansado y tiene los ojos amarillentos y la piel como apergaminada, sin vida. A Almoina esos ojos amarillos le recuerdan los de las gaviotas. El Jefe entra a veces de improviso por cualquier motivo y se encuentra al poeta dormitando sobre el escritorio. Otras veces se pone a recitar con él uno de sus poemas:

Yo que llevo enterrados tantos sueños
que cuento tantas tumbas en el alma.

Se supone que son versos de amor, pero Almoina siente escalofríos ante ese juego oscuro de los dos. Y luego sigue dejando hablar y beber a Bazil. El poeta no es el único de los cortesanos que echa pestes de Trujillo. En realidad lo hacen casi todos en cuanto el Jefe se da la vuelta. Y para él, el silencio es la única opción posible. Pero le da pena ese hombre. A veces tiene ganas de abrazarlo. De llevarlo a casa a almorzar. De darle el cariño que le falta. ¿Por qué, si no por falta de afecto, le habla así a él?, si no lo conoce de nada. Aunque llevan ya tiempo juntos en el despacho. Pero cada vez ve a Bazil más deteriorado. Además, las obras de reforma de esa sede les están perforando los oídos a todos. El poeta está crispado y bebe más y más para calmarse.

—Yo le tuve que dedicar mis libros de poesía al Jefe, ¿sabes?

Almoina guarda silencio y le deja hablar, como siempre. Hace tiempo que empieza a creer en Bazil. Y el poeta le sigue contando.

—Por cada dedicatoria me han dado dinero. Y yo qué voy a hacer, si no tengo un chele. Si es que no tengo donde caerme muerto. Pero hazme caso, tú ya sabes que los borrachos decimos la verdad. Además, yo ya estoy muerto. Los médicos me han avisado de que si no dejo la botella me mata la diabetes. Pero ese cabrón es el que no se muere. Pues al carajo. —Bebe un trago largo y baja la voz—. Este país es una casa de putas.

Toma otro trago y dice en un susurro:

—Ojalá reviente.

Almoina lo mira con pena. Por fortuna ese día no está el Jefe. Tiene sus rutinas, y toca su escapada a la mansión de La Caoba en mitad de la semana. Porque el sábado y el domingo los pasa con la

familia en la Estancia Ramfis, como mandan las apariencias. Bazil sigue con su monólogo.

—Una vida indigna, eso he tenido. Y me da igual morirme. Solo me fastidia no verlo reventar antes a él. Ojalá reviente como su padre —dice en un susurro otra vez.

Luego toma un trago largo y sigue hablando.

—Porque ese murió de puro vicio, ¿sabes?, se pasó con los estimulantes. Para que se le parara bien parada. Para singar a gusto. Macho hasta la muerte tenía que ser. —Ahora se ríe con un crujido breve, de pájaro pequeño—. Y luego el hijo lo enterró en la catedral con los héroes, así es el Jefe.

Almoina lo mira inquisitivo, arrugando la frente. No dice nada, pero no hace falta. Bazil continúa su monólogo.

—¿Que cómo sé lo del padre? —Bazil baja ahora mucho la voz—. Pues cuando me mandó a Brasil me hizo conseguirle todo tipo de afrodisíacos. Ahí supe lo que él toma. Huevos de tortuga. Pócimas de sus brujos. Drogas. Fármacos que le inyectan sus doctores. Porque los años pasan. Y él tiene que cumplir con su papel de supermacho. Para que nadie se entere de que lo que le gustan ahora son los jovencitos. Esos que le traen Moya y la Julia. Y las niñas vírgenes. Se las sirven en bandeja de plata al muy cabrón. Yo no tengo niñas, pero tú sí. Yo no he conocido las mieles de la familia. Sálvate, Pepe, estás a tiempo. Tú no eres como yo, que solo tengo la soledad de los sanatorios.

Uno de esos días, al llegar a casa, Almoina se encuentra sobre la mesa del comedor una carta a su nombre. Te la ha traído en mano

Rafael, el marido de Guillermina, le dice

Pilar. Él se la lleva a su estudio para leerla con calma. Luego se oye cómo cierra la puerta y se queda allí mucho rato. Pilar se acerca extrañada para llamarlo a cenar y se sobresalta al verlo conmocionado y con los ojos húmedos. ¿Qué te pasa, José?, le pregunta asustada. ¿Ha muerto alguien? Él niega con la cabeza. Pero ¿qué dice la carta? Lo último que me esperaba, responde él, con un hilo de voz. Me han expulsado del partido.

Ella entonces se relaja un poco y se queda mirándolo, apoyada en el marco de la puerta, con una mezcla de preocupación y extrañeza. Aquí dice que el partido se está reorganizando, sigue él, mostrándole la carta. Para abordar la nueva situación, ahora que ha terminado la guerra. Y por lo visto eso empieza por prescindir de algunos de nosotros. De muchos, más bien. Desleales, nos llaman. Eso dicen los de la nueva dirección. ¡Desleales!, repite, con un rictus de amargura en los labios.

Mira, dice, extendiéndole el papel. Ahí está la lista de los expulsados. Hay bastante gente. Negrín está. Y Max Aub también. Pilar se sienta a su lado y lee un poco. Luego deja la carta sobre la mesa y le intenta quitar hierro al asunto: José, mírate, menuda cara de funeral por algo tan pequeño. Con todo lo que estamos pasando, con todo lo que hemos pasado. ¿Te parece normal preocuparte tanto por algo así? ¿Y qué más da que ya no estés en el partido? Hace tiempo que te has alejado de ellos.

¡Mujer, no por mi gusto!, le replica Almoina. Tantos años de matrimonio y me hablas como si no supieras nada de mí. Pero ¡si ni siquiera os veis ya!, responde ella con frialdad. Vives metido en un

túnel. No te quieres dar cuenta, pero es así. Además, es normal que te echen, trabajando para quien trabajas, ¿no?

Pero ¡qué dices!, exclama él irritado. No entiendes nada, me mandan esto porque me negué a firmar aquel manifiesto sectario, y nada más. Almoina coge otra vez la carta, la estruja entre las manos con rabia y la arroja al cesto de la basura. Luego se queda mirándola, la saca del cesto, la extiende sobre la mesa con las palmas de las manos y la relee con incredulidad. Pilar, esto no tiene que ver solo con las ideas, sino también con los sentimientos, ¿entiendes? Estoy con ellos desde que era un adolescente, el carnet del partido es como la carta de una novia, eso no se rompe jamás.

Bueno, ahora la que está contenta soy yo, replica Pilar contrariada, menuda comparación. Pues eso fue, mujer, un amor temprano, todo esto tiene que ver con las emociones. Pilar se rinde. De acuerdo, José, perdona. ¿Te doy una buena noticia? Él la mira con cara de susto. No, hombre, no es lo que piensas. Es que ya tenemos casa. ¿Seguro? Sí, seguro. En la calle Cayetano Rodríguez, a cien metros del mar. Ya me ocupo yo de la mudanza, no te inquietes. Es muy bonita. A los niños les va a encantar. ¿Con jardín y rejas? Sí, con jardín y rejas.

De vuelta en la oficina, Almoina mira a Bazil preocupado. Nota que el poeta está más borracho y lenguaraz que nunca, y no sabe si es teatro o pura osadía de moribundo.

—¿Se encuentra bien, Bazil?

—Sí, muy bien —dice él con su lengua torpe—. Ya está llegando ese momento en que no puedo pensar y todo me da igual. Un par

de traguitos más y llega ese punto. Pero este poeta aún puede escribir, ¿eh? Y te lo voy a demostrar.

Bazil saca de su bolsillo un papelito doblado en cuatro.

—Es un poema sobre esta cárcel. Y te lo dedico a ti. No te preocupes que lo vas a entender. Te leo:

PESADUMBRE

Al profesor José Almoina

Hasta el hastío
quiere escapar
del cuarto mío,
cuarto desierto
sin luz de hogar.
Paredes mudas,
cuatro paredes
que ante las dudas
de mis llamadas
de si estoy muerto,
quedan calladas.
Pido mercedes
a las paredes,
¡nadie responde!
Llamo al hastío
¡y se me esconde
muerte de frío!

Almoina lo escucha conmovido.

—Gracias, Bazil. Es bueno. Y muy triste.

—Irá en mi próximo libro, me lo van a publicar pronto —dice el poeta, sacando de su portafolios un manojo de manuscritos—. Será el último, eso lo sé. Y va también un poema a Martí. «Apóstol de la palma, de la estrella y de la rosa», recita. ¿Tú crees que la gente me comprenderá? Porque en este país hay que decir las cosas así. Va también un poema a Aníbal Trujillo, ahí hablo de rosas y reptiles. ¿Me entenderán, Pepe? Y mira aquí, este, dedicado a Balaguer y titulado «Duarte». —Bazil declama con solemnidad—: «El corazón del héroe sangraba amargo duelo». ¿Qué te parece? Escucha, escucha esto: «Pese al enigma adverso que arroja el maleficio… se inclinan a su paso bronces libertadores».

Recita bien Bazil. Y es irreverente y divertido. A veces aparece por ese despacho Balaguer, que está ahora de embajador en Ecuador y se mueve por las oficinas con la confianza que le da ser pariente de Trujillo. Saluda con su pose atildada y desaparece enseguida.

—No te fíes de este, que es el peor. Refinado. Culto. Astuto —dice por lo bajo Bazil.

Otras veces se deja caer por el gabinete Manuel de Moya, y el poeta también lo señala:

—Mira, por ahí va el *mignon* del Jefe. No sé cómo se presta a todo lo que le manda. Bueno, así es el querer. Dicen que fue amor a primera vista. El Jefe lo vio en los anuncios de Colgate, con esa sonrisa de galán de cine. Y en los anuncios de brillantina Glostora. Se enteró de que era dominicano y lo quiso conocer. Y hasta hoy siguen juntos. Pero él es todo lo contrario del Jefe. Elegante, distinguido. Antes era un modelo famoso, cotizado. Sus fotos

estaban por todas partes. Ahora no, ahora lo tiene solo para él. Y cuidado, que el Jefe te mira con los mismos ojitos.

Almoina se ríe con ganas.

—Lo que me faltaba por oír —dice.

Un día Bazil desaparece para siempre, sin previa explicación ni despedida. Es que lo he destinado al periódico *La Nación*, le explica el Viejo cuando le pregunta por él. Ya ha salido su último libro. Y al poco tiempo muere en el hospital Padre Billini. Solo entonces se fija Almoina en el título: *Remos en la sombra*. Avanzar desde la oscuridad de las galeras, como los antiguos esclavos o presos. Sí, eso era su vida y la de todos, en ese laberinto. Avanzar en la oscuridad, se repite. Le apena no haber podido hablar más con él. Pero claro que lo entendía. Y lo echa de menos. Pobre poeta.

33

Fruta madura

Hace mucho que Almoina estudia la psicología del Viejo. Ese cinismo con que puede premiar a un enemigo o condenar al que hasta ese momento era su fiel aliado. Nada le importa con tal de conseguir su objetivo: mantener el poder y con él su propio mito. Pero detrás de esa máscara hay un hombre temeroso y patético. Un hombre que no tolera la más mínima duda sobre la leyenda que se ha construido minuciosamente.

—Excelencia, en el *Times* hablan mal de usted.

—Bah. ¿Y qué dicen? ¿Dicen acaso que soy homosexual? No, ¿verdad? Pues entonces me importa un carajo.

Trujillo también lo escruta cada día, preocupado. Hace tiempo que lo ve más delgado y bastante ojeroso. Almoina le corresponde con una sonrisa cortés. Sabe que el Viejo maneja las vidas de todos, pero sabe también que ha logrado tener ascendiente sobre él. Que depende mucho de su trabajo. De sus discursos. De sus cartas. De sus consejos. Se ha ganado a pulso el afecto y la confianza del Jefe. Y él se lo demuestra constantemente con regalos y nombramientos. Lo colma de atenciones. Porque ese secretario hace mucho que se le hace indispensable. Y porque cumple con eficacia y abnegación

todos sus encargos. Almoina sabe bien cuál es su parte en ese teatro. Y tiene buen cuidado de no equivocarse. De no entrar en contradicciones. Su memoria excepcional es una buena baza. Y también su discreción. Y esas citas y fraseos que tanto cautivan al Jefe, que se siente contagiado de su saber. Propietario de ese cerebro que ya es suyo también. Y que necesita especialmente ahora, frente al nuevo escenario internacional.

Porque desde la victoria de los aliados las cosas siguen cambiando mucho en el mundo. También en Ciudad Trujillo. Las calles están en ebullición, sobre todo la universidad. Los estudiantes han llenado los buzones de panfletos que exigen la liberación de los presos políticos. Que avisan de que después del Führer y el Duce le toca a él. Y el Viejo está aterrado con ese emplazamiento.

Es entonces cuando el jefe de la Policía Nacional recibe la orden de poner en marcha toda su maquinaria. Y muchos de esos estudiantes acaban en la Fortaleza Ozama. Dicen que su sangre ha salpicado las paredes de la prisión. A algunos no se les ha vuelto a ver más. También se cierran todas las logias. Y hay caza de brujas entre los militares. Están ejecutando a los oficiales sospechosos de desafección. Mientras, la prensa guarda silencio. La República Dominicana debe seguir siendo el paraíso perfecto. Y todo parece bajo control.

Pronto la Asamblea General de las Naciones Unidas condena el régimen de Franco, y Trujillo empieza a ponerse frenético. Su olfato le alerta del efecto dominó que se avecina sobre su Gobierno. Y no hace más que taconear de un lado para otro. Almoina lo observa en silencio. Sabe bien que la Resistencia está organizando algo importante contra él. Que pronto los opositores desembarcarán en la

isla para tumbar a ese monarca del infierno. Y solo piensa en irse de ahí cuanto antes, porque su misión está cumplida.

—Almoina, quiero que hagas venir a Marrero Aristy —le ordena el Viejo un lunes por la mañana, cuando aún no ha llegado a la oficina nadie más que ellos dos—. He estado pensando mucho y tengo un plan. Estamos en un tiempo nuevo y hay que adaptarse. Quiero que Marrero vaya a Cuba inmediatamente y les anuncie a los exiliados que pueden regresar. Libres de cargos.

El secretario lo mira atónito.

—No me mires con esa cara de pendejo, hombre. Esto va en serio. Quiero que les digas que yo les prometo una apertura democrática. Y que los invito a formar partidos distintos al oficial.

—Sí, excelencia. —Almoina elige esa expresión neutra, que es desde hace mucho su máscara más frecuente, y toma nota puntual de lo que le ha dicho.

—Ah, y escribe una carta también para el director de *La Opinión.* Quiero que desde mañana mismo haga campaña contra mi Gobierno. Hay que dejar muy claro que aquí hay libertad de expresión, qué carajo.

Almoina levanta los ojos y lo mira ahora imperturbable. Detrás de su cara de póquer está su cerebro en ebullición, intentando procesar esas novedades. ¿Será cierto que todo puede cambiar? Imposible, se dice enseguida. Puro teatro. Pero es listo el Viejo. Endiabladamente listo. Está intentando neutralizar a los opositores. Y la cuestión es que puede conseguirlo. Y que eso altera el tablero de juego.

—Excelencia, le alabo la idea. Aunque no sabemos cómo reaccionarán los exiliados. Puede que piensen que es una encerrona. Para que le crean, tal vez sería interesante hacer algo más. Por

ejemplo, intentar organizar una Liga de Naciones Americanas que señale una nueva etapa del continente tras la guerra. Por supuesto, liderándola usted.

—Oh, sí, ¡me encanta! —El Viejo se frota las manos y frunce los labios con regocijo. Sus ojos femeninos dedican una fugaz mirada de agradecimiento a ese secretario que siempre está en todo. Que lo comprende tan bien. Que sabe cuánto vale el Benefactor de la República. Luego abandona el despacho con su taconeo estridente y marcial. Y Almoina se queda pensando en que se acerca el gran día de su propio debut como actor. El día de su gran escapada. Eso le produce desasosiego. Mantener su máscara de frialdad no le cuesta demasiado trabajo, pero lo que no puede controlar es la desazón interior. Tiene el estómago en un puño, por los nervios y también por los efectos de esa dieta prolongada de vinagre. Y hay un remolino de preocupaciones en su cerebro. Por más que lo apoye el secretario de Relaciones Exteriores de México, el poeta Jaime Torres Bodet. Y por más que sus hermanos en la sombra se ocupen de protegerlo.

Eso le da confianza, pero no puede evitar el enjambre de preguntas que lo aguijonean en todo momento. Sobre todo de noche, cuando intenta en vano conciliar el sueño. ¿Será de verdad posible engañar al Viejo? Todo está estudiado hace meses. Hace años. Nada debe fallar. Pero ese energúmeno es imprevisible. ¿Y si él logra huir pero el Viejo no deja salir a su familia después? Esa posibilidad le carcome por dentro y lo tiene en un sinvivir. En ese caso regresaría de inmediato, claro. Y tendría que volver a ser su pelele. Tal vez para siempre. O hasta que la insurrección que se está gestando lograra su objetivo. Pero eso es algo demasiado incierto y

no quiere más riesgos para su familia. Sobre todo, tiene que sacar cuanto antes a sus niñas de ahí. Están llegando a esa edad en que ninguna se libra de la lascivia del Viejo. No puede olvidarse de aquella mirada lúbrica que le dedicó a Lina. Y todos los nervios se le concentran en el estómago, que le arde como si tuviera lava dentro. Pero hay que seguir disimulando. También ante Pilar. Debe mostrarse frío. Fuerte. Confiado. Todo va a salir bien, le repite cada día.

Los planes del Jefe se ponen en marcha. Y los exiliados empiezan a regresar. Desde Cuba. Desde Puerto Rico. Desde México. Entonces se organiza un congreso obrero. Y se multiplican los discursos y la esperanza. Aparecen críticas y caricaturas de Trujillo en la prensa y nacen el Partido Socialista Popular y el Partido Democrático Renovador. Almoina, mientras, sigue comiendo poco y durmiendo menos. Y aparece en la oficina cada vez más demacrado y confuso, con unas ojeras muy oscuras y un aspecto casi patibulario. Qué mala cara tienes últimamente, le dice el Jefe un día. No es nada, excelencia, no se preocupe. Será que me hago mayor, responde él, como distraído.

Ese otoño, un mitin en Villa Francisca reúne a cuarenta mil personas. Trujillo se pone muy nervioso. No puede soportar la representación teatral que él mismo ha organizado. Entonces da orden de rodear a la multitud con policías y ametralladoras. Pero nadie se va. La gente parece haber perdido el miedo. Y no ocurre nada. Unos días después se convoca otro mitin. Entre los oradores están líderes como Mauricio Báez y Pericles Franco. También Chito

Henríquez. Y los hermanos Juan y Félix Ducoudray. La multitud los aclama enfervorecida. Trujillo vuelve a enviar a sus hombres para que saboteen el encuentro. Y les da orden de actuar. Hay culatazos. Amenazas desde los altavoces. Cortes de luz. Gritos. Luego llegan los enfrentamientos. Las carreras. Las palizas.

Esta vez hay muchos heridos. La gente los lleva en volandas hasta la Embajada de Estados Unidos para que vean el horror. También a las de México y Haití. Para que le cuenten al mundo lo que está pasando. Mientras, los hombres del Jefe destruyen a golpes y machetazos las sedes de los nuevos partidos. Confiscan sus archivos y le prenden fuego a todo. Ya tienen lo que querían: las listas de sus afiliados. Y a continuación se presentan en sus casas. Los buscan uno a uno. Les dan palizas ejemplares. También a sus familias. Y a los que reparten octavillas o prensa les rompen los brazos.

El siguiente mitin convocado ya no puede celebrarse. Hay redadas. Interrogatorios. Penas de multa y cárcel. Y han regresado las persecuciones. También los fusilamientos. El éxodo. El refugio desesperado en las embajadas. Por supuesto, el plan de democratización no se detiene, le dice el Viejo a su gabinete. Y nacen así dos nuevos partidos con sus correspondientes afiliados: el Laborista y el Nacional Democrático. La farsa está servida. Habrá elecciones muy pronto.

La fruta ya está madura, le susurra Almoina a Pilar esa noche, cuando ya está la luz apagada y la radio encendida. Tengo que irme ya. Y pronto me seguiréis vosotros. Mañana cuando vayas a la tienda de Bernardo, dile solo esa frase: la fruta ya está madura. ¿Nada más?, pregunta ella. No te preocupes, Pilar, él entenderá. Se pone en marcha el plan, meniña. Esto es una ratonera. Muchos han

tragado porque ven una rendija para hacer presión. Para empezar a cambiar las cosas. Para salir de este túnel de tantos años. La disidencia quiere apostar. Jugársela por su país. Y yo lo entiendo, pero esto es una encerrona, seguro. Aunque todo depende de cómo reaccione Washington. Sin su apoyo, Trujillo tiene los días contados. Pero nosotros debemos irnos cuanto antes. Se está preparando algo muy fuerte para el año que viene. No te puedo decir más.

Desde el día siguiente, a Almoina se le empieza a oír toser. Es una tos seca, cada vez más persistente. Y se le ve fatigado. Su ritmo no es el de siempre. Le cuesta redactar los discursos y declaraciones del Jefe. Disculpe, excelencia, le dice, tengo un poco de jaqueca, ya se me pasará. Pero todos notan que está cada día más delgado. Demacrado, más bien. Y que cuando tose, se lleva la mano al pecho. Tienes mala cara, Almoina, le dice el Viejo con preocupación, vete al médico en cuanto puedas. Oh, no será nada, responde él. Será un resfriadillo, nada más. Es que me da poco el sol, vivo demasiado encerrado, debería pasear más. Y cuando le dice que está demasiado encerrado, lo hace con intención. Para que se vaya enterando. Porque eso es lo que le dirá si logra huir: no puede seguir trabajando con ese ritmo de esclavo que él exige, debe buscar otro secretario. Que se busque a uno que lo aguante, se repite para sus adentros.

Mientras, las movilizaciones siguen galvanizando al país. Trujillo está histérico y muy pendiente de su gabinete. Y entonces ocurre. Un poco de tos. Un pañuelo que Almoina se lleva a la boca. Algunos ven que está manchado de sangre. No saben que es la sangre menstrual de Pilar, que ayuda a preparar esas pruebas trucadas. Almoina no lo deja ver ante Trujillo, eso sería torpe. Sí ante sus

cortesanos, porque sabe que irán corriendo a contárselo al Jefe. Simula además escalofríos, se abriga mucho a pesar del calor y de vez en vez se lleva una mano temblorosa a la frente.

Pronto llega la llamada telefónica esperada: españolito, hazte un chequeo cuanto antes, todos hemos notado que estás desmejorado. El Viejo raramente lo llama por teléfono. Le gusta plantarse en su despacho sin previo aviso. Envolverlo allí con sus órdenes intempestivas y sus gestos teatrales. Estar frente a él para estudiar sus reacciones. Contonearse un poco. Sentir el poder de su presencia física. Pero ahora ha preferido usar el teléfono. No puede disimular el miedo a contagiarse. Y entonces llega esa visita ya planeada a un amigo médico, Agustí Roig, que firma un informe también trucado: el paciente está muy enfermo, es sin duda el bacilo de Koch, debe someterse a algunas pruebas radiológicas para un diagnóstico detallado.

Almoina vuelve a la oficina cabizbajo y se lo envía al Jefe por correo interno. Luego le telefonea también. No sé cómo ha podido ser, le dice, mientras siembra sus comentarios con algún ataque de tos reprimido. Es una enfermedad que tuve de joven, excelencia, por eso no fui al frente. Pero yo pensaba que estaba curado. Y el caso es que no, que la tisis ha regresado. Dice el doctor Roig que este clima húmedo tiene buena culpa, y el exceso de trabajo también. Que debo reposar y hacerme más pruebas. Pero yo no quiero estar de reposo, excelencia, usted sabe cuánto me gusta trabajar a su lado.

El Viejo lo escucha en silencio. Y cuando le responde no puede ocultar su nerviosismo, aunque lo intenta. Tu salud es lo primero, le dice con voz meliflua. Tendrás los mejores cuidados, como corresponde a tu rango y condición. ¡Eres el secretario del

presidente! Al decir esto se le quiebra un poco la voz. Y todo resulta así de natural en ese país que está lleno de tuberculosos y de sanatorios para tísicos. El que hay en Ciudad Trujillo está completamente lleno, y abundan en las zonas altas. Sobre todo en Jarabacoa y San José de las Matas, por donde se ve pulular a todos esos enfermos con su vómito rojo y su color cetrino.

Almoina vuelve a visitar pronto al doctor Roig, que le redacta un informe más detallado sobre su caso avanzado de tuberculosis. Y donde dice que será preciso hacerle un neumotórax intrapleural para que la caverna tuberculosa pueda facilitar su cierre. Que hay que considerar una neumonectomía o una lobectomía. Dice también que hay que valorar el riesgo. Porque la mortalidad es del diecisiete por ciento en las neumonectomías y del siete por ciento en las lobectomías. Recomienda que esa operación se realice en México. Allí los tratamientos son más avanzados desde la creación del Comité Nacional de la Lucha contra la Tuberculosis. Además, el paciente tendrá clima seco, sol y una altitud que favorecerán su convalecencia y mejoría. Lejos de la humedad tropical dominicana, tan nociva. Adjunta estudios previos aportados por el paciente sobre su enfermedad cronificada.

Después Almoina manda el informe al Viejo, mientras empieza ya a recoger los pocos objetos personales que tiene en su escritorio. Y a ordenar todos los papeles y archivadores para quien le vaya a suceder. Hasta nunca, se dice, improvisando un poco de tos por si hubiera alguien cerca escuchando. Piensa entonces en los cortesanos que se ha encontrado al llegar esa mañana al despacho. Antes lo saludaban con sus habituales reverencias y sonrisas palaciegas, porque había que estar a bien con el favorito. Ahora se

alejan discretamente en cuanto lo ven, con una sonrisa nerviosa, temerosos de un contagio. Él recoge la foto de sus hijos que tiene sobre la mesa y se queda mirándolos. Cuánto han crecido ya, se dice. Son casi adolescentes. Maldito chivo.

En ese momento suena el teléfono. Es el Jefe. Ya he leído tu informe, le dice. Su voz vibra por la emoción y es más aguda que nunca. No te preocupes, que saldrás de esta, como me pasó a mí con mi ántrax. Tendrás los mejores tratamientos, los mejores médicos. Y si están en México, pues irás allí para que te curen. Habla con tono paternal y parece al borde de las lágrimas. Almoina no acaba de fiarse, conoce bien su don para el teatro. Pero el Viejo parece sincero. Aunque no sabe si está conmovido por su secretario y esa operación a vida o muerte, o por sí mismo, que va a tener que prescindir de su esclavo durante mucho tiempo.

Entonces él continúa su representación: yo no quiero irme, excelencia, pero Pilar piensa como usted, que debo viajar a México para tratarme. Es que ya se ve viuda, la pobre. Ya sabe lo dramáticas que son las mujeres. Si todo va bien, dentro de unas semanas estaré de vuelta y me reincorporaré a mi puesto. Aquí queda mi familia, en las mejores manos, eso me tranquiliza. Volveré cargado de energía, ya lo verá. Le corresponderé con creces, porque me está salvando la vida una vez más.

El Viejo se vuelve a emocionar y se toma la causa como algo personal. Pone a su disposición todos los recursos para que viaje cuanto antes a México. La baja especial por enfermedad se tramita al instante. El visado de un año también. Son órdenes del presidente, que además le anuncia que contará con un avión oficial para el traslado.

Cuando Almoina vuelve a casa ese día, enciende la radio y sube el volumen. Luego le muestra el informe a Pilar. Todo ha ido bien, le dice en un susurro, parece que esto ha funcionado. Ella lee con detenimiento esas dos páginas. Hasta yo me he quedado preocupada, dice luego con un mohín de disgusto.

Tú sabes que este plan es la única opción, meniña. Y que preferiría mil veces hacer lo contrario, le dice él con expresión severa. Mandaros a vosotros al extranjero y luego irme yo. Pero no colaría. Al hacerme secretario, el Viejo me ha cerrado las puertas de la jaula. Cuando pase un tiempo prudencial, le pediré que os deje venir por la gravedad de la operación. Y saldréis para allá casi sin equipaje, como hemos quedado.

Otra vez perderlo todo, responde Pilar, y baja los ojos con un gesto de amargura. Entonces Almoina se queda mirándola fijamente. Meniña, yo soy el que está a dieta, pero tú estás más demacrada que yo. Van a pensar que te he contagiado la tisis. Ella lo mira con tristeza. Es que no me puedo olvidar del día que te vi alejarte, desde el balcón, en Benavente, le dice. Y ya sabes todo lo que vino después.

Esto será distinto, mujer, ya verás. Buscaremos allí una casita y volveremos a empezar. De algo tenían que servir ocho años de trabajo y ahorro. Y estaremos al fin libres de esa hiena. No puedo más con sus borracheras de coñac y sus caprichos. La expresión de Almoina es ahora amarga también. Hasta su olor me da ganas de vomitar, meniña. Estoy hasta las narices de perder mi tiempo escribiéndole esos discursos empalagosos que le gustan y de pringarme con toda su escoria. En México estaremos seguros. Él

sabe que no le sirve de nada un esclavo enfermo. Me necesita sano. Y creo que tengo ganada su confianza. Todo saldrá bien, ya verás.

Pilar lo escucha con un gesto escéptico. Ya imagino que te dejará irte a México, dice. Pero todo suena demasiado arriesgado. ¿Qué pasa si a nosotros no nos deja irnos? ¿O si hay represalias después, cuando vea que no volvemos? Su voz es ahora neutra, habla casi mecánicamente. Como si supiera la respuesta a todas sus preguntas. Sabe que es el único camino. Que no sirve de nada quejarse. Pero no puede evitar el miedo que siente.

Confía, meniña, todo saldrá bien, le repite Almoina. Tendremos la protección del Gobierno mexicano, eso ya está arreglado. Cuando preparéis el viaje a México, sacaréis billetes de ida y vuelta. Para que quede clara la intención de regresar enseguida. Yo también sacaré mi billete de regreso, para incorporarme a mis clases el doce de abril. Ya he avisado para que me incluyan en los horarios de primavera. Y una vez que estéis allí pediremos asilo político. No volveremos nunca.

Pilar lo mira con pesadumbre, sin decir nada, y luego baja los ojos. No me pongas esa cara, mujer, insiste Almoina. Al Viejo le costará encajarlo, pero no tendrá más remedio. De momento no quiere verme ni de lejos, por miedo al contagio. Ya sabes que es un hipocondríaco. Al fin seremos libres, ¿entiendes? Anda, anímate, mujer, ¿no estás contenta? Echaré de menos el mar, responde ella, huidiza, sin mirarlo.

El dadivoso azar

México
1947-1954

34

El gran avispero

México al fin, refulgente de luz. De una luz transparente como ninguna. México de la esperanza. Eso fue lo primero que pensó Almoina al descender del avión y pisar tierra firme. Y ahora que lo recuerda, instalado en su nuevo estudio de la calle Santiago, piensa también en la zozobra de aquellos días. Porque él, mejor que nadie, sabía con qué alimaña se estaba enfrentando. Piensa también en el teatro de visitas médicas imaginarias que vino después. Y en aquellas pruebas radiológicas, tan ficticias como los análisis de sangre y los nuevos diagnósticos. Y es que de todo eso debía enviar noticia a Santo Domingo para mantener la confianza del Jefe. No podía haber el más mínimo error en el plan trazado. Cualquier descuido podía ser fatal. Trujillo tenía mil ojos, dentro y fuera de la isla. Y esa incertidumbre lo tenía en un sinvivir.

Mientras, lo amparaban sus hermanos en la sombra. En especial Torres Bodet, el secretario de Exteriores. La misión de Almoina era entregarse a su informe confidencial sobre el sátrapa, pero no era fácil concentrarse. Avanzaba poco a poco con esas páginas, al tiempo que enviaba a la isla informes médicos bastante lúgubres que alarmaban a la primera dama y al Viejo. Ay, pobrecito, qué mala

suerte has tenido, le escribía María en cartas almibaradas que él recibía por valija diplomática. Estamos contigo, ya verás que esto pasará. Y él respondía que sí, que esperaba estar de regreso pronto, que los echaba de menos. Escribía cartas también a Pilar con las mismas noticias, y ella debía leer siempre entre líneas. Todo estaba estudiado, no podía haber ninguna contradicción. Los dos sabían que esas cartas serían leídas por los informantes del Viejo con la mayor atención.

Antes de llegar a México, Almoina solo había tratado a Bodet por correo o a través de terceros. Descubrió que en el tú a tú era un hombre reservado, pero se entendían como si se conocieran de siempre. Tenían mucho en común: el pasado diplomático, la devoción por los libros, la nostalgia de España.

El secretario de Exteriores lo recibió la primera vez con un cigarrillo en los labios y en medio de una nube de humo. Lo de mis pulmones no es completamente ficticio, le avisó él un poco incómodo, y Bodet se apresuró a abrir la ventana. Luego ya se dejaron llevar por la conversación y Almoina lo puso al tanto de todo lo suyo. De su huida. De su biblioteca camuflada en cajas de cacao y café. De su intención de revelarle al Gobierno mexicano los secretos que conocía. Y él le prometió de nuevo amparo oficial. Acabaron esa larga entrevista compartiendo recuerdos.

—No te lo creerás, Pepe, pero yo también echo de menos España. Viví bastante tiempo allí. Lo que más recuerdo es el frío y las castañas asadas. —Bodet se quedó ensimismado un momento, antes de seguir—. La honrada y trágica España. Me parece que en aquellos años fue la alcancía moral de Europa.

—Un país de locos, querrás decir. De quijotes y místicos, y de aventureros y bárbaros también.

—Bueno, a mí me gustó lo que vi. Y te cuento que hasta me traje de allí la idea de las Misiones Pedagógicas. Como la mitad de nuestra población era analfabeta, sacamos una ley para que todo mexicano que supiera leer y escribir enseñara a un compatriota que no supiera. ¿Qué te parece?

—Hombre, algo quijotesco también —respondió Almoina un poco perplejo, mientras el secretario usaba el final del cigarrillo para encender otro.

—La verdad es que se armó un lío tremendo —dijo después de darle una calada y soltar el humo fuera—. Lo más complicado fue hacer las cartillas especiales para los indígenas. Los tarahumaras, los mayas, los tarascos. También los nahuas y los otomíes. Algo se consiguió. Pero sí, seguramente fue quijotesco. Y eso que me dices que se está tramando contra Trujillo también lo es, Pepe, y tú lo sabes —concluyó, mirando fijamente a Almoina, que se puso de pronto muy serio.

—Jaime, hay que confiar en esa expedición armada —le respondió él con una voz grave—. Es lo único que puede hacerse para derrocar al Viejo. Y yo tengo que darme prisa con mi informe. Es importante concienciar a los Gobiernos del área. Preparar a la opinión internacional. Buscar apoyos. Esta es una causa de paz. Y yo creo que puede darse el milagro. Hay que tener esperanza.

—Sabes que estamos a tu lado, Pepe. Y, por cierto, ya está confirmado que podrás dar clases en la Facultad de Letras. Es lo que puedo contarte de momento. —Los gruesos labios de Bodet dibujaron una sonrisa, mientras sus dedos sacudían la ceniza del

cigarrillo con gesto atildado. Todo en él era así: elegante, aristocrático, refinado.

Aquella misma mañana, después del encuentro, Almoina se acercó al archivo de la Basílica de Guadalupe para buscar datos sobre el erasmista Juan de Zumárraga. Hacía tiempo que trabajaba sobre su obra, y esa tarea le ayudaba a distraer la impaciencia. Aprovechó para visitar la iglesia, que le pareció rara y hermosa, con sus cuatro torres octogonales y su cúpula también octogonal. Y al salir se dio cuenta de que esa calle se llamaba como su personaje: Juan de Zumárraga. Un buen augurio, se dijo. Un indicio de buena suerte. Así que empezó a recorrer los alrededores, como venía haciendo todos esos días. Porque pronto llegaría el momento de llamar a los suyos, y tenía que encontrar cuanto antes una casa.

Le había asegurado a Pilar que ese era el destino de los ahorros de esos años: una casita en México donde construir una nueva vida. Y también la puesta en marcha de algún negocio para poder subsistir. Se había llevado consigo casi todo ese dinero, cosido en el forro de la chaqueta. Pero desde el principio sabía que cumpliría su palabra a medias. Y que ella no iba a entender que solo se quedara con lo justo para asegurarse una vivienda. El resto lo había entregado ya a la Resistencia para esa causa que a Bodet le parecía quijotesca. Para esa expedición contra Trujillo. Era el único fin que podía verle a esas cantidades que el Viejo le había pagado por sus servicios. Ya otros habían dado su patrimonio para ese fin. Pero eso no se lo podía contar a Pilar. No lo entendería. Así que solo le faltaba decidir cómo se lo explicaba cuando ella llegara. Podía decirle que le habían robado. O que lo habían estafado. El fin justifica los medios, se dijo. De momento, lo urgente era encontrar la casa.

La zona estaba bien comunicada. Y esa iglesia era perfecta para que Hilaria fuera a misa los domingos. Todo el barrio resultaba tranquilo y recóndito, y sus calles tenían nombres de ciudades como Montevideo, La Habana o Valparaíso. De pronto se tropezó con un nombre que le trajo un remolino de recuerdos: Santiago. Otra señal, se dijo. Una repentina emoción lo llevó a recorrer la calle entera, obsesionado con la posibilidad de que hubiera allí una casa disponible. Y sí, había una. No parecía grande, pero la rodeaba un pequeño jardín. Decidió enseguida que esa sería su casa. Qué maniático eres y qué fetichista, le habría dicho Pilar en ese momento. Pero estaba decidido. Tardó un poco en hacer los debidos trámites con el dueño. Y en unos días ya estaba instalado ahí con sus cosas para esperar a su familia.

Después, encerrado en ese cuarto donde ahora trabajaba, se aplicó a avanzar con el informe. Pero las viejas pesadillas de sus días en Bayona lo volvían a torturar. Ahora soñaba que no dejaban viajar a los suyos. O que tampoco le dejaban a él regresar. Su imaginación volaba entonces hacia Santo Domingo, donde había vivido todos esos años. Y donde habían pasado su infancia sus cuatro hijos. Recordaba bien cada tramo del centro colonial. También los suburbios, con sus casas de madera y sus techos de zinc oxidado. Y con todas aquellas basuras y escombros alrededor y todos aquellos niños descalzos. Le parecía sentir aún aquel perfume penetrante de la isla, con su mezcla de yodo y vegetación tropical. Y el rumor del mar, que se le hizo más amargo allí que en ninguna parte. Un muro de agua y salitre que sellaba las paredes de una cárcel. Sin embargo, ahora echaba de menos aquel olor y aquella brisa húmeda. Y el relámpago del amanecer como un breve incendio

sobre las cosas, que en un momento volvían otra vez a su sopor de siempre.

La correspondencia con la primera dama era casi diaria. María, no se preocupe, pronto nos veremos, le escribía. Y la ayudaré con su nuevo libro, claro que sí. Ella le respondía que lo echaba de menos. Que estaba en deuda con él, porque la había convertido en una escritora de éxito. Y que el Gobierno la quería proponer formalmente al Premio Nobel. Almoina se quedó estupefacto ante esas ocurrencias, que por supuesto resultaron ciertas. Contaba los días para el final de esa servidumbre, aunque sabía que librarse del todo del Viejo era una quimera. De momento debía seguir mostrándose como un aliado fiel, y la amistad de María era su mejor baza.

Rafael está muy preocupado por ti, le insistía la prestante dama. Volveré curado, respondía Almoina. Pero los informes que les enviaba eran cada vez más preocupantes. Finalmente, los médicos comunicaron que la única salida para él era una operación de alto riesgo. Entonces Pilar puso el grito en el cielo y fingió una tragedia. Tengo que estar a tu lado en ese trance, José, le escribió, siempre por valija diplomática. Y nuestros hijos también. Quién sabe lo que pasará y si te volveremos a ver. Era un intercambio muy ensayado, porque las paredes oían y leían. Por favor, que vengan Hilaria y los niños contigo, le respondió Almoina en su siguiente carta. Y si ocurre lo peor, al menos que puedan despedirse de su padre, el Jefe lo entenderá.

La Española estaba enternecida con ese melodrama y se esforzó en convencer a su marido. Pero él mostró de pronto su lado Hyde. Que vaya solamente ella, sentenció desconfiado, con un brillo metálico en las pupilas. No se hable más. María se lo comunicó a

Almoina y a Pilar, que no se esperaban esa reacción. Y todo se convirtió en un nuevo escalofrío.

Pilar sucumbió a un estado de ansiedad que no podía calmar con nada, porque los recuerdos de los días de la guerra habían vuelto con fuerza. Decidió hacer oídos sordos a aquel «no se hable más» y arriesgarse a pedir audiencia al presidente, con una breve nota donde invocaba la relación casi familiar que Almoina tenía con él. La respuesta se hizo esperar, pero finalmente llegó: Trujillo y la prestante dama la recibirían en esa biblioteca donde Almoina daba clases a Ramfis.

Ella llegó al encuentro con los ojos inundados de lágrimas y vestida de oscuro, como si anticipara un luto inminente. Eso y su extrema delgadez le daban un aspecto lastimoso. No había fingimiento en su actuación. Lloraba con sinceridad, porque tenía más miedo que nunca. Miedo a perder a José para siempre. Y miedo a que se repitiera lo que ya había vivido en Benavente: las represalias contra ella y sus hijos.

Tengan piedad, los niños son muy pequeños, imploró cuando logró serenarse, sin tomar asiento. Y mi madre está trastornada, no puedo dejarla sola, añadió. Es como un bebé que hay que cuidar, se siente perdida si yo no estoy cerca, ¿entienden? Mis hijos ya sufrieron mi ausencia una vez, en la guerra de España. Ustedes saben mi historia. Sin ellos no puedo viajar, aunque sé que José me necesita. Pero hay que ser madre para entender a una madre.

La primera dama la escuchaba conmovida, mientras Trujillo mantenía su expresión pétrea. Por Dios bendito, tengan piedad de nosotros, ¿y si se muere José?, insistió Pilar deshecha en lágrimas. María la interrumpió entonces: ay, querida, qué razón tienes. Es que

un hombre no sabe lo que es ser madre. Luego se volvió hacia su marido, que seguía con una expresión inescrutable y se removía nervioso: Rafael, ¿es que no te quieres dar cuenta de que su marido está en peligro de muerte? ¿Cómo puedes tener ese corazón tan frío? Si se muere, que Dios no lo quiera, nunca te vas a perdonar algo así.

Trujillo las escuchó en silencio y luego frunció los labios. ¿Qué edad tiene Almoina?, le preguntó al fin a Pilar con su voz aflautada. Sus ojos habían perdido su dureza y estaban de pronto humedecidos. Cuarenta y cuatro hará en junio, si sobrevive, respondió ella, sombría. Muy bien, Pilar, pues cumpliremos su voluntad. No sabemos si será la última, añadió el Viejo con la voz quebrada, emocionado por su propio golpe de efecto teatral. Un hombre tan joven, qué mala suerte. Irán todos a México en un avión oficial. Como fue tu marido. Todo saldrá bien, querida. Ya lo verás. Y más pronto que tarde estaremos celebrando juntos su próximo cumpleaños aquí, en la Estancia Ramfis.

Mientras se acercaba el momento del viaje, y de esa operación imaginaria, Almoina volvía a sus insomnios. Siempre eran menos atroces que sus pesadillas. Entonces planeaba el día del encuentro. Él no iría al aeropuerto a recibir a su familia. Debía mantenerse en su papel. Y vencer con sus propias armas al gran fingidor. A ese actor de segunda que había hecho de su vida una mascarada. Que amaba tanto el teatro que les había puesto a sus hijos los nombres de los personajes de *Aída.* Y ahí estaban, redivivos, el sacerdote Ramfis y el capitán Radamés. Cómo no. Él también seguiría su

juego. Había llegado el momento en que Odiseo engañaba a Polifemo. El momento en que lo dejaba ciego para sacar de su isla a los suyos, camuflados entre las ovejas, antes de que el monstruo pudiera acabar con ellos.

Durante esos días de espera volvió a su costumbre de andar por las calles. Caminó mucho por ese gran hormiguero para calmarse. Para beberse su ritmo. Para escuchar su reloj interior. Para que el corazón le latiera con el mismo pálpito que esa ciudad que mostraba a la intemperie sus heridas, entre las ruinas del Templo Mayor y las piedras orgullosas de la catedral. Luego volvía sobre sus pasos, que no acababan nunca, porque es inmensa México. Y populosa y caótica. Con esas calles atiborradas de autos, tranvías y bicicletas. A veces tomaba un autobús para seguir dando vueltas, y lo que veía le parecía imponente. El Ángel de la Independencia. Los sofisticados hoteles. Los monumentos a Juárez. El Palacio de Bellas Artes. Las avenidas estaban siempre atestadas de tráfico. Y la música trepidaba también ahí, pero era distinta a la de Santo Domingo. Ya no tenía que aguantar aquellos merengues que cantaban las gestas ficticias del Viejo.

Al caer de la tarde, la ciudad se convertía en un dédalo fantasmagórico de carteles luminosos. Y él se entregaba entonces en su cuarto a garabatear borradores para su informe. Pero le costaba concentrarse, su imaginación lo llevaba siempre a otra parte. Le preocupaba sobre todo la reacción de sus hijos cuando se vieran ahí. Sin amigos. Sin colegio. Sin juguetes. Sin aquel jardín junto al mar. También temía la reacción del Viejo después, cuando le dijera que los suyos no regresaban todavía. Que no querían separarse de él. Y luego, cuando le contara que en realidad nunca

iban a regresar, porque el clima tropical era peligroso para su salud. Que los médicos le recomendaban quedarse ahí, porque el aire seco era lo mejor para sus pulmones.

Imaginaba entonces su rictus en la frente. Sus labios fruncidos. Su desconfianza. Sus sospechas. Le parecía estarlo viendo ya, dedicándole palabras dulzonas que le daban la razón. Que le decían que muy bien, que su salud era lo único que importaba. Y por detrás, tramando maneras de enredarlo en oscuros contubernios y corruptelas para castigarlo por su huida. Para encanallarlo. Por malagradecido, diría. Era una de sus palabras típicas. Castigaba a los malagradecidos que no correspondían a los favores del Benefactor. Eso hizo con Juan Bosch cuando él se escapó con su familia. Puso enseguida en marcha su fábrica de falsificaciones. Le adjudicó cartas donde Bosch se humillaba, adulándolo y pidiéndole dinero y trabajo. Y las publicó en la prensa. Todo iba firmado supuestamente de puño y letra por el fugitivo. Que por supuesto nunca había firmado nada. Y al padre de Bosch lo metió en la cárcel, acusado de regentar un prostíbulo. Nada menos. Si no fuera doloroso, resultaría hasta cómico.

Todo eso bullía en su cabeza mientras seguía escribiendo. Y paseando mucho para calmarse. Para sentir el pulso de esa urbe poderosa. Para hacer suya esa tierra que lo acogía. Y de cuando en cuando también para comerse algún antojito por esas calles. Unos sabrosos esquites, por ejemplo. Pero sin picante, porque aún tenía el estómago estragado. Eso le daba suficiente energía para continuar andando sin descanso. Le distraía deambular por esa inmensa colmena de casas bajas, con la ropa tendida al sol en las azoteas. A veces se imaginaba ahí a Pilar, con las sábanas húmedas al sol. A

ella le gustaba ese momento de tender la ropa. Ese perfume que tenía, ese frescor. Alguna vez él subió a ayudarla, en los primeros tiempos allá, en Santo Domingo. Y un día le dijo: ponte detrás y camina un poco. Ella avanzó y entonces la sábana lisa y húmeda la convirtió en una escultura inesperada. Me gusta, dijo ella. Me recuerda los días de Alcaudete, cuando me tumbaba sobre las baldosas buscando el frío. Él contemplaba desde el otro lado su figura menuda tallada en la sábana empapada. Pitusa, pareces una diosa saliendo del mar. No te muevas de ahí todavía, déjame mirarte. Si me gusta, dijo ella. Y ahí seguía su rostro. El hueco de los ojos, la nariz y la barbilla estampados en esa tela mojada. Y también, más abajo, los hombros, los senos y los muslos. Eres toda luz, meniña. Cuándo me voy a curar de ti.

Pilar se rio entonces. Era otro tiempo. Porque ella había cambiado mucho durante los últimos años. Estaba distinta. Sombría. Apagada. Como si hubiera sobrepasado un límite invisible y ya solo le importara subsistir y ver crecer a los hijos. Pero en ese momento le parecía verla ahí como entonces. Entre las sábanas y la ropa tendida de todas esas casas. Aunque fueran distintos los olores y la música en el aire. Y las estampitas de la Virgen, que ya no eran de Nuestra Señora de Altagracia, sino de Guadalupe. Pero era el mismo culto a la madre, se decía Almoina, mientras continuaba vagabundeando entre el olor a cocina que flotaba en las calles. Un olor a cilantro y epazote, y a chiles en vinagre, y a quién sabe qué más.

De pronto alguien le hizo una señal desde un zaguán. Era una mujer que se asomaba, se subía la falda con descaro y dejaba a la vista sus muslos morenos y su pubis. Él se quedó como electrizado un momento, mirándola. Ven aquí, güerito, le dijo ella entonces.

Anda, ven, repitió, acariciándose impúdica ese vello oscuro. Él aceleró el paso y se desvió por la esquina hacia otra calle más populosa. Y mientras seguía su paseo, pensó que algo de selvático tenía esa ciudad que la asemejaba a Santo Domingo. Sobre todo esas hierbas y plantas que crecían por cualquier sitio, entre las piedras de la calle y los ladrillos de las casas. Y esas raíces de los árboles que rompían el pavimento y las aceras. Las banquetas, como las llamaban ahí. Se fijaba también en las taquerías atiborradas de gente y en las farmacias con nombres de santos. Y en el salitre en las paredes de las casas abandonadas, de donde entraban y salían los ratones como Pedro por su casa. Y en todas esas imágenes de vírgenes colgadas de cualquier sitio.

La temperatura le resultaba ahí menos agobiante que en la isla, aunque eso no lo iba a librar de la temporada de lluvias. Un verdadero diluvio, le avisó Mirentxu un día, eso lo comprobarás muy pronto, Joseba. Cuando llegues a casa empapado, le dijo también, acuérdate de envolver los zapatos en periódicos viejos. Es lo mejor para que se sequen. Ella llevaba ya más de un año en México. Lo alojó hasta que él encontró casa y le ayudó en todo lo que pudo. Se había convertido hacía tiempo en sus ojos y sus oídos. En su enlace con esas personas de la Fraternidad que él difícilmente podía ver, por su situación de clandestinidad. Y en algo más. En mucho más.

Después de varias horas dando vueltas, se sentó al fin en un banco de piedra a descansar. Recordó entonces aquellas trombas de agua que caían sobre Santo Domingo. Y ese día que volvía todo mojado y se encontró de pronto una yegua detenida en aquella acera irregular y llena de socavones. Estaba quieta, como desorientada. Cautivada por esa lluvia fresca que la bañaba entera y

que difuminaba el paisaje frente a los ojos. Pero ahí en México todo era distinto. No se veían en el horizonte ni el mar ni las montañas. Eso le daba cierta sensación de ahogo. De que el laberinto no tenía salida.

35

Habanera

No deja de pensar en aquellos primeros días en México mientras organiza sus libros en su estudio de la calle Santiago, en Tepeyac Insurgentes. Aún huelen al café y al cacao que los acompañaron en el largo viaje desde Ciudad Trujillo en un avión de carga. Y todavía le parece irreal que su familia ya duerma, al fin, al otro lado de la pared. En un cuarto, las hijas mayores. En otro, la abuela con los pequeños. Y Pilar en su alcoba común. Hace tiempo que ella no puede descansar sin somníferos, pero espera que con el paso de los días se vaya tranquilizando.

Por la ventana abierta contempla ese pequeño jardín enrejado que los rodea. En él hay espacio suficiente para construir un cobertizo de madera, y ya lo tiene encargado. Tendrá dos niveles. En la parte baja irán los libros, que son muchos. Y en la parte alta podrá alojarse ese escolta que la Secretaría de Gobernación pondrá a su disposición en cuanto sienta algún peligro. Porque él no es solamente un refugiado político. Tiene además el estatuto de testigo protegido.

Tiempo atrás, cuando soñaba con ese momento, se imaginaba que en México todo iba a ser un poco más sencillo que en la isla. No

se figuró que sobrevivir en esa babel frenética sería tan difícil. Porque los refugiados son multitud y su mundo es un avispero de celos y rencillas. Un avispero dentro de otro avispero mayor. Donde hay poco trabajo y cada uno brega por lo suyo. Al menos tiene esas pocas clases en la universidad, pero no ha conseguido de momento nada más.

Con el paso de los días la vida sigue sin encarrilarse en una ciudad donde él es solo un recién llegado. Un intruso. Un tipo enigmático que habla poco. Que no se mezcla en las tertulias de los exiliados. Que tiene el dudoso mérito de haber sido secretario de Trujillo. Y que además debe mantener para siempre su silencio. Su secreto. Porque nadie debe sospechar que trabaja como informante del Gobierno mexicano. Y también de la Resistencia. Y a la vez, del Viejo, al que ahora le busca el contacto de alguna revista donde él pueda hacerse publicidad, para blanquear su imagen a cambio de dinero. Esa será su tapadera. Para que no sospeche. Aunque ni siquiera Pilar lo comprende.

Ya no sé quién eres, José, le repite. ¿Cómo es que ahora ayudas al Viejo? ¿Qué eres, un espía? ¿Un doble espía? Él no le da explicaciones sobre el destino real de ese dinero de las revistas, que es el mismo que el de sus ahorros: la Resistencia. Y sabe bien que los refugiados lo miran mal. Apenas tiene amigos. Sabe también del enorme poder de Trujillo en México. Que soborna con descaro a funcionarios y policías del país. Eso lo conoce de muy buena tinta. De algo le sirvieron esos años últimos a su lado. Pero su escudo es de momento fuerte. Y en ese dédalo extraño transcurren sus días.

En esa ciudad inmensa, en ese avispero humano, su vida se reduce ahora a unas pocas calles y a unos pocos lugares. La

universidad, en San Cosme. La Basílica de Guadalupe, adonde acompaña a Hilaria los domingos. Y el otro templo, el de la logia, donde ve a sus nuevos hermanos. También, a veces, la editorial Jus, donde trabaja Mirentxu. O el apartamento de ella, que está muy cerca. Y poco más. Vive hacia dentro, ensimismado. Y recupera la vieja costumbre de escribir cartas. La interrumpió en Ciudad Trujillo, porque sabía que todo pasaba por las manos del Jefe. Entonces solo le escribía a su madre su carta regular. Ella respondía siempre, tarde pero sin falta, con su caligrafía temblorosa. Y a veces con esas fotografías que él le pedía para recuperar su pasado.

Ahora ha vuelto además a la correspondencia con Audelino, que le escribe desde España con palabras herméticas que él debe ir descifrando. Por qué te fuiste, Pepe, le decía en la primera. Te perdiste buena parte de la fiesta. Ya sabrás que estuve en Zamora, en el mismo hotelito donde estuvo Pilar. Encantador, el hotelito. Un poco ruidoso, eso sí. Por lo visto no les gustó lo que escribí en el periódico de Marcelo. Luego me llevaron a otro hotelito en Toro, en el Castillo de Doña Elvira. Yo siempre con mi Biblia y rezando. Allí me encontré con Matías Bueno, ¿lo recuerdas? Almoina levantó los ojos de la carta y su imaginación voló una vez más hacia ese tiempo y esos compañeros. Claro que recordaba a Matías, el amigo de Marcelo, que tenía nariz de boxeador y sonrisa de niño. Luego leyó sombrío las siguientes líneas, que le hablaban de nuevas detenciones, interrogatorios, aceite de ricino. El caso es que les resulté sospechoso, seguía Audelino. Por haber sido compañero de celda de Matías. Por lo visto mi condición de protestante me convierte en un peligroso anglófilo. Pero al cabo de varias semanas me pusieron en libertad. Y aquí estoy, escribiéndote esta carta que

aún no sé cómo te enviaré. Ni si te llegará algún día. Tenía que escribirte para contarte que ese día de enero, el día que me detuvieron, mataron al pobre Matías. Lo suicidaron. Tenía que decírtelo porque aquí no se puede hablar, y las palabras que no digo me están envenenando por dentro. Pepe, ha muerto tanta gente que yo doy gracias al cielo cada día por que vosotros estéis vivos. No sé por qué el Señor nos pone estas pruebas tan amargas. Pensé que contártelo me aliviaría, pero no, no consigo que se me vaya esta opresión del pecho. Están lloviendo las condenas y esto no acaba nunca. Es decir, el odio. Y la muerte rondando cada día.

La correspondencia con Audelino le ayuda mucho en su edición crítica del libro de Zumárraga. Y le sigue escribiendo a la primera dama esas cartas que lleva personalmente a la embajada para que vayan por valija diplomática. Solo por las formas. Por dejarse ver y fingir normalidad, mientras continúa con su alegato sobre Trujillo. Esa es una extraña partida de ajedrez entre dos astucias. Él quiere tumbar al rey contrario y conoce bien al enemigo. Chapitas no lo conoce a él, pero tiene la fuerza. Y sigue la danza.

Ahora es la mala salud de Pilar lo que más le preocupa. Está delgadísima y muy pálida. La ve casi traslúcida, con esa piel del color del hielo que deja transparentar sus venas azules. El médico le ha diagnosticado anemia y le ha recomendado reposo y alimentación rica en hierro. Pero ella no tiene apetito. ¿Qué te pasa, pitusa?, le pregunta a veces. ¿Por qué estás así, mujer, si ya somos libres? Ella le dedica una mirada enigmática. No es nada, responde siempre. Él cree que está preocupada por el futuro, porque los ahorros van

menguando. Y es verdad que Pilar tiene miedo de que falte el dinero otra vez. Y, sobre todo, del momento en que Trujillo se dé cuenta de que no van a volver jamás.

Pero tiene también otros temores. Piensa mucho en la distancia entre el hombre que conoció en Benavente y el que ahora vive entregado a un mundo que ella desconoce. Un mundo invisible del que no le habla. Por tu bien, dice él cada vez que ella intenta saber más. En este segundo reencuentro no le ha parecido el mismo de aquella vez que la abrazó en Bayona. Lo siente lejos. Muy lejos. Absorto en sus cosas. Como si hubiera alguien que se interpusiera entre los dos. Tiene miedo al futuro. Y también a perderlo. Apenas duerme si no es con esas pastillas que le ha recetado el médico. Y tiene unas ojeras muy oscuras alrededor de los ojos, que con la delgadez parecen más grandes, más vacíos, sobre esas cuencas sombrías.

Mientras, él pasa las noches acabando su informe y preparando sus clases. Las dedica a la influencia de Erasmo en América. Y vuelve allí a hablar sobre ese tema que le obsesiona. Sobre las dos corrientes del humanismo. La de la mera erudición en torno a la cultura grecolatina y la otra, la del humanismo cristiano. Esa que da aliento a la locura de don Quijote y que arraiga en España y en Hispanoamérica. También busca tiempo para volver a su libro sobre Goya. Necesita demostrarle al Viejo que está ocupado durante ese reposo que le han indicado los médicos tras su operación imaginaria. Trabaja mucho y con ganas, pero el jornal en la universidad es magro. Y es verdad que cada vez queda menos fondo en el calcetín familiar. Pilar no parece guardarle rencor por haber perdido todo aquel dinero. Aunque la discusión fue de órdago cuando se enteró.

—¿Cómo que te han estafado? —le preguntó con una mezcla de indignación y desconsuelo.

—Pues eso, prefiero no volver sobre el asunto.

—Pero, José —insistió ella—, puedes denunciar a esos tipos, ¿acaso no tienes los justificantes de esos pagos?

—No insistas, mujer, es una pérdida de tiempo. Aquí la policía y los jueces son de lo más corrupto del continente. Y solo he perdido el dinero que me dio un ladrón —respondió Almoina, incómodo con esa conversación.

—Pero ¡tú lo ganaste trabajando honradamente!

—Olvídalo, Pilar, el Viejo se cree que puede comprarlo todo con dinero. Las vidas, las conciencias. Y es cosa del destino que ese dinero se haya evaporado.

Ahora ella ya calla sobre ese tema y sigue decaída, inapetente.

—Hilaria, ¿por qué no le prepara a Pilar unas sopas de caballo cansado? —le dice un día Almoina a su suegra. Aún no se ha acostumbrado a que haya dejado de hacer cosas y que ande perdida en su mundo—. Es lo que me daban de niño cuando no quería comer.

Ella no lo mira siquiera. Tiene los ojos puestos en el poyete de la ventana, donde ha dejado unas miguitas de pan para ver si se acerca algún pájaro.

—¿No las sabe hacer? Es solo un almíbar de vino con azúcar. Y con pan. Está rico y reanima el estómago —insiste.

—Déjalo, que ya me tomo el hierro de la farmacia —protesta Pilar con pereza.

—Pero eso le va fatal a tu estómago, mujer. Te va a quitar el poco apetito que tienes. Haré yo esas sopas, seguro que a los niños les

gustan también.

—¡Eso, eso, vino! —grita Ulises, alborozado.

Por las noches, Almoina y Pilar se sientan a veces en la azotea a mirar el cielo de esa ciudad, tan distinta de Ciudad Trujillo.

—Qué rápido vuela el tiempo —dice él—. Y qué pronto se han acostumbrado los niños a vivir aquí.

—Bueno, es la ventaja de ser tantos hermanos. Se acompañan mucho. No se han sentido solos mientras buscaban nuevos amigos. ¿Y qué me dices de ti? Estás cada día más callado. Más hermético.

—Yo estoy bien —responde Almoina con sequedad.

Pero la verdad es que él también está preocupado. Aunque le alivia estar lejos del Chacal. Y tener más tiempo disponible. Por ejemplo, para disfrutar de ese momento tranquilo que tienen ahí las azoteas al caer de la tarde. Qué distintas a aquellas de la calle El Conde. Estas son una rara geometría de escaleras y rellanos, con flores de mil colores y ropa colgada, donde la gente se detiene a conversar. Pilar cultiva ahí dalias, alcatraces, geranios, flores de Nochebuena. Ella también pareció florecer en un primer momento, cuando todo parecía ya resuelto. Estaba radiante, sosegada después de esos años de angustia. Pero enseguida volvió su nerviosismo. Tranquila, mujer, le dice Almoina cada día. Ya me saldrá algo más, en cuanto acabe el informe me pongo a buscar. Ella lo mira y calla. No, no es solo el dinero lo que la preocupa. Ni el peligro. Es esa mirada ausente. Ese mundo desconocido donde ella dejó de ser el centro hace tiempo.

En cuanto acaba de redactar el informe, Almoina visita a Bodet en su despacho del Ministerio. El secretario se apresura a abrir la ventana al verlo llegar. Y Almoina se sienta a hablarle de esas páginas, mientras observa cómo él toma nota de todo. La cabeza inclinada sobre el escritorio. El pelo rizado y cuidadosamente peinado hacia atrás. Las manos también cuidadas. Un anillo en cada una, con esos sellos cuyo significado ignora. En la derecha, la estilográfica. En la izquierda, el cigarrillo siempre encendido.

—Jaime, siempre tuve a los poetas por gente caótica y bohemia. Tú eres la antípoda. Orden. Corrección. Racionalismo puro.

—Es que en España no les dan a los poetas cargos diplomáticos —responde Bodet con sorna.

—Cierto. Lástima.

—Oye, Pepe, todo lo que me has contado sobre Trujillo es una bomba. Ese informe merece la máxima difusión.

—No por escrito. —Almoina se remueve de pronto—. Lo he redactado para organizar las ideas, pero no me interesa que circule en papel. Me compromete mucho. Prefiero contarlo de viva voz a los responsables políticos del área. Son demasiadas las cosas que no caben ahí. Además, está mi seguridad. Me estoy jugando mi vida y la de mi familia, y tú lo sabes bien.

Bodet se queda callado un momento y le da una calada honda al cigarrillo. La retiene un momento y luego sigue hablando, mientras el humo va saliendo de su boca y asciende sobre su rostro.

—Ya lo sé. Pero insisto en que cuentas con toda la protección del Gobierno mexicano. Ya está hablado con el presidente.

—Mira, yo prefiero que me arregles un encuentro con representantes políticos del área. Para desvelarles los planes del

Chacal. Ese demonio pretende convertirse en el Hitler del Caribe. Detrás de su fachada democrática hay planes siniestros. La invasión de Cuba, por ejemplo. Es una de sus obsesiones. Tiene ya mucha gente infiltrada allí.

—¿Y por qué Cuba? —le pregunta Bodet sin mirarlo, escribiendo algo en su cuaderno de notas.

—Pues porque es refugio de exiliados. Venezuela también le importa, por supuesto. Todo es bastante complejo. Y tenebroso.

—Muy bien. Intentaremos que haya un encuentro secreto con representantes de Grau y de otros países.

—Hay que dejar claro que es urgente, Jaime. Peligra la paz del área. Te repito que Trujillo es otro Hitler. Y tiene más poder del que puedas imaginar.

Bodet se queda un momento pensativo.

—De acuerdo —responde, soltando la estilográfica y mirándolo al fin—. Pronto tendrás noticias.

A los pocos días, Bodet lo cita de nuevo en el Ministerio.

—Ya está todo organizado —le dice en cuanto lo tiene frente a él —. Tal y como querías. Será en La Habana el jueves próximo. Hablarás con una comisión secreta de la OEA. Podrás compartir toda la información. Con seguridad total.

—Perfecto, aunque me apena que sea secreto mi paso por Cuba. Siempre quise visitar la isla.

—Bueno, algo verás, aunque sea desde detrás de los vidrios — responde Bodet con su sonrisa ancha, sosegada.

El miércoles por la noche, los dos amigos vuelan a la isla en avión oficial. Se alojan en el hotel Ambos Mundos, en la calle Obispo de La Habana Vieja. A primera hora de la mañana siguiente, un coche del

servicio diplomático los recoge para acercarlos a la Embajada de México, que está al otro lado de la ciudad.

—¿Por qué diablos has elegido un hotel tan lejos de la sede, Jaime? —le pregunta Almoina extrañado.

—Porque me trae buenos recuerdos —dice Bodet sin mirarlo—. Pensé que te gustaría. Aquí se han alojado muchos escritores. Hemingway, por ejemplo.

—Bueno, a mí también me gusta. Tiene buenas vistas. Aunque me fastidia no poder salir ahí fuera a pasear un poco. En fin, otra vez será.

Las reuniones duran todo el día, con un breve descanso para el almuerzo en la propia embajada. Los delegados de la comisión escuchan, toman nota y hacen preguntas mientras Almoina diserta desde la tarima, junto a Bodet, y va pasando las páginas del extenso informe que usa como guion de su intervención.

—Insisto, señores delegados —dice con voz vibrante—. Trujillo no es el generalito de opereta que cree la mayoría. Para empezar, posee una de las mayores fortunas del continente. O del mundo. Y tiene sobornados a políticos, funcionarios, policías y periodistas de muchos países. Sobre todo de Estados Unidos. Al fin y al cabo, ¿qué es Trujillo? Un marine que quedó al mando de un pequeño país controlado por las compañías azucareras y fruteras. Que son más poderosas que los Gobiernos. El Viejo garantiza su propiedad a cambio de que le hagan la vista gorda. Y ellos solo le piden que cuide las apariencias. Pero Dominicana es un campo de concentración. Un infierno dominado por una criatura diabólica.

Almoina se va enfervorizando a medida que habla.

—De Hitler se rieron al principio, y ya se sabe lo que ocurrió. Trujillo es un nuevo Hitler. No cesa de comprar armas, tiene un ejército inmenso. Y es una fábrica de conspiraciones. En la guerra se alineó con Estados Unidos, pero colaboró con Alemania en el avituallamiento de submarinos.

El delegado de Venezuela levanta la mano y solicita una copia del informe. Almoina dice otra vez que prefiere dar la información oralmente. Que no quiere más riesgos de los necesarios. Y luego continúa.

—Trujillo es como un Midas al revés. Todo lo que toca se convierte en podredumbre. Todo es corrupción en la República Dominicana. Además, es un verdadero depravado. Su entorno es el de los harenes de las satrapías orientales. Y su debilidad es abusar de niñas impúberes y muchachitos que sus esbirros le consiguen puntualmente.

Los delegados murmuran y hacen ver su malestar.

—Sí, ya sé que es repugnante, pero esto es solo una introducción. El asunto es que Trujillo es un enfermo. Un megalómano. Y repite una y otra vez que pronto va a entrar en Caracas con su ejército. Invadir Venezuela es uno de sus grandes sueños. La estrategia sería hacer circular el bulo de que el Gobierno de Betancourt quiere invadir la República Dominicana. Y atraer a los exiliados venezolanos con todo tipo de prebendas. Él se arroga el papel de salvador y al mismo tiempo, por supuesto, prepara la invasión de Cuba.

—Una mente perversa —dice el delegado venezolano.

—Y peligrosa —responde Almoina—. En fin, tengo todos los detalles aquí. El plan trazado para Cuba comienza por desacreditar al presidente Grau con feroces campañas de prensa que lo denigren

dentro y fuera del país. Está gastando fortunas en eso. Doy un ejemplo, un dato. Cien mil dólares, ¡cien mil!, para el periódico habanero *Información*. Y también tiene untada la Cadena Oriental de Radio, de Santiago. Pero eso no es lo peor. Tiene sobornados a algunos líderes obreros. Y por supuesto a infinidad de militares y pistoleros cubanos.

Durante el almuerzo, la conversación no cambia de tercio. Almoina continúa desgranando su informe. Dando cifras. Datos. Testimonios. Tras el café regresan todos a la pequeña sala de conferencias, donde sigue su disertación.

—En fin, Trujillo ha estado jugando dos partidas a la vez: una con Roosevelt y otra con Hitler. Con la farsa de la democratización puso nerviosos a los empresarios yanquis, que le pedían mano dura. Justo lo que él quería. Y detrás de esas maniobras de despiste, se dedicó a comprar armas a Brasil. ¿Saben cuánto ha invertido en todos esos bombarderos, cazas, ametralladoras, cañones y fusiles? Echen un cálculo.

—Un millón —dice el delegado cubano.

—No, cinco millones.

—¿De dólares o de pesos?

—De dólares, por supuesto —responde Almoina—. Luego llegó su otra obsesión. La repetía sobre todo en sus tardes de borrachera: ya puedo destruir La Habana en tres horas. El plan es una sublevación militar desde el cuartel de Columbia.

—Todo me sigue pareciendo algo de buen alumno de los gringos, la verdad —dice el delegado venezolano.

—Sí, el caso es que tenía todo previsto para el día de la victoria. Un plan de gobierno y tres puntos fundamentales. El primero, cárcel

y tortura para el presidente Grau y su familia. Para castigar su oposición a Trujillo. El segundo, repatriación de todos los exiliados y exterminio de la oposición. Y el tercero: Trujillo entrega el material bélico y Cuba paga la factura. Y en lo sucesivo se compromete a consumir productos importados de la República Dominicana.

El delegado cubano lanza el lápiz contra el suelo, indignado.

—Yo estoy sintiendo escalofríos hace rato —dice el representante de Guatemala.

—Bueno, pues todo eso es lo que yo dejé justamente en el momento en que hui de allí. Trujillo nunca deja de maquinar, sus jugadas a veces le llevan años de preparación. Pone toda su energía en eso. En sus tramas diabólicas. Y mientras haya tiranos como él, Hitler sigue vivo. Es la hidra de siete cabezas. Su *mignon*, Moya, ha estado en Washington untando con billetes al médico personal de Truman. Y el resultado es que ha terminado participando en sus partidas de póquer con el mismísimo presidente. ¿Qué les parece? De ahí para abajo, imaginen de todo. Dinero, prostitutas, hoteles de lujo. Todo vale para sobornar a senadores y periodistas que le den la bendición a su Gobierno militar. Esto lo puedo documentar con nombres, datos y cifras comprometedores. Además, Trujillo financia libros que enaltecen su Gobierno. Como el de Osorio Lizarazo, que cobró doce mil dólares. O el de Page Cooper. Por supuesto también paga fortunas a revistas como *Time* o *Reader's Digest.* Y persigue a quienes lo denuncian.

—¿Y de México qué nos cuentas? —pregunta Bodet entonces.

—Pues que da muchos miles de dólares a la prensa para que no hablen mal de él. Y ahí puedes incluir hasta *El Universal* y el *Excélsior.* Y para acabar, están Guatemala y Haití. Trujillo quiere

tumbar al presidente Arévalo desde Honduras. Y conquistar Haití es su otra obsesión. Hacerse con la isla entera. Tenía tan comprado al presidente Lescot que por eso se atrevió a aquella matanza del año treinta y siete. En fin, con él no están seguros ni los niños. ¿Saben que a un niño que se burló del cartel «Dios y Trujillo» lo hizo acuchillar? Ese es el día a día en ese pobre país.

La sesión se prolonga hasta la madrugada, con un breve descanso para una cena fría. Y por la mañana hay que volver al aeropuerto. Almoina logra dormir unas horas y se levanta temprano para ver un poco la ciudad. Quiere dar al menos un paseo por La Habana Vieja. Sentir el olor del mar en el malecón y contemplar esa arquitectura única. Y quiere también saborear los helados del carrito que ha visto cerca del hotel. Desde el primer momento le llamó la atención el tintineo de su campanilla. Y la voz del vendedor, que oía desde la habitación: ¡mango, mamey, níspero, guanábana, guayaba! Finalmente consigue probarlos. Y eso estará después entre sus buenos recuerdos del lugar. También habrá otros tristes. Sobre todo la pobreza. La cantidad de niños descalzos por todas partes. Limpian zapatos. Piden limosna. Persiguen a los turistas para que les den una moneda. Y la atmósfera es además muy tensa.

Durante el vuelo de regreso, Almoina y Bodet siguen enzarzados en el mismo tema.

—Todo es urgente, Jaime, hay muchas vidas en peligro. Aquello está cada día más podrido. Los compañeros que vienen de allí dicen que la ciudad está trastornada, que todo ha cambiado mucho, y a peor. La universidad está convertida en una especie de cuartel militar por el que pasean las prostitutas más afamadas de la ciudad.

Un delirio. No podemos quedarnos en los ritmos lentos de la diplomacia.

—Mira, Pepe, lo que no sé es cómo has podido aguantar tanto tiempo allí.

—Bueno, resistir es vencer, ya sabes.

—¿A pesar de la derrota? —le dice Bodet.

Almoina se vuelve hacia él y lo mira a los ojos.

—Sí, querido Jaime, porque el tiempo pone todo en su sitio —responde con sequedad—. Y porque es el momento. Los aliados derrotaron a Hitler y Mussolini, pero ellos no se habrán ido mientras continúen en el poder sus cachorros americanos. No te lo vas a creer, pero la gente en Dominicana quería que la guerra la ganara Hitler y no Estados Unidos. ¿Y sabes por qué? Decían que Hitler estaba lejos, mientras que Estados Unidos estaba ahí manteniendo a Chapitas. Imagínate.

Bodet prende un cigarrillo, le da una calada y retiene un poco el humo antes de exhalarlo.

—Hombre, no fumes aquí en la cabina, que hay poca ventilación. —Almoina aparta el humo con la mano—. Aunque esté permitido. Ten piedad de este tísico de pacotilla.

Bodet le pide disculpas y apaga el cigarro.

—Pepe, deberías pensar en lo que te pidió el delegado venezolano —le dice luego—. Me parece importante que hagamos circular el informe. Como algo confidencial y sin firma. Yo te garantizo secreto. Será lo más eficaz.

Almoina se queda un rato callado, mirando por la ventanilla.

—De acuerdo, Jaime. Supongo que será lo mejor. Lo acabo y te lo entrego pronto.

Poco a poco la salud de Pilar se va estabilizando. La anemia empieza a remitir, y ahora dedica las tardes a revisar la última versión de ese informe, que tiene una redacción un tanto pedregosa. Se me hace raro esto, José, dice. No es que esté muy bien escrito, no es tu estilo. Y peor que escribiré, responde él. No hay que dar pistas de quién lo hizo.

Mientras, para descargarla de tareas, él dedica más tiempo a los pequeños, que son los más revoltosos. Lina y Helena ya son adolescentes y siempre andan encerradas en su cuarto hablando de sus cosas. O de paseo con sus amigas. O en el cine.

—Papi, ¿nos llevas a nosotros también al cine? —le dice un día Leticia, a la que se encuentra con el pelo de color amarillo al llegar.

—Pero ¿qué te ha pasado?

—Nada, que yo quería ser rubia como Lina y mamá me puso agua oxigenada. Papá, podríamos ver *Garbancito de la Mancha*. La maestra nos dijo que hagamos una redacción sobre una película. Y yo le dije que mi madre no me podía llevar al cine porque tenía amnesia.

—¿Amnesia? ¿Y qué dijo la maestra? —pregunta Almoina divertido.

—Pues me preguntó si se iba a curar.

—¿Y tú qué le dijiste, amarillita?

—Que sí, que toma sopas de vino y pan para curarse. ¿Vamos entonces contigo?

—Yo también quiero verla —dice Ulises—. Y ya sé de qué trata la peli. Es sobre un niño que salva a sus amigos con los poderes que le da un hada.

Leticia le da una colleja.

—Mira que te estoy viendo por el ojo del rabo —dice Ulises.

—Se dice rabo del ojo —responde Leticia.

—El ojo no tiene rabo.

—Tú tampoco tienes rabo.

—A ver, niños, ya está bien, dejaos de trapalladas —les dice Almoina.

Corre ya el mes de septiembre. Y llueve interminablemente sobre la ciudad de México. Hace tiempo que Almoina ha entregado el informe confidencial en la Secretaría de Relaciones Exteriores. Pero está contrariado. No siente que esa tarea haya tenido el más mínimo eco. Además, la expedición contra Trujillo ha fracasado. Y el sabor de las derrotas es siempre agrio. La lluvia en cambio le resulta dulce, con esa temperatura tibia que tiene. Le calma por dentro. Le subyuga el olor de la humedad. Y no le importa estarse mojando mientras camina hacia ese encuentro con sus amigos. Con Avellaneda, que continúa viajando mucho para vender los libros de la editorial UTEHA y que acaba de llegar de Nueva York. Y con Mirentxu, que sigue trabajando con Salvador Abascal para la editorial Jus, en la plaza de Abasolo. Y que usa ahora unas gafas redondas con unos cristales muy gruesos. El oficio me está comiendo los ojos, dice siempre. A ella la ve además secretamente de cuando en cuando. Es la única persona con la que puede hablar de todo. La suya es una relación distinta. Sin compromisos. Sin preguntas. Sin condiciones. Y casi sin darse cuenta se ha ido convirtiendo en un pedazo de su vida.

Las primeras semanas que pasó en México fue Mirentxu la que le devolvió el sentido de la realidad. Porque él estaba como sonámbulo

después de esos años secuestrado por el Viejo. Casi había llegado a creerse su enfermedad imaginaria, de tanto fingirla. Y estaba en un estado de ansiedad que lo devolvía a aquellos tiempos de la guerra, cuando se conocieron. Ella nunca le hizo preguntas. Ni inquirió dónde estaría el día siguiente. O si lo volvería a ver. Solo le dijo aquellas palabras que se le quedaron dentro vibrando. Fue aquel día que se la encontró extraña, con el rostro iluminado. Como si hubiera planeado alguna travesura. Se había quitado las gafas y llevaba aquel vestido que le vio un día en la librería Escofet. Y ese pintalabios rosa que ahí, en México, resultaba aún más luminoso sobre su piel tostada. De pronto todo lo vivido durante esos últimos años desapareció en un instante. Y volvían a ser aquellos dos jóvenes que se despedían en Santander, antes de su partida hacia Bayona. Entonces ella volvió a acariciarle los labios con el índice. Él se sorprendió, aunque ya no se sintió turbado. Te he esperado tanto que ya me parece estar en otra vida, le dijo Mirentxu. Pero sigues fumando, le respondió él con una mueca burlona. Ese no era el trato, miquiña. Entonces ella le susurró esas cuatro palabras que lo rindieron: déjame ser tu secreto. Esa vez él no se resistió, porque todo fluía con la misma naturalidad que la respiración. Habían caído de un golpe las barreras. Los prejuicios. Las reservas. Y ahí estaba de nuevo ese índice de Mirentxu sobre sus labios. Y luego ese vello rubio erizado en los brazos de ella, en todo su cuerpo, cuando él le correspondió despacio, demorando su lengua, como si el deseo acumulado esos años fuera una alcancía inagotable.

36

El factor Caribe

Esa tarde, al entrar en la cantina Dolores, Almoina comprueba de un vistazo que sus amigos no han llegado aún. Entonces decide sentarse en la mesa más cercana a la calle. Es una manía que tiene desde sus tiempos en Santiago de Compostela. El camarero se acerca enseguida y él le pide una cerveza Moctezuma. Al momento la tiene sobre la mesa, bien fría. Y al cabo de unos minutos llegan Avellaneda y Mirentxu, casi a la vez.

—Un tequila para mí, y cerillas, por favor —le dice ella al camarero, mientras saca su cajetilla de tabaco y se pone a juguetear con un cigarro.

—Yo también quiero tequila, que sea Centenario. —Avellaneda ha elevado la voz porque el camarero ya se aleja, y luego se dirige a sus compañeros con voz más baja—. Lo echo de menos en cuanto salgo de México. Y he pasado muchos días en Nueva York. Pero, bueno, he vendido allí un montón de diccionarios. Galíndez me ayudó con los contactos. Aquello está lleno de hispanos.

—¿Y cómo sigue el vasquito del Manzanares? —responde Mirentxu como al descuido.

—Ya vale, mujer, no empieces. Siempre con lo mismo. Galíndez es buena gente y ha madurado. Lo quieren mucho allí.

—Tranquilo, poeta, si solo te preguntaba cómo está.

El camarero trae las cerillas y la botella de tequila con dos vasos, y Almoina se queda distraído mirándola. Sus amigos hablan ahora de trivialidades, pero él no les sigue la conversación. Está contrariado y se concentra en esa etiqueta. Siempre le relajó leer cualquier cosa. Desde que era niño. Como una verdadera manía. «Tequila Cuervo, Centenario Extra», dice ahí. «Producto elaborado de agaves cuidadosamente seleccionados». La imagen es bonita: una dama descalza y con un vestido rojo parece flotar entre telas vaporosas. Lleva una especie de trompeta y no se sabe si es un ángel, pero parece que está entre nubes.

—No sé por qué me citáis en un café de nombre tan triste, ni siquiera sabemos si es seguro. —Almoina hace una señal al camarero para que le traiga otro vaso—. Me paso al tequila.

—Joseba, eres tú el que quiere discreción. Además, esto es de los nuestros. Y de triste nada, que ya sabes que en Dolores empezó la independencia.

—Que sí, mujer, es que ando un poco harto con todo.

—Pero bueno, ¿dónde está nuestro entusiasta erasmista? —dice Avellaneda.

—No sé, tanto esfuerzo para nada. Todo está cambiando muy deprisa. La política es lenta y está podrida. Y mientras toda esa gente muriendo. Y encima, el fracaso de la invasión.

El camarero trae un vaso y Almoina se sirve un trago de tequila.

—Por los caídos. —Levanta el vaso y luego bebe.

—Pero ¿qué pasó? Es que hace mucho que estoy fuera, no me he enterado de nada —dice Avellaneda.

—Pues te lo cuento yo, poeta —responde Mirentxu—. Ya sabes que esa expedición era la gran esperanza para tumbar a Trujillo. Y que Juancito Rodríguez puso toda su fortuna en juego, ¿no? Se alistó muchísima gente. Llegaron exiliados desde Venezuela, Puerto Rico y Estados Unidos. También había cubanos y españoles. En fin, una movilización formidable. Los llevaron a Matanzas y Holguín para el entrenamiento. Y entonces ocurrió lo que no tenía que ocurrir.

—El factor Caribe —replica Almoina con sorna.

—Sí —dice Mirentxu—. Dos expedicionarios se arrepintieron. Se volvieron a Miami y lo contaron todo. Así que Trujillo denunció a Grau ante la ONU. El resultado: hubo que trasladarlos a todos a Cayo Confites. Pero el plan se mantenía.

—Esa es la única verdad que le oí al Viejo: que la peor enfermedad del caribeño era irse de la lengua. —Almoina vuelve a beber.

—Bueno, de todas maneras se mantenía el plan —continúa Mirentxu—. Estaba en juego mucha plata. Muchas vidas. Y mucha ilusión. Había tantos voluntarios que no cabían en los dos barcos que los trasladaban allí con las armas.

—Menudo negocio tiene Miami con las armas del Caribe, dicho sea de paso —la interrumpe Almoina—. Pero déjame seguir a mí. Esa gente se encontró que Cayo Confites era un páramo. No había ni agua ni víveres, ni techo que los amparase. La moral estaba por los suelos. Y aunque luego les llevaron provisiones y agua, hay que imaginar lo que es aquello. Las picaduras de los jejenes. La mosca de la arena, que trae la fiebre negra. Y los piojos de mar. Esos que

se te meten por tus santas partes y te desgracian para siempre. Yo me imagino a todos esos hombres desesperados, rezándole a la Virgen de la Caridad y maldiciendo la hora en que los metieron allí.

—El caso es que el cayo lo sobrevolaban todo el tiempo aviones del Ejército cubano. —Mirentxu sigue jugando con su cigarrillo, sin llegarlo a encender—. Y no parecían estar ahí para proteger, sino para vigilar. Al final ordenaron que se disolvieran los expedicionarios.

—Desolador —dice Avellaneda—. Y pensar que Juancito se ha jugado todo para esto.

—Sí —le ataja Almoina—. Todos aquellos voluntarios se vieron entre dos fuegos: o Trujillo o el campamento cubano de Columbia, donde los querían encerrar. Así que se echaron al mar en los dos barcos. Apresaron a la mayoría. Ni siquiera tuvieron la oportunidad de combatir por su país.

—Pero ¿por qué se jodió todo? —pregunta Avellaneda.

—Adivina —responde Mirentxu, ahora con el cigarrillo en los labios.

—No lo sé. Y deja de jugar con ese cigarro, que me pones nervioso. ¿Te lo fumas o no te lo fumas?

—Es que no escuchas Radio-Caribe. —Almoina sonríe ahora—. Y déjala tranquila, ¿no ves que está dejándolo?

—Eso es —dice Mirentxu, dedicándole una mirada cómplice—. Yo te cuento lo que pasó. Los hombres de Trujillo citaron a Pérez Dámera, el general cubano, en Washington. Llevaban un mensaje del Jefe. Un mensaje de color verde, ¿comprendes? En maletines. Dinero suficiente para abortar la expedición.

—Esa víbora lo revienta todo con dinero. —Almoina vuelve a su expresión sombría—. Con dinero robado. Y luego se arroga el título

de Héroe de la Batalla del Caribe. Sin batalla, por supuesto. Pero aún no está dicha la última palabra. Sé que se prepara otra expedición. Y yo también tengo otro plan. Voy a convertir el informe en un libro de difusión. Un libro largo y detallado, para que el mundo sepa todo lo que se tiene que saber.

—¿No estabas desanimado? —le dice Avellaneda, un poco inquieto.

—Debe de ser el tequila, me ha hecho entrar en calor.

Cuando Almoina llega a casa está reconcentrado y huidizo. Saluda y se encierra directamente en su cuarto. Pilar siente su olor a alcohol. Lo observa en silencio y espera a que llegue la noche para que le cuente algo.

—Tengo que volver a intentarlo —le dice él, ya muy tarde, en la alcoba.

—¿Qué vas a intentar?

—Lo mismo. Difundir el informe, pero de otra manera. Está cayendo en saco roto. Las cancillerías escuchan y callan. Todo está parado. El mundo cambia a toda velocidad y los Gobiernos se limitan a observar. Pero el Chacal sigue en lo suyo. Y no puedo quedarme de brazos cruzados. Conozco lo bastante al Viejo como para saber cómo lo altera que se conozca la verdad. Jekyll no soporta a Hyde, y viceversa. Quiero hacer un libro para que se sepa todo. Eso ayudará a dejarlo sin aliados. ¿Quién va a querer que se descubra que es amigo de Satán?

—Es peligroso. —La voz de Pilar suena resignada.

—Será anónimo también.

—Muy tuyo. Para otros la gloria de los héroes. Y de todos modos es peligroso, José. Él va a saber que fuiste tú. Volveremos a estar

todos en peligro.

—¿Y tú me lo dices, que has firmado un libro también contra un déspota?

—Esto es muy distinto. El Viejo es imprevisible. ¿Quién sabe tu plan?

—Lo sabe quien lo tiene que saber.

—Tú siempre igual de enigmático. Tengo que sacarte las cosas con pinzas.

—Irá con seudónimo, Pilar. Solo quiero cumplir con mi conciencia. Trujillo nunca se ha dedicado a perseguir a escritores en el extranjero. Nada le pasó a Hicks por su libro. Nada a Jimenes por el suyo. Yo estaba ahí, con el Viejo, cuando los publicaron. Y sé que vale la pena hacerlo. Las palabras son nuestras armas. Solo me falta ahora el dinero para financiarlo. Y encontrarle una editorial.

—Para lo del dinero tengo una idea —dice Pilar con cara de misterio.

Almoina la mira sorprendido.

—Escucha —sigue ella—. He visto una farmacia con un cartel de traspaso. Está entre las calles Chulavista y Valparaíso. Les he dicho que nos interesa.

—Pero ¿tú estás loca? —responde Almoina, alarmado—. ¿Cómo se te ocurre?

—Tú confía en mí, José. ¿No salió bien lo de la pensión de Santo Domingo? Necesitamos dinero, no podemos seguir así. Y no olvides que no fui yo quien perdió nuestros ahorros.

Él se queda callado un momento.

—De acuerdo, a lo mejor no es mala idea —dice al fin—. Alfredo Pereña nos puede ayudar. Te acuerdas de él, ¿verdad? El amigo de

Avellaneda. Fueron compañeros en el cuerpo jurídico durante la guerra.

—Claro, cómo no me voy a acordar. Fue profesor de nuestros hijos en el Instituto Colón.

—Pues bien, ahora es representante de medicinas.

—Pero ¡si es abogado!

—Ya ves. Trabaja para Laboratorios Hormonas y le va bien. Es viajante, se dedica a recorrer ciudades con su maletín de muestras. Así que tenemos la farmacia y el suministro resueltos. A lo mejor hasta funciona.

La tarde siguiente Avellaneda se acerca a casa de Almoina para despedirse, porque ya pronto saldrá para San Juan. Él lo recibe en su estudio, mientras teclea en la Remington. El poeta se sienta en una silla y se queda en silencio un rato.

—¿Sigues con la idea? —le dice al fin en voz baja—. ¿Así que mi viejo erasmista se quiere jugar la vida? Mejor piénsalo, coño, no seas quijote.

Almoina continúa pulsando impasible las teclas. Está transcribiendo mecánicamente una traducción manuscrita. Luego lo mira con expresión de cansancio, pero no dice nada.

—Si lo haces, pon el libro a nombre de Bustamante —susurra ahora Avellaneda—. Seguro que le gustará ser tu seudónimo. Pero me preocupa, Pepe. En tu situación, ese libro es un riesgo grande. Tú lo sabes, estás en la diana. Lo sabes perfectamente.

Almoina sigue trabajando en silencio, sin hacerle caso. A veces le resulta agotadora la palabrería de Avellaneda, pero él insiste en

darle conversación.

—Mira, Pepe, te veo muy tristón. Lo que tienes que hacer es venirte a las tertulias de los paisanos. Eso da energía. Unas copas, unas risas y te olvidas de tus penas. Tienes que venir a los cafés. El Papagayo, el Betis, el Campoamor. Ahí te sientes en casa.

—No tanto —dice al fin Almoina—. Ya te acompañé una vez. No paraban de hablar de la guerra y de hacer mapas de batallas con las tazas, los platos y las cucharillas. Además, tú sabes que aquello está lleno de infiltrados franquistas controlando. Y luego me hablas de peligros.

—Bueno, por supuesto que hay que andar con cuidado. Pero hay gente interesante. Están los poetas. León Felipe. Juan Rejano. O Pedro Garfias, que paga con sus libros los vasos de ron. A mí no me los aceptan, qué le vamos a hacer.

Almoina lo mira con una semisonrisa, luego se levanta y se le acerca bajando la voz.

—Todo eso lo dejo para ti, gordinflón, no es mi mundo. Pero hay una cosa en la que sí me puedes ayudar. Necesito editor para ese libro que voy a hacer contra Trujillo. Tú conoces bien el medio. ¿Qué se te ocurre?

Avellaneda se queda un momento pensando. De pronto se le ilumina el rostro.

—Pues sí que conozco a alguien. Bartomeu. Bartomeu Costa-Amic. ¿Te suena?

—Conozco su editorial —responde Almoina enseguida—. No es un prodigio de calidad precisamente. Recuerdo que publicó a un guatemalteco llamado Miguel Ángel Asturias. Un libro sobre la dictadura de Estrada Cabrera. Buen libro pero pésima edición. Puras

erratas. Aunque eso no me importa. Quiero editarlo así, con errores y erratas garrafales. Para que no lo relacionen conmigo.

Avellaneda se ríe.

—Almoina el purista. Buena idea. Joder, Pepe, te va a encantar Bartomeu. Es un catalán muy arriesgado. Del POUM. Y está colaborando con Arévalo desde que empezó la apertura en Guatemala. Le han encargado la editorial del Ministerio de Educación, imagínate. Está entusiasmado. Le pidieron que hiciera una colección de libros populares. De difusión cultural. Y además se dedica a editar a los clásicos catalanes. Ausiàs March, Ramon Llull. Dice que es para compensar la quema de libros en España. Un tipo bien interesante. Vamos ahora a verlo si quieres.

—¿Ahora, así de rápido?

—Joder, Pepe, que me voy a San Juan, que no te enteras. Tiene que ser ahora. Que si no, no se sabe cuándo. El toro, por los cuernos. Te llevo en mi coche, venga. Que si no está en la imprenta, está en su apartamento. O en el Orfeó Català. Sota, caballo o rey. Siempre está en los mismos sitios.

—Bueno, bueno —dice Almoina mientras se acerca al perchero y se pone una chaqueta encima—. Está bien así, en caliente. Pero ¿por dónde empezamos?

—Vamos primero a su casa. Si no está, vamos al Orfeó, que es su restaurante favorito. Conoces el Orfeó, ¿no? En la calle Marsella.

—No, ni idea.

—Joder, es que vives fuera del mundo, Pepe.

—Tú en cambio te conoces todas las tabernas de México, no sé cómo te aguanta Fina.

Avellaneda suelta una carcajada.

—Bueno, pues Bartomeu vive en la Colonia Roma, así que vamos para allá.

—Pero llámalo antes, hombre. —Almoina se está poniendo ya el sombrero—. ¿No tiene teléfono? Ya sé que la costumbre mexicana es aparecer de repente, pero yo prefiero que le avises.

Su amigo asiente y se acerca al teléfono para hablar con Bartomeu. Mientras, Almoina avisa a Pilar de que va a salir un rato. Al momento ya están en el viejo Buick azul de Avellaneda, que lo conduce a toda velocidad.

—Tranquilo, gordinflón, no corras tanto —le dice Almoina—. Mejor no vayas por Insurgentes, que es una locura.

—La vida es corta, Pepe, así que hay que correr —responde Avellaneda sin hacerle caso—. No te preocupes, que estás en buenas manos. Te va a caer bien Bartomeu. Es un loco estupendo. Ya verás. Y está lleno de historias. Colaboró con Sender en la editorial Quetzal. Y ahora tiene una propia. ¿A que no sabías que fue el que ayudó al presidente Cárdenas a organizar el asilo de Trotski?

Almoina lo mira con desconfianza. Avellaneda se vuelve a él y le sonríe. De pronto da un volantazo.

—Joder, que me distraigo.

—Pues habla menos, poeta —dice Almoina contrariado—. Nos la vamos a pegar.

Avellaneda sigue hablando y apretando el acelerador como si no lo hubiera oído.

—Bueno, que sí. Que es verdad lo de Trotski. Que se lo encomendó el conseller, Andreu Nin. Y mira qué desgracia. Ayudar a refugiar a Trotski, para que acabara matándolo otro catalán. Al que además Bartomeu conocía, por lo visto. Ese tema ni se lo toques.

Pero es que Bartomeu tiene más historias. Que te cuente lo de cuando quisieron atentar contra Franco. Ya verás.

—Eso me suena a fantasía, pero tú sigue mirando la carretera, por favor —replica Almoina con aire de fastidio.

Al llegar al apartamento, Bartomeu los recibe con una sonrisa de la que cuelga un cigarrillo encendido. A su alrededor todo es un caos de cajas, libros y papeles amontonados de cualquier manera.

—Aquí lo tienes —le dice Avellaneda a Almoina—. Mira qué pinta de galán de cine tiene este. No parece un editor, ¿no?

—Coño, menuda manera de presentarme —protesta Bartomeu.

—Este es el amigo del que te hablé, cuídamelo como a un hermano, ¿eh? —continúa el poeta sin inmutarse.

Almoina lo saluda con cortesía. Y mientras conversan, piensa que es verdad que el editor tiene pinta de actor. Con ese pelo castaño denso y ondulado, peinado hacia atrás, y ese buen porte.

—Pero si es verdad, joder. Siempre te veo con una novia distinta. Yo siempre estoy con la misma. Y Pepe también. —Avellaneda señala a su acompañante.

—Mira que eres bruto —se queja Almoina por lo bajo.

—Bueno —dice Bartomeu—, ya sabéis el dicho: dadme una mujer como la luna, que no me la encuentre todas las noches en mi cielo.

Avellaneda suelta una carcajada.

—A mí no me importaría tener todas las noches en mi cielo a María Félix. Qué guapa es esa mujer.

—Hombre —dice Bartomeu—, yo prefiero a Rita Hayworth. ¿La habéis visto en *Gilda*, cantando eso de «Put the blame on Mame»? Y desnudándose.

Bartomeu se contonea y hace como si se sacara un guante del brazo.

—No se desnuda, exagerado. Ojalá se desnudara —responde Avellaneda.

—Pues como si se desnudara. A ella sí la querría todas las noches. Y que me cantara esa de «Amado mío, love me forever…». —Bartomeu se ríe.

—Imbécil, que no canta ella. Que es doblaje —dice Avellaneda.

Bartomeu se queda perplejo un momento.

—Bueno, no importa que no cante. El amor es así.

Mientras los dos conversan, Almoina observa los papeles y libros de la estancia. Detiene la vista en una foto colgada en la pared, donde el editor está, en efecto, con Trotski. Debajo hay una dedicatoria y una firma. Se queda mirándola, como hipnotizado, sin decir nada.

—Al final ganó Stalin —murmura Bartomeu, al darse cuenta de que mira esa foto.

—Nos queda la guerra de los libros, ¿no? —responde Almoina—. Sé que publicaste lo de Miguel Ángel Asturias contra Estrada. Luego salió lo de Hicks contra Trujillo. Yo quiero hacer mi contribución. Con seudónimo, como Hicks. Que no sé quién será, aunque me lo puedo imaginar.

Bartomeu lo escucha en silencio mientras apaga su pitillo, del que solo quedaba ya el filtro.

—Conozco por Avellaneda algo de tu historia —dice al fin—. Y, por supuesto, el folleto de Pilar sobre las cárceles de Franco. Y lo del canje y todo eso. Nosotros quisimos una vez conseguir un canje, pero nos salió mal. Tú tuviste suerte.

—Pero, hombre, cuéntale todo, Bartomeu. —Al poeta se le ilumina la cara.

—Es agua pasada. —Bartomeu habla ahora con aire melancólico.

—Te lo digo yo, Pepe —replica Avellaneda—. Estos locos querían liberar a un compañero que estaba preso. Y a que no sabes qué se les ocurrió para lograr el canje.

—No era cualquier compañero. Era Joaquín Maurín —protesta Bartomeu.

—Vale, pues cuéntalo tú.

—Pues pensamos en algo simple: secuestrar a la mujer de Franco.

Almoina suelta una carcajada.

—¡Y tan simple!

—Bueno, piensa que estábamos en guerra. ¿No secuestraron a tu mujer? Pues eso, lo normal. La mujer de Franco y la de Mola estaban en un hotel de San Juan de Luz. No parecía tan complicado. Éramos dos: yo y otro del POUM, que era vasco.

—Habría sido la bomba —dice Avellaneda, sonriendo también.

Bartomeu sigue su relato muy serio.

—Se trataba de darles un té con unos polvitos para dormir. Estábamos compinchados con los camareros. Nos aseguraron que sí que lo harían. Y teníamos preparada una lancha para huir hacia el norte. De allí las íbamos a llevar a Barcelona. Era un plan perfecto, todo muy organizado. Pero a la hora de la verdad los camareros se echaron atrás. Mala pata. Con más dinero para sobornarlos, yo creo que habría funcionado. Pero volviendo a lo tuyo, sé lo que quieres. Y sí te lo publico. Sin problema. Como lo de Asturias.

—Eso, con muchas erratas también —responde Almoina—. Para despistar.

—Coño, que sí. No te preocupes. Bueno, lo que yo te quería comentar es que, según Asturias, aquí los dictadores duran tanto porque la gente les tiene un miedo sagrado. Es decir, los identifican con sus dioses antiguos. Así que tumbar el mito es una manera de tumbar el miedo.

—Esa es la idea. —Almoina habla reconcentrado—. Sí, justo. Tumbar el mito.

—Bueno, tráeme tu libro. Pero poco a poco. Capítulo a capítulo. Por seguridad. Lo iremos preparando por partes. Y luego lo cosemos. Lo podemos publicar con pie de imprenta de Guatemala. Y con una editorial falsa: Ediciones del Caribe. Para despistar. Eso sí, no tengo un duro, te lo tienes que financiar pero yo te lo imprimo. Y te hago el prólogo. Cuenta con ello.

37

Doble vida

Madrugada. Cuarto interior. Solo la pequeña lámpara del escritorio encendida. Almoina aparta todos los papeles que tiene sobre la mesa. Los de las clases en la Facultad de Filosofía. Los del libro sobre Goya que está terminando. Los de su último artículo. Todo eso es su vida pública. Su vida diurna. Y ahora es el turno de su otro libro. Del libro secreto. Pone sobre la mesa el informe confidencial. Lo hojea. Ahí están los puntos que va a desarrollar. Respira hondo. Carga con papel la máquina de escribir. Sonríe al pensar en esa idea. Cargar la Remington como se carga un arma. Balas de papel. Y ahora, cómo empezar. Cómo hablar de ese Calígula que se cree Napoleón. De ese escorpión de los mil venenos. Es verdad lo que dice Asturias: hay que tumbar el mito. Es lo primero, para tumbar el miedo. Calígula estaba loco. Hizo cónsul a su caballo. Trujillo hace cónsules a sus asesinos a sueldo. Y está enloquecido.

Aunque no le gusta pensar que lo suyo sea locura. Lo suyo es pura maldad. Cinismo. Y narcisismo patológico, también. Contar eso, piensa, mientras contempla la página en blanco. Hablar de sus complejos. De su patetismo. De su obsesión desesperada por agradar a los gringos. Como un niño malquerido que busca el amor

de sus padres. El marine leal que convierte su país en un cuartel al servicio del imperio del norte. Con su orden. Su control. Sus horarios. Su histeria por la puntualidad y por todo lo demás. El que quiere en su equipo a los mejores cerebros para exprimirlos a capricho. El que no acepta un no. Y al que disiente, su castigo ejemplar. Porque se cree un dios. Y además tiene suerte. Una suerte endiablada. A mí no me tumba nadie, le dijo un día. Todos saben que lo protegen sus brujos haitianos. Hablar de eso también.

Almoina toma un lápiz y empieza a anotar ideas en una cuartilla: mal de ojo, venenos, maleficios. Cosas que aterrorizan a la gente. Que la paralizan. Tengo baraka, como Franco, le repetía el Viejo a veces. Eso sí que parecía sobrenatural. La baraka mora. Claro que Franco decía que no, que era la Divina Providencia. Renegaba de los moros aunque los usaba en su provecho. Como hace el Chacal con los haitianos. Y tiene esa memoria que también parece sobrenatural. Nunca olvida. Nunca perdona. Es una máquina de hacer el mal. Está programado para conspirar. Para destruir. Para asesinar. La gente cree que es la encarnación de un dios maligno. Y es verdad que Trujillo tiene rasgos inquietantes. Uno son esos ojos suyos. Dos cuchillas afiladas en medio de una expresión casi femenina. Monalisesca, decía Bazil. Dos cuchillas que nada tienen que ver con su voz meliflua. Aflautada. Teatral. Dos personajes en uno. Jekyll y Hyde. La otra rareza es eso de que no suda nunca. Nadie entiende cómo puede llevar un uniforme de catorce kilos encima y estar tan tranquilo. Como si aquello no fuera el trópico. Pero el Viejo no tiene problema. Además, odia el aire acondicionado. Y exige que todos vayan también con chalecos, corbatas y chaquetas. O incluso

chaqués. Con ese clima húmedo y asfixiante que hay allí. Alguno se ha desmayado por el calor en medio de una recepción.

Todo eso es el mito que hay que tumbar. El leviatán sentado en su montaña de oro. En su retrete de oro. Sí, esa es la imagen. Terrorífica y grotesca. Trujillo, el que lo compra todo. El que soborna a todos. Un sobre con diez mil dólares bajo el plato de sopa de un congresista. Una preciosa prostituta esperando desnuda en el cuarto de hotel de un senador. Pocos se resisten. Y mientras él mueve los hilos del poder. También en Guatemala. En Haití. En Cuba. En Caracas. Y tiene infiltrados en todas partes. La codicia humana es infinita, y él lo sabe muy bien.

A primera hora de la mañana, cuando Almoina recoge su escritorio y se prepara para ir a clase, Pilar ya está llegando a la Farmacia del Mercado para hacer su turno. Antes de abrir, se queda un momento mirando el cartelón y observa ese nombre grabado con grandes letras azules. Farmacia del Mercado. Está ilusionada con ese negocio. Aunque habría preferido que tuviese otro nombre. Farmacia Benavente, la habría llamado. Por recordar aquellos años, lejanos ya. O Farmacia La Rúa, por ejemplo. Porque ha visto que ahí, en México, las farmacias tienen a veces nombres de lugar, como París o Morelos. También tienen a menudo nombres de santos: San Juan, Santo Domingo, San Agustín, Santa Teresa. O de vírgenes: la Purísima, Lourdes, el Carmen, Guadalupe. Tal vez pueda cambiar algún día el nombre de su farmacia. Eso está pensando mientras sube las persianas con Miguel, el estudiante de Medicina que han contratado como ayudante y que acaba de llegar. Es un muchacho

silencioso. Y tiene una expresión de tristeza serena que parece tallada en su piel cobriza. Pero también sabe sonreír, con ese sentido antiguo de la cortesía que tanto se ve en México. Entonces sus dientes blanquísimos le iluminan toda la cara.

Esto es un negocio fácil y rentable, les dijo el anterior dueño al firmar el traspaso. ¿Y por qué lo deja, entonces?, le preguntó Almoina, suspicaz. Es que estoy viejo, respondió él. Esto da mucho dinero pero también mucho trabajo, añadió. Y era verdad. La farmacia está rodando desde hace años y tiene una clientela fija. Además, se encuentra en una zona muy transitada. Y ahí está ella ahora, detrás del mostrador. Pasando una gamuza por las estanterías y colocando los artículos que va sacando de las cajas. La primera vez que entró en el local tuvo una sensación de vértigo, porque no sabía nada de aquello. Pero al final las cosas han sido más sencillas de lo que imaginaba. La mayoría de la gente llega pidiendo la marca del medicamento que busca. La estrella de las ventas son las tabletas de Mejoral, que por lo visto lo curan todo.

Muchos vienen también a comprar artículos de baño y tocador. Jabones, talco, dentífrico, lociones. Y sobre todo perfumes y colonias, porque se acercan las Navidades y son regalos socorridos. Pero además en la farmacia se venden hasta refrescos y botellas de agua. En fin, cosas útiles. Hay momentos, sobre todo a media mañana, en que el local está atestado de gente pidiendo de todo. Vitaminas y aceite de hígado de bacalao para los convalecientes. Leche de magnesia Phillips y píldoras del Doctor Ross para el estreñimiento. Vicks Vaporub y ungüento 666 para los resfriados y catarros. Pastillas del Doctor Andreu para la tos. Y mil cosas más.

A veces solo van a pedir consejo: deme algo para los nervios, doña Pilarcita, que estoy que no puedo más, es que no se imagina lo que estoy pasando. O para las úlceras, para los hongos, para las verrugas. Otras veces la gente solo necesita hablar: doña Pilarcita, qué bueno que está usted aquí, no sabe cómo me ayudaron las pastillas que me recomendó. Algunos se acercan a comprar bebidas alcohólicas, porque está permitido venderlas para fines medicinales. Un poquito de vino dulce con una yema de huevo, el mejor reconstituyente, le dice Pilar a una madre preocupada porque su hijo no quiere comer. Un poquito de coñac con miel y limón, mano de santo para la garganta, le cuenta a un viejecito que tiene tos perruna. Y el negocio va funcionando.

Pero a ella lo que más le gusta es esa primera hora de la mañana. Cuando aún no hay nadie en la farmacia y se entretiene organizando frascos y cajitas en los estantes. Siempre tuvo esa manía del orden. Y cuando acaba de disponer todo, se queda ya apoyada en el mostrador. Atenta al movimiento de la gente en la calle y al paso de los autos, camiones y bicicletas. Y de esos autobuses con cortinillas recogidas a los lados de las ventanas, que parecen viviendas sobre ruedas. Luego ya llega el trabajo duro. Hasta que al mediodía, al salir de clase, vienen Helena y Lina a relevarla. Son ya casi mujeres y están acabando el instituto. Las dos quieren estudiar después Filosofía y Letras. Y la farmacia permite ahorrar para cuando llegue ese día, así que se toman ese trabajo como algo personal.

Del turno de tarde se ocupa luego Almoina. Y también de las guardias nocturnas. Él lo ve como un deber, pero no puede disimular el tedio que le produce. Otra vez detrás de un mostrador, piensa mientras atiende al público. Como en aquellas oficinas de Correos

que dejó atrás. Lejos de sus libros, sus clases, sus papeles. Pero Pilar tiene razón, necesitan ese dinero. Además, esa farmacia es un buen camuflaje para sus actividades clandestinas. Sus encuentros con los enlaces de la Resistencia. Sobre todo Mirentxu y Avellaneda. O con su nueva logia.

Durante la cena solo se habla del negocio. Luego, esa es la conversación en la alcoba antes de apagar la luz. Y ya de madrugada, con toda la casa a oscuras, Almoina se levanta para deslizarse en su estudio. Allí, bajo la luz de una bombilla desnuda, se aplica al fin a teclear con sus dos índices: tac-tac… tac-tac… Ninguno en la casa se queja de ese rumor sordo y rítmico que forma parte de sus noches desde hace tantos años. Y que parece más bien arrullarles el sueño.

Entonces, tumbar el mito, se repite ante la página en blanco. Y publicar esto a tiempo, antes de la nueva invasión que se prepara. Esta vez sí que tiene que funcionar. Hay mucha gente implicada. Y varios Gobiernos del área apoyando la gesta. Mientras, decir al fin que el rey está desnudo. Usar la información acumulada durante tantos años, incluidos sus apuntes invisibles en los márgenes del libro de Rosalía, que recupera poco a poco a la luz de una vela. Delatar todo. Y trucar la figura del escribidor. ¿Quién habrá sido?, dirán enseguida. Por supuesto, un insurgente. Un dominicano, probablemente. Tiene que cuidar el estilo para que parezca un dominicano que quiere despistar y hacer que se culpe a Almoina. Ese miserable gallego que fue secretario del Jefe. El odiado Almoina.

Debe parecer un dominicano como tantos. Que sea racista y que sea religioso. Es decir, que no se parezca a él. Pensar todo el tiempo en la opinión de los cortesanos de Trujillo. Son los que lo van a leer realmente, porque el Viejo jamás ha leído un libro. Y no va a hacerlo ahora. Son ellos los que le darán su veredicto. Moya, el *mignon*, por supuesto. Y también el pedante Balaguer. Y Julio Vega, la Julia. Y Calderón. Sobre ellos debe escribir también.

El Viejo es imprevisible, caprichoso, teatral. Ambiguo siempre. Y él debe usar sus mismas armas. Esa ambigüedad suya. El acusador no puede tener nombre, porque es la voz de una multitud. ¿Quién escribió ese libro? Fuenteovejuna, señor. Ahora Almoina sonríe. Piensa otra vez en Erasmo, que hizo su crítica a los abusos de la Iglesia bajo el disfraz de una mujer llamada Locura. Y quién puede creer o culpar a una loca. Sabio, Erasmo. No se libró de pasarse la vida huyendo, pero cumplió con su conciencia.

No olvidar las pistas falsas, se repite. Pero contarlo todo. También lo que ha sabido por los hermanos de la Resistencia. Es decir, de la Hermandad del Gran Arquitecto. Muchos, militares. Y también cortesanos indignados. Cosas que él no debería saber porque ocurrieron antes de su llegada. Pero las sabe. Detalles del antes y después de su estancia en la isla. Eso ayudará a despistar. Piensa en su informe confidencial. Debía ser secreto, pero en el Caribe esa palabra está vacía de significado. Por eso lo escribió con un estilo descuidado, torpe, simple. Si el Viejo sospechaba, él podía decir: no fui yo. Son calumnias. Trampas de mis enemigos. Trujillo sabía mucho de eso. Era su estrategia. Y tal vez lo creería.

Mientras escribe, elige la palabra *enviscar*. Es típica en él. Pero la escribe con una falta de ortografía: *embiscar* con be. Eso los volverá

locos. Tantas faltas pondrán en duda que sea suyo. Almoina jamás tiene faltas de ortografía, dirán. ¿Es o no es Almoina? ¿Es otro que se quiere hacer pasar por él? Sigue imaginando a sus inquisidores mientras teclea en su Remington. Miren, dirá otro cortesano, aquí dice «sus hijos dizque legítimos». Eso del dizque es dominicano. No, miren, aquí dice «cacotonía vesámica». Y aquí pone «intensión», con ese.

Oh, de dónde ha salido este ignorante, dirá Balaguer con su rictus purista. Y cómo puede saber tanto de lo que pasó antes de su llegada. No, eso no es de Almoina. Y miren. Dice «tutumpote». Esa palabra es típica de Juan Bosch, así llama siempre a los mandamases. Seguro que esto es cosa de él. No, no, esperen. Lean aquí: «Loco barrido como dicen los portugueses». ¿No fue Almoina profesor de portugués? Pues será cosa suya. Además, él hablaba perfecto francés. ¿No se llama aquí *mignon* a Moya?

Sonríe pensando en ese comité imaginario de aprendices de brujo. Bueno, y luego están las expresiones religiosas. No, no son típicas de él, dirán. El gallego no hablaría de prometer la ermita y la fuente. De levantarse con el santo y la limosna. Eso es. Y colar otra palabra trampa. El botafumeiro. Se volverán locos. Está claro, dirán, el gallego Almoina habla del botafumeiro. No, no, Almoina ni va a misa ni nada, dirá alguno. Imposible tanta obsesión religiosa. Al contrario, dirá otro: eso demuestra que fue el gallego, o bien que alguien quiere que se culpe al gallego.

Eso es. Seguir pensando. Colar algún otro error, algo que él jamás diría. Algo sutil. Por ejemplo, que la matanza haitiana fue en el año treinta y seis. Pero ¡si fue en el treinta y siete!, dirán. Él, que hizo un libro entero sobre el problema haitiano, no se puede equivocar en

algo tan elemental. Imposible, no es Almoina, repetirán. Y todos seguirán con la lupa en ristre.

Almoina los imagina y sonríe otra vez. Escribe entonces que en el treinta y seis Trujillo hizo asesinar a todos los haitianos de la República Dominicana. Él, el experto historiador. El exquisito filólogo. El sabelotodo puntilloso de los datos exactos. El de las kilométricas notas a pie de página. El terror de los bibliotecarios, que pasaban la jornada buscándole libros y refunfuñando. No, imposible, dirán.

Y luego está el asunto ideológico. Ahí interviene Mirentxu, con la que comparte las páginas del libro cuando se acerca a Jus por la edición de Zumárraga. Y también en su apartamento, allí cerca, en la calle Luna. Joseba, no se creerán que el pacifista se haya vuelto violento, tienes que defender con ardor la lucha revolucionaria. Bueno, eso es lo que hago, mujer. Sí, pero con exaltación. Y atención al estilo, no pongas todas esas notas eruditas que tienen tus otros libros. ¡Ni una nota, Joseba! Vale, bien, buen consejo, responde él. Sin notas. Bartomeu también lo agradecerá. Pero deja de comerte las uñas, Miguelona, que tienes los dedos en carne viva. Es que me los fumo, Joseba, qué quieres que haga. Me cuesta dejar el tabaco, pero hay que proteger esos pulmones tuyos. Bueno, también los tuyos, miquiña, le dice Almoina revolviéndole el pelo. Que cada día toses más. Que sí, en eso estoy, responde ella con un mohín. Rendida ya entre los almohadones de ese sofá tapizado de azul.

En fin, todo pensado. Jamás podrán tener claro quién hizo ese libro. Y ahora viene lo importante, se dice. Demoler ese mito grotesco que

se ha construido el gran charlatán. El del elegante y culto benefactor de la patria. El del descendiente de aristócratas europeos, muy blanquitos y muy católicos. El paternal y bondadoso. Ah, y el supermacho. Almoina detiene aquí sus notas un momento, porque el tema lo saca de quicio. El maldito hijo de perra, piensa. El violador de niñas. El violador de muchachitos. El maldito sátrapa. Y ahora escribir sin descanso. El libro tiene que salir a la vez que el de Goya. Que también huyó de otro tirano, bajo pretexto de enfermedad. Como Henríquez Ureña, como Bosch, como él mismo. ¿Quién va a creer que hizo los dos libros a la vez en tan poco tiempo? Goya será su coartada.

Almoina se vuelve a la Remington. No debe detenerse. Quiere escribir el libelo deprisa y que salga a tiempo, antes de esa nueva expedición. Pero ahora le quema otra inquietud. La reunión para lo del Ateneo español. El proyecto va en serio, hay una total ebullición con eso. La idea viene de lejos. Refundarlo como lugar de la cultura. Del diálogo, sin crispaciones. De esa tolerancia que tanta falta hacía cuando la guerra. Un lugar sin tensiones, sin discusiones políticas. Unidad de todos los de la diáspora, se dice. Más allá de partidismos. La idea es que participen todos los intelectuales y artistas del exilio en ese proyecto. Aunque estén en otros lugares, no importa. Esos nombres unen, son símbolos. Representan todo lo bueno que han sido capaces de construir juntos.

Se pone a garabatear en una cuartilla los nombres que se le ocurren para luego contactar con ellos. Escritores, lo primero. A Salinas lo conoce ya, de cuando lo invitaron a Ciudad Trujillo. Añadir a Juan Ramón Jiménez, Jorge Guillén y Rafael Alberti. Y Ramón J. Sender, claro. De los historiadores puede escribirle a Claudio

Sánchez-Albornoz. Seguro que recordará aquellos encuentros suyos en Burdeos. Él tal vez pueda darle el contacto de Américo Castro y Rafael Altamira. También están Castillejo, Madariaga, Azcárate. Por supuesto, Pau Casals. Y también Junyer, que ya le puso una vez en contacto con Picasso, cuando lo del librito de Pilar. Y está ese otro pintor, Luis Quintanilla. Y Miguel Santaló, que colabora con la editorial UTEHA. Lo conoce por Avellaneda. Y Río Hortega. Y Pi i Sunyer. No olvidar a Antoni Maria Sbert, que trabaja con él en la UNAM.

¡La UNAM! Había olvidado sus clases. Ya son las seis de la mañana, y en un momento llega Pilar a traerle su café. Porque sabe que le gusta y porque tampoco puede dormir. Llega arrastrando las zapatillas, como hacía antes Hilaria, y le deja la taza sin decir nada. El cerebro de Almoina es ya a esa hora una olla a presión. Y aún debe repasar el tema de hoy. Porque le toca hablar del padre Feijoo en la Casa de los Mascarones. Piensa en provocar a sus estudiantes. Les hablará de la defensa de las mujeres por ese fraile benedictino. Pero antes hablará de la monja mexicana sor Juana, pionera del tema. Tal vez no funcione, pero el debate hace buena falta ahí. Porque Pilar se queja, y sus hijas se quejan, de ese acoso constante de los hombres en México. De que les sueltan las insinuaciones más obscenas. Y de que las toquetean en el autobús en cuanto se descuidan. Eso le crispa. Sí, ese será el tema del día.

De noche, al acariciar las teclas de la Remington, Almoina piensa en Courier, aquel pensador francés que tanto admira. Y en esos libelos que le valieron la muerte. Piensa también en sus propios hijos. Ellos

no saben nada de lo que está escribiendo. No deben saber nada. Pilar sí que lo sabe todo, o casi todo. Tengo miedo, José, le dice a veces. Suspira y se lleva la mano al pecho. Meniña, cuando estás triste, estás dos veces triste. Con esos ojos que tienes. Anda, léeme un poco, le dice ella. Pues estoy con Virgilio Trujillo. El que hizo el gran negocio con nosotros. Cobraba cien dólares por cada uno de los cinco mil españoles que huyeron a Santo Domingo. Multiplica y verás. Y luego está Pipí, que se ocupa de otro monopolio. Cada prostituta debe pagarle un dólar diario por ejercer el oficio.

Ahora Pilar vuelve a suspirar, muy hondo esta vez. Y se vuelve a llevar la mano al pecho. Estás cansada, meniña, le dice Almoina. Es que tengo como una opresión aquí, responde ella, como si me faltara el aire. No sé qué me pasa, me canso mucho. Y es como si el corazón perdiera el compás. Como si me aleteara dentro. Pues vete al médico cuanto antes, mujer. No tienes excusa. Y mejor que descanses también de revisar mi manuscrito. No, eso no, protesta Pilar. ¿Qué título le vas a dar? ¿Cuál le darías tú? Pues no sé. *El Chacal.* No está mal, pero he pensado en otro. Elfidio escribió *Un europeo en el Caribe* por encargo del Viejo. Lo publicaron en *La Nación* y en México también. Yo quiero titularlo *Una satrapía en el Caribe*. Darle la vuelta a eso.

Mientras se suceden esos encuentros en el cuarto de Almoina, Hilaria sigue viviendo en su propio mundo. Pasa las horas absorta, en su mecedora, mirando la luz que entra por la ventana. Apenas quiere comer. Solo le apetecen la leche tibia con pan o galletas dentro, en trocitos, y los purés de verdura que le prepara paciente

Pilar. Porque parece como si se estuviera olvidando también de masticar. Pasa las horas sentada o tumbada. Y se distrae con cualquier cosa. Se concentra en desdoblar y volver a doblar una servilleta. Juega con una hebra suelta de su falda. Vuelve a quedarse encandilada con esas diminutas motas de polvo que bailan a la luz de la ventana. O se queda amodorrada en su sillón.

A pesar del tiempo transcurrido, aún se sobresalta al oír ruidos fuera. Un perro que ladra de repente. La bocina de un auto. Los gritos de una bronca callejera. Entonces se queda como petrificada y parece que los ojos se le van a salir de las órbitas. Los niños, dice. Pilar, ¿están bien los niños? Sí, mamá, le responde su hija. Abu, tranquila, le dicen también sus nietos. Y poco a poco se va serenando.

Camina muy despacio ahora, siempre arrastrando las pantuflas. Y le cuesta trabajo agacharse y volverse a enderezar. Así que cada tarde deja que la aseen Helena y Lina, antes de la cena. Entre las dos la desnudan en el cuarto de baño y la sientan en una silla sobre el plato de ducha. Ahí la lavan con agua templada y un jabón para bebés que traen de la farmacia y que huele muy bien. Leticia siempre quiere ayudarlas, pero ellas no la dejan. Tú eres pequeña, le dice Lina, que es la mayor y asume el papel de madre. Sobre todo cuando Pilar no está. Luego… si quieres la peinas tú, le dice Helena, mientras seca a su abuela con una toalla grande. Y Lina le envuelve la cabeza con otra más pequeña. Después le ponen el camisón y la acompañan a su butaca, donde Leticia la peina despacito, como si fuera su muñeca. Hilaria se deja hacer. Se deja querer.

Ulises ayuda a Pilar en lo que puede. La acompaña a la azotea a tender la ropa. Y luego pone la mesa y le hace de improvisado

pinche de cocina. Está muy pegado a su falda, y también a Hilaria. La acompaña a veces a la iglesia y se queda mucho rato allí hablando con el cura, el padre Margarito. Luego llega a casa con estampitas de santos y deslumbrado con las cosas que él le cuenta. Desde que ha empezado la adolescencia está además bastante díscolo y discute mucho con su padre.

No te creas todo lo que te dice ese hombre de las vidas de los santos, le dice Almoina cuando le ve esas estampitas sobre el escritorio. Ulises se le encara. ¿No quieres que sea amigo del padre Margarito? ¡Pues bien a gusto que hablabas tú con el padre Robles en Santo Domingo! Te pasabas las horas platicando con él en el jardín, que me acuerdo bien, ¿es que yo no puedo tener un amigo cura y tú sí? Después, a solas con su madre en la cocina, vuelve a sacar el tema: el padre Margarito me ha pedido que colabore en la catequesis, mamá, y que lo ayude como monaguillo. Le he dicho que sí. Pilar no responde nada, se limita a acariciarle el pelo. Pero Almoina estalla esa noche, cuando ella se lo cuenta. ¡Lo que me faltaba, un hijo monaguillo! Luego se queda callado, y la tensión se le dibuja en la rigidez de la mandíbula. Bueno, que haga lo que quiera, dice después. Ya se le pasará.

Cada día, la primera en almorzar es Hilaria. Pilar la sienta en su sillón y le da su papilla con el cuenco y la cuchara. Y ella luego se queda ahí muy quieta, sosegada. A veces los más pequeños se le arriman a la falda para que los acaricie o les cuente cosas. Hilaria no recuerda casi nada de Santo Domingo, pero sí de España. Recuerda sobre todo las canciones infantiles y también otras. A veces canturrea *La violetera*, imitando a Gardel: «Caballeros, mis violetas han brotado en los jardines… donde vagan los poetas y adorables

querubines…». Y recuerda todavía aquellas zarzuelas que le gustaban tanto: «Yo fui paje de un obispo y criado de un bedel…».

Después, en la cama, se pasa las horas oyendo la radio. Le gusta tener una luz encendida en la mesita de noche, porque la oscuridad le da miedo. Ahí, en esa mesita, la acompañan las fotos de sus nietos. Y la de Tomás, su marido. Una noche, cuando Pilar se acerca a arroparla, le pregunta cómo está. Hilaria responde: aquí, esperando. ¿Esperando qué?, dice Pilar. Esperando que llegue él. Pero ¿quién?, pregunta Pilar intrigada. Quién va a ser, dice su madre señalando la foto de Tomás. Esperando que llegue tu padre de trabajar. Pilar se queda sobrecogida. Acaba de darse cuenta de que Hilaria está empezando a despedirse.

38

La guerra de los libros

Invisible. Desaparecida. Como si se la hubiera tragado la tierra. La edición de *Una satrapía en el Caribe* está ya en la calle, pero no llega a ninguna librería. Y sin embargo es como un huracán que remueve todos los rincones. Los compañeros se lo pasan secretamente de mano en mano. Y los carteros llegan con ese misterioso paquete a los lugares más insospechados. Son muchos los que lo leen y pocos los que lo guardan. Porque un libro así quema. Es peligroso tenerlo cerca. Es un libro prohibido. Y todos hablan de lo mismo. Los sabuesos del Viejo rondan husmeando. Quieren secuestrarlo pero no pueden, porque circula clandestinamente. Nadie sabe quién ha escrito ese libelo. Aunque ninguno piensa que ese Gregorio R. Bustamante que figura en la cubierta sea su verdadero autor.

Por esos días, Almoina presenta en el salón de actos de la Casa de los Mascarones su libro sobre Goya, editado por la UNAM. Diserta allí sobre la odisea de aquella caja de huesos que viajó desde Burdeos para repatriar al genio olvidado. Se ha ocupado de invitar al nuevo embajador dominicano, Ramón Brea. Con él tiene una relación cordial desde hace años. Brea es padre de dos hijos pequeños, un niño y una niña. Y sus temores no son muy distintos de los de

Almoina con sus hijos. Es de los cortesanos de doble vida. Su vida pública es trujillista. Porque hay que sobrevivir, repite siempre. Pero no duda en alertar a los opositores cuando sabe de algún peligro. Como la llegada a México de algún matón del Viejo.

Oye, Pepe, ¿sabes lo de ese libro sobre el Jefe?, le pregunta Brea en un aparte en cuanto acaba la presentación. ¿Qué libro?, le responde Almoina con naturalidad. Ese de la satrapía, el Jefe está que trina. ¿Y yo qué voy a saber, Ramón, si vivo entre mis clases y la farmacia? ¿De dónde voy a sacar tiempo para leer cosas sobre el Jefe? Brea se encoge de hombros y pone cara de circunstancias. Entonces Almoina le entrega un ejemplar de su libro sobre Goya: toma, para que se lo envíes a doña María por valija diplomática. Así llegará más rápido a la isla. Va dedicado, le dice.

Mientras, la *Satrapía* sigue corriendo de mano en mano. De boca en boca. El runrún no cesa. Y algunos ya señalan a Almoina, que se hace el desentendido. Algo me han contado por ahí, le escribe a María cuando ella le pregunta sobre el asunto en una de sus floridas cartas. Pues Rafael está enloquecido, le dice ella en la siguiente. No para de preguntar, tiene a todo su servicio secreto buscando. Pero, María, le insiste Almoina, ya se han publicado otros libros contra él. Es solo uno más. ¿Por qué darle importancia? Siempre le he dicho que los gobernantes están condenados a ese sufrimiento.

Almoina mantiene las formas con la prestante dama, pero cada vez con más distancia. Con más frialdad. Además, está contrariado porque el maleficio ha vuelto: la expedición de Luperón contra Trujillo también ha sido un fracaso. Una aventura de quijotes montados en enclenques rocinantes contra un ejército infernal. Al final ha resultado ser otra masacre. Eso le cuenta Mirentxu por

teléfono. Y él se acerca enseguida a la calle Luna para que le cuente más. Al llegar se la encuentra llorosa y en medio de una nube de humo de tabaco.

—Todo se ha ido al demonio, Joseba —le dice muy alterada, y enseguida toma una calada larga—. Hoy me tienes que perdonar que fume, es que necesito calmarme, ¿entiendes? Han muerto muchos amigos.

Él la abraza y luego se sientan en ese sofá donde pasan algunas tardes al salir de la editorial.

—Tranquilízate, mujer. Ahora me cuentas todo. Pero déjame antes abrir una cerveza. Me has contagiado los nervios.

Almoina se va a la cocina y vuelve enseguida con una Moctezuma y dos vasos.

—Pues iban seis aviones —le dice ella, mientras él sirve ya la cerveza—. Despegaron de Guatemala. Uno era nada menos que el avión presidencial, que los escoltaba. ¡Si es que teníamos todos los apoyos! Pero hacía mal tiempo. Maldita sea.

—Siempre los elementos. —Almoina bebe un trago largo—. Trujillo y su baraka, el muy cabrón tiene suerte siempre.

—Cuatro aterrizaron en la isla de Cozumel —sigue Mirentxu—. Y México detuvo a todos los expedicionarios que iban ahí.

—Muy mala suerte otra vez —le dice él, que se ha puesto a caminar por la habitación.

—Déjame acabar, Joseba. Los otros dos llegaron al norte de Dominicana. Uno era el avión de escolta, que regresó a Guatemala. En el otro avión iban expedicionarios de muchos países. Dominicanos, costarricenses, españoles y hasta gringos que se habían sumado a la causa. Pero lo derribaron. Y todos resultaron

muertos o prisioneros. —A Mirentxu se le quiebra la voz—. Que es como decir que su muerte habrá sido lenta, imagínate. Y que no volveremos a verlos. Parece que Trujillo hizo publicar en la prensa de allí las fotos de sus cuerpos carbonizados.

Almoina se estremece.

—Bueno, al menos la *Satrapía* le habrá agriado esa victoria —musita—. La batalla sigue.

Mirentxu se endereza y apaga el cigarrillo. Luego se quita las gafas y se frota los ojos, cansada.

—Sí, es verdad, no hay que rendirse nunca. Ya estamos trabajando también en ese manuscrito que trajiste a la editorial, *Viacrucis de un pueblo.* Además, está a punto de salir otro libro contra el Viejo, es de Requena, no sé si lo conociste. —Almoina niega con la cabeza—. Se va a titular *Cementerio sin cruces*, y está dedicado a los muertos de Cayo Confites y Luperón. El loco de Requena resultó un estupendo escritor, quién iba a decirlo de un boxeador que escribía poemas. El libro es como una nueva *Satrapía*, pero en forma de novela. Ya verás, es tremendo. Incluye también un emplazamiento: una de las víctimas pide la cabeza del Chacal en una urna de vidrio como castigo ejemplar.

—Pues eso lo pondrá nervioso, seguro. —Almoina ha vuelto a sentarse y ella se acomoda en su costado, más tranquila—. Eso es justamente lo que él hace con sus enemigos: hostigarlos, aterrarlos. Se lo enseñaron sus brujos haitianos. Por mi parte tampoco me voy a detener. Ya lo tengo arreglado para que se publiquen en Cuba fragmentos de la *Satrapía* en dos periódicos: *Alerta* y *El Crisol.*

Mirentxu vuelve a enderezarse y se queda mirándolo, muy seria.

—Ten cuidado siempre, Joseba. Ya hemos perdido a demasiada gente.

—Cuídate tú también, miquiña —le responde él con una carantoña antes de despedirse.

A los pocos días de publicarse esos fragmentos en La Habana, el timbre del teléfono suena insistentemente en la casa de Almoina. Ulises responde por enésima vez.

—Mi padre no ha venido todavía, ya les he dicho que los llamará en cuanto llegue —dice antes de colgar.

—¿Otra vez la embajada? —pregunta Pilar.

—Sí, qué pesados.

Cuando al fin llega Almoina de sus clases, Pilar le da el recado. Él se queda detenido un instante, porque algo en su estómago estragado le araña por dentro. Le ocurre desde aquellos días de la dieta del vinagre, antes de la huida de Ciudad Trujillo. Es como un erizo que remueve ahí dentro sus espinas. A veces parece dormido, pero despierta con cualquier sobresalto. Entonces almuerza despacio, silencioso. El café de sobremesa ya lo evita desde hace tiempo. Luego se recluye un rato en su cuarto, meditabundo. Y finalmente se decide a telefonear a Brea. Es un amigo en el que confía. Ya se imagina el motivo de la llamada, aunque puede ser cualquier cosa.

—Pepe, vente por aquí mañana sin falta —le dice el embajador con tono apremiante.

—Pero ¿qué pasa? —responde Almoina, haciéndose el nuevo.

—Pues pasa que no paran de llegar mensajes de Ciudad Trujillo para localizarte. El Jefe está muy nervioso. Y María quiere hablar contigo urgentemente. Vente mañana y ponemos una conferencia desde aquí.

Almoina acepta, y esa noche no logra conciliar el sueño. Pilar, que ha oído la conversación, tampoco.

—Nunca nos vamos a librar del Viejo —dice con un rictus amargo.

—Duerme, mujer —responde Almoina, intentando aparentar normalidad—. Él es solo una pesadilla de la que ya hemos despertado.

Pero la verdad es que él tampoco logra quitárselo de la cabeza. Por la mañana, en cuanto desayuna, toma un autobús y se dirige a la embajada dominicana. Al rato ya está saludando a Brea con la cordialidad de siempre.

—¿Qué tal andas, Ramón? —le dice con un apretón de manos.

—Pues deseando tomar las vacaciones, que ya estamos en Navidades y los críos me reclaman —responde Brea, que ha recuperado su tono tranquilote—. Oye, Pepe, parece que Julio Vega y alguno más están empeñados en que fuiste tú quien publicó en La Habana no sé qué calumnias contra el Jefe, poniendo en duda la paternidad de Ramfis y hasta llamándolo bastardo. Así que está completamente histérico. Tienes que hablar con María para calmarla.

Almoina pone cara de fastidio y asiente tenso con un movimiento de cabeza. Entonces Brea se dirige a la puerta y llama a la secretaria, una joven mulata bastante entrada en carnes, con melena corta y alisada.

—Brígida, ponga una conferencia con María Martínez ahora mismo.

Ella busca el número y enseguida telefonea. Cuando logra la conexión le extiende el auricular.

—Al habla doña María —dice.

Almoina se acerca, saluda a la prestante dama y se queda un rato escuchándola. Sabe cuánto le gusta a ella sentirse atendida. Después le responde con voz sosegada.

—María, eso son solo calumnias de mis enemigos. Son difamaciones, usted lo sabe mejor que nadie. Acabo de publicar un libro sobre Goya y sigo con mi edición de Juan de Zumárraga. No tengo tiempo para esos panfletos que me nombra.

—Yo sí te creo, querido —responde María con una voz melosa que ahora suena impostada, como si ella también hubiera dejado de creer en él y estuviera intentando aparentar normalidad—. Pero Rafael insiste en que necesita una prueba de tu lealtad. Yo creo que él quiere creerte, pero sus hombres dicen que fuiste tú. No Balaguer. Balaguer dice que es imposible. Pero los otros dicen que eres tú el culpable.

—¿Y qué puedo hacer yo, María? Aquí me tienen, su seguro servidor. —La voz de Almoina también intenta aparentar normalidad, sin lograrlo del todo.

—Pues Rafael dice que solo te creerá si escribes un libro a su favor. Está muy dolido, ¿sabes? Si no haces el libro, no sé qué va a pasar. Ayer bebió más que nunca. Y dijo que como no le des pruebas lo van a pagar tu mujer y tus hijos.

Almoina vuelve a sentir el erizo en su estómago. Ahora es un erizo grande, que no cabe ahí dentro y clava furioso sus espinas en todas esas paredes. Se queda lívido de pronto, y el corazón le late a toda

velocidad. Carraspea y se le quiebra la voz, mientras Brea le hace un gesto interrogativo.

—Pero, María, ¿de dónde voy a sacar tiempo para escribir algo así? Desde que tenemos la farmacia, no tengo tiempo ni de respirar.

—Ya sabes cómo es Rafael. Está echando chispas. Dice que si no cumples, lo pagarán todos. —La voz de ella suena neutra, fría.

—Bueno, hay más gente que ha escrito contra él. ¿Qué culpa tengo yo? Ya lo dijo Séneca, ¿recuerda? La principal cualidad de un gobernante es saber soportar el odio.

—Ay, no me nombres a Séneca, que me acuerdo de nuestras clases. —De pronto María recupera su tono de siempre—. No sabes cómo echo de menos esos días. Lo que dices está muy bien, pero esto es distinto.

—Pero ¿por qué? —Almoina se sienta en una silla mientras sigue hablando.

—Pues porque a Rafael le preocupa el daño a Ramfis. Es tan sensible, tan inestable. Y se dicen ahí cosas terribles. Lo habrás leído, ¿no?

—Pero ¿cómo lo voy a leer? —Almoina está tan alterado que su voz suena sincera—. Yo no pierdo el tiempo con basura.

—Bueno, le dirás que sí, ¿verdad? —María vuelve a su tono teatral y dulzón.

—Pero, María, es que no tengo tiempo, se lo he dicho siempre al Jefe. Tengo mucho trabajo, debo mantener a los míos. La vida aquí es más dura que en la isla.

—¿Y por qué te fuiste? Si te teníamos a cuerpo de rey. —El tono de ella se hace un poco melodramático.

—Pues usted sabe lo que pasa, ando mal de salud, tengo los pulmones carcomidos. Ese clima húmedo me mata y no puedo permitirme una recaída. Además, ya no sirvo para trabajar al ritmo que el Jefe necesita.

—Pero harás el libro, ¿verdad? Te pagará bien.

Almoina se queda un momento pensando. Sabe que sigue estando cautivo, que siempre lo estará. Y que están en juego los suyos.

—Sí, María, claro que lo haré —concluye al fin con una voz seca, gutural—. Aunque la única manera de que pueda escribirlo será cerrando la farmacia, así que tendré que aceptar el pago.

—Pues dime cuánto quieres —responde ella, contenta—. Eso sí, Rafael dice que tienes que venir aquí a cobrar. A Ciudad Trujillo.

—María, yo no puedo hacer ese viaje. —Almoina se esfuerza por ser cortés, por mantener su papel en ese teatro—. No me puedo alejar de mis médicos, sigo delicado. Yo sé que ustedes lo entenderán. En cuanto al pago, pues cuando yo era secretario vi lo que el Jefe le pagó a Osorio por el libro que le dedicó. Doce mil. Que me dé lo mismo. Seis mil por adelantado, el resto al entregar el manuscrito. Me duele dejar la farmacia, pero lo primero es el Jefe, por supuesto.

Hay nervios en casa esa tarde. Y la discusión es tensa por la noche en la alcoba. No tienes por qué hacerlo, dice Pilar muy alterada. Cómo que no, mujer, cómo que no, le responde Almoina. Ya una vez estuviste presa por mi culpa, y Helena también.

No fue por tu culpa, José, y no tienes por qué hacerlo. Una cosa es que no quieras ser un héroe y que no hayas firmado tu libro. Y

que dejes que todos se crean que eres amigo del Viejo. Yo sé bien que lo haces por nosotros. Pero otra cosa muy distinta es que quedes ante el mundo como un traidor.

Mujer, baja la voz, que te van a oír los hijos, le dice Almoina, también contrariado. Entiéndeme tú a mí. No puedo ni imaginar que vuelva la desgracia sobre mi familia. María asegura que si hago ese libro el Viejo me dejará en paz.

Sí, claro, dice Pilar. ¿Y ahora te fías de ellos? Pues a ver quién te da trabajo aquí después y qué amigos conservas, cuando se sepa que has escrito un homenaje a ese desgraciado. Y encima perdemos la farmacia, es el colmo. Ya sé que no te gustaba trabajar ahí, pero nos daba tranquilidad.

Almoina se queda en silencio. Piensa ahora en las esperanzas que le dio Bodet al principio sobre un empleo estable en la universidad. Y hasta en la UNESCO. Pero todo eso se fue evaporando como un espejismo. Tienes enemigos, le dijo entonces. Hay envidias, recelos, qué se yo. Dicen que no eres de fiar. Que eres un tipo raro y que te haces el perseguido. Lo que le faltaba.

Los recuerdos se atropellan en su mente. Pero de momento debe pensar, buscar salidas. Está rígido. Sombrío. No deja de darle vueltas al tema desde que volvió de la embajada esa mañana. Bueno, dice al fin, algo me saldrá. Además, con ese dinero podremos pagar otro libro, *Viacrucis de un pueblo.* El sexto proyectil desde que comenzó la guerra de los libros. No podemos detenernos, Trujillo tiene pánico a las palabras. Son un arma que no puede controlar.

¿Cómo que podréis pagar otro libro?, pregunta Pilar alarmada. Tranquila, es de Félix Mejía, yo solo ayudo. Lo firmaremos con seudónimo. Padre Morales, seguramente, dice esbozando una

sonrisa burlona. Pero ¿cómo te queda humor todavía, José? Es que no te entiendo, ¿quién es Félix Mejía? Pues es Fuenteovejuna, mujer, ya lo sabes. Dime al menos si Mejía existe, por favor. Qué más da si existe, meniña, lo importante son las palabras.

Pilar lo mira entonces con resignación, y él también se distiende un poco. Meniña, sé que al hacer esa loa me ganaré el odio de muchos. ¡Como si fuera posible negarse! Tendré que mantener ese teatro toda la vida. Nunca me imaginé para mí ese papel de villano, pero voy a escribir ese libro. Y, por supuesto, que el Viejo pague. No soy ningún esclavo, ni un lambiscón como otros. Le he pedido lo mismo que le pagó a Osorio. Y con ese dinero nos quitamos las deudas y pago lo de Mejía y la reedición de la *Satrapía*. Quiero que salga en inglés.

Ella da un respingo, irritada. ¿Cómo que reeditas la *Satrapía*? ¡Tu insensatez no tiene límites! Tú déjame a mí, mujer, le dice él acariciando su cintura. Avellaneda me está buscando traductor. Va mucho a Nueva York y algo podrá hacer. Además, tiene el apoyo de Galíndez, que está liderando allí la oposición al Viejo. Ella se zafa de la caricia. No tienes remedio, le responde. Pero no firmes nada de eso, por Dios bendito.

Al día siguiente los ánimos están más calmados, y Pilar bromea para quitarle hierro a la situación. Así que ahora tú también tendrás un Jekyll y un Hyde, como el Viejo, le dice a Almoina, que está leyendo el periódico. ¿Y con cuál te quedas?, le pregunta él. No sé, tendré que pensarlo, responde ella burlona. Están los dos sentados en el sofá. Hilaria dormita en su sillón y los hijos están en la farmacia.

Pilar se acurruca en el costado de José para descansar un poco. Pero él no puede dejar de hablar del tema.

Mira, meniña, hay una cosa que me consuela siempre, y es pensar en Erasmo. Una vez tuvo que escribir un panegírico al príncipe Felipe, el hijo de Maximiliano. El que después sería marido de Juana, la Loca. No tenía más remedio que hacerlo. Y el resultado fue una suma de elogios tan exagerados que daban risa. Nadie puede tomarse en serio las hipérboles, salvo el tonto de Trujillo. Cualquier persona inteligente sabrá que es una ironía. Erasmo escribió, por ejemplo, que si la Antigüedad tenía a Aquiles, ahora ellos tenían a Felipe. Una coña, de verdad. Así que haré un ditirambo trucado. Tengo que contar poco menos que fui el monaguillo del Viejo. Lo que no sé es cómo voy a titular una cosa así.

En ese momento, Hilaria murmura algo. El monaguillo, dice, y se ríe. Y se pone a canturrear esa canción que le gusta, sobre el barberillo de Lavapiés: «Yo fui sastre cuatro días, monaguillo medio mes… y ni el mismo diablo sabe lo que he sido y lo que sé…». Almoina y Pilar se miran perplejos. Están tan acostumbrados a convivir con esa anciana con cerebro de niña que no prestan atención a lo que dicen delante de ella. De pronto Almoina se ríe también. ¡Gracias, mamá!, le dice. Pilar, tu madre me acaba de regalar el título del libro. Pero qué título, José. Pues eso: yo fui… *Yo fui secretario de Trujillo*. Hilaria sonríe y vuelve a cantar: «Yo fui paje de un obispo y criado de un bedel…». Y Almoina y Pilar corean con ella: «y ni el mismo diablo sabe lo que he sido y lo que sé…».

Ya de noche, Almoina se remueve en la cama porque no puede dormirse. Pilar también está despierta y cambia de posición a cada momento. Ninguno de los dos habla. Al final él se levanta y se mete en su cuarto a poner algunas ideas en un papel. Eso lo calmará. Sacarse ese runrún de la cabeza. Meditar con el lápiz en la mano. Pero cómo hacer. Respira hondo y piensa en el Viejo. ¿Cómo empezar? Vuelve a recordar a Erasmo y su retrato burlón de Felipe. Y escribe: Trujillo es uno de los hombres más completos que ha tenido nunca Hispanoamérica. Sonríe ahora. Al final esto puede ser hasta entretenido, se dice. ¿Qué lacayo osaría decirle al Viejo que eso es mentira y que se está burlando descaradamente? Pero debe cuidar mucho los dobles sentidos. De pronto recuerda a Bazil. El poeta sometido, como tantos, por el Chacal. ¿Lo entenderán?, le preguntaba Bazil cuando le leía sus ironías sobre el Viejo.

Él debe hacer lo mismo. Decir, por ejemplo, que La Suiza y La Caoba son lugares de recogimiento espiritual. Que allí el gran estadista lee a Catón y a Fabio. Piensa otra vez en Bazil. ¿Lo entenderán?, le pregunta después a Mirentxu, con la que comparte también cada página sobre ese sofá azul que tantos secretos esconde. Por qué Catón, por qué Fabio, dice ella, que lo escucha sin verlo, con la cabeza apoyada en su regazo. Buena señal si no lo pescas a la primera, le dice Almoina. Catón se distinguió por su crueldad en la persecución de los rebeldes iberos. Fabio Máximo consagró las estrategias lentas en la batalla. Como las del Viejo, que puede pasar años maquinando un asesinato. De pronto se hace un silencio en el cuarto. Joseba, me han dado escalofríos, dice Mirentxu, demudada. Y él le dedica una mirada extraña, como de otro mundo.

39

Ventanas y xanelas

Pasan los días y los meses. Y Almoina sigue compartiendo sus tareas con ese sapo que ha aparecido en su escritorio. Así llama ahora al Viejo cuando habla con Pilar. El sapo. Por si Hilaria lo escucha. Para que no vaya a irse de la lengua delante de los chavales. Ella ya está más calmada. Y hasta sonríe a veces leyendo las nuevas páginas que él le deja sobre la mesa.

Por lo demás, Almoina se empeña cada día en aparentar normalidad. Pero cuando duerme vuelven siempre las mismas pesadillas. El mismo desierto de huesos molidos. Y los pasos sinuosos del Chacal. Sus botas triturando cráneos como si fueran terrones de azúcar. Frente a él, el cuerpo de un hombre atado a esa silla ancha donde aplican a los presos descargas eléctricas en los testículos. O se los estrangulan con esas herramientas que usan los veterinarios para castrar caballos. Puede ver su torso desnudo. Las manos aferradas a los brazos de la silla. La bragueta abierta. Sus ojos fuera de las órbitas mientras el verdugo taconea alrededor. Mientras ríe y bebe breves sorbos de una copa de coñac. Luego se la acerca a los labios. Anda, bebe, le dice. Va a ser una fiesta muy larga. Es la fiesta especial de los malagradecidos. La haremos durar

mucho. Muchísimo. Un día por cada página de ese libro que escribiste.

La Hiena suelta una carcajada y él se despierta bañado en sudor. Entonces vuelve al escritorio para seguir con ese libro que se le está atragantando. Y que comparte también con Mirentxu, cuando le lleva los últimos capítulos corregidos de la edición de Zumárraga. «La vigilancia de Trujillo es constante», lee él en alta voz. «Como a Napoleón, no le gusta permanecer mucho tiempo en la mesa». ¿Qué te parece la comparación del Viejo con Napoleón? Muy Erasmo, responde Mirentxu, con esa mirada intensa que tiene, acentuada por el marco de sus gafas. No es Aquiles, pero al Viejo le gustará mucho más. Bueno, responde Almoina, y digo que normalmente solo bebe agua, excepto alguna copa de Carlos I para brindar. ¿Cómo lo ves? Pues que se van a partir de risa en el palacio presidencial. Mira, te leo más: «Cuanto se ha dicho por ahí de orgías y juergas bochornosas es pura patraña». Y esto es lo mejor: «En La Caoba, entre sus libros de cabecera, están *La Celestina*, de Rojas, las poesías de Rubén y las obras de Cervantes, de Rodó y de Martí». ¿Lo de *La Celestina* te parece bastante sutil? Sí, claro, dice Mirentxu sonriendo. No me pensaba que me lo iba a pasar bien con esto, Joseba. Entonces Almoina le revuelve un poco el pelo para despeinarla. Y para que no deje de sonreír mientras aparta los papeles y comienza a desatarle las sandalias.

Los días siguen pasando, y Almoina se desespera ya por acabar el encargo. Le está costando mucho, sobre todo porque detesta esa tarea. Aunque ahora que ya no tiene la farmacia, está bastante tiempo con los hijos. Sobre todo con Lina y Helena, que sueñan con el momento de entrar en la universidad. Y que comparten algunos

ratos con él en su biblioteca, ratoneando entre esos libros que pronto les vendrán bien también a ellas. Las dos tienen ya novio. Y él se da cuenta de que no podrá disfrutarlas mucho más. Eso le da un poco de tristeza. Pero a Pilar le gusta la idea de que se casen y se vayan de casa. Por su seguridad.

—Mujer, cuando se publique el libro del sapo vamos a tener todas las bendiciones, no te preocupes más —le insiste él.

—Pues es que no consigo relajarme —responde Pilar, que continúa con sus suspiros y la mano sobre el pecho, donde sigue aleteando un pájaro díscolo.

—¿Por qué no vas al médico de una vez, pitusa?

—No tengo tiempo, José, tú lo sabes. Mamá está cada día más dependiente. Más enfermiza. Más frágil. Y tengo que estar con ella. Aunque sí que voy a ir en algún momento. No sabes lo incómodo que es sentirte como una campana con un badajo enloquecido que te golpea el pecho y la espalda.

Ya está terminando la temporada de lluvias, y Almoina pasea a veces con sus hijos más pequeños. Un día se encuentran con un repentino arcoíris.

—Mirad, *o arco da vella*.

—¿Qué es eso, papá? —dice Leticia.

—Pues el arcoíris.

—¿Por qué?

—No sé por qué. Por alguna diosa antigua. Solo una diosa puede derramar esos colores en el cielo. Una diosa vieja y sabia. Una diosa de la fertilidad y de las aguas. Eso es el arcoíris, el arco de la vieja.

Siguen caminando y él se queda pensando en esas palabras. Y en su tierra. Lleva muchos años fuera y aún sueña a veces que está allí.

Porque hay un lugar invisible del aire donde una ventana es siempre una xanela. Donde el fuego es lume y donde resuena la voz de Rosalía. A miña terra qué lonxe, piensa por un instante.

De madrugada, mientras trabaja, Almoina mira la Remington casi con rabia. Porque tendría que estar pulsando las teclas para escribir sobre temas más interesantes. Pero no. Hay que volver al sapo. En fin, ya queda muy poco. Y ahora quiere hablar también de cómo lo aplastaba con tareas interminables. Es el derecho al pataleo de los ahorcados, se dice. Y escribe: «Al lado de Trujillo se necesita una capacidad de trabajo extraordinario que pocos pueden soportar». Decir también que ser su secretario particular no era una opción, sino una orden. Y escribe: «Confieso que acepté con temor». Se queda pensando, y vuelve a escribir: «La carga fue abrumadora». Al menos quien quiera entender entenderá.

Cómo recuerda a Bazil, bendito bebedor. Aprendió mucho de él, en realidad. Pero debe seguir pensando. Recordar también el empeño del sapo por construirse un personaje. Es decir, por ser un príncipe. Luego volver a atacar la manera como lo esclavizó aquellos días. Encargándole todos aquellos discursos y todo el despacho personal. Insiste: «Trabajo tan abundante como para caer rendido». Después añade: «En quince minutos de despacho sacaba yo trabajo para una semana».

Cuando Pilar lo lee, se incomoda. ¿No insistes demasiado en eso, en cómo te explotaba? Te vas a buscar la ruina, José. No, no me paso, quiero que se enteren todos, empezando por él. Ya te he dicho que cualquier persona inteligente verá lo que hay en este libro. Porque es lo más amargo que he hecho en toda mi vida. Estás a tiempo de dejarlo, le repite Pilar. No, mujer. No podría no hacerlo.

Aunque me condene al odio universal. Que es exactamente lo que él quiere. Que pague por haberlo abandonado. En fin, ya queda poco para la entrega. Tengo que empezar a pensar en qué hacer después. ¿Otra farmacia?, dice ella enseguida.

No, meniña, responde Almoina con un gesto de fastidio. He pensado en participar en un concurso de ensayos que han convocado para el centenario de Salvador Díaz Mirón. Lo convoca el Ayuntamiento de Veracruz. El premio son veinte mil dólares y la publicación. Qué bien nos vendría ese dinero.

Pero hombre, eso es como jugar a la lotería, que nunca toca, dice Pilar contrariada. Sigues en las nubes. Tú déjame, pitusa, que nunca se sabe. Además, ¿no saqué aquel premio en Benavente? Bueno, pero aquello era más fácil. Tú déjame probar, responde él, que todavía tenemos la hucha de este libro.

En realidad es una excusa, claro. Extravagante, sí. Pero una excusa para poder volver a dedicarse a lo que le gusta. Sería como esa tesis de doctorado que nunca pudo hacer. Mientras, sobrelleva la escritura de los últimos capítulos del ditirambo. También está con las últimas pruebas de Zumárraga y va mucho a la editorial Jus. A veces almuerza cerca de allí con Mirentxu, o comparten la tarde en su apartamento. Y en alguna ocasión quedan en la cantina con Avellaneda, que va y viene de un lado a otro vendiendo los libros de UTEHA y que acaba de llegar.

—Mira que estás pálido, galleguito —le dice nada más verlo—. Tienes que salir más. Eso no puede ser. Tienes que airearte, divertirte. Unas copas, eso es lo que te hace falta.

—Sí, claro —le dice Mirentxu—. Como tú, que andas siempre de bares y con mil novias, igual que Bartomeu.

Almoina se ríe de pronto con esa salida.

—Yo no soy como Bartomeu, ¿eh? —responde Avellaneda—. Él es de los que se casan varias veces. Y a mí lo que me gustan son las mujeres casadas, que nunca piden nada.

Mirentxu le da una colleja.

—Mira que eres burro, gordinflón —dice Almoina—. Bueno, pues la verdad es que vivo entre la Remington y una bombilla. Literalmente. Y mi problema no es solo el asco que me da ese libro. Es lo que será de mí después. Siempre he tenido pocos encargos de clases. Y a partir de ahora no tendré ninguno.

—Hombre, seguro que pueden encargarte algo en la editorial UTEHA. —A Avellaneda le chispean los ojos—. ¡Qué bueno si te vinieras a trabajar con nosotros! Pregunto y te digo. Sé que están buscando traductores para la enciclopedia de Prampolini y para otros libros.

—Bueno, te lo agradeceré en el alma, amigo. —A Almoina también se le iluminan los ojos.

—El ambiente de la editorial te va a encantar, Pepe. El director es gallego como tú, y el que dirige la enciclopedia es mi amigo Luis Doporto. Y hay mucha gente interesante alrededor. A Martín Luis Guzmán sí que lo conoces, ¿no?

—Claro, del Ateneo.

—Bueno, pues eso, puros amigos.

—¿Y de ti qué me cuentas, poeta? —le pregunta Almoina.

—Pues que estuve otra vez con Galíndez en Nueva York. Está totalmente empeñado en la lucha contra Trujillo.

—Hombre, qué sorpresa —lo interrumpe Mirentxu—. Ya no lee tebeos, entonces.

—Mira que eres maniática, joder —le responde Avellaneda con fastidio.

—Me alegro por él —dice Almoina—. Dale la bienvenida al club.

—Al club de los quijotes, querrás decir. —Avellaneda suelta una carcajada—. Yo prefiero hacer de Sancho, ya sabes, es menos arriesgado.

Finalmente Almoina ha entregado el ditirambo. Parece que al Viejo le ha gustado el libro, o el resumen que le hayan hecho sus cortesanos. El caso es que lo han publicado enseguida. Y luego ha ocurrido lo que ya se sabía: que todos han empezado a retirarle la palabra. A hacerle el vacío. Seguramente eso es bueno para su seguridad, se dice. Pero no se fía. A partir de ahora debe alejarse del todo de la vida pública. Aunque detesta esa extraña sensación de enclaustramiento. De encierro al aire libre, en la inmensidad de esa colmena. De esa ciudad laberíntica. Una ciudad que palpita frenética alrededor de ese caos que es el Zócalo. Más que un centro, una herida. Un tajo. Una foto fija de los restos de una batalla. Para él es una selva donde cualquiera puede ser su enemigo. Es verdad que lo cuidan. Lo avisan de los peligros. Lo protegen. Pero ¿hasta cuándo?

A medida que pasan los meses, las noticias que le llegan se hacen más lúgubres. Y el erizo de su estómago ya parece que nunca duerme. Se remueve furioso cuando se entera de que el Viejo ha hecho matar a Mauricio Báez en La Habana. Es decir, fuera de la República Dominicana. Algo insólito. Dicen que se lo encargó al temible Félix Bernardino. Y un tiempo después, el erizo vuelve a revolverse enloquecido. Porque ha caído abatido por cinco disparos

Requena, el autor de *Cementerio sin cruces*. El boxeador que escribía poemas. Fue en una calle de Nueva York. ¿Cómo pudo ser? Bernardino está también detrás del crimen. Y todo se vuelve más descabellado cada día.

Parece que el viejo chivo ya no teme las sanciones internacionales. Y encima las Naciones Unidas han retirado su recomendación de boicotear a Franco. Lo han hecho a petición de la República Dominicana. ¿Qué está pasando? Lo llaman guerra fría. Y vuelven los sátrapas al tablero. Odría en Perú. Somoza en Nicaragua. El Viejo se siente fuerte otra vez. Se escuda en la caza de brujas y está más encabritado que nunca.

Solo le queda esperar que dure la calma para los suyos y que la vida siga sin él. El hechizo parece estar funcionando. Ya ha ingresado en el mundo de los invisibles y solo es un topo que se mueve entre su estudio y la oficina. No publica nada con su firma. No hace vida social. Solo se dedica a esas traducciones que le ha conseguido Avellaneda. Un trabajo intenso que no está mal pagado y que es un poco secreto, porque su nombre no aparece en la cubierta de los libros. Aún escribe algún artículo, pero sin firma. Para no dar pistas. Su discreción debe ser máxima. Debe aparentar miedo, sumisión. Esos asesinatos marcan un antes y un después en la era de Trujillo. El Viejo está envalentonado, y nadie está seguro en ninguna parte.

¿Cómo sabes que tus amigos no te van a traicionar?, le pregunta un día Pilar una vez más. Qué amigos, si son mis hermanos, le responde Almoina. Pues es que algunos de ellos ni siquiera piensan como tú. ¿A qué te refieres? Pues a qué va a ser. Menudo cóctel. Trotskistas. Conservadores. Socialistas. Republicanos. Bueno, mujer,

tenemos en común las ganas de entendernos. De eso se trata. De las ganas de vivir en paz, aunque pensemos distinto. Y eso es lo único que quiero. Que me dejen vivir en paz. Y desaparecer.

Esa noche, al acostar a Hilaria, Pilar siente hasta qué punto el cuerpo de su madre es ya solo un manojo de huesos. Y hace tiempo que su voz no es mucho más audible que el piar de un gorrión. Pero además en ese momento su respiración se siente agitada. Irregular. Nerviosa. Es muy tarde para llamar al médico, así que se acuesta a dormir con ella para confortarla. Con la luz de la mesita encendida, como a ella le gusta. En realidad no tiene ningún síntoma alarmante, pero está demasiado frágil. Y sentirla ahí respirando, aunque sea como un pajarillo, la tranquiliza. Tiene un presentimiento oscuro. Qué difícil es acomodarse a la idea de que la vida no es para siempre.

Las horas pasan y Pilar no logra dormir, pero se queda acurrucada al costado de su madre en esa cama grande. Como en sus tiempos de soltera, cuando hacían juntas la siesta. Por su cabeza desfilan entonces muchos recuerdos. Sobre todo de cuando era niña y se pegaba a su falda, para ver cómo sus manos laboriosas cocinaban y tejían. Luego se queda mirando las muñecas que decoran la habitación de Hilaria. Y piensa en aquella vez que la vio peinando una muñeca rota que Helena había tirado a la basura. Ella la ayudó a recomponerla y a lavarla y vestirla. Pronto la muñeca estaba ya sobre su tocador, más bonita que nunca, recién remozada. Las niñas se dieron cuenta de cómo le gustaba a su abuela ese juguete y le fueron dejando al lado, poco a poco, otras muñecas. Ya no jugaban

con ellas. Y colocadas allí, en el tocador, acompañaban mucho a Hilaria, que sonreía mirándolas y les murmuraba aquella canción: «Madrugaba el conde Olinos, mañanita de san Juan…».

Pilar recuerda ahora los tiempos en que ella fue una alumna más de su madre, la maestra de tantos niños. Entonces no podía evitar la quemazón de los celos cuando todos aquellos pequeños corrían a besarla al llegar a la escuela. Luego estudió para ser maestra también y compartir las tareas de la escuelita de párvulos que Hilaria tuvo en casa tantos años. Y esa era su vida cuando conoció a José.

En ese momento pasa por su cabeza la imagen de aquel camisón de seda que ella le arregló para su noche de bodas y siente una mordida de melancolía. Qué tiempos felices aquellos. Quién iba a imaginar tantas malas pasadas de la vida. Pero incluso entonces, en los malos momentos, allí estaba ella, ocupándose de todo. Hasta que se derrumbó y pasó a convertirse en una más entre sus hijos. Y luego en un bebé que vuelve poco a poco a su semilla. Sabe que hace mucho que se está yendo con sus pasitos cortos. Cada vez más silenciosa. Siempre sin molestar. Como a ella le gusta.

Al amanecer siente que su madre tiene algunas décimas. Se lo dice a José, que se inquieta también. Después de desayunar llaman al doctor Castro, el mismo que los trata a ellos. Él llega a media mañana y ausculta a la paciente, que sigue adormecida y que continúa respirando con dificultad. Su madre tiene una pequeña infección, les dice luego. Es algo normal en su estado de debilidad. Tiene muchos años. Cualquier cosa puede pasar. Hay que estar preparado para eso. Lo siento.

Pilar se queda demudada. Nunca se está preparado para perder a una madre, le responde con un hilo de voz. Luego reacciona. Y

mientras Almoina despide al médico, ella se acerca al cuarto de Ulises, que ya está preparándose para ir al instituto. Hijo, vete y llama al padre Margarito, le dice. Olvídate de las clases de hoy. Tu abuela está mal. Tiene que venir a darle la extremaunción.

Ulises deja a un lado los libros y sale disparado hacia la iglesia. Sus hermanas deciden que tampoco van a clase. Se turnan para acompañar a Hilaria, que en algún momento abre los ojos, las mira y los vuelve a cerrar. Se la ve tranquila, mientras ellas le hablan. Le cuentan historias, recuerdos de infancia. Le canturrean. Ella vuelve a abrir los ojos. ¿Y Josito?, susurra. Ya viene, responde Lina. Entonces Hilaria se queda mirando un momento las muñecas del tocador. Le resultan alegres, con todos esos vestidos de colores. Están siempre mirándola. Y sonriendo. Y eso le gusta. Luego cierra los ojos de nuevo.

Al cabo de una hora regresa Ulises, solo y muy contrariado. ¿Y el padre Margarito?, le pregunta Pilar. No viene, mamá. Me dijo que si no le pagaba antes, no venía. Yo le dije que se lo pagaría más adelante, y me respondió que no, que tenía que ser ahora. Mamá, ¿te das cuenta? Llevo un montón de tiempo trabajando para él. Ayudándole en todo sin ningún interés. En la sacristía, en la catequesis. El hijo de la chingada, dice, y se le quiebra la voz. Pero enseguida se repone. Quién se imaginaba que fuera tan mala gente. No importa, hijo, le responde Pilar. No lo necesitamos. Tu abuela es una santa, no necesita su bendición para ir al cielo.

Por la tarde vuelve a visitarlos el doctor Castro. Ausculta de nuevo a Hilaria y mueve la cabeza. Se está apagando, dice con semblante sombrío. Después, todos se siguen turnando para acompañarla. Para contarle cosas bonitas. Para que no esté sola en ningún momento. Y

lo mismo el día siguiente, y el otro. Hasta que la madrugada del domingo, mientras Pilar dormita a su lado, la respiración de Hilaria se detiene para siempre. Cuando solo pueden verla los ojos insomnes de todas sus muñecas.

40

Un pacto fáustico

Tras la muerte de Hilaria, la casa se sume en un raro silencio. Todos hablan en voz baja sin saber por qué. Tal vez para no alterar más a Pilar, que está llorosa y ausente. Ella se tumba a ratos en la cama de su madre para sentir su olor todavía. Como si estuviera aún ahí, con su respiración pausada, de niña. O intenta ocuparse para no pensar. Pasa horas reordenando el armario y sus gavetas, o viendo fotos antiguas. Y cada domingo le lleva un ramillete de flores al cementerio.

Almoina la suele acompañar allí y también piensa mucho en Hilaria. Fue para él casi una segunda madre. Y cada madrugada le parece estar oyendo aún su arrastrar de zapatillas. Ese bisbiseo que acompañó sus noches durante tantos años. Lo mismo que aquellos cafés que le dejaba en la esquina de la mesa sin que él se diera cuenta. Los dos se entendían bien en sus códigos silenciosos. Su ausencia es ahora como una puerta condenada por donde no puede entrar. Pero está siempre ahí. Oscura. Misteriosa.

Mientras, se ha incorporado plenamente a ese trabajo que le consiguió Avellaneda en la editorial UTEHA. Le gusta su nuevo oficio de traductor. Le permite interpretar el papel de hombre invisible en

la gran colmena. Aunque la vida que lleva lo tiene medio ciego. Ya no sabe de cuántas dioptrías son sus gafas. Sin ellas no es nada. Pero se siente allí como en casa. Está Luis Doporto, el amigo de Avellaneda. Y también don Agustín, el sabio bibliógrafo que se encarga de la sección de literaturas hispánicas. Suele estar hundido en su melancolía y sus recuerdos, y en la nube de humo de sus cigarros. Pero se entiende bien con él. Están también otros dos traductores, Carlos y José. Entre los tres traducen la *Historia universal de la literatura* de Santiago Prampolini. Una obra tremenda, con muchos tomos. A veces aparece al final de la tarde Martín Luis Guzmán, siempre con sus formas antiguas. Cordial. Atento. Elegante. Y otras veces pasa por allí el huracán Avellaneda. Como ese día que llega de Nueva York y se le ve tan nervioso. Almoina hace un descanso y se levanta para ir a tomarse algo con él en el cuarto de la cocina.

—Cuéntame novedades, Avellaneda, que soy un topo y apenas sé nada del mundo. Y déjame que te haga un té, es lo único que tomo ya. Tengo el estómago hecho un asco —le dice mientras pone agua a calentar.

Su amigo se sienta cerca de él, sin dejar de moverse y gesticulando mucho.

—Pues te cuento que he visto a Galíndez, Pepe. Joder, no sabes cómo anda. Está angustiado. Dice que lo persiguen, que teme por su vida. Que tiene todo el tiempo a un tipo cojo detrás de los talones y a una mujer que va con él. Que se los encuentra rondando alrededor de su apartamento y también en la universidad. Está en un sinvivir, ya sabes lo obsesivo que es, además.

Almoina lo escucha tenso, pero intenta aparentar calma. Mientras, su erizo vuelve a remover sus púas con fuerza en su tripa.

—Bueno —le responde—, es verdad que se está arriesgando al escribir contra el Viejo. Pero Jesús es profesor en Columbia, ¿no? Siempre me pareció muy seguro allí.

—Es que las cosas han cambiado desde hace tiempo, joder —le responde el poeta—. Mira lo que le pasó a Requena, el crimen fue en Nueva York.

—Ya —le corta Almoina con sequedad. Tiene el corazón acelerado, pero sigue intentando aparentar serenidad—. Bueno, gordinflón, lo que no entiendo es que después de eso Galíndez se esté empeñando en el ataque frontal. Es temerario, ¿no? Debería usar un seudónimo. O hacer las cosas secretamente. Está provocando al Viejo, lo suyo es casi un suicidio, de verdad que no lo entiendo.

Avellaneda baja los ojos y asiente con el gesto.

—No le pidas discreción a Jesús, Pepe. Es que tiene razón Mirentxu, es demasiado vanidoso para eso.

—Pues que tenga cuidado, carallo, que con el Viejo nadie está a salvo —responde Almoina contrariado.

—Sí, eso le digo, pero ya lo conoces. Es un cabezón. Está empeñado en acabar su tesis sobre Trujillo y además publicarla en varios países. —Avellaneda no deja de moverse y de retorcerse las manos—. ¿Y tú cómo andas, Pepe?

—Pues desbordado con las traducciones —responde Almoina, sirviendo ya el agua en una tetera y añadiendo tres cucharadas de té—. Trabajo no me falta. Y conseguí acabar mi libro sobre Díaz Mirón, para el concurso que te comenté. Fue un trabajo tremendo, pero al final solo me dieron el primer accésit, que no incluía ni

retribución ni edición. Ahora quiero publicarlo por mi cuenta, aunque no sé de dónde voy a sacar el dinero. Y antes me gustaría ir a La Habana a consultar unos archivos. A buscar unos poemas perdidos que estoy seguro están allí. No quiero sacar el libro sin ver eso antes, pero no tengo un duro.

Avellaneda se queda un momento pensativo.

—Entonces, Pepe, lo que me decías de buscar traductor al inglés para tu *Satrapía* supongo que tendrá que esperar, ¿no? Mira que ya estuve haciendo gestiones en Nueva York con Galíndez.

—No, poeta, eso se mantiene. En cuanto consiga dinero nos ponemos con eso otra vez. Pero ahora no puede ser. Estoy sin un céntimo. Hasta intenté vender mi edición príncipe de Erasmo en Princeton, a través de Llorens. Pero nadie lo quiso comprar. Mala suerte.

Durante los días siguientes, mientras trabaja con sus diccionarios en la editorial, Almoina piensa mucho en lo que le ha contado Avellaneda. Y siente un estremecimiento cuando Luis se acerca a su mesa y le dice: te llaman de la embajada dominicana. Él lo mira con un gesto entre cansado y desconfiado, porque se espera cualquier cosa. Luego se acerca a su despacho con paso lento y el corazón agitado y responde al teléfono.

Es Brea Messina. Le dice que quiere verlo urgentemente. Recalca esa palabra: ur-gen-te-men-te. El corazón le da ahora un brinco. Brea siempre lo alerta cuando huele peligro. Y su voz ha sonado sombría. Así que deja todo lo que estaba haciendo y sale enseguida a tomar un autobús que lo acerque a la embajada. Brea lo recibe

sentado en su butaca, frente a ese escritorio que tiene lleno de fotos de su mujer y sus dos hijos.

—El Jefe anda nervioso hace tiempo —le dice nada más verlo, con su pulcro acento antillano—. Anda, siéntate, Pepe, y hablamos.

—De eso me he dado cuenta —responde Almoina, sentándose frente a él—. Ya van dos asesinatos fuera de la isla. Por fortuna no ha llegado a México, pero no me fío.

—Bueno, ahora anda obsesionado con Galíndez —dice Brea, y el erizo vuelve a removerse en el estómago de Almoina—. Parece que está haciendo campaña contra él en Nueva York. Y que le está dedicando una tesis doctoral, nada menos. El Jefe está colérico, ya te puedes imaginar.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo, Ramón? Yo ya cumplí con él.

—Bueno, dice que quiere reeditar en inglés ese libro laudatorio que le hiciste. Para contrarrestar el efecto de lo que diga Galíndez. Tiene lógica, ¿no?

Almoina lo mira apesadumbrado.

—Qué pesadilla, Ramón. Mira, si él quiere reeditarlo, tú ya sabes que no me puedo negar. Estoy cautivo.

—Dice que va a pagarte los derechos. —Brea habla con los ojos bajos ahora.

—Claro, solo faltaría. Me vendrá bien. Estoy de deudas hasta el cuello.

—Hay algo más, Pepe. —El embajador lo mira ahora a los ojos.

—Siempre hay algo más con el Viejo.

—Sí. El caso es que quiere que medies con Galíndez. Que lo convenzas de que abandone el proyecto. Y que le lleves plata de su

parte para comprarle el manuscrito de la tesis. Que le pidas que les ponga precio a esas páginas.

Mientras escucha esas palabras, el rostro de Almoina enrojece y una vena asoma en su sien.

—Eso jamás.

—Ofrece cincuenta mil dólares para él. Y para ti, otro buen pellizco. Yo solo cumplo con transmitirte el mensaje.

—¡Dile que jamás de los jamases! —insiste Almoina con irritación.

—Bueno, me lo imaginaba. Te tendré al tanto. Pero sabes que es una de sus pruebas. Te la estás jugando.

—Ya lo sé y te agradezco tus palabras. ¡Qué difícil escapar de sus tentáculos! Mefistófeles me concede otro tramo de vida a cambio de mi alma, ¿no? —La voz de Almoina se hace burlona, sarcástica—. Pero todo tiene un límite, Ramón. La respuesta es no.

—¿Y lo de la traducción de *Yo fui secretario de Trujillo*?

—Ahí estoy atrapado. Aunque yo me negara, él podría publicarlo. ¿Quién se lo iba a impedir? Que haga lo que quiera. Pero que pague. Se me ocurren cosas interesantes que hacer con ese dinero. —Almoina piensa por un momento en su plan de editar en inglés la *Satrapía*—. Para empezar, me podría pagar un viaje a Cuba. Necesito consultar unos documentos antes de cerrar mi libro sobre Mirón.

—¡Cuba! Eso suena bien. Una última cosa, Pepe. Y esto no te va a gustar nada: el Jefe dice que tienes que cobrar el dinero en Ciudad Trujillo.

—¡Ah, eso sí que no, Ramón! —Almoina vuelve a alterarse, y siente que la cabeza le va a estallar—. Allí no pienso volver jamás. Dile que el contrato tenemos que arreglarlo aquí.

Algún tiempo después lo vuelven a llamar desde la embajada. Ahora no es Brea el que le habla, sino un nuevo embajador, de apellido Sanz. Le pide que acuda cuanto antes a recoger una carta que ha llegado a su nombre. Almoina sale disparado hacia la legación dominicana, donde Sanz le hace entrega de un sobre. Dentro hay una página manuscrita y firmada por Brea, que él lee enseguida.

Su amigo le dice ahí que ahora está destinado en la embajada de La Habana, pero que el plan se mantiene. Que lo espera allí para formalizar el contrato del que han hablado y hacerle el pago. La mitad antes de salir el libro y la otra mitad después. Almoina se queda perplejo.

—No entiendo por qué no puede hacerse el arreglo aquí —dice, extrañado.

—Yo no sé nada de eso —responde displicente el nuevo embajador—. Pero le podemos conseguir una visa de la embajada cubana en México, para que pueda ir a esa cita. Eso es todo lo que puedo decirle.

Almoina regresa a la editorial rumiando la idea. Todo le resulta raro. ¿Qué hacer? Cuando se lo dice por la noche a Pilar, ella no tiene ninguna duda.

—No vayas —le dice con voz severa, mirándolo fijamente.

—Pero Brea es mi amigo. Mi cómplice. Tendrá algo importante que decirme.

—Me parece un disparate, José. ¿Y si es una trampa?

—¿Y si no lo es? Brea no me citaría si no es por algo importante. Nunca me ha fallado y yo confío en él. Ha salvado ya a unos cuantos, ¿sabes? Está claro que me tiene que decir algo confidencialmente. La carta viene de su puño y letra. Y necesitamos

ese dinero. Estamos ahogados por las deudas. Además, quiero reeditar la *Satrapía.* Y publicar mi libro sobre Díaz Mirón.

—José, eres un loco. Un insensato —responde Pilar, irritada—. ¿No ves que es peligroso?

—Peligroso es llevarle la contraria al Viejo, ¿es que no lo entiendes? Ya es bastante que me haya negado a ayudarle contra Galíndez. Además, tengo otra razón para ir. Una razón personal.

Pilar lo mira con un rictus de amargura.

—Hoy no estoy para confesiones íntimas —responde, huidiza—. No me interesa lo que tengas fuera de casa. Ya tengo bastante con mi imaginación.

—Mujer, no digas tonterías. Es una razón que vas a entender mejor que todo lo demás. Quiero consultar los archivos cubanos. Estoy seguro de que hay allí poemas de Díaz Mirón inéditos. —El rostro de Almoina se ilumina de pronto—. Mejor dicho, que no están publicados en ninguna de las ediciones diazmironianas. Y quiero incluirlos en mi libro. Es lo único que me falta para poder darlo por terminado.

—No tienes remedio, José —dice ella con tono resignado—. ¿Y por qué Brea no te ha hablado personalmente? Un telefonazo habría sido lo más normal, para despedirse y comentarte todo.

—No lo sé. Ese es el gran enigma. Y yo tengo que leer entre líneas. El caso es que quiere hablar conmigo. Algo importante me tendrá que decir. Si voy, no correré peligro. Sigo siendo un testigo protegido y sigo siendo útil como informante del Gobierno mexicano. Ya me llevaron a La Habana una vez, cuando declaré para la OEA. Yo confío en ellos. Confía tú en mí.

—En ti, sí. En ellos, no confío —responde Pilar recelosa—. Pero adelante. Solo te pido que esperes a que pasen las Navidades. Ya falta poco. Son días familiares. Concédeme eso al menos.

Almoina asiente. Es verdad que las Navidades siempre fueron un ritual en casa. Nunca han perdido la costumbre de montar el belén juntos. Y también se suman a las costumbres navideñas mexicanas. Con todos esos vecinos pidiendo posada los días previos a la Nochebuena. Cantando las letanías del peregrinaje de José y la Virgen antes del nacimiento de Cristo, con ese acompañamiento de velas, ponche y piñatas. Leticia es cantarina y no para de tararear esas letras. «Venimos rendidos desde Nazaret. Yo soy carpintero de nombre José», canturrea, y ella sola se responde: «No me importa el nombre, déjenme dormir, pues ya les digo que no hemos de abrir».

En cuanto pasa el día de Reyes, Almoina vuelve a pensar en el viaje a Cuba. En Gobernación le han dicho que no tome ningún vuelo directo. Y que nada más llegar a La Habana, se presente en la legación mexicana. Entonces decide hacer el viaje a través de Veracruz y Mérida. Un rodeo descomunal. Pero es necesario, por seguridad. Allí se alojará en el hotel Regis, en Prado y Colón. Es lo que le han indicado. Y por supuesto comunica su viaje a la red de sus hermanos en la sombra. Al fin podrá buscar esos poemas en el Archivo de la Ciudad, en la sede del ayuntamiento. Y dar por terminado ese libro y publicarlo. Acaricia ese sueño. Revisa ahora sus apuntes sobre la biografía de Mirón, su exilio allí y las revistas con las que colaboraba. Será como buscar una aguja en un pajar, pero esa tarea detectivesca siempre le resultó adictiva.

Mientras, Pilar le prepara un equipaje mínimo.

—Que te laven las camisas en el hotel —le dice muy seria—. Con tres tienes suficiente. Y la ropa interior te la lavas tú mismo en el lavabo, van solo tres mudas. Ojalá te quedes pocos días. Y a ver si es verdad y al menos te pagan.

—Pero ¿pretendes que solo lleve eso? —Almoina está un poco perplejo—. ¿Y si se alarga el viaje?

—No sé, tengo la sensación de que con poco equipaje tendrás menos tentación de quedarte mucho tiempo. Es una tontería, de acuerdo. Pero tengo otra vez aquel temor de cuando te fuiste de Benavente para no volver.

41

Los viles

Durante el vuelo, Almoina sigue barajando mil posibilidades sobre ese encuentro. Si Brea está destinado ahora en La Habana, no debería ser extraño que lo cite allí. Es él quien lleva la gestión de lo suyo. Pero presiente que algo importante tiene que decirle su amigo. ¿Qué puede ser? Tal vez quiere alertarlo de algún nuevo peligro. Él no debe preocuparse, sigue disfrutando de protección especial, se dice para tranquilizarse. Además, le va a venir bien pasar unos días cerca del mar. Es bueno para su hipertensión. La verdad es que cada día está más fastidiado de salud. Luego están las razones personales. No solo la búsqueda de esos poemas. También volver a pisar la tierra de sus mayores. De la abuela Lucrecia, que nació en Puerto Príncipe. Algo dentro de sus venas lo empuja a ir allí.

Al llegar al aeropuerto de La Habana toma un taxi que lo lleva directamente al hotel Regis. Allí se queda un momento contemplando la planta baja porticada. Y las vitrinas con arabescos *art nouveau* del piso principal. Qué hermosa La Habana, se dice. Sigue tal y como la recordaba. Lástima no poder pasear por la ciudad vieja tampoco en esta ocasión. Debe tener máximo cuidado.

Además, sabe que todo está muy revuelto en la isla desde los últimos levantamientos contra Batista.

En cuanto llega a su cuarto telefonea a la embajada mexicana. Enseguida le envían un auto que lo recoge en el hotel y lo lleva a la sede, donde lo recibe personalmente el embajador. Es un hombre elegante, y su tez morena contrasta con los colores claros de su traje, camisa y corbata.

—Bienvenido, señor Almoina —le dice, estrechándole la mano, con expresión seria—. Tenemos la misión de protegerle, así que tendrá un carro con chófer y escolta todo el tiempo.

—¿No es un poco exagerado andar con guardaespaldas?

—No, no es nada exagerado. Tenemos la instrucción de velar por usted. Por si no lo sabe, el mes pasado estuvo aquí Bernardino, el embajador dominicano en Caracas. Por fortuna ya se ha ido. Supongo que le suena ese nombre.

Almoina siente al oírlo un escalofrío repentino en todo el espinazo.

—Claro que me suena, es el asesino de Báez y Requena. —En la mandíbula se le dibuja un rictus de tensión—. ¿Seguro que ya se ha ido? No me esperaba esa noticia, la verdad. Porque eso significa que estaba en La Habana cuando me invitaron a venir. Aunque yo demoré el viaje por las Navidades.

—Pues venía armado y con un grupo de pistoleros bastante ruidoso —le responde el embajador con su voz grave—. La cancillería cubana protestó ante la dominicana. Y sí, ya se ha ido, se lo aseguro.

—Benditas Navidades —musita Almoina.

De pronto le resulta grotesco ese viaje. Qué razón tenía Pilar, se dice, mientras empieza a ver la sombra del Chacal por todas partes.

Desde esa misma oficina llama a la embajada dominicana para avisar de su llegada. Y luego se acerca con sus escoltas en el vehículo oficial. Se queda petrificado al encontrarse allí a Julio Vega, al que le dedicó críticas feroces en su libelo, llamándolo degenerado y servil.

—¿Y Brea? —pregunta sin poder disimular su incomodidad.

—Ahora no está aquí, pero vendrá muy pronto —responde Vega con una frialdad impenetrable, desconcertado también al verlo entrar con dos guardaespaldas—. Dinos en qué hotel estás y te llamamos en cuanto llegue.

Almoina no sabe qué hacer ni qué pensar. Le deja a Vega sus señas y vuelve a irse en el coche de la embajada mexicana. Al menos podrá ocuparse del poeta Díaz Mirón mientras espera. Decide encerrarse en el Archivo de la Ciudad a trabajar. Pero pasan los días sin encontrar lo que busca y sin que aparezca Brea. Suele almorzar en el Centro Gallego, y encuentra tiempo para visitar el Colegio de Belén, donde trabajó Díaz Mirón como maestro. Y hasta se permite buscar aquellos helados de mamey, níspero o guayaba que la otra vez lo devolvieron a la infancia. Pero Brea sigue sin aparecer.

Cuando ya lleva una semana en la ciudad empieza a desesperarse. Porque continúa sin encontrar los poemas y sin poder ver a su amigo. Ya solo tiene ganas de abandonarlo todo y regresar, antes de que se le agoten los pocos pesos que le quedan. Mientras revisa en el Archivo la vieja revista *El Fígaro*, decide que ese es su último día allí. Le apena volver de manos vacías, y sobre todo sin saber del paradero de Brea. Pero no puede hacer más.

Al pasar con cuidado esas páginas antiguas, se distrae pensando que tienen casi la misma edad que él. Y también que al salir de esa

sede irá directamente a la agencia para sacar el billete de vuelta. Y es entonces cuando ocurre el milagro. Porque ante sus ojos aparecen, como una revelación, esos versos que buscaba. Siente una explosión de cosquillas en el pecho y sonríe como un iluminado. Entonces lee con atención el poema que tiene frente a él, titulado «Los viles». Y enseguida se aplica a copiarlo, meticulosamente:

Lenguas mordaces de acerada punta
víboras sois que el cenagal anida;
la ciega envidia en el rencor os junta
y a la difamación la ira os convida.

¡Difamad, difamad, pero en el suelo!
Lo vil, lo ruin, del suelo jamás sube:
no mancha nunca el esplendor del cielo,
no empaña nunca el ala de un querube.

Bien están los castillos en la altura,
y en los bosques sin término las palmas,
el inmundo lagarto en la hendidura
y la eterna bajeza en vuestras almas.

Qué irónico el destino, que le trae esos versos en ese preciso momento. Para recordarle a los infames. Un poema formidable, además. De pronto ha cobrado un sentido ese viaje delirante. El único problema es que tendrá que regresar sin un céntimo en los bolsillos. Pero aún cree que ha hecho bien en ir a Cuba. No solo por ese hallazgo. También porque no ha dado razones a Trujillo para

encabritarse más aún. Lo conoce bien. Aceptar la reedición del ditirambo era una especie de declaración de lealtad que el Viejo le estaba pidiendo. Aunque ya le ha quedado claro que buscaba otra cosa.

Ahora solo resta pensar en el regreso. Sin embargo, le preocupa el silencio de Brea. Por teléfono le siguen asegurando que vendrá, que tenga paciencia. Que está al llegar, que no se vaya. No entiende qué puede haber ocurrido. El amparo de la embajada mexicana lo hace sentir seguro. No lo dejan ir solo a ninguna parte. Aunque no puede permanecer ahí más tiempo. Al menos ha encontrado esos versos perdidos. Ahora su libro estará completo y podrá publicarlo. Y solo debe pensar ya en preparar su mínimo equipaje para el regreso. Sale a la terraza de su cuarto, que está en un segundo piso y da a la arboleda de Prado. Respira ese olor denso, indefinible, íntimo, que tiene La Habana. Y en ese momento oye de pronto unos golpes muy fuertes en la puerta.

—¡Abra! ¡Es la policía!

El corazón se le desboca. ¿La policía de Batista viene a detenerlo? Pero ¿por qué? Le laten las sienes y siente un repentino dolor de cabeza. Otra vez la maldita tensión, se dice. Ahí en Cuba, al nivel del mar, se había sentido hasta entonces mucho mejor que en México. Pero de pronto le ha caído encima su enfermedad como una losa en el cráneo. Su imaginación se dispara. ¿Será la policía de verdad? ¿O un truco para atraparlo? Se suponía que dentro del hotel estaba seguro. Hay en el edificio infinidad de testigos. Pero ahí no tiene a los escoltas mexicanos. Está solo. Completamente solo. Y detrás de esa puerta hay unos individuos que dicen ser policías. Eso en Ciudad Trujillo podía significar la muerte. Pero está en Cuba. La Cuba de

Batista, de acuerdo. Pero incluso así no es lo mismo. No es comparable. No, no puede pasar nada, piensa. Debe serenarse. Muchos en el hotel estarán escuchando lo que ocurre ahí en ese momento.

Se dirige a la puerta y abre suavemente. Dos hombres uniformados lo saludan con fría cortesía. Él pone cara de póquer e intenta fingir calma. Tenemos orden de registrarlo todo, dice el más corpulento. Y de llevarlo a usted a la comisaría, está detenido. ¿Por qué?, pregunta Almoina atónito. Porque hay una denuncia contra usted. Lo acusan de ser un agente subversivo. Pero ¿quién me ha denunciado? No pregunte tanto y dese prisa, le responde el policía.

Él protesta. Intenta ganar tiempo. Miren, esto es un error, puedo demostrar todo lo que he hecho estos días, dice, nervioso, señalando sus papeles. Soy profesor en la Universidad Nacional Autónoma de México y tengo el amparo de la embajada. He venido para hacer un trabajo de investigación sobre el poeta Díaz Mirón. Tengo pruebas, déjenme que las lleve. De acuerdo, le dice el otro policía, que tiene la piel como picada de viruela. Pero dese prisa, tiene que acompañarnos. Nosotros solo cumplimos órdenes.

Almoina recoge los papeles que están dispersos sobre la cama y la mesa. También las copias de los poemas de Díaz Mirón. Los guarda en su cartera de cuero y los sigue. Una vez en la comisaría, lo llevan ante el jefe de policía, que fuma tranquilamente un habano detrás de su escritorio. Desde el primer momento le parece un tipo razonable y de buen carácter. Le inspira confianza.

Mire, aquí está todo, repite. Mi pasaporte mexicano en regla y las pruebas de los lugares que he visitado. El Archivo de la Ciudad. El Colegio de Belén. El Centro Gallego. Soy gallego hijo de cubana.

Imagínese, cómo no voy a pasar por allí. El comisario lo mira con cierta simpatía y sonríe, tranquilo. Aquí están los documentos, insiste Almoina. Le puedo nombrar a toda la gente que he visto. Profesores, archiveros, en fin.

El comisario lo escucha mientras va estudiando esos papeles. Todo está en regla, responde al fin. No sé qué habrá pasado. Parece que esto ha sido un error lamentable. Pero tenemos que hacer las debidas diligencias. ¿Puedo hacer una llamada a mi embajada?, pregunta Almoina. Sí, claro que puede, amigo. Pero debe quedarse un buen rato aquí. Hay que comprobar todo, ya le digo. Lo siento, tenga paciencia.

Aunque ya es muy tarde, Almoina logra contactar con el embajador y le cuenta lo ocurrido. No se preocupe, le responde él enseguida. Nos ponemos en marcha ahora mismo. Le recuerdo que usted es un ciudadano mexicano con pasaporte diplomático. Está protegido. En cuanto lo liberen lo recogemos directamente en la comisaría para llevarlo al aeropuerto y que tome el primer avión, siempre custodiado. Debe irse cuanto antes de la ciudad. Pero qué pasa, pregunta Almoina. Luego le digo, responde enigmático el embajador.

Mientras los oficiales de turno redactan el informe, Almoina sigue retenido en una pequeña sala donde hay algunas sillas. Se desespera por salir de ahí y mira el reloj a cada momento. De pronto se siente agotado. Con un cansancio de siglos encima de los hombros y de los párpados. Como si al liberarse de la tensión se le hubieran aflojado todos los músculos. Tiene ganas de recostarse, aunque no ve la manera. Entonces cierra los ojos, abrazado a su cartera. Ahí están los versos de Díaz Mirón y eso le conforta. El viaje

ha valido la pena, se repite. Mantiene los ojos cerrados, pero, por supuesto, no logra dormirse. Su cabeza es una olla a presión. Sí, debe ir al aeropuerto. Pero antes quiere pasar por el hotel. Quiere sus camisas. O Pilar pondrá el grito en el cielo.

Al fin entra en la sala un oficial que le indica que ya puede irse. Que disculpe lo ocurrido. Que no se explican qué ha pasado. Y que los de la embajada mexicana lo esperan en la puerta. Que si antes quiere tomarse un café.

A Almoina le sigue doliendo mucho la cabeza. Está entumecido y acepta el ofrecimiento con un gesto. Por favor, con poco azúcar, murmura. El agente le sirve el café de un termo en una taza de cristal. Y él se lo bebe de un trago. Está muy bueno, le dice con una sonrisa. Siente como si la sangre volviera a correr por sus venas. A activar sus sentidos. A regar su cerebro.

Al salir, la luz incisiva de ese amanecer de febrero lo deslumbra. Luego distingue al embajador, sentado en el asiento trasero del auto hacia el que están avanzando. El chófer está fuera fumando un cigarrillo, y al verlo lo apaga y se apresura a abrirle la puerta. Buenos días, señor Almoina, le dice.

En cuanto entra en el auto, el conductor arranca. Lo llevamos directamente al aeropuerto, le espeta el embajador muy serio. Pero ¿qué pasa?, pregunta Almoina contrariado. Me gustaría pasar por el hotel a recoger mis camisas.

Olvide sus camisas, amigo, responde el embajador sin mirarlo. Resulta que hemos detectado alrededor de su hotel al Muñeco. ¿Y ese quién es?, dice Almoina perplejo. ¿No le suena Arnaldo Marqués? Almoina niega con la cabeza. Pues es un tipo de cuidado. Uno de los pistoleros más cotizados de La Habana. No le deseo un

encuentro con él. Esa misteriosa llamada a la policía le ha salvado la vida. Puede estar seguro. Parece que tiene aquí algún amigo secreto. O algún ángel que lo cuida.

Almoina se queda sobrecogido. Entonces alguien lo ha salvado con esa denuncia providencial, que ha traído a la policía a su lado y ha espantado al Muñeco. Pero quién. Alguno de sus hermanos, seguramente. El auto avanza a toda velocidad por la carretera. Y él piensa de nuevo en el pobre Requena. Vuelve a imaginarlo yerto sobre un charco de sangre, con cinco balas en el cuerpo, en la avenida Madison de Nueva York. Parece que querían repetir la operación con él. Negra sombra, piensa. Funesto Bernardino. Lúgubre como un buitre anunciando muerte. Visto ahora, qué disparatado ese viaje suyo a La Habana. Pero es verdad que un no a Trujillo es como firmar una sentencia de muerte. De todos modos, se ha negado a mediar con Galíndez. Y sabe que eso no se lo va a perdonar.

La luz de los días

México secreto
1954-1960

42

Dios y Kafka

Un ciprés solitario, eso soy, piensa Almoina mientras intenta en vano conciliar el sueño. Un ciprés con olor a muerte, anclado en una tierra breve de la que no se puede mover. Rodeado de cruces y de tumbas. Mirando al cielo en mitad de la noche. O buscando el cielo que no puede ver. Buscando a través de una ventana. Si al menos fuera una xanela, todo sería distinto. Si fuera una xanela, detrás tal vez habría orballo, lume, una carballeira. No puede ver su patria pero puede soñarla ahí, en ese pedazo de tierra. En ese nuevo cuarto, casi como un nicho, de ese apartamento 7 en el número 377 de la calle Puebla. Una celda perdida en esa gran colmena que es México. Sigue ahí con sus traducciones y ha comenzado un nuevo libro sobre la historia de la danza. ¿Y eso de la danza por qué?, le pregunta Pilar. Pues por qué no, responde él. Con algo tengo que entretener mi cabeza, ¿no?

Mientras hiberna en su madriguera, rodeado de libros y papeles, recuerda una y mil veces la madeja de aquellos días cubanos. No logra desentrañar el sentido de todo aquello. El orden de las piezas de ese rompecabezas. Es claro que era una trampa. Pero no entiende qué papel jugaba su amigo Brea. Y sigue temiendo por él.

Recuerda su llegada a casa, de regreso, sin equipaje. Al abrir la puerta se le acercó Leticia a darle un beso, y luego sus hermanos. Pilar estaba en la cocina y apareció después, cuando él ya se encontraba en su estudio ordenando los documentos que llevaba en el maletín. Estaba muy seria, como traspuesta. Él la abrazó. Vengo sin camisas, le dijo. Si vieras, una pesadilla lo de Cuba. Casi no lo cuento. Ella lo estrechó y suspiró hondo, sin decir nada. Estaba preocupada, musitó. Luego te cuento por qué. No, meniña, dime ahora. Dime qué te pasa, insistió él, alarmado. Ella bajó la voz. Pues es que Lina vio anoche a un hombre atisbando por la ventana de la cocina, y no supe qué hacer.

Almoina dio un respingo, y en un momento volvió a sentir el mazazo de la barra de hierro en la nuca. Ya no controlaba las emociones como antes. Qué díscolo, el corazón. Hacía tiempo que protestaba por todo, y no había quien pudiera con él. ¿Cómo era ese hombre, Pilar?, le preguntó con semblante grave. Pues apenas había luz, no te sé decir cómo era. Pero sí que estaba ahí. Apagamos las lámparas y nos quedamos muy quietas, atentas, durante mucho rato. Entonces volvió a aparecer esa cara morena en la ventana. Yo también lo vi, José, no fueron imaginaciones de Lina. Pero ¿habéis dado algún aviso a la policía? No, ya te digo que no sabía qué hacer. Almoina se quedó un momento en silencio. No te preocupes, Pilar, ahora mismo lo notifico a Gobernación. Creo que tendremos que pensar en mudarnos una temporada, dijo, mientras sentía en su oído el sibilar de la sierpe, cada vez más cerca.

Ha pasado mucho tiempo desde aquel día. Y en ese apartamento mínimo de la calle Puebla se empeña en recordar. En atar los hilos para comprender lo que ocurrió en Cuba, mientras intenta ocuparse con sus libros y diccionarios. Traduciendo siempre. Ya no da ninguna clase. Nada de reuniones en el Ateneo. Ni de conferencias. Ni de cenas con amigos. Esa vida quedó en el pasado para siempre. Ahora vive escondido al sur de su casa, en Roma Norte. Todo parece en calma ahí fuera. Y al fin empieza a respirar tranquilo.

No logra entender del todo por qué le tendió de pronto una trampa el Chacal, después de esos años de calma. De aparente olvido. Aunque sabe que puede esperarse cualquier cosa de él. Hace tiempo que está matando a sus anchas. Y qué pueden esperar ya los refugiados, se dice. Si hasta Eisenhower se pasea con Franco, y Trujillo es recibido por el papa y por el Caudillo. Los ha visto en la prensa dándose abrazos efusivos. Intercambiando condecoraciones. Y sus pesadillas han vuelto. En ellas, los dos generales avanzan por un camino blanco como de azúcar. Pero no es de azúcar, sino de huesos molidos. Huesos triturados. Huesos que crujen mientras ellos se intercambian bicornios emplumados y huevos de serpiente. Ten mucho cuidado, que no se rompan, le dice el Chacal al Caudillo mientras le entrega un cesto enorme lleno de huevos. Algunos ya están abiertos y desde dentro salen culebrillas que viborean por sus brazos. Mientras, los cráneos se van convirtiendo en una arena muy blanca, nacarada. En una playa larga. Esto es una playa virgen, dice el Chacal. Mira, qué belleza. De pronto la arena se empieza a teñir de rojo. Como un terrón de azúcar al mojarlo en vino tinto. Y Almoina despierta.

Abre los ojos, sofocado. Y se encuentra otra vez el ventanillo de su alcoba de la calle Puebla. A su lado, Pilar duerme. Qué tibieza la suya. Mientras, el tiempo sigue goteando en su reloj de agua. En ese cielo que se desploma algunos meses del año y hace de todo una fantasmagoría. Un paisaje subacuático. Ruidoso. Húmedo. Soñoliento. Cada gota de lluvia, como cada segundo de vida, es un regalo. Una prórroga, desde que el Viejo se encaprichó con él. Piensa en ese coleccionista de cerebros. Ese esclavizador de muertos vivientes que vive en una cárcel rodeada de agua. En el noveno círculo de ese embudo pútrido del infierno. Desde allí, todos los caminos son una breve ruta hacia la muerte. Una muerte temprana, precoz, anunciada. Porque la sierpe no descansa. Ronda y ronda sin parar. Arrastrándose. Sibilando. Esperando el momento preciso para inocular su veneno a traición. Qué lejos y qué cerca se le hace aquella tela de araña de Ciudad Trujillo. A veces le parece que no ha salido nunca de allí. Dios y Kafka, debían rezar aquellos luminosos.

En sus pesadillas también aparece Félix Bernardino, el pistolero que lo esperaba en la emboscada habanera. Cuentan que antes fue saxofonista. Quién iba a decirlo. Músico y líder de los tenebrosos Jinetes del Este. Su pandilla de matones. Cuántas cosas han pasado en esos meses. Dicen que Bernardino está sembrando el terror entre la Resistencia. ¿Le tocará a él ser su verdugo? Todo se vuelve noche, más oscura cada día. Vuelve a mirar los ojos dormidos de Pilar. Su respiración es densa desde que toma esos somníferos. Luego se levanta, quiere seguir avanzando con su Remington. Al Viejo no le conviene un crimen en el extranjero, se dice para tranquilizarse. Pero parece que últimamente todo le da igual. ¿Será por la edad?

No deja de darle vueltas a la cabeza. Le cuesta mucho concentrarse desde el día que regresó de Cuba. Por supuesto, no debe volver a pisar La Habana. Todos saben que es un nido de pistoleros. Aunque en realidad están por todas partes. También ahí, seguramente. No debe ni siquiera moverse por la ciudad. No debe confiar en nadie. Porque en México las cosas también han cambiado mucho. Los de la Resistencia le han avisado de que cada vez hay más mercenarios en la policía. Tiene que tener mucho cuidado. Sin embargo, son los de Seguridad los que le alertan de los peligros. ¿A quién creer? Sus hermanos le comunican cada novedad, con su red invisible. Pero ¿hasta cuándo?

El mundo está volviéndose demasiado inhóspito. Y qué puede hacer él contra todo eso. Solo le queda esperar. Mientras, imagina la muerte de mil maneras. Un accidente. Un disparo. Eso sería una buena muerte. Sin pasar por las manos de su verdugo. Pero no quiere morir todavía. El Chacal no puede vivir eternamente, se repite. Y él aún quiere hacer muchas cosas. Escribir nuevos libros. Apurar la copa hasta la última gota posible. No puede quitarse esa obsesión. Sueña con peces y criaturas abisales que mastican su carne frente al matadero. Y se entretiene otra vez con aquella costumbre juvenil de escribir versos, aunque no se los muestra a nadie:

Seré tierra y árbol que crece
al calor de tu nombre.
Mi corazón una fruta más en una rama
para esperar tus labios…

Pilar los encuentra en su bolsillo y se queda leyéndolos, sombría. ¿Qué haces, curiosilla?, le pregunta él. Lo que toda mujer, dice ella. Revisarte los bolsillos. Por si hubiera algún pañuelo para lavar. O una carta de otra, claro, dice burlona. Luego vuelve a ponerse seria. No me gusta verte así, José.

Él se encoge de hombros y pone cara de resignación. Pilar es intensa y misteriosa. Así la ve él. No quiere preocuparla más de lo necesario. Sabe que su corazón es frágil. El suyo hace tiempo que también desafina. A veces se acelera, otras pierde pie. Demasiada angustia sobre el costado.

Su estómago también protesta. Las facturas de los médicos se acumulan. El dinero no alcanza. Pero hay que seguir adelante. Y mientras van pasando los meses, todo parece recuperar la calma. Hace mucho que ha desaparecido de la vida pública. Ya es un hombre invisible en el gran avispero.

No le resulta nada fácil mantener dos casas, así que decide que es el momento de regresar a la de la calle Santiago. Allí se encuentran todo tal y como lo dejaron. Y la vida vuelve a su carril acostumbrado.

Uno de esos días de otoño, mientras trabaja en UTEHA, llega a la editorial un muchacho que pregunta por Almoina. Para un asunto de trabajo, le dice a Luis, que es quien le ha abierto la puerta. Soy un antiguo alumno suyo, añade. Un amigo dominicano. Luis se inquieta. Le pide que espere fuera y entra a decírselo a Almoina. Lo conozco, le responde él, intentando disimular su turbación. Déjalo pasar si quieres. No es alguien peligroso, desde luego.

El muchacho entra y se dirige a su mesa, con el sombrero en la mano y una sonrisa temerosa. Profesor, tengo un mensaje de Trujillo

para usted, le dice en un tono que quiere ser afable. Dime, tengo poco tiempo, le responde Almoina con frialdad.

Pues… el Jefe quiere que escriba un artículo que hable mal de Galíndez. Sabe que usted no se lleva bien con él. Y además está recibiendo ataques de su parte. Así que le pide que escriba algo, le pagará bien.

¿Por qué yo?, pregunta Almoina, intentando dominar su irritación. Pues dice el Jefe que usted es el único que puede hacerlo, por su prestigio. Y porque lo conoce. Almoina le responde contrariado: por favor, dile al Jefe que no insista, que no tengo tiempo para eso.

Cuando el muchacho se va, Luis se mete en su despacho y regresa con un pequeño bulto envuelto en una gamuza. Te voy a pedir un favor, Pepe, le dice, tenso. Lleva esto siempre en el bolsillo. Yo no lo necesito y tú sí. Te lo pido por favor. Prométeme que lo harás. Pero ¿qué demonios es eso, Luis? Pues es una pistola, responde su amigo abriendo el envoltorio.

Almoina se echa hacia atrás con un gesto de disgusto. Pero si no sé ni cómo se usa, hombre. Por favor te lo pido, Pepe. Así estaremos más tranquilos todos, insiste Luis. No me fío un pelo de esas visitas que te están mandando.

Pero si no piso la calle sino para venir aquí, protesta Almoina. Por favor, Pepe, guárdala. Que no, Luis, no puedo vivir así. Te lo agradezco, de verdad, pero no puedo.

Al llegar a casa no le cuenta nada a Pilar, para no preocuparla. Y unos días más tarde, mientras recorre la calle Santiago de vuelta del trabajo, siente pasos que le siguen y una mirada clavada en la nuca. Acelera un poco y empieza a caminar en zigzag, nervioso, mientras los otros pasos suenan tras él como un eco. De pronto oye una

detonación. El ruido le retumba en el cerebro y él echa a correr, aún zigzagueando, con el corazón desbocado. Luego se oye otra detonación, y otra, y otra más. Ahora siente una quemazón en la sien, pero sigue corriendo. Pilar ha oído los disparos y se ha precipitado a la puerta de la calle. La abre justo cuando Almoina está llegando, y él entra en el zaguán dando un portazo y con el rostro crispado. Ella entonces lo mira aterrada.

—Estás sangrando, José —balbucea.

Él se toca la cabeza. Nota la humedad en la herida, pero no siente dolor. Solo un zumbido, un ruido en el cráneo. Y tiene el corazón disparado.

—Te llevo al hospital ahora mismo —añade Pilar, con voz temblorosa.

—No, hazme tú una cura, deprisa. —Almoina siente un leve mareo y se sienta en el sillón.

Ulises y Leticia han acudido a su lado también y lo miran sobrecogidos.

—Pero qué ha pasado. —Leticia ahoga un sollozo.

—Solo es un roce —le responde su padre, que no puede disimular su agitación.

—Hay que ir al médico —insiste Pilar, mientras empieza a aplicarle el yodo y las gasas.

—No, olvida al médico —replica él absorto, sin mirarla—. Tenemos que volver a dejar la casa, cuanto antes. Y dispersarnos. Helena y Lina pueden irse una temporada con la familia de sus novios.

—Yo me puedo quedar con mi amiga Roxana —dice Leticia enseguida.

Entonces Almoina se queda mirando a Ulises, que mantiene una expresión indescifrable.

—¿Y tú, hijo?

—Yo me quedo, papá, estoy harto de esta vida de nómadas —responde él con un tono amargo—. A mí no me persigue nadie y no quiero perder el trabajo, así que no me voy.

Su madre se queda desencajada.

—Hijo, cómo te vas a quedar aquí solo, no nos hagas esto.

Almoina reacciona enseguida:

—Ulises tiene razón. Yo soy el perseguido y el problema. Así que soy el único que debe irse.

Pilar baja la mirada, sin saber qué decir.

—Ayúdame a preparar algo de equipaje, mujer, que me voy una temporada —añade él, levantándose, con gesto nervioso.

—Pero cuéntame al menos adónde piensas ir, José. O voy a volverme loca. No me digas como siempre que callas por mi seguridad.

—Pues no me lo preguntes, tú sabes que es por ti, por vosotros.

—¿No avisas a Gobernación?

—No, no aviso de momento. No quiero dejar pistas a nadie. Es la única manera de estar seguro.

Almoina termina de llenar una maleta pequeña con ropa y libros. Se despide de todos y toma un taxi que lo lleva a una zona céntrica y populosa. Allí desciende, callejea un poco y toma otro taxi que lo acerca a la editorial Jus. Antes de irse, quiere dejar instrucciones sobre las nuevas páginas que Mirentxu le está revisando. Por si le

pasara algo. Por si no regresara. Cuando ella le ve la cara hinchada y la gasa en la sien se queda espantada. ¿Cómo que por si no vuelves, Joseba? ¿Cómo que te vas solo? Pero ¿adónde vas? Pues me voy a un lugar donde nadie me va a encontrar. Si es que logro que no me sigan, claro.

Pero qué dices, Joseba, me voy contigo, responde ella. Ni hablar, Miguelona. Ni con todo tu geniecillo me vas a convencer, es peligroso. Ella se enfurece. A mí no me digas lo que tengo que hacer, es lo único que me faltaba. Además, sabes mejor que nadie que no será lo más peligroso que haga en la vida. Y que tú también me ayudaste cuando salí de España. Y de Francia. Déjame corresponderte. En diez minutos estoy lista. Él se queda dudando, en silencio. No tiene fuerzas para pensar ni discutir más. Sea, mujer. Para bien y para mal, eres más terca que una mula.

Desde allí corren a la casa de ella para que prepare también un equipaje mínimo. Y después se dirigen a la estación de autobuses. Una vez en marcha, ya todo es una sucesión de escalas y cambios de autobús. En una de esas paradas, él llama a casa para decir que todo está bien. Que no se preocupen. Que estará seguro y tardará en dar noticias. Y luego sigue ese largo viaje de dos días hacia San Carlos, en el desierto de Sonora.

Durante el trayecto se turnan a veces para dormir. Para que siempre haya alguien vigilante. Y a ratos conversan. Parece que siempre tenemos algo que contarnos, le dice él. Es que nos vemos poco, responde Mirentxu. O es que siempre hablamos como si fuera la última vez, quién sabe.

Antes de llegar a su destino hacen noche en una pensión de carretera, pero Almoina no logra pegar ojo. Y mientras la ve dormir

a ella, recuerda aquellos días lejanos en Santander. Mirentxu sigue teniendo la respiración pesada cuando duerme. Siempre fue así, como un ronroneo gatuno. Tal vez por el tabaco. Los años la han ido cambiando, pero ni siquiera esas canas entreveradas en sus rizos le quitan su aspecto de adolescente. Será tal vez porque apenas se maquilla. Solo usa ese pintalabios rosado que le sorprendió aquel día en la imprenta de Avellaneda. Ver así a Mirentxu, abandonada al sueño, le hace sentirse otra vez joven, en aquel cuarto con olor a mar. Es verdad que entonces la cuidaba mucho. La veía sola y quería protegerla. Pero después ha sido ella la que se ha empeñado en cuidarlo a él. Con esa lealtad, visceral como todo en ella.

Pronto vuelven a la carretera, y apenas se detienen hasta llegar a San Carlos. Allí alquilan un cuarto en la única fonda que encuentran. Nadie los ha seguido, y se sienten a salvo en medio de ese paisaje imponente. Todo lo que ese cuarto tiene de miserable lo tiene de majestuosa la visión que se les ofrece al otro lado de la ventana. Ahí el crepúsculo es ahora una fantasmagoría cárdena. Polvorienta. Irreal.

Es bonito esto, dice ella, con la voz cansada después de esa ruta tan larga. Sí, y con este silencio medicinal, responde él. Sin llamadas de teléfono ni gente inquietante. Solo se oye el viento. Oye, Mirentxu, ¿cuánto tiempo hace que nos conocemos?

No sé, muchos años. Desde el treinta y seis. Bueno, a lo mejor nos debíamos esto, ¿no? Sí, parece que el destino nos ha dado una tregua, responde ella con un mohín.

Almoina se ríe. Cómo nos han cambiado los años, dice. Y qué distinto todo a aquellos meses en España. Entonces eras como un pajarillo perdido en una tormenta.

A ella se le ensombrece el semblante. No te vayas a poner romántico, Joseba, ese idioma no nos pertenece a ti y a mí. No nos lo podemos permitir, luego me será más difícil que te vuelvas a ir. Nosotros solo podemos existir en la sombra.

Mujer, mira que eres extraña. Nunca me has pedido nada, le dice Almoina. Porque es mejor no tener nada, responde Mirentxu. Cuando no se tiene nada, no se puede perder nada. De qué diablos valdría decirte que eres lo mejor que me ha pasado en esta vida, Joseba.

Venga, déjate llevar, miquiña, le dice él un poco turbado, revolviéndole los rizos. ¿Miquiña?, hace mucho que no me llamabas así. Bueno, es que aquí me siento relajado por fin, relájate tú también, anda. Estás muy seria.

Se quedan otro rato en silencio, contemplando la noche. Qué viejo me siento de pronto, dice él después. Como si me hubieran robado un pedazo muy grande de la vida y me encontrara al final del camino sin haberla vivido. Me siento viejo y muy cansado.

Viejo no, Joseba, no digas eso. ¿Has visto alguna vez que envejezca la luz? Él la mira desconcertado. Mujer, qué cosas dices siempre. Al final vas a resultar más poeta que Avellaneda.

Permanecen bastante tiempo asomados a la ventana. Aquello es una pensión de mala muerte en medio de la nada. Unida al mundo por un camino polvoriento que casi no se distingue sobre esa extensión desértica. Otra vez un cuarto con olor a mar, dice entonces ella.

Almoina sonríe mientras ven colarse en el horizonte ese sol dorado y rojizo. Siente una extraña calma, a pesar de todo lo ocurrido. Como si no fuera él quien estuvo corriendo delante de aquel

pistolero. Se siente bien por primera vez en mucho tiempo. Ahí fuera no hay nadie acechando. Es todo tan desértico que ya se habrían dado cuenta si les hubieran seguido. Alrededor solo hay tierra seca poblada por la nada. Un paisaje de cactus y saguaros que alzan al cielo sus dedos caprichosos, a veces salpicados de inesperadas flores blancas. Y esos mezquites sin hojas, con su esqueleto a la intemperie.

Me siento como ese árbol, muerta de frío, dice Mirentxu. Almoina la abraza desde la espalda y los dos continúan contemplando ese escenario majestuoso. Sí que hace fresco aquí de noche, responde él, mientras piensa en todo lo ocurrido esas últimas horas. Al menos tiene de momento esa burbuja de calma. Ese sosiego que hace mucho que no sentía. Y esa brisa limpia, limpísima. Y a su lado, esa mujer que sigue siendo aquella muchacha que conoció en la guerra y que a veces le parece que no existe más que en sus sueños.

Ahora, mientras le revuelve el pelo y le empieza a desabotonar despacio el vestido, ella sonríe azorada. Como quien dice: yo tampoco soy la misma, también me hago mayor. Él posa los dedos sobre esa cintura, fina todavía. Y siente cómo su vello dorado se eriza de pronto. Hace tiempo que no estábamos así, Joseba. Qué extraña esta historia nuestra. Ni siquiera sé cómo empezó.

Pues me parece que fue aquel día que te encontré en la imprenta con tu pintalabios rosado, miquiña. O no, antes: ese día que estabas subida a aquella escalera y te vi aquella pelusita rubia de las piernas. Ella se ríe y empieza a sosegarse, mientras ya se hunde en ese abrazo, ahí, de pie. Contra la pared, junto a la ventana. En esa atmósfera limpia donde solo se oye el viento. Como si todo el aire abrazara ahora esos dos cuerpos fundidos, lentos, bajo la noche.

43

Vidrios rotos

Fue una revelación esa belleza inesperada del desierto. La belleza de la nada. Del vacío. Del silencio. Un oasis de paz para alguien cansado de huir. Luego fue el regreso y esa nueva mudanza a la avenida Universidad. Y ahora, en su insomnio pertinaz, Almoina sigue pensando en la nebulosa de todo lo ocurrido. Pilar no quería que hiciera ese viaje a Cuba, pero él se empeñó en hacerlo. Tal vez necesitaba volver a sentir esa libertad de estar completamente solo. O tal vez quería huir de sí mismo, después de publicar aquel libro amargo. No se arrepentía, pero las consecuencias fueron dolorosas. El vacío y la hostilidad de todos. Y ese encierro final, esa huida hacia adentro. Su mundo ya solo es un viaje de un cubo a otro cubo: de su cuarto de estudio a la editorial, a la biblioteca o a la librería, y otra vez a su cuarto. Lo demás apenas existe. Ni siquiera aquellos breves viajes de vacaciones, cuando los hijos eran más pequeños.

Recuerda de pronto el día que fueron en una motora desde Veracruz hasta la isla de los Sacrificios. Y aquella vegetación exuberante de cocoteros y palmas reales. Se internaron en ella hasta encontrar restos de un viejo fuerte de piedra, construido sobre un antiguo templo aborigen. Allí se quedaron a descansar, mientras el

contramaestre les preparaba un delicioso desayuno con papayas, limones y naranjas. Luego se dedicaron a recorrer la isla. Y tuvo durante unas horas la sensación de estar en otro mundo, a salvo de chacales y serpientes.

Qué lento se le hace el tiempo en ese nuevo escondrijo, y qué extraña sensación de finitud abisal. De encierro en un raro vacío. De tedio y hartazgo también. Hasta cuándo esa danza de la muerte, con el Chacal maquinando desde su búnker. Tramando siempre. Poniéndose galardones de héroe sin batallas, mientras ordena matar uno a uno a sus enemigos. Y quién sabe lo que le depara a él el destino. De momento solo le queda seguir trabajando en esas traducciones. Sobre la Edad Media. Sobre griegos y romanos. Sobre Carlomagno. Sobre Cristo. Solo viaja a través de las palabras. No se mueve de casa, aunque necesita caminar un poco. El médico le ha dicho que debe andar. Que su corazón está débil y que es importante. Pero por dónde. Si es que solo puede andar de su sombra a la pared, y de ahí a la puerta y vuelta a empezar.

Hace tiempo que le ha dado por releer la Biblia. Le calma esa lectura, le consuela. Los Salmos se los sabe de memoria. Eso no tiene mérito, le diría Audelino. Con esa memoria tuya. Ni siquiera tiene mérito que te los sepas en latín. Es lo mínimo, después de tantos años en el seminario. Audelino también se los sabía de memoria. Cuánto consuelo llevaría a los presos en aquellos días de cárcel. Piensa mucho en él. Y en Hilaria. Cuando la acompañaba a misa, en los últimos tiempos, él ya no se quedaba fuera, sino que entraba y se sentaba con ella. Hilaria entonces sonreía. Le gustaba sentirlo ahí cerca. Pero ahora no debe pisar las calles ni siquiera para eso.

En sus noches en blanco, tumbado en la cama, recuerda aquellas semanas inesperadas en Sonora. Compartiendo con Mirentxu cada minuto, olvidados del mundo. Compartiendo incluso las tareas que ambos se llevaron allí para seguir al día con su trabajo: él, una traducción del francés, y ella, las pruebas de imprenta de dos libros. Piensa mucho en Mirentxu, esa puerta abierta a la juventud perdida. Su cuerpo como una luminaria en aquellas madrugadas interminables del desierto.

Entonces mira hacia arriba sin ver, porque ya no hay estrellas. Solo ese techo de cemento, y un asfalto ruidoso allá fuera. Fin del embrujo. Está bien volver a tener la cabeza fría, se dice. No deja de darle vueltas otra vez a todo. Y tiene miedo. Miedo a que le pase algo a su familia por su culpa. Miedo a que le pase algo a él y dejarlos desamparados. Intenta que no lo noten, pero cada día su salud es más frágil. Su corazón renquea. Le pesa el cuerpo. El pasado. Los años. Pero no debe bajar la guardia. Debe volver a pensar en lo que ha ocurrido. En lo que debe hacer. ¿Por qué se ha encabritado la fiera de repente? Sin duda, por esa guerra de los libros. Guerra santa, diría. Guerra sin armas, sin balas. Guerra para la paz. Para la vida.

Ahora que el Viejo se vuelve a sentir fuerte ya no mide sus pasos. Cada vez está más delirante. Y en medio de ese desaliento, Almoina intenta atar cabos. Necesita entender en qué punto de la madeja han cambiado tanto las cosas como para ponerlo a él en la diana. Porque desde el día de los disparos no ha dejado de sentir esa sierpe que sibila sin descanso a su alrededor.

A veces ya solo puede dormir dos o tres horas antes de que suene el despertador, a las seis y media de la mañana. Las noches se le hacen eternas, pero las jornadas en la editorial se le van en un soplo. Allí se siente bien. Acompañado. Aislado de los problemas. La traducción de Prampolini avanza con buen ritmo. Y le gusta conversar con Agustín. Al principio le pareció un hombre distante, luego vio que era solo un gran tímido. Y sobre todo un hombre melancólico, que solo pensaba en regresar al terruño y que vivía aplastado por la nostalgia. Almoina piensa ahora en su figura paternal. Alto, con los hombros cargados por pasar la vida encima del escritorio. Parecía como si toda su pena estuviera posada sobre esos hombros. Tenía los ojos de un azul oscuro y fumaba como un carretero. Era el alma de ese equipo y le gustaba recordar los tiempos del Ateneo madrileño.

—Así que tú eres de los cachorros de Negrín —le dijo el primer día con su suave acento isleño—. ¿Sabes que fue compañero mío de colegio?

—Bueno, yo también soy de los que se quedaron sin carnet —repuso Almoina—. No sabe cómo me dolió aquello. Antes me pidieron una carta de fidelidad a la Junta Española de Liberación. Les respondí por escrito que esperaba la voz verdadera de España, que estaba amordazada dentro pero también fuera.

—Menuda respuesta.

Agustín era de modales corteses, elegantes, a la vieja usanza. Sabía escuchar y no dejaba entrever su pena más que lo justo. Tenía ese algo de monacal que tienen los viejos historiadores. Y le gustaba charlar con él. Incluso cuando la conversación derivaba hacia el tema de España. Nada que ver con aquellas tertulias obsesivas a las

que fue alguna vez con Avellaneda. Allí solo se hablaba de las tragedias del pasado. De las familias que cruzaban los Pirineos bajo las bombas. De los que con una pistola mataban a su familia y luego se pegaban un tiro. Le traían a la memoria un montón de imágenes que quería olvidar. Como la de aquel niño que lloraba porque había perdido un zapato, y le decían que tenía que correr, pero no entendía y quería buscar su zapato. O la de todos aquellos cristales rotos, vidrios rotos por todas partes, como un espejo trizado que reflejaba la patria hecha pedazos.

Las noticias pueden llegar de mil maneras. Algunas se posan por los rincones como el polvo o la luz y apenas las advertimos. Otras nos golpean como una ola frontal y nos hielan por dentro. Uno de esos embates llegó una mañana a la editorial, cuando estaban todos enfrascados en sus rutinas y Avellaneda apareció con el periódico en ristre, gritando nervioso:

—¡Secuestraron a Galíndez! ¡En una calle de Nueva York!

Luis, Agustín y Almoina abandonaron enseguida sus mesas y rodearon al poeta, que ya estaba leyendo en voz alta aquellas líneas sobre el rapto.

—Ocurrió hace varios días, pero la prensa retuvo la noticia toda la semana, a saber por qué —dijo casi sin resuello, y luego leyó—: «Se baraja la hipótesis de que ha sido Trujillo».

—¿Quién iba a ser si no? —le interrumpió Almoina, muy alterado.

Avellaneda siguió leyendo:

—«Uno de los barcos del Chacal ha estado atracado en Nueva York. Y se sospecha que han arrojado a Galíndez a una de sus

calderas».

—La Hiena. Ha sido la Hiena, seguro —repitió Almoina—. Y eso de que secuestren a un español en Estados Unidos y que ningún medio diplomático proteste, eso sí que es triste.

—Pero ¡en Nueva York! —Avellaneda estaba desolado—. Lo estoy leyendo y todavía no me lo puedo creer.

Luis reaccionó enseguida:

—Pepe, te llevo luego a casa con el coche, que me viene de paso. A partir de ahora, te llevo y te traigo siempre. Y el revólver te lo llevas hoy mismo.

Almoina asintió con el gesto. Agustín estaba perplejo ante aquel revuelo y los miraba a todos con esos ojos que parecían ahora más grandes, casi bovinos, tras sus gruesos lentes de miope.

—Pero ¿quién es Galíndez, que no me entero?

—Pues un compañero que estuvo con nosotros en la República Dominicana —respondió Avellaneda.

—Un luchador —musitó Almoina, que tenía el rostro desencajado —. No era mi amigo, pero yo lo respetaba. Estaba escribiendo un libro sobre Trujillo.

Avellaneda lo agarró del brazo y lo arrastró hacia la cocina.

—Vamos a tomar algo, anda, Pepe —le dijo mientras ya buscaba en los armarios la botella de coñac que Luis usaba para sus carajillos —. Yo tampoco puedo sacármelo de la cabeza. Maldita sea. Joder con el maldito cabrón de Trujillo.

—Yo soy el siguiente de la lista, seguro —respondió Almoina abatido—. Galíndez es el segundo escritor que se carga. Y yo seré el siguiente.

—Sí, es el segundo. Pero aquí no va a llegar. —Avellaneda se sirvió un buen trago y se lo bebió de un tirón.

—Si pudo con un profesor de Columbia, podrá conmigo. —Almoina aparta la copa que le acaba de servir Avellaneda—. Ya lo intentó en La Habana. Y aquí, en la calle Santiago, no te olvides. No se va a rendir hasta conseguirlo. A veces me dan ganas de que acabe todo, de verdad.

—Joder, no seas tan pesimista, el Viejo no va a durar siempre. Has aguantado hasta ahora, y tienes que aguantar un poco más.

—Sí, enterrado en vida. No sé qué voy a hacer. Lo que me inquieta es la osadía del Viejo. ¿Cómo se ha podido atrever con el imperio? ¿Ya no teme un conflicto internacional? Está desaforado desde que se hizo amigo de Franco.

—No me había fijado en esa coincidencia, Pepe. ¿Y si tuviera que ver? —Avellaneda acabó de beberse otro trago largo y lo miró como traspuesto.

—Si tuviera que ver… ¿qué?

—Eso, la desaparición de Galíndez y esa amistad del Viejo con Franco. Ya sabes que sus servicios secretos están entrenando a los agentes de Trujillo.

—Sí, con los métodos que le enseñó Hitler. La semilla no está perdida. —Almoina sentía la cabeza a punto de estallar.

Avellaneda seguía también muy nervioso y no paraba de gesticular y de removerse el pelo.

—Joder, no puedo dejar de pensar en Jesús. Me parece estarlo viendo la última vez que nos encontramos en Nueva York. En el Jai Alai, que era su restaurante favorito. Zascandileaba por todas partes. Conocía a todo el mundo y se hacía querer.

—Se ve que cambió bastante desde que lo conocí en Santo Domingo. Allí era más bien retraído. —Almoina hablaba reconcentrado, con los ojos bajos.

—Sí que cambió en Nueva York. Se implicaba mucho con la gente. Escribía sobre sus cosas. Hacía oír su voz. Peleaba a su lado contra las dictaduras. Ya no era tan obsesivamente nacionalista y católico. Andaba siempre con latinos. Estaba en todas las reuniones y en todas las fiestas. Y eso que no sabía bailar.

—Ah, esa es una de las pocas cosas que teníamos en común. —Almoina esbozó una sonrisa amarga.

—Pobre Jesús, qué desgracia. Justo cuando estaba en su mejor momento. Al fin había conseguido una plaza en la universidad. Además le iba bien. Cuando tu problema en La Habana, le hicimos llegar la noticia de que Trujillo lo buscaba, pero no reaccionó. Siguió con la maldita tesis sobre el Jefe. Se sentía muy seguro en Nueva York.

—Gran error. Tendría que haber actuado, después de lo de Requena.

—Es que era un cabezota. Quería publicar el gran libro sobre Trujillo. Soñaba con el éxito. Pero ahora te tenemos que cuidar a ti.

Almoina sonrió melancólico y se quedó en silencio.

—Cambia esa cara, Pepe —dijo Avellaneda—. Sabes que te cuidamos todos. Te llevo yo a casa hoy.

La desaparición de Galíndez tiene conmocionada a la opinión pública. Nadie duda que fue un crimen. Lo dice Radio-Caribe. Porque en las cárceles de Ciudad Trujillo siempre hay testigos de todo.

Guardianes. Policías. Funcionarios. Servicio de limpieza. Cada uno cuenta su parte. Y las noticias ruedan como la pólvora. De boca en boca. Dicen que lo mantuvieron vivo mucho tiempo, mientras le rompían los huesos de a poquito con un martillo. Mientras se mofaban de su miedo. De su terror. De la manera como se orinó en los pantalones cuando vio al Jefe. Mientras lo mutilaban poco a poco. Dicen que le arrancaron todas las uñas, una por una. Y que después le rebanaron la lengua. Y también la verga, y los testículos. Y que al final le sacaron los ojos. Y que cuando ya solo era un despojo humano le prendieron fuego y arrojaron su cuerpo carbonizado al mar.

Con el paso de los días y los meses la polémica sobre Galíndez se enardece en la prensa. Y República Dominicana no deja de emitir comunicados contra el escritor vasco. Lo acusan de haber matado a obispos durante la guerra. Y también de chantajear a Trujillo. Además, señalan a Almoina como supuesto mediador de Galíndez para vender su libro al Jefe. Y él empieza a comprender el porqué de la encerrona habanera. Trujillo quería implicarlo en ese plan contra Galíndez. Preparaba pruebas contra él desde dos años antes. Quería que todo quedara como un enredo entre exiliados codiciosos. Pero sigue sin verlo claro. El Viejo tiene demasiados enemigos. También en Nueva York. Se arriesga mucho.

Una de esas tardes, mientras Pilar y Almoina descansan en el sofá tras la sobremesa, suena de pronto la campanilla. Los dos se sobresaltan.

—¿Esperas a alguien? —pregunta ella en voz baja.

—No, no sé quién será. A lo mejor es Avellaneda, no se me ocurre otra cosa.

Ella se acerca a la puerta y pregunta por la rendija.

—¿Quién es?

Del otro lado suena bajito una voz femenina.

—Por favor, diga a Almoina que quiero hablar con él. Que soy Brunilda. Que vengo de parte de Pericles Franco.

Pilar se queda un momento paralizada. A ella no la conoce, pero sí sabe quién es Pericles. Entonces mira a José, y él asiente y se levanta a abrir a la joven. Ambos se dan la mano con un extraño movimiento de pulgares y nudillos. Pilar observa, sabe lo que significa ese saludo ritual entre hermanos. Al cabo de un momento están los tres sentados en la sala, conversando.

—¿Café? —le pregunta Pilar a Brunilda, que es una muchacha menuda y hermosa.

—No, gracias, tengo poco tiempo —responde ella, jugando con el dobladillo de la falda con gesto nervioso.

—¿Cómo está Pericles? —pregunta entonces Almoina.

—Está bien. Escondido, como tú. Te manda un abrazo. Siempre te agradeció que lo ayudaras a salvar a su padre cuando eras secretario del Jefe.

—Era lo debido.

Ella lo mira a los ojos buscando su complicidad. Pilar los escruta a ambos. Siente enseguida que se conocen bien, por esa confianza que hay entre ellos.

—Pepe, solo vengo a avisarte. Tenemos un soplo. Vienen por ti. —Cuando Brunilda dice esto Pilar suelta un gemido, y el erizo se agita con fuerza en el vientre de Almoina—. Están muy cerca. Detrás de

todo está Abbes. Lo han visto en el Café do Brasil con un sicario cubano. Policarpo Soler se llama. De los peores. Andaban mezclados con los refugiados. Policarpo viene de Madrid, estuvo allí bastante tiempo. Imagínate.

Almoina escucha en silencio. Pilar suspira hondo y se apoya en el respaldo del sillón, con el rostro crispado y la mano en el pecho.

—Cada vez son más —añade Brunilda—. Ten cuidado, Pepe. Estás el primero en la lista negra. Tenemos otro topo en la embajada. Por él sabemos que Trujillo te está buscando también por vía diplomática. Ha hecho consultas sobre tu paradero y el de Juan Bosch a las embajadas de México y de España.

La voz de Brunilda es serena y firme al mismo tiempo.

—Somos ya demasiados en su lista negra. —Almoina habla con tristeza—. Te lo agradezco, Brunilda, quedo en deuda contigo.

Los dos vuelven a mirarse de una manera que le resulta extraña a Pilar. Y después de despedirse de ella, se quedan un rato en silencio, mirando la luz de la tarde a través de los visillos.

—Siempre me sorprenden tus amigos. —La voz de Pilar suena recelosa—. O sea, tus hermanos, como los llamas. ¿Quién es esta Brunilda?

—Pues es una mujer que ha aguantado mucho y que ha estado varias veces en la cárcel. En fin, tú también has estado en la cárcel. Qué te voy a decir.

—Pero ¿qué hizo? Siempre me cuentas lo mínimo.

—No hizo nada. ¿Qué iba a hacer la pobre? Pero es amiga de Minerva Mirabal, una muchacha preciosa que se atrevió a darle calabazas al Viejo. Minerva es además amiga de Pericles y de la Resistencia. En fin. El Viejo acabó metiéndola en la cárcel, y a sus

hermanas y amigas también. Ya conoces su estilo. —Pilar hace una mueca de repugnancia—. A las Mirabal las han maltratado hasta límites que solo tú puedes imaginar. Palizas. Violaciones. Hostigaron a toda la familia. Brunilda estuvo con ellas en la Fortaleza Ozama. Era miembro de la Juventud Democrática. Logró escapar a Venezuela y de ahí vino a México. Pero el Viejo está cada día más acorralado. Eso es lo que te puedo decir. Y también que cada día es más fuerte la oposición.

—Es muy guapa, por cierto. Supongo que no tengo derecho a pensar mal, entre tus desapariciones, tus secretos por mi bien y tus amigas.

Almoina no le hace caso y desvía la conversación.

—Me llevo bien con Pericles, y sé que están preparando algo. Ya sabes que él también escribió contra Trujillo. Y sin seudónimo.

—Pero ¿él sabe lo de tu *Satrapía*?

—No, eso no puedo decirlo.

—Eso es lo que más rabia me da, siempre te lo digo. La gloria de los héroes para los otros.

—¿Y para qué sirve la gloria? ¿Se come, acaso? Además, quizá Pericles lo sospeche. Quién sabe. Hay un vínculo secreto entre mi libro y el suyo. No te lo he contado. A él le hizo el prólogo Neruda. Por cierto, malo, parece como si el chileno no supiera ni dónde está Santo Domingo. Pero bueno, bienintencionado. Luego escribió ese poema contra los sátrapas que anda circulando por ahí. Contra Trujillo, Somoza, Carías. Ese sí es muy bueno. Le tuvo que joder mucho al Viejo. Los llama a todos hienas, roedores y buitres. Lacayos de Truman. Vendepatrias jaleados por los lobos de Nueva York. El caso es que algunos se creen que la *Satrapía* la hizo él, por

lo que dice ese poema. Imagínate. —Almoina sonríe ahora—. Que Neruda es Gregorio R. Bustamante.

Mudarse enseguida. Eso es lo primero que deciden después de la visita de Brunilda. No ponérselo nada fácil a la Hiena. Volver a cambiar de domicilio una temporada, pero no alejarse demasiado. Y trasladarse sin dejar pistas. Nada a la portera. Ni al del quiosco. Hacer las maletas, y a la calle. En la misma avenida Universidad, aunque lejos de ahí, hay otro apartamento disponible. Se lo ha dicho Rosita, la hija de don Agustín. Es muy pequeño, pero les valdrá de momento. Pilar no se queja ya. Los hijos tampoco. Hace tiempo que están al tanto de muchas cosas. Desde el día que aquella bala le rozó la frente.

Luis los ayuda con su coche. Y casi sin darse cuenta, ya está con su Remington ante una nueva ventana. Frente a un incesante rodar de vehículos sobre varios carriles. Acomodándose a otra celda de esa colmena interminable. Sin amigos apenas. Porque desde que publicó aquella loa, raro es el que no le da la espalda. Lo evitan como a un leproso. Le vuelven la cara para no saludarlo. Eso le duele, sobre todo porque sabe que es para siempre. Nunca podrá renegar de ese libro sin jugarse la vida. Y la de los suyos. Por fortuna está la editorial. Ahí sí es bien recibido, porque saben casi todo. Sigue yendo regularmente, y también a veces a Jus. Para revisar pruebas y para ver a Mirentxu. Necesita tomar aire. Andar un poco. Estar con ella. Aunque se reducen al mínimo los paseos. Y esa es ahora su nueva vida.

44

Johnny Abbes

Qué extraña esa sensación de que la muerte te espera en cualquier esquina, se dice Almoina mientras garabatea unas notas en su nuevo estudio. De que te persigue, te ronda y te vigila. De que estás condenado a jugar con ella al escondite hasta la zancadilla final, que está sin duda cerca.

Pero ahora le obsesiona sobre todo una cosa. Y son esas calumnias de la prensa dominicana que lo implican en la desaparición de Galíndez. Y que dicen que él estuvo en Miami negociando con el profesor de Columbia. El colmo, piensa. Su pasaporte habla claro de que no estuvo nunca allí, maldita sea. Esa mentira lo saca de sus casillas. Una cosa es hacer una loa de tantas para salvar el pellejo y otra que te acusen de colaborar en un crimen. Para luego matarte y dejarte enterrado en toda esa escoria. Y eso sí que no. De momento solo se le ocurre una cosa: redactar una declaración. Finalmente se sienta ante la Remington y escribe:

> Al hacer ahora público Trujillo el viaje que realicé a La Habana en febrero de 1954, calumnia a Jesús Galíndez, me calumnia a mí y no tiene empacho en calumniar y desprestigiar a sus representantes diplomáticos, en especial a Brea Messina. Jesús Galíndez no era ciertamente amigo mío; al contrario, me

mostró varias veces animadversión. Pues bien, pese a todo tengo que reconocer que era un hombre probo, escrupulosamente honesto y fanáticamente idealista como buen católico a ultranza. Así pues, declaro que jamás recibí de Galíndez sugestión ni proposición alguna para Trujillo y que jamás hice gestión de ninguna especie que pudiera significar chantaje respecto a la posición de Galíndez con relación a Trujillo. Quiero hacer esta declaración, que sé que me costará la vida, para que se sepa toda la verdad. Y deseo y encargo que cuando se tenga noticia de mi muerte o de mi «desaparición» se publique esta declaración para descargo de mi conciencia y para que se respete la memoria del católico vasco Galíndez, mártir de la democracia en un mundo al que ciertos círculos califican de libre.

Almoina se detiene, saca la cuartilla del rodillo y lee. Se queda un momento pensando y luego vuelve a colocar el papel en la máquina. ¿Contar lo de Brea Messina? Es su testigo, debe incluirlo en su declaración. En realidad, es todo tan rocambolesco que parece un invento. Incluyendo lo de Paulino, el Ojo Mágico. Pero es la pura verdad. Así que teclea de nuevo:

Brea Messina, indignado como yo, me ha confesado que mientras yo estaba en La Habana esperándole, creyendo que había sido él quien me avisara, él estaba encarcelado en Santo Domingo en una mazmorra por la calumniosa acusación de haber provocado un alumbramiento prematuro a la amante de Anselmo Paulino. El señor Manuel Gil Ruiz fue testigo de la conversación que sostuvimos Brea Messina y yo en noviembre de 1953 y por tanto de la proposición que se me hizo en nombre de Trujillo para que yo fuese a convencer a Galíndez y a ofrecerle hasta 50 000 dólares para que dejara de escribir sobre la situación en Santo Domingo. Pido a los que sean amigos de la democracia y la libertad en América que publiquen o ayuden a publicar estas cuartillas para que resplandezca la verdad y no quede impune el crimen abyecto cometido con un valeroso católico, mártir de sus ideales.

Añade al final la fecha y el ruego de que, si muere o desaparece, su esposa y sus hijos lo envíen a Martín Luis Guzmán para la revista *Tiempo* y al corresponsal en México del diario *The New York Times*. Después llama a Martín, que lo cita en la redacción de la revista. Martín conoce toda su historia con el Viejo, así que se siente en confianza con él. Lo considera un amigo, han hablado muchas veces en esos años, y lo recibe como siempre, con esa expresión de sosiego en sus ojos claros. Cuando le cuenta el motivo de su visita, Martín se ensombrece y se apresura a cerrar la puerta de su despacho para que nadie pueda escuchar la conversación. Luego se queda leyendo muy serio ese documento que le ha entregado.

—Pepe, todo esto es muy grave —le dice al terminar—. Es que ese pinche cabrón no tiene ni que acercarse a ti, ¿me entiendes?

Martín ha perdido la serenidad y tiene la mandíbula tensa.

—Ya estoy empezando a resignarme, esa es la verdad. —Almoina está como desmadejado, sin fuerzas.

—No digas eso, Pepe. Esto no se puede consentir. Con tu permiso, voy a pasárselo ahora mismo al secretario de Relaciones Exteriores. Y al secretario de Gobernación.

—Como quieras, yo me voy ya, tengo un montón de trabajo pendiente.

—Lo que no sé es cómo la Casa Blanca sigue apoyando a ese hijo de la chingada.

—Te lo digo yo —responde Almoina—. Tiene dos buenas razones. Una, que les hace el trabajo sucio en la región y protege las inversiones gringas. Y otra, la famosa lista de sobornos a altos cargos. Diputados, senadores, empresarios, periodistas, espías,

jueces. Una verdadera cloaca. Hay demasiada gente pringada. Me voy ya, Martín.

—Abraza a los amigos de mi parte, Pepe.

—Descuida. Lo haré.

Al día siguiente de ese encuentro, Almoina es convocado por la Secretaría de Relaciones Exteriores. Quieren tomarle declaración. Él acude puntual a la cita, y una funcionaria de modales mecánicos lo hace pasar a un pequeño despacho. Al cabo de un momento entra un hombre de rasgos asiáticos que lo saluda con fría cordialidad.

—Buenos días, señor Almoina. Me llamo Jesús Miyazawa. Soy el comandante de la Policía Judicial del distrito —dice, mostrándole su placa del servicio secreto.

Los dos toman asiento y Miyazawa continúa hablando.

—No quiero quitarle tiempo, señor Almoina, pero es importante que nos dé toda la información que tenga sobre la infiltración trujillista. Así podremos actuar en consecuencia.

Almoina le dedica una mirada escéptica.

—Pues lo que tengo que decir se resume en una frase —responde—. Toda la Resistencia sabe que Félix Bernardino y Johnny Abbes están conspirando para matar en México. Y parece que el único que no lo sabe es el Gobierno. ¿Cómo pueden estar esos tipos aquí, moviéndose a sus anchas?

Su voz suena vibrante por la rabia contenida.

—Entiendo su malestar, señor Almoina, créame que lo comprendo —dice Miyazawa incómodo—. Pero deme datos concretos, eso nos ayudará a tomar medidas.

—Pues le cuento que al siniestro Johnny Abbes se le ha visto en el Café do Brasil, rodeado de matones cubanos. ¿Quiere algo más concreto? Está ofreciendo veinticinco mil dólares por servicio. Veinticinco mil dólares por matar a un hombre. ¿Qué le parece?

Miyazawa hace un gesto de disgusto y toma algunas notas en su libreta.

—Ya se puede imaginar lo difícil que es controlar a los que viajan con pasaporte diplomático, señor Almoina.

—Claro, pero al menos se podrían controlar los visados que extiende el consulado mexicano en la República Dominicana y en Cuba, ¿no? Para que no entren más criminales en el país, quiero decir.

Almoina habla con cansancio. Sabe que puede sonar impertinente, pero está harto. Asqueado. Hace tiempo que ha perdido la fe, y ya no le inspira ninguna confianza el aparato policial.

—¿Tiene algún dato más? —pregunta Miyazawa con su expresión pétrea.

—Pues sí, he recibido otro soplo de mi gente. Resulta que dos personas han estado rondando mi antigua casa de la calle Santiago. Por supuesto, se la han encontrado cerrada a cal y canto, hace tiempo que me he mudado. No sé cuánto tiempo voy a poder soportar todo esto.

—Pero ¿sabe algo de esos individuos? —El comandante lo escruta ahora con atención.

—Curiosamente sí, porque los conozco. Iban diciendo que eran antiguos alumnos míos, de la Escuela Diplomática. Él se llama Jesús Goico. Y ella, Celia Vicioso. Sé bien quiénes son. —Almoina tuerce el gesto—. De ella le puedo decir que es una conocida prostituta. Se

sabe que los dos están al servicio de Bernardino. Y todo es puro estilo Trujillo. Porque también le mandó a Galíndez una pareja de espías, el Cojo y Gloria, otra prostituta. Para estudiar sus horarios, costumbres y compañías. Ella era el cebo para camelárselo, aunque me temo que las mujeres no eran su tipo. Y el Cojo estaba ahí para atemorizarlo. En fin, todo eso pasó justo antes del secuestro. El plan está claro, la historia se repite.

Miyazawa vuelve a tomar nota en su libreta. Y a Almoina le desquicia su actitud distante.

—¿Dejará el Gobierno mexicano que me asesinen? —le dice entonces irritado, mientras siente cómo la rabia le enciende el rostro —. Es que no puedo más, señor Miyazawa, póngase en mi lugar. Se supone que tengo su protección. Pero si no fuera por mis contactos, ya estaría muerto, ¿entiende? ¿Qué es lo que están haciendo ustedes por nosotros?

El policía intenta adoptar entonces un tono amable.

—Entiendo su preocupación, señor Almoina, pero confíe en nosotros. Me pongo en marcha ahora mismo. Tomaremos medidas urgentes, descuide. Mientras, no dude en llamarme si hay cualquier novedad. —Miyazawa se levanta y le extiende una tarjeta.

Almoina asiente sin efusividad, toma la tarjeta y le estrecha la mano. Luego abandona la Secretaría con la misma sensación de hastío y desamparo con la que llegó. Ya no se cree nada. Sin embargo, se da cuenta de que soltar lo que tenía dentro lo ha aliviado un poco. Y quiere pensar que ha servido para algo. En los días siguientes está más relajado, aunque sigue tomando ansiolíticos y somníferos. Ya no puede mantener el control sin ellos. El erizo se

ha apoderado totalmente de su estómago. Y la hipertensión le provoca unas migrañas que no se le van con ningún analgésico.

Unos días después de ese encuentro, el servicio diplomático mexicano comunica al embajador dominicano que vería con agrado la inmediata salida de Abbes del país. Por sus actividades peligrosas. Miyazawa ha cumplido. Y Abbes se tiene que ir, por mucho que patalee el Viejo. Ya no está Bodet en el ministerio, pero parece que el nuevo secretario lo sigue protegiendo. A él y a otros muchos refugiados. ¿Hasta cuándo?

45

Calaveras de yeso

En esos primeros días de noviembre, cuando la ciudad se llena de homenajes a los muertos, Pilar sale a pasear para ver los altares y ofrendas sembrados por todas partes, con sus calaveras de yeso o de azúcar. El cielo está plomizo, tiene ese color de otoño triste tan frecuente en México. Y ella piensa más que nunca en sus ausentes. En Josito, que habría hecho su huelga de pies descalzos contra esa nueva mudanza. Y que ya tendría veintitantos años. Aunque en su memoria siempre será aquel niño de cuatro años que se metía a todo el mundo en el bolsillo. Y que era uña y carne con Hilaria. A ella también la extraña. Esas pérdidas la han ido minando por dentro de a poquito. Como una carcoma. Aunque a sus muertos los lleva siempre con ella. Cuando sube a la azotea siente a un niño pequeño que le tira del delantal y juguetea alrededor. Después desaparece. Luego vuelve a verlo acurrucado a su lado mientras hace la siesta. Hilaria también está ahí, sosegada, traslúcida. Mirando ese hilo de luz que baja desde una cortina mal cerrada, en las horas de la sobremesa. Arrastrando sus pasos entre la cocina y la alcoba. O dormitando tranquila, con Josito posado en su costado.

Está además preocupada porque ha visto a José más sombrío que de costumbre. Murió Negrín, musitó al verla esa mañana. Luego se encerró en su cuarto a teclear algo en la Remington. Sabe que él conversa con su propia muerte hace tiempo. Está muy alterado y duerme peor que nunca. Ahora también él se fatiga con facilidad. Suspira a menudo y se lleva la mano al pecho porque le falta el aire. A veces tiene náuseas y mareos, y le preocupa verlo así.

Todo eso va pensando mientras contempla en las calles esas flores de cempasúchil. Lo inundan todo con su multiplicación de pétalos diminutos, como cada año por esas fechas. Un estallido de luz naranja que llena la ciudad para acompañar los altares. Una explosión ígnea entreverada con los colores alegres del papel picado. Donde se dibujan catrinas y calacas risueñas en deslumbrantes verdes, violetas, rosas y amarillos. Y acompañadas de frutas y golosinas. Y botellas de tequila y cráneos pintados de colores. Una fiesta de alegría contagiosa que insiste en decirnos que un hueso es una flor. Y que la muerte es mentira. Porque ahí están nuestros ausentes con nosotros otra vez, año tras año. Rondándonos, como ese diminuto colibrí que ella ve ahora revoloteando sobre un matorral. Acariciándonos con sus dedos invisibles.

Pronto todo eso acaba en los cubos de basura, donde se amontonan tristes flores marchitas y papeles estrujados. Pero la ciudad de México sigue siendo a su manera el mismo canto a la vida. Con esa vegetación indómita que se cuela por doquier. Y esos pájaros que sobrevuelan con su algarabía la locura del tráfico. O ese olor a especias de los puestos callejeros, con sus tacos y burritos y sus mil condimentos. Un olor que se enreda además con el del combustible de los autos. Mientras, las raíces nudosas de los árboles

rompen las aceras y se suman a la locura de buganvillas y geranios. Y de ropa tendida al sol en las azoteas, y de pláticas incesantes en las banquetas y los cubos de luz. Y eso es México. Pura luz.

Pilar camina ahora junto a unos puestos que venden comestibles mientras lee sus cartelitos. Tacos. Totopos. Chapulines. Moles. Chilaquiles. Burritos. Tortas de nopal. Hay trabajadores detenidos allí, almorzando y conversando. Y ella sigue andando porque le hace bien. La relaja. Pero no puede dejar de pensar en eso que le contó Leticia unos días atrás. Mamá, tengo que platicar contigo, le dijo compungida. Que no lo sepa papá, que se va a preocupar. Pero es que me han seguido al bajar del camión.

Ay, Jesús, le respondió ella, cuéntame todo, hija. Pues era un tipo de piel oscura, y me venía pisando los talones. Yo me puse muy nerviosa. Aceleré y di vueltas para despistar. Él me seguía siempre, y al final acabé en un callejón sin salida. No sabía dónde meterme, porque él seguía detrás de mí. Y me di cuenta de que venía otro tipo más con él, unos pasos más lejos.

Pilar le tomó las manos, con semblante grave. Y Leticia siguió hablando: entonces se me ocurrió tocar el timbre que tenía más cerca para pedir ayuda y una señora me abrió. El tipo seguía ahí, mirándome con descaro. Ella lo vio y llamó a su hijo. Le dijo que me acompañara hasta que me viera segura. El chamaco era bien grandote, y al verlo, el otro tipo desapareció.

Hay que decírselo a tu padre, le respondió Pilar con un hilo de voz. Tienes que tener más cuidado. Si quieres, podemos intentar pedir un escolta para ti. No, mamá, eso sí que no, respondió Leticia enseguida. Necesito sentir que soy una persona normal, ¿entiendes?

Ya me cuido yo, siempre ando por la calle de día y con gente. Esto fue solo una excepción.

Entonces Pilar la tomó del brazo con suavidad y la llevó al cuarto de Almoina. Allí Leticia repitió el relato, con los ojos bajos. Y él intentó disimular la angustia, mientras su erizo le clavaba sus púas por dentro. Pardaliña, le dijo, a lo mejor no te seguía por mí. A lo mejor era porque le gustaban esos ojitos de color verde oliva. Ella se echó a reír, más relajada. De todos modos nos mudaremos otra vez, añadió su padre intentando aparentar serenidad. Y desde ahora seré yo el que te acompañe cuando salgas del trabajo, así nos ahorramos otro susto. Pero, papá, tú no, musitó ella. Él le guiñó un ojo: me das la excusa perfecta para caminar un poco, el médico me lo ha recomendado.

Pronto estaban todos deshaciendo las maletas en su enésimo domicilio, un pequeño departamento escondido en Churubusco, al sur de la ciudad. Leticia consiguió además trabajo en la recepción del Hilton. Era también su enésimo empleo desde que acabó sus estudios de inglés en el México City College de Colonia Roma. Y es que con cada cambio de domicilio iba un cambio de empleo. De eso no se quejaba. Lo que le resultaba penoso era la dificultad para moverse libremente, porque le encantaba hacer deporte y salir a bailar. Pero se contentaba con poner a veces un disco en casa después de cenar y pedirle a su padre que bailara con ella. Bueno, decía él, pero tango no me pongas, que ya sabes que tengo dos pies izquierdos. ¿Y una rumbita?, respondía ella, órale, papá, que yo te enseño. Almoina se reía. Pilar sonríe ahora al recordarlo, mientras sigue deambulando por la ciudad. Le parece verlos todavía deslizarse

abrazados entre los muebles del salón, al ritmo de una canción francesa.

—¿Qué tal tu nueva casa, Pepe? —Las palabras de Agustín reciben a Almoina esa mañana temprano en la editorial.

—Pues la verdad es que nos hemos acomodado enseguida. —Almoina intenta esbozar una sonrisa—. Dele otra vez las gracias a Rosita por la ayuda.

Ha llegado muy tarde. Pero no por la mudanza, sino por haberse puesto a escribir un artículo antes de salir. Sigue sobrecogido por la muerte de Negrín, y a Agustín también se le ve alicaído, aunque en realidad esa melancolía es su estado habitual. Desde la guerra sufre agotamiento nervioso y se sobresalta con cualquier mínimo ruido. Su salud es quebradiza, y falta con frecuencia al trabajo. Almoina teme a veces que un día desaparezca para siempre, como Bazil. Así que le alegra verlo ahí, con sus lentes gruesos, estudiando unas pruebas de imprenta en silencio. A media mañana, los dos se acercan a la cocina a prepararse algo caliente, porque hace verdadero frío ese día de noviembre. Almoina intenta buscar un tema de conversación anodino y no se le ocurre nada.

—Don Agustín, qué buenos eran esos trabajos suyos de antes de la guerra —dice al fin—. Sobre los documentos pontificios de los archivos catalanes. Y sobre los códices de la catedral de Toledo. ¿A que no se imagina que yo he sido seminarista?

El sabio se queda mirándolo pensativo y enciende un cigarrillo.

—Qué importante esa labor de los religiosos, ¿no? Y qué estúpida aquella manía de algunos de quemar iglesias y conventos.

—La ignorancia, don Agustín.

—Mira, Pepe, cuando pienso en España, pienso en ese ruedo donde se enfrentan el toro y el matador. Y pienso también en ese caballo ahí amarrado, sometido, obligado a aguantar esa barbarie. Así estaba nuestro país. Aplastado por esos dos extremos. Sacrificado en esa orgía de sangre. Para qué.

—Supongo que está pensando como yo en la muerte de don Juan. Justo lo nombrábamos el otro día, y ya ve. Habría dado cualquier cosa por volver a conversar con él. Para mí era un iluminado. Y tenía razón.

—Bueno, no lo sé. Pero generoso sí, como nadie. Enemigo de la violencia, como médico que era. Y sabio. Juan tenía la mejor biblioteca personal que he visto en mi vida. Tenía hasta primeras ediciones del *Quijote* y de la *Utopía* de Moro. Y de Goethe y Newton.

Almoina sonríe mientras lo escucha y reparte ya el agua hirviendo entre una taza con cacao para Agustín y la tetera que usa él. Los dos se quedan un momento en silencio.

—Fue nuestro Churchill —responde Almoina—. Y no nos lo merecíamos. En fin, otro pedazo nuestro que se nos va.

Después, mientras regresa a casa, no deja de pensar en las palabras que le escuchó al presidente aquella noche en París. Recuerda también todos los fármacos para las arritmias y la angina de pecho que llevaba encima. Desde que los anarquistas ametrallaron su caravana, iba con una pistola que ni siquiera sabía usar. Como él ahora, que avanza a paso rápido por la calle atento a todo. Pendiente con mil ojos de cada movimiento a su alrededor. Palpando en el bolsillo esa pistola absurda que al fin le aceptó a Luis. Y esas pastillas para la angina y las arritmias. Pensando en el

doctor Negrín. En sus insomnios. En su úlcera. En su agotamiento. En su angustia por los milicianos muertos. Por los niños muertos. En sus visitas casi suicidas al frente. Demasiado corazón para un político, se dice. Acabó rompiéndosele en pedazos, como la patria.

Los meses y los años van pasando casi sin darse cuenta. Y Almoina sigue escondido de madriguera en madriguera. Su vida ha cambiado mucho, pero ha recuperado una calma que necesitaba. Y ahora está empeñado en acometer traducciones del alemán, que le están costando bastante esfuerzo.

Al caer la tarde, Pilar y Leticia trajinan en la cocina, mientras Ulises y Lina ponen ya la mesa. Almoina permanece en su cuarto, concentrado en sus diccionarios. Esperan hace rato a Helena, que ha salido con una amiga y aún no ha regresado. Al fin suena la campanilla de la entrada, que repica con insistencia.

—Ya está ahí Helena —dice Pilar.

—¡Se ve que tiene hambre! —grita desde la otra habitación Lina.

Ulises y Leticia corren a abrir. Ella entra toda sofocada y da un portazo. Pilar se le acerca.

—Pero ¿qué modales son esos?

Cuando ve el rostro lívido de Helena, cambia el tono.

—A ver, qué te pasa, hija.

—Nada, qué me va a pasar.

—¿Cómo que nada?, soy tu madre. ¿A quién quieres engañar? Estás del color de la pared.

Helena está muy tensa. Sus hermanos la miran en silencio.

—Pues pasa que casi me atropella un coche al venir. Menudo susto. Y pasa que no sé por qué no tengo mis propias llaves de casa. Ya tengo edad, ¿no?

Pilar le pone el brazo por encima de los hombros. Helena está temblando.

—Anda, dime cómo ha sido.

—Déjalo, mamá. Estoy muerta de hambre. Vamos a comer, no quiero pensar más en eso. Pero quiero mis llaves.

Almoina ya ha salido de su cuarto y pregunta a qué viene tanto revuelo. Pilar le explica.

—Para qué más llaves, hija —le dice entonces Almoina a Helena—. Si siempre hay gente en casa y además no paramos de mudarnos.

Ella está llorosa, y su padre la abraza.

—¿De verdad que estás bien?

—Sí, papá.

—Bueno, pues haremos esas llaves. Pero ¿por qué tanta insistencia de repente?

—Pues porque de pronto pensé que si llego a venir herida y no hubiera habido nadie en casa, me habría quedado ahí tirada, como un perro. —Helena se echa a llorar.

Almoina guarda silencio y deja que se desahogue.

Durante la cena, sus hermanos reclaman también sus llaves y al final se acuerda que habrá llaves para todos. Por la noche, en la intimidad de su dormitorio, Lina le susurra a Helena.

—Cuéntame cómo fue.

Helena la mira entristecida.

—No dije la verdad —responde, también en voz baja—. Vine corriendo como una loca porque me seguían. Pero no quise

contárselo a mamá. El médico dijo que había que evitarle las impresiones fuertes. Y lo mismo con papá.

—¿Cómo que te han seguido? —le pregunta Lina con los ojos muy abiertos.

—Mucho peor.

—Pero dímelo ya.

—Pues venía andando tranquilamente desde el paradero del camión. Entonces oí que me llamaban por mi nombre: ¡Helena! ¡Eh, Helena! Me volví y había dos hombres en un coche, muy sonrientes.

—Nos han dicho siempre que no hablemos con desconocidos —dice Lina muy seria.

—Claro, pero es que me llamaron por mi nombre, ¿entiendes? No pensé que fueran desconocidos. Dijeron: tú eres la hija de Pepe y Pilar, ¿verdad? Somos amigos de tu padre, ven que te llevamos a casa si quieres. Estábamos en plena calle, había gente, no pensé en nada malo. Y claro que me acerqué. El que iba al lado del conductor salió para abrirme la puerta de atrás amablemente. Te juro que me habría subido. Pero entonces el que iba al volante me agarró de la muñeca muy fuerte.

—Madre mía, qué miedo. ¿Y qué hiciste?

—Me zafé. No me preguntes cómo, pero me escurrí.

—Claro, con esos brazos de alambre que tienes.

—Él estaba incómodo dentro del coche, no tenía la movilidad que necesitaba para agarrarme bien. Y reaccionó así para que no me escapara. Eso no lo habría hecho jamás un amigo de papá. Me salvó el instinto. Si el tipo llega a estar fuera del coche, habría podido conmigo, seguro.

—Tenemos que hablar con papá, Helena. ¿No ves que han intentado secuestrarte? —Lina está ahora muy nerviosa.

—Que mamá no lo sepa.

En ese momento, Almoina toca a la puerta y entra.

—Helena, ¿estás mejor? —Su voz quiere sonar sosegada.

Ella se pone a llorar otra vez, y es Lina quien le cuenta lo ocurrido. Almoina se queda desencajado y vuelve a abrazar a su hija. Está pálido, casi sin expresión. Una tromba de imágenes y recuerdos se agolpan en su memoria.

—Tendremos que volver a mudarnos, no podemos quedarnos aquí. Debemos ir a un lugar seguro del todo. Y solo puede ser seguro un lugar que nadie conozca. Nadie debe saber dónde estamos. Nadie absolutamente. Ni siquiera vuestros novios y amigos.

—Qué pesadilla, papá —dice Helena.

—A vuestra madre ya se lo cuento yo. A mi manera. Solo te pido que intentes recordar cómo eran esos hombres. Tienes que darme su descripción, lo más exacta posible, para denunciarlos, ¿de acuerdo? Piénsalo y hablamos mañana.

Helena asiente con el gesto y Almoina vuelve a su cuarto de estudio. Está muy alterado y saca de la gaveta del escritorio la caja de los ansiolíticos. Se toma dos y se queda un rato mirando por la ventana. Poco a poco, va llegando la calma. El corazón se serena. Las sienes ya no laten. Y siente la boca pastosa, sin saliva. Ahora necesita ocuparse la cabeza con el trabajo, es lo único que logra sosegarlo. Esa tarea mecánica de traducir y traducir. El viaje en zigzag entre las palabras del diccionario y las de los papeles que intenta descifrar. No pensar en esa vida agónica, en esa condena. En ese calvario que tienen que pagar los suyos. Piensa en Helena recién

nacida, secuestrada con su madre en una celda. Y ahora casi la vuelve a perder. No puede soportar esa idea. ¿Cómo han llegado hasta él? ¿Dónde diablos están los traidores? ¿Quién ha delatado su paradero? ¿Es la policía? ¿En quién confiar? ¿Y por qué lo busca el Chacal con ese ahínco, después de esos años de relativa calma? ¿Acaso tiene alguna prueba contra él? ¿No le hizo su loa? ¿No vive al margen de la vida pública?

Está claro que el dinero de Trujillo lo puede todo, se dice. Y México es ya un campo minado. Esa inmensa colmena, ese laberinto interminable donde parecía sencillo desaparecer, ahora es una extensión más de la telaraña del Viejo. Su dirección solo la tenían los de la editorial y algunos de la Resistencia. También los de Seguridad Nacional. Pero sabe que cada vez hay más infiltrados. Y mercenarios.

Le fastidia la idea de una nueva mudanza. Desmontar de nuevo la casa. Meter todos los libros y papeles en cajas. Acomodarse a otro barrio, a otras rutinas. Aunque hay que hacerlo, cuanto antes. Pero ¿acaso existe un lugar seguro en la ciudad? El corazón se le empieza a disparar otra vez. Mira el reloj. Han pasado solo cuarenta minutos. No puede tomar otra pastilla. Tiene que calmarse. Además, esos medicamentos lo tranquilizan, pero luego no puede trabajar. Le dan sueño, aunque su corazón sigue latiendo rápido. Quiere salir de su jaula de huesos. ¿Y si hubieran secuestrado a Helena? ¿Si hubiera caído en las garras de ese buitre? Le rondan la cabeza mil historias conocidas. Los métodos del Viejo son temibles. Nada lo detiene. Imagina a Helena en prisión de nuevo. Como Brunilda. Como Minerva Mirabal. Eso sería mortal para Pilar. Para todos. Maldito destino el suyo.

Al día siguiente, vuelve del trabajo con los periódicos abiertos por la sección de anuncios de alquiler. Al llegar a casa los despliega sobre la mesa junto al mapa de la ciudad. Pilar se sienta junto a él y pasan un buen rato señalando los lugares y precios más convenientes. No es fácil tomar la decisión. Hay mucha prisa, y no pueden estar haciendo visitas a los apartamentos. Basta con saber el lugar, el precio y el número de habitaciones. Pero ¿cómo decidir? De pronto pone el dedo en un anuncio. Mira este, dice. Está en la calle Pilares. ¿Cómo puede llamarse así una calle? Es rarísimo. Pilar se ríe. Seguro que es un buen augurio. Nos la quedamos. Además, es el número 929, el año que llegué a Benavente, ¿no es curioso?

Siguen buscando, aunque ya está casi decidido. Calle Pilares. Colonia del Valle. Una calle anodina. No demasiado lejos de la actual. Es importante que esté cerca de UTEHA. Recorrer el tramo entre la casa y el trabajo debe ser algo rápido. Aunque lo suele llevar Luis en su auto. Por lo demás, quién lo va a reconocer después de tantos años. Tan delgado, canoso y envejecido como está. No tiene nada que ver con aquel hombre que figuraba en las fotos de sus años dominicanos. Las fotos que probablemente usan para reconocerlo sus perseguidores. Todo es un fastidio, pero es urgente. Y pronto están ya llenando cajas y maletas para mudarse a Pilares. Poco tiempo después, Helena y Lina se casan y abandonan el nuevo domicilio con la mayor discreción. Eso también hace su situación más secreta aún, porque ni sus yernos saben dónde vive.

46

Leviatán

La vida cotidiana se ha convertido para Almoina en una hibernación interminable. En un letargo asfixiante. El ritmo no lo marcan los relojes, porque no hay un horario. Lo marca el goteo de noticias que a veces alimentan la esperanza. Y todo es ya vivir encerrado entre su cuarto y la editorial. Luis Doporto lo suele recoger por la mañana y lo acompaña de vuelta después, por la tarde. Luis, te arriesgas mucho, le dice él a veces. A mí qué me vas a contar, Pepe, que he sido comisario de guerra en el Ejército Popular. Eso le contesta siempre su amigo, con gesto burlón. Almoina mira entonces de reojo su perfil: las gafas de carey sobre la nariz caída, la barbilla muy breve y esas entradas anchas en la frente. Como las suyas. Y no logra nunca imaginar a ese historiador en el campo de batalla.

Es generoso Luis. Y también su mujer. A veces organizan encuentros en el jardín de su casa para darle la vida social que a él le falta. Piensa ahora en ese pequeño jardín. En esa mesa de forja pintada de blanco, con sus sillas alrededor, entre árboles frondosos. Un diminuto paraíso en medio de ese gran avispero. También se escapa aún alguna vez a Jus. Ulises lo lleva en su coche por la tarde y pasa a recogerlo por la noche. Allí está en marcha su sueño más

dorado: la edición de todo Homero, en un solo volumen. Mirentxu lo pone al día de las noticias de la vida exterior, sobre todo de la Resistencia. Y a veces logran escaparse un rato a su refugio de la calle Luna, como ese día.

La edición conjunta de la *Ilíada* y la *Odisea* parecía al principio un proyecto disparatado. En especial porque el prólogo que ha escrito ocupa nada menos que cuatrocientas páginas. Cuando Mirentxu vio el manuscrito por primera vez, se llevó las manos a la cabeza. Pero todo se fue resolviendo poco a poco. Y ahí está, finalmente. Casi listo. Esa tarde la han dedicado a revisar las últimas pruebas en el apartamento.

Ya solo queda meterlo en imprenta, dice Mirentxu, que hace tiempo que tiene un aspecto desmejorado. Y tengo preparado algo para celebrarlo, añade con un guiño cómplice. Se va a la cocina un momento y vuelve con dos copas y una botella de champán helado. Él la mira confuso. Miguelona, sabes que no me puedo entretener mucho. Hay que disfrutar también, Joseba, responde ella. Pero es que dentro de un rato me viene a buscar mi hijo, insiste él inquieto. Aunque tienes razón, qué demonios. Brindemos un momento, sí, la ocasión lo merece.

El calor y la sed hacen lo demás, y la botella se va derramando deprisa en las gargantas, en ese instante que sabe, como todo hace tiempo, a despedida. Igual que el abrazo apresurado, convulso, que le sigue. Olvidados del mundo por un rato y hasta del tictaqueo del reloj de pared. Porque hay que apurar hasta la última gota de líquido, de placer. Casi con rabia. Al menos para burlar por un momento tantas cosas. Sobre todo, la sensación ya constante de derrota.

Vete ya, anda, ahora sí, Joseba, que es tarde, musita ella después, mirando la hora. Y a él le cuesta salir de ese ensueño repentino. Volver a la pesadilla. A las calles infestadas de malos presagios. A los miedos, las penurias, la sensación de vértigo. Entonces se sienta, aún con una sonrisa absurda en los labios, y se abotona la camisa con torpeza. Porque no es tan fácil salir de esa burbuja. Volver a la simple realidad de quien vive confinado para siempre. Luego es el pantalón, y los zapatos. Una despedida breve. Un roce de labios. Y enseguida, bajar las escaleras, hacia la esquina donde tal vez está ya Ulises esperando, impaciente, extrañado de su impuntualidad. Preocupado, sin duda, con razón.

Almoina baja lento, un poco aturdido, o ebrio, por esas copas bebidas tan deprisa. Pensando aún en ese momento de abandono, en el sofá, lejos de la vida real. Pero siente que se le hiela la sangre al ver ante él la mirada interrogante, inquisitiva, de su hijo. Porque Ulises no está en la esquina, como acostumbra, sino ahí mismo. En el zaguán. Sentado en un escalón. Con una expresión enigmática, desconocida. Una extraña mezcla de rabia, incredulidad y resentimiento. Hace tiempo que te sigo, papá, le dice con voz ronca, vibrante. ¿Ahora te dedicas a espiarme tú también?, le pregunta él nervioso, con un nudo en la garganta.

Ulises lo mira con los ojos fijos, desafiantes. Se hace un momento de silencio. Algún día me entenderás, dice al fin su padre. Su voz resulta casi inaudible. Te queda mucho por vivir, añade. No tires la primera piedra. Ulises sigue rígido, sombrío, y se gira para salir a la calle. Almoina lo sigue reconcentrado hasta el auto.

No se lo voy a decir a mamá, pero no me pidas que te perdone, murmura su hijo al fin antes de arrancar. Vuelven a casa sin decirse

una palabra en todo el trayecto. Y no hablan más del tema. Ulises está después mucho tiempo casi sin hablarle, y él no vuelve más a la calle Luna.

Los días siguen rodando entre los libros y diccionarios de la editorial. Y luego Almoina continúa trabajando en su cuarto, hasta que llega la hora de la cena. Desde que viven en esa casa, Pilar está haciendo platos nuevos que le enseña Lupe, la vecina de al lado. Pasa muchos ratos conversando con ella en la azotea. Es su único contacto con el mundo. Pero con un mundo que hasta ese momento no conocía. El del México más atávico. El de la gente que aún vive con costumbres ancestrales. Que prepara su tequila en peroles de cobre, haciendo fuego en un agujero en la tierra. Exprimiendo ahí los cactus para que luego ese zumo hierva bien. Y añadiéndole cualquier cosa. Una cabeza de vaca. Lagartos. Gusanos. Es gente que aún come ardillas, víboras o armadillos. Y que cocina con larvas de hormiga, gusanos de maguey o pétalos de flores. Pilar les cuenta todo en la mesa a los suyos, pero ella sigue cocinando cosas sencillas. Como esa ensalada de pepino con jícama que ahora ha puesto sobre la mesa. Y esos mazapanes que ha preparado de postre, porque ya están otra vez en Navidades.

Después de la cena se sientan los cuatro a ver la televisión, que los imanta con su parpadeo de imágenes y su sonido metálico. El año ha comenzado con noticias trepidantes: los guerrilleros cubanos han tumbado a Batista, que ha huido a la República Dominicana, bajo el ala de Trujillo. Qué irónico todo, dice Almoina preocupado. El Viejo odiaba a Batista, pero le mandaba armas para que aplastara a

los revolucionarios. Y ahora lo tiene en casa, y a Fidel en su lugar. Estará trinando. Y aterrado, además.

Qué cara de funeral se te ha puesto, le responde Pilar. Deberías estar contento, ¿no? Venga, vamos a brindar por eso, al Viejo le van quedando pocos amigos ya. Almoina hace un gesto de rechazo, tiene un mal presentimiento. La bestia se encabrita con las derrotas, dice. Querrá morir matando. Hace tiempo que está senil, y más delirante que nunca. Y desde lo de Cayo Confites sabe que Fidel se la tiene jurada. Estará histérico. Dicen que ha perdido la cabeza y que ve enemigos por todas partes. Y que está reclutando una legión extranjera con mercenarios que vienen de la guerra mundial. Puede pasar cualquier cosa.

No parece ocurrir nada, sin embargo. Hasta que una tarde anodina de febrero suena el teléfono. Ulises responde tranquilo, y al momento se le ensombrece la expresión. ¿Qué pasa?, le pregunta Pilar en voz baja. Ulises sigue escuchando demudado. Responde con frases entrecortadas y musita un pésame. Luego cuelga y se queda mirando a su padre. Tenías razón, balbucea. Pero dinos qué pasa, insiste Pilar. Pues era Mercedes, la mujer de Pereña. Dice que Alfredo ha desaparecido.

Almoina se queda lívido y se lleva la mano al bolsillo, donde tiene siempre sus pastillas. Y Pilar ahoga un gemido. Los dos permanecen en silencio, mientras Ulises continúa hablando: estaba haciendo su circuito habitual, con su maletín de muestras farmacéuticas. Primero en La Habana. Después en Puerto Príncipe. Y de ahí pasó a Santo Domingo. Lo de siempre. Pero allí desapareció.

¿Cómo que desapareció, así como así?, pregunta enseguida Almoina. En realidad es una reacción absurda, pero aún le queda

capacidad de asombro. Sí, responde su hijo. Todo ha sido muy rápido. Pero no es como lo de Galíndez. Nadie ha negado nada.

Ulises se queda un momento callado y luego da la noticia funesta, con la voz vibrante: dice Mercedes que le han enviado directamente un certificado de defunción. Por causa desconocida. Que si papá se entera de algo de lo ocurrido a través de otros refugiados, que se lo digamos enseguida. Está rota, la pobre.

Qué va a ser de nosotros, musita entonces Pilar, que se ha levantado y camina nerviosa por la habitación. Esta pesadilla no acaba nunca. Pobre Alfredo. Y pobre Mercedes. Almoina sigue también desencajado. ¿Qué habrán pensado que hacía Pereña allí?, pregunta como para sí mismo. ¿Será que lo confundieron con otro, como pasó con Bencosme? Un refugiado español viaja de La Habana a Santo Domingo y eso es suficiente para encontrar la muerte. Un honrado viajante que jamás se ha metido en nada. Sin duda, para el Viejo era sospechoso. Está paranoico del todo.

Sobre el crimen no se sabe nada al principio, y todo son especulaciones. Luego van llegando rumores. Porque siempre hay ojos que ven lo que ocurre y acaban contándolo. Sobre todo en el ejército, donde abundan los que no quieren al Jefe. Se dice que el paso por La Habana fue la razón de todo. Que Pereña se convirtió en sospechoso enseguida. Que lo detuvieron y lo torturaron. Que acabaron echándolo al mar. Como a Galíndez, como a tantos. Frente al matadero, en ese lugar infestado de tiburones. Se amontonan ahí porque los atrae el olor de la sangre y de los desperdicios. Y ya solo es un cuerpo más que se ha tragado el mar.

Cuando Almoina lo comenta con Luis, él insiste en que lleve siempre la pistola. Nunca se sabe, le dice. Tenla siempre cerca, no

solo en la calle. Cuando duermas, también. Y ahí está él ahora, con el revólver en el bolsillo incluso en casa. A veces le entran ganas de que todo acabe de una vez. Qué simple sería. Un disparo seco en mitad de la noche. En mitad de la boca. Y ya está. Pero no debe pensar más en eso. Solo debe hundirse en la rutina y olvidar a esa sierpe que sibila por los rincones. Que lo vigila sin descanso. Que jamás olvida. Debe esperar que el destino cumpla sus designios, los que sean. Mantenerse frente al escritorio, mientras continúa ese juego de la gallina ciega. Del gallina ciego. El gran cobarde que tira a matar sin ton ni son. El monstruo que recibió con napalm a los expedicionarios de Constanza, Maimón y Estero Hondo. Al final va a resultar que el Leviatán es imbatible. Almoina piensa ahora en todos esos muchachos que se sumaron a la expedición, animados por los recuerdos de Sierra Maestra. Pero no estaban en Cuba, sino en el infierno del Chacal. Un infierno que no tiene límites y que hace tiempo que ha llegado a México.

Esa tarde luminosa, cuando Leticia vuelve de nadar, decide caminar un rato porque hace un día radiante. Ha estado lloviendo y el cielo se ha quedado de un azul intenso. De pronto ve que un Chevrolet verde aminora la marcha y se detiene a su altura, junto a la acera. Dentro van dos muchachos que la llaman a gritos, entre risas, con acento extranjero: eh, Leticia, ¡Leticia!

Uno de ellos, el más joven, se baja corriendo del auto y se le acerca: *ciao,* linda, le dice sonriente, ¿te acuerdas de nosotros? Claro que me acuerdo, le responde ella, deteniéndose, mientras él le toma la mano con delicadeza y se la besa con gracia. Tú eres

Umberto, le dice divertida, y tu amigo es Manlio. Nos conocimos en la fiesta de la embajada italiana, nos presentó mi amiga Roxana. Lo pasamos bien aquel día.

¡*Brava,* Leticia!, le grita desde el auto Manlio, que tiene el pelo muy liso y la boca ancha. Yo también me acuerdo de ti, tenías un vestido de color azul, ¡y no paraste de bailar en toda la fiesta! Ella se ríe. Sí, le dice, me encanta bailar, y cantar también.

¿Por qué no te vienes a tomar algo en Chapultepec?, le pregunta entonces Umberto, nosotros íbamos para allá. *Andiamo, ti prego*, un ratito, ¡aunque no haya música!, le dice con tono mimoso. Y te llevamos luego a casa, añade, abriéndole la puerta con gentileza y una breve inclinación.

Leticia vuelve a reírse. Bueno, un ratito, responde, y se sube al auto. Y en un momento están los tres tomando un helado y paseando por el parque. Hay mucha gente allí disfrutando de esa tarde espléndida. Y ella se siente cómoda con esos dos jóvenes tan bien vestidos, tan educados. Sobre todo con Umberto, que es alto y atractivo. Y muy envolvente. Le gusta además que sean italianos, eso aleja todas las preocupaciones que la asaltan cada vez que le cae bien un chico.

La próxima vez que vayamos a una fiesta, le dice Umberto, me enseñas a bailar, ¿dónde aprendiste? Es que te sabes todos los ritmos, ¡te mueves como una coctelera! Bueno, responde ella encogiéndose de hombros, será porque nací en la República Dominicana. Entonces los dos muchachos intercambian una mirada.

¿Eres dominicana?, pregunta Umberto, pues no lo pareces para nada. ¿Y eso por qué?, dice Leticia. No sé, por esa piel como de

azúcar y esos ojitos verdes. No eres como la gente dominicana que he visto, la verdad, eres distinta. Y muy linda, ¿eh?

Pues es que mis padres son españoles, responde ella, sonrojándose un poco. Umberto tiene una voz grave, acariciadora, y Leticia recuerda entonces eso que suele repetir Roxana: que a los hombres les entran las mujeres por la vista, y a las mujeres les entran ellos por el oído.

¿Y es verdad todo eso que se dice de allí?, pregunta enseguida Manlio. Ella lo mira extrañada, mientras se termina el helado. ¿A qué te refieres?, dice con los ojos bajos. Pues no sé, a eso de que Trujillo echa a la gente a los tiburones. ¿No has oído la historia de ese profesor español que raptaron? Ha salido en todos los periódicos.

A Leticia se le entristece el semblante. No sé qué me quieres decir, contesta seria, yo no sé nada de eso, en mi casa nunca he oído hablar de algo así. Además, hace muchos años que vivo en México, y no me interesa nada la política. Pero, bueno, lo de enseñarles a bailar, cuando quieran, añade, sonriendo otra vez. Si me prometen no hablarme de cosas feas como esa. Yo les enseño a bailar y ustedes me enseñan un poco de italiano, me vendría muy bien en el trabajo.

D'accordo, bellissima, le responde Umberto guiñándole un ojo, ¡te tomo la palabra! Lección primera: *Ci vediamo domani? Voglio dire*: ¿Nos vemos mañana otra vez? Claro, responde ella, mientras ya regresan los tres hacia el Chevrolet y se suben en él. Siempre me hizo ilusión aprender italiano.

¿Adónde quieres que te llevemos ahora?, le pregunta Manlio, que es de nuevo el que conduce. Pues al paradero del camión, responde

Leticia, está allá, ¿ves el cartel? Y mañana nos volvemos a ver aquí, en el mismo sitio, no hay pérdida.

Los dos jóvenes callan, y cuando se detiene el auto junto al paradero, Umberto se baja y le abre la puerta. Luego vuelve a besarle la mano, ceremonial. *A domani*, linda, le dice, ¿a las cinco te viene bien? Perfecto, *¡a domani!*, responde ella con una sonrisa candorosa, y corre hacia el autobús, que está llegando ya.

Después, mientras regresa a casa, piensa en Umberto. Le gusta ese muchacho, es simpático y elegante. Parece buena persona, además. Tiene muchas ganas de volver a verlo y también de aprender italiano. A lo mejor, hasta podría ayudar luego a su padre con las traducciones. Ya lo hace a veces mecanografiando cosas, porque es mucho más rápida que él, que solo teclea con dos dedos.

Al día siguiente, por la tarde, Leticia toma el autobús para volver a Chapultepec. Le hace ilusión ese encuentro. Hay mucho tráfico y el vehículo avanza con lentitud. Qué rabia llegar tarde, piensa, aunque sean pocos minutos.

Cuando al fin se va acercando al lugar de la cita, divisa desde su ventanilla a los dos italianos en su Chevrolet verde. Están muy serios, y parece como si discutieran. ¿Por qué? Siente entonces como un pálpito. Una sensación extraña. Funesta. ¿Por qué estarán dentro del auto? ¿No han quedado allá fuera, en el parque? Aunque eso será tal vez lógico. Pero ¿por qué discutirán? Con esas caras no parecen los mismos muchachos encantadores de ayer, se dice. Hay algo oscuro en ellos, ¿o son tonterías suyas? De pronto le pasa por la cabeza el encuentro de Helena con aquellos dos tipos, tiempo

atrás. ¿Por qué no lo pensó antes? Bueno, se dice enseguida, son italianos, de la embajada además, nada que ver con la gentuza que teme siempre.

Pero esos comentarios del día anterior sobre Trujillo y los tiburones, ¿a qué venían? Es la primera vez que alguien le comenta esos temas. ¿Y por qué dijeron que conocían gente dominicana? Aunque sí, tal vez sea normal. Y es verdad que Umberto y Manlio son conocidos de Roxana, pero también que su amiga nunca antes le habló de ellos. Además, hay algo raro, piensa, mientras el autobús sigue avanzando muy lento. ¿Por qué se miraban así al hablar de Trujillo? ¿O es ella la que se está volviendo paranoica? Tal vez sí, tal vez es ella el problema. ¿Por qué diablos se tuvo que subir ayer a ese coche? ¿No se la estaba jugando, como una tonta? ¿Como si no supiera nada de tantas cosas?

Ahora el autobús pasa ya junto al Chevrolet, y desde la ventanilla los ve a los dos más de cerca, todavía discutiendo. Qué mala espina, se dice. No, no parecen tan amigos como ayer, ni tan simpáticos. ¿Cómo será ser una chica normal, con muchos amigos y sin todos esos miedos? Mejor olvidar a esos hombres, piensa, mientras el autobús sigue de largo. Se le han quitado de pronto las ganas de tomar helado. Y nada de preocupar a nadie con esta historia, que ya hay bastantes problemas en casa. Nada ha ocurrido. Solo ha sido un mal sueño. Y, sobre todo, nada de volver a una fiesta de Roxana.

47

Mano Quemada

Bienvenido, señor Meo, dice el recepcionista del hotel Prado mientras le entrega la llave de la habitación 11-31 a ese nuevo cliente bajito y cuarentón. Lo dice con una media sonrisa, y él sonríe también. Ya está acostumbrado a la incomodidad y las bromas cada vez que se presenta con su acento caribeño y su pasaporte italiano. Y qué le va a hacer, si ese es su nombre: Carlo Meo Fraschetti. Está contento con la instrucción recibida de alojarse ahora en ese hotel, es de lo más exclusivo de la ciudad de México. Mucho mejor que el Frimont, donde se quedaba hasta ahora. Órdenes son órdenes, y a veces es un gusto cumplirlas. Además, se da cuenta de que está escalando hasta las categorías más altas, y eso le hace sentirse realmente bien.

Hace ya un año que la revolución hizo saltar por los aires su antiguo plan de vida en Cuba. Por fortuna, el Jefe los acogió a todos en Ciudad Trujillo: a la gente de Batista y también a su propia gente, que se había aclimatado tan pronto en ese mundo de casinos, cabarets y negocios prósperos regados con buen ron. Allí las cosas parecían sencillas para alguien como él, nadie le preguntaba por su pasado. Y los policías eran de trato fácil, porque los billetes verdes

resolvían cualquier conflicto. En La Habana corrían los dólares con una facilidad increíble, y a él le gustaba ese perfume. ¿Quién dijo que el dinero no tiene olor? El dinero huele a *vita,* a *gioia*, a *piacere.* A todo lo que se puede conseguir con él. Huele por ejemplo como ese hotel, limpio y perfumado. Y huele como el mejor whisky y los mejores habanos. Y como esas mujeres hermosas y también perfumadas que lo acompañarán cuando él quiera en su habitación.

Es verdad que en la isla corrían esos billetes con la misma facilidad que las balas. Pero eso no era mucho decir para él, huido de una Italia que perdió la guerra y también a su Duce. De ese tiempo conservaba un recuerdo maldito que estaba obligado a ver cada día, y era esa mano izquierda que le quedó inútil después de la batalla de Guadalajara. Y que hacía que esos cubanos del diablo lo llamaran Mano Quemada. Él la escondía siempre en el bolsillo, apenas la mostraba, excepto que fuera necesario usarla. Otros presumían de sus heridas de guerra, pero a él le fastidiaba esa señal. Le quitaba distinción. Aunque no le impedía cumplir con su trabajo. La mano derecha funcionaba perfectamente y tenía la misma buena puntería de siempre. Por eso le resultaba útil al Jefe.

Por eso y por mucho más. El color de su piel y su buen carácter lo convertían en un perfecto mediador con sus clientes ahí en México. Y también en Miami. Y en Nueva York. Porque hace tiempo que al Jefe le hacen el vacío. Sobre todo desde las matanzas de Constanza y Maimón. Sus antiguos colaboradores lo llaman ahora el Carnicero y le dan la espalda. Él está frenético y anda como loco reclutando esa Legión para enfrentarse a Fidel. Así que los nuevos cachorros llegados de Cuba lo ayudan mucho.

Eso va pensando mientras ya entra en su habitación y le da al botones que lo acompaña una generosa propina con gesto aristocrático. Su nuevo estatus le gusta tanto que es capaz de perdonar todos los sinsabores del pasado. Disfruta codeándose con gente importante de las altas finanzas y la política. Nunca soñó con llegar tan alto, pero con Trujillo cualquier cosa es posible.

Entra ahora en el baño, amplio y lujoso, y abre el grifo dorado de la ducha. El agua caliente corre y va llenando la bañera. Mientras, él se desnuda despacio y cuelga el traje y la camisa. Es ropa buena y no quiere que se arrugue. Luego se sumerge en el agua espumosa. Le gusta eso de sentirse como un rey, y es capaz de cualquier cosa por conservar sus privilegios. Quién se lo iba a decir cuando era un simple estudiante de leyes. Y luego un camisa negra fugitivo que nadie quería en ninguna parte. Pero la suerte le cambió cuando viajó a La Habana. Allí, saber manejar una pistola era el mejor medio de subsistencia.

Entonces empezó a irle bien al fin, y durante algunos años se ganó su dinero cómodamente. Solo que esa maldita revolución lo jodió todo, se dice ahora. Justo cuando estaba a punto de conseguir la firma para aquel contrato de construcción de casas obreras. Tremendo negocio. Y de un día para otro se vio catapultado en un avión rumbo a Santo Domingo. Sin poder llevarse nada, qué carajo. Solo tenía consigo una mano muerta y un revólver en la otra. Nada más. Fue entonces cuando el Benefactor lo hizo llamar a la Estancia Ramfis. No se lo podía creer, pero así fue. Él era uno de los elegidos. Y allá se presentó, elegante y cordial siempre. Porque sabía bien que su don de gentes y su simpatía estaban entre sus cualidades más persuasivas.

Se queda un buen rato sumergido en esa agua jabonosa, mientras recuerda cómo el Jefe se interesó en su proyecto de casas obreras. Claro que aquello era una excusa, y al final lo que necesitaba realmente era su mediación con las autoridades cubanas. Trujillo quería que él hablara con Fidel para buscar un pacto de no agresión. Casi nada. Si cumplía su cometido, le adjudicaría un contrato de obras públicas de treinta y cinco millones de dólares. Aunque el Jefe se quedaría con un diez por ciento, por el servicio.

Carlo aceptó encantado, pero había otra condición más. Y era que debía conseguir él la financiación externa. Ahí empezó a sentir que su vida era como una gran montaña rusa, donde a veces tocaba el cielo y otras el infierno. Como ya conocía el abismo desde la guerra, lo demás le sabía a mieles y le compensaba de todo. Además, le gustaba el dinero por encima de todas las cosas. Y el Jefe sabía ser generoso como nadie. Le llenaba los bolsillos de billetes y él se dejaba querer.

Cuando sale al fin de la bañera se envuelve en una toalla. Luego limpia el vaho del espejo y unta la brocha con jabón para empezar a afeitarse. Y piensa ahora en esa manía de tantos cubanos de dejarse barba y bigote. Por lo visto, se sienten más machos con todo ese pelo, se dice. Pero a él le gusta ir bien rasurado y perfumado. Como el caballero italiano que es. Aunque la elegancia no le valió mucho en sus entrevistas con Efigenio, el comandante jefe de la Policía Nacional de Cuba. Ni con el comandante Rodiles, el jefe de Radio Patrullas de La Habana. Diez días estuvo en la ciudad con aquel tira y afloja.

Fidel aceptaba el pacto de no agresión que le proponía Trujillo, a condición de que él le entregara a Batista. Eso le dijo Efigenio.

Cuando se lo contó al Benefactor, el hombre montó en cólera, pero enseguida pensó en otros planes para él. Fue entonces cuando le dijo que lo ayudara a organizar una legión extranjera al modo de la de Franco, que ya le había estado mandando gente. Y tenía también excombatientes alemanes reclutados. Los italianos serían bienvenidos, y los cubanos de Batista, por supuesto. Pero necesitaba su mediación, porque con Batista se llevaba a matar.

Ahora, un poco de gomina Glostora para terminar, se dice Carlo mientras se seca el pelo con la toalla y se lo peina hacia atrás. Y por su memoria siguen desfilando las imágenes de Trujillo y de su familia. Recuerda bien cómo logró intimar con Radamés, que era bastante más campechano y lenguaraz que su padre. Y que lo ponía al corriente de los entresijos de palacio. Fue él quien le habló de la red de espionaje que tenía el Jefe por toda América, controlada desde las embajadas. En Miami estaba Paulino, el Ojo Mágico. Es decir, el Ojo de Cristal. Menudo humor tienen estos caribeños, piensa. Él no se ha librado de nombrete tampoco, aunque peor habría sido que lo llamaran, por ejemplo, Mano Chamuscada. Sonríe un momento frente a su imagen en el espejo. El que no tenía mote era el coronel Augusto Ferrando, al que conoció pronto. Y que repetía con cinismo aquella frase inquietante: «Yo sé cuánta agua tomó Galíndez». Pero sí que lo tiene Osvaldo Díaz, el Cejijunto, con el que tiene que hablar pronto para recibir instrucciones.

Mientras Carlo se anuda la delicada corbata de seda, regalo del Jefe, piensa que hay que haber vivido a fondo la miseria y la guerra para saborear esos placeres de la vida. También es un regalo del Benefactor esa pistola que se coloca con su correa sobre la camisa. Tiene grabado con letras de oro el nombre del generalísimo. Y él

sabe agradecerlo todo. Igual que un perro fiel. Y como tal va a defender a su amo del escarnio al que lo ha sometido ese miserable gallego que llaman Almoina. El Jefe quiere atraparlo vivo a toda costa. Y la paga que recibirá por su trabajo es suculenta. Lo de este profesor se le está resistiendo hace mucho al Jefe, pero ahora todo está cambiando. El servicio secreto mexicano también obedece a la campaña gringa contra los revoltosos. Y además parece que no le hace ascos a las mordidas de hojas verdes y fresquitas. En especial si son en dólares.

Carlo abre ahora su cajetilla de tabaco rubio y enciende un cigarrillo. México es una ciudad tranquila, después de todo. Nada que ver con las balaceras que había a cada momento en las calles de La Habana. Además, el Jefe lo protege, tiene a mucha gente a su servicio ahí. Y él sabe bien hasta dónde puede el dinero comprar las voluntades. Y hasta el perdón de cualquier ofensa.

Ahora se sienta para ponerse los zapatos. Siempre le da fastidio atarse los cordones, es de esos pequeños detalles que hacen necesaria su mano inválida. Mientras, recuerda aquellos días terribles en la cárcel de La Victoria. ¿Cómo pudo perdonar esa humillación? Y sin embargo, la perdonaría mil veces. Porque él siempre había sido un don nadie, y el Jefe lo ha convertido en un príncipe. Ahora que se pone en la muñeca su reloj de oro, regalo del Jefe también, recuerda cómo Trujillo le hizo su segundo encargo. Y él puso todo su celo en cumplir sus deseos, después de fracasar en aquella mediación con los revolucionarios.

La nueva tarea parecía más fácil: debía conseguir armas para esa flamante legión que se organizaba con celo en Constanza. Era otra vez el hombre indicado: blanco, ojos claros, europeo. Un elegante

abogado y hombre de negocios. De pronto sonríe para sus adentros. Bueno, es verdad que ya no es joven y que le vendrían bien unos centímetros de más. Ser retaco le resta empaque. Pero eso no afecta a los otros valores. En el reino de Trujillo todo es distinto. Además, en La Habana aprendió a hablar inglés con fluidez con los empresarios gringos. En fin, hasta le daban ganas de presentarse como un conde, ¿por qué no? Podría ser el conde Fraschetti, oriundo de Roma. Eso le sonaba bien.

Pero no le hacía falta. Para sentirse importante le bastaban las fabulosas cifras que ponía el Jefe en su bolsillo. Podía viajar a placer a Roma y a Miami para cerrar ese negocio. El problema fue que en Italia ocurrió algo inesperado: se encontró todas las puertas cerradas. Allí estaba terminantemente prohibida la venta de armas a ningún país del Caribe. Así se lo dijo el comandante de Marina, Petroni, dueño de aquel astillero en Anzio, donde quiso comprar cuatro guardacostas. Por fortuna ahí estaba Miami, siempre abierta a un buen negocio. Como la mejor meretriz, se dice Carlo. De allí pasó a Dallas, donde no solo consiguió armas, sino también un financiero para sus casas sociales. Solo pedía a cambio el permiso para instalar una refinería de petróleo en Ciudad Trujillo. Se lo contó con temor al Jefe, porque sus reacciones eran imprevisibles. Pero él se entusiasmó con el proyecto. Y hasta se ofreció a participar como accionista con seis millones de pesos. Recuerda bien aquella cena regada con el champán francés que el Jefe descorchaba solo en las grandes ocasiones. Y entonces llegó la desgracia.

Carlo se asoma a la ventana de su habitación discretamente. No hay que bajar la guardia, se dice. Pero todo parece tranquilo. Su memoria vuelve entonces a aquellos días de euforia y proyectos.

Cuando de pronto el director de Petróleos Mexicanos le dijo que no lo podía ayudar. Que los bancos americanos se negaban a liberar el dinero de los cheques que había conseguido. Había veto para el Carnicero del Caribe. Y él volvió con el rabo entre las piernas a Ciudad Trujillo. Entonces le contó a su amo toda la verdad, como debe hacer el siervo más fiel. El más leal y sumiso. Jefe, lo llaman a usted el Carnicero del Caribe, y dicen que no hay dinero para el que fusiló sin juicio a los expedicionarios de junio. Eso le dijo.

Ahora se confunde todo en su cabeza. Los recuerdos se le desordenan. Y vuelve a sentir el mismo escalofrío que sintió aquel día. Cuando Trujillo montó en cólera al oír aquellas noticias. Y lo condenó, también sin juicio, a dos años en la cárcel de La Victoria. Pero ¿por qué?, protestó Carlo desolado, con un hilo de voz. ¡Por estafa!, respondió el Jefe con su voz atiplada, que se volvía más chillona cuando se encolerizaba.

Eso fue solo una pataleta, se dice, mirándose en el espejo de cuerpo entero y poniéndose un pañuelo en el bolsillo superior de la chaqueta. Pero la cárcel no era teatro, sino algo muy real. Allí volvió a hundirse en la miseria y la podredumbre. Y volvió a jurarse que vendería su alma al diablo con tal de recuperar sus privilegios. Aunque ese diablo fuera el Carnicero del Caribe. Los amigos de la embajada italiana intercedieron por él y al final logró salir al cabo de tres meses. Mientras, aprendió algunas cosas. Y conoció a gente interesante. Como aquellos cuatro españoles que estaban presos precisamente por desertar de la Legión Extranjera. El Jefe nunca perdonaba, eso estaba claro. No estar con él era estar contra él.

Carlo trató mucho a uno de ellos, que se llamaba Fernando. Pero ¿por qué desertaron?, le preguntó cuando tuvieron cierta confianza.

Porque antes nos obligaron a alistarnos con Franco y ahora nos querían volver a obligar, respondió él bajando la voz. Y porque somos católicos, y este tipo es peor que el demonio. Después le contó muchas cosas. Por ejemplo, cómo se estaban entrenando ochenta hombres rana para dinamitar los puertos cubanos. En esa cárcel se enteró también de cómo Trujillo atentaba en Costa Rica contra los exfuncionarios que huían de él. Todo siempre disfrazado de accidente casual. Esta vez, Carlo se cuidó mucho de contarle nada al Jefe. Por si acaso volvía a cargar contra el mensajero.

Ahora se sienta a esperar esa llamada de teléfono que le dará las siguientes instrucciones. Mientras, se fuma otro cigarrillo y vuelve a pensar en aquellos días no tan lejanos en La Victoria. Al salir solo tenía claras dos cosas: el valor del silencio y el valor del dinero. Debía portarse bien, estar calladito y obedecer. La recompensa bien lo valía. El Jefe sabía domesticar a su gente, por algo había sido cuatrero. Y él de momento solo tiene que disfrutar de ese hotel de lujo y seguir haciendo esos negocios de los que recibe un buen pellizco. El Jefe le ha dado una muestra de uranio para buscar mercado en Miami, donde tiene el contacto de un influyente senador. Y en México hará negocios con Gregorio Garza para explotar minas de manganeso. Carlo cumple encantado su papel de alto ejecutivo. Y nadie debe saber que lleva siempre encima su muñequita. Su *bambola*, como él la llama. La acaricia con celo bajo la chaqueta. Sabe que se portará bien en esa misión importante, que ella cumplirá dócil como la mejor amante.

48

Cantina Dolores

Avellaneda sigue siendo ese zascandil que aparece cuando menos se le espera. Ahora está otra vez en México y acaba de llegar a UTEHA con su inseparable maletín. Viene a hacer cuentas de lo vendido y a recoger nuevos libros, y se acerca a saludar a Almoina, que lo mira sin verlo, ensimismado.

—Necesitas tomar el aire, Pepe —le dice con un gesto nervioso—. Vente a dar una vuelta conmigo.

—La verdad es que no salgo para nada, gordinflón, no me conviene. No creo que sea buena idea. Y tú tampoco pareces muy animado.

—No sé, será que estoy cansado. Oye, qué te parece si vamos a ver a Mirentxu, hace mucho que no conversamos los tres. Le he dicho que nos espere en la cantina Dolores. Yo te llevo y te traigo, no te preocupes.

Almoina se queda pensativo. Desde que vive encerrado tiene raras sensaciones. Su casa y la editorial, en lugar de parecerle lugares pequeños o asfixiantes, le resultan cada vez más grandes. Porque es el único mundo real que tiene. Y porque lo demás no existe. Se ha convertido en un ermitaño. Fuera está el peligro. Sin embargo, ese

breve encuentro con sus amigos le suena ahora bien. Tiene ganas de verlos, sobre todo a ella. Así que llama a Pilar para decirle que llegará más tarde que de costumbre, y ella responde con voz neutra. Sabe lo que está pensando: ¿te fías de ellos? Claro que se fía. Como de su propia sombra.

Cuando llegan a la cantina, Mirentxu ya está allí esperándolos, con una Moctezuma y una cajetilla de cigarros sobre la mesa. Almoina la sigue viendo demacrada, como la última vez. En la barra, un muchacho está sentado junto a la radio y sube el volumen cuando los ve entrar. Suena la voz envolvente de Agustín Lara, El Flaco de Oro. Es una vieja grabación de *Piensa en mí.* Almoina se queda absorto escuchándola, y en ese momento se oye: «Cuando quieras quitarme la vida…». Vaya, qué letra, dice en voz alta. Mirentxu se levanta y les da un abrazo a cada uno. Luego los tres se sientan y Almoina percibe las miradas furtivas entre ellos dos. Se da cuenta de que algo pasa, y eso le incomoda. Avellaneda y él piden Moctezuma también. El muchacho trae enseguida las dos cervezas heladas y regresa a la barra.

—Os veo un poco misteriosos —dice Almoina, concentrado en el cristal de la botella. En ese brillo color cacao donde espejea la ventana de la calle. Escruta la imagen. Está obsesionado con sus perseguidores y apenas presta atención a las palabras que oye.

—Joseba, ¿estás escuchando? —dice Mirentxu.

—Sí —responde Almoina mecánicamente, mientras sigue mirando en el cristal las sombras de la ventana y a la vez esas letras: «Moctezuma». Y esa imagen pintoresca de un supuesto aborigen de piel blanquísima, barba negra y penacho de plumas rojas en la cabeza. Plumas como las del Chacal en su uniforme de gala, piensa.

Nunca supo de dónde sacó esa idea ridícula. Tal vez de los gustos haitianos. Capaz que de esas botellas de Moctezuma. El Chacal y sus plumas y sus dentelladas, se dice.

—Joseba, no escuchas —insiste Mirentxu.

—Que sí, perdón.

—Es que no te vemos hace una eternidad. Cuéntanos cómo sigues.

—Pues ya sabes, vivo entre dos celdas. O tres. Casa. Coche. Oficina. No está mal. ¿Cómo va todo por Jus?

—Bien, me dedico a eso y a otras cosas. Ya sabes —dice Mirentxu.

—Sigues desmejorada, trabajas demasiado, Miguelona. Y seguro que sigues fumando una barbaridad. —Almoina la mira preocupado y Mirentxu pone cara de resignación.

—Cuéntanos más de ti —responde.

—Pues estoy harto de todo, y no sé ya qué esperar. Que la edad acabe con el Viejo y se muera de una vez, supongo. Y poder salir de la cárcel en que vivo.

—Ya habréis visto la prensa —dice Mirentxu, que enciende un cigarrillo, le da una calada y lo apaga, luego mira a Almoina con cara de culpa y continúa hablando—. Lo estoy dejando poco a poco, Joseba. Es que ando muy alterada últimamente y me cuesta. Bueno, sigo. El tipo no para de matar gente, y sobre Galíndez siguen las conjeturas. Con el tiempo que ha pasado, y cada día descubren algo. Quién iba a decir que era un espía del FBI. Y luego está ese escándalo que destapó la revista *Life*. Eso de que mataron al piloto gringo que lo llevó a Santo Domingo. Si no matan a un gringo, no pasa nada. Pero ahora sí que importa la desaparición de Galíndez.

Avellaneda se mantiene en silencio.

—¿Por qué no dices nada, gordinflón? Galíndez era tu amigo, ¿no? —le espeta Almoina.

—Nuestro poeta me ha contado novedades bastante tristes —le interrumpe Mirentxu, bajando la voz.

—Si te refieres a las torturas, también a mí me han llegado esas noticias —responde Almoina—. Radio-Caribe, todo se sabe. Sé que las palizas fueron brutales. Que le cortaron la lengua y también el badajo. Esa carnicería me quita el sueño muchas noches. Para eso lo quería vivo, para martirizarlo.

Se hace un silencio. Avellaneda y Mirentxu se miran otra vez.

—¿No os referíais a eso?

Avellaneda abre su maletín y saca un libro muy grueso, con rayas rojas y negras en la cubierta.

—Mira, no lo has leído, ¿verdad? Por este libro lo mataron. Salió en Chile después de que lo raptaran. Pero no hay quien lo encuentre. El Viejo lo secuestró en todas partes.

—No, no lo he leído, ¿para qué? Me alegra que al menos su esfuerzo sirviera de algo. La verdad es que no quiero pensar más en el Viejo, bastante tengo ya.

—Yo lo he leído entero —dice Mirentxu—. Es tibio con Trujillo y complaciente con Estados Unidos.

—Bueno, ya sabemos que trabajaba para el FBI —responde Almoina.

Avellaneda aprieta los labios, tenso. Mirentxu vuelve a encender otro cigarrillo para darle una calada y apagarlo enseguida.

—Sí, para el FBI, entre otras cosas —carraspea, bebe un trago y sigue—. Cuenta por ejemplo que su dictadura no es tan sangrienta como afirman los exiliados. O sea, le descarga la conciencia al

imperio que los apoya a los dos, a Galíndez y a Trujillo. Y dice que los refugiados españoles eran allí libres para celebrar sus actos políticos. ¡No te jode! Y que él pudo negarse a ir a algún mitin del Viejo. Claro. Estaba protegido por los gringos.

—Déjalo, Mirentxu, no te encones —dice Almoina.

—Deja que hable, Pepe —le interrumpe Avellaneda muy serio.

—¿Que no me cabree? —responde Mirentxu, levantando la voz, y al momento se da cuenta y vuelve a hablar en voz baja—. Estás en la luna, Joseba. Si hasta se permite ser benévolo con la matanza de haitianos. Dice que eso desbordó los propósitos de Trujillo. —Mirentxu habla ahora con retintín—. Que fue fruto de un malentendido. Oh, qué cosa. Y que sus oficiales interpretaron mal sus palabras sobre la abundancia de haitianos ilegales en suelo dominicano. ¡Es el colmo!

—Bueno —la ataja Almoina—, ese es el Galíndez que conocimos en Santo Domingo. Respetuoso con el régimen. Luego se volvió otra cosa. Avellaneda lo quería mucho, siempre lo defendió. Así que no seas tan despiadada con él.

—Ahora me arrepiento —dice Avellaneda.

—No es para tanto, hombre —responde Almoina, desconcertado —. Además, Galíndez está muerto. Nada de eso tiene remedio ya.

—Es que hay más cosas que no sabes —replica Avellaneda.

Almoina respira hondo. Empieza a sentirse molesto.

—Y yo que pensaba que este era un encuentro de viejos amigos. Para brindar por los buenos tiempos. En fin, contadme, soy todo oídos.

Mirentxu llama al camarero. Ahora le pide un vaso de ron Bonampak.

—Mujer, ¿desde cuándo te ha dado por beber ron? —le pregunta Almoina contrariado, mientras ella se acaba la Moctezuma de un trago—. ¿Es que estás dejando el tabaco para empezar con el alcohol? Mira lo pálida que estás, y con esa tos. ¿Cuándo te vas a empezar a cuidar? De verdad que me estás preocupando.

—Yo te voy a contar lo que pasa con el vasquito del Manzanares —responde Mirentxu muy seria, sin hacerle caso—. Llevo mucho tiempo atando cabos y lo que acabo de saber hace que todo encaje.

Almoina mira a Avellaneda, que permanece callado y con los ojos bajos.

—Adelante, soy todo oídos. —Almoina se apoya en el respaldo de la silla, con los brazos cruzados, atento otra vez a los reflejos de su botella. A veces piensa que ya nada puede sorprenderlo. Pero desde que padece del corazón cualquier sobresalto le provoca arritmias.

—Bien, después del secuestro de Galíndez, nombraron a dos detectives para investigar su caso, el gallego Bouza y el boricua Suárez —sigue Mirentxu—. Uno de ellos se ha ido de la lengua.

—Ya sabemos cuál ha filtrado la información. No el gallego —dice Almoina con sorna.

Avellaneda sonríe al fin.

—Me alegra que empieces a relajarte, gordinflón. Hace rato que estás con cara de guardia civil. Venga, Mirentxu, suelta ya lo que quieres contar.

—Bueno, pues eso —sigue ella—. La gran contradicción no está solo en que Galíndez era antitrujillista pero trabajaba para un socio de Trujillo. La contradicción está en que era un doble agente. En un principio era el agente Rojas. Trabajaba para el FBI en Santo Domingo. Allí le reportaba todo a un tal Driscoll, que era su

inmediato superior. Pero pronto pasó a trabajar para la CIA, a espaldas del FBI. Eso sí, cobrando de ambas agencias.

Almoina se queda de una pieza. Mira ahora a Avellaneda, que vuelve a bajar los ojos.

—Todo eso empieza a marearme —dice—. No entiendo nada. ¿Cómo que Galíndez trabajaba para la CIA? Pero ¡si la CIA trabaja con Trujillo!

—Exacto —responde Mirentxu—. El caso es que la CIA lo ficha para espiar falangistas y nazis en Santo Domingo. Pero a continuación le pide también toda la información sobre los opositores. Y él acepta darla. La da puntualmente. Servilmente. Se ha pasado todos estos años denunciando a nuestros compañeros. Traicionándonos a todos.

Almoina guarda silencio. Está muy rígido, y un rictus le contrae la frente y la boca.

—¿No dices nada? —le pregunta Mirentxu.

—Espero a que acabes.

—Pues eso. Que ahora se entiende todo. Era el más simpático. El amigo de todos. Todo el mundo lo conocía en Santo Domingo. Estaba en todas partes. Lo mismo en Nueva York. Siempre el más osado en la lucha contra los tiranos. Con ese aplomo. Con esa valentía. Claro. Estaba protegido. Se sentía seguro. Para contravenir a Trujillo en Santo Domingo. Para atacarlo en Nueva York. Era un cebo para opositores. Todos creían en él. Lo invitaban a sus reuniones y fiestas. Y él tomaba nota de cada nombre. De cada dato. De cada conversación. Y luego los denunciaba minuciosamente.

—Lo del FBI podría explicarse —replica Almoina—. Sabemos que el PNV quería la protección gringa para que Euskadi se emancipara de Franco. Lo otro no lo entiendo.

—No sé si soñaba con que Estados Unidos liberara a Euskadi —dice Mirentxu—. Suena bastante ingenuo. Pero llegó Eisenhower y se hizo amigo de Franco. Y Galíndez sobraba. Aunque el gran asunto es que la CIA es amiga de Trujillo. Galíndez estaba denunciando a los opositores ante la CIA, es decir, ante Trujillo también, como dices. ¿Sigo?

—Sigue —responde Almoina, tenso.

—El agente de la CIA que trabaja con Trujillo es John Joseph Frank. Si te fijas, Frank está hasta en las fotos de Franco y Trujillo en Madrid. Salieron en todos los periódicos. Galíndez se cabreó cuando vio que Washington apoyaba a Franco, y solo le quedaba seguir en la batalla para ser político y escritor. Ya tenía el apoyo de las masas. Eso fue en el año cincuenta y cuatro.

—Cuando me acariciaron la calva con una bala —dice Almoina.

—Sí, querido. Todo va junto. Galíndez publica entonces adelantos de su tesis sobre el Jefe en *Cuadernos Americanos* y en *Bohemia*. Incluyendo tus noticias sobre la bastardía de Ramfis. Y Trujillo se la jura a Galíndez y manda al Cojo a Nueva York.

—De ese tipo sé algo —la interrumpe Avellaneda—. Galíndez estaba muy alterado porque lo seguía a todas partes.

—Sí que era inquietante el Cojo —dice Mirentxu—. Un español que estuvo en la Legión y trabajó para Millán Astray. Luego vino como infiltrado, pero sabíamos perfectamente quién era. Se hacía pasar por republicano, pero era un espía. Estaba al servicio de Franco y Trujillo. Y al más puro estilo Chapitas, llevaba con él a una fulana

para engatusar a Galíndez. Una prostituta fina de San Juan de Puerto Rico. Se ve que no conocían sus gustos. Y a lo que voy: justo cuando la ONU acepta a Franco a petición de Trujillo, los dos amigos empiezan a actuar con esa impunidad.

—Tres amigos. No olvides a la CIA —la ataja Almoina mientras Avellaneda sigue callado, escuchando.

—Tres aliados que eliminan a sus enemigos —sigue Mirentxu—. Franco odia al separatista. Trujillo odia al malagradecido. Y la CIA se libra de un hombre que sabía demasiado. Aunque le seguía siendo muy útil para controlar la insurgencia en el Caribe. Sobre todo de Puerto Rico.

Se quedan los tres en silencio y beben de sus vasos. Almoina mira inquisitivo a Avellaneda, que vuelve a tener los ojos bajos.

—Bueno, volvamos a Galíndez —continúa Mirentxu—. Ya os decía que estaba en todas partes. En la Asociación para la Democracia y la Libertad. En la Liga Internacional para los Derechos del Hombre. En la Sociedad de Poetas y Escritores Iberoamericanos. Quería entrar en la alta política gringa. Y tenía sus cualidades. Mientras, hacía informes secretos y seguía denunciando a todo el mundo. A los veteranos de la Brigada Lincoln. A los antifascistas. Daba todos los nombres, datos y biografías de los refugiados republicanos allí. Tú también estabas en esos informes, Pepe. Como comunista.

Almoina suelta una carcajada nerviosa.

—Lo que me faltaba por oír —dice—. Otro como Trujillo. Todos comunistas. Trujillo llamó comunista hasta a aquella yegua famosa que le ganó a su caballo. La doctrina Truman en el callejón del gato da el esperpento. Pero bueno, Mirentxu, ¿tú por qué sabes tanto?

—Ya te lo dije, Joseba. Uno de los detectives habló. Lo demás son nuestros enlaces. Eso fue en su etapa en la CIA, pero antes te denunció al FBI. Como un hombre silencioso y sin escrúpulos que impresionaba al presidente por su poder de seducción. Está todo escrito en los informes. Lo del poder de seducción lo suscribo, eso sí. —Mirentxu sonríe fugazmente.

Almoina le hace un gesto cómplice. Nunca se acostumbra a esa manera que ella tiene de tratarlo, con una severidad aparente mezclada con guiños repentinos.

—Pero no solo denuncia a republicanos —sigue Mirentxu—. También a los del Partido Independentista de Puerto Rico. Y al Club Cultural Chileno. Y a la Mutualista Obrera Mexicana. Ya sabéis que tenía una memoria prodigiosa. Y llevaba siempre aquella libretita donde decía que apuntaba sus ideas para novelas. Ya imagináis de qué iban esas novelas.

Avellaneda se remueve. Almoina lo mira con pena.

—No es culpa tuya que nos saliera rana, gordinflón.

—Matilla está indignado —responde Avellaneda con un hilo de voz —. Por esa traición a los puertorriqueños, sobre todo. Es el único país latinoamericano que sigue siendo una colonia. Llevan décadas batallando por la independencia. Se supone que los boricuas son nacionalistas y católicos como él. ¿Cómo se le ocurrió denunciarlos?

—Le pagaban muy bien —dice Mirentxu—. En esos años de servicio llegó a recolectar en torno a un millón de dólares, eso lo publicó el *Herald Tribune*. ¿Y para qué? No lo sabemos. Pero llevaba una vida de lujo en su apartamento de la Quinta Avenida. Y estaban a su nombre cuentas y acciones. Si eran para él o para su red de espías, o para sobornos, no lo sé. La noticia de su secuestro se

retuvo varios días. Y mientras, la CIA vaciaba de pruebas su apartamento, parece.

—Joder, qué historia —dice Avellaneda.

—Voy acabando —continúa Mirentxu, y le da un sorbito a su vaso de ron—. El caso es que se seguía viendo con el FBI. Para identificar a los que iban a las manifestaciones antifranquistas. ¿Recordáis aquellos días, las protestas contra la entrada de Franco en la ONU? Pues él, foto a foto, identificando. Denunciando. A los exiliados dominicanos también. Y la imprenta contra Trujillo. Y a los cubanos que se organizaban contra Batista. Los de Prío y los del Movimiento 26 de Julio. En fin, el mundo hispano de Nueva York. Después llegaban las redadas. Y se confiscaban imprentas y publicaciones, claro.

—Un perro fiel —responde Almoina.

Está nervioso y la frente le brilla por el sudor. Da un trago largo a la cerveza y pide otra muy fría. Los tres callan hasta que el camarero la trae y se vuelve a alejar de la mesa.

—El caso es que había cambiado mucho Galíndez en los últimos años —dice Avellaneda—. Ya no hablaba de la superioridad de la raza vasca. Ahora se declaraba hermano de todos los pueblos humildes de la tierra. Y yo le creía. Por qué no iba a creerle, coño.

—Le creíamos, ya lo sabes —le interrumpe Almoina—. En fin. Ahora está muerto. Mejor no dar más vueltas a esto. Hablemos de otra cosa.

—Yo te pido disculpas, Pepe, porque confié en él y te convencí de sus buenas intenciones —dice Avellaneda, y se le quiebra la voz.

—Bueno, no importa ya, hombre.

—Sí que importa. —Mirentxu habla muy seria otra vez—. Porque hay algo más.

—¡Pues soltadlo ya, carallo, que me está agobiando tanto secretismo! —responde Almoina contrariado, y ya nota ese golpe de barra de hierro en la nuca de cuando se le dispara la tensión.

Avellaneda se remueve nervioso.

—Su libro está secuestrado —dice—, pero algo se consigue con un poco de tesón. Él había dejado todo preparado para difundir su tesis. Ya sabes que tenía ese sueño de ser escritor. Tenía apalabradas ediciones en México, Chile y Nueva York. Y hay una mala noticia.

—¿Cuál? —responde Almoina, displicente.

—Es la primera vez que alguien te delata como autor de la *Satrapía*, Pepe. Ya no puedes decir que son calumnias de los cortesanos de Trujillo.

Almoina palidece de pronto y el poeta continúa:

—Galíndez cita bastante tu libro, te saca bien el jugo, pero de ti habla mal. Y afirma que tiene pruebas de que Bustamante es José Almoina. Dos veces, lo dice. Por si a alguien se le había pasado por alto. —Avellaneda abre el libro por una página marcada y lee—: «Yo he visto dos cartas escritas en México y dirigidas a Nueva York para gestionar su traducción inglesa, en que se afirmaba que su verdadero autor es José Almoina».

Luego mira a Almoina con gesto dolorido.

—Lo siento, Pepe, quién iba a imaginar que nos traicionaría.

—Ahora entiendo algunas cosas. —Almoina está demudado, y su voz se hace casi inaudible—. Parece que al fin sabemos de dónde viene el bloqueo de esa traducción inglesa de mi libro. Me jodió bastante que no saliera nunca. En fin, todo está podrido.

—Lo supe desde el principio, me lo decía el corazón, Joseba —le interrumpe Mirentxu—. Ese tipo no era trigo limpio. Demasiado teatro. Demasiada fanfarronería. Y tú, Avellaneda, eres un cándido incorregible. Galíndez tenía planeada la publicación de su libro sobre Trujillo en inglés. No debía venirle bien la competencia.

Almoina da un trago largo a la cerveza y habla ahora con un tono que quiere sonar neutro.

—Bueno, dejémonos de especulaciones. Está claro que yo soy el siguiente. No os he dicho aún que he recibido un anónimo en mi buzón hace unos días. Recordándome que no me han olvidado.

—¿Cómo? —pregunta Mirentxu alarmada, con una repentina crispación en el rostro—. Se lo habrás dicho ya a la policía, ¿no? ¿Cómo pueden haberte encontrado? ¿Qué vas a hacer? ¿Vuelves a mudarte?

—No sé, no tengo fuerzas para nada —responde Almoina.

—Estamos contigo para todo, Pepe, tienes que aguantar un poco más —dice Avellaneda, preocupado también—. Esto no va a durar siempre.

Almoina se queda un instante en silencio, pensativo, y luego se levanta.

—Te pedimos otra cerveza, Joseba. Hablemos ahora de otra cosa. Para relajarnos. —Mirentxu lo mira apenada.

—No, llevadme a casa, por favor. Gracias por toda esa información. Tendré más cuidado que nunca.

Mirentxu se sube también al coche de Avellaneda para acompañar a Almoina hasta su casa. Allí se despiden con un abrazo estrecho. Quién sabe cuándo volveremos a vernos, miquiña, le dice él al oído. Prométeme que te vas a cuidar, aunque yo no te vea. Ella le

responde con un mohín. Cuídate tú también, Joseba. Y avisa cuanto antes a la policía de lo que nos has contado. Por favor.

Luego Avellaneda la lleva a ella a su casa. Permanecen un rato en silencio mientras el auto avanza, y entonces él le pregunta: Mirentxu, ¿cómo sigue lo tuyo? Muy bien, responde ella con sequedad. No, dime la verdad, joder, que no se lo voy a decir a Pepe. Ella reacciona alterada: pues claro que no le vas a decir nada, ¿qué le vas a decir, a ver? ¿Qué tengo unas células poco amistosas en los pulmones? ¿Y para qué? ¿Para preocuparlo más? Míralo cómo está. Si no lo mata Trujillo, lo va a matar esa tristeza que tiene encima. Le va a estallar el corazón cualquier día, con la mala vida que lleva desde hace tantos años. Maldita mala suerte.

Avellaneda la escucha sin mirarla y sigue conduciendo despacio, para que le dé tiempo a ella de contarle cosas. Pero Mirentxu no parece querer hablar, y está otra vez callada. Miren, dime al menos qué te han dicho los médicos, ¿qué tratamiento te van a aplicar? ¿Quimio, radio? Ninguno, responde ella. ¿Cómo que ninguno?, pregunta Avellaneda alarmado. Pues es que no hay solución para mí, poeta, y además no quiero intentar nada. Yo sé que también estoy condenada, aunque mi víbora no está en Santo Domingo, sino aquí dentro, dice con la mano en el pecho. Y no me quiero tratar. No me da la gana. Que mi hora llegue cuando tenga que llegar, esa es mi decisión. Y si se lo cuentas a Joseba, te mato, ¿entiendes? Pero, mujer, eso es un suicidio, tienes que luchar. No, Avellaneda, esa no es mi lucha. No quiero vivir para ver lo que sé que va a ocurrir pronto. Tengo el peor de los presentimientos. Este puto mundo está demasiado podrido y algunos estamos sobrando. Y basta ya de hablar de estas cosas. Aprieta el acelerador de una vez.

49

Cara de gata

Al salir del hotel Prado, Carlo ve a un limpiabotas y se sienta en su silla para que le abrillante bien los zapatos. Cuidado con los cordones, que no se manchen, le dice a ese hombre enjuto que ya empieza a untar crema sobre su calzado italiano. Carlo, entretanto, hojea sin curiosidad el periódico del día, oteando de reojo la calle y su gente. Todo resulta anodino alrededor. El tráfico enloquecido de siempre y los chilangos que van y vienen. Nada de aquellas carreras y tumultos que en La Habana eran el pan de cada día. Paz de la buena, piensa.

El limpiabotas ya va terminando. Y ahora Carlo solo tiene que pagarle y pedir un taxi que lo lleve a la calle Insurgentes, número 76. Allí está la embajada dominicana, donde lo espera Osvaldo Díaz, el jefe de Inteligencia. El Cejijunto, como lo llaman todos. Es la misión más importante que le ha encomendado nunca Trujillo. Hay que hacer las cosas muy bien, porque se trata de atrapar a un extranjero, y en el extranjero. España no va a reclamarlo, por supuesto. Franco es amigo del Jefe. Con eso no hay problema. Pero México es otra cosa, aunque ahí Trujillo tiene buenos amigos.

Eso va pensando sentado ya en el taxi, que tarda bastante en llegar del hotel a la embajada. Allí la secretaria lo hace pasar enseguida al despacho del Cejijunto, que lo espera fumando un puro y lo saluda con un abrazo efusivo. Así es el ambiente alrededor del Jefe. Fraterno, como el de una familia italiana, se dice.

—Ya sabes que a Johnny Abbes le dieron traslado forzoso hace tiempo, Carlo —le dice Osvaldo enseguida, y con un gesto lo invita a sentarse—. Eso cabreó bastante al Jefe. El ayudante de Johnny, Martí Otero, también estuvo aquí con sus hombres, en el Hilton. Buscando artistas para la radio dominicana. Bueno, ya te imaginas qué buscaba. —El Cejijunto sonríe y deja ver sus dientes oscurecidos por la nicotina—. Pero también los largaron, parece que armaban demasiado jaleo con sus borracheras. Así que ahora Johnny dirige la operación desde Ciudad Trujillo. Y las instrucciones que ha dado son claritas.

Carlo lo escucha con esa semisonrisa que siempre lleva puesta y que le da una apariencia simpática.

—No pasa nada, Osvaldo, ya nos arreglaremos nosotros. Tú cuéntame bien todo el plan y así vamos avanzando.

—Bueno, tú también me tienes que contar cómo está la cosa, porque yo estoy recién llegado. Así nos ponemos al día los dos.

—*D'accordo*, Osvaldo. Pues para entendernos llamaremos a nuestro objetivo «el Doctor». *Allora*, tú sabes que lo que quiere el Jefe hace tiempo es atraparlo vivo, como a Galíndez. Y llevárselo a Dominicana para una entrevista, digamos, cordial. —Lo interrumpe la risita de Osvaldo, y Carlo al verlo ensancha su sonrisa también—. El problema es que el Doctor parece más listo que Galíndez y no hay quien lo pesque. Dizque está protegido por la policía judicial

mexicana y vive escondido. El Chino Miyazawa es el encargado de su custodia y, de momento, lo ha hecho bien. Pero por otro lado está la agencia de inteligencia del Gobierno, la Dirección Federal de Seguridad, que también depende de Gobernación. El jefe es el teniente coronel Rangel. Y tenemos más de un contacto ahí que nos está ayudando. Por ejemplo, el general Marilio Rodríguez. Así que ya tenemos localizado al Doctor. Sabemos dónde vive: a ocho minutos de mi hotel.

—¿Sabe el Chino todo esto? —pregunta Osvaldo.

—No lo sé. Solo sé que el plan se ha modificado, porque la primera fase fracasó. Se trataba de volver a intentar el secuestro de una hija del Doctor. Eso hubiera sido lo más simple. El Jefe está convencido de que el Doctor hubiera aceptado ir a Ciudad Trujillo a cambio de que la soltaran. Me dieron todas las instrucciones y la foto.

Mientras habla, Carlo se mete la mano derecha en el bolsillo de la chaqueta y saca una fotografía que suelta sobre la mesa.

—Esa es. Y ya lo intentamos. Pero la chica es lista y está bien enseñada. Se llama Leticia, ¿qué te parece?

Osvaldo sonríe mirando la foto.

—*Bella ragazza*, ¿no? —dice Carlo, sonriendo—. A mí se me parece a Lauren Bacall, tiene la misma cara de gata. Mis hombres la intentaron engatusar, pero les tomó el pelo y los dejó plantados. Ah, qué ojos tiene esa mujer, no te imaginas. No me extraña que el Jefe la quiera. Es de las que le gustan a Ramfis, parece una actriz de cine. Pero no hubo forma. Y el Jefe está muy impaciente. Desde que tiene enfrente a Fidel, está obsesionado con los opositores. Y si no consigue al Doctor vivo, lo quiere muerto.

—Comprendido —dice Osvaldo—. El plan Bacall ha fracasado y eso nos lleva al plan B, que es el que te tengo que contar. Y que tiene nombres ya. Se trata de dos hombres del BRAC de Batista, Frank y Nicho. Ellos nos van a ayudar.

En ese momento Carlo saca del bolsillo izquierdo su mano quemada para encender un cigarrillo. Osvaldo no puede evitar mirarla con curiosidad y un poco de repugnancia. Él la vuelve a esconder enseguida, incómodo.

—¿Qué es eso del BRAC? —pregunta.

—El Buró de Represión Anticomunista, hombre, parece mentira que me lo preguntes tú. ¿No vienes de Cuba?

—Sí, pero lo mío eran los cabarets, amigo, no la política —dice Carlo con picardía.

Osvaldo vuelve a reírse y ahora deja ver toda su dentadura. Le gusta ese hombre. Y le parece que está bien elegido. Con esa simpatía y esa elegancia, nadie diría que es un pistolero.

—La idea es repetir la estrategia que le gusta al Jefe —continúa—. Personajes que distraigan. Mucho teatro para amedrentar al enemigo. Gente que no cometa delitos. Y a la que no se pueda culpar de nada. Pero que ponga nervioso al objetivo. Así fue con Galíndez. A él le mandaron al Cojo, un legionario que trabajaba con nosotros. El Jefe dice que eso lo aprendió de los brujos haitianos. Usar el miedo como un maleficio. Paraliza y trae mala suerte. Es como un aperitivo, digamos. Y luego llega la escena culminante, así la representación se hace más larga y entretenida.

—*Allora*, a mí me dejas el asunto de la Bacall, y el Doctor a los cubanos, ¿no? —le interrumpe Carlo.

Osvaldo estalla en una carcajada.

—No, hombre, el plan es más complicado que eso. Olvídate de la chica. Verás. Esos dos tipos ya están contratados. Dizque han estado refugiados en Ciudad Trujillo, como todo el BRAC y el propio Batista. Luego se han ido a Miami. Desde allí siguen trabajando para el Jefe. Ya estuvieron aquí adelantando trabajo, y ahora han vuelto. Tienen la misión de rondar la casa del Doctor y estudiar todos sus movimientos.

Carlo sacude la ceniza en el cenicero, descruza las piernas y las vuelve a cruzar del otro lado.

—*D'accordo* —responde, empezando a impacientarse—. Pero no estoy seguro todavía de entender lo que hago yo en medio de esa comedia.

—Pues esto es una carambola, Carlo. ¿No te gusta el billar? El Jefe contrata a los cubanos para que vigilen, no para matar. El plan es que al final tú hagas el servicio. Ya sabes el precio. Seguramente el más alto que nunca ha pagado el Jefe por matar a alguien.

—Comprendido. Pero quiero seguridad. ¿Cómo sé que no me atraparán?

—Fácil. Haremos que culpen a los cubanos.

—Pero ¿por qué? —pregunta Carlo, desconcertado—. No entiendo. ¿No son amigos de Batista? ¿O sea, del Jefe?

—Bueno, eso es relativo. Batista no es amigo del Jefe, es aliado. Y el Jefe lo odia por haber huido de Cuba sin enfrentarse con los guerrilleros, después de todo lo que se ha gastado en ayudarle. Por otra parte, sus pistoleros le vienen bien al Jefe, pero estos dos, Frank y Nicho, se le han atravesado porque son un poco díscolos. Y no son los únicos. El caso es que se han negado a alistarse en su Legión del Caribe. Dijeron que se quedaban en Miami, y el Jefe

quiere que paguen por esa traición. Así que ellos van a vigilar. Cobrarán mucho por eso. Y están conformes. Luego serán culpados por esa muerte que en realidad será obra tuya. Es fácil. Solo hay que pagar a un par de testigos que digan que fueron ellos los que apretaron el gatillo.

Carlo se queda un momento en silencio, bastante perplejo.

—Con la paga estoy más que de acuerdo —dice al fin—. Pero no entiendo el plan de los cubanos. ¿Cómo sabemos que no abandonarán el país antes de que yo acabe el servicio? ¿Y cómo los van a acusar si se vuelven a Miami?

—Fácil también. Yo les daré la segunda parte de su paga después de que tú termines. Es mucho dinero, no van a irse sin cobrar. Nadie lo haría. Y tú, mientras, seguirás en tu hotel de lujo haciendo esos negocios que serán tu coartada. Intenta tener muchas citas y reuniones esos días. El coche será ese Chevrolet verde que te han prestado nuestros amigos de la embajada italiana, aunque aún no lo saben. —Osvaldo se ríe de nuevo—. Por supuesto, con matrícula falsa. Y con un buen conductor. Este es cubano, de confianza, y muy bueno al volante. Ya te lo presentaremos oportunamente.

—¿Y si el Doctor no muere en el atropello?

—Pues entonces habrá que disparar. Hay que dejar el trabajo terminado. La pena es que el Jefe se prive del gusto de darle a ese Doctor unos buenos vergazos, eso es lo que él hubiera preferido. Y retorcerle bien los huevos para que aprenda a respetar a la gente. Y luego a los tiburones, como el otro españolito. Pero no se puede tener todo.

Carlo tiene ahora cara de jugador de póquer. Conoce las cárceles del Jefe y sabe que en este juego toca ser gato o ratón. No hay

punto medio.

—De acuerdo. Entonces yo hago el servicio y sigo mi vida normal. Y culpan a los dos cubanos del BRAC.

—Correcto. Tu piel blanca pasará inadvertida aquí. La mayoría de los dominicanos sí nos hacemos notar, ya sabes.

—¿Y si no consiguen detener a los dos cubanos?

—Tranquilo, esos tres mulatos de ahí fuera estarán en el aeropuerto para impedir que escapen. Dos son dominicanos: el Cura, que es medio gringo, y el Cholo Villeta. Y uno cubano, el Coreano. Son muy eficaces, te lo aseguro.

—¿Y cómo los van a detener sin que nadie sospeche?

—Dirán que les deben dinero, eso nunca falla. Los conocen bien, de verlos en la embajada, por eso he hecho venir varias veces a Nicho y a Frank. A recoger los visados, a recibir instrucciones, a buscar los billetes de avión. Para que los tengan bien identificados.

Carlo asiente y apaga su cigarrillo en el cenicero. Luego se levanta, estrecha la mano del Cejijunto y abandona la embajada, tras despedirse también de la secretaria con una reverencia galante. En el exterior ve a los tres mulatos custodiando la entrada. Son grandes como armarios y lo saludan con cortesía. Él devuelve el saludo con prisa, porque ya está pensando en otra cosa. Debe hablar con ese empresario teatral, Alfredo Salmaggi, y después con Garza, para montar juntos una temporada de ópera en Nueva York. Y tiene que concertar una entrevista con Celestino Gorostiza para resolver la financiación. Eso también le va a hacer ganar un buen dinerito. ¿Quién dijo que el dinero no huele? Huele a todas las cosas buenas que se pueden hacer con él. El olor distingue a los de arriba

de los de abajo, se dice. Y él tiene bien claro cuál es el sitio donde quiere estar.

Mientras Carlo espera un taxi para regresar al hotel, el Cejijunto está poniendo una conferencia privada con Ciudad Trujillo. Al otro lado suena la voz de Abbes.

—¿Todo en orden?

—Todo, Johnny.

—Cuando llegue el momento, no te olvides de pagar la factura de hotel de Mano Quemada. Lleva mucho tiempo ahí. Y luego debes pagarle al director lo que pida por denunciar a Mano Quemada. Por el impago de esos diez mil dólares que ya habrá pagado el Jefe en su lugar. ¿Entiendes?

Osvaldo se queda atónito.

—¿Seguro?

—Seguro. Contamos con que el director diga que sí. Ya otras veces nos ha hecho favores. Así no se nos escapará este cabrón después del servicio, porque estará detenido. Es solo para darle un susto. Para que sepa quién manda. Los de la DFS nos van a pasar sus declaraciones, así sabremos qué es lo que canta. Y si es leal o no es leal. Luego veremos lo que hacemos. En lo de Galíndez tuvimos que acabar con todos, para que no cantaran, ya sabes.

Osvaldo traga saliva.

—¿Y a mí quién me va a proteger?

—No te preocupes. Marilio tiene la encomienda de custodiarte. Te cuidamos las veinticuatro horas, cueste lo que cueste. Tú sí que eres de los nuestros.

50

Dos extraños en la azotea

Hace ya mucho que la vida de Almoina se mueve en ese túnel que va de la calle Pilares a la editorial. Las noticias que recibe sobre la sierpe llegan tardías y filtradas por los pocos amigos que ve. En realidad es siempre la misma noticia de esos últimos años, solo que con variaciones. Como el atentado fallido en Costa Rica contra el presidente Figueres. Acusan a Trujillo, Somoza y tres pistoleros cubanos. Luego, el asesinato del presidente Castillo Armas, perpetrado por el tenebroso Abbes, que ha instalado en Guatemala su cuartel general. Ya está muy cerca. Dicen que el Viejo estaba dolido porque Castillo Armas no se sometía a sus órdenes, después de haberlo aupado al poder. Y a continuación llega el atentado fallido contra Tancredo Martínez. El sicario cubano que le dispara logra escapar a Guatemala, con papá Abbes. Es el primer atentado del Viejo en México. El cerco se sigue estrechando.

Almoina se concentra en las traducciones y también en sus manuscritos. Hace inventario de sus papeles. Ultima libros. Quiere dejar todo en orden, porque presiente cerca su final. Piensa también en publicar ese libro sobre los orígenes de la danza que le ha llevado tantos años. Se lo ha dedicado a Leticia, su bailarina, y lo ha titulado

con el nombre de Terpsícore, la musa de la voz hermosa y de la poesía. La madre de las míticas sirenas. Esas que llevan a los hombres a la muerte. ¿A qué sabrá la muerte?, se pregunta. Sin duda, es una copa amarga para quien ama la vida. Y no es fácil prepararse para algo así.

Cada instante de la cotidianidad le resulta un pequeño tesoro de luz. Y refulge como nunca antes. Tal vez sea solo la melancolía de la edad. Desde que pasó los cincuenta, todo tiene ese sabor a despedida. Recuerda aún aquella profecía de su meiga santiaguina, doña María. Tendrás siete vidas como los gatos. No lo dijo por decir, como quien juega a profetisa. Recuerda su expresión transida mientras se lo decía. ¿Y siete muertes?, preguntó él entonces. Juega otra vez a contarlas. De la muerte en Benavente lo salvó el tren minero. Y de la de Santander, el vapor Sil. Luego, de la llegada de los nazis a París, el Flandre. Y del caimán dominicano, aquella huida teatral en avión a México. Van cuatro. Después fue la huida de La Habana, donde lo buscaban Bernardino y el Muñeco. Y van cinco. Los disparos en la calle Santiago fueron su sexta cita con esa loba que no deja de rondarlo. Eso sin contar los peligros que han pasado los suyos.

Ahora está viviendo su séptima vida. Y sabe que la próxima cita será la definitiva. Abbes le está pisando los talones. Y él lleva años convertido en un cartujo encerrado en su celda. No hace vida social. No se hace notar. Está alejado de la prensa. No quiere sembrar pistas, ni comprometer a sus amigos frente al Chacal. Frente a ese gran ojo vigilante. Así que su radio de acción se reduce a una mesa, una silla y una máquina de escribir donde trabaja sobre historia

antigua. Pero sabe que el Viejo no suelta nunca a sus presas. Goza sintiendo ese poder sobre ellas. Demorando el zarpazo definitivo.

Ya es plena primavera en México y hay un estruendo de luz por todas partes. Pilar conversa muy animada con Lupe mientras ambas tienden la ropa en la azotea. De pronto oyen ruido de pasos y voces en el hueco de la escalera. Y ven aparecer por ahí a dos tipos con aire distraído. Se quedan mirándolos, desconcertadas. Entonces ellos se les acercan, y a Pilar se le alborota el corazón en el pecho. Ambos tienen gafas oscuras. El más viejo renquea y huele mucho a alcohol. El otro es el que lleva la voz cantante. Buenos días, estamos buscando a un escritor que se llama García, dice. Su acento no parece mexicano. Pilar nunca ha distinguido bien los acentos, pero Lupe la saca de dudas cuando les dice: ustedes no son de aquí, ¿verdad?

No, qué buen oído, dice el joven, que es atractivo y envolvente y viste un traje de color rata. Mientras, Pilar sigue como congelada. Tiene un presentimiento oscuro. Porque recuerda perfectamente que hubo un rengo en el asesinato de Galíndez. Lupe, en cambio, se muestra amable y les dice que no, que en ese edificio no hay ningún escritor llamado García.

Pilar se queda mirando fijamente al cojo. Quiere memorizar su cara, su figura. Es bajito y mal encarado y tiene un aspecto patibulario. Su pelo es liso y lleva un traje azul a rayas, cruzado y de corte antiguo. Debe retener esa imagen para contarle todo a José en cuanto regrese. Para que lo diga luego en Gobernación. Por si acaso. Entretanto, Lupe sigue conversando con ellos con su habitual desparpajo, y ella intenta disimular su inquietud. El cojo también la

observa y comprueba que funciona esa estrategia del hostigamiento. Porque se la ve crispada. Aterrada.

Al cabo de un rato desaparecen los dos por donde vinieron. ¿De dónde crees que eran, Lupe?, pregunta Pilar. Pero mujer, ¿no viste que eran cubanos? Ella hace una mueca que quiere ser una sonrisa. Son muy raros, ¿no? No sé, no es para tanto. Solo querían platicar un rato. Bueno, pero vamos abajo a mirar por la ventana, dice Pilar. Y en un momento están las dos atisbando tras las cortinas de Lupe. Pero la calle se ve desierta.

Cuando llega Almoina de la editorial se encuentra en la cocina a Pilar revolviendo una tila y con cara de pocos amigos. José, dime que vas a dejar ese proyecto que tienes con Mejía en Jus, le dice con un hilo de voz. ¿El libro sobre el Viejo?, pregunta él con tono neutro, quitándole importancia. Sí, claro, os la estáis jugando. Hoy me he encontrado arriba a dos tipos rarísimos preguntando por un escritor llamado García, seguro que es por culpa de ese libro. Al oír esas palabras Almoina se queda desencajado. Se lleva una mano temblorosa al bolsillo, pero al final no saca sus pastillas. Ponme otra tila a mí también, anda, meniña, y cuéntame cómo eran.

Pues uno era un cuarentón bien rasurado y bien vestido, pero no podía disimular lo turbio de la mirada, responde ella mientras pone más agua a calentar. Era pequeño y tenía una expresión cínica, babosa. Con una especie de media sonrisa en las comisuras de los labios, que no se sabía para dónde iban. El otro era más joven y también bajito. Tenía bigote y el pelo revuelto, y orejas de soplillo. Mal rayo los parta a los dos. Lo que me espantó fue ver que el más viejo era rengo. Me hizo pensar en el cojo que rondó a Galíndez, ¿no será el mismo?

No te obsesiones, Pilar, dice Almoina intentando dominar los nervios. A aquel hombre lo mataron hace tiempo, añade, mientras reconoce mentalmente la estrategia del Chacal. Pero dime algo que me calme, protesta ella, que tiene los ojos húmedos y enrojecidos. ¿No ves lo alterada que estoy? No puedo más con esta pesadilla. Él entonces se sienta y le explica: es imposible que el Viejo pueda saber nada sobre ese libro que estamos haciendo, mujer. Aparte de que Mejía está escondido en Nueva York, en un lugar seguro.

¿Y tú, José?, insiste Pilar. Yo ya estoy muerto, responde él con una expresión inescrutable. Así que lo mismo me da. Ella se queda mirándolo en silencio, con esa mirada transparente y extraña que tiene. De acuerdo, le dice, nunca intenté cambiarte. Y no voy a hacerlo ahora. Pero al menos dime que vas a llevar siempre encima la pistola de Luis. A mí también me hace sentir más tranquila. Él le dedica una sonrisa triste y no vuelve a hablar del tema.

La mañana siguiente, Pilar vuelve a ver a esos hombres cerca de casa, al volver de la compra. Van del brazo de dos muchachas vestidas con ropa ajustada y con los ojos y los labios muy pintados. El más maduro la llama desde la otra acera arrastrando la lengua y con voz de trasnochado. ¡Eh, usted, seguimos buscando al escritor González!, le grita. ¿No era García?, responde ella con tono agrio. Él suelta una carcajada. Entonces Pilar acelera el paso hasta colarse en el zaguán de su casa y da un portazo. Siente el corazón desbocado. Va directa a la caja de tranquilizantes que tiene en la mesita de noche y se toma uno. Luego se tumba un rato. Respirar hondo, se dice. No pensar. Solo respirar. Muy profundamente.

Cuando llega Almoina, por la tarde, Pilar le habla del encuentro. Él la mira sobrecogido. ¿Cómo eran las mujeres, meniña? No sé qué

decirte, José. Parecían busconas. Una de ellas llevaba un vestido con una gran flor de tela en el escote. Era descarada y se contoneaba mucho. A la otra se la veía más tranquila. O tal vez estaba más bebida. Las dos eran jóvenes. Y bonitas, diría. Mañana aviso a Gobernación, la interrumpe él entonces. No le des importancia a esa gentuza. Solo son unos borrachos que andan por ahí, ¿no lo ves?

Ninguno de los dos imagina siquiera que esos dos desconocidos están alojados muy cerca de su casa, a tres cuadras de allí. Y que están en ese preciso momento terminando de dibujar minuciosamente un plano de la zona. Han llegado hace pocos días por rutas distintas, y ya estuvieron en la ciudad algunas semanas atrás, cumpliendo el plan que el Cejijunto les encomendó entre mucho misterio. Consistía en informar para que otros hicieran un servicio, y ese es ahora su objetivo. Entregar una información lo más detallada posible sobre los horarios y costumbres del Doctor y sobre todo el entorno. Deben familiarizarse con la gente de la zona. Estudiar bien el terreno. Saber así si podría haber imprevistos.

Por eso han llegado de incógnito y con un pasaporte falso expedido en Los Ángeles. La gente del Jefe trabaja fino, piensa Frank, el más joven, que ha entrado al país desde El Salvador. En realidad se llama Francisco Quintana Valdés, y no Manuel Valdés como dice ese pasaporte. Que es colombiano, aunque él nació en Pinar del Río. En su visado se dice que se alojará en el hotel Regis, cerca del hotel Prado, pero él se inscribe en el Frimont con Nicho. Que no se llama Nicho, ni Dionisio, como dice su pasaporte colombiano, sino Artemio Molina. Y que es también cubano y ha llegado a México desde Ciudad Trujillo con escala en Panamá. Los dos se han reunido finalmente en ese apartamento alquilado en la

calle Cuauhtémoc. Y han pagado un mes por adelantado para evitar sospechas. Pero tienen ya preparado su billete de huida a Puerto Príncipe con escala en Miami para el día siguiente.

Mientras Frank acaba ese plano que debe llevarle al Cejijunto, Nicho bebe ron directamente de la botella y farfulla maldiciones.

—Deja ya de joder, chico —le dice Frank sin mirarlo, mientras sigue dibujando—. Y suelta esa botella de una vez.

—Déjame en paz, coño, que no soy tu hermanito —dice Nicho, tomando otro trago de ron—. No sabes lo que me duele la cadera. Nunca me voy a librar de este dolor, por culpa de aquella maldita bala.

—Bueno, pues como sigas bebiendo te vas a quedar dormido luego en los brazos de la Teresa. Vas a necesitar una palanca para que se te pare, chico.

Nicho se ríe. Le da un empujón a Frank, y el lápiz se le cae de la mano.

—Ya está bien, chico —dice Frank contrariado, recogiéndolo—. Aléjate, que estoy acabando. Y suelta la botella de una vez.

—Es que estoy nervioso, coño. No sé, pero no me fío de ese viejo comemierda de Trujillo.

—Pero qué tú dices, ¿no tienes los bolsillos llenos de dólares?

Nicho da otro trago largo y se queda mirándolo fijamente.

—Oye, Frank, lo que tenemos que hacer es recoger el visado para Haití cuanto antes. Esto me huele a encerrona, de verdad.

—Tranquilo, compadre, tenemos mucho que hacer antes de eso. Primero, comprar dos pistolas automáticas. Y entregar una de ellas en la embajada, para el otro. A ver si encontramos unas Start de

calibre 38. Los permisos de Defensa Nacional ya me los consiguió un panameño antes de que tú llegaras.

—Frank, no me gusta esto —repite Nicho, arrastrando la lengua—. Además, no entiendo por qué nos han dado tanto dinero por un servicio tan simple. Eso es muy raro.

Frank suelta el lápiz y se queda un momento pensativo.

—Mira, chico, yo creo que está todo bien claro. Nuestra misión era espiar al Doctor y luego informar de sus movimientos. Encima lo hemos pasado bien con las putas de la calle Anaxágoras. Y con los del bar de Antonio, que tiene hasta ese mariachi con su traje de charro. ¿De qué te quejas, coño?

—¿Y qué pasa si nos meten presos a nosotros al final de la operación?

—Eso no puede ser, Nicho, porque nos iremos antes al aeropuerto. Tenemos un margen de dos horas, lo he estudiado todo. Además, tendremos coartada. Pagaremos bien a la Graciela y a la Teresa, para que nos acompañen a todas partes. A la embajada dominicana a dejar el informe. Al Consulado de Panamá, para las nuevas visas, por si falla el vuelo a Miami. Luego a la agencia de viajes, en Reforma. Y a la Embajada de Haití, en Lafayette, para que nos den las visas a Puerto Príncipe. Todo lo paga el Jefe. ¿Qué más se puede pedir? Y ya sabes las instrucciones: usar siempre Traveller Checks y dejar huellas por todas partes, pero huellas falsas. Aquí somos dos colombianos que en realidad nunca existieron.

—Estás haciendo mal el plano, Frank —dice ahora Nicho, observando con preocupación ese dibujo—. Has incluido los lugares donde hemos estado tú y yo: Anaxágoras 428 y Cuauhtémoc 670. La

casa de putas y el apartamento. ¿No ves que es una prueba contra nosotros?

—Mierda, tienes razón. —Frank hace tachaduras en el plano—. Al final no estás tan borracho como yo pensaba.

—¿Dejaste en el buzón del Doctor las amenazas, como nos dijeron? ¿No será eso peligroso?

—No seas paranoico, Nicho. Son cartas anónimas. Mira, ya estoy acabando. El carro del pistolero estará estacionado aquí. Y estará viendo de frente al Doctor todo el tiempo desde la distancia de dos cuadras. Cuando el Doctor empiece a cruzar la calle, el carro debe arrancar de pronto, avanzar por Miguel Laurent y girar por Tenayuca. Es fácil. De su casa en Pilares a la editorial son seis manzanas. Hay espacio para actuar.

—Coño, Frank, sigo sin verlo claro. ¿Tanto dinero por vigilar a un viejo que sale a trabajar cada día? Estos nos quieren cargar el muerto, Frank. —Nicho está ya muy borracho, y su boca grande y sus ojos saltones le dan aspecto de batracio triste.

—Ya está bien, coño, cállate un rato, que no me dejas trabajar. Nos iremos al aeropuerto una hora antes del accidente. Con la Teresa y la Graciela. En el aeropuerto hay una platería, les decimos que les vamos a comprar unas joyas antes de irnos, no nos van a decir que no. Y mañana a estas horas estamos en Miami. ¿Alguna queja más?

—Sí, Frank. Que te has quedado con la puta más joven, la Graciela. Y a mí me gusta.

—Mira que eres cabrón, Nicho, la tuya no tiene ni veinticinco, deja de quejarte ya, anda. Y diviértete bien con tu Teresa, que esta noche es la última.

—Echo de menos Cuba, chico. Puta revolución.

La sal de la tierra

Ciudad de México
Mayo de 1960

Nadie es la sal de la tierra; nadie,
en algún momento de su vida,
no lo es.

JORGE LUIS BORGES

Sibila la sierpe. Cada día sibila en sus oídos. Sibila por los rincones de su cuarto. O por los de su cerebro. Detrás de la ventana o dentro de su sueño. La escucha siempre. El insomnio es más pertinaz que nunca. Y ahora están esas cartas anónimas, todas con el mismo mensaje: «Los amigos de Trujillo no te olvidamos». Tiene otra vez el corazón acelerado. El estómago en un puño. Y el aire le sabe más que nunca a despedida. Qué será de Pilar cuando él no esté. Tal vez ella también se sienta preparada. Pero de eso no se habla en casa. Qué ganas de que acabe todo. Y rápido. Lo más rápido posible. Ganas de morir y también ganas de vivir, tantas, también.

El despertador suena a las siete en punto. Almoina lleva varias horas trabajando en una traducción del alemán. Y necesita oír esa alarma para salir de la burbuja de silencio en que se hunde mientras traduce. Ausente de todo. Olvidado de todo. La noche, la soledad y el silencio obran ese extraño embrujo. Entonces solo pueden oírse en su estudio las teclas de su Remington. Al otro lado de la pared, los suyos duermen.

Ese sonido del despertador lo arroja al mundo bruscamente. Le devuelve la conciencia de desterrado hijo de Eva. De perseguido. De condenado. Sabe que su muerte está cerca. La huele. Casi puede tocarla. Tan compañera, ahí, mirándolo. De nada han servido todas esas mudanzas. La soledad. El sacrificio. ¿Qué más podría haber hecho? ¿Encerrarse en una cueva en el desierto? ¿Y de qué vivir? Durante años logró tener a raya al Chacal. Pero nada dura siempre. Ya están ahí. Vienen por él, y nadie más debe pagar por su culpa.

De nada ha servido volver a recurrir a Gobernación tantas veces. Y a la Resistencia. El Chacal es más fuerte que todos. Y su sed de sangre es infinita.

Cada mañana, mientras se ducha y se afeita frente al espejo, como hace ahora, piensa en su final. Cuando su cuerpo sea como esa imagen fría, incorpórea, que ve en el azogue. Hace mucho que se prepara para ese momento. Y se siente bien leyendo los Salmos. O sentado en la iglesia, conversando en silencio con otra voz sin cuerpo que lo acompaña siempre. Sabe que debe morir, y debe apresurarse para dejar todo en orden. Al fin se ha publicado su edición de Homero en Jus. Ha sido un trabajo de muchos años. Un prólogo de cuatrocientas páginas para acompañar la traducción de otro derrotado. Ahí lo dejó escrito bien claro: Luis Segalá y Estalella, que durante la guerra cayó en Barcelona bajo las bombas italogermanas.

Esa edición de Homero era un sueño de toda su vida y es un sueño cumplido. Ahora está traduciendo el *Cristo* de Guignebert. Volver sobre la fe le hace sentir bien. A menudo se pregunta cómo será su final. Ojalá sea todo muy rápido, se repite. Sabe que será pronto. Su séptima muerte, la definitiva. Será la liberación de un peso demasiado grande sobre su costado. A veces casi lo desea. Ha dejado de llevar consigo la pistola de Luis. En su lugar lleva un rosario. Lo lleva en el bolsillo y cada día, mientras avanza por la calle, va rezando. No es la muerte lo que teme, sus miedos son otros. El secuestro de Pilar o de un hijo, lo primero. También el encierro en una mazmorra a manos de su verdugo. Es decir, la muerte lenta, agónica, que al Viejo le gusta tanto regalar a sus enemigos.

El médico le ha indicado reposo, y le ha recetado sedantes más fuertes. Pero no le sirven de nada. No puede más con esa sensación de falta de aire, en esa ciudad donde ya se hace difícil la respiración por la altitud. Al menos para un enfermo como él. Su corazón desafina todo el tiempo. Palpita sin ritmo, dislocado. A ratos va lento, a ratos se dispara. Se tropieza y quiere caer. Quiere también detenerse. Pide una tregua. Ni siquiera aquel reloj de su infancia le exigía ese ritmo constante. Aquel reloj de ochenta y cinco minutos por hora. Y ochenta y cinco segundos por minuto. Su corazón es ya solo un animalillo herido de muerte. Quiere recogerse y descansar, como cualquiera.

La hoja de la navaja sigue resbalando por sus mejillas frente al espejo. Y sus pensamientos continúan desbocados. Tal vez es hora de dejarse morir, se dice, mientras recuerda un episodio de su infancia. Fue un día de invierno, en el campo. Había mucha nieve, le llegaba por las rodillas. De pronto vio cómo una liebre corría a toda velocidad y pensó en perseguirla. En atraparla. Y en ese momento vio desolado que era la liebre la que corría hacia él. Y que se refugiaba del frío entre sus piernas, al calor de su enemigo. Como un niño asustado. Entonces le invadió la tristeza y se echó a llorar. Y él es ahora como ese animal salvaje. Como esa alimaña que quiere morir junto al calor, lejos del frío. Porque sabe que de todas maneras ha de morir. Que al menos sea así, junto al hogar.

Mientras se abotona la camisa y se calza los zapatos, mientras se pone la corbata y la chaqueta, piensa en ese animalillo aterido que le hizo llorar aquel día. Entonces abre el cajón donde guarda el revólver y se queda mirándolo. Hace tiempo que tiene que ir caminando a la editorial, porque Luis está enfermo. Son solo seis

manzanas. Seis cuadras, como dicen ahí en México. Pero ¿qué puede hacer con un revólver él, un viejo profesor?

Tú eres joven, muchacho, viejo soy yo: eso le diría ahora don Agustín, que lo animaba tanto y que ya no está. No envejece la luz, le dijo aquella vez Mirentxu, a la que hace tanto que no ve, porque es peligroso para los dos. Pero sí, qué viejo se siente. Y se pregunta qué habrá detrás de ese velo que esconde a la muerte. Mucha paz, imagina. ¿O tal vez no? Pero mejor creer que sí, que hay paz. Y que allí están los ya idos. Y poder reencontrarlos al fin, como hizo Odiseo con su madre, Anticlea, en el trasmundo.

Aunque no debe pensar en todo eso. Se acerca entonces a la cocina a dejar su taza de té vacía. Ahí están ya Pilar, Ulises y Leticia desayunando. Le da un beso a cada uno y sale a la calle, con sus dos tomos del diccionario alemán bajo el brazo y el rosario en el bolsillo. Qué hermosa es la primavera en esa ciudad. Los colores parecen borrachos de luz. Y qué es él, al fin y al cabo, sino un animal de luz. Necesita beberla cada día para alejar la niebla de la noche. Esos minutos de camino al trabajo le despejan la cabeza. Le dan vida. Mueve entonces el rosario entre los dedos mientras empiezan a sonar sus pasos sobre la acera. Por la señal de la Santa Cruz, de nuestros enemigos líbranos, Señor.

De pronto sonríe. Si hace diez o veinte años se hubiera visto ahora, se diría a sí mismo: Pepe, estás hecho un beato. No soy un beato, se replica enseguida. Soy un sobreviviente que necesita ocuparse la cabeza para no pensar en cosas tristes. Para no pensar ahora en los dos tipos que rondaban la casa esos días. No debe darles importancia. No pensar en eso. Lleva demasiados años

viviendo así, entre amenazas y sospechas. Piensa otra vez en Pilar. También está mal de los nervios desde hace mucho. Y tan delgada.

El Viejo sobrevivió a cinco rebeliones antes de conocerlo, se dice ahora. Y luego al ataque de Confites, y al de Luperón, y al de Constanza. Y ahí sigue, en su cementerio sin cruces. Matando y matando. Una criatura casi sobrenatural. Él sí que parece tener siete vidas. Y otras mil pareciera tener. Con un país entero bajo sus botas de sádico charlatán. Pero mejor no pensar. Dios te salve, María. No pensar. Seguir rezando. Desde que Luis ha enfermado, ir andando a la editorial es un suplicio. Pero y qué, si llegara su hora. Sería un punto final a esa angustia. Dejar de sentir a la Hiena en los talones. Una jauría en los talones, en realidad. La muerte con mil ojos que siempre vigilan. Que nunca se cierran. De qué color serán los ojos de la muerte, piensa. «Vendrá la muerte y tendrá tus ojos», dijo un poeta. Estás enfermo de literatura, eso le diría ahora Pilar. Tienes tinta en las venas. Sí, seguramente. Pero de qué color serán esos ojos, entonces. Tal vez del color de los de ella. Color verde agua. Como ese Chevrolet estacionado frente al paso de cebra que él está empezando a recorrer.

De repente ese auto arranca. Su corazón se desboca, pero el Chevrolet rueda más veloz que su instinto. Se le echa encima mientras Almoina se tira hacia atrás, porque en una ráfaga de segundo ha visto la jugada que tantas veces ha imaginado. La muerte por accidente. Aparentemente casual. Y ahí estaba. La maldita muerte. Agazapada, esperando en esa esquina. La traidora. La emisaria del Chacal del Caribe. De ese demonio travestido con su disfraz de chapitas brillantes y ridículas. De ese gran miserable. Ahí está. En cada una de las detonaciones que han paralizado el aire.

¡De parte de Trujillo, por malagradecido!, le oye gritar al sicario. Dejadme en paz…, no os debo nada…, alcanza a responder con un hilo de voz. Luego el auto ya rueda sobre sus piernas, y siente los huesos triturados y un dolor que le quita el aliento.

Malditos cerdos, malditos vendidos, maldita escoria, piensa. Apenas ha vislumbrado a los dos hombres que había en el vehículo. Uno era chaparro. El que disparó. Pero por qué no acabó de una vez. Por qué le disparó en el abdomen y no en la cabeza. Por qué le han triturado las piernas. Cierra los ojos. Y sus labios apenas se mueven ahora para murmurar esos versos de los Salmos que lo acompañaron las últimas semanas: «Miserere mei, Deus, secundum misericordiam tuam…». Después todo es un agujero sin fondo. Su cuerpo cae y flota a la vez. Se desploma en un pozo sin aire, ingrávido.

Cuando abre los ojos está confuso. No sabe si han pasado segundos o días. Hay ruido en la habitación y un policía le hace preguntas. Pero él apenas puede mover los labios, y al fin lo dejan tranquilo con Pilar, Leticia y Ulises. Al rato llegan Helena y Lina. Él quiere estrechar sus manos, besarlos a todos. Despedirse. Pero una extraña niebla lo está envolviendo. Papá, no te vayas, quédate conmigo, le dice llorosa Leticia. Él la oye lejanamente. Quédate, vuelve a decir ella. Le parece oír esas tres sílabas, qué-da-te, pero le cuesta descifrar lo que escucha. Papá, qué te han hecho, qué han hecho de ti, cómo te hacen sufrir así. Él alcanza a apretar su mano. Más sufrió Cristo por nosotros, le responde con un hilo de voz. Y otra vez hay niebla, y él sigue hablando despacio, en susurro. Leticia se acerca más a su oído. Papá, qué me dices, que no te entiendo. Y él sigue susurrando: «Miserere mei, Deus… Audire me facies gaudium

et laetitiam… Laetitiam meam… et exsultabunt ossa quae contrivisti». La niebla lo sigue envolviendo, es una niebla dulce. «Libera me de sanguinibus, Deus, et exsultabit lingua mea iustitiam tuam».

Un cirujano de barba rojiza se asoma a la habitación, y Pilar y Ulises salen enseguida a hablar con él. El cirujano les dice que lo van a operar de urgencia. Que tal vez se salve. Que las balas han dado en la tibia y el fémur derechos. Y que han destrozado la pierna izquierda, se la van a escayolar. Que el problema es la que entró entre el estómago y el intestino y que salió por el riñón y la columna vertebral. Pero hay esperanza, insiste.

Después dos enfermeros se lo llevan en una camilla al quirófano. Les dicen que tardarán horas en regresar. Que bajen mientras a tomar algo a la cafetería. Entonces los cinco salen del cuarto y van al vestíbulo del hospital. Está lleno de periodistas y fotógrafos. También de autoridades, académicos y amigos que han acudido al oír la noticia. A algunos no los han visto nunca. Todos los abrazan, les dan aliento. Entonces las horas empiezan a pasar lentas, lentísimas. Los periodistas se empeñan en intentar hacerles hablar. Uno pregunta por la viuda. Pilar se echa a llorar y Ulises le pide respeto. Al final deciden regresar al cuarto vacío de Almoina y esperar allí a que lo traigan del quirófano. Pilar observa entonces que la suya es la cama siete de la sala siete. Piensa en las siete muertes de aquella profecía y siente un escalofrío. Es un número de buena suerte, dice en voz alta, para tranquilizarse.

Las horas pasan más lentas que nunca. Los minutos se les hacen eternos. Pero hay esperanza. Todavía no saben que la pesadilla va a continuar allá afuera al día siguiente. Que al volver a casa sonará el

teléfono y será Leticia quien responda. Que de inmediato se tirará al suelo con un grito y el rostro desencajado. Agáchate, mamá, son ellos, están ahí. Eso dirá. Entonces a Pilar le volverá la rabia. La inundarán las ganas de salir contra esos sicarios a dentelladas. Y preguntará en voz baja: Pero ¿qué dijeron? Que nos están vigilando, murmurará Leticia con voz temblorosa, y que nosotros somos los siguientes.

Al fin un camillero trae el cuerpo dormido de José. Con ellos viene el cirujano. Diez ojos se clavan en su rostro. Quieren saber. Y él les informa con voz neutra. Lo hemos tenido en observación, dice. Incluso le hemos dado ya de cenar. El paciente ha reaccionado bien. De momento se siente su mejoría. No es imposible que salga del pronóstico grave en las próximas cuarenta y ocho horas. Hay que esperar, añade. Pero no lo cansen.

Todos se miran en silencio, nerviosos. El tiempo se les sigue haciendo eterno. Pero la esperanza es ahora mayor. Porque José ha abierto los ojos y les sonríe, además. Leticia y Pilar están a ambos lados de la cama, tomándole las manos, susurrándole cosas. A los pies están Helena, Lina y Ulises. Su padre pide que no le den sedantes, quiere mantener toda su lucidez. Se siente fatigado, pero los analgésicos hacen su efecto y no siente dolor. Los minutos van pasando, y luego las horas, y él sigue estable. El médico autoriza que regrese el policía y acabe con sus preguntas, a condición de que sea breve. Luego vuelven a quedarse solos otra vez.

A las siete y media de la tarde una enfermera viene a tomarle la temperatura. Luego le toma la tensión. Todo bien, dice. Pilar y sus hijos se miran, impacientes. Ya han pasado doce horas del atentado, y cuentan mentalmente las que faltan para que salga de peligro.

Luego cenan por turnos en la cafetería y también se turnan para acompañar a Almoina durante la noche. Él duerme profundamente, y su respiración suena tranquila, sosegada.

Lo despierta la luz de la mañana, y el ruido de carritos y cubiertos cuando las enfermeras llegan con el desayuno. Entonces Leticia se sienta a su lado y le va dando poco a poco la leche y el panecillo que le han traído. Órale, papá, cómetelo todo. Para que te pongas fuerte y vuelvas a casa. Mira que ya han pasado más de veinticuatro horas y se te ve mucho mejor. No sabes la alegría que tengo de verte así. Él sonríe y responde con monosílabos cuando le preguntan algo.

Un poco más tarde, la misma enfermera viene a tomarle la tensión al paciente. Almoina extiende el brazo para que ella pueda colocarle el tensiómetro, y en ese momento siente algo como un vértigo. Un vahído. Como si se cayera por un agujero que lo estuviera tragando. Se ha puesto del color del papel y la enfermera corre a buscar al médico. Sus hijos le siguen diciendo cosas que él aún escucha, pero apenas puede ver ya nada. Una niebla fina lo rodea de nuevo y todo se vuelve tenue, blanquecino. Recuerda otra vez los paisajes nevados de su infancia y aquella liebre tan bonita que se le enredó entre las piernas cuando niño. Ya no oye nada. Y tampoco puede pensar ni recordar. Lebriña, musita. Carita de liebre, ya ves que ha llegado el invierno.

De pronto oye la voz estremecida de Pilar, aunque apenas puede descifrarla. Se siente bien ahora, casi ingrávido. Al fin ha vencido al dolor, y vuelve a abrir los ojos. Entonces ve la azotea de su casa de México. Las sábanas blanquísimas ondean bajo un sol de primavera, en medio de ese aire transparente que hace refulgir los colores. Como si todo fueran gemas. El rojo de los geranios. El rosado de las

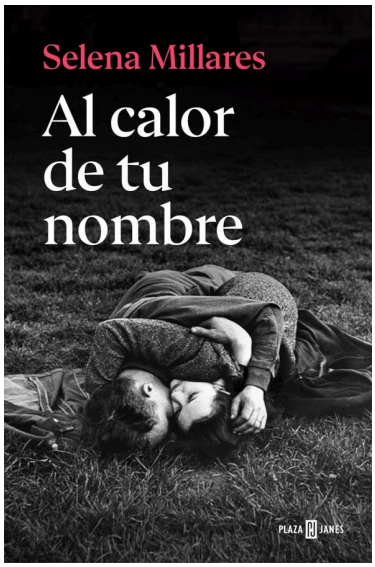
buganvillas. Y ahí junto a las sábanas tendidas está Pilar, hablándole, con esa voz que oye ahora lejana. Su vestido es blanco también y ondea con esas sábanas, como las velas de un barco que avanza orgulloso. Pilar con los ojos cerrados, dejándose acariciar por el viento. Ojalá hubieran podido volar como esas sábanas que ahora ve ondear. O como aquella meiga del cuento que salía de noche a recoger estrellas en su falda.

Pero no, qué meiga. Almoina se da cuenta de que estaba soñando. Y siente ahora el perfume de lavanda de ella. Ya está despierto, y puede abrir los ojos. Los abre porque acaba de oír una voz que dice papá. Esa palabra que él dejó de pronunciar tan pronto y que por eso siempre le emociona oír. Alguien ha dicho papá, pero no ve a nadie al principio. Se incorpora un poco. Entonces sí. Enseguida ve a su hijo de cuatro años. Hacía tanto que no lo veía. Y ahora está ahí, tan cerca. ¿Aún me reconoces, hijo? ¿Como aquel día en Bayona, después de meses sin vernos? El niño se encarama sobre el lecho y su padre le sigue hablando: pero hijo, cómo es que vas descalzo, qué manía tienes de quitarte los zapatos. No te preocupes que ya no vamos a viajar más. Nunca más te vas a quedar solo, hijo. Anda, ven, acércate, acurrúcate a mi costado, que fuera hace frío…

Agradecimientos

No quisiera concluir sin una mención a quienes leyeron el manuscrito de este libro y me regalaron su mirada generosa sobre él. A Jorge, Chavi, Eduardo, José Luis, Fernando, Fátima, Alberto: gracias. También a Antón. Y a Xurxo. Y muy especialmente a Leticia Almoina, con la que contacté al finalizar estas páginas para dárselas a conocer. Ella me atendió con una nobleza única, no me puso condiciones de ningún tipo para esta novela sobre su padre y me hizo sentir absolutamente libre.

Un personaje injustamente olvidado.
Un drama familiar conmovedor.
Una revelación imprescindible de nuestra historia.



José Almoina es un republicano gallego que huye durante la Guerra Civil después de dedicarse a la batalla política en los años treinta. Su destierro en Francia, y su posterior exilio en Santo Domingo y México, le llevarán a él y a su familia a enfrentarse a una exasperada violencia, la pérdida de seres queridos y la constante amenaza de muerte. Su lucha y la de su mujer, Pilar, estará marcada por la extrema tensión entre la búsqueda de seguridad para los suyos y la defensa de sus ideales.

Con una prosa incontestable y cargada de emotividad, sensibilidad y ritmo, y unos personajes magistralmente dibujados, Selena Millares recupera la fi gura histórica de José Almoina en esta apasionante novela, un relato de persecuciones y crímenes, de espías y conspiraciones, pero también de amor y esperanza, en el complejo tablero de ajedrez que fue la contienda europea y los años de la Guerra Fría.

Selena Millares (Las Palmas de Gran Canaria, 1963) es poeta, narradora y ensayista, además de doctora en Filología y catedrática de Literatura Hispanoamericana en la Universidad Autónoma de Madrid. Ha trabajado en diversas universidades de Europa y América, y ha colaborado en medios como *InfoLibre* o El País. En 2014 obtuvo por unanimidad el Premio Internacional de Literatura Antonio Machado (Colliure) con la novela *El faro y la noche*, elegida entonces entre los veinte libros del verano por la revista de *El Mundo*. Es autora de poemarios como *Páginas de arena* y *Lámpara de madrugada*, la novela *La isla del fin del mundo*, la colección de relatos *Matrioska* y la muestra pictórica *Isla y sueño*. Ha recibido premios como el *Città di Sassari* (Italia), y entre sus obras se cuentan los ensayos *La maldición de Scheherazade* y *La revolución secreta*, entre otros.



Primera edición: mayo de 2026

© 2026, Selena Millares
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial/ Helena Boet Serrano
Ilustración de portada: © Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-01-03775-7

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks

X: @penguinlibros
Instagram: @plazayjanes
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Al calor de tu nombre

El antiguo alimento de los héroes

El sueño como un tesoro enterrado

1. Lluvia en los cristales
2. Carita de liebre
3. Revolución de abril
4. Las nuevas madrugadas
5. Ese espíritu que arde
6. Descúbrete, compañero
7. Mariposa y gato
8. Un chaquetón de invierno
9. Las furias
10. En las aguas del río
11. Campanadas
12. Una muñeca de trapo y lana

Y la memoria

13. Hombre que camina solo
14. Un cuarto con olor a mar
15. De nuevo abril
16. El hueco del silencio
17. La ciudad de los mascarones
18. Los días robados
19. Un encuentro inesperado
20. Durme meu neno

Caballo de Troya

21. Isla
22. La Condesita
23. Lombriz, canica y maní
24. Zumbido
25. Temporada de aguaceros
26. Laberinto

27. El derecho a la locura
28. *In via peccatorum*
29. Falsa amistad
30. Otra vuelta de tuerca
31. El noveno círculo
32. El santo bebedor
33. Fruta madura

El dadivoso azar

34. El gran avispero
35. Habanera
36. El factor Caribe
37. Doble vida
38. La guerra de los libros
39. Ventanas y xanelas
40. Un pacto fáustico
41. Los viles

La luz de los días

42. Dios y Kafka
43. Vidrios rotos
44. Johnny Abbes
45. Calaveras de yeso
46. Leviatán
47. Mano Quemada
48. Cantina Dolores
49. Cara de gata
50. Dos extraños en la azotea

La sal de la tierra

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Selena Millares

Créditos